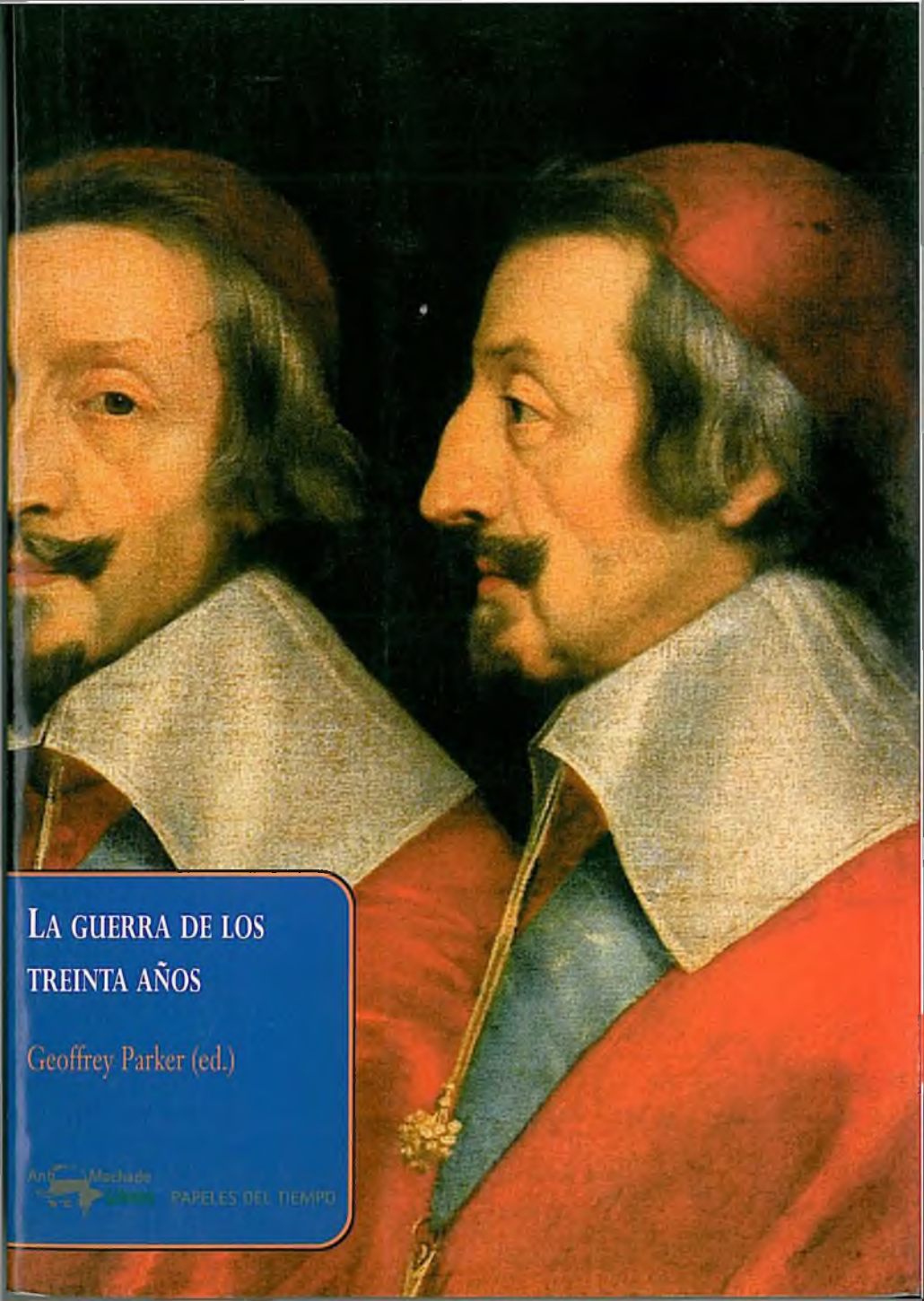




LA GUERRA DE LOS TREINTA AÑOS

Geoffrey Parker (ed.)



PAPELES DEL TIEMPO

LA GUERRA DE LOS TREINTA AÑOS

Geoffrey Parker (ed.)

Traducción de
Daniel Romero Álvarez



PAPELES DEL TIEMPO
Número 3

Esta edición está traducida de la segunda edición
aumentada y revisada de la edición inglesa

Mapas realizado por Juan Pando de Cea

© Geoffrey Parker, 1997

© A. Machado Libros, S. A., 2003

C/ Labradores, s/n

Pol. Ind. Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (MADRID)

editorial@machadolibros.com

ISBN: 84-7774-238-3

Depósito legal: M-38.935-2003

Visor Fotocomposición, S. L.

Impreso en España - Printed in Spain

Gráficas Rógar, S. A.

Navalcarnero (Madrid)

Contenido

ILUSTRACIONES	XI
COLABORADORES	XIII
PRÓLOGO	XV
MAPAS	XXI
RECONOCIMIENTOS	XXXI
CONVENCIONES	XXXIII
CRONOLOGÍA	XXXV
I. EUROPA ENTRE LA GUERRA Y LA PAZ, 1555-1618	1
1. Los Habsburgos y Europa	2
2. Alemania antes de la guerra	14
3. La Unión, la Liga y la política de Europa (por Simon Adams)	33
4. La avalancha	51
II. LA GUERRA INDECISA, 1618-1629	63
1. La guerra por Bohemia	64
2. Europa y la guerra del Palatinado (por Simon Adams y Geoffrey Parker)	80
3. El intermedio danés (por E. Ladewig Petersen)	93
III. LOS HABSBURGOS VICTORIOSOS	107
1. La visión imperial (por R. J. W. Evans)	108
2. La práctica del absolutismo I: 1621-1626	114
3. La práctica del absolutismo II: 1626-1629 (por Gerhard Benecke)	121
4. España y la guerra (por John Elliott)	134

Capítulo IV. La guerra total	143
1. Al borde del abismo (por Bodo Nischan)	145
2. 1630-1632: La intervención de Suecia	157
3. 1633-1635: Oxenstierna frente a Wallenstein	173
4. La «guerra de diversión» de Francia (por Richard J. Bonney)	188
Capítulo V. La cuenta atrás hacia la paz	201
1. El dilema sueco (por Michael Roberts)	203
2. 1635-1642: fin del punto muerto	210
3. 1643-1647: la derrota de los Habsburgos	222
4. 1647-1650: la pacificación	233
Capítulo VI. La guerra en el mito, la leyenda y la historia ..	249
1. El soldado universal	250
2. La guerra y la sociedad alemana (por Christopher R. Friedrichs)	273
3. La guerra y la política	282
Abreviaturas	297
Láminas	299
Ensayo bibliográfico	323
Índice de autores	357
Índice general	365

«Bueno, como estás sin pensar en nada, puedes decirme la fecha en que se firmó la Paz de Westfalia.»

Antoine no se movió ni contestó. Su padre protestó gritando... «¿Os dais cuenta? No sabe la fecha de la Paz de Westfalia. Debería darle vergüenza...»

El carruaje se llenó de un silencio abrumador. Para ayudar a su hermano, Lucienne recitó mentalmente una oración recomendada por las señoritas Hermeline como remedio para recordar las grandes fechas de la historia. Frédérick dibujó los números en el aire con el dedo y la señora Haudouin intentó atraer la mirada de su hijo para animarlo con una sonrisa afectuosa. Pero Antoine, con la vista fija en sus botas, se negaba a ver nada...

Finalmente, el pecho de Antoine se hinchó con un suspiro... Tragó saliva y murmuró con voz ahogada: «1648».

Marcel Aymé, *La yegua verde* (Nueva York, 1963), 100-1:
situado en el año 1885

Ilustraciones

LÁMINAS (entre las páginas 309 y 332)

Antes de Suecia

1. El motín de Fettmilch en Frankfurt (1612-16)
2. Las finanzas de Cristian de Dinamarca (1618)
3. La boda de Neuburgo (12 de noviembre de 1614)
4. La entrega de Bautzen a Juan Jorge de Sajonia (1620)
5. El general Tilly con los jesuitas en el taller de hilado (1629)
6. El edicto de restitución (1629)
7. El edicto: «raíz de todo mal»
8. El coloquio de Leipzig (1631): un complot protestante

Suecia y Francia intervienen

9. El avance sueco (1630-2)
10. El asedio de Smolensko (1632)
11. El Hércules sueco (1631)
12. «Las golosinas sajonas» (1631)
13. Continúa el avance sueco
14. Gustavoadolfiana
15. Gustavo redivivo (1633)
16. Luis XIII se prepara para la guerra (1634)

Destrucción y reconstrucción

17. Amore pacis (1648)
18. El gran baile de la guerra europea (1647-8)

19. La batalla de Jankov (1645)
- 20-1. Nuremberg: el final de la guerra (1650)
22. Dibujos contemporáneos de la batalla de Lützen (1632)
23. Las lamentaciones de Alemania
24. En la Corte de Cristian IV

El material de las leyendas ha sido obra: del prof. R. J. Bonney (lámina 16); del doctor Paul Dukes (lámina 10); del prof. C. R. Friedrichs (láminas 1, 5, 8, 9, 11, 12, 13 y 15), y del prof. E. Ladewig Petersen (láminas 2 y 24).

TABLAS

1. La conexión Habsturgo
2. Federico V del Palatinado y sus parientes
3. Listas del ejército de Wallenstein, 1816-48
4. Estados implicados en la Guerra de los Treinta Años
5. Índices de bajas en determinados regimientos

MAPAS

1. Antes de la guerra
2. La guerra en 1618-29
3. La guerra en la década de 1630
4. La guerra en la década de 1640

(Nota: Los mapas 1 y 3 se han preparado con la ayuda de algún material proporcionado por los profesores C. R. Friedrichs y R. J. Bonney, respectivamente.)

Colaboradores

Simon Adams	Senior Lecturer in History Universidad de Strathclyde
Gerhard Benecke	Late Lecturer in History Universidad de Kent
Richard J. Bonney	Professor of History Universidad de Leicester
John H. Elliott	Regius Professor of History Universidad de Oxford
R. J. W. Evans	Professor of History Brasenose College, Oxford
Christopher R. Friedrichs	Professor of History Universidad de British Columbia
Bobo Nischan	Professor of History Universidad de Carolina Este
Geoffrey Parker	Professor of History Universidad del Estado de Ohio
E. Ladewig Petersen	Professor of History Universidad de Odense
Michael Roberts	Institute of Social and Economic Research, Universidad de Rhodes

AYUDA DE INVESTIGACIÓN PARA LA PRIMERA EDICIÓN INGLESA

André W. Carus	Universidad de Bielefeld
Sheilag C. Ogilvie	Trinity College, Cambridge

AYUDA DE INVESTIGACIÓN PARA LA SEGUNDA EDICIÓN INGLESA

Derek Croxton
John Treibault

Universidad de Yale
Universidad de Oregón

Prólogo

Se sostiene con frecuencia que fue Samuel von Pufendorf, el eminente jurista e historiador del siglo XVII, el primero en acuñar la expresión «guerra de los treinta años» para describir la serie de conflictos que arrasaron Europa entre 1618 y 1648. La expresión, ciertamente, aparece en su obra *De statu Imperii Germanici*, publicada por primera vez en 1667; pero para entonces difícilmente era ya nueva. En mayo de 1648, antes incluso de que la guerra acabase, uno de los delegados en la conferencia de la Paz de Westfalia se refería a «la guerra de treinta años» que ha arrasado este país; y en 1649 el semanario inglés *The Moderate Intelligencer* empezó a publicar una serie de artículos con el título «An epitome of the late Thirty Years' War in Germany»: el número 203, de fecha 8 de febrero de 1649, se dedicó a la «guerra de Bohemia, 1618-23»; el número 204 siguió con la fase holandesa de la guerra; el 205 cubría la fase danesa, y así sucesivamente. A los tres meses, pues, de firmada la Paz de Westfalia, que puso fin a la guerra en octubre de 1648, a los lectores de inglés se les proporcionó un marco de interpretación de la misma a todas luces moderno. Al mismo tiempo un servicio semejante se prestó al lector de alemán con el panfleto en dicha lengua titulado «Breve crónica de la Guerra de los Treinta Años», que no sólo daba las fechas y lugares de las acciones militares principales sino que ofrecía también un cálculo aproximado de las pérdidas que el conflicto había causado en vidas humanas y en propiedades¹.

¹ Véase la discusión, con detalle, en K. Repgen, «Seit wann gibt es den Begriff 'Dreissigjähriger Krieg'?», en la obra de H. Dollinger et al. (comp.), *Weltpolitik, Europa-gedanke, Regionalismus: Festschrift für Heinz Gollwitzer* (Münster, 1982), 59-70. Parece que la primera vez que se utilizó la expresión lo hicieron el 6 de mayo de 1648 los diputados del obispado de Bamberg en la reunión de la Paz de Westfalia (p. 62). El profesor Repgen ha descubierto luego alguna información más. Véase «Noch einmal zum Begriff 'Dreissigjähriger Krieg'», *Zeitschrift für historische Forschung*, IX (1982), 347-52; y Rep-

Pero en el siglo XVII los historiadores raramente estaban tan libres de prejuicios como dicen estarlo sus sucesores de hoy. Todas las publicaciones antes citadas fueron obra de protestantes, interesados en subrayar que las diferentes guerras hechas en Europa en las décadas siguientes a 1618 confluían en una única batalla en defensa de la libertad religiosa y constitucional. Querían justificar retrospectivamente la rebelión de Bohemia contra el emperador Fernando II en 1618-21 por la conducta posterior de éste. Por aquel entonces la causa bohemia parecía cosa lejana para muchos observadores (y ésa es la razón de que tantos príncipes protestantes rehusaran apoyarla); sólo más tarde, cuando creció la fuerza imperial y quedaron olvidadas las exigencias constitucionales, se arrepintieron de su neutralidad y se opusieron a los Habsburgos mismos. Así la reescritura de la historia les ayudó a lavar su conciencia. Cuando en 1628 Gustavo Adolfo, rey de Suecia, proclamaba que «todas las guerras en marcha en Europa se han fundido y convertido en una sola guerra», estaba en parte manifestando su deseo de que así fuera, intentado justificar el traslado de sus ejércitos desde Polonia y Livonia a Alemania¹.

La Europa católica, de todos modos, veía las cosas de otro modo. Uno de los historiadores oficiales de los Habsburgos, Eberhard Wassenberg, publicó un relato coetáneo de la guerra en 1639 que trataba cada campaña como un ataque siempre injustificado contra el emperador: su título era «Comentario sobre las guerras entre Fernando II y III y sus enemigos». El relato de Wassenberg de la «guerra danesa» de 1625-29 se completaba con descripciones de la «otra guerra austríaca» (es decir, la revuelta de los campesinos de 1626), «la tercera guerra transilvana», la «guerra holandesa», la «guerra mantuana», etcétera. Tal vez se trata de una forma de ver las cosas exagerada, pero incluso católicos sin la visión bien ordenada, compartimentada, de Wassenberg percibieron ya una clara diferencia entre las campañas anteriores a 1629, en las que el emperador se encontró enfrente principalmente a súbditos suyos con alguna ayuda extranjera, y los enfrentamientos posteriores a 1630, cuando hubo de combatir sobre todo en contra de potencias extranjeras cuyos auxilios alemanes fueron, la

gen, *Krieg and Politik. Von dem Dreyssigjährigen Teutschen Krieg Kurtze Chronica* (1650) fue la primera edición de un panfleto anteriormente publicado como *Von dem Dreissig-jährigen Deutschen Kriege* (1648) y también como *Summarischer Auszug des dreyssig-jährigen Deutschen Kriags* (1649).

¹ Citado en *The Cambridge Modern History* (Cambridge, 1906), IV, v.

mayoría de las veces, escasos en número y de recursos limitados. El obispo Gepeckh de Freising (1618-51), en el corazón de Baviera, siempre distinguió en su correspondencia entre «los problemas de Bohemia» de los 1620 (de naturaleza algo diferente a la serie de alarmas y pequeñas guerras que habían alterado la paz del imperio desde el acuerdo de Augsburgo en 1555) y «esta guerra» (que comenzó con la invasión sueca de 1630 y le obligó a él a salir huyendo de su capital ocho veces antes de que se firmara la paz en 1648). Para este obispo la guerra duró no treinta años, sino dieciocho¹.

Son, naturalmente, las opiniones de no más de media docena de individuos. Ahora que están abiertos a los historiadores todos los archivos públicos de la época, disponemos de decenas de miles de opiniones. Sólo en las repúblicas de Chequia y Eslovaquia hay actualmente veintisiete depósitos con importantes colecciones procedentes de gente que participó en la guerra; y solamente en los archivos sajones pueden consultarse veinte volúmenes tamaño folio referidos al edicto de restitución publicado en 1629, y así sucesivamente. No menos de cuarenta y cinco volúmenes se calculan para publicar al completo la correspondencia y las negociaciones generadas por la Paz de Westfalia; trece volúmenes se necesitarán para publicar la correspondencia de Maximiliano I de Baviera y sus aliados entre 1618 y 1635; montones de volúmenes harán falta para reseñar los pertinentes papeles oficiales sellados *foreign*, existentes en el Public Record Office de Londres. Y todo ello no representa más que una parte del material inédito existente. En todas partes la guerra aumentó los papeles. En la protestante Bremen la secretaría del arzobispo-administrador gobernante hubo de duplicarse en 1632 para estar a la altura de las exigencias de los ejércitos en aquella área; y cuando en los 1650 fueron reclasificados los archivos de la diócesis católica de Würzburg, hicieron falta dos series: una de «pre-guerra», que se retrotraía hasta la nebulosa de los tiempos, y otra «desde el comienzo de la guerra», que era casi del mismo volumen².

¹ Repgen, «*Dreissigjähriger Krieg*», 63; citas del doctor Isaac Volmar y de la delegación de Salzburgo; y L. Weber, *Leit Adam von Gepeckh, Fürstbischof von Freising, 1618 bis 1651* (Múnich, 1972), 88-90.

² K. H. Schleif, *Regierung und Verwaltung des Erzbistums Bremen am Beginn der Neuzeit (1500-1646). Eine Studie zum Wesen der modernen Staatlichkeit* (Hamburgo, 1972), 172; H. Jäger, «Der dreissigjährige Krieg und die deutsche Kulturlandschaft», en H. Haushofer y W. A. Boelcke (comp.), *Weg und Forschungen der Agrargeschichte: Festschrift zum 65. Geburtstag von Günther Franz* (Frankfort, 1967), 131.

Nosotros vivimos, como predijo una vez lord Acton, en la «era de la documentación... que tenderá a hacer historia independientemente de los historiadores, a desarrollar la enseñanza a costa de escritura». Efectivamente, los kilómetros de documentos producidos por un continente en guerra representan un reto desalentador para cualquier aguante⁵. Ni siquiera una dedicación sobrehumana a la investigación archivística será suficiente, porque los documentos de la guerra de los treinta años están escritos en demasiadas lenguas diferentes. La monarquía Habsburgo incluía cancillerías alemana, checa y eslovaca; la corte española contaba con secretarías para correspondencia en francés, holandés, alemán, latín, italiano, aragonés, portugués y castellano, y en cada una de esas lenguas hay documentos referidos a la guerra. Es verdad que del lado protestante la lengua franca tendió a ser un inexorablemente verboso alto-alemán generosamente salpicado de latinismos, pero también pueden encontrarse en abundancia correspondencia y papeles oficiales redactados en latín, danés, sueco, inglés y holandés. En la lejana corte de Bethlen Gabor, príncipe de Transilvania, se compusieron documentos referidos a la guerra en alemán, húngaro, rumano, latín y (cuando había por medio puertos otomanos) persa cortesano.

Ha habido una serie de intentos homéricos de ofrecer, a pesar de las evidentes dificultades, una síntesis aceptable de este material. En Occidente, dos de los más célebres se llevaron a cabo en vísperas de la Segunda Guerra Mundial: C. V. Wedgwood (en 1938) vio el conflicto esencialmente como un problema alemán con esporádicas intervenciones de las potencias nórdicas y occidentales, mientras que G. Pagès (en 1939) pareció obsesionado por la importancia de Francia como árbitro de los destinos de Europa a lo largo de toda la guerra, hasta descartar casi por completo cualquier otra consideración. Parecidas visiones parciales han sido avanzadas, en el Este, por el historiador checo J. V. Polisensky (1971), que argumenta que los acontecimientos acaecidos en su Bohemia natal fueron siempre centrales; mientras, el ruso B. F. Porshnev (1976) afirmaba que el clímax de la guerra en 1630-41, cuando los ejércitos suecos dominaron el imperio, sólo puede explicarse por la política de Rusia

⁵ Lord Acton, «The Study of History» (lección inaugural, 1985), en Acton, *Renaissance to Revolution: the rise of the free state. Lectures on modern history* (Londres, 1906; reimp. Nueva York, 1961), 9 (con una referencia en nota a pie de página a las ideas parecidas de Ranke).

con Polonia⁶. Los historiadores alemanes han tendido a ser aún más parroquianos: los escritores de Baviera y Brandenburgo, particularmente, se han inclinado a estudiar la guerra en términos casi exclusivamente regionales. No hay rival a la altura de la síntesis alemana en tres volúmenes de Moritz Ritter, *Historia de Alemania durante la época de la Contrarreforma y la Guerra de los Treinta Años. 1555-1648*, publicada por primera vez en 1889 y jamás traducida al inglés. Desde entonces, aunque ha habido cientos de estudios sobre el conflicto —la mayoría de ellos titulados, como éste nuestro, «la Guerra de los Treinta Años»—, el estudioso perseverante del tema buscará en vano uno moderno que preste atención no sólo a Alemania, Escandinavia, Inglaterra y Francia, sino también a España, Italia, Transilvania, Polonia y Holanda.

La única excepción fue publicada por un historiador de Alemania del Este. *The Thirty Years' War*, de Herbert Langer (Poole, 1981), ofrece una historia cultural de Alemania durante la guerra basada en datos apenas conocidos sacados de toda la Europa continental, incluyendo ilustraciones bien integradas con el texto. Pero no es una historia de la guerra. La obra de Langer hace posible que este volumen pase por alto la mayor parte del impacto cultural de la guerra; pero su estudio debe verse como un comple-

⁶ El doctor Paul Dukes, de la Universidad de Aberdeen, que publicó un resumen en inglés de uno de los libros de Porshnev (véase *European Studies Review*, IV, 1974, 81-8), ha señalado que, después de centrarse primero en la Francia anterior a la Fronda, B. F. Porshnev decidió escribir una trilogía que comprendía un análisis sincrónico del desarrollo de las relaciones sociales, políticas e internacionales en Europa en el período de la guerra de los treinta años, considerada por él el primer conflicto que abarcó a todo el continente y, en cuanto tal, una de las principales diferencias entre los tiempos medievales y los modernos. Después de una serie de artículos relacionados con ese ambicioso proyecto, sacó en 1970 su concluyente obra *France, the English Revolution and European Politics at the Middle of the Seventeenth Century*. La segunda parte, todavía no publicada aunque ya alumbrada por una serie de nuevos artículos, debería centrarse en el punto de inflexión que se produjo en las relaciones entre la Europa occidental y la oriental a mediados de los 1630. La primera parte de esta trilogía, *The Thirty Years' War, the Entry of Sweden, and the Moscow State*, vio la luz en 1976, después de muerto el autor. En ella considera pieza central la batalla de Smolensko de 1632-4, que ha recibido poca o ninguna atención en las historias en inglés del conflicto en que se inserta. Porshnev argumenta que, antes incluso de que explotara la guerra de los treinta años, las interconexiones de Europa eran mayores de lo que se ha creído recientemente, situando en un contexto más amplio el fin del tiempo de apuros de Moscú. Estoy muy agradecido al doctor Duke por esta información.

⁷ Tradicionalmente los historiadores han prestado mucha mayor atención a la prime-

mento, no una alternativa, de la presente obra, cuyo propósito es ofrecer un análisis estructurado del conflicto mismo.

No todos los períodos se cubren aquí con el mismo detalle, porque algunos de ellos —particularmente los años 1620— son más complejos que otros⁷. Y además el texto se ocupa de algo más que la sola Alemania y de algo más también que los treinta años: se incluyen la guerra de Mantua y las campañas de Suecia en Polonia porque tuvieron una importancia crucial para el devenir del imperio; y, por otro lado, la narración se remonta hacia atrás hasta el «incidente de Donauwörth» en 1607, que aceleró la polarización de Alemania en campos confesionales hostiles, y se extiende, hacia adelante, hasta el acuerdo final de 1650, en Nuremberg, sobre la desmovilización de los ejércitos que ya ocupaban Alemania. De Donauwörth a Nuremberg: los separan apenas 150 kilómetros por tierra, pero en historia hay entre ellos más de cuarenta años de guerra y rumores bélicos. En ocasiones el conflicto pareció hacerse tan intenso e implicar a tantos Estados que ha sido llamado justamente «la guerra civil europea»⁸. No es fácil dar debida cuenta de semejante torbellino en los límites de un solo volumen, sin excesivas simplificaciones y sin distorsionar las cosas.

NOTAS

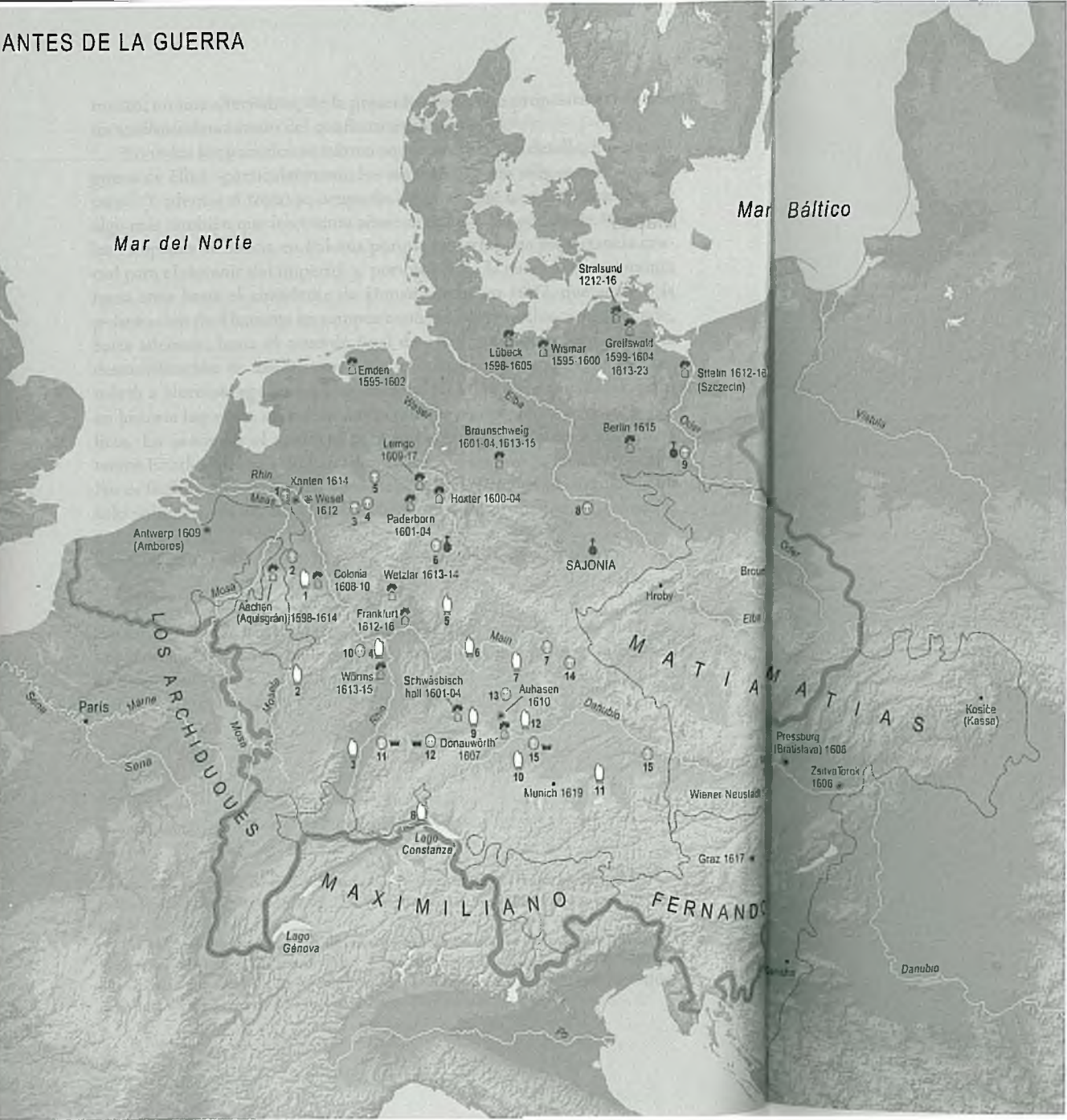
En las notas se dan de forma incompleta las referencias de las obras recogidas en el ensayo de bibliografía. Para una localización precisa véase el índice de autores.

ra mitad de la guerra: de 648 páginas sobre la guerra, Moritz Ritter dedicó 596 al período de 1618-35; y Pagès, 178 de 235; Wedgwood, 394 de 515, y Polisensky, 200 páginas de 256.

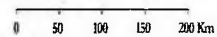
⁸ Es el título de un breve estudio excelente sobre la guerra obra de H. G. Koenigsberger, editado por H. R. Trevor-Rope, *The Age of Expansion* (Londres, 1968), cap. 5, y que se encuentra también en Koenigsberger, *The Habsburgs and Europe 1516-1660* (Ithaca, Nueva York y Londres, 1971), cap. 3.

Mapas

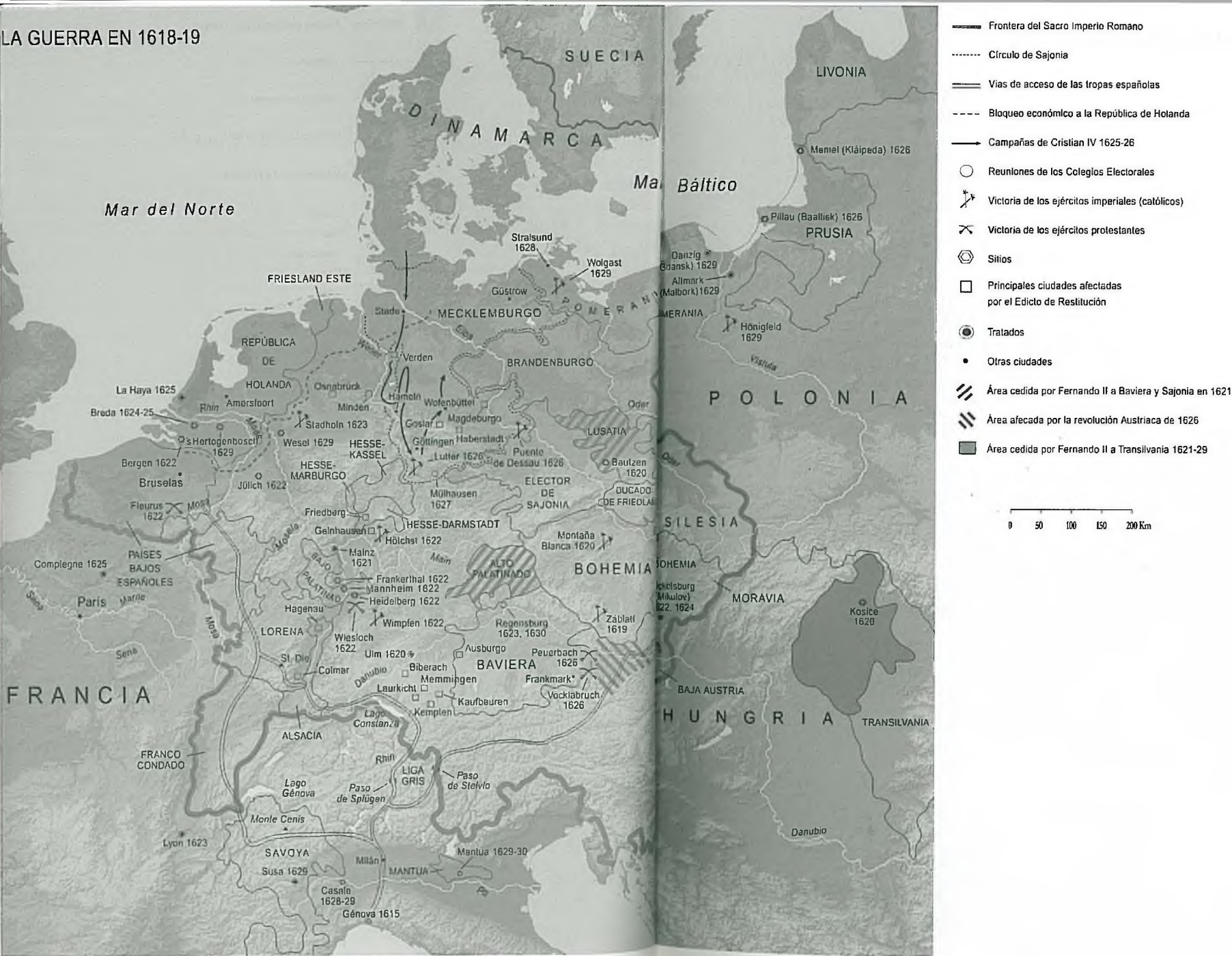
ANTES DE LA GUERRA



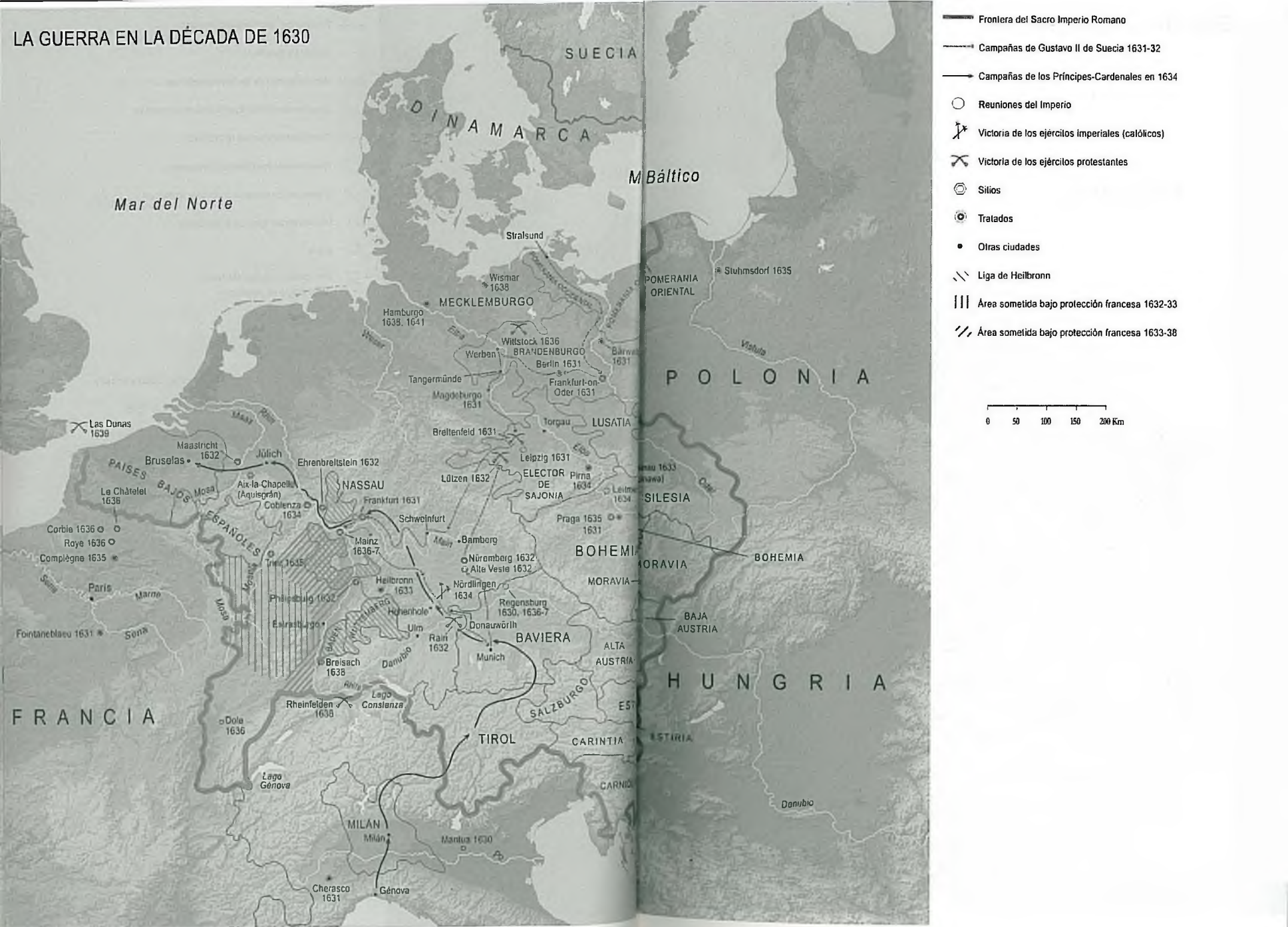
- Frontera del Sacro Imperio Romano
- Fronteras
- ⊕ Miembros de Erverein 1609
- 👑 Miembros de la Alianza de Neuburg 1605
- 🕊️ Miembros de la Liga Católica
- 1 Colonia
- 2 Trier
- 3 Estrasburgo
- 4 Mainz
- 5 Fulda
- 6 Würburgo
- 7 Bamberg
- 8 Constanza
- 9 Ellwangen
- 10 Ausburgo
- 10 Baviera
- 12 Eichstätt
- ⊕ Miembros de la Liga Protestante
- 1 Cleves
- 2 Jülich
- 3 Berg
- 4 Mark
- 5 Ravensburg
- 6 Hesse-Kassel
- 7 Bayreuth
- 8 Anhalt
- 9 Brandeburgo
- 10 Bajo Palatinado
- 11 Baden
- 12 Württemberg
- 13 Ansbach
- 14 Bajo Palatinado
- 15 Neuburg
- 👑 Disturbios en Alemania 1600-1618
- ⊕ Tratados
- Otras ciudades



LA GUERRA EN 1618-19



LA GUERRA EN LA DÉCADA DE 1630



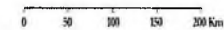
LA GUERRA EN LA DÉCADA DE 1640



- Frontera del Sacro Imperio Romano
- Reuniones del Imperio
- ✂ Victoria de los ejércitos imperiales (católicos)
- ✂ Victoria de los ejércitos protestantes
- ⬢ Sillos
- ⬢ Tratados
- Otras ciudades

CAMBIOS DE TERRITORIOS AL OESTE

- ▨ A Suecia
- ▨ A Transilvania
- ▨ A Sajonia
- A Francia
- A la República de Holanda
- A Baviera
- ▨ A Polonia



Reconocimientos

Este libro es obra de un equipo de diez personas. En 1977, poco después de haber sido yo invitado por Andrew Wheatcroft, de Routledge & Kegan Paul, a escribir un nuevo tratado de la guerra de los treinta años, me quedó claro que el volumen de lo publicado, aunque sólo fuera por la cantidad y variedad de documentos que han llegado hasta nosotros, era mayor que el que cualquier estudioso podía abarcar solo. Por eso se invitó a varios expertos para cubrir los aspectos en los que era mayor la mañana de material no sometido a síntesis y poco familiar —países escandinavos, Brandenburgo y Sajonia, las secuelas de la guerra, etc.—; y sus aportaciones van integradas en el texto al relatar, analizar y explicar, en su respectivo lugar, los acontecimientos y procesos que, todos juntos, conforman el conflicto. Pero va ahí encerrada una seria dificultad práctica. Dado que todos los colaboradores escribieron su parte al mismo tiempo, fue necesaria una inmensa cantidad de trabajo de revisión y reescritura para lograr que los capítulos formaran un todo y además no se solaparan unos con otros. De ahí que mi primera y mayor gratitud sea para los autores, los cuales aceptaron cortésmente más interferencia del editor de la que sería admisible para cualquier estudioso y han prestado una ayuda inestimable de maneras demasiado numerosas como para enumerarlas.

Una segunda deuda importante, que con mucho gusto traigo a colación, es la nacida de la munificencia de la British Academy de la Newberry Library. En 1981 ellos me concedieron una beca de investigación de tres meses para trabajar en Chicago, y fue allí, en la «segunda ciudad» de América, respaldado por los recursos de varias bibliotecas importantes y rodeado de muchos estudiosos distinguidos, donde perfilé casi todos los apartados de este libro. Luego, Andrew Wheatcroft me ha brindado el apoyo de su simpatía y valiosos consejos en todo momento, por lo que le estoy agradecidísimo. He recibido también sugerencias, referencias a trabajos oscuros (y no tan oscuros) y ayuda de los profesores Robert Bireley,

S. J., Bruce Lenman y Konrad Repgen, de los doctores Hamish Scott y Lesley M. Smith, del profesor Hugh Trevor-Roper, de la difunta señora Frances Yates (que tenía que haber aparecido como colaboradora) y, sobre todo, del doctor Simon Adams. Finalmente, el editor y todos los autores dan las gracias a Nancy Wood, que con pericia escribió y volvió a escribir nuestro texto en el procesador correspondiente.

NOTA A LA SEGUNDA EDICIÓN

Al preparar para la imprenta esta edición revisada, la mayoría de los colaboradores y yo hemos corregido una serie de errores que se habían colado en el texto y en las notas. Estamos muy agradecidos al profesor Dieter Albrecht, al doctor Derek Croxton, al profesor Konrad Repgen y al doctor Kurt Treptow por habernos llamado la atención sobre ellos. También hemos revisado por completo, con la ayuda de Derek Croxton y John Theibault, el *Ensayo de bibliografía* para incluir los últimos estudios sobre el tema.

Desgraciadamente Gerhard Benecke no ha podido revisar este material, porque murió en agosto de 1985. Su pérdida sigue siendo sentida por los estudiosos de todas partes, no sólo en St Andrews, donde fue estudiante e investigador, y en Canterbury y Vancouver, donde enseñó, sino en general por los historiadores de la Edad Moderna temprana. Lo echamos de menos especialmente sus colegas autores.

Convenciones

Moneda. En lo posible todas las cantidades monetarias se dan en táleros del Imperio (*Reichsthaler*). Las conversiones de otras monedas se han hecho siguiendo este esquema:

$$\left. \begin{array}{ll} 4,8 & \text{táleros} \\ 4,5 & \text{escudos} \\ 12 & \text{libras } \textit{tournois} \\ 10 & \text{florines holandeses} \\ 6 & \text{florines renanos} \end{array} \right\} = 1 \text{ libra esterlina (= 0,632 euros)}$$

Fechas. Si no se advierte lo contrario, siempre en «nuevo estilo».

Topónimos y nombres de personas. Si existe una traducción admitida, es la que se usa (La Haya, Viena, Roma), y en general la forma más corriente de designar un sitio o una persona (Regensburgo, y no Ratisbona; Bratislava en lugar de Pressburg o Posnonia; Mauricio de Nassau, y no Maurits).

De cada personaje importante se ofrece un breve resumen biográfico en la entrada correspondiente del índice general.

Cronología

<i>Año</i>	<i>Alemania</i>	<i>Los territorios habsburgos</i>	<i>España y los Países Bajos</i>
1606		<i>Jun.</i> La paz de Viena pone fin a la rebelión húngara <i>Nor.</i> La paz de Zsitva pone fin a la «larga» guerra turca	
1607			<i>Mar.</i> Alto el fuego en las guerras holandesas (hasta 1609). <i>Nor.</i> Bancarrota española
1608	<i>17 dic.</i> INCIDENTE DE DONAUWÖRTH <i>En.</i> Dieta imperial de Regensburg (hasta el 3 mayo)	<i>Feb.</i> Tratado de Bratislava	
	<i>11 may.</i> SE FORMA LA UNIÓN PROTESTANTE	<i>Jun.</i> Matías se convierte en archiduque reinante y rey de Hungría	
1609	<i>Mar.</i> 1.ª crisis Cléveris-Jülich (hasta oct. 1610)	<i>Mar.</i> Concesiones de Matías a los protestantes	<i>Abr.</i> TREGUA DOCE AÑOS (hasta 1621)
	<i>10 jul.</i> SE FORMA LA LIGA CATÓLICA	<i>9 jul.</i> Carta de Majestad: se nombran «defensores»	
1610			
	<i>Oct.</i> Muere Federico IV del Palatinado; le sucede Federico V		
1611		<i>Mar.</i> Tropas de Passau atacan Praga	<i>Mar.</i> Tratado matrimonial franco-español
		<i>May.</i> Matías coronado rey de Bohemia	
	<i>Jul.</i> Juan Jorge I elector de Sajonia (hasta 1656)		
1612	<i>20 en.</i> Muere Rodolfo II; Matías es elegido emperador (hasta 1619)		

Jun. Paz de Viena

Nov. Paz de Zsitva Torok

Sept. Polonia invade Rusia
(hasta 1618)

14 may. Muere Enrique IV de
Francia; minoría de edad de
Luis XIII (hasta 1617)

Mar. Tratado matrimonial
franco-español

Abr. Dinamarca invade Suecia
(guerra hasta 1613)

Oct. Gustavo Adolfo rey de
Suecia (hasta 1632)

<i>Año</i>	<i>Alemania</i>	<i>Los territorios habsburgos</i>	<i>España y los Países Bajos</i>
1612			
1613	<i>Feb.</i> Matrimonio de Federico V e Isabel Estuardo <i>Abr.</i> El elector de Brandenburgo, calvinista <i>May.</i> Tratado Holanda-Unión <i>Jul.</i> Wolfgang Guillermo de Neuburgo se hace católico <i>Ag.</i> Dieta imperial de Regensburg (hasta octubre)		
1614	<i>May.</i> 2.ª crisis Cléveris-Jülich (hasta sept.) <i>Ag.</i> Aquisgrán recatolizado; <i>Ag.</i> Dieta general en Linz motín de Fettmilch en Francfort		
1615	<i>Nov.</i> Tratado de Xanten Revolta luterana en Brandenburgo		<i>Nov.</i> Tratado de Xanten La flota holandesa ataca la costa del Pacífico de la América española
1616		<i>Dic.</i> Guerra de los uzkokos (hasta feb. 1618)	
1617	Año jubilar luterano; se abre la «academia militar» de Siegen	<i>20 mar.</i> TRATADO DE OÑATE	<i>20 mar.</i> TRATADO DE OÑATE
	<i>Abr.</i> Se renueva la Unión evangélica (hasta 1621); se disuelve la Liga católica		

Abr. Tratado anglo-Unión de
Wesel

Dic. Muere Francisco, duque
de Mantua

En. Paz de Knäred (entre
Dinamarca y Suecia)

Mar. Es elegido zar Miguel
Romanov (hasta 1645)

Bethlen Gabor, príncipe de
Transilvania (hasta 1629)

Abr. 1.ª guerra por la sucesión
de Mantua (hasta junio de
1615)

En. Guerra civil francesa
(hasta mayo)

Oct. Estados generales de
Francia

Jun. El tratado de Asti pone fin
a la 1.ª guerra de Mantua

Ag. Guerra civil francesa
(hasta mayo de 1616)

Dic. Guerra de los uzokos
(hasta feb. 1618)

Sept. 2.ª guerra por la sucesión
de Mantua (hasta 1617)

Mar. Paz de Stolbova (entre
Suecia y Rusia)

24 abr. Comienza el gobierno
personal de Luis XII (hasta
1643)

Jun. Suecia invade Livonia

<i>Año</i>	<i>Alemania</i>	<i>Los territorios habsburgos</i>	<i>España y los Países Bajos</i>
1617		<i>Jul.-dic.</i> Fernando de Estiria es reconocido rey designado de Bohemia y Hungría	<i>Ag.</i> Oldenbamevelt recluta tropas
1618	Brandenburgo se anexiona Prusia	<i>Feb.</i> Paz de Wiener-Neustadt (Archiduque y Venecia) <i>23 may.</i> DEFENESTRACIÓN DE PRAGA <i>Jun.</i> Saboya socorre a Bohemia (hasta abril de 1619)	<i>Mar.</i> Baltasar de Zúñiga, primer ministro español (hasta 1622) <i>Ag.</i> Caída de Oldenbarnevelt
1619	<i>En.</i> Se rehace la Liga católica <i>20 mar.</i> Muere Matías	<i>Sept.</i> Mansfeld toma Pilsen <i>20 mar.</i> Muere Matías; le sucede Fernando de Estiria	<i>May.</i> Se envía a los archiduques a ayudar a Fernando; ejecución de Oldenbarnevelt
	<i>28 ag.</i> Fernando elegido emperador del sacro imperio <i>8 oct.</i> Tratado de Múnich (España-Baviera-Emperador)	<i>10 jun.</i> Victoria de Zabláti. Moravia entra en la confederación <i>22-6 ag.</i> FERNANDO DEPUERTO; ELEGIDO FEDERICO	
1620		<i>Nor.</i> 2.º sitio de Viena	
	<i>20 mar.</i> GARANTÍA DE MÚLHAUSEN		
	<i>3 jul.</i> TRATADO DE ULM	<i>Jul.</i> Bávaros ocupan alta Austria (hasta 1628)	

9 oct. La paz de Pavía pone fin
a la 2.^a guerra de Mantua

Feb. Paz de Wiener-Neustadt
(Archiduque y Venecia)

Tregua sueca con Polonia
(hasta 1621)

En. Paz de Deulino (entre
Polonia y Rusia)

Feb. Guerra civil francesa
(hasta abr.)

Ag. Bethlen conquista Hungría
(hasta oct.)

Oct. Polonia ataca a los turcos

Nov. Polonia invade Transilvania
20 en. Bethlen acuerda tregua
de nueve meses con los
Habsburgos

Abr. Rebelión de Maria de
Médici (hasta ag.)

Jul. Masacre de Valtellina

<i>Año</i>	<i>Alemania</i>	<i>Los territorios habsburgos</i>	<i>España y los Países Bajos</i>
1620	Ag. Espínola invade el Palatinado		Ag. Espínola invade el Palatinado
		Oct. Se crea el tribunal de confiscaciones (hasta 1623) 3 nov. DERROTA DE MONTAÑA BLANCA	
1621	21 en. Federico ilegalizado	En. Se crea el consorcio de fabricación de moneda; se inicia el período «kipper und wipper» (hasta 1623)	
	Feb. Conferencia de Segeberg		31 mar. Muere Felipe II; Felipe IV rey de España (hasta 1665)
	Abr. Alto el fuego en el Palatinado (hasta jul.)		Abr. GUERRA EN LOS PAÍSES BAJOS (hasta 1648); Federico V llega a la república de Holanda
	27 abr. Federico se alia con la república de Holanda		
	1-4 may. Se disuelve la Unión		15 jul. Muere archiduque Alberto
	Oct. Los bávaros ocupan el alto Palatinado; período Kipper und Wipper (hasta 1623)		
1622		En. 1.ª paz de Nikolsburg (emperador y Transilvania)	
	Mar. Se publica <i>Spanish Chancery</i>		Feb. Espínola toma Jülich
	Abr. Victoria de Wiesloch		
	6 may. Derrota de Jorge de Baden en WIMPFEN		
	Jun. Conferencia de Bruselas (hasta nov.)		Jun. Conferencia de Bruselas
	20 jun. Derrota de Cristian de Brunswick en HOCHST		

<i>Francia, Gran Bretaña e Italia</i>	<i>Escandinavia, Polonia y Rusia</i>	<i>Transilvania y los turcos</i>
Ag. Fin de la guerra civil francesa; Luis XIII invade Béarn; los Habsburgos ocupan Valtellina	20 sept. Victoria de Cecora (polacos contra turcos)	Ag. Bethlen invade Hungría de nuevo 20 sept. Victoria de Cecora (polacos contra turcos)
Feb. Guerra francesa de los hugonotes (hasta oct. 1622)	Feb. Conferencia de Segeberg	
Sept. Los Habsburgos ocupan territorios de las Ligas Grises	Sept. Suecia toma Riga Oct. Tregua polaco-turca	Oct. Tregua polaco-turca
En. El papa funda la Congregación para la Propagación de la Fe		En. 1.ª paz de Nikolsburg (emperador y Transilvania)

Año	Alemania	Los territorios habsburgos	España y los Países Bajos
1622	13 jul. Federico cesa a Mansfeld y Brunswick 26 ag. Victoria de Fleurus		4 oct. Muere Zúñiga; OLIVARES PRIMER MINISTRO (hasta 1643)
1623	25 feb. Electorado palatino pasa a Maximiliano Mar. Rendición de Frankenthal 6 ag. Derrota de STADTLOHN		
1624	En. Mansfeld dispersa ejército		Jun. Tratado de Compiègne (Francia y la república de Holanda) Jul. Sitio español de Breda (hasta junio de 1625)
1625			Oct. Se crea el Almirantazgo del Norte Dic. El ejército de Mansfeld embarca para Holanda
	Abr. Cristian IV elegido <i>kreisoberst</i> de la baja Sajonia		Abr. Muere Mauricio de Nassau; Federico Enrique, capitán general de la rep. de Holanda (hasta 1647) Jun. Conquista española de Breda (hasta 1637); bloqueo español del río en Westallia (hasta 1629)

Feb. Se forma la Liga de los Leones; España acepta evacuar Valtellina

Abr. Buckingham y príncipe Carlos van a Madrid al combate español
Ag. Urbano VIII elegido papa (hasta 1644)

Abr. Richelieu entra en el consejo de Luis XIII

Jun. Tratado de Compiègne (Francia y la república de Holanda)

Ag. RICHELIEU PRIMER MINISTRO DE FRANCIA (hasta 1642); Francia ocupa Valtellina

En. Nueva revuelta de los hugonotes en Francia (hasta 1629)

Mar. Guerra con España (hasta 1630); Saboya invade Génova
Abr. Muere James VI y I; Carlos I, rey de Inglaterra (hasta 1649)

Jun. Suecia invade Prusia

Bethlen invade Hungría; guerra turca contra Persia (hasta 1639)

May. 2.ª paz de Nikolsburg; los persas toman Bagdad

Abr. Cristian IV elegido *kreisoberst* de la baja Sajonia

<i>Año</i>	<i>Alemania</i>	<i>Los territorios habsburgos</i>	<i>España y los Países Bajos</i>
1625	<i>Jul.</i> Wallenstein recluta un nuevo ejército imperial; bloqueo español del río de Westafña (hasta 1629)	<i>Oct.</i> Comisión de Reforma en Cádiz	
1626	<i>9 dic.</i> ALIANZA DE LA HAYA		<i>9 dic.</i> ALIANZA DE LA HAYA
	<i>Abr.</i> Derrota del puente Dessau	<i>May.</i> Rebelión de la alta Austria (hasta sept.)	<i>5 mar.</i> Tratado de Monzón (ratificado en mayo)
	<i>26 ag.</i> Derrota de LUTTER. Los imperiales avanzan hacia el norte		<i>Jul.</i> Se publica el esquema de la Unión de Armas
1627	<i>Feb.</i> Se entrega Mecklenburg a Wallenstein en garantía; los imperiales conquistan Macklenburg, Pomerania y Holstein <i>Mar.</i> Partición de Hesse a favor de Darmstadt; abdica Mauricio de Hesse-Kassel <i>May.</i> Tratado de Königsberg (emperador-Brandenburgo)	<i>Sep.</i> Nueva constitución para Bohemia y Moravia	
	<i>Oct.</i> Reunión electoral de Mülhausen (hasta nov.) <i>10 nov.</i> Capitulación de Fransburg (Pomerania)		
1628	<i>En.</i> Wallenstein, duque de Mecklenburg; los imperiales invaden Jutlandia <i>May.</i> Baviera se anexiona el alto Palatinado	<i>May.</i> La alta Austria vuelve a la disciplina habsburga	

9 dic. ALIANZA DE LA HAYA

9 dic. ALIANZA DE LA HAYA
En. Victoria de Wallhof (de
los suecos sobre los polacos)

Bethlen invade Moravia; los
turcos en la reconquista de
Bagdad

5 mar. Tratado de Monzón
(ratificado en mayo)

May. Campaña de Gustavo en
Prusia (hasta 1629)

26 ag. Derrota de LUTTER

Dic. Paz de Bratislava

jun. Guerra entre Francia e
Inglaterra (hasta 1629)

Dic. 3.ª guerra de Mantua
(hasta 1631)

a

<i>Año</i>	<i>Alemania</i>	<i>Los territorios habsburgos</i>	<i>España y los Países Bajos</i>
1628	May. SITIO FRUSTRADO DE STRALSUND (hasta jul.) Sep. Derrota de Wallenstein a los daneses en Wolgast		Sep. Holanda captura flota con plata de España
1629	6/28 mar. EDICTO DE RESTITUCIÓN 7 jul. Paz de Lübeck; los imperiales envían ayuda a Polonia		Abr. Sitio holandés de 's Hertogenbosch (hasta sep.) Ag. Los españoles toman Amersfoort; los holandeses toman Wesel 14 sep. Holandeses toman 's Hertogenbosch
1630	Abr. Encuentro de Annaburg (Sajonia y Brandenburgo) Jul. REUNIÓN ELECTORAL DE REGENSBURGO (hasta nov.) Ag. Magdeburgo desafía al emperador (hasta mayo de 1631) 13 ag. Cese de Wallenstein Sep. Conferencia de Sabeltitz (Sajonia y Brandenburgo) 13 oct. PAZ DE REGENSBURGO		Feb. Holanda ocupa Pernambuco (Brasil) hasta 1654 17 jun. Tratado de ayuda franco-holandés
1631	Feb. Asamblea de Leipzig (hasta abr.)		15 nov. Paz de Madrid (Inglaterra y España)

Jun. Suecia libera Stralsund
Sep. Derrota de Wallenstein a
 los daneses en Wolgast

Oct. RENDICIÓN DE LA ROCHELLE

Mar. Luis XIII invade Italia

14 mar. Encuentro de Ufsbäck
 (entre Cristian y Gustavo)

Abr. Paz de Susa entre Francia
 e Inglaterra

May. Ejército imperial invade
 Italia

28 jun. La «gracia de Alais»
 pone fin a la revuelta de los
 hugonotes

17 jun. Derrota de Honigfelde
 (Stuhm)

7 jul. Paz de Lübeck

26 sep. Tregua polaco-sueca de
 Altmark (hasta 1635)

Nov. Muere Bethlen Gabor; le
 sucede Jorge Rácóczy
 (hasta 1648)

Francia ocupa Saboya; la peste
 asola Italia (hasta 1631)

17 jun. Tratado de ayuda
 franco-holandés

Jul. Los imperiales toman
 Mantua

Jul. Gustavo invade Alemania

13 oct. PAZ DE REGENSBURG

11 nov. Día de Dupes (París)

15 nov. Paz de Madrid
 (Inglaterra y España)

23 en. Tratado de Bärwalde

23 en. Tratado de Bärwalde

<i>Año</i>	<i>Alemania</i>	<i>Los territorios habsburgos</i>	<i>España y los Países Bajos</i>
1631	12 abr. Manifiesto de Leipzig		
	20 may. Saqueo de Magdeburgo		
	4 ag. Convención de Francfort (hasta oct.)		
	Sep. Sajonia, Bremen y Hesse-Kassel se alían con Suecia		Sep. Revuelta en los territorios vascos (1634)
	17 sep. VICTORIA DE BREITENFELD		
	Nov. Suecia toma Maguncia (hasta 1636)	15 nov. Los sajones toman Praga (hasta 1632)	
	Dic. Vuelve a ser llamado Wallenstein		
1632	Abr. Victoria de RAIN; Suecia ocupa Baviera		
	13 abr. Acuerdo de Göllersdorf: Wallenstein es repuesto como comandante en jefe		
			Jun. Holandeses toman Venlo y Roermond; se suprime la rebelión del sur de los Países Bajos
	Jul. Sitio de Alte Veste (hasta el 18 sep.)		
			23 ag. Holandeses toman Maastricht
	1 nov. Wallenstein toma Leipzig		
	16 nov. Victoria de LÜTZEN		
1633			
		Jun.-jul. Tregua en Silesia	
	Jul. Victoria de Hessisch-Oldendorf; motines en el ejército sueco		
		Ag.-oct. Tregua en Silesia	

<i>Francia, Gran Bretaña e Italia</i>	<i>Escandinavia, Polonia y Rusia</i>	<i>Transilvania y los turcos</i>

13 abr. Suecia toma Francfort
del Oder

8 may. Tratado de
Fontainebleau (Francia y
Baviera)

19 jun. Paz de Cherasco

Jun. Alianza Suecia-
Brandenburgo

Sep. Alianza sueco-sajona

17 sep. VICTORIA DE
BREITENFELD

Abr. Muere Segismundo III; le
sucede Ladislao IV (hasta 1648)

16 nov. Victoria de LÜTZEN;
MUERE Gustavo; le sucede
Cristina (hasta jun. 1634)

19 abr. Se renueva el tratado
franco-sueco

19 abr. Se renueva el tratado
franco-sueco

23 abr. Liga de Heilbronn;
motines del ejército sueco

Los turcos atacan Polonia

Jun. Francia invade Lorena

<i>Año</i>	<i>Alemania</i>	<i>Los territorios habsburgos</i>	<i>España y los Países Bajos</i>
1633		<i>Oct.</i> Derrota de Steinau; Wallenstein reconquista Silesia	
1634	<i>25 feb.</i> Muere Wallenstein <i>22 abr.</i> Brandenburgo exige la evacuación sueca de Pomerania	<i>Jul.</i> Sajones invaden Bohemia (hasta sep.)	
	<i>6 sep.</i> Derrota de NÖRDLINGEN	<i>Oct.</i> Cardenal infante gobierna los Países Bajos del sur (hasta 1641)	
	<i>1 nov.</i> Alianza de Francia con la Liga de Heilbronn		
	<i>24 nov.</i> Preliminares de Pirna		
1635	<i>Mar.</i> España ocupa Trier; se arresta al elector (hasta 1645)		<i>8 feb.</i> Se renueva el tratado franco-holandés <i>26 mar.</i> España ocupa Trier
	<i>30 may.</i> PAZ DE PRAGA (emperador y Sajonia) <i>Ag.</i> Motines en el ejército sueco <i>6 sep.</i> Brandenburgo acepta paz de Praga	Revuelta de campesinos en Estiria	<i>19 may.</i> FRANCIA DECLARA GUERRA A ESPAÑA
1636	<i>En.</i> Suecia entrega Maguncia <i>Mar.</i> Emperador declara guerra a Francia		<i>Jul.</i> Ejército de Flandes invade Francia <i>15 ag.</i> El ejército de Flandes en Corbie

Abr. Francia aumenta la ayuda a Holanda

Jun. Paz entre Rusia y Polonia Los turcos atacan Persia

Nov. Francia ocupa plazas fuertes suecas en Alsacia; la Liga de Heilbronn se alía con Francia

8 feb. Se renueva el tratado franco-holandés

Mar. Francia ocupa Valtellina (hasta 1637)

28 abr. Tratado de Compègne (Francia y Suecia)

19 may. FRANCIA DECLARA GUERRA A ESPAÑA

28 abr. Tratado de Compègne (Francia y Suecia)

19 may. FRANCIA DECLARA GUERRA A ESPAÑA

Ag. Motines en el ejército sueco

Sep. Paz de Stuhmsdorf entre Polonia y Suecia (hasta 1655)

27 oct. Francia emplea a Bernardo de Sajonia-Weimar

Mar. Emperador declara guerra a Francia

30 mar. Tratado de Wismar (Suecia y Francia)

30 mar. Tratado de Wismar (Suecia y Francia)

Jun. Oxenstierna vuelve a Suecia

Jul. Ejército de Flandes invade Francia

15 ag. El ejército de Flandes en Corbie

<i>Año</i>	<i>Alemania</i>	<i>Los territorios habsburgos</i>	<i>España y los Países Bajos</i>
1636	4 sep. Reunión electoral de Regensburg (hasta 1637) Oct. Convocada convención de Colonia 4 oct. Victoria WITTSTOCK 22 dic. Fernando III elegido rey		
1637	En. El ejército sueco se retira a Torgau 15 feb. Muere FERNANDO II; le sucede FERNANDO III Mar. Muere Bogislav XIV de Pomerania Jun. Ejército sueco se retira a Pomerania (hasta oct. 1638)	15 feb. Muere FERNANDO II; le sucede FERNANDO III	Juan Mauricio gobierna el Brasil holandés (hasta 1644)
1638	Mar. Victoria de Rheinfelden		Ag. Agitaciones en Évora Sep. Francia toma Leucate (Cataluña) Oct. Holanda toma Breda
1639	Dic. Bernardo de Sajonia-Weimar toma Breisach Abr. Victoria de Chemnitz		Dic. Bernardo de Sajonia-Weimar toma Breisach
		May. Suecia invade Bohemia (hasta 1640)	
	Jul. Muere Bernardo de Sajonia-Weimar; Francia incorpora todas las conquistas		Jul. Francia toma Salces
1640	En. Conversaciones bávaro-francesas en Einsiedeln Feb. Reunión electoral de Nuremberg		21 oct. Victoria de Downs; armada holandesa destruye flota española
	Sep. DIETA DE REGENSBURGO (hasta oct. 1641) Dic. Muere Jorge Guillermo; le sucede Federico Guillermo		May. Revuelta en Cataluña (hasta 1652) Dic. Revuelta en Portugal (hasta 1668)

Sep. Imperiales invaden
Borgoña; rebelión de Croquant
en Francia

Mar. Rebelión de Valtellina:
reocupación española

Jun. Ejército sueco se retira a
Pomerania (hasta oct. 1638)

Sep. Francia toma Leucate
(Cataluña)

15 mar. Tratado de Hamburgo
(Francia y Suecia)

15 mar. Tratado de Hamburgo
(Francia y Suecia)

Abr. Tratado anglo-danés de
Hamburgo

Abr. Tratado anglo-danés de
Hamburgo

Jul. Francia toma Salces;
revuelta de los *nu-pieds* en
Normandía (hasta nov.)

En. Conversaciones bávaro-
francesas en Einsiedeln

<i>Año</i>	<i>Alemania</i>	<i>Los territorios habsburgos</i>	<i>España y los Países Bajos</i>
1641	<i>May.</i> Muere Baner; motines en ejército sueco		<i>En.</i> Cataluña acepta protección francesa
	<i>24 jul.</i> Paz Brandenburgo-Suecia		
	<i>Nov.</i> Torstensson llega al ejército sueco		<i>Ag.</i> Holanda toma Angola (hasta 1648)
1642	<i>En.</i> Paz de Goslar (emperador y Brunswick) Suecia ocupa Sajonia e invade Moravia		
1643	<i>Feb.</i> «Deputationstag» de Francfort (hasta 1645) <i>May.</i> Suecia invade Dinamarca (hasta 1645)		<i>17 en.</i> Caída de Olivares
	<i>Ag.</i> NEGOCIACIONES AL COMIENZO DE WESTFALIA (hasta 1648) <i>Nov.</i> Derrota de Tuttlingen		<i>19 may.</i> Victoria de ROCROI
1644			
	<i>Ag.</i> Victoria de Friburgo; Francia ocupa toda Alsacia		
1645	<i>6 mar.</i> Victoria de YANKOV <i>May.</i> Derrota de Mergentheim		Francia toma diez ciudades en Países Bajos

30 jun. Tratado de Hamburgo
(alianza franco-sueca hasta fin
de la guerra)

Jul. Conspiración de Soissons

30 jun. Tratado de Hamburgo
(alianza franco-sueca hasta fin
de la guerra)

Ag. Guerra civil inglesa (hasta
1649); conspiración de Cinq-
Mars

4 dic. Muere RICHELIEU;

MAZARINO, PRIMER MINISTRO

FRANCÉS (hasta 1661)

14 may. Muere Luis XIII;
LUIS XIV rey de Francia (hasta
1715)

19 may. Victoria de ROCROI

May. Guerra sueco-danesa
(hasta 1645)

Nov. Derrota de Tuttlingen

Jul. Victoria de Marston Moor;
INOCENTE X sucede a
Urbano VIII

Nov. Alianza Suecia-Transilvania
(hasta 1645)

Feb. Rákóczi invade Hungría
(hasta ag. 1645)

Nov. Alto el fuego acordado
entre daneses y suecos

Jun. Victoria de Naseby

<i>Año</i>	<i>Alemania</i>	<i>Los territorios habsburgos</i>	<i>España y los Países Bajos</i>
1645	3 ag. Victoria de ALLERHEIM; primera reunión de la conferencia para la paz de Westfalia 6 sep. Tregua de Kötzschenbroda (Sajonia y Suecia) Nov. Trauttmannsdorf llega a Westfalia (hasta jun. 1647)	Suecia sitia Viena	
1646	Abr. Paz de Eilenburg (Suecia y Sajonia) Sep. Paz preliminar franco- imperial		En. Negociaciones república de Holanda llegan a Münster
1647	14 mar. Tregua franco-bávara (hasta sep.)		Oct. Francia toma Dunkerque En. Tregua hispano-holandesa (hasta 1648)
1648	17 may. Victoria de Zusmarhausen 6 ag. Paz preliminar Suecia- imperio	Oct. Suecia sitia Praga	May. Muere Federico Enrique; revuelta en Sicilia Jul. Rebelión de Masaniello en Nápoles (hasta 1648) 30 en. PAZ DE MÜNSTER
1649	24 oct. PAZ DE WESTFALIA En. Baviera desocupada Abr. Ciudades imperiales admiten la igualdad religiosa	24 oct. PAZ DE WESTFALIA	20 ag. Victoria de Lens
1650	26 jun. ACUERDO DE NUREMBERG SOBRE DESMOVILIZACIÓN		

<i>Francia, Gran Bretaña e Italia</i>	<i>Escandinavia, Polonia y Rusia</i>	<i>Transilvania y los turcos</i>

Jul. Muere Miguel Romanov

Ag. Paz de Brömsebro

Ag. Llamado otra vez Rácóczi

16 dic. Tratado de Linz

Sep. Paz preliminar franco-imperial

Oct. Francia toma Dunkerque

Feb. Muere Cristian IV

14 mar. Tregua franco-bávara (hasta sep.)

May. Revuelta en Sicilia

Jul. Rebelión de Masaniello en Nápoles (hasta 1648)

May. Comienza Fronda (hasta 1654)

20 ag. Victoria de Lens

24 oct. PAZ DE WESTFALIA

24 oct. PAZ DE WESTFALIA

26 jun. ACUERDO DE NÜREMBERG SOBRE

DESMOVILIZACIÓN

Oct. Coronación de la reina Cristina

Capítulo I

Europa entre la guerra y la paz, 1555-1618

La *Historia de los viajes de Escarmentado*, que se sitúa en los años 1615-20, no es de las mejores obras de Voltaire. La visión del autor sobre el siglo XVII como un período de la historia inusitadamente violento y agitado está mejor desarrollada y mejor documentada en su *Ensayo sobre las costumbres*, y además allí se echa de menos, como alguien ha dicho, buena parte de su marcada ironía. A pesar de todo, la breve historia merece cierta atención de parte de los historiadores. El que hace en ella de héroe y narrador, nacido en Creta y enviado a Roma por sus padres siendo adolescente, emprende un *grand tour* por Europa en busca de la verdad, pero de hecho sólo encuentra violencia originada por la religión y discordia política. En París lo invitan a cenar un pedazo de carne del favorito, caído, de Luis XIII; en Londres advierte que «píos católicos, por el bien de la iglesia» habían intentado, no hacía mucho, volar al rey, a la familia real y al parlamento al completo (la Conspiración de la Pólvora). Luego visita Escarmentado La Haya, donde ve cómo un venerable anciano es conducido para ser ejecutado en público. Se trata de Johan van Oldenbarnevelt, primer ministro de la República Holandesa durante cuarenta años. Confundido, el narrador pregunta a otro espectador si el anciano es un traidor convicto. «Peor que eso —es la respuesta—; es una persona que cree que alcanzamos la salvación por las obras buenas igual que por la fe. Dése cuenta de que, si se aceptan tales ideas, no habrá Estado que aguante; se necesitan leyes severas para erradicar tan desafortunados yerros». Indignado, nuestro héroe se traslada a Sevilla, donde es detenido y multado por la Inquisición porque le habían escuchado palabras desconsideradas mientras cuarenta pecadores eran quemados en la hoguera por herejía. Y se considera feliz de escapar a la relativa paz y armonía del Imperio Otomano.

Es curioso que Escarmentado no visitó en ningún momento Alemania. Algunos críticos han sugerido que Voltaire cortó el pasaje que trataba de este país (sin duda, en un tono igualmente crítico) para evitar los sentimientos de su ex-patrón, Federico de Prusia; pero también es posible que, simplemente, la situación en Alemania en los años 1615-20 ¡resultaba demasiado compleja para reflejarla en un breve relato!. Sea cual fuera la razón, hay mucho que decir sobre la decisión de Voltaire de centrarse en la periferia de Europa, porque las pasiones religiosas y políticas que provocarían la guerra de los treinta años no se originaron de hecho en Alemania, sino en los países que la rodeaban y, sobre todo, en los estados gobernados por la principal dinastía de Europa, los Habsburgos de España y Austria.

1. LOS HABSBURGOS Y EUROPA

Felipe III, que sucedió a su padre como rey de España en 1598, reinó sobre un imperio en el que no se ponía el sol. Tenía súbditos en fortalezas y puertos de las costas de África y el sur de Asia, en Filipinas, Méjico y Perú, en España y Portugal (unidas desde 1580), en Lombardía, Nápoles y Sicilia. Pero no en los Países Bajos, aunque éstos habían sido parte importante del imperio sobre el que había reinado su padre, Felipe II. Cuando éste murió, el sur de los Países Bajos pasó a la hermana de Felipe III, Isabel, y a su marido Alberto, universalmente conocidos como «los Archiduques» (véase Tabla 1). En su Estado satélite los Archiduques eran soberanos en temas de política interior, pero en los de política exterior y de defensa estaban sujetos a España. La distinción era importante, porque Felipe III pareció decidido a continuar la guerra de su padre contra la vecina del norte de los Archiduques, la república de Holanda.

Nacida con la rebelión del norte de los Países Bajos en contra del mando español durante los años de 1570, la joven república sólo pudo resistir al ataque del mayor imperio de Europa por la combinación de una

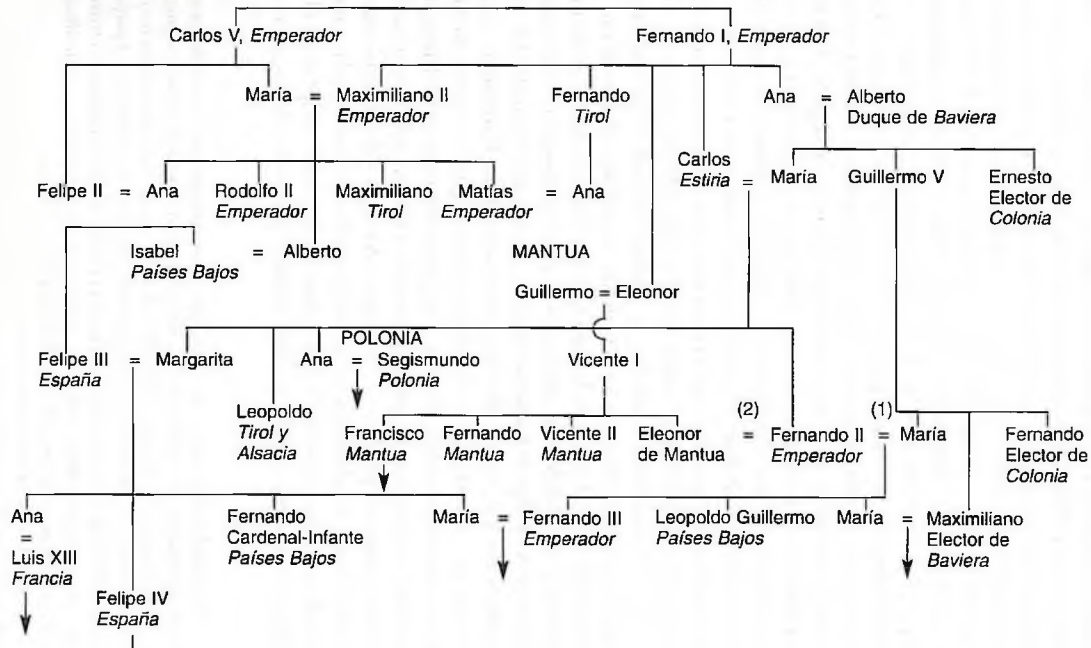
¹ Citado de F. Deloffre y J. Van Heuvel (comp.), *Voltaire: romans et contes* (París, 1979), 136-7. Voltaire escribió esta pieza en 1753-4, justo cuando acababa su *Ensayo sobre las costumbres*. Estaba escribiendo desde cierta incomodidad, «entre deux rois» (porque había reñido con dos gobernantes, el de Francia y el de Rusia) y desde «le cul de la terre», exiliado en Alsacia.

TABLA 1: *La conexión habsburga*

ESPAÑA

AUSTRIA

BAVIERA



tenaz política de defensa en el interior y una incansable diplomacia hacia afuera. Los tratados de amistad con Inglaterra (1585), Francia (1589), el Palatinado (1604) y Brandenburgo (1605) mejoraron la disponibilidad de ambas cosas, de hombres y de dinero, por parte de los rebeldes, hasta que el gobierno español se vio forzado a aceptar que en las guerras de los Países Bajos ya no era posible una victoria. A comienzo de 1607, a pesar de ciertos éxitos militares en el año anterior, se iniciaron conversaciones de paz. Pero tras dos años de discusión España, los Archiduques y Holanda no habían llegado aún a ponerse de acuerdo en las cláusulas. En cambio, se pactó una tregua de doce años, que comenzó en abril de 1609, restringida, en todo caso, a los Países Bajos. No se contemplaba la obligación de retirar de la América española o del Asia portuguesa los barcos de guerra ni los mercaderes holandeses, y Holanda continuó buscando alianzas con fuerzas antihabsburgas en otras partes, concluyendo tratados con los turcos otomanos (1611), Argel (1612), los protestantes alemanes (1613), las ciudades hanseáticas y Suecia (1614), Saboya (1616) y Venecia (1619).

De esta manera la república de Holanda no sólo tejó una impresionante red de alianzas, sino que también se aseguró el aislamiento diplomático de su archienemigo. España jamás recibió ayuda de la otra rama de la familia, los Habsburgos austríacos. A pesar de los numerosos lazos matrimoniales —Felipe II había sido a la vez primo, tío y cuñado del emperador Rodolfo II, y Felipe III se casó con otra prima Habsburgo—, Austria, con apenas una excepción, no ofreció ayuda alguna a España en sus problemas con el holandés². Eso fue una gran fortuna para Holanda, dada la cantidad de recursos de que disponían los Habsburgos austríacos. Sus territorios eran (en palabras de un viajero del siglo XVII) «mucho más grandes de lo que comúnmente se percibe»³. Al oeste quedaba la «continuación de Austria», gobernada desde Innsbruck y que comprendía el Tirol, algunos territorios sueltos del Rin medio y partes de Alsacia; en el sures-

² Se ha hecho notar que de los cincuenta y siete matrimonios contraídos por miembros de la dinastía entre 1450 y 1650, cincuenta y una esposas provenían de siete familias, y veinticuatro de sólo tres. Felipe IV de España ¡tuvo sólo cuatro bisabuelos en lugar de ocho! Tal vez el reiterado incesto (de hecho) de la casa de Habsburgo explique la infecundidad de tantos de sus miembros en ese periodo. Véase P. S. Fichtner, «Dynastic marriage in sixteenth-century Habsburg diplomacy and statecraft: an interdisciplinary approach», *American Historical Review*, LXXXI (1976), 243-65.

³ Edward Brown, *A brief account of some travels in Hungaria, Servia, etc.* (Londres, 1673), *passim* (por ejemplo, pp. 114-5, 123, 133, 140).

te se hallaba el «Austria interior», como se llamaban los ducados de Estiria, Carintia y Carniola, con la capital en Graz y unos dos millones de súbditos. Luego estaban los ducados austríacos originarios, los «altos», gobernados desde Linz, y los «bajos», desde Viena, menos poblados que el Austria interior (tal vez sólo 600.000 personas en conjunto) pero mucho más prósperos, con muchas ciudades y una aristocracia potente, cuyos poderes sobre sus vasallos eran la envidia de sus semejantes de otras partes. Éstos formaban los llamados *Erbländer* o territorios hereditarios, las provincias patrimoniales de la Casa de Habsburgo. A ellos se añadieron, a partir de 1526, los reinos electivos de Bohemia (que incluía, además de Bohemia, los territorios de Moravia, Silesia y Lusacia y contaba con unos cuatro millones de súbditos) y Hungría (o, más bien, el perímetro noroccidental del reino medieval, porque el resto estaba bajo el dominio o del sultán turco o de su vasallo cristiano, el príncipe de Transilvania) con tal vez un millón de habitantes (véase Mapa 1).

El punto de inflexión del desarrollo de esta extensa herencia de los Habsburgos fue la muerte de Fernando I en 1564. Fernando había sido elegido rey de Bohemia y de Hungría en 1526 en gran medida porque la gente de estos estados, cuyo príncipe acababa de caer muerto durante la gran victoria turca sobre los cristianos en Mohacs, esperaban asegurarse por su medio la protección alemana y austríaca frente al aparentemente irresistible avance turco sobre el Danubio. Durante su reinado Fernando fue capaz de explotar esta necesidad de defensa para aumentar su autoridad tanto en estos nuevos reinos como en los territorios hereditarios (donde hacía de regente de su hermano, el emperador Carlos V, a partir de 1521). Logró enfrentar a las ciudades contra los nobles, a los no católicos aceptables (husitas y, ocasionalmente, luteranos) contra los inaceptables (anabatistas, hermanos bohemios y, eventualmente, calvinistas), y también a unos estados contra otros (los jefes de la rebelión bohemia de 1547 fueron juzgados por jueces de Moravia y Silesia). Pero esta situación favorable cambió después de 1564. En primer lugar, Fernando dividió sus territorios al morir: el Austria interior pasó a su hijo menor, Carlos; la continuación de Austria, a su segundo hijo, Fernando; sólo la alta y la baja Austria, junto con Bohemia y Hungría, quedaron para su hijo mayor, Maximiliano II. No era ya posible continuar con la práctica de Fernando del «divide y vencerás»⁴.

⁴ La política de Fernando está bien descrita en K. J. Dillon, *King and Estates in the Bohemian Lands, 1526-64* (Bruselas, 1976).

De todos modos, es probable que esa política se viera socavada también por otras dos circunstancias: la creación de asambleas representativas en todos los ducados austríacos, todos ellos ampliamente dominados por la aristocracia, a partir de 1564, y el aumento de la presencia protestante, especialmente entre nobles y caballeros. En 1580 en torno al 90 por ciento de la nobleza de la baja Austria eran protestantes (casi todos luteranos), y la situación era similar en la alta Austria (excepción hecha de varios nobles que se hicieron calvinistas). En ambos ducados la iglesia católica estaba moribunda: las parroquias se encontraban casi todas vacantes permanentemente, las congregaciones habían sido abandonadas y las instituciones que sobrevivían languidecían en condiciones poco edificantes. La baja Austria podía alardear en 1563 de 122 monasterios con un total de sólo 463 monjes y 160 monjas, aunque con 199 concubinas, 55 viudas y 443 niños⁵. Éstos intentaban impotentes detener la oleada protestante. En 1568 y 1571, como contrapartida por importantes impuestos para pagar la defensa frente a los turcos, Maximiliano II garantizó la libertad de culto protestante en la baja Austria a todos los nobles y sus vasallos (aunque no a las ciudades). En 1578 los estados de mayoría protestante de la baja Austria reclutaron un ejército de 1.500 hombres para asegurarse concesiones semejantes de su nuevo rey, el hijo de Maximiliano, Rodolfo II. El mismo año, los estados del Austria interior negociaron sacarle parecidas garantías religiosas amplias a su soberano el archiduque Carlos, a cambio de votar impuestos para construir instalaciones defensivas permanentes a lo largo de la frontera húngara. Eran ahora los vasallos, no los príncipes, los que aprovechaban la presencia otomana fuera para lograr importantes concesiones en su territorio. Como observaba entristecido el capellán de la corte al archiduque Carlos: «La amenaza turca es una bendición para los protestantes; si no fuera por ella, podríamos tratarlos de

⁵ Datos de la fuerza protestante tomados de G. Mecenseffy, *Geschichte des Protestantismus in Österreich* (Graz y Colonia, 1956); G. Reingrabner, *Adel und Reformation. Beiträge zur Geschichte des protestantischen Adels im Lande unter der Enns während die 16. und 17. Jahrhunderts* (Viena, 1976: *Forschungen zur Landeskunde von Niederösterreich*, XXI), e id., *Protestantismus in Niederösterreich* (Viena, 1977: *Wissenschaftliche Schriftenreihe Niederösterreich*, XXVII): Para los puntos fuertes y débiles de los monasterios véase Evans, *Making of the Habsburg Monarchy*, 4. Debe advertirse, de todos modos, que los protestantes contaban sólo con setenta y ocho pastores en la baja Austria en 1580 (Chesler, «Crown, lords and God», 63).

modo muy diferentes»⁶. Los estados victoriosos siguieron sacando todas las ventajas que pudieron, y crearon escuelas protestantes en las ciudades más importantes y un comité central permanente encargado de vigilar los asuntos religiosos. Los austríacos parecían resueltos a constituir una iglesia territorial en la línea de estados germanos del norte como Mecklenburg o Sajonia.

Pero había una diferencia crucial entre los estados germánicos del norte y Austria: que aquí el príncipe no era un protestante. Todo el proceso de asegurarse garantías y edificar una *Landeskirche* fue hueco y artificial. No tuvo en cuenta un principio fundamental del poder estatal de la era moderna temprana: que cada soberano secular definía absolutamente la fe sus súbditos; y por eso, al final, sólo podía desembocar en conflicto. En 1579 los archiduques de Tirol y Estiria mantuvieron un encuentro secreto en Múnich con el duque de Baviera en el que se decidió no hacer más concesiones a los credos reformados y restablecer, en cambio, el monopolio católico «pero sin ruido y ni furia, sino subrepticia y lentamente; ... no con palabras sino con hechos»⁷. El proceso era más fácil en los ducados habsburgos más periféricos porque la Reforma había penetrado menos profundamente al no ser la nobleza en absoluto sólidamente protestante⁸. El avance de este primer embate de contrarreforma se detuvo por la muerte del archiduque Carlos de Estiria en 1590, y del archiduque del Tirol muy poco después, pero todo el mundo constató que se estaba meramente ante una tregua. Cuando el hijo de Carlos, Fernando II, de diecisiete años de edad, volvió a Estiria en 1595 tras cinco años de educación con los Jesuitas en la universidad de Ingolstadt, en Baviera, se repartió entre sus asesores un documento titulado «Consideraciones sobre el modo en que se puede restablecer el catolicismo». En 1598, de incógni-

⁶ Citado por Schulze, *Landesdefension und Staatsbildung*, 70, n. 119. Una versión ligeramente diferente ofrece Franzl, *Ferdinand II*, 17. Tal vez el predicador exageraba: la exacción permanente del *Türkensteuer* («impuesto de los turcos»), durante el siglo XVI incapacitó de hecho a otros muchos príncipes para lograr un cierto grado de independencia financiera respecto de sus estados.

⁷ Citado por Schulze, *op. cit.*, 82.

⁸ Información tomada de A. Posch, «Aus dem kirchlichen Visitationsbericht 1617», en Novotny y Sutter (com.), *Innerösterreich, 1564-1619*, 197-232, en p. 229; y Reingrabner, *Geschichte des Protestantismus*, 3. En Innsbruck no hubo imprenta hasta 1558 y en Graz hasta 1559, lo que impidió la expansión del protestantismo. En Viena, en cambio, se imprimieron en 1521 ¡diecisiete obras luteranas!

to, hizo una visita a Italia y fue recibido en audiencia por el papa, al que, sin duda, explicó su plan de campaña porque, tan pronto como regresó a Estiria mandó salir del territorio a todos los clérigos y seminaristas protestantes; en 1599 una específica «Comisión de la Reforma» determinó cerrar los establecimientos luteranos del ducado (casi setenta se clausuraron en doce meses) y destruir todos los libros prohibidos (sólo en Graz se quemaron 10.000 en una gran pira). En 1600 fueron obligados a irse eminentes protestantes con sus familias, incluido el matemático y maestro universitario de Graz Johannes Kepler. Debieron acabar en el exilio unas 2.500 personas. Tras este éxito, el archiduque y su Comisión de la Reforma centraron su atención en Carintia y Carniola. Aunque un obispo miedoso predijo el brote de una rebelión «a escala de los Países Bajos», el archiduque se dio cuenta de que el miedo a caer en manos de los turcos (que acababan de tomar Canissa, a 250 kilómetros de Graz) y la renuencia de los luteranos a oponerse al príncipe legítimo representaban para él una ventaja decisiva. Fernando II intentó revivir la política de su abuelo del divide y vencerás⁹.

Algunos movimientos similares hubo en la baja Austria. En 1578 Rodolfo II, que entonces vivía en Viena, ordenó la clausura de todas las instituciones protestantes de la capital, incluyendo una notable escuela de gramática regida por los propios estados. Hubo quejas de los nobles protestantes cuando las iglesias y los colegios fueron trasladados de Viena a la cercana ciudad de Horn; pero en eso quedó la cosa. Aparentemente no hubo resistencia por parte de los nobles cuando el gobierno, oyendo la sugerencia del obispo Khlesl de Passau (y más tarde de Viena), comenzó a imponer magistrados católicos en las poblaciones del ducado en la década de 1590. En parte, el problema tenía su origen en la revuelta de campesinos que paralizó buena parte de la baja Austria en 1595 y 1596 y se paró sólo gracias a la intervención imperial: la revuelta contra la aristocracia demostró a los terratenientes lo dependientes que eran de la ayuda gubernamental. Por otra parte, la incapacidad de los pastores protestantes para frenar la alteración demostró que el protestantismo era una pobre garantía de orden público y, a raíz de la rebelión, algunos terratenientes principales —entre otros, Karl von Liechtenstein, cabeza de una de las más viejas familias del ducado— se convirtieron al catolicismo.

⁹ Véase Evans, *Making of the Habsburg Monarchy*, 45.

Parecidas fueron las cosas también en otros sitios: a partir del decenio de 1590 vástagos de las principales familias de los territorios habsburgos comenzaron a abandonar las iglesias reformadas a favor del catolicismo: los Wallenstein y Slavata en Bohemia, los Eggenberg y Trauttmannsdorf en Estiria, y muchos otros nombres que luego se distinguirían en la guerra de los treinta años. La punta de lanza de la ofensiva católica la formaron los colegios regidos por los Jesuitas, de los cuales había en los territorios habsburgos cuatro en 1561, y unos cincuenta en 1650 a cargo de 870 miembros de la Orden. Guillermo Lamormaini S. J., confesor del emperador Fernando II, no se comportaba como un patriotero cuando más tarde afirmaba que «si no se hubieran fundado colegios de la Compañía, gracias a la previsión prudente de los emperadores y archiduques, en Viena, Praga, Graz, Olomouc y otras partes de Alemania, difícilmente habrían quedado vestigios de la religión católica»: después de más o menos 1580 el rostro del catolicismo en los territorios de los Habsburgos quedó moldeado en un grado inusual por la fe rígida, fría y legalista de los padres Jesuitas¹⁰. A medida que la muerte fue quitando de en medio a la vieja generación, más tolerante, el talante de la creencia religiosa se fue haciendo cada vez más agresivo. Probablemente la síntesis costumbrista-humanista, con su defensa de la vieja unidad de la cristiandad, continuó todavía atrayendo seguidores, pero demasiados de ellos eran personas de poca sustancia, fugitivos del fanatismo de otras partes. Los territorios habsburgos de Europa central les habían parecido el único refugio, y ahora también en ellos estaban amenazados¹¹.

Estos sucesos, que estaban a la vista de cualquiera, debieron haber alarmado a los súbditos protestantes de los Habsburgos. Pero no fue así. Los que vivían en Bohemia y Hungría se mostraron particularmente complacientes porque ambos reinos poseían sólidas garantías constitucionales contra el absolutismo de los príncipes —la Bula de Oro húngara (1222) reconocía a los súbditos derechos singularmente amplios— y ambos contaban con una larga tradición de feliz resistencia.

Frente a los abusos de la monarquía (la rebelión husita de 1418-36 había frustrado todos los intentos de represión tanto del imperio como del papado). Es más, ambos reinos elegían a sus príncipes, y de forma regular negociaban con los futuros candidatos ciertas concesiones antes de

¹⁰ Citado por Bireley, *Religion and Politics*, 133-4.

¹¹ Véase Evans, *Rudolf II*, 41-2, y *Habsburg Monarchy*, 39-40, para más discusiones sobre estos temas.

la coronación. Pero la llegada de la Reforma a Europa central aflojó la armadura de tan bien protegidos vasallos. Las tres principales iglesias no católicas de Bohemia —luteranos, husitas y hermanos bohemios (los radicales del movimiento husita)— se pusieron de acuerdo en un credo común en 1575, la *Confessio bohemica*, y obligaron a Rodolfo II a garantizar tolerancia oficial para la misma a cambio de elegirlo rey; mas la promesa fue sólo de palabra y con poca convicción. Casi al mismo tiempo Rodolfo se desdijo del acuerdo ordenando la expulsión de los hermanos bohemios (aunque la orden no pudo llevarse a cabo hasta 1602 por falta de recursos). En Hungría la situación era más incierta todavía, ya que allí las confesiones principales —calvinistas, luteranos y socinianos— no lograron ponerse de acuerdo en una profesión de fe común.

La precaria situación del protestantismo en ambos reinos bajo el reinado de los Habsburgos quedó patente durante la «larga guerra turca» (1593-1606) entre Rodolfo II y el sultán. Aunque los turcos tuvieron éxitos en los primeros años de guerra, los vasallos cristianos del sultán en los Balcanes —los príncipes de Wallaquia y Moldavia— se rebelaron contra él en 1594 y en 1598 hicieron causa común con el emperador. Los Balcanes podrían haber sido liberados si Rodolfo no hubiera utilizado la oportunidad para montar una revuelta en Transilvania y aprovechado la presencia de sus ejércitos aquí y en Hungría para devolver a la Iglesia Católica Romana una posición de primacía. A partir de 1602 tribunales especiales complementaban las acciones de las tropas, confiscando las tierras de los nobles protestantes (y juzgando a algunos por traición), expulsando a los vasallos protestantes y devolviendo iglesias protestantes al uso católico. En 1604 el gobierno habsburgo determinó que en adelante a los Estados locales les estaba prohibido discutir temas religiosos y ordenó aplicar escrupulosamente medidas de rigor contra la herejía.

Fue una verdadera locura: a diferencia de en Estiria, apenas quedaron católicos en Hungría y Transilvania. Los propios agentes papales, en 1606, sólo pudieron encontrar en Hungría a 300 clérigos católico-romanos, la mayoría de ellos en la provincia meridional de Croacia, lindando con el Austria interior; en Transilvania había menos de treinta, y ni un solo prelado húngaro había visitado Roma desde 1553¹². No existían po-

¹² Evans, *Habsburg Monarchy*, 18; K. Benda, «Hungary in Turmoil, 1580-1620», *European Studies Review*, VIII (1978), 281-304, en p. 295.

blaciones controladas por católicos ni, virtualmente, nobles católicos. Así, cuando en 1605 el ejército imperial se vio obligado a marchar hacia el sur para hacer frente a un ataque turco importante, no quedó nadie para prevenir la rebelión de los protestantes de Hungría y Transilvania dirigida por los calvinistas Stephen Bocskay y Bethlen Gabor. Cuando los estados húngaros respaldaron la revuelta, las fuerzas de Bocskay invadieron Moravia.

Comenzó a parecer como si la casa Habsburgo estuviera a punto de perder su dominio sobre los reinos adquiridos en 1526; todavía el jefe de la familia, Rodolfo, cuyas políticas mal concebidas habían desencadenado la tormenta, se mostró impermeable al peligro y se hizo más solitario que nunca. Rara vez salía del Hradschin, el imponente complejo palaciego sobre la «ciudad nueva» de Praga, que era su residencia desde 1581. Los allegados más cercanos de Rodolfo, temiendo que no fuera ya capaz de seguir haciendo frente a los peligros que se cernían sobre el imperio y la dinastía, celebraron un encuentro secreto en Linz en 1605 para discutir qué hacer. Nombraron al hermano mayor del emperador, al archiduque Matías, para que se hiciera cargo de los asuntos y le urgieron a que hiciera la paz con ambos, con Bocskay y con el turco; a cambio, ellos le prometieron apoyarlo en sus pretensiones de suceder a Rodolfo como rey de Bohemia y Hungría¹¹. Al principio todo fue bien: un ejército leal reclutado a la ligera, que incluía a actores de acontecimientos futuros tan importantes como el conde Thurn y el joven Wallenstein, hizo retroceder a Bocskay y permitió a Matías acordar un alto el fuego en enero de 1606. En junio siguiente, en la paz de Viena, el archiduque reconoció a Bocskay como príncipe de Transilvania, le cedió ocho condados de la Hungría real y prometió plena libertad religiosa a todos los protestantes del reino (aunque a la iglesia romana se le ofreció también protección). En noviembre, gracias en parte a los buenos oficios de Bocskay, Matías alcanzó también un tratado razonablemente favorable con los turcos en Zsitva Torok, que

¹¹ Para detalles véase Sturmberger, «Bruderzwist». Se había producido ya un encuentro entre los Archiducos en 1600, en Schottwein, para hablar de la alarmante incompetencia de Rodolfo: véase K. Vocelka, *Die polotische Propaganda Kaiser Rudolfs II (1576-1612)* (Viena, 1981), 311-16. Se ha sugerido que el emperador intentó hacer su propia vida en 1600; es verdad que después de ese año su conducta se hizo más errática (véase Evans, *Rudolf II*, 63, y, sobre la personalidad de Rodolfo, todo el capítulo 2).

trajo paz a la frontera turca —gracias a frecuentes renovaciones— por varias décadas¹⁴.

Rodolfo, de todos modos, no estaba contento con tales arreglos. Indeciso e inseguro, el emperador empezó a creer en lo que le sugerían algunos católicos, que la plaga que estaba devastando Bohemia, hasta echarlo a él de su querido Hradschin, era un castigo de Dios por la tolerancia asegurada a los protestantes. Aunque firmó la paz de Viena, se quejó de que el consentimiento no le había sido arrancado más que bajo coacción e hizo lo posible por evitar que se cumplieran sus concesiones. En 1607 hizo pública una «lista de cargos» criticando la administración de su hermano en Austria y Hungría, su forma de dirigir la guerra y las concesiones que había hecho a turcos y rebeldes¹⁵.

Los estados húngaros y el archiduque se vieron así prácticamente forzados a defenderse, cerrando una incómoda alianza: los primeros pudieron ofrecerse a reconocer a Matías como su rey a cambio de obtener garantías de que se mantendría la paz de Viena; el último pudo aprovechar el deseo de los húngaros de seguridad constitucional para lograr el reconocimiento de sus pretensiones sucesorias. La negociación se selló en una sesión de la dieta húngara en Bratislava al comienzo de 1608, y entonces Matías se propone asegurarse un reconocimiento parecido de los otros territorios Habsburgo. Sus propias provincias de la alta y la baja Austria no presentaban dificultad, ya que una delegación de sus estados estuvo ya en Bratislava encabezada por George Erasmus Tschernembl, un noble calvinista educado en parte en Occidente (cuya biblioteca, de unos 1.900 volúmenes, incluía muchas obras protestantes y un tratado manuscrito suyo sobre el derecho del súbdito a oponerse al soberano)¹⁶. En febrero los jefes

¹⁴ El tratado fue renovado cinco veces entre 1615 y 1628. Véase K. Těplý, *Die keiserliche Grossbotschaft an Sultan Murad IV, 1628. Des Freiherrn Hans Ludwig von Kuefsteins Fahrt zur hohen Pforte* (Viena, s.a.). Véase también Heinisch, «Habsburg, die Pforte und der böhmische Aufstand, 1618-20», *passim*.

¹⁵ Vöcelka, *Politische Propaganda*, 311-12 y 314, cita y analiza la *Liste von Gravamina*. El original se encuentra en Viena, en el Haus-, Hof- und Staatsarchiv, *Familienakten*, fasc. 1.

¹⁶ Hay una biografía más bien aburrida, pero completísima, de esta figura crucial en H. Sturmberger, *Georg Erasmus Tschernembl: Religion, Libertät und Widerstand. Ein Beitrag zur Geschichte der Gegenreformation und des Landes ob der Enns* (Linz, 1953). No mucho se ha trabajado desde entonces sobre Tschernembl, pero hay una interesante descripción de su biblioteca en *Der oberösterreichische Bauernkrieg 1626*, 137-143. La lista de sus libros, reunidos después de 1621 por los jesuitas de Linz, que los cuidaron, incluía 1.897 títulos (de

austriacos, los estados húngaros y el archiduque firmaron una alianza para garantizar el cumplimiento de la paz de Viena. Moravia se adhirió pronto a esta unión, y en mayo Matías capitaneó un pequeño ejército reclutado por los confederados contra Praga; pero Rodolfo seguía todavía negándose a reconocer los nuevos títulos de su hermano. Sólo en junio de 1608, con Matías y su ejército a no más de cinco millas de Praga, el emperador capituló.

Pero ahora los estados habían gustado ya los dulces frutos del chantaje e incrementaron cínicamente sus exigencias. Los de la alta Austria, dirigidos por Tschernembl, exigieron inmediatamente a Matías plena libertad religiosa para sus poblaciones y para sus nobles y plena igualdad de trato que los católicos, a cambio de su coronación. Como el archiduque se negara, los miembros protestantes de los estados firmaron una alianza con sus correligionarios de la baja Austria prometiéndoles movilizar tropas para asegurar tales nuevas concesiones. En marzo de 1609, como Rodolfo seguía mostrándose intransigente, Matías se vio obligado a aceptar las condiciones y confirmar los privilegios religiosos de los austriacos para ser reconocido archiduque reinante.

Sólo Bohemia, Silesia y Lusacia se dejaron ahora bajo el control directo de Rodolfo. Los acontecimientos de 1597-1604 habían demostrado que era posible la confirmación de sus privilegios religiosos, y en enero de 1609 se reunieron en Praga los estados del reino para asegurarlo. Pero Rodolfo se negó. En mayo los estados crearon un ejecutivo de treinta «directores» y autorizaron la leva de 4.500 hombres de tropa, obligando al emperador a firmar el 9 de julio de 1609 la célebre *Carta de Majestad* que hacía oficial y legal el derecho de todos los bohemios a elegir la fe católica o cualquiera de las religiones presentes en la Confesión de 1575. Escuelas protestantes e iglesias pueden ahora ser construidas por los nobles y las ciudades, e incluso en los dominios reales pueden los protestantes abrir una iglesia o un cementerio si no los hay ya. Pero seguía habiendo una ambigüedad, probablemente desapercibida para los contemporáneos: no se hacía mención de los derechos legales de los protestantes que vivieran en territorios eclesiásticos. Probablemente los estados dieron por su puesta su inclusión en lo previsto para los dominios reales, aunque más

ellos, 248 repetidos): Calvino, Duplessis-Mornay, François Hotman, Lutero, Maquiavelo y Peter Ramus figuraban en ella. Su tratado sobre la resistencia se compuso en torno a 1600. Tschernembl poseía también un Atlas de Mercator de la edición de 1612.

tarde el gobierno lo negaría. Pero no era más que una minucia, si se comparaba con los enormes avances tangibles. Rodolfo incluso había estado de acuerdo en que un comité permanente de los estados, que se conocería como los «defensores», se encargara de vigilar que sus concesiones se llevaran a efecto. En 1611 estos hombres pudieron demostrar sus capacidades cuando Rodolfo, inexplicablemente, permitió a su primo Leopoldo (hermano de Fernando de Estiria) invadir Bohemia con unos 7.000 hombres. Si había esperado intimidar a los estados, se equivocó, porque una considerable fuerza de bohemios hizo retroceder a los hombres de Leopoldo de los suburbios de Praga, y los Defensores acudieron a Matías para entregarle el gobierno de su reino. Rodolfo, agazapado en su palacio, solo y probablemente loco, fue depuesto; y en mayo de 1611 Matías fue coronado rey de Bohemia tras haber confirmado la *Carta de Majestad*. Rara vez había parecido tan grande el poder de los estados en los territorios habsburgos; pero, aun así, estaba destinado a no ser consistente: los Defensores sólo andaban aguardando una oportunidad para asegurarlo más, mientras que Matías (según él mismo admitía) estaba igualmente ansioso de revocar lo que había concedido.

Es difícil ver ahora estos tumultuosos acontecimientos en su verdadera perspectiva. Como consecuencia de la rebelión bohemia de 1618 los logros de los estados aparecen sentenciados a muerte desde el principio; pero lo mismo ha sucedido con otras grandes concesiones políticas de la historia europea al contemplarse sólo unos pocos años más tarde. Incluso la Carta Magna de Inglaterra, que en el siglo XVII fue generalmente aceptada como la piedra angular de la constitución, estuvo sujeta a violaciones y sufrió revocaciones un siglo después de que los barones se la sacaran a duras penas al rey Juan en Runnymede en 1215. Para que la *Carta de Majestad* de Bohemia llegara a ser inmutable y respetable en un grado parecido hacía falta tiempo. Pero el tiempo, como cualquiera podía advertir, pasaba rápido.

2. ALEMANIA ANTES DE LA GUERRA

«Tengo mucho miedo de que los estados del imperio, en feroz riña entre ellos, pueden dar comienzo a una fatal conflagración que afecte no sólo a ellos... sino también a todos los países que de una u otra manera están relacionados con Alemania. Todo tendrá sin duda las más peligrosas

consecuencias, provocando el colapso total y una inevitable alteración de la situación actual de Alemania. Y puede que también afecte a otros Estados»¹⁷.

La nota pesimista que Mauricio, landgrave de Hesse-Kassel, comunica al gobierno francés en 1615 no habría causado extrañeza a la mayoría de sus coetáneos. Estaba extendido el convencimiento de que era inminente otra gran guerra en Europa, tanto en los territorios del Sacro Imperio Romano como fuera de ellos. Por toda Alemania los gobiernos habían comenzado a gastar considerablemente en defensa. Viajeros llegados de la república de Holanda en la segunda década del siglo hacen notar el contraste entre los Países Bajos, donde raramente se ven tropas, y el imperio, en el que cada potentado parecía hacer gala de un ejército privado, ostentoso en su vestimenta e importuno en el modo de hacerse presente. El propio landgrave Mauricio, mecenas de intelectuales (muchos de ellos deudores antes de la corte de Rodolfo II en Praga), de músicos (incluido el joven Heinrich Schütz) y del teatro, creó en 1600 una nueva milicia de unos 9.000 hombres. Al año siguiente escribió de su propia mano un manual de 288 páginas sobre el modo en que la misma debía emplearse en caso de emergencia, y pronto la utilizó para invadir y anexionarse Hesse-Marburgo (véase más adelante, p. 29). En 1618 fundó una «academia militar» especial para formar a los oficiales de sus regimientos¹⁸.

Algunos gobernantes se centraron en mejorar las defensas de sus territorios de otros modos. Así, aunque el gobierno de la Prusia ducal no logró convencer a los estados locales de pagar para una milicia, en 1601 se votaron impuestos para nuevas fortificaciones en los puertos de Pillau y Memel y para dos barcos de guerra que patrullaran los accesos del Báltico. Los electores de Sajonia establecieron un arsenal en Dresden que,

¹⁷ Mauricio de Hesse-Kassel a Luis XIII, el 23 de marzo de 1615, citado por A. D. Lublinskaya, *Frantsiya v nachale XVII veka* (Leningrado, 1959), 186. No existe, desgraciadamente, ninguna otra edición de esta importante obra. Aunque hace unos años hizo una traducción al inglés Brian Pierce, sigue inédita.

¹⁸ Sobre Mauricio y su mundo véase E. van den Boogaart (comp.), *Johan Maurits van Nassau-Siegen, 1604-1679. A humanist prince in Europe and Brazil* (La Haya, 1979), 17-38; y también, Gräff, *Konfession*. Sobre la milicia de Mauricio véase: G. Thies, *Territorialstaat und Landesverteidigung. Das Landesdefensionswerk in Hessen-Kassel unter Landgraf Maurice, 1592-1627* (Darmstadt, 1973: Quellen und Forschungen der hessischen Geschichte, XXIV).

aparte de ser una maravilla arquitectónica, albergaba material militar suficiente para equipar a un ejército (se decía) de 10.000 hombres¹⁹. Después de 1600 el ritmo de gastos en defensa se aceleró. El elector palatino ordenó rodear Frankenthal y Heidelberg con unas nuevas y caras murallas, con baluartes y fosos, y en 1606 construyó en Mannheim toda una ciudad-fortaleza que, con su ciudadela y su sistema de murallas en forma de estrella, pretendía ser inexpugnable²⁰. Entre 1603 y 1618 la ciudad de Hanau, aliada del Palatinado y gobernada por un conde calvinista, también se dotó de un sistema defensivo completamente nuevo. Las potencias católicas de Renania, al sentirse amenazadas emprendieron también pronto sus preparativos de réplica. El elector de Trier fortifica Ehrenbreitstein, para vigilar Coblenza en la unión del Rin y el Mosela; Pelipe Cristóbal von Sötern, obispo de Speyer, construye la gran fortaleza de Philippsburg en Udenheim, sobre el Rin al sur del Palatinado (1615-23). Los señores de Alsacia edifican nuevas murallas en Benfeld, Breisach y Hagenau, mientras que el duque de Baviera completó con nuevas fortificaciones los alrededores de Múnich, Ingolstadt, Rain y algunas ciudades fronterizas, con un coste total de casi 1 millón de táleros, entre 1598 y 1618²¹. No debe

¹⁹ Datos tomados de J. Petersohn, «Die Landesdfension in Herzogtum Preussen zu Beginn des 17. Jahrhunderts», *Zeitschrift für Ostforschung*, X (a961), 226-37; G. Oestreich, *Geist und Gestalt des frühmodernen Staates* (Berlín, 1969; extraordinaria colección de ensayos), 1-79 y 300-55; y R. Naumann, *Das Kursächsische Defensionswerk (1613-1709)* (Leipzig, 1917). Había dos arsenales en Dresden, capital de la Sajonia electoral: uno, para el ejército, en el Albertinum, que ahora está disperso; y el segundo, con piezas preciosas para el elector y sus cortesanos, en el Johanneum. El inventario de este último, de 1.500 páginas manuscritas, que data de 1606, es un indicador del volumen de la colección ya entonces; actualmente incluye unas 10.000 piezas de la primera Edad Moderna: 1.400 pistolas, 1.600 armas largas y 2.000 espadas y puñales, así como armaduras para el caballo y para el cuerpo, y toda clase de complementos. La principal contribución de Juan Jorge I a la colección durante su largo reinado (1611-56) fue, cosa bastante propia del montero mayor del imperio, una amplia colección de equipos de caza.

²⁰ P. Charpentrat, «Les villes, le mécénat princier et l'image de la ville idéale dans l'Allemagne de la fin du XVIe et XVIIe siècles: l'exemple du Palatinat: Heidelberg et Mannheim», en P. Francastel (comp.), *L'urbanisme de Paris et l'Europe 1600-1680* (Paris, 1969), 267-74 y lámina 146. Véase también K. Wolf, «Von der Einführung der allgemeinen Wehrpflicht in Kurpfalz um 1600», *Zeitschrift für die Geschichte des Oberrhein*, LXXXIX (1936-7), 638-704.

²¹ Ninguna de estas obras maestras de la arquitectura militar barroca sobrevive ahora: Hanau es virtualmente un suburbio de Hamburgo; Ehrenbreitstein, completamente reconstruido en el siglo XIX por el gobierno prusiano, es ahora el monumento nacional al

subestimarse la envergadura de cada una de tales empresas: millones de ladrillos hicieron falta para construir murallas que pueden tener 40 pies de ancho, 30 de alto y varias millas de largo. Cuando John Taylor, el poeta, humorista y viajero inglés, visitó Hamburgo en 1617, se quedó atónito ante la cantidad de gente que estaba trabajando en las murallas.

«Y cuando vi aquellas fortificaciones me quedé pasmado, porque resulta casi increíble el número de hombres y caballos que diariamente se emplean en ellas; aparte, la obra en sí es tan grande que cuanto se diga no podrá creerse»²².

En el verano de 1617 la guerra, sin duda, parecía respirarse.

Pero a la vez es posible que se exagere el sentimiento de abatimiento y destrucción inminentes. El mismo año 1617 vio el fin de las hostilidades en Francia, Rusia e Italia. El embajador inglés en Turín, Dr. Isaac Wake, tendía a alegrarse de que «las puertas de Jano» se hayan cerrado, prometiendo «calma y días de tranquilidad no sólo para los habitantes de esta provincia de Italia sino para la mayor parte de la cristiandad»²³. Aunque la fortificación y militarización de Alemania fue causa de que en ella la guerra durara más una vez comenzada, ellas de por sí no hicieron inevitable su inicio. Cuando Thomas Coryat, otro humorista inglés viajero, fue a Venecia y volvió en 1608, anduvo solo la mayor parte del camino desde Basilea a Maguncia, y únicamente una vez se encontró con tropas; tampoco

ejército alemán. Las fortificaciones de Philppsburg han sido arrasadas. Lo único que queda de la gran fortaleza son unos pocos nombres de calles, el foso que defendía un bastión, la pala ceremonial utilizada por el obispo Sötern para remover el primer césped de su soberbia ciudadela (en el museo de la ciudad) y algunas páginas de la novela de Grimmelshausen *Simplicissimus* (porque aquí vive su héroe cierto tiempo en la década de 1630). Puede admitirse que Breisach, dada su soberbia posición natural sobre una roca dominando el Rin, mantiene aún su aspecto del siglo XVII, pero la mayor parte de las defensas que hoy se ven son del período de la ocupación francesa en los reinados de Luis XIV y XV.

²² John Taylor, *Three weeks, three daies and three houres observations and travel from London to Hamburg* (Londres, 1617), 6. Taylor escribió esta y otras piezas para hacer divertidas las conferencias sobre viajes, más serias, de Thomas Coryat y otros; pero, además, también hizo en persona esos viajes. El mismo año él fue, en una especie de marcha patrocinada, desde Londres a los Highlands escoceses (marcha narrada en su *Penniless Pilgrimage*), y en 1619 fue a Bohemia y volvió (véase *An Englishman's love to Bohemia*).

²³ Citado por H. G. R. Reade, *Sidelights on the Thirty Years' War*, I (Londres, 1924), 183.

vivió encuentros desagradables con salteadores de caminos o bandidos. Al contrario, frecuentemente alaba el orden, prosperidad y paz del valle del alto Rin, donde el pan y las verduras eran tan baratos que se podía tener una comida de alimento por un cuarto de penique y comprar el trigo de un año por 2 libras esterlinas. De todos modos, Coryat consideró prudente bajar el Rin a partir de Maguncia en una barcaza de pasajeros porque en esta parte los caminos tenían fama de estar infestados de forajidos. Fue sabio: otro viajero inglés de la época, Fynes Morison, se vio obligado a viajar por Westfalia disfrazado (en una ocasión, oculto bajo la carga de un carro) para evitar a los ladrones²⁴. Alemania era el país más grande de Europa, y todo menos homogéneo.

«El viejo, querido, Sacro Imperio Romano
¿cómo puede estar junto?»

cantaban los bebedores en la taberna en el *Fausto* de Goethe, y la respuesta no resulta hoy más fácil de lo que era al final del siglo XVIII o a comienzos del XVII. La verdad era que Alemania, o «El Sacro Imperio Romano de la Nación Germánica» por decirlo con su título propio, era un país de muchos estados y de muchas economías. El próspero sur —el Palatinado, Alsacia, Baviera, etc.— siempre había contrastado con los nada fértiles brezales y tierras baldías del noroeste, una presa para los ejércitos que operaban en la Holanda devastada por la guerra y sus seguidores irregulares. En 1599 todo el ejército de campaña español invadió la vecina Westfalia en busca de cuarteles de invierno. Los príncipes locales intentaron reclutar un ejército por ellos mismos para echar a los españoles, pero

²⁴ Thomas Coryat, *Coryat's Crudities, hastily gobbled up in five moneths travell... newly digested... and now dispersed to the nourishment of the travelling members of this kingdom* (Londres, 1611), abarca «mis observaciones de algunas partes de la alta Alemania». John Taylor, en su viaje de 1617 por el noroeste alemán, hace notar la cantidad de cruces de madera que había junto a los caminos señalando los lugares en que habían muerto viajeros a manos de bandidos (véase *Three weekes*, 36-7). Fynes Morison (*An itinerary*, Londres, 1617) ofrece menos detalles sobre lo que vio el viajero, pero, en compensación, da mucha más información sobre precios, distancias y avisos útiles para turistas. Los datos por él aportados han sido tabulados y contrastados por A. Maczak, *Travel in Early Modern Europe* (Cambridge, 1995); y por W. von Hippel, «Bevölkerung und Wirtschaft im Zeitalter der dreissigjährigen Kriege. Das Peispiel Württemberg», *Zeitschrift für historische Forschung*, V (1978), 413-48.

sin éxito alguno; y, para más inri, las desdichadas tropas se amotinaron por su paga. El coste del desastre fue de más de 400.000 táleros. Fue esta debacle, más que ninguna otra cosa, lo que inició la creación alocada de ejércitos territoriales aparte en los primeros años del siglo XVIII, porque en aquella época las instituciones supraterritoriales del imperio se habían convertido pura y simplemente en vanas²⁵.

Los «círculos» (*Kreise*), responsables desde el comienzo del siglo XVII de la defensa local, ya no fueron capaces de movilizar fuerzas suficientes para garantizar la seguridad de sus miembros (las tropas del motín de 1599 habían sido reclutadas por el círculo de Renania y Westfalia). Pocos fueron los intentos de cooperación entre círculos: las regulaciones sobre tejeduría, moneda y control de cereales acordadas en 1564-72 entre los círculos Baviera, Suabia y Franconia fueron cosa excepcional y no permanente. El principal obstáculo para la cooperación era la extrema fragmentación religiosa y política de la Alemania occidental y meridional. Suabia, más o menos equivalente en extensión a la moderna Suiza, incluía sesenta y ocho señoríos seculares y cuarenta eclesiásticos, y además treinta y dos ciudades imperiales libres. Todos estaban representados en la asamblea del círculo (*Kreistag*) que se reunía regularmente (sesenta y cuatro veces entre 1555 y 1599); y cada uno era vasallo directo del emperador. La escala iba desde el compacto ducado de Württemberg, que abarcaba 9.200 kilómetros cuadrados, hasta los territorios de los numerosos «caballeros imperiales», algunos de los cuales es posible que tuvieran sólo parte de un pueblo. Más de la mitad de los miembros del círculo y exactamente la mitad de su población eran católicos; el resto, luterano o calvinista. Era la fórmula perfecta de parálisis, y en la mayoría de los círculos del sur y del oeste de Alemania había una división parecida en cuanto a diferencias religiosas y política. En el imperio en su conjunto, con una población en 1600 de unos 20 millones, había unas 1.000 unidades políticas diferentes, semiautónomas, muchas de ellas pequeñísimas. Ahora bien, incluso los gobiernos más pequeños eran verdaderamente firmes en sus derechos. Los 400, más o menos, caballeros imperiales estaban organizados en catorce «cantones» propios, cada uno con un director, un tesoro y una cancellería,

²⁵ Véase Thies, *Territorialstaat*, 18-19; F. Boersma, «Die diplomatische reis van Daniel van der Meulen en Nicholas Bruyninck naar het Duitse Leger bij Emmerik, Augustus 1599», *Bijdragen en mededelingen betreffende de Geschiedenis van de Nederlanden*, LXXXIV (1969), 24-66.

celebrando asamblea cuatro o cinco veces al año, y a partir de 1590 su autonomía estaba garantizada por una ordenanza imperial especial. En un nivel ligeramente superior también tenían su propia organización los cincuenta o más «condados imperiales»: probablemente el más importante, en la región de Wetterau al norte de Frankfurt, fue gobernado después de 1565 por los condes calvinistas de Nassau (lo que ayuda a comprender su importancia en la política del imperio). Los condados imperiales tenían igualmente garantizados dos escaños en la dieta imperial²⁶.

Pero estos potentados menores, aunque insistían en ejercer al completo sus poderes religiosos, económicos y feudales, tenían poco peso cuando se sentaban al lado de los seis estados mayores del imperio. A la cabeza estaban los estados electorales de Sajonia, Brandenburgo y Baviera, con más de 1 millón de súbditos cada uno; el Palatinado, con unos 600.000; y Hesse, Trier y Württemberg, con 400.000 cada uno. De todos modos, estos extensos estados, equivalentes en tamaño y población a los reinos de Escocia o Suecia, tenían en su contra dos serias desventajas que le impedían ejercer un dominio completo en el imperio. En primer lugar, no todos aceptaban el principio de primogenitura: Hesse, por ejemplo, en 1567 quedó dividida entre los cuatro hijos del landgrave Felipe el Magnánimo, protector de Lutero, con la consiguiente pérdida de influencia en los asuntos del imperio. Y en segundo lugar, muchos de ellos estaban geográficamente fragmentados. El Palatinado, como el caso más notable, estaba dividido en dos unidades mayores: su luterana región del norte, que un tiempo formó parte de Baviera, lindaba con las fronteras de Bohemia y aportaba aproximadamente el 40 por ciento de los ingresos del elector, mientras que su calvinista región del sur, en torno a Heidelberg, hacía puente sobre el Rin. Además, algunas partes menores del Palatinado estaban gobernadas por ramas separadas de la dinastía, como Zweibrücken y Neuburgo. Dado que los principados más pequeños del imperio estaban,

²⁶ Sobre los círculos véase Dotzauer, *Die deutschen Reichskreise*; J. A. Vann, *The Swabian Kreis. Institutional growth in the Holy Roman Empire 1648-1715* (Bruselas, 1975); F. Magen, «Die Reichskreise in der Epoche des dreissigjährigen Krieg», *Zeitschrift für historische Forschung*, IX (1982), 409-60; y R. Endres, «Zur Geschichte des fränkischen Reichskreises», *Würzburger Diözesangeschichtsblätter*, 29 (1968), 168-83; sobre los caballeros, véase M. J. Le Gates, «The Knights and the problems of political organization in sixteenth-century Germany», *Central European History*, VII (1974), 99-136; y T. J. Glas-Hochstettler, «The imperial knights in post-westfalian Mainz: a case study of corporatism in the Old Reich», *ibid.*, XI (1978), 131-49.

si acaso, más fragmentados y dispersos, a veces resultaba muy difícil para quien viajaba por Alemania saber dónde se encontraba. Sólo las fronteras de unos pocos territorios (como las de Lorena, el Palatinado, Hanau y Zweibrücken) estaban señaladas por una serie de columnas especiales. Lo más frecuentemente, las fronteras estaban representadas por unos puestos aduaneros, tanto en la tierra firme como en el agua. Por ejemplo, en el Elba, entre Hamburgo y Praga, había treinta puestos de aduana, y once en el Rin entre Maguncia y Colonia, equipados cada uno de ellos con un pequeño cañón, para acabar con los barcos que intentaran pasar sin pagar lo debido²⁷.

Por todas estas razones, ningún territorio de Alemania en solitario podía enfrentarse al poder de los Habsburgos austriacos, que monopolizaban el título imperial desde 1438. Pero, por otra parte, lo extenso de su territorio y su base demográfica eran insuficientes para permitir un control absoluto de los destinos de Alemania. Después de 1601 muchos gobernantes territoriales importantes dejaron de aceptar las decisiones del Tribunal Superior Imperial (el *Reichskammergericht*), y en 1620 a los vasallos de Sajonia, Brandenburgo y Baviera se les prohibió apelar a dicho tribunal sin el consentimiento de su respectivo príncipe. Más sería aún fue, después de 1608, la negativa de un importante número de príncipes de acudir a la dieta imperial. Esta asamblea de todos los gobernantes territoriales de Alemania, o de sus representantes, sólo se reunió seis veces entre 1555 y 1603. Sus miembros, repartidos en tres «colegios» —electores, príncipes y ciudades—, deliberaban por separado sobre las propuestas que les eran sometidas por el emperador, luego conferenciaban juntos y, en el orden debido, daban su respuesta. En una dieta prolongada podía haber más de cien sesiones y más de una veintena de reuniones plenarias. El gran número de participantes semiautónomos provocaba importantes retrasos; aunque los electores eran sólo siete (incluyendo al propio emperador

²⁷ H. Hiegl, *La bailliage d'Allemagne de 1600 à 1632. L'administration, la justice, les finances et l'organisation militaire* (Saargemines, 1961), 148-50: más de 200 mojones de piedra, muchos con el escudo de Lorena y de cuatro pies de altura cada uno, se levantaron entre 1605 y 1608; más se habían puesto entre 1602 y 1604 por orden de Federico IV del Palatinado. Las aduanas sobre el Elba en los años 1670 aparecen en el mapa de K. Blaschke, «Elbschiffahrt und Elbzölle im 17. Jahrhundert», *Hansische Geschichtsblätter*, LXXXII (1964), 42-54, en p. 48. Para las aduanas del Rin véase Coryat, *Coryat's crudities*, 569 y ss.

como rey de Bohemia), en el colegio de los príncipes estaban representados unos 150 territorios, y en el de las ciudades eran 52 miembros. Todas las decisiones se tomaban al final por consenso y dependían por tanto de compromisos. Por eso, al no ser ya posible llegar a compromisos en ciertos temas clave, sobre todo en relación con la igualdad de protestantes y católicos en el seno de las instituciones imperiales, la dieta dejó de funcionar en 1608. Sólo una asamblea más se celebró posteriormente entre esa fecha y 1640 —en agosto de 1613 en Regensburg—, e incluso ésta la boicotearon muchos protestantes²⁸.

La parálisis de las principales instituciones del imperio —círculos, tribunal supremo y dieta— durante este tiempo fue especialmente desafortunada porque en él hubo que hacer frente a una serie de problemas serios. El más importante, tal vez, fue la guerra de Rodolfo II con los turcos entre 1593 y 1606: sin contar con la dieta, él no podía asegurarse impuestos del imperio para pagar sus fuerzas en Hungría. La dependencia de Rodolfo de las aportaciones alemanas puede medirse si se comparan sus peticiones de *Römermonate* (el impuesto básico votado por la dieta) con las de su tío abuelo Carlos V (emperador de 1519 a 1558): mientras que éste sólo pidió 37½ *Römermonate*, aquél solicitó 409 sólo en contra de los turcos. No era posible encontrar dinero: en fecha ya tan tardía como 1619 el impagado de impuestos de este período de guerra ascendía a casi 4 millones de táleros²⁹.

Pero para no pagar los impuestos había alguna razón más que una disputa constitucional: muchas partes de Alemania sufrían los efectos de una

²⁸ Hay una excelente descripción de la composición de la dieta en esta época en Bierther, *Der regensburger Reichstag von 1640/1641*, 48-57. Véase también el estudio más general de H. Weber, «Empereur, Electeurs et Diète de 1500 à 1650», *Revue d'Histoire Diplomatique*, LXXXIX (1975), 281-97; G. Buchda, «Reichsstände und Landsstände in Deutschland im 16. und 17. Jahrhundert», *Ständen in Landen*, XXXVI (1965), 193-226; y K. O. Freiherr von Aretin, *Heiliges Römisches Reich 1776-1806. Reichsverfassung und Staatssouveränität*, I (Wiesbaden, 1967), 1-110 (que hace un análisis de las instituciones del Imperio en los siglos XVI y XVIII).

²⁹ En dos recientes artículos W. Schulze ha demostrado que entre los gobernantes alemanes los problemas financieros fueron mucho más serios de lo que se había creído antes: «Reichstage und Reichssteuern im späten 16. Jahrhundert», *Zeitschrift für historische Forschung*, II (1975), 43-58; y «Die Erträge der Reichssteuern zwischen 1576 und 1606», *Jahrbuch für die Geschichte Mittel- und Ostdeutschland*, XXVII (1978), 169-85. Véase también Petersen, «From domain state to tax state».

severa recesión económica. El rápido y prolongado crecimiento de población que Alemania conoció (al igual que el resto de Europa) durante el siglo XVII trajo consigo muchos problemas. Por un lado, toda la tierra disponible se despejó para cultivo agrícola, dejando menos espacio para pastoreo o cultivos industriales; por otro, la carrera de precios de los alimentos, excesivamente altos a lo largo de la década de 1590, produjo un colapso en el mercado de las manufacturas, porque muchos consumidores no tenía más dinero que para comprar el pan. La recuperación después de esta crisis fue lenta. Muchas ciudades, especialmente en el suroeste, sufrieron una caída en su producción industrial (en la medida en que hubo, de forma creciente, empresarios que volvieron al trabajo rural, más barato). Fueron muchas más las que contrajeron fuertes deudas, o bien porque la recesión económica redujo los ingresos o bien porque la construcción de nuevas defensas o de nuevas instalaciones civiles aumentó el gasto. Y casi todas las ciudades —imperiales o territoriales— soportaron una creciente interferencia en sus asuntos sociales, políticos y religiosos por parte de los príncipes vecinos¹⁰. Lo que los estados territoriales esperaban de las ciudades era, sobre todo, dinero. A comienzos de siglo los gobernantes de Alemania rara vez eran solventes. El emperador Matías debía casi 30 millones de táleros cuando accedió al trono en 1612, mientras que las deudas del elector de Brandenburgo eran de 18 millones, las del elector de Sajonia, de más de 3 millones, y las del elector del Palatinado, de casi 2 millones. No fue casualidad que este período asistiera a una oleada de libros de «economía doméstica» que ilustraban a los príncipes sobre cómo ajustar lo más posible el traje a la tela disponible¹¹.

Los problemas financieros hicieron que muchos gobernantes entraran en conflicto con sus estados, cuyo consentimiento (en casi todos los territorios) era requisito previo a la exacción de impuestos. La composición de

¹⁰ Para estimaciones de la población alemana antes de la guerra véase el capítulo de H. Kellenbenz en C. H. Wilson y G. Parker (comp.), *Introduction to the sources of European Economic History 1500-1800* (Londres, 1977), especialmente pp. 191-6. Hay un magistral tratamiento de la naturaleza de la crisis de pre-guerra en Alemania de H. Schilling en P. Clark (comp.), *The European crisis of the 1590s* (Londres, 1984), 135-56. Agradezco mucho al profesor Schilling que me haya permitido ver sus papeles antes de su publicación.

¹¹ E. Klein, *Geschichte der öffentlichen Finanzen im Deutschland 1500-1870* (Wiesbaden, 1974), 8-26. Véase también al capítulo de C. P. Clasen en Trevor-Roper, *Age of Expansion*.

estas asambleas representativas difería de un territorio a otro. Algunas, particularmente en el sur de Alemania, incluían a nobles, clero, ciudades y campesinos; otras sólo contaban con ciudades y campesinos; y los estados de algunas unidades más pequeñas sólo los formaban campesinos. Todos podían exigir tratar de leyes, impuestos y declaración de guerra. Pero en los territorios más grandes, donde vivía la mayor parte de la gente, no existía tal «democracia». En una carta de 1598 a su padre que acababa de abdicar en él, el duque Maximiliano de Baviera escribía: «Y, por mi parte, creo que nosotros los príncipes sólo somos estimados, tanto por el poder espiritual como por el secular, de acuerdo con la “razón de estado”, y pienso que sólo se respeta a los que tienen mucho territorio y mucho dinero»³². A lo largo de su prolongado reinado Maximiliano obró en consecuencia, con la ayuda, en medida sorprendente, de sus estados. La *Landschaft* de Baviera se reunió treinta tres veces entre 1514 y 1579, otras seis veces antes de 1612, y nunca más hasta 1669. En la asamblea de 1612 Maximiliano, que acababa de publicar un complejo código de leyes sin consultar a sus estados, convenció a los «representantes del pueblo» para que votaran para él un buen subsidio anual por siete años (equivalente, él solo, al doble de los ingresos del elector de Sajonia), y le dieran poder para declarar la guerra y la paz según su criterio y cobrar los impuestos necesarios (en caso de guerra) a discreción suya. Había entre príncipe y estados una relación muy diferente de la predominante en Inglaterra, Francia o los territorios habsburgos³³.

Indudablemente, la razón principal de esta cooperación fue la probada pericia de Maximiliano para las finanzas. En 1612 había reducido a la mitad las deudas heredadas de su padre, y después, con cuidado, llegó a tener superávit, de modo que en tiempo de guerra pudo financiar su ejército sin recurrir a los estados. También constituyó un fondo especial (el *aerarium*) para poder defender activamente al catolicismo en el imperio, si hacía falta. Tales medidas sólo fueron posibles porque Maximiliano y sus inmediatos predecesores habían limpiado ampliamente sus dominios de

³² Maximiliano al duque Guillermo el 21 de junio de 1598, citado por H. Dollinger, «Kurfürst Maximilian I. von Bayern und Justus Lipsius. Eine Studie zur Staatstheorie eines frühabsolutistischen Fürsten», *Archiv für Kulturgeschichte*, XLVI (1964), 227-308.

³³ Sobre los estados de Baviera véase Carsten, *Princes and Parliaments*, cap. 5; y K. Bosl, *Die Geschichte der Repräsentation in Bayern. Landständische Bewegung, Landständische Verfassung, Landesausschuss und altständische Gesellschaft* (München, 1974).

protestantismo. En la década de 1550 los protestantes bávaros habían intentado arrancar al gobierno promesas de tolerancia amenazando con que, sin tales garantías, no votarían impuesto alguno. Hubo un enfrentamiento en la asamblea de 1563, tras la cual los duques movieron cada hilo para echar a todos los protestantes de sus dominios, y cuando lo lograron, los estados se hicieron más complacientes.

El mismo proceso se desarrolló en otros territorios católicos en el marco de la «paz religiosa de Augsburgo» (1555), que puso fin temporalmente a la guerra confesional abierta en Alemania. El acuerdo de Augsburgo creó una estructura definida de garantías legales para la gente del imperio. Lo primero estaba el derecho de cada gobernante territorial secular, desde los electores hasta los caballeros imperiales, a determinar si la religión de sus súbditos había de ser la católica o la luterana (los únicos credos oficialmente permitidos; el calvinismo y todas las demás confesiones estaban prohibidas). Este principio fue luego conocido como *cuius regio, eius religio*: la religión de los gobernados ha de ser la misma que la de su gobernante territorial, y a los súbditos que lo deseen se les permitirá emigrar. Las únicas excepciones a la regla eran las ciudades imperiales libres y los estados eclesiásticos católicos. En aquéllas el acuerdo garantizaba que donde existieran ambos grupos, luteranos y católicos, los dos tendrían libertad de culto (en la realidad esto sólo era de aplicación a ocho de las aproximadamente sesenta ciudades libres, porque casi todas las demás eran o totalmente católicas o totalmente luteranas). La segunda excepción tenía mucha más importancia, ya que afectaba a principados eclesiástico extensos. Por una parte se preveía que los «territorios de una iglesia territorial» (o sea, los que estaban bajo la autoridad política de un príncipe territorial o ciudad) que estuvieran en manos protestantes en 1552 seguirían así, pero no habría más secularizaciones. Diferente era el sino de los «territorios de una iglesia imperial» (es decir, los dependientes de un gobernante eclesiástico —príncipe-obispo o príncipe-abad— subordinado políticamente sólo al emperador), porque si en ellos se tuviera que haber aplicado el principio *cuius regio, eius religio*, la elección de un obispo o un abad protestante hubiera conllevado la protestantización de todo el principado. Por eso se acordó que, si abrazaba la Reforma un príncipe obispo o abad, debería dimitir para que lo reemplazara un prelado católico. Nada tiene de sorprendente que los protestantes presentes en Augsburgo no aceptaran esta cláusula conocida como el *reservatum ecclesiasticum*, y sólo se incluyó en el acuerdo en virtud de la autoridad del emperador, pero no

por el voto de la dieta¹⁴. Por eso pudo luego ser discutida, como sucedió en 1583 cuando el arzobispo elector de Colonia se hizo protestante: hubo una guerra de cinco años entre sus partidarios (que incluía a la joven república de Holanda y al Palatinado) y el sustituto católico, Ernesto de Baviera (ayudado por Felipe II de España y su propio hermano, el duque Guillermo, que contrajo deudas de más de 500.000 táleros en su logro intento de acabar con el *reservatum ecclesiasticum*)¹⁵. Pero, sorprendentemente, fueron pocas las tentativas claras de esta clase en desafío del acuerdo de Augsburgo¹⁶. Más abundaron los conflictos entre gobernantes y gobernados dentro de los territorios de una iglesia imperial, porque, durante las acaloradas discusiones que precedieron al acuerdo de Augsburgo, los negociadores habsburgos promovieron una iniciativa (la *Declaratio Ferdinande*) en el sentido de que, si habían practicado ya el luteranismo durante un cierto tiempo, a las ciudades o caballeros de un príncipe eclesiástico se les permitiría que siguieran haciéndolo. Mas esta concesión no se promulgó como parte del acuerdo, permaneciendo secreta casi dos décadas. No es sorprendente que, cuando se hizo pública, muchos prelados la consideraran espuria y provocaran serios conflictos con sus estados.

¹⁴ Sobre la Paz de Augsburgo véase H. Tüchle, «The peace of Augsburg: new order or lull in the fighting?», en H. J. Cohn (comp.), *Government in Reformation Europe 1520-1560* (Londres, 1971), 145-65; T. Klein, «Minorities in central Europe in the sixteenth and early seventeenth centuries», en A. C. Hepburn (com.), *Minorities in history* (Londres, 1979: Historical Studies, XII), 31-50; Holborn, *A History of modern Germany*, 243-6 y los capítulos 10 y 11; y Bireley, *Religion and Politics*, 25-6. Doy las gracias a Bireley por discusiones que me hicieron ver algunas de mis falsas ideas sobre la paz de Augsburgo.

¹⁵ Sobre la Guerra de Colonia véase M. Lossen, *Der Kölner Krieg* (2 vols., Múnich, 1897); G. von Lojewski, *Bayerns Weg nach Köln. Geschichte des bayerischen Bistumspolitik in der zweite Hälfte des 16. Jahrhunderts* (Bonn, 1962: Bonner Historische Forschungen, XXI); y D. Albrecht, «Das konfessionelle Zeitalter», en M. Spindler (comp.), *Handbuch der bayerischen Geschichte*, II (Múnich, 1969), 358-61.

¹⁶ La mayoría de las excepciones referidas a ciudades libres imperiales, varias de las cuales proclamaron hasta 1593 el *ius reformandi* y protestantizaron su orden eclesiástico: véase K. von Greyerz, *The late city reformation in Germany. The case of Colmar 1522-1628* (Wiesbaden, 1980), y H. Schilling, «Bürgerkämpfe in Aachen zue Beginn des 17. Jahrhunderts. Konflikte im Rahmen der alteuropäischen Stadtsgesellschaft oder im Umkreis der frühbürgerlichen Revolution», *Zeitschrift für historische Forschung*, I (1974), 175-231. Aparte de Colmar (1474) y Aquisgrán (1581), después de la paz de Augsburgo adoptaron también la Reforma Essen (1563), Hagenau (1565) y Aalen (1575).

En un primer momento, de todos modos, los gobernantes católicos o no pudieron o no quisieron imponer la uniformidad religiosa en sus dominios ni prevenir la rápida expansión del calvinismo en el imperio (véase más adelante). Sólo después de 1580, con la ayuda de Austria y Baviera, los príncipes eclesiásticos —muy notablemente el abad de Fulda y los obispos vecinos de Würzburg, Bamberg y Eichstätt—, emprendieron serios esfuerzos para acabar con el culto protestante en sus territorios haciendo caso omiso de la *Declaratio Ferdinandei*. El proceso se hizo singularmente rápido después de la guerra de Colonia (1583-8), que puede considerarse como el punto de inflexión en la batalla entre protestantismo y catolicismo en Alemania. Esta guerra supuso el primer intento con éxito de parar la protestantización de un territorio eclesiástico, y dio pie a un importante tratado en el que se argumentaba que la causa católica se estaba perdiendo en Alemania por omisión y tenía que ser salvada antes de que fuera demasiado tarde: la obra anónima *De autonomia*, escrita en 1580 y publicada a costa del duque de Baviera en 1586¹⁷. El éxodo de luteranos de la *Pfaffengasse* (el «callejón de los curas», como se llamaba a los territorios a lo largo del Rin y del Meno) fue ahora un torrente. La mayor parte de los huidos buscaron un santuario lo más cerca posible de la que había sido su casa, donde formaron una comunidad de exiliados militante e infatigable: se habían tenido que ir en contra de su voluntad, y soñaban continuamente con vengarse de quienes los habían echado. Hubo muchos que, como los luteranos exiliados de Würzburg, buscaron refugio en la cercana Ansbach en 1588, cantaron el salmo de amargura «junto a los ríos de Babilonia nos sentamos y nos pusimos a llorar» mientras marchaban todos juntos desde su antigua morada a la nueva y añoraban volver a su patria. Pero poca ocasión tuvieron de ello, porque Julius Echter von Mespelbrun, obispo de Würzburg de 1573 a 1617, convirtió su territorio en un escaparate de la obra de contrarreforma. La capital fue embellecida y enriquecida con una nueva universidad, un palacio suntuosamente restaurado y muchas iglesias restauradas. A los sacerdotes que tenían concubinas se les exhortó a que las dejaran, y se creó un fondo especial para restau-

¹⁷ [Andreas Erstenberger], *De Autonomia, das ist, von Freystellung mehrerley Religion und Glauben* (escrita en torno a 1580; impresa en Múnich en 1586). Véase la erudita discusión en torno a esta obra y su importancia en M. Heckel, «*Autonomia und Pacis Compositio*: Der augsburger Religionsfrieden in der Deutung der Gegenreformation», *Zeitschrift der Savigny-Stiftung für Rechtsgeschichte. Kanonistische Abteilung*, XLV (1959), 141-248.

rar los templos recuperados de los protestantes (más de 300 iglesias se reconstruyeron en la diócesis al «estilo Julius»), para mejorar las condiciones del clero y aumentar los salarios de los curas³⁸.

El ímpetu de la contrarreforma parecía irresistible, y sacó fuerzas de la *Congregatio Germanica* (Sagrada Congregación para los Asuntos de Alemania) creada en 1568, y de los seminarios, sínodos y escuelas diocesanas de toda la Europa católica. Igualmente, gracias a la presencia de unos nuncios vigilantes en la corte imperial y en Colonia y al trabajo de las órdenes religiosas, la ortodoxia tridentina se definió con renovada claridad e impuesta con mayor rigor. De hecho, muchos de los activos clérigos católicos se formaron en Roma en el *Collegium Germanicum*, fundado en 1552³⁹.

Muchos de los logros de los católicos se debieron a la iglesia luterana, que durante un tiempo había vivido en desorden teológico por mor de acres disputas internas entre quienes querían mantener intactas las enseñanzas de Lutero en todos los aspectos (los «gnésio-luteranos») y quienes abogaban por ciertos cambios (conocidos como «melanchtonianos» por su dirigente, Philip Melanchton). Entre 1537 y 1577 hubo diez grandes choques sobre temas doctrinales entre estas dos facciones, y fue permanente su disputa sobre actitudes pedagógicas y políticas. Pero, por fin, los gnésio-luteranos consiguieron ver incluidos sus puntos de vista en la llamada «fórmula de concordia» redactada entre 1577 y 1580 por un comité de capellanes de la corte luterana que actuaban por instrucciones de sus jefes. Se recogían en ella aproximadamente dos tercios de la doctrina luterana,

³⁸ Referencias tomadas de Heiss, «Konfession, Politik und Erziehung»; E. Schubert, «Gegenreformation in Franken», *Jahrbuch für fränkische Landesforschung*, XXVIII (1968), 275-307; y J. Meier, «Die katholische Erneuerung des Würzburger Landskapitel Karlstadt im Spiegel der Landskapitelsversammlungen und Pfarreivisitationen, 1579-1624», *Würzburger Diözesangeschichtsblätter*, XXXIII (1971), 51-125. Los esfuerzos del obispo Julius para acabar con el concubinato clerical no tuvieron éxito inmediato porque, como él sostuvo en el capítulo de 1581, «los propios campesinos, por su libre voluntad, se acercan a los jóvenes sacerdotes y les presentan a sus hijas, y también una dote» (p. 80). No sorprende que de los veintinueve sacerdotes a que llegó la visita episcopal de 1579 tuvieran concubina veintiséis, y en la visita de 1580 el 50 por ciento de ellos. La práctica no desapareció por completo hasta 1619. Véase también la admirable colección de ensayos de F. Merzbacher (comp.), *Julius Echter und seine Zeit* (Würzburg, 1973).

³⁹ J. Köhler, *Das Rimngen um die tridentinische Erneuerung im Bistum Breslau: vom Abschluss des Konzils bis zur Schlacht am Weissen Berg, 1564-1620* (Viena y Colonia, 1973), 155-6. Entre 1564 y 1620 llegaron del Colegio Alemán sesenta y cuatro hombres a la diócesis de Breslau en Silesia.

pero a los melanchtonianos se les dejaba escasas opciones fuera de la de unirse a la iglesia calvinista. Por eso las defecciones del luteranismo se hicieron frecuentes e importantes, y entre ellas las hubo de varios gobernantes seculares. Entre los que se convirtieron al calvinismo estuvieron Federico III, elector del Palatinado en 1559-60, el conde Juan de Nassau en 1578 y el landgrave Mauricio de Hesse-Marburgo en 1605. La última conversión dio pie a una guerra, porque la extinción de la rama Hesse-Marburgo de la familia el año anterior fue aprovechada por el nuevo landgrave calvinista: él ocupó la herencia vacante y en particular la famosa universidad de Marburgo, que se había convertido en un importante seminario para formar pastores luteranos. Los estudiantes se rebelaron, pero las tropas de Mauricio se impusieron. Los luteranos fueron obligados a emigrar a la academia de Giessen (en la luterana Hesse-Darmstadt, convertida en universidad en 1607), desde donde mantuvieron un agrio y violento debate con sus expropiadores calvinistas de Marburgo⁴⁰. Pero el mayor golpe calvinista tal vez fuera la conversión de otros dos electores protestantes. Cristian I de Sajonia (1586-91) mantenía estrechas relaciones con el Palatinado y comenzó a nombrar a calvinistas para puestos superiores en sus escuelas y universidades y también en la corte. En 1590 se ofreció a enviar ayuda militar a Enrique IV, el rey calvinista de Francia, en contra de sus enemigos católicos, y en 1591 firmó una alianza militar con el gobernante calvinista del Palatinado. El mismo año introdujo cambios en el orden eclesiástico sajón que lo aproximaron al calvinismo. Sólo la muerte repentina de Cristian, a los treinta y un años de edad, dejó a salvo la causa luterana en Sajonia. En 1613 un proceso parecido amenazó a Brandenburgo con un cambio religioso de importancia: el nuevo elector, Juan Segismundo, abrazó abiertamente el calvinismo, e intentó cambiar el credo oficial de sus territorios de acuerdo con el principio *cuius regio*. Pero hubo disturbios en las calles de Berlín y alborotos en los estados hasta que se acordó un compromiso de tolerar ambas formas de culto protestante.

⁴⁰ La calvinización del Palatinado es tratada por O. Chadwick, «The making of a reforming Prince: Frederick III Elector Palatine», en R. B. Knox (com.), *Reformation, conformity and dissent. Essays in honour of Dr. Geoffrey Nuttall* (Londres, 1977), 44-69; y B. Vogler, *Le clergé protestant rhénan au siècle de la Réforme 1555-1619* (Estrasburgo, 1967). Las polémicas entre luteranos y calvinistas en Hesse y en otros sitios aparecen tratadas en H. Gross, *Empire and Sovereignty: a history of the public law literature in the Holy Roman Empire 1599-1804* (2.^a ed., Chicago, 1975), 105 y ss.

Apareció una riada de panfletos —se conocen 200 sólo en el período 1614-17— discutiendo sobre el cambio de religión en Brandenburgo⁴¹.

Poco ha de extrañar, pues, que el clero luterano detestara a los calvinistas incluso más de lo que éstos odiaban a los católicos. La voz cantante en la campaña anti-calvinista fue Matías Hoë von Hoënegg, descendiente de austriacos, que llegó a capellán de corte del elector de Sajonia en 1602, y capellán principal en 1613. Hoë era un hombre pugnaz. En el prólogo a su *Prodromus* (1621) escribía: «Estoy determinado a hacer la guerra por el Señor, y doy gracias a mi Dios de que Él haya enseñado a mis manos a luchar». Los mismos títulos de sus numerosos libros rezuman agresividad: desde una *Sólida, justa y ortodoxa detestación de papistas y calvinistas* (1601) hasta la *Importante (y en tiempos tan peligrosos verdaderamente necesaria) discusión sobre si hay que entenderse y es mejor hacerlo con los católicos... que con los calvinistas* (1620). Otras obras suyas comparaban, para mal, la religión reformada con el Islam⁴².

Pero no todos los luteranos estaban obsesionados con el calvinismo, hasta el punto de excluir a su más antiguo adversario. La mayoría de los cuarenta y seis sermones publicados para celebrar el jubileo luterano de 1617 convocaban a una inmediata cruzada contra Roma, centro de idolatría, sodomía y otros vicios, y sede «de la bestia del Apocalipsis». Las tensiones entre luteranos y católicos eran muy notables en las ciudades-estado de Alemania, en las que frecuentemente los agravios sociales se sumaban a la división religiosa. Hubo motines o revueltas en unas veinte ciudades del imperio entre 1595 y 1618 (véase Mapa 1), siendo la más seria la de Donauwörth en 1606-7⁴³. Aunque Donauwörth era una de las

⁴¹ Sobre el breve pero tempestuoso reinado de Cristian I, padre de Juan Jorge, véase T. Klein, *Der Kampf um die zweite Reformation in Kursachsen, 1586-91* (Colonía y Graz, 1962). Para el cambio de religión en Brandenburgo, que muchas veces se pasa por alto, véase B. Nischan, *Prince, people and confession*; E. Faden, *Berlin im dreissigjährigen Krieg* (Berlín, 1927), 136 y ss., y O. Hintze, «Calvinism and raison d'état in early seventeenth-century Brandenburg», en F. Gilbert (comp.), *The historical essays of Otto Hintze* (Oxford, 1975), 88-154. Sobre la «segunda Reforma» en el noroeste y para una visión general del fenómeno véase Schilling, *Konfessionskonflikt und Staatsbildung*.

⁴² Véase Neveux, *Vie spirituelle*, 8-12.

⁴³ Sobre los disturbios urbanos véase C. R. Friedrichs, «Subjects or citizens? Urban conflict in early modern Germany», en M. U. Chrisman y O. Grundler (comp.), *Social groups and religious ideas in the sixteenth century* (Kalamazoo, 1978: Studies in Medieval Culture, XIII), cap. 6; y del mismo, «German towns revolts and the 17th century crisis», *Renaissance and Modern Studies*, XXVII (1983).

ocho ciudades imperiales libres donde estaban tolerados oficialmente luteranos y católicos, hasta 1605 el clero católico apenas si osó celebrar procesiones públicas, yendo sin insignias cuando hacían sus peregrinaciones y siempre recorriendo calles y caminos secundarios. Y con razón, porque, cuando el día de San Marcos de 1606 el clero intentó celebrar una procesión de verdad, fue dispersado a golpes y sus reliquias y banderas, profanadas y requisadas. Dos meses después, el padre Lorenzo de Brindisi, un prior capuchino (canonizado más tarde), llegó a la ciudad de camino hacia la corte imperial y se vio también rodeado de una turba luterana que le cantaba en plan de mofa «capuchino, escoria, capuchino, escoria». Escuchó de boca del clero local la situación de apuro que padecían, y prometió pedir al emperador que hiciera lo posible por solucionar las cosas.

Se encontró a Praga tomada por la peste, de forma que en septiembre el propio Rodolfo II tuvo que abandonar la capital para escapar al contagio. Puntualmente, Lorenzo echó la culpa de la plaga, en un sermón, a las concesiones hechas a los protestantes en Donauwörth y otras partes. Su tono supuso una ofensa grave, y se salvó de un buen disgusto sólo gracias a unas llamadas urgentes de Maximiliano de Baviera, que deseaba que Lorenzo exorcizara a la duquesa, aparentemente vuelta loca. El tratamiento, que requirió varias sesiones y acabó en éxito, dio al capuchino la oportunidad de granjearse la simpatía de Maximiliano a favor de la causa de los católicos de Donauwörth, de forma que, cuando volvió a Praga el mes de febrero siguiente, Lorenzo pudo asegurar al emperador que Baviera estaba dispuesta a imponer en la ciudad el acuerdo de Augsburgo. En consecuencia, Rodolfo acordó enviar un emisario imperial para garantizar que los católicos celebraran su procesión completa el día de San Marcos en abril de 1607, y también Maximiliano envió a un par de agentes suyos. Pero para nada: sacerdotes, emisario y agentes fueron virtualmente sitiados por una turba luterana y no pudieron salir del monasterio donde se habían reunido. Los magistrados, protestantes todos, no hicieron nada para evitar los desórdenes.

Ahora la autoridad del emperador había quedado desairada públicamente, y en agosto Rodolfo ordenó a Donauwörth que permitieran a los católicos libertad de culto o serían declarados contumaces, y a Maximiliano se le dio poder para utilizar la fuerza si era necesario para restablecer la obediencia. Al ser desatendidas las órdenes, el duque reunió un ejército y, a pesar de que hubo una contra-movilización en algunos sitios protestantes vecinos, sus fuerzas entraron en la ciudad el 17 de diciembre de

1607 y restablecieron el culto católico. Esta acción era manifiestamente ilegal, porque Donauwörth pertenecía al círculo suabo, no al bávaro, y la orden del emperador tenía que haber sido ejecutada por el director suabo (el luterano duque de Württemberg). Siguieron otras ilegalidades más. En junio de 1609, en una maniobra que se repetiría en 1620 a escala mayor, el emperador garantizó a Maximiliano la ciudad en pago de los gastos que le había ocasionado la ejecución de su orden. Enseguida el duque prohibió a los protestantes el culto en ella, de acuerdo con el principio *cuius regio*, y expulsó a los que no estuvieran conformes. Comenzó otra guerra de panfletos, esta vez entre los luteranos desterrados (la mayoría en Württemberg) y los apologistas de Maximiliano⁴⁴.

Al enterarse de la ocupación de Donauwörth, el previsor duque Felipe Luis de Neuburgo dijo lamentándolo: «Maximiliano, Maximiliano, no te das cuenta de las consecuencias de lo que estás haciendo»⁴⁵. Él se apercibió enseguida, como otros, de que aquel golpe torpedeaba cualquier posibilidad de cooperación entre protestantes y católicos en la dieta imperial convocada para reunirse en Regensburg en enero de 1608. Ya las circunstancias favorecían una confrontación en ella entre el emperador, cuyo principal deseo era el de dinero para liquidar las deudas contraídas durante la guerra turca, y los protestantes militantes, con el elector del Palatinado a la cabeza, que exigían cambios religiosos en beneficio del protestantismo en general y del calvinismo en particular. La ocupación de Donauwörth, a escasos 100 kilómetros de Regensburg, movió a gobernantes luteranos normalmente moderados, como el duque de Neuburgo y el elector de Sajonia, hacia el campo del Palatinado. Al final, pidieron un aumento de la representación protestante en el tribunal supremo imperial. Pero el representante del emperador, el archiduque Fernando, siguió inquebrantable: los católicos tenían ya la mayoría en dos de los tres colegios de la dieta (cuatro frente a tres en el de los electores, y treinta y tres frente a quince en el de los príncipes; sólo las ciudades, que en todo caso

⁴⁴ El mejor relato de los problemas de Donauwörth son los de A. de Carmignano, «La part de S. Laurent de Brindes dans le Ban de Donauwörth, 1607», *Revue d'histoire ecclésiastique*, LVIII (1963), 460-86. Pero véase también F. Stieve, *Der Ursprung des dreissig-jährigen Krieges. I. Der Kampf um Donauwörth* (Múnich, 1875), y R. Breitling, «Der Streit um Donauwörth 1605/1611. Eine Ergänzung», *Zeitschrift für bayerische Landesgeschichte*, II (1929), 275-98.

⁴⁵ Citado por Kossol, *Die Reichspolitik des Pfalzgrafen Philipp Ludwig*, 167.

carecían de voto vinculante, eran predominantemente protestantes). Incluso se rumoreó que el archiduque estaba en complot con Maximiliano de Baviera para dar un golpe armado contra la dieta si ésta no seguía el guión previsto. Aunque esto no llegó a materializarse, en febrero de 1608, en el seno del colegio de los príncipes, los católicos introdujeron una moción pidiendo la devolución de todos los territorios eclesiásticos secularizados desde 1552. La intención era obligar a los protestantes a hacer concesiones en otros temas a cambio de retirar la propuesta, pero en la realidad la posición de aquéllos se hizo insostenible. En abril la delegación del Palatinado, tras haber presentado una protesta formal a Fernando, se marchó de la dieta. La siguieron los representantes de Brandenburgo, Ansbach, Kulmbach, Baden-Durlach, Hesse-Kassel y Württemberg. Aunque el contingente sajón se quedó, junto con algunos otros, el 3 de mayo la dieta fue disuelta de mala gana por el archiduque Fernando.

Once días más tarde, en la sala capitular del secularizado monasterio de Auhausen (cerca de Nördlingen), seis príncipes protestantes importantes (los electores del Palatinado, Neuburgo, Württemberg, Ansbach, Kulmbach y Baden-Durlach) suscribieron una alianza por diez años conocida como Unión Protestante, por la que se prometían mutuo apoyo en caso de ataque. De esta manera quedaban trazadas en buena medida las líneas de batalla que dividieron a Alemania durante el decenio de 1620. La mayoría de los que desafiaron a Fernando en 1608 volverían a hacerlo de nuevo; los que dudaron en Regensburg también dudaron más tarde; los seguidores del archiduque estaban ya contados. Es motivo de extrañeza, tanto para los historiadores como para la gente de entonces, que durante toda una década después del «incidente de Donauwörth» y a pesar de bastantes encontronazos serios, no se desencadenara un conflicto general entre las partes de Alemania ya en orden de batalla. La explicación hay que buscarla en las políticas de ciertos estados fuera del imperio.

3. LA UNIÓN, LA LIGA Y LA POLÍTICA EUROPEA

La fundación de la Unión Protestante inició una nueva fase en la política del Imperio: a pesar de los continuados esfuerzos de muchos príncipes por hacer funcionar las antiguas instituciones del mismo, ahora dominaban la escena las alianzas confesionales. Como las alianzas se traducían en apoyo a los correligionarios de fuera, la tradicional oposi-

ción a la intromisión de potencias extranjeras en el Imperio se vio sometida a una presión creciente, de modo que la política imperial y el equilibrio internacional llegaron a estar íntimamente relacionados. Pero, de todos modos, la revolución nunca llegó a ser completa; mientras algunos príncipes consideraban inevitable una guerra de religión a escala total y otros se aprestaban a alianzas confesionales asustados por el curso aparente de los acontecimientos, unas pocas figuras clave (dentro del Imperio y fuera) siguieron intentando evitar un desastre de tal envergadura. En consecuencia, la década entre el incidente de Donauwörth y el estallido de la revolución bohemia se caracterizó por una complicada y confusa mezcla de abierta política arriesgada y actitud defensiva prudente.

Por quien con menos reserva fue aceptada la necesidad de una política confesional fue por el Palatinado renano. La conversión al calvinismo del elector Federico III (1559-76) y la continuación de su política por parte de su hijo menor Juan Casimiro (regente, 1583-92) hicieron de Heidelberg uno de los principales centros de la religión reformada. A la corte del Palatinado fueron atraídos un grupo considerable de independientes calvinistas y luteranos antiguos melanchtonianos, de entre los cuales el más ambicioso y, en definitiva, el más notable fue el príncipe Cristian von Anhalt-Bernburg. Anhalt fue nombrado gobernador del Alto Palatinado en 1595, y el alcoholismo y la debilidad del elector Federico IV (1592-1610) pronto dejaron en sus manos el control, más o menos libre de trabas, de las relaciones exteriores del Palatinado. Sus protegidos inmigrantes —como Ludwig Camerarius, los hermanos Christoph y Achatius von Dohna, Vollrad von Plessen e Hyppolytus von Colli— cobraron creciente importancia como agentes de la diplomacia palatina, y de manera continuada fue haciéndose menor la distinción entre la política del Palatinado y la del propio Anhalt.

Estos activistas del Palatinado tenían en común un tratamiento crudamente ideológico de la política europea. Desde finales de los 1560 Heidelberg estuvo convencida de la existencia de una alianza católica internacional dirigida por los Habsburgos y el papado que, una vez consolidada una posición de fuerza, se embarcaría en una campaña para extirpar la herejía de Europa entera. Para los dirigentes del Palatinado resultaba inevitable una premisa religiosa: que, para defender la causa protestante, el resurgimiento católico debía combatirse en todos los niveles, no sólo dentro del Imperio, sino también mediante la creación de una alianza protestan-

te internacional⁴⁶. Durante las últimas décadas del siglo XVII los del Palatinado intentaron repetidamente alianzas con Inglaterra, con los rebeldes holandeses y con los hugonotes franceses; pero, al acabar el siglo, sus esfuerzos diplomáticos no habían logrado su objetivo.

Sus relaciones fueron más estrechas con la República de Holanda. En este caso los lazos confesionales se vieron además fortalecidos por relaciones personales y dinásticas a una serie de niveles y por un interés estratégico compartido en Renania. En 1593 Federico IV se había casado con Luisa-Juliana, hermanastra de Mauricio de Nassau, el dirigente de la República de Holanda. Su tío, el conde Juan VI de Nassau-Dillenburg, fue miembro destacado del consejo del Palatinado hasta su muerte en 1606. El cuñado de Juan, Juan Alberto, conde de Solm-Brauenfels, se convirtió en chambelán de la corte del Palatinado en 1602. Los lazos dinásticos con la casa de Nassau, que colocaron al Palatinado en el nudo central del calvinismo principesco europeo, se complementaban con el servicio de una serie de oficiales del Palatinado en el ejército holandés⁴⁷. El interés común en Renania se puso de manifiesto por primera vez durante la guerra de Colonia y la invasión española de Westfalia (véase p. 18); al comienzo del siglo XVII tuvo un nuevo punto en la disputa en torno a la sucesión del católico y sin hijos Juan Guillermo, duque de Cléveris-Jülich y Berg, conde de Ravensburg y Mark.

Los territorios estaban divididos en cuanto a religión (Jülich era firmemente católico, mientras que en Cléveris, Ravensburg y Mark abundaban los calvinistas y luteranos), pero los dos pretendientes principales, el elector Juan Segismundo de Brandenburgo y Felipe Luis, duque de Pfalz-Neuburgo, eran luteranos. La duquesa, Antonieta de Lorena, y los estados de Jülich estaban decididos a evitar un sucesor protestante y habían recibido garantías de apoyo del elector de Colonia y (en los 1580) de Felipe II de España⁴⁸. Los holandeses y los del Palatinado estaban igualmente an-

⁴⁶ Schubert, *Camerarius*, 45, 52.

⁴⁷ Van Deursen, *Honni soit*, 45-6.

⁴⁸ La disputa sobre la sucesión de Cléveris-Jülich nació del hecho de que sólo habían dejado herederos las cuatro hermanas de Juan Guillermo y no estaba claro si los ducados podían heredarse indivisos por línea femenina. Brandenburgo estaba casado con la única hija de la hermana mayor; Neuburgo, con la segunda hermana, y argumentaba que su hijo Wolfgang Guillermo tenía más derecho que una hija. En 1593 Neuburgo estaba dispuesto a aceptar una partición, pero Brandenburgo no. Véase Kossol, *Neuburg*; H. Schmidt, «Pfalz-Neuburg Sprung zum Niederrhein. Wolfgang Wilhelm von Pfalz-Neuburg und

De todos modos, el futuro de la Unión Protestante no era, ni mucho menos, claro. Aparte de un implícito compromiso de mutua defensa frente a Baviera, la alianza no encarnaba un programa de política común.

De los ocho miembros fundadores sólo Ansbach y (con más dudas) Württemberg y Baden compartían el convencimiento del Palatinado de que era inevitable un conflicto religioso importante. De Auhausen salió una invitación general a todos los estados protestantes del Imperio, pero para la primavera de 1609 sólo habían solicitado adherirse los condes de Oettingen y las ciudades de Estrasburgo, Ulm y Nuremberg. Y tampoco llegó muy lejos el intento simultáneo de Anhalt de extender la Unión convirtiéndola en una alianza internacional. La asamblea de la Unión en Rothenburg en agosto de 1608 rechazó su propuesta de admitir a Enrique IV, y por otro lado quedaron aplazadas nuevas invitaciones a James I, la República de Holanda y Cristian IV de Dinamarca⁵². A continuación Anhalt—iniciando la que sería una tendencia constante y en último término desastrosa en la política de la Unión—decidió actuar por su cuenta. En otoño de 1608 el consejo del Palatinado votó procurar el matrimonio entre Federico y la hija de James I, Isabel, mientras el propio Anhalt animaba a su amigo Tschernembl, líder de los estados protestantes austriacos, a que, si hacía falta, buscara ayuda en la Unión frente a su señor Habsburgo.

La largamente esperada dimisión de Juan Guillermo de Cléveris-Jülich el 25 de marzo de 1609, quince días antes de que la tregua de doce años pusiera fin temporal a la guerra entre España y la república de Holanda, la alianza se enfrentó con su primera prueba. Neuburgo y Brandenburgo enviaron inmediatamente representantes a la sede del duque en Düsseldorf para tomar posesión de los ducados; se encontraron con la resistencia de la duquesa viuda (apoyada por el estados de Jülich), y el 2 de abril Rodolfo II ordenó que ella siguiera como regente hasta que él resolviera la disputa sucesoria. La confianza de Neuburgo y Brandenburgo (conocidos ahora como «príncipes pretendientes») en la imparcialidad del Emperador quedó destruida, de todos modos, con el problema de Donauwörth, y en junio acordaron buscar un arbitrio independiente y gobernar juntos mientras. Rodolfo declaró inválido tal acuerdo y encomendó a su primo el archiduque Leopoldo, obispo de Estrasburgo y Passau, la

⁵² *Briefe und Akten*, II, 55-6: protocolo de la Asamblea de Rothenburg, 7-14 de agosto de 1608.

misión de apoyar a la duquesa, facultándolo para pedir, si hiciera falta, ayuda militar a los Países Bajos españoles. Leopoldo tomó el mando de la guarnición católica de la fortaleza de Jülich el 23 de julio, pero entonces fue él mismo bloqueado por tropas reclutadas por los pretendientes.

Ninguno de los dos bandos deseaba iniciar las hostilidades, pero la movilización de refuerzos en la diócesis de Passau por parte de Leopoldo, la visita del mismo a Bruselas en octubre y la fundación de la Liga Católica (véase *infra*), todo ello, convenció a los príncipes de la Unión de que sus miedos de un segundo Donauwörth estaban justificados. En mayo de 1609 la Unión había acordado que, aunque la alianza en sí no se comprometía a apoyar a los pretendientes, sus miembros podían prestarles ayuda individualmente si se la pedían; en noviembre una reunión de los príncipes más importantes acordó recomendar a la siguiente asamblea plenaria que la Unión en cuanto tal reforzara a los príncipes pretendientes con 5.000 hombres. Las razones para intervenir fueron descritas así por el consejero del Palatinado Michael Loefenius:

«Aunque el problema de Jülich no afecta de por sí a la Unión, sus miembros deberían hacer ya algo inmediatamente para garantizar que esos territorios queden en poder de los príncipes protestantes. Si así fuera, buena parte de la Renania entraría en la Unión, mientras que serían grandes los peligros si pasaran a manos de los españoles. De dejar desamparados a los príncipes, la reputación de la Unión sufriría un grave perjuicio. Si los estados protestantes, como Donauwörth, al que la Unión no se obligó a prestar asistencia, se ven amenazados por actos peligrosos, entonces tenemos que decir que todos los estados protestantes son miembros de un cuerpo sagrado y que la salud de uno afecta a los otros. La ayuda a Jülich, por eso, beneficiará a los habitantes de Donauwörth y a otros en situaciones semejantes»⁵¹.

Al comienzo del otoño Brandenburgo y Hesse-Kassel habían intentado convencer a Cristian de Sajonia para apoyar a los pretendientes. Al negarse él, declararon liquidado el *Erbverein* y solicitaron entrar en la Unión. En diciembre Anhalt en persona fue a París a hablar de la intervención francesa con Enrique IV; al mismo tiempo se hicieron tanteos cerca de James I y los estados generales.

⁵¹ Citado por Kossol, *Neuburg*, 218-19.

La intervención de la Unión quedó confirmada en la asamblea celebrada en enero y febrero de 1610 en Schwäbisch Hall, aunque no sin algún debate relevante. Ansbach saludó la intervención con la confiada afirmación de que «con Donauwörth todo el peso recae sobre nosotros; pero con Jülich vamos a implicar a Francia, los estados generales, Inglaterra y otros». Mas sólo él y Baden apoyaron la propuesta de Anhalt de que la Unión se comprometiera como tal públicamente con la causa de los príncipes⁵⁴. Hesse-Kassel, Württemberg y Neuburgo, preocupados de que pudiera producirse un gran conflicto, preferían sólo un acuerdo informal de proporcionar ayuda militar. El 4 de febrero Anhalt revelaba el ofrecimiento de Enrique IV de enviar tropas para el asedio de Jülich y de llevar a cabo importantes campañas de diversión en los Países Bajos y en el norte de Italia para evitar la intervención de España. Como él esperaba, el ofrecimiento aquietó por el momento a aquellos miembros que temían una confrontación abierta con España, y al final la asamblea acordó la propuesta de reclutar 5.000 hombres. Los gastos de la leva se considerarían como un préstamo a Brandenburgo y Neuburgo.

La intervención de Enrique IV transformó el asunto de Cléveris-Jülich de crisis imperial en crisis internacional. En aquel momento el diplomático inglés sir Ralph Winwood consideraba que la decisión del rey «era un misterio más profundo de lo que la capacidad de cualquier hombre pueda entender y un proyecto más raro de lo que cualquier persona (creo yo) pueda creer»⁵⁵. Los motivos de Enrique han sido objeto de un debate importante, pero las teorías sostenidas con más frecuencia —la puesta en práctica de un gran plan o la huida de Charlotte de Montmorency a Bruselas en noviembre de 1609— dan una explicación más convincente no tanto de su decisión como de los constantes dilemas de la política exterior francesa. La crisis en torno a Cléveris-Jülich amenazaba con provocar la guerra religiosa europea que Enrique tanto temía; al intervenir militarmente, él podía hacerse con el control de la Unión antes de que la situación se fuera de las manos. En este sentido son reveladoras las condiciones anejas a su oferta de ayuda militar, entre las que estaba la exigencia de que la Unión rompiera sus contactos con los hugonotes. Por el momento,

⁵⁴ Citado por Herold, *Ansbach*, 134.

⁵⁵ E. Sawyer (comp.), *Memorials of affairs of state during the reigns of Queen Elizabeth and King James I* (Londres, 1725), III, 83; de Winwood al conde de Salisbury, 2/12 noviembre de 1609.

esa guerra mayor no tuvo lugar. España decidió no poner en peligro la tregua de los doce años con una intervención en Alemania, mientras que el asesinato de Enrique IV el 14 de mayo de 1610 paró las maniobras de Francia más ambiciosas. Las operaciones militares se limitaron a un breve asedio de Jülich por parte de un ejército mixto de tropas francesas, holandesas, inglesas y de la Unión. El archiduque Leopoldo se rindió el 1 de septiembre. Pero, de todos modos, el impacto de la crisis, tanto sobre la Unión como sobre el Imperio en su conjunto, fue considerable.

La decisión de la Unión de recurrir a la fuerza en 1609-10 convenció finalmente a los más importantes dirigentes eclesiásticos (que antes se habían resistido a la convocatoria de una alianza católica hecha por el obispo de Würzburg y el agente papal en Alemania, el emigrado al Palatinado Caspar Cioppius) para tomar medidas en su propia defensa. Durante el siglo XVII los duques de Baviera patrocinaron diferentes asociaciones confesionales, pero la última de ellas, la Liga de Landsberg, se disolvió en 1599 a raíz de la casi bancarota de Baviera después de la guerra de Colonia. Maximiliano, precavido por la experiencia de su padre, sólo se prestaría a una nueva alianza con garantía de que las cargas financieras se repartirían con más igualdad. En el tratado de Múnich, firmado el 10 de julio de 1609, los miembros de la nueva Liga Católica encomendaron a Maximiliano el control de una caja de guerra centralizada y el mando de las tropas que se reclutaran. Los miembros fundadores —el archiduque Leopoldo, los obispos de Würzburg, Ausburgo, Regensburg y Constanza, el abad de Kempten y el prior de Ellwangen— eran todos vecinos próximos de Baviera; pero en otoño, el miedo a una guerra en la Renania atrajo a ella a los obispos de Speyer, Worms y Bamberg y, lo más significativo, a los tres electores eclesiásticos. En este punto, ambos electores, el de Colonia y el de Maguncia, canjearon sus pensiones francesas por otras españolas⁵⁶.

Pero la Liga dudaba si intervenir en la crisis de Cléveris-Jülich. A pesar de las peticiones de ayuda del archiduque Leopoldo y de la voluntad de Maximiliano de prestársela, la mayoría de los obispos príncipes consideraban que la alianza era de propósito defensivo, y no deseaban entrar en guerra sin estar directamente amenazados. Y, de otra parte, las ayudas que

⁵⁶ Kessel, *Spanien und die geistlichen Kurstaaten*, 59, 66. Sobre los motivos del obispo, véase el capítulo de Baumgart en Merzbacher, *Echter*.

Maximiliano había pedido a Felipe II y al papado tampoco llegaron hasta agosto de 1610. En septiembre, el miedo a que la guerra pudiera extenderse tras la caída de Jülich hizo que la Liga movilizara un ejército de 19.000 hombres, pero el 24 de octubre, al quedar claro que la Unión no tenía más ambiciones militares, Maximiliano se avino a una tregua. De otro lado, la fundación de la Liga motivó una dramática expansión de miembros de la Unión. La asamblea de enero de 1610 asistió al ingreso de Brandenburgo, Hesse-Kassel, los hermanos de Cristian de Anhalt, el duque de Pfalz-Zweibrücken y trece ciudades libres del sur y del suroeste. El contingente urbano, ahora numéricamente superior, supuso un refuerzo sustancial de los príncipes, más cautos, dado que las ciudades eran predominantemente luteranas y se adhirieron a la Unión sobre todo por miedo a Baviera y a la Liga; se encontraban incómodas con la aventurera política de Anhalt y tenían plena conciencia de su vulnerabilidad ante la venganza. Los estatutos adoptados en la asamblea para gobernar la nueva composición de la Unión —que sólo les dio ocho votos frente a los doce de los príncipes— poco alivió sus miedos⁵⁷.

Tales miedos no eran gratuitos, ya que Anhalt, llevado por su aparente éxito en el problema de Cléveris-Jülich, cometió algunos errores de cálculo. A diferencia de las negociaciones con Enrique IV, las realizadas por la Unión ante James I y la República de Holanda encontraron una respuesta cauta. Los holandeses (como España) no querían comprometer la tregua de los doce años por una intervención costosamente unilateral, a pesar del acuerdo de 1605, y no mandaron tropas hasta después de que se movilizó Enrique IV⁵⁸. James I intentó, al principio, ofrecer sus servicios como mediador; sólo cuando se enteró de la decisión francesa se ofreció a enviar algunas tropas inglesas con el ejército holandés. Anhalt, de todos modos, pudo escuchar a Winwood y a otros diplomáticos ingleses, que tenía la misma visión de la crisis que él. El 17 de octubre de 1609 Winwood escribió al conde de Salisbury que:

⁵⁷ La negativa de los príncipes a permitir que las ciudades tuvieran un voto igual que el suyo hizo también que las coaliciones de los condes de Wetterau y Franconia rechazaran las invitaciones para que entraran en la Unión. Véase F. Magen, *Reichsgräfliche Politik in Franken. Zur Reichspolitik der Grafen von Hohenlohe am Vorabend und zu Beginn des dreissigjährigen Krieges* (Schwäbisch Hall, 1975: Forschungen aus Württembergisch Franken, X), 114-15, 119.

⁵⁸ Van Deursen, *Honni Soit*, 60.

«Todo este asunto, considerado a la ligera, puede parecer trivial y ordinario, pero debidamente examinado con todas las consecuencias que necesariamente se seguirán (si puedo manifestar libremente mi humilde opinión), de como el asunto sea llevado depende que aumente o disminuya la grandeza de la casa de Austria y de la iglesia de Roma por estos lares»⁵⁹.

Afirmados en la creencia de que existía una alianza protestante internacional al efecto, los príncipes de la Unión rechazaron las propuestas de Enrique IV en febrero de 1610 y decidieron, en cambio, ofrecer la presidencia de la Unión, a la vez que una alianza matrimonial del Palatinado, a James I⁶⁰.

Una primera embajada a Inglaterra en la primavera de 1610 se encontró con una fría respuesta. Y no mejor éxito tuvo la misión personal del propio Anhalt en octubre siguiente. Lo que hizo que James cambiara de idea y revisara su forma de ver la utilidad de una alianza con el Palatinado fue el curso de los acontecimientos en Francia después de la muerte de Enrique IV, especialmente el pacto matrimonial franco-español de marzo de 1611. Por un breve período en 1611-12 consideró seriamente la posibilidad de que estuviera en marcha una conspiración católica internacional, y decidió responder. El matrimonio anglo-palatino fue negociado por el duque de Bouillon en la primavera de 1611, y en otoño James dio su consentimiento para una alianza defensiva de seis años con la Unión. Aunque declinó la presidencia, animó a la Unión a hacer alianzas semejantes con las Provincias Unidas y Cristian IV de Dinamarca. El tratado entre Inglaterra y la Unión se firmó en Vesel en abril de 1612, y el de Holanda y la Unión, en La Haya en mayo de 1613⁶¹.

⁵⁹ Sawyer, *Memorials*, III, 78: 7/17 octubre 1609. Sir Henry Wotton pensaba de forma parecida a Winwood. Véase: «A few humble remembrances upon the proposition of my employment to some of the German princes on my return» (junio ¿1609?), Historical Manuscripts Commission, *Calendar of the Manuscripts of the Marquess of Salisbury*, XXI (Londres, 1970), 75-7.

⁶⁰ Tratado con más detalle en Adams, «Protestant Cause», 168-9.

⁶¹ Véase *ibid.*, 183-221 *passim*. Para el impacto de tales sucesos en las Provincias Unidas y sobre Mauricio de Nassau en particular, véase van Deursen, *Honni Soit*, 76, 91-101. En esta época Cristian IV siguió manteniéndose neutral por falta de dinero después de la guerra de Kalmar. El profesor E. L. Petersen ha llamado amablemente mi atención sobre una carta del rey, escrita al comienzo de 1614, en la que él lamentaba de que «ich fuhr meine Persohn [bin] mit gelde itzo nicht versehen... dan ich mit allerhandt wmkosten ihn vergangendem Kriige seindt gewesen» (RAC, Tyske kancellii, udenlandske afdeling

Estas alianzas internacionales se convirtieron en la piedra angular de la futura diplomacia de Anhalt, pero su realización sólo fue posible a costa de un aumento de la tensión en el seno de la Unión. La política arriesgada de 1610 había asustado a las ciudades, y el tratado con Holanda (que ellas temían que pudiera implicarlas en una nueva guerra entre holandeses y españoles) fue ratificado por los príncipes en 1614 a pesar de sus objeciones. Tampoco les gustaba mucho la tendencia de Anhalt y de sus aliados a llevar la diplomacia de la Unión de modo secreto e informal⁶². Sus miedos eran compartidos por los príncipes luteranos más pequeños, especialmente los de Oettingen, Kulmbach y Neuburgo: en 1613 estos últimos estuvieron considerando seriamente su abandono. El descontento de Neuburgo se vio acrecentado por el abierto rechazo de sus pretensiones de llevar la regencia del Palatinado tras la muerte de Federico IV el 8 de septiembre de 1610. Desconfiando de la relación entre Brandenburgo y el Palatinado, se dirigió cada vez más a Sajonia, Baviera y al Emperador para amparar sus pretensiones en el problema Cléveris-Jülich. Finalmente, en 1613 rompió con la Unión al quedarse en la abortada dieta de Regensburg después de marcharse los demás representantes de la Unión. Su hijo Wolfgang Guillermo fue más lejos y se convirtió al catolicismo el 19 de julio de 1613 (a final del mismo año se casaría, luego, con la hermana de Maximiliano (véase Lámina 3). Según una noticia contemporánea, Felipe Luis «lamentó mucho y detestó la apostasía de su hijo, pero, advirtiéndole que él mismo se había entregado en los brazos de los papistas para hacer valer sus derechos y pretensiones, lo admitió todo como si estuviera bien hecho»⁶³. De esta manera la crisis de Cléveris-Jülich convirtió a Cristian II de Sajonia (que había sido nombrado árbitro imperial en julio de 1610) y a su hijo Juan Jorge en enemigos declarados de la Unión. Ahora la hostilidad de los electores impidió que la Unión reclutara a ninguno de los estados clientes de Sajonia del norte y del noreste. Sólo Brandenburgo se acercó más: la conversión de Juan Segismundo al calvinismo en 1613 es-

II. Brandenburg A.1.8.: cartas a la electora de Brandenburgo, 12 de febrero-18 de abril de 1614). Véase también J. Skovgaard (comp.), *Kong Christian den Fjerdes egenhaendige Breve*, VIII (Copenhague, 1947), n.º 22, 24-5. Sin dinero propio, el rey tiene que atender el «consejo» prudente de su consejo de asuntos exteriores.

⁶² En 1612 Nuremberg se quejaba de que los príncipes trataban de asuntos de la Unión en bodas, partidas de caza y encuentros privados: véase Herold, *Ansbach*, 152.

⁶³ BGSA, Kasten Schwarz 16688, f. 150, «PAD» a William Trumbull, 22 julio 1614.

tuvo seguida, tres años más tarde, por el matrimonio de su hijo Jorge Guillermo con la hermana de Federico V, Isabel (véase Tabla 2).

A pesar de aumentar las disensiones en sus filas, Anhalt todavía tenía la esperanza de utilizar la Unión para aprovechar la debilidad de la autoridad imperial. Él había visto la larga lucha entre Rodolfo II y su hermano Matías para controlar los territorios de los Habsburgos, como una oportunidad para dos cosas, para evitar que el otro hermano de Rodolfo, el archiduque Alberto, gobernador de los Países Bajos españoles, fuera elegido su sucesor —Alberto era la particular bestia negra de Anhalt— y para provocar un interregno en el imperio en el que el elector del Palatinado, como príncipe mayor del imperio, desempeñaría un papel destacado en los asuntos imperiales⁶⁴. Pero Anhalt no tenía muy claro si sería más ventajoso ofrecer el apoyo de la Unión a un debilitado Rodolfo o a un Matías claramente más acomodaticio. Vacilaba entre ambos, y la repentina muerte de Rodolfo el 20 de enero de 1612 y la indiscutida sucesión de Matías lo cogieron por sorpresa.

La elección de Matías deparó a su nuevo canciller, Melchor Khlels, obispo de Viena, la oportunidad de intentar parar la deriva hacia la confrontación confesional reviviendo la tradicional alianza imperial con Maguncia y Sajonia. Khlels quería ver las dos alianzas religiosas disueltas y la Liga, luego, convertida en un organismo más amplio no confesional bajo presidencia imperial, que incluiría a los luteranos y, así lo esperaba, al aislado Palatinado. Intentó convencer a miembros de la Unión descontentos, como Neuburgo y Kulmbach, e incluso ofreció a Ansbach el mando del ejército imperial en Hungría. Pero la Unión se mantuvo firme. La asamblea de Rothenburg en marzo de 1613 votó no disolverse mientras siguiera existiendo la Liga y hacer lo posible para solucionar una serie de quejas que venían de largo. Entre éstas se encontraban en el momento la abolición del *reservatum ecclesiasticum* (*supra*, p. 25), el restablecimiento de la independencia de Donauwörth y el reconocimiento de la libertad religiosa de Aquisgrán (donde en 1612, tras varios años de agitación apoyada por la Unión, había sido derrocada una magistratura puesta por las tropas españolas en 1598⁶⁵). Los representantes de la Unión abandonaron la dieta en agosto de 1613, inmediatamente después de abrirse, cuando quedó

⁶⁴ Schubert, *Camerarius*, 50-1; Herold, *Ansbach*, 171, 184.

⁶⁵ Para la política de Aquisgrán véase Schilling, «Bürgerkämpfe in Aachen».

claro que, aunque podían hacerse algunas reformas judiciales, no serían atendidas sus principales demandas.

Las propuestas de Khlesl tuvieron un impacto más inmediato en la Liga. La composición de la Liga había aumentado a raíz de la elección de prelados pro-bávaros en Salburgo y Eichstätt en 1612. Pero al mismo tiempo la presidencia de Maximiliano estaba siendo desafiada cada vez más. Los electores eclesiásticos tenían clara conciencia de su posición constitucional, particularmente Johann Schweikart von Konberg, de Maguncia, el archicanciller imperial; por su influjo, los demás electores pidieron la descentralización de la Liga en un directorio de la Alemania Superior, dirigido por Baviera, y otro renano, por Maguncia. Maximiliano tenía ante la descentralización sentimientos encontrados; pero, claramente, le gustó aún menos una nueva exigencia de Maguncia pidiendo la participación de los Habsburgos, que Felipe III de España había convertido, a su vez, en condición para su apoyo. La implicación de los Habsburgos, pensaba Maximiliano, convertiría la Liga en un instrumento de la política imperial y la obligaría a atender a intereses más amplios de los Habsburgos⁶⁶. En la asamblea de la Liga celebrada a la vez que la dieta de Regensburg en 1613, Khlesl y Maguncia se movieron para convencer a la mayoría de los miembros de que aceptaran tanto la descentralización como la participación imperial: fue admitido el archiduque Maximiliano, hermano del emperador, y se creó para él un tercer directorio, el austríaco. Maximiliano de Baviera se había opuesto fuertemente a este paso, porque ahora veía en la participación de los Habsburgo un medio de cumplir Khlesl su ambición de abrir la participación a los luteranos⁶⁷. Para proteger su propia posición, en marzo de 1614 formó una alianza privada con sus seguidores: los prósperos y geográficamente compactos principados de Würzburg, Bamberg, Eichstätt y Ellwangen.

La descentralización convirtió a la Liga en un instrumento ineficaz. Durante la crisis de Cléveris-Jülich de 1614 su respuesta fue desorganizada y dubitativa. Además, hubo serias discusiones entre los dos Maximilianos sobre los miembros del nuevo directorio austríaco, principalmente en relación con el rico obispado suabo, que Maximiliano de Baviera deseaba retener en su directorio. Como consecuencia de esta y otras desavenien-

⁶⁶ Albrecht, *Auswärtige Politik*, 34; Altmann, *Reichspolitik*, 24.

⁶⁷ Altmann, *op. cit.*, 13.

cias, abandonó la Liga a comienzo de 1616. Su marcha dejó a la Liga sin su genio rector, y cuando Matías presentó una petición formal de disolución de las dos alianzas, en abril de 1617, Maguncia y el archiduque Maximiliano la disolvieron con el acuerdo de sus miembros. Al mes siguiente, Maximiliano de Baviera, a petición de sus aliados de 1614, creó una alianza defensiva puramente local y privada para mutua protección frente a la Unión⁶⁸.

Pero para entonces la debilidad de la Unión también se había puesto plenamente de manifiesto con las tensiones aparecidas en torno al acuerdo sobre Cléveris-Jülich. En mayo de 1614 el deterioro de las relaciones entre Brandenburgo y Neuburgo hizo que el jefe holandés de la guarnición conjunta de ambas en Jülich, el coronel Pithan, llamara a refuerzos holandeses. Wolfgang Guillermo, sospechándose una conspiración Holanda-Brandenburgo, tomó el control de Düsseldorf, y Pithan despidió de Jülich a los soldados de Neuburgo. Los estados generales intentaron mediar, pero en agosto, a petición de Wolfgang Guillermo, 15.000 soldados de los Países Bajos españoles entraban en los ducados para asegurar el control de Neuburgo sobre las demás ciudades⁶⁹. En 1609 los holandeses no querían intervenir ellos solos, pero por entonces ni Inglaterra ni Francia estaban preparadas para una acción militar. Tanto James I (cada vez más influido por el nuevo embajador de España en Londres, don Diego Sarmiento de Acuña, futuro conde Gondomar) como María de Médici (no deseando poner en peligro el tratado matrimonial franco-español) intentaron, en cambio, mediar en la disputa. Sólo cuando los españoles conquistaron el importante paso del Rin en Vesel, se movilizaron efectivamente los holandeses. Ninguna de las partes, en cualquier caso, deseaba una guerra, y rápidamente se llegó a una tregua en Xanten. Tras la intervención de enviados franceses e ingleses, la tregua se convirtió en verdadero tratado en noviembre. El gobierno de los ducados, a la espera de un acuerdo final, estuvo mientras dividido: Brandenburgo recibió Cléveris y Mark, mientras Neuburgo se aseguró Jülich y Berg. Más difícil fue la negociación sobre la mutua evacuación de los ejércitos español y holandés, y al final, a pesar de los esfuerzos de James I en 1615 y 1616, los holandeses se quedaron en Jülich y los españoles en Wesel.

⁶⁸ *Ibid.*, 76, 84, 113-14.

⁶⁹ Para la política de Holanda durante la crisis véase A. Th. van Deursen, *De val van Wessel* (Kampel, 1967), y Anderson, «The Jülich-Cleves succession crisis».

La segunda crisis Cléveris-Jülich tuvo una serie de derivaciones. Para James I fue el final relativamente feliz, de acuerdo con Francia y España, de una disputa en potencia peligrosa, y se animó a considerarse a sí mismo como mediador para futuras crisis mejor que como jefe de un bloque confesional. Para otros en Inglaterra, en las Provincias Unidas y en Alemania, el precio de la mediación les pareció ser la cesión de los intereses protestantes. Federico V recordó a James que la ocupación española de los ducados creaba una barrera efectiva para la cooperación militar entre las Provincias Unidas y el Pa-latinado sobre la que descansaba, en definitiva, la seguridad de la Unión⁷⁰.

Dentro de la Alianza la crisis disparó al máximo la tensión entre las ciudades y los príncipes. En 1615 las ciudades rechazaron rotundamente apoyar una guerra por las pretensiones de Brandenburgo en Cléveris-Jülich, y se recomendó al elector que se procurara una futura ayuda militar de los holandeses. Mas las consecuencias plenas, de todos modos, se notaron dos años más tarde. En abril de 1617 la Unión tuvo una asamblea importante en Heilbronn para fijar los términos de la renovación del tratado, que expiraba el año siguiente. Desde 1617 su composición era la misma: sólo habían entrado dos nuevas ciudades pequeñas, Neuburgo y una ciudad la habían dejado y se había hecho un tratado limitado con los príncipes del círculo de la baja Sajonia (cuya preocupación era creciente en torno a la seguridad de sus estados eclesiásticos secularizados). Y, cosa más significativa, muchos príncipes, especialmente Brandenburgo, Ansbach, Wütemberg y Baden acumulaban una mora importante en el pago de sus contribuciones y la alianza dependía entonces financieramente de las de las ciudades. Las ciudades vetaron una futura acción militar de la Unión; se le prohibió acudir en auxilio de otras pretensiones que no fueran los territorios entonces existentes de sus miembros; y, expresamente para evitar cualquier intervención en una nueva guerra española-holandesa, el pacto duraría sólo hasta el 14 de mayo de 1621, y no hasta 1625 como querían los príncipes⁷¹. De esta manera, los intereses de Brandenburgo en Cléveris-Jülich quedaban claramente excluidos, y el elector se marchó enseguida.

La pérdida de uno de los dos príncipes más importantes y el creciente poder de las ciudades hizo de la Unión una alianza mucho menos im-

⁷⁰ BGSA, Kasten Schwarz 16734, f. 141, Federico a Winwood, 19 de enero de 1615.

⁷¹ Para el comportamiento de las ciudades en la asamblea de Heilbronn véase J. Müller, «Reichsstädtische Politik in den letzten Zeiten der Union», *Mitteilungen des Instituts für Österreichischen Geschichtsforschung*, XXXIII (1912), 484-5.

presionante de lo que había sido antes; pero, para Anhalt, su debilidad se compensaba con la desaparición de la Liga. En cualquier caso, su atención se volvió una vez más hacia la amenaza de los Habsburgos. Durante la invasión de Jülich, al comandante español Ambrosio Spínola se le había garantizado una comisión imperial para reponer en Aquisgrán la magistratura católica, lo que reafirmó a los del Palatinado en la sospecha de que ningún emperador Habsburgo dudaría en emplear tropas españolas dentro del imperio y los convenció de que había que encontrar un sucesor de Matías no habsburgo⁷². Su convencimiento se vio reforzado en 1617 al descubrir la unión de la familia Habsburgo en el apoyo de la candidatura del archiduque Fernando de Estiria (*infra*, p. 55): Anhalt comentaría más tarde que él habría elegido antes a un turco o al demonio⁷³. Puede que al mismo tiempo tuviera la esperanza de ver coronado a Federico V: James I manifestó más tarde que en octubre de 1610 le había sido propuesto un esquema para la elección de Federico⁷⁴. Pero no había posibilidad de lograr mayoría para Federico dentro del colegio electoral y, con la esperanza de dividir al electorado católico, los del Palatinado cambiaron patrocinando la candidatura de Maximiliano de Baviera. Entre 1616 y 1618 hubo una larga serie de discusiones entre Heidelberg y Múnich. Pero, de todos modos, no fue posible convencer a Maximiliano para actuar como un frente a favor de los protestantes, mientras que tanto James I como Luis XIII dejaron claro que no apoyarían interferencias con la elección de un Habsburgo⁷⁵.

⁷² Herold, *Ansbach*, 206, 209, 217; Schubert, *Camerarius*, 50-1.

⁷³ Herold, *Ansbach*, 229.

⁷⁴ BL, MS adicional 34324, f. 119, Diario de Sir Julius Caesar: notas sobre la reunión del consejo privado el 29 de septiembre/9 de octubre de 1620. Véase también NLS, Advocates Library MS 33.1.12, art. 35, Zweibrücken a James I, 19 marzo 1612.

⁷⁵ Para los acercamientos del Palatinado a Maximiliano véase Schubert, *Camerarius*, 82, y Albrecht, *Auswärtige Politik*, 35-6. El memorándum privado de Maximiliano sobre este tema está publicado en Altmann, *Reichspolitik*, 480-5 (aunque deben verse también las pp. 199-226, donde Altmann trata de las implicaciones de este documento). Para el intento de Federico de ganarse el apoyo de James I para su plan y el todavía misterioso encuentro habido entre él, Bouillon y el embajador inglés en Francia (Sir Thomas Edmondes) en Sedan en julio de 1617, véase BL, Stowe MS. 176, f. 144, Federico a Edmondes, 21 agosto 1617; A. Ballesteros y Beretta (comp.), *Correspondencia oficial de don Diego Sarmiento de Acuña, Conde de Gondomar* (Madrid, 1936: Documentos Inéditos para la Historia de España, I), 150-1: Gondomar al archiduque Alberto, 16 diciembre 1617; y S. R. Gardiner (comp.), *Letters and Documents illustrating the Relations between England and*

Cuando las negociaciones con Baviera llegaron a un punto muerto, Anhalt volvió a su anterior estrategia de arremeter contra las raíces del poder imperial animando a los estados protestantes de Austria y Bohemia. Durante el invierno de 1616-17 fueron enviados a Praga Camerarius y Cristoph von Dohna para estrechar los lazos entre Heidelberg y los protestantes bohemios⁷⁶. A la vez Anhalt se había interesado cada vez más en formar un frente anti-habsburgo en el norte de Italia con Venecia y Saboya. Sus agentes habían estado moviéndose en Venecia desde su gran pelea con el papado en 1605-8; y, a pesar de que Carlos Manuel de Saboya había perdido la confianza de los círculos calvinistas a raíz de la «escalada» (su intento de asalto a Génova en 1602), las guerras entre Saboya y España por Monferrato entre 1613 y 1617 sugerían la posibilidad de que quisiera adherirse a una alianza anti-habsburgo. Además, James I había animado a los del Palatinado a cuidar Saboya, mientras que el atractivo de cerrar el paso de los Alpes hacia España era difícil de resistir⁷⁷. En 1617, a un antiguo socio de Ansbach, Ernest, conde Manfeld, se le permitió, como gesto de buena voluntad, reclutar un regimiento para Carlos Manuel en los territorios de la Unión.

Por eso en 1618 Anhalt volvía a la política arriesgada de 1609-10, aunque para entonces no estaba ya jugando con dos ducados pequeños aunque estratégicamente importantes, sino con el imperio. Desde su perspectiva, en cualquier caso, el desafío a los Habsburgos no era necesariamente una apuesta desesperada. Si acontecimientos recientes habían puesto de manifiesto la debilidad de la Unión, era posible estar satisfechos por el colapso de la Liga a causa de discordias internas. Y si sus aliados extranjeros, en particular Inglaterra y Francia, habían demostrado ser menos fiables de lo que él esperaba, los peligros de actuar en solitario podían contraponerse al hecho de que una guerra importante tendría que recomenzar en los Países Bajos cuando en 1621 expirara la tregua de los doce años. Inglaterra por lo menos, si no Francia también, se vería obligada a tomar el bando anti-habsburgo. Lo que él no previó es que el calendario de sus planes se adelantaría por la llegada a Praga, en mayo de 1618, de noticias nuevas e inesperadas.

Germany... 1618-1620, I (Londres, 1865: Candem Society, XC), 27-8: consulta a Gondomar, 19 enero 1619.

⁷⁶ Altmann, *Reichspolitik*, 199.

⁷⁷ BGSA, Kasten Schwarz 16688, f. 171, James I a Federico, 12/22 marzo 1616.

4. LA AVALANCHA

Rodolfo II quedó roto de cuerpo y alma al ser depuesto en mayo de 1611; en enero de 1612, con apenas sesenta años, murió. Algo después, dentro del mismo año, fue elegido emperador del Sacro Imperio Romano su hermano y heredero Matías, quedando reunidos así, bajo un único cetro, todos los territorios y títulos que Rodolfo había tenido en algún momento. Pero sus credenciales para tan alto oficio no eran buenas. En 1577, a pesar de la expresa prohibición de su familia, había viajado en secreto de Viena a Bruselas para convertirse en cabeza de los rebeldes de los Países Bajos contra Felipe II. Le resultó su puesto, en palabras de un asesor cercano, como «un laberinto desde el que espera que sus propios actos van a merecer pocos agradecimientos». Llevaba razón: en 1581 fue obligado a renunciar por sus propios súbditos. Luego, Matías se fue a Linz a servir como gobernador de la alta Austria para su hermano. Se dejó asesorar, para consternación de Rodolfo, por varios calvinistas y en 1586-7 emprendió una gira por el norte de Europa, incluida la protestante Dinamarca. En 1590 trasladó su residencia de Linz a Viena, donde sus simpatías por la Reforma fueron decayendo poco a poco a medida que se fue dejando influir por Melchor Khlesl, obispo de Viena; pero nunca tuvo atractivo a los ojos de los católicos radicales. Su comportamiento en 1608, cuando enfrentó al emperador con los estados locales con tal de lograr apoyo para su causa, espantó al archiduque Fernando de Estiria: «Todos los católicos —escribió éste— lo lamentan mucho, pero los protestantes están encantados»⁷⁸.

Fernando, naturalmente, tenía un interés personal en mantener el prestigio imperial: se consideraba a sí mismo el siguiente en la línea sucesoria después de Matías, sin hijos, para la corona imperial y Austria, Bohemia y Hungría. Pero no todo el mundo estaba de acuerdo, ni siquiera todos los miembros de la casa de Habsburgo. Sus familiares y sus consejeros lo encontraban demasiado dependiente de los jesuitas. El rector de la universidad de Ingolstadt, a la que la madre de Fernando lo mandó, decía con orgullo del joven príncipe que «nada parece perderse en este fértil suelo», y en 1616 un Khlesl exasperado, que intentaba negociar con Fernando sobre la sucesión, se quejaba a Matías de que «la corte de Graz

⁷⁸ Citas tomadas de Sturmberger, «Die Anfänge des Bruderzwistes in Habsburg», 164; y Franzl, *Ferdinand II*.

está gobernada por el consejo de los jesuitas tanto como por el de los consejeros; están con, alrededor y encima del archiduque día y noche»⁷⁹. Y si su ejemplar piedad irritaba a sus primos habsburgos, causaba horror en los protestantes. Muchos de los expulsados del Austria Interior en 1599-1600 se refugiaron en Bohemia, y dieron aviso de lo que podía significar el gobierno de Fernando; y desde mucho tiempo antes la corte de Graz estaba en contacto con los católicos que lo pasaban mal en otras provincias habsburgas, animándolos en su firmeza y dando la bienvenida a los conversos. En la Baja Austria, por ejemplo, el número de nobles católicos pasó de una decena a casi una cuarta parte del total entre 1580 y 1610, y en este último año (con gran gusto de Fernando) sesenta de ellos se coaligaron en una asociación «para la defensa del Dios Todopoderoso y de la iglesia»⁸⁰. En el obispado de Oomouc, que abarcaba buena parte de Moravia, el cardenal Franz von Dietrichstein mejoró la vida clerical, reformó los monasterios y fundó un seminario para fortalecer la Iglesia Católica; también procuró sin cesar crear problemas a los protestantes locales. En todos los aspectos de su contrarreforma contó con el pleno apoyo de la corte de Graz⁸¹. Pero después de 1612 el celo religioso de Fernando se atemperó por tres problemas políticos relacionados: la sucesión, las hostilidades en el norte de Italia y el peligro de una nueva guerra en los Países Bajos.

En el centro de cada uno de estos problemas estaba España. Apenas había sido coronado Matías emperador cuando Felipe III comenzó las discusiones sobre su sucesión con sus familiares austríacos. En octubre de 1612 el rey avanzó sus pretensiones, como único nieto de Maximiliano II, de ser el sucesor en el título imperial. Y declaró que estaba dispuesto a renunciar a ese derecho suyo en favor de Fernando, pero sólo a cambio de que se le cediera Alsacia, Tirol y ciertos territorios imperiales en Italia. El precio le pareció excesivo al archiduque, y no se llegó a un acuerdo; pero,

⁷⁹ Citado en Novotny y Sutter, *Innerösterreich*, 110. Más tarde, cuando los jesuitas podían jactarse de tener entre ellos al confesor de Maximiliano de Baviera (Adán Contzen) y al de Fernando (Guillermo Lamormaini), el General de la orden escribió más de diez veces tanto a Viena como a Múnich; tan frecuentemente se tuvo en cuenta el parecer de Lamormaini gracias a su augusto cargo.

⁸⁰ Véase Mecenseffy, *Geschichte des Protestantismus in Österreich*, 136; y Reingrabner, *Adel und Reformation*, 17-18.

⁸¹ Véase J. Köhler, «Franz Kardinal von Dietrichstein, Bischof von Olmütz (1599-1636) und die Prämonstratensen in Mähren», *Archiv für Kirchengeschichte von Böhmen-Mähren-Schlesien*, V (1977), 256-70.

cuando se retomaron las conversaciones sobre la sucesión cinco años más tarde, la posición negociadora de Fernando frente a España era mucho más débil. En 1615 un ejército veneciano con sustanciales refuerzos holandeses e ingleses había comenzado la «guerra de los uzkok» poniendo sitio a la ciudad del archiducado de Gradisca, y Fernando se vio necesitado desesperadamente de socorro español.

La guerra de los uzkok fue uno de los episodios más extraños de los comienzos del siglo XVII, pero representó un ejemplo alarmante de cómo un conflicto político menor en un remoto rincón de Europa podía meter en guerra a todo el continente. La defensa de la frontera austríaca con los turcos se hallaba parcialmente en manos de refugiados de los Balcanes huidos a los territorios de los Habsburgos: se les llamaba *uzkok* (término serbio para decir «refugiado»). Algunos de ellos se habían asentado en los pequeños puertos del Adriático oriental, especialmente en Zengg (Segna, conquistada en 1537), y mantenían el área libre de barcos turcos. Desgraciadamente para Fernando, sus vasallos mantenían el área libre, también, de barcos cristianos: ninguno estaba a salvo de sus ataques piratas, y los mercantes venecianos eran un blanco singularmente frecuente. Al comienzo la república se gastó mucho dinero en escoltar su flota, en torres de vigía y en armamento, nombrando un específico *capitano contra gli uscocchi* a partir de 1575; pero pronto el coste llegó a ser prohibitivo (120.000 táleros anuales en la década de 1590, 200.000 en la de 1600 y 360.000 en 1615). Por añadidura, a los uzkok se les habían juntado ahora otras gentes, incluidos corsarios españoles que operaban desde el reino de Nápoles, de forma que, según un cronista contemporáneo, «parecía como si todo lo que surcaba la mar se hubiera unido en un complot para hundir la flota veneciana»⁸².

La república, de forma un tanto inesperada, decidió que la mejor forma de defenderse era atacando y en diciembre de 1615 sus fuerzas cru-

⁸² Citas tomadas de A. Tenenti, *Piracy and the Decline of Venice, 1580-1615* (ed. ingl., Londres 1967), vi, 12, 15. Sobre la guerra de los uzkok véase Bracewell, *The Uzkok of Senj*; y, entre los estudios más antiguos, P. Geyl, *Christofforo Suriano. Resident van de Serenissime Republiek van Venetië in den Haag, 1616-1623* (La Haya, 1913; S. Gigante, «Venezia e gli Uschocchi», *Fiume: rivista semestrale della società di studi fiumani in Fiume*, IX (1931), 3-87; y H. Valentitsch, «Ferdinand II, die innerösterreichischen Länder, und der Gradenkerkrieg (1615-18)», en P. Urban y B. Sutter (comp.), *Johannes Kepler 1571-1971. Gedenkschrift der Universität Graz* (Graz, 1975), 497-539.

zaron el Isonzo para asediar Gradisca. Al mismo tiempo, enviados venecianos por el extranjero orquestaron una importante campaña diplomática en busca de aliados en su enfrentamiento con Fernando. En septiembre de 1616 el conde Juan Ernesto de Nassau-Siegen acordó reclutar 3.000 hombres en la república de Holanda para el servicio de Venecia en contra del archiduque, que llegaron en mayo del año siguiente; seis meses más tarde, se presentaron 2.000 más, acompañados de un contingente de voluntarios ingleses. Mientras, una flotilla de diez barcos ingleses y doce holandeses navegaron hasta el Adriático para evitar que llegara a Fernando cualquier ayuda del español Nápoles. Tampoco del Milán español pudo llegar auxilio al archiduque, por el inicio de la «guerra de Mantua»,

Mantua era un feudo imperial al que sólo podían acceder herederos varones, de forma que, al morir en 1612 el duque Francisco dejando una hija y ningún hijo, pasó a su hermano Fernando (véase Tabla 1). Pero Montferrato, gobernado durante generaciones por los Gonzaga duques de Mantua, parece que no estaba sometido a dicha restricción: estaba permitida la sucesión de la línea femenina. Por eso la hija de Francisco reclamó sus derechos sobre dicho estado, y pidió ayuda al duque de Saboya (su abuelo)⁸¹. El duque Fernando acudió en busca de auxilio a los Habsburgos, pero, a pesar de la ayuda de éstos, en el verano de 1615 aún no había sido capaz de asegurarse Montferrato, cuando los diplomáticos franceses negociaron una tregua. Al año siguiente el gobierno francés (dirigido temporalmente por el obispo de Luçon, el futuro cardenal Richelieu) y los venecianos ofrecieron apoyo a Saboya si quería invadir de nuevo Saboya, distrayendo así a fuerzas españolas. El duque hizo una amplia recluta, y su ejército incluyó de hecho a 4.000 protestantes alemanes, reclutados por el conde Ernesto de Mansfeld con el consentimiento de los líderes de la

⁸¹ Sobre la primera sucesión mantuana véase A. Bombín Pérez, *La cuestión de Montferrato 1613-1617* (Vitoria, 1976; adviértase, de todos modos, que los mapas de las comunicaciones imperiales de España incluidos en la cubierta del libro son en buena medida incorrectos. Los itinerarios correctos aparecen en el Mapa 2 del presente volumen). Sobre la cultura de los duques Gonzaga véase el excelente catálogo de la exposición organizada en 1981 en el Victoria and Albert Museum: D. Chambers y J. Martineau (comp.), *Splendours of the Gonzaga* (Londres, 1918), en especial las páginas 203-47. Hubo, pues, casi una guerra en Italia en 1610, provocada de nuevo por el ambicioso y variable duque de Saboya Carlos Manuel: véase A. Bombín Pérez, «La política anti-española de Carlos Manuel I de Saboya, 1607-10», *Cuadernos de investigación histórica*, II (1978), 153-73.

Unión, y a unos 10.000 voluntarios franceses. Aunque el gobernador de la Lombardía española procuró mantener su propia posición frente a esta variopinta reunión hasta que la mediación papal aseguró la paz en octubre de 1617, no pudo prestar ayuda al archiduque Fernando en contra de Venecia.

De esta manera el archiduque parecía abocado a una sonora derrota. Con sólo 4.000 hombres en armas, la sitiada Gradisca parecía condenada, a menos que le fuera posible encontrar dinero suficiente para una recluta mayor. De hecho, sólo España podía aportar los subsidios necesarios para evitar una derrota, y la cesión de Alsacia y de dos enclaves imperiales en Italia (Liguria final y Piombino) parecían ahora un precio barato por que España, a cambio, lo reconociera como heredero de Matías y lo proveyera de un líquido de casi 1 millón de táleros⁸⁴. En consecuencia, en marzo de 1617 Fernando y el embajador español en la corte imperial, el conde de Oñate, alcanzaron un acuerdo en el que formalizaban esos términos. Luego, con la ayuda española en el bolsillo, Fernando se reunió con el emperador Matías en Viena y juntos viajaron a Dresden para ver a Juan Jorge de Sajonia «con el fin de discutir algo importante relacionado con el bien del Imperio» (es decir, la sucesión)⁸⁵. El elector estuvo atento, y la cabalgata de los Habsburgo siguió, primero, a Praga y, a continuación, a Bratislava, donde Fernando fue aceptado, respectivamente, por los estados de Bohemia y de Hungría como «rey designado». Las cosas parecían marchar por donde quería el archiduque. Frente a la presión militar y diplomática de España, los venecianos llegaron a un acuerdo con Fernando a lo largo de 1618, en virtud del cual muchos de los piratas uzkokos fueron ejecutados o exilados y se instaló una guarnición austríaca permanente en Zengg. Finalmente, el Austria interior gozaba de seguridad.

La guerra de los uzkokos, aunque aparentemente menor, fue importante porque hizo más perceptible la cercanía de un conflicto europeo generalizado. En el plano diplomático consolidó o provocó alianzas que favorecían la agresión: la fácil cooperación de la Unión protestante con Saboya

⁸⁴ Totales sacados de AGS, Contaduría Mayor de Cuentas 2.ª época, 706 y 2059. El tratado de Oñate fue firmado el 20 de marzo de 1617 y ratificado en julio.

⁸⁵ Franzl, *Ferdinand II*, 169. Heinrich Schütz compuso para la ocasión un número (ahora perdido) sobre *Apolo y las nueve musas*. Fue prácticamente su primer encargo como director de capilla del elector de Sajonia.

y Venecia y la aparente disposición de Inglaterra y la república de Holanda para enviar ayuda militar a aliados lejanos levantó los ánimos de los protestantes militantes por doquier; mientras que el impresionante y pronto auxilio prestado a Fernando por el rey de España puso fin a las décadas de desconfianza y malos entendidos que había dividido a las dos ramas principales de la casa de Habsburgo. Aunque Alsacia nunca paso de hecho a manos españolas, el tratado de Oñate creó un marco en el que Viena y Madrid podían trabajar juntos para asegurarse sus intereses comunes al norte y al sur de los Alpes. Pero, de todos modos, había un problema logístico: ¿cómo convertir la intención en acción? ¿Cómo podían las tropas de Austria alcanzar Lombardía, y al revés? Los pasos occidentales de la montaña estaban controlados por el hostil duque de Saboya; y los centrales, por los poderosos pero neutrales cantones suizos. Sólo los pasos alpinos controlados por las protestantes *Graubünden* («ligas grises»), que no estaban todavía en la confederación suiza, parecían posibilitar un lazo de unión entre la Lombardía española y el Tirol habsburgo, dando acceso (si era necesario) a Alsacia, Lorena y eventualmente a los Países Bajos (véase Mapa 2). Existía, además, un importante punto débil en la posición de las Ligas Grises: el corredor católico de la Valtellina, que pasa directamente entre el lago Como y el Inn. Ya en 1572 y en 1607 había habido revueltas entre los católicos de la Valtellina contra sus amos protestantes, y en 1603 el gobierno español había construido un importante reducto a la entrada del valle: el «fuerte Fuentes» (llamado así por el que lo hizo, el conde de Fuentes, que gobernó la Lombardía española con mano de hierro desde 1600 hasta 1610)⁸⁶. En 1618 hubo nuevas manifestaciones de los valtellineses en contra de sus amos protestantes, que fueron reprimidas con tal grado de salvajismo que muchos de los líderes católicos se vieron obligados a huir a Innsbruck y Milán. Aquí se emplearon en convencer a los representantes de las dos ramas de la familia Habsburgo de que les interesaba una restauración católica. Tuvieron éxito: en julio de 1620, mientras las

⁸⁶ Hay un bello soneto de Wordsworth al fuerte Fuentes, y también una descripción del mismo en los diarios de su mujer (1821-2). Véase: W. Knight (comp.), *The poetical works of William Wordsworth*, VI (Londres, 1896), 328-32. Véase también A. Giussani, *Il forte di Fuentes. Episodi e documenti de una lotta secolare per il dominio della Valtellina* (Como, 1905). Sobre la crisis de Valtellina de 1618-20 cf. *The Cambridge Modern History*, IV, capítulo 2: «The Valtelline», y A. Rotondò, «Esuli italiani in Valtellina nel '500», *Rivista storica italiana*, LXXXVIII (1976), 756-91.

tropas de los Habsburgos cerraban ambos extremos de la Valtellina, los protestantes de la zona fueron masacrados en un nuevo levantamiento y luego entraron los españoles, creando un corredor de seguridad desde Lombardía a Austria y el norte de Europa.

Este nuevo itinerario era de necesidad urgente. La tregua de los doce años firmada por Felipe III en 1609 no resultó popular en España. Aunque acabaron las luchas en los Países Bajos, permitiendo que el ejército de Flandes quedara reducido a una fuerza de tiempo de paz de 15.000 hombres, y aunque virtualmente cesó la piratería en el Mar del Norte, no disminuyeron los ataques de Holanda en los imperios españoles de ultramar. Se establecieron fuertes en la costa de Guyana en Sudamérica, en el río Hudson en Norteamérica, en la Costa de Oro en África y en muchas partes del sur de Asia bajo la dirección siempre de la Compañía Holandesa para la India Oriental. En 1615-6 una flota de seis grandes buques de guerra zarpó al oeste de las Molucas, atacando por sorpresa varias colonias españolas de América y destruyendo cuantos barcos españoles y portugueses se cruzó en su camino. Valiéndose de tácticas tan brutales, en poco tiempo los holandeses pudieron exportar el doble de pimienta asiática —la mercancía más valiosa del comercio de especias— que los portugueses. Si tales sucesos causaron enfado en Madrid, el apoyo holandés a los adversarios de España en Europa fue un ultraje. Ya en diciembre de 1616 el consejo de estado resolvió que, si eran enviadas tropas holandesas en apoyo del duque de Saboya, España volvería a la guerra en los Países Bajos⁸⁷. Aunque la amenaza no se había materializado, en marzo de 1618 los ministros de Felipe III comenzaron un debate interno sobre si renovar la tregua de los doce años cuando expirara, tres años más tarde. Se advirtió desde el primer momento que los holandeses habían prosperado asombrosamente y fue generalizado el sentimiento de que no había que renovar, a no ser que fuera posible cambiar a favor de España las cláusulas de la tregua, sobre todo en lo referente al comercio de ultramar. En expresión frecuentemente citada (por vigorosa) de don Carlos Coloma, un jefe del

⁸⁷ AGS, Guerra Antigua, 808, sin fol., consulta de 26 de diciembre de 1616. De hecho las tropas holandesas fueron a ayudar a Venecia, y de ese modo se impidieron las hostilidades; pero la decisión ilustra el estilo beligerante del gobierno. Para un admirable relato de los acontecimientos durante la tregua véase: Israel, *The Dutch Republic and the Hispanic World*, capítulos 1-2, y Brightwell, «The spanish system and the Twelve Years' Truce».

ejército de Flandes: «Si en doce años de paz los holandeses han emprendido y logrado todo esto, es fácil adivinar lo que harán si les damos más tiempo... Si continúa la tregua, nos condenaremos nosotros mismos a sufrir a la vez todos los males de la paz y todos los peligros de la guerra»⁸⁸. Así pues, en la primavera de 1621 estaba claro que podía comenzar en Europa una gran guerra, y la mayoría de los observadores políticos lo advirtieron. Los sucesos de 1618 en Bohemia no fueron más que un anticipo de ese conflicto general, al aunar las crisis incipientes pero separadas que ya estaban polarizando la opinión en el imperio y en el corazón de los territorios habsburgos.

En el invierno de 1617-18, con Fernando felizmente (e incondicionalmente) elegido como rey designado por los estados de Bohemia y Hungría, la corte imperial se retiró al sur, a Viena, y dejó para gobernar Praga un comité de diez regentes (siete de ellos firmemente católicos). Actuando por orden de Fernando, estos regentes tomaron una serie de medidas provocativas: crearon en la capital el puesto de censor para control de la literatura impresa; prohibieron el uso de dotaciones católicas para pagar a ministros protestantes; y se negaron a admitir a no católicos en oficinas civiles. Y, cosa más incendiaria aún, ordenaron que cesara el culto protestante en dos pueblos: en Boumov (Braunau) y en Hroby (Klostergrab), que pertenecían a prelados católicos (los territorios eclesiásticos no estaban específicamente afectados por la Carta de Majestad). Cada una de dichas medidas hacía mayor el riesgo de confrontación. Polyxena Lobkovic, viuda del canciller de Bohemia, expresa los miedos de mucha gente cuando hace notar que «las cosas estaban llegando rápidamente a un punto en que los papistas habrían de marcar la raya con los protestantes o habrían de hacerlo los protestantes con los papistas»⁸⁹.

Los papeles principales en la crisis global los desempeñaron casi enteramente miembros de la élite terrateniente de Bohemia: unos 200 nobles y aproximadamente 1.000 caballeros. Pero esta élite ni estaba unida ni era estable. Se ha calculado que de sesenta y nueve familias de pares con tierras en 1557, treinta y siete habían fenecido por completo en 1615, dejando paso a nueva gente, como el canciller Lobkovic, el cardenal Die-

⁸⁸ Citado en *The New Cambridge Modern History*, IV (Cambridge, 1970), 280.

⁸⁹ Citado por Polisensky, *Thirty Years' War*, 94.

trichstein o el líder del consejo de regencia de 1617-18, Vilém Slavata. Mucha importancia se ha dado a este «fracaso biológico» de la aristocracia bohemia, pero fue mucho mayor la del hecho de que las familias sobrevivientes y sus nuevos colegas vieron aumentada la proporción de su participación en los territorios del reino. En 1529 los pares poseían menos de la mitad del total de los territorios señoriales; en 1619, eran dueños de casi tres cuartas partes de ellos.

Fue entre estos grandes terratenientes entre los que la Iglesia Católica encontró la mayoría de los conversos en los años anteriores a la revuelta, y entre los que estaban, también, los principales seguidores de los Habsburgo⁹⁰. Quienes en 1618 se levantaron en defensa de la religión protestante y de la libertad constitucional, solían provenir de las filas de los nobles inferiores y de la alta burguesía, con una clara conciencia del declive de su fuerza económica y política. Y no en último término se dieron cuenta también de que el estado de que gozaban con la Carta de Majestad era provisional. Como observó Tschernembl, el líder de los estados de la alta Austria: «Lo que el príncipe puede hacer, o puede también deshacer». Fue tan patente esta inferioridad que los líderes bohemios comenzaron a buscar fuera aliados que les dieran apoyo moral (y, si era necesario, político e incluso militar). La lista de los que contribuyeron en el coste de una nueva iglesia protestante en la ciudad antigua de Praga en 1610 —una de las tres que habían de construirse en la capital según la Carta de Majestad— da una buena visión de adónde se dirigieron los estados en busca de ayuda. La lista la encabezó James I de Inglaterra, con un donativo de más de 3.000 táleros; y luego venían los electores de Sajonia, Brandenburgo y el Palatinado, los gobernantes de Brunswick, Hesse y Württemberg, etc. Es como una nómina de príncipes protestantes importantes, tanto calvinistas como luteranos⁹¹. Pero tampoco fue simplemente la religión lo que puso a los súbditos protestantes de los Habsburgos en contacto con sus simpatizantes extranjeros: estaba también el deseo de educación y aprendizaje. En 1622 Fernando acusó a «las subversivas escuelas calvinistas» de la revuelta de Bohemia, porque en ellas los nobles del reino «se habían embebido, en su juventud, en el espíritu de rebelión y oposición a la au-

⁹⁰ Cf. J.V. Polisensky y S. Snider, *War and Society in Europe, 1618-48* (Cambridge, 1978), 202-16.

⁹¹ Detalles tomados de R. Schreiber, *Das Spenderbuch für den Bau der protestantischen Salvatorkirche in Prag, 1610-1615* (Salzburgo, 1956).

toridad legítima»⁹². De hecho, más de 200 estudiantes de Bohemia y Moravia acudieron a las universidades de Heidelberg, Ginebra y Basilea entre 1574 y 1620, «embebiéndose» (entre otras obras) en *A Defence of Liberty against Tyrants*, de Duplessis Mornay, y *Rights of Rulers over their Subjects*, de Beza. Fue un noble de Moravia quien en 1605 compró toda la biblioteca de Beza y se la llevó a casa. Aún fueron más los estudiantes bohemios (más de 300) que en el mismo período se matricularon en las universidades radicales de Jena (en Sajonia-Weimar) y Altdorf (justo a las afueras de Nuremberg): una docena de ellos llegaron a ser luego miembros del gobierno rebelde. Los profesores de estas dos instituciones hicieron público su apoyo a la causa de los rebeldes en 1619-20, y algunos incluso llegaron a criticar en público la alineación pro-habsburgo de las universidades de Leipzig y Wittemberg en la Sajonia electoral. ¡En realidad una graduación por Jena o Altdorf debía parecerle a Fernando como un diploma en estudios revolucionarios!⁹³.

De todos modos, los profesores radicales no hacían más que reflejar los prejuicios de sus poderosos patronos. Jena criticaba constantemente a Wittemberg porque los duques de Sajonia-Weimar eran adversarios implacables de los Habsburgos y de la Sajonia electoral⁹⁴. Altdorf apoyaba la causa de Bohemia porque la mayoría de sus estudiantes eran del vecino bajo Palatinado, gobernado desde Amberg por Cristian de Anhalt, el más activo defensor de la causa anti-habsburgo que propagaba su política con medios tanto culturales como políticos. En 1617, por indicación suya, se fundaron dos sociedades literarias de sesgo claramente protestante: la *Fruchtbringende Gesellschaft* (para defensa de la lengua alemana) en Weimar,

⁹² Citado por J. K. Zeman, «Responses to Calvin and Calvinism among the Czech brethren (1540-1605)», *American Society for Reformation Research Occasional Papers*, 1 (1977), 41-52, en p. 45.

⁹³ Detalles tomados de J. Polisensky, «Die Universität Jena und der Aufstand der Böhmisches Stände in den Jahren 1618-1620», *Wissenschaftliche Zeitschrift der Friedrich-Schiller-Universität Jena*, VII (1957-8), 441-7; y A. Ernstberger, *Die Universität Nürnberg-Altdorf während des dreissigjährigen Krieges in ihrem Bestande bedroht* (Múnich, 1966: Bayerische Akademie der Wissenschaften philosophische-historische Klasse, Jahrgang 1966, parte II).

⁹⁴ Y el odio tenía su buena base. En 1547 la rama ernestina había sido desposeída por Carlos V del título electoral y de la mayoría de sus territorios a favor de la rama albertina. Los duques de Sajonia-Weimar eran descendientes de la antigua familia electoral y nunca perdonaron ni a sus primos ni a los Habsburgos.

y la *Ordre de la Palme d'Or* (para nobles calvinistas) en Amberg. Ambas albergaron pronto en su seno a la mayoría de los partidarios de la postura de Federico V respecto de la corona de Bohemia, muchos de ellos desde fuera del imperio⁹⁵.

Naturalmente, los líderes bohemios estaban muy impresionados por Anhalt y su red de poderosos y cultos amigos. Cuando en 1618 decidieron temerariamente oponer resistencia al emperador, esperaban sin duda la movilización de un masivo apoyo extranjero a su causa, parecido a lo que se había hecho en pro de Venecia en 1616 y 1617. Pero había un fallo fatal en sus cálculos. Aunque visto desde Amberg o Praga, un corresponsal de gustos y creencias similares podía parecer un aliado político en tiempo de paz, los hechos demostrarían que había un gran abismo entre la intención y la acción cuando se llegaba a la guerra; y de la misma manera quedó claro que, si entre las naciones de Europa era permisible el apoyo a un estado independiente, no lo era el apoyo a unos rebeldes.

⁹⁵ Cf. R. J. W. Evans, «Learned societies in Germany in the seventeenth century», *European Studies Review*, VII (1977), 129-51; y M. Bircher y F. van Ingen (comp.), *Sprachgesellschaften, Sozietäten, Dichtergruppen* (Hamburgo, 1978: Wolfenbütteler Arbeiten zur Barockforschung, VII). Este último señala que, de las veintitrés sociedades ilustradas fundadas en Alemania en el siglo XVII, siete lo fueron en o antes de 1620 y trece en o antes de 1649 (página 54). Irónicamente, a la *Fruchtbringende Gesellschaft* pertenecían tantos extranjeros que ¡la mayoría de sus transacciones tenían que hacerse en francés!

Capítulo II

La guerra indecisa, 1618-1629

A los historiadores de la guerra de los treinta años los mayores problemas se los plantea todo lo que pasó en la década de 1620. Por una parte, hay que explicar el éxito sin precedentes de las potencias católicas; por otra, hay que analizar también el tortuoso camino de los protestantes hacia la derrota. Esta última tarea es la más difícil, dada la fragmentación de los esfuerzos protestantes. Hasta 1621, por ir a lo seguro, sólo hubo un foco de pelea: la cuestión de Bohemia. Pero ese año volvió la guerra entre España y la república de Holanda y la protestante Suecia atacó a la católica Polonia. Aunque el desarrollo de estos dos nuevos conflictos estuvo íntimamente relacionado con la evolución de la guerra en Alemania, en conjunto, hasta el final de la década, fueron por separado. Además, en 1624 Francia intervino por primera vez: se vio implicada en dos de las guerras existentes y comenzó, ella misma, una totalmente nueva en el norte de Italia y los valles alpinos. Pero su participación siempre fue intermitente e impredecible. También ahora, por primera vez, los desórdenes internos son causados por nobles disidentes y protestantes militantes; porque hubo enfrentamientos entre diferentes grupos de poder para lograr el control. Ambas cosas hicieron casi imposible llevar a cabo una política exterior consecuente.

Pero de ningún modo fue Francia la sola inconsecuente. La mayoría de los estados que intervinieron en la guerra en este tiempo tuvieron dudas sobre las razones para hacerlo. Algunos líderes políticos creyeron ver una conspiración internacional formada contra ellos, que se atenia a límites confesionales y con el objetivo de extirpar no sólo su libertad, sino también toda la religión que profesaban. Otros, empero, proclamaban que la guerra se hacía sólo por Federico del Palatinado: o para ganar en su favor

el título de «rey de Bohemia» o, más tarde, para devolverle su estado de elector. Casi en cada corte europea era posible encontrar facciones que defendían esas ideas opuestas. En Francia los extremistas católicos (conocidos como *dévots*) pedían la intervención en favor del emperador para contener la marea protestante, mientras que en Inglaterra los líderes puritanos del parlamento urgían a su poco dispuesto rey a luchar valientemente por «la causa protestante»¹. Lo mismo pasaba en los demás sitios: en España, en los Países Bajos, en Suecia, en las cortes principescas de Alemania (incluso en las de los principales antagonistas, Federico y Fernando) luchaban intervencionistas y aislacionistas. Y como ambas posturas podían justificarse, y de hecho parecían quedar justificadas en un momento u otro por los acontecimientos, ninguna facción sola pudo monopolizar por mucho tiempo la política exterior de su gobierno. Es la razón de que el curso de la diplomacia europea de los 1620 (y, en menor medida, de los 1630) esté plagada de negociaciones desechadas y tratados no ratificados. Es también la razón de que la historia de la primera década de la guerra de los treinta años, que vamos a estudiar en este capítulo sobre todo desde el punto de vista protestante, sea tan complicada.

1. LA GUERRA POR BOHEMIA

Los Defensores nombrados en 1609 para mantener en Bohemia el precario equilibrio religioso, convocaron para el 5 de marzo de 1618 una reunión de los estados del reino para discutir las políticas anti-protestantes de los regentes. Asunto particularmente importante era el de garantizar territorios de la corona (amparados por la Carta de Majestad) a prelados católicos (aparentemente no obligados por dicha Carta). Dado que sólo desde 1611 se habían transferido al arzobispo de Praga 132 parroquias «reales», la situación de tales territorios según la Carta de Majestad era un problema de cierta importancia. En consecuencia, la asamblea de Praga trasladó al Emperador la petición urgente de un cambio de política. Ma-

¹ La importancia de la disensión en la conformación de la política gubernamental durante la década de 1620 ha sido analizada de la forma más convincente por Simon Adams: cf. «The Protestant cause» y «Spain or the Netherlands: the dilemmas of early Stuart foreign policy». Sobre estos complejos asuntos he aprendido mucho de ambas obras y también de mis frecuentes discusiones con el doctor Adams.

tías se negó; y, en lugar de ello, pidió a los delegados que se dispersaran. Aunque así lo hicieron, quedó acordado mantener otra reunión en el plazo de dos meses para analizar cómo iban las cosas. El 23 de mayo, después de sólo dos días de debate, la asamblea recibió de nuevo la orden de levantarse. Como la orden, que parecía inconstitucional (tales asambleas estaban sin duda permitidas por las concesiones reales de 1609 y 1611), emanaba del consejo de regentes, que tenía su sede en el Hradschin, los encolerizados delegados fueron en marcha al palacio, entraron en el salón del consejo y (en una imitación intencionada de los acontecimientos con que comenzó la revolución husita de 1418) arrojaron por la ventana a dos de los más abiertos regentes católicos y al secretario. Luego los delegados nombraron un gobierno provisional de treinta y seis Directores y autorizaron la leva de un pequeño ejército, como se había hecho en 1611. Por tercera vez en diez años, los bohemios andaban de rebelión.

Las noticias de la «defenestración de Praga» cayeron en la mayoría de las cortes europeas como un rayo del cielo. Todos los diplomáticos destinados en la corte imperial habían seguido a Matías de Praga a Viena a finales de 1617, y por eso sus despachos durante el invierno apenas si contenían indicaciones sobre un empeoramiento de la crisis en Bohemia. Cuando se enteraron de la noticia, tendieron a reaccionar exageradamente. El embajador español, conde de Oñate (que sólo llevaba en el puesto un año), pensó al principio que «la gravedad de la ofensa y la facilidad con que han logrado su objetivo, les hará poner fin a lo que han comenzado». Y sus cartas a Madrid —adonde las noticias de la defenestración no llegaron hasta el 6 de julio— siguieron rezumando una atmósfera de pánico. En enero de 1619 Oñate decidió que sólo la llegada de un ejército español importante podía salvar a Bohemia: «Parece necesario que considere S. M. —advertía— qué le sería de mejor servicio: si la pérdida de estas provincias o enviar un ejército de quince o veinte mil hombres para apaciguar las cosas»².

Es improbable que incluso estos alegatos tan desesperados hubieran producido una respuesta favorable en Madrid si el consejo del rey no hubiera caído bajo el dominio, justo por aquel entonces, del temible don Baltasar de Zúñiga. Tras un notable servicio en el ejército (incluida una

² AGS, Estado 2503, f. 7, *parecer* de Oñate de 30 de mayo de 1618; BNM, MS. 18434, sin fol., Oñate al rey el 10 de enero de 1619.

campana en la armada) y una larga temporada como embajador en Bruselas, París, Roma y (finalmente) Viena, Zúñiga volvió a Madrid en 1617, donde comenzó a pronunciarse con inatacable autoridad sobre los asuntos del norte de Europa. Aunque su corto período de poder aparece en los libros de historia no más que como un interludio entre las supremacías, más vistosas, de Lerma y Olivares, desde comienzos de 1618 hasta su muerte al final de 1622 el conocimiento de primera mano del terreno y de las personalidades intervinientes por parte de Zúñiga las debió aducir para justificar su propia e innovadora política exterior y acabar con la de sus rivales, dirigidos por el duque de Lerma. Durante veinte años el duque había mandado tanto en Felipe III como en su gobierno, pero ahora su puño se estaba aflojando. En primer lugar, había cedido el papel de favorito real a su propio hijo, y ahora se cuestionaban sus decisiones sobre la política española de ultramar. El hombre que había amasado una fortuna personal de 44 millones de táleros (equivalente a la renta íntegra de Felipe III en cinco años), construido dos palacios y fundado once monasterios, tres cátedras universitarias y dos colegiatas, ahora era acusado públicamente de corrupción. Uno de sus principales consejeros fue detenido por asesinato y malversación de caudales públicos. Para protegerse de semejantes desgracias, en la primavera de 1618 Lerma decidió entrar en la iglesia (asegurándose el cardenalato) y se mostró deseoso de abandonar la vocación secular. Pero, antes de que lo hiciera, intentó sacar adelante un proyecto que le era querido: enviar a Argel una expedición naval importante.

El reino pirata de Argel había sido durante casi un siglo una espina clavada en el costado de España, pero a comienzo del siglo XVII los ataques piratas a los barcos españoles y a los enclaves costeros de España alcanzaron una ferocidad sin precedentes. Por eso en 1618 el gobierno de Madrid acordó que había que emprender una gran campaña en el norte de África; y entonces Zúñiga acudió a Viena en busca de ayuda. Claramente, España no estaba en condiciones de hacer frente a dos campañas, y menos, especialmente, con las costosas guerras de Mantua y los uzkokos: era inevitable una gran decisión sobre prioridades. En julio de 1618 Lerma y sus aliados intentaron impedir que se enviaran al emperador 200.000 táleros, aduciendo la razón (enteramente plausible) de que ello lo animaría a consolidar la situación, lo que podría dar lugar a una guerra prolongada. Lerma perdió. Volvió a perder en septiembre, cuando, a pesar de su fuerte oposición, se hizo a Viena un despacho de otros 500.000 táleros; y perdió, fi-

nalmente, en enero de 1619 cuando el rey, no de muy buena gana, decidió que se abandonara la campaña de Argel en favor de la ayuda a Viena.

«Puesto que sería imposible dedicarnos a dos empresas, y dados los riesgos que se correrían... si se retrasa la ayuda a Bohemia, ... parece inevitable que nos fijemos en la última»¹.

En consecuencia, en mayo de 1619 una fuerza compuesta por 7.000 veteranos del ejército español de Flandes atravesaba el imperio en dirección a Viena, y al final del reinado de Felipe (en marzo de 1621) unos 40.000 hombres estaban ayudando a los Habsburgos austriacos. También hubo una constante provisión de dinero: 3,4 millones de táleros en julio de 1619; 6 millones al final de 1624².

La firme actitud de España, que fue totalmente respaldada por los archiduques en Bruselas, animó a los católicos alemanes a acallar sus diferencias y reactivar su Liga bajo la única dirección de Maximiliano de Baviera. Algunos príncipes católicos hicieron manifiesta su simpatía inmediatamente. El arzobispo de Salzburgo, por ejemplo, en julio de 1619 agasajó al archiduque Fernando, de camino hacia la reunión electoral en Francfort, con un despliegue militar, un espectáculo acuático, la representación del *Orfeo* de Peri y —lo más importante de todo— un préstamo de 40.000 táleros³. Pero la mayor parte del resto de los católicos siguió dudando hacer público su apoyo a Fernando en su batalla contra los rebeldes bohemios: la mayoría esperaba mantenerse neutral, y sólo forzó su decisión el miedo renovado a la existencia de una «internacional protestante».

Las guerras de los uzkokos y de Mantua, que estaban llegando al final en el momento de la defenestración de Praga, habían creado ya importantes lazos entre varias potencias anti-habsburgas. Las noticias procedentes de Bohemia los sacó a la luz. El duque de Saboya, tan pronto como las oyó, escribió al elector palatino ofreciéndole los servicios del regimiento que Mansfeld había reclutado para él el año anterior gracias a los buenos oficios de la Unión protestante. En agosto de 1618 Federico aceptó agra-

¹ AGS, Estado 1867, f. 256, apostilla de Felipe III a una consulta del 11 de enero de 1619.

² Datos tomados de Kessel, *Spanien und die geistlichen Kurstaaten*, 53, n. 171.

³ Detalles tomados de R. R. Heinisch, *Salzburg im dreissigjährigen Krieg* (Viena, 1968), 10-11. Salzburgo, de todos modos, nunca llegó a ser miembro de pleno derecho de la Liga (para considerable disgusto de Maximiliano).

decido, y las tropas saboyanas se trasladaron a Alemania en espera de acontecimientos⁶. Por un tiempo considerable, esperaron en solitario. Los líderes protestantes —Federico, Anhalt, Ansbach— se vieron tan sorprendidos por los sucesos de Bohemia como cualquiera.

Aunque habían sopesado la posibilidad de que el elector del Palatinado se convirtiera en rey de Bohemia después de Matías, la preelección de Fernando por parte de los estados pareció trasladar la cuestión de quién gobernaría en Praga por lo menos a la generación siguiente. Ahora, a mediados de junio, los estados bohemios escribieron a la Unión protestante pidiéndole ser admitidos como miembros de pleno derecho y solicitando ayuda militar. E insinuaron que el pago por esa ayuda temporal sería elegir al líder de la Unión —Federico— como su rey, en lugar de Fernando. Desafortunadamente, la misma insinuación fue hecha a más de un aspirante —se alentaron las esperanzas de todos: del duque de Saboya, de Bethlen Gabor de Transilvania, del elector de Sajonia y de Federico del Palatinado—, y la doblez de los bohemios fue maliciosamente hecha pública por los Habsburgos, que parece que interceptaron y descifraron una a una casi todas las cartas que salían de Praga con destino al extranjero. Pero durante un tiempo la indiscreción fue irrelevante: la rebelión prosperaba. En el verano de 1618 se unieron a Bohemia Lusa-cia, Silesia y la alta Austria, y en el verano de 1619 lo hicieron Moravia y la baja Austria. Sólo Hungría permaneció distante, pero allí podía esperarse que las fuerzas de Bethlen Gabor vencieran a los elementos leales. En septiembre de 1618 Mansfeld y el regimiento del duque de Saboya se apoderaron de la plaza fuerte de Pilsen. En mayo de 1619 el ejército de los confederados, a las órdenes del conde Thurn, Enrique Matías (que había sido uno de los dirigentes de la defenestración), marchó sobre Viena y la sometió a asedio. Al mismo tiempo Cristian de Anhalt visitaba Turín y persuadía al duque de Saboya de que amentara su apoyo financiero en favor de la causa, mientras que las repúblicas de Holanda y Venecia negociaban sobre un pacto de mutua defensa contra España. Pero estos sucesos alarmaron a los católicos, y en junio de 1619 Fernando se había asegurado ayuda suficiente como para afrontar la invasión de Bohemia.

El fin de la guerra de los *uzkoks* había liberado tropas del archiduque para prestar servicio en el norte, y a lo largo de 1618 marcharon unida-

⁶ Cf. Reade, *Sidelights on the Thirty Years' War*, I, 182-3. La ayuda de Saboya tenía, en cualquier caso, su precio: el duque pidió el apoyo de la Unión en su intento de ser elegido rey de Bohemia y, si era posible, del Sacro Imperio Romano también.

des para guarnecer las pocas ciudades que seguían siendo leales. Pero eran ya sólo 13.000 hombres, una tercera parte de ellos pagados por España, y el comandante principal de Fernando, el conde Bucquoy, urgió a su señor reclutar tropas fuera: en los países Bajos españoles —donde Bucquoy había hecho su aprendizaje—, en Lorena, en Italia o en Croacia. Ahora, en el verano de 1619, gracias a los subsidios de España y del papado, el ejército imperial contaba con unos 30.000 hombres, y con refuerzos prometidos de Toscana, la Lombardía española y los Países Bajos españoles. El 10 de junio Bucquoy dirigió a Mansfeld y su regimiento a Záblatí, al sur de Bohemia, y cortó las comunicaciones entre Praga y el ejército de Thurn en torno a Viena. El asedio fue levantado casi inmediatamente. Casi tan seria para la causa rebelde como estos reveses estratégicos fue la pérdida de su principal apoyo extranjero. La cancillería de campo de Mansfeld fue capturada por los imperiales, dejando al descubierto en detalle las negociaciones del duque de Saboya con los bohemios, los holandeses, los venedecianos y los ingleses. Nervioso el duque —sabedor ya de que no iba a ser elegido rey de Bohemia—, dio fin apresuradamente a sus subsidios (que le habían supuesto ya casi 40.000 táleros). Pero la rebelión continuó sin él. El 31 de julio de 1619 los estados de la corona de Bohemia firmaron un pacto mutuo de 100 artículos creando una unión federal; poco después firmaron una alianza especial con los estados de la alta y la baja Austria. El 22 de agosto los confederados depusieron solemnemente a Fernando como rey suyo y, a pesar del apoyo de algunos sectores a los gobernantes de Transilvania y Sajonia, el 26 decidieron por una mayoría aplastante ofrecer la corona a Federico del Palatinado.

Era en muchos aspectos una extraña opción. Aunque parte de la herencia de Federico —el alto Palatinado— lindaba con Bohemia, se trataba de una zona que rara vez había él visitado. Además Federico no tenía ni salud ni experiencia. En 1622 un observador hostil, acosado en pro de la causa protestante en Frankenthal, cuestionaba la sabiduría de elegir a «una persona que nunca ha visto ni una batalla ni un cadáver, ... un príncipe que sabía más de jardines que de luchas»⁷. Sin embargo, tres años antes todo eso había parecido irrelevante: Federico era uno de los príncipes de la Europa protestante mejor relacionado (véase Tabla 2). Si algún gobernante podía movilizar apoyos confesionales, era él.

⁷ Cita traída de Toegel, «Přiciny saského vpádu do Čech», 560, n. 16.

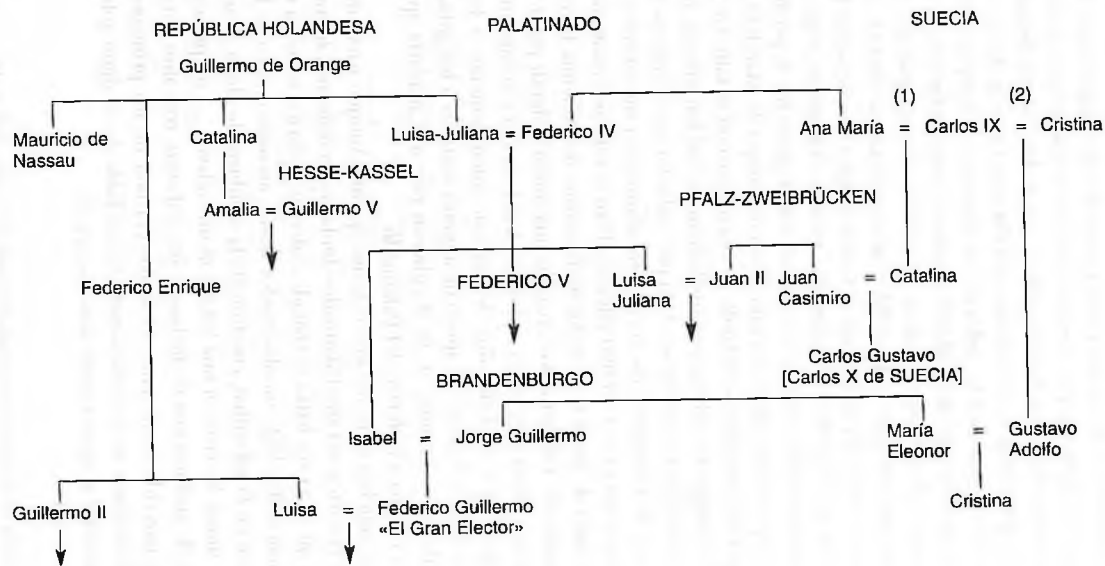
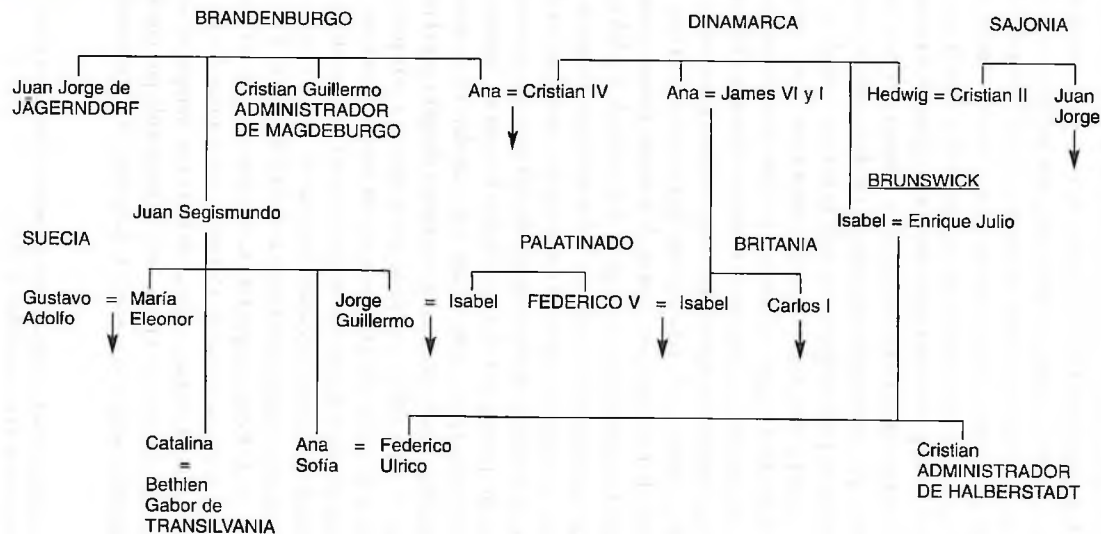
TABLA 2.1. *Federico V del Palatinado y sus parientes*

TABLA 2.2. *Federico V del Palatinado y sus parientes II*



De todos modos, en agosto y septiembre de 1619 el joven elector estaba en un dilema, y sus consejeros le prepararon notas contradictorias respecto del ofrecimiento de los bohemios. Los consejeros nativos del Palatinado, en conjunto, venían a concluir que, aunque había varias razones para aceptar, eran más las razones en contra, incluida la probabilidad de que «aceptar daría inicio a una guerra religiosa general». Pero los demás, encabezados por Anhalt y Camerarius, argumentaban que la guerra iba a llegar en todo caso: parecía inevitable una guerra general al término de la Tregua de los Doce Años en los Países Bajos, mientras que por todas partes había datos que evidenciaban una alianza católica militante, cuyo objetivo era destruir el protestantismo en toda la Europa central. Si se acababa con la revuelta bohemia —argüían Camerarius y sus amigos—, se terminaría la libertad religiosa del reino. ¿Cuánto tiempo podrían sentirse seguros, después de eso, los protestantes en Alemania? Era una reflexión de peso, compartida por muchos observadores responsables extranjeros. Dudley Carleton, el embajador de Inglaterra en La Haya, advertía en septiembre de 1619 que «este asunto de Bohemia parece poner en ebullición a toda la cristiandad» y recogía la deducción de los líderes holandeses de que «puesto que la revolución del mundo parece sacarnos de esta época de paz, es mejor entrar en el cambio con ventaja que en desventaja». Porque, si Bohemia «hubiera de quedar olvidada y, en consecuencia, suprimida, a los príncipes de la otra religión les gustará sustentar el peso de un ejército victorioso... Que donde esté —añadía con pesimismo— seguirá impulsado, Dios lo sabe, por los jesuitas y dirigido por el nuevo emperador, que se enorgullece con profecías de que va a extirpar la religión reformada y a devolver a la iglesia romana su antigua grandeza»⁸.

Pero para entonces la causa de Bohemia estaba de nuevo haciendo progresos. Al final de agosto, venciendo su pesar de no ser elegido, Bethlen Gabor comenzó a conquistar la Hungría de Habsburgo. El 5 de septiembre se apoderó de Kosice, capital de la división oriental del reino, y fue elegido por la dieta «protector de Hungría». Las noticias de este éxito parece que inclinaron la balanza a favor de Federico. Aunque él, según confesó en aquel momento a su mujer, estaba «angustiado por qué hacer», el 28 de septiembre aceptó la corona de Bohemia. «La oportunidad —pro-

⁸ M. Lee (comp.), *Dudley Carleton to John Chamberlain, 1603-1624* (New Brunswick, 1972), 270-1: carta de 18 de septiembre de 1619.

clamó— es una llamada divina que no debo desobedecer. Mi único fin es servir a Dios y a su Iglesia». Y, durante un tiempo, pareció como si el Señor hubiera escuchado a su siervo. El 13 de octubre Bethlen derrotó al último ejército de Habsburgo en Hungría mandado por Leopoldo, el hermano de Fernando, y poco después entró en la capital, Bratislava. Desde allí, en noviembre, los transilvanos subieron el Danubio agrupando fuerzas con el ejército de Thurn en noviembre para poner sitio a Viena por segunda vez. Llegaron ofrecimientos de más ayuda desde distintos sitios. En diciembre se presentó en Bratislava un enviado del nuevo sultán turco Osmán II ofreciendo ayuda militar en contra de los Habsburgos; y, tras largas discusiones sobre la libertad de comercio en el Adriático, venecianos y holandeses suscribieron una alianza por quince años durante los cuales cada uno prometía pagar al otro 30.000 táleros al mes en caso de ataque⁹.

Ahora la situación política se había ido claramente de las manos, y muchos políticos temían por el futuro. El 28 de agosto de 1619, en Francfort, los siete electores imperiales decidieron ir a lo seguro y por unanimidad eligieron al archiduque Fernando como el próximo emperador del Sacro Imperio Romano. Era la elección más significativa desde la de Carlos V, exactamente un siglo antes, y la primera desde entonces que fue seriamente discutida. Juan Jorge de Sajonia, cuyos límites rozaban con Bohemia y el alto Palatinado, sólo accedió a votar a Fernando si, una semana antes de la elección, se le daban garantías por parte del gobierno de Bruselas de que, «en caso de ser molestado por los bohemios, contaría con la ayuda y la asistencia de las tropas que Su Majestad [Felipe III de España] tiene en Alemania y, si fuera necesario, por algunas de las tropas de este ejército»¹⁰.

Algunos observadores experimentados esperaban que los hechos de Francfort pondrían fin a la crisis del Imperio, y de hecho, en septiembre, el ejército de Flandes cesó de tener en estado de alerta a las tropas movilizadas a lo largo de la frontera alemana durante la elección. Pero la si-

⁹ El tratado es estudiado por Geyl, *Christofforo Suriano*, 188-9; y A. van der Essen, «L'alliance défensive hollando-venétienne de 1619 et l'Espagne», en *Miscellanea historica in honorem Leonis van der Essen* (Lovaina, 1947), 819-29.

¹⁰ AGS, Estado 2504, f. 110, Pedro de San Juan a Oñate, el 21 de agosto de 1619. El voto palatino estaba reservado en principio para Maximiliano de Baviera, pero los líderes de la Unión pidieron unanimidad en la elección final, y por eso el voto del Palatinado también fue al final para Fernando.

multánea aceptación de la corona de Bohemia por parte de Federico renovó la tensión. Y así, desde Francfort el emperador Fernando bajó a Mú-nich acompañado por el embajador español, conde de Oñate, y por un alto funcionario del elector de Colonia para hablar con Maximiliano de Baviera sobre la ayuda que la recién reconstituida Liga católica podía prestar a la causa habsburga. Como los católicos alemanes no estaban dispuestos a intervenir a no ser con ayuda española, la iniciativa quedó casi enteramente del lado de Oñate; y éste actuó con decisión. Sin esperar a recibir instrucciones de Madrid o Bruselas, el embajador prometió el inmediato envío de 1.000 hombres de caballería de los Países Bajos para que se unieran a la Liga, el traslado de importantes refuerzos desde la Italia española a Austria y la intervención en Renania de un ejército importante de los Países Bajos. Pero Maximiliano exigió todavía más a cambio de prometer emplear a todo el ejército de la Liga en contra de Bohemia. De modo que el ingenioso Oñate convenció a Fernando para ofrecer al duque no sólo una indemnización en dinero y la garantía de que los Habsburgos no intervendrían en los asuntos de la Liga, sino también la posesión de alguna parte del Palatinado conquistado por la Liga y la promesa de que la dignidad electoral pasaría de Federico del Palatinado a Baviera. Como ambos hombres —argumentaba Oñate— pertenecían a la familia Wittelsbach y dado que Baviera tenía algún derecho legal a ambos territorios y al título, el traspaso podía hacerse con relativa facilidad. Y yendo más a lo práctico —añadía él—, los ejércitos de Maximiliano probablemente no avanzarían en su lucha contra la alianza protestante tanto como para poder exigir más recompensas. Así pues, el 8 de octubre de 1619 se firmó el tratado de Mú-nich, y el 5 de diciembre los dirigentes de la Liga católica autorizaban la leva de 25.000 hombres para ser utilizados a conveniencia de las ideas de Maximiliano.

Mucho había prometido Oñate en nombre de España en un momento en que los gobiernos de Madrid y Bruselas estaban crecientemente ocupados en preparar una nueva guerra con los holandeses. Zúñiga admitió al final, cándidamente, que él ya no sabía si la tregua de los doce años se renovaría. «Convencernos a nosotros mismos de que es posible conquistar al holandés es empeñarse en lo imposible, engañarnos», se lamentaba en abril de 1619, cuando luchaba por dar con la decisión acertada.

«A quienes echan la culpa de todo a nuestra preocupación con la tregua y auguran grandes bienes de su ruptura, podemos decirles con segu-

ridad que, la acabemos o no, siempre estaremos en desventaja. Las cosas pueden llegar a un punto en que cualquier decisión que se tome sea para mal, no por falta de buen juicio sino por ser la situación tan desesperada que no pueda encontrarse un remedio razonable.»

El ministro principal de España no era mucho más optimista cuando consideraba la posición de Alemania:

«La situación exige [se quejaba] que hagamos todos los esfuerzos que hay que hacer normalmente cuando se enfrenta uno con un desastre, intentando buscar cuantos recursos sea posible para proporcionar al archiduque los que pide, y atendiéndolo en todo lo demás en la medida humanamente posible.»

Estas y otras manifestaciones de profunda y total desilusión en los últimos años del reinado de Felipe III parecen sacadas de una tragedia de Calderón¹¹. Porque Zúñiga veía el dilema con absoluta claridad: a menos que España interviniera masivamente en apoyo de Fernando, ganarían los rebeldes, poniendo en manos de los protestantes el control del imperio y minando la posición de España en Italia y en los Países Bajos; pero, por otro lado, de hacerse real tal ayuda masiva, podría provocarse otro conflicto que duraría tanto como la guerra de los Países Bajos, si no (como auguraban algunos) siempre¹².

Pero ahora era demasiado tarde para que España se retirara de Alemania. Un despacho inquieto de Oñate, asediado en Viena por segunda vez por los ejércitos transilvano y confederado, llegó a Madrid a comienzos de 1620. La misiva insistía una vez más en que, si se quería salvar a los Habsburgos austríacos, era necesario ayudar a Fernando en medida sin precedentes. No era posible hacer caso omiso una vez más de la voz de alarma del embajador, y al consejo de Felipe III le pareció que el modo más eficaz de aflojar la tensión sobre Viena era montar un ataque de diversión sobre el Palatinado renano. Lo que, por añadidura, haría más probable que

¹¹ Citas tomadas de P. Brightwell, «The Spanish system and the Twelve Years' Truce», *English Historical Review*, LXXXIX (1974), 269; y AGS, Estado 1897, f. 375, papel del 10 de diciembre de 1619.

¹² Straub, *Pax et Imperium*, recoge la predicción del Consejo de Estado español de que habría una «guerra eterna». Véanse otras predicciones recogidas en G. Parker, *Europe in crisis 1598-1648* (Londres, 1979), 163.

se cumpliera lo previsto en el «tratado de Oñate» con Fernando, entregando Alsacia a España, y dejaría libre al ejército de la Liga para actuar en Bohemia sin miedo a un ataque por detrás. En consecuencia, tras algún debate sobre números y calendario, se decidió que en la primavera de 1620 un ejército de 20.000 veteranos, bajo el mando personal de Ambrosio Espínola, marcharía de los Países Bajos al Palatinado. Se había dado un paso crucial para convertir «la revuelta de Bohemia» en «la guerra de los treinta años».

Fue una ironía que, a causa de la tardanza del correo entre Austria y España, la fatídica decisión de Felipe III se tomara algún tiempo después de que hubiera desaparecido la amenaza sobre Viena. El 29 de noviembre de 1619 Bethlen Gabor tuvo noticias de que un ejército considerable procedente de Polonia había entrado en la baja Hungría y cortado sus comunicaciones con Transilvania. En realidad el informe era muy exagerado, pero resultó suficiente para acabar con el asedio de Viena: Bethlen se volvió apresuradamente a Hungría, y lo mismo Thurn a Bohemia. Aunque la dieta húngara en Bratislava eligió al transilvano como su «príncipe» el 15 de enero de 1620, su situación siguió siendo poco favorable. Bethlen había mantenido un gran ejército durante cinco meses a pesar de que su principado era pobre (sólo exportaba ganado, sal y azogue, y una parte sustancial de su riqueza se entregaba cada año como tributo al sultán). Para algunos la campaña de su príncipe había sido como «un torrente sin fuentes», y sin la urgente ayuda financiera del gobierno rebelde de Praga estaba condenado a evaporarse¹¹. Mas los recursos de los confederados estaban tan secos como los del mismo Bethlen: no pudieron pagar los 400.000 táleros que él pidió. Además, el capital mayor del príncipe había sido siempre su proclamada misión de mediador de la ayuda turca a los enemigos de Fernando. Ahora, los diplomáticos del Habsburgo habían convencido al sultán para que retirara su apoyo a la causa confederada, mientras que el comienzo de las hostilidades entre los turcos y Polonia en 1619-21 impedía cualquier campaña otomana sobre el Danubio. Así, cuando una delegación imperial ofreció una tregua de nueve meses que dejaba a Bethlen en posesión temporal de sus conquistas húngaras, el príncipe aceptó de buen grado (20 de enero de 1620).

¹¹ Lord Digby, citado por Zaller, «Interest of State», 166.

La neutralización de Transilvania era justamente una parte de una cuidadosa campaña para aislar a los rebeldes. No sólo fue persuadida España para hacer al emperador grandes aportaciones de hombres y dinero (y, después de abril de 1620, a la Liga también), sino que también se recibió ayuda de varios príncipes italianos. El papa dispuso una ayuda mensual de 8.000 táleros para Viena a partir de julio de 1618, y a finales del año 1620 se enviaron 304.000 táleros; en el mismo período se enviaron al ejército de la Liga otros 204.000. También Génova contribuyó con dinero, y Toscana, con tropas. Por ir a lo seguro, Saboya y Venecia eran hostiles, pero estas dos potencias, solas, poco podían hacer. El único caso de alarma, a los ojos Habsburgos, era la promesa de ayuda holandesa a Bohemia.

Varias veces en 1618 debatieron los estados generales, el cuerpo legislativo de la república de Holanda, si debía accederse a la petición de ayuda de los confederados. Su cautela estaba bien fundada: a lo largo del año la república se vio paralizada por el enfrentamiento entre los estados de Holanda, dirigidos por su paladín Johan van Oldenbarnevelt, y los estados de las demás provincias encabezados por Mauricio de Nassau, el capitán general. A comienzos de 1619, arrestado Oldenbarnevelt y dispersados sus seguidores, unos estados generales purgados resolvieron dar una ayuda mensual de 25.000 táleros, aunque sólo durante tres meses y en tanto los bohemios siguieran en guerra y la república de Holanda en paz. En la práctica tal ayuda fue continuada (con gran renuencia y con la oposición de una o más de las provincias del interior) hasta diciembre de 1620; pero los estados generales se negaron, hasta que ya fue demasiado tarde, a enviar tropas a Alemania, ni para ayudar a Federico en el Palatinado ni para proteger a la Unión. Peor aún, aunque los estados acordaron «llevar a cabo acciones de diversión para que no pudieran ahorrarse tropas españolas en las provincias dependientes del archiduque o no fuera fácil emplearlas en Alemania», de hecho no hicieron nada parecido. Casi hasta el último momento estuvieron engañados por Espínola en la creencia de que el destino de ejército era Praga y no el Palatinado; y, cuando conocieron la verdad, la falta de apoyo de Inglaterra y de la Unión protestante impidió cualquier reacción efectiva¹⁴.

¹⁴ S. R. Gardiner, *Letters and Documents Illustrating the Relations between England and Germany*, II (Londres, 1868: Camden Society, XCVIII), 7: Carleton a Naunton el 13 de septiembre de 1619; Smit y Roelevink (comp.), *Resolutiën der Staten-Generaal*, n.º IV, resoluciones 332, 385, 759, 1548, 1554, 1779, 3911, 4119, 4178, 4486 y 4535.

Tras alguna indecisión, James I hizo pública en el otoño de 1619 su aversión a la aventura bohemia de su yerno. Rechazó apoyar algunos intentos de recolectar dinero para la causa de Federico, procuró presentarse él mismo como mediador entre las dos partes y exigió a la Unión mantenerse distante. Pero la Unión era ya un caos. En una reunión en junio de 1619 sus miembros resolvieron reclutar un ejército de 11.000 hombres, pero sólo para defenderse contra la Liga: «para proteger la libertad y la ley» y «mantener nuestra religión como verdaderos patriotas». No querían ir más allá, porque «no debe uno enfrentarse a la casa de Austria a la ligera» y especialmente «sin tropas ni dinero de Inglaterra»¹⁵. En otra reunión de la Unión en noviembre, sólo los margraves de Ansbach y Baden apoyaron la decisión de Federico de aceptar la corona de Bohemia (aunque otros pusieron de manifiesto su disposición a defenderse contra la Liga). Otros príncipes protestantes se mostraron igualmente cautelosos. Aparte de los duques de Sajonia-Weimar, sólo el elector calvinista de Brandenburgo se mostró con ánimos, y murió en las navidades de 1619. Su joven sucesor, Jorge Guillermo, aun casado con la hermana de Federico, fue incapaz de convencer a los estados luteranos para continuar la política desafiante de su padre. Dado que la deuda pública de Brandenburgo era una de las mayores de Alemania, sin nuevos impuestos la única política era prudencia. Poco mejores eran las finanzas de Juan Jorge de Sajonia: un hecho que los príncipes católicos aprovecharon al máximo. En una reunión de electores en Mühlhausen, convocada a comienzo de 1620 para evitar la expansión del «fuego bohemio» por Alemania, los electores católicos, incluido Fernando, prometieron que no habría intentos de recuperar por la fuerza los territorios eclesiásticos secularizados en los Círculos de la alta o la baja Sajonia mientras los príncipes que los poseyeran no hubieran gozado de audiencia legal, siempre en el supuesto de que tales príncipes apoyaran lealmente al emperador. Juan Jorge pareció reasegurado con la «garantía de Mühlhausen» (20 de marzo de 1620), y el emperador continuó con la oferta de Lusacia como prenda si el elector reclutaba un ejército y la arrebatava a los rebeldes. Juan Jorge aceptó inmediatamente.

El último golpe a la causa protestante provino de Francia. Luis XIII había sufrido el mismo rebeliones y dificultades de parte de sus súbditos protestantes, y por eso, de entrada, sus simpatías estaban plenamente con

¹⁵ Citas tomadas de Magen, *Reichsgräfliche Politik in Franken*, 190.

el empeño de Fernando. En un momento, impetuosamente, se ofreció para encabezar un ejército en ayuda de su primo. Aunque esto al final no se plasmó en una resolución, sí despachó a Alemania una importante misión diplomática dirigida por el duque de Angulema. Éste se dirigió, lo primero, a Ulm, donde el ejército de la Liga, bajo el mando personal de Maximiliano de Baviera, hacía por lograr una posición frente a las tropas de la Unión al mando del margrave de Ansbach. Angulema convenció a ambos jefes para firmar un compromiso desistiendo inmediatamente de sus mutuas hostilidades y retirar sus respectivas fuerzas (el tratado de Ulm, de 3 de julio de 1620). Tenía la esperanza de negociar un acuerdo similar entre el emperador y Federico, y se trasladó a Viena; pero aquí no tuvo éxito. El alto el fuego acordado en Ulm había dado al emperador una ventaja decisiva, y se proponía utilizarla: el ejército de la Unión se vio obligado a salir al paso de las tropas de Espínola procedentes de los Países Bajos, mientras las fuerzas de la Liga, por el contrario, quedaban libres para ayudar a Fernando en el este. En consecuencia, el 17 de julio de 1620, justo quince días después del tratado de Ulm, un ejército de 30.000 hombres de la Liga (que incluía a muchos voluntarios notables, entre ellos al filósofo Descartes) fue conducido por el conde Tilly a la alta Austria. En dos semanas cayó el ducado, y Tilly aunó fuerzas con los imperialistas al mando de Bucquoy, adueñados ahora de la baja Austria. En el norte, los sajones ocuparon Lusacia con apenas un golpe (sólo Bautzen ofreció resistencia; véase Lámina 4); mientras, en el oeste, el avance de Espínola por el Palatinado era un paseo. Las fuerzas de la Unión eran claramente inferiores en número y sólo unos pequeños contingentes se les unieron procedentes de Inglaterra y los Países Bajos. Poco extraña que los esfuerzos del duque de Angulema por interesar a Fernando en unas conversaciones de paz fueran en balde: «nada más podía esperarse de tratados», se informó al duque, ya que el emperador «estaba decidido a asegurar la absoluta obediencia de sus súbditos, y esto sólo podía lograrse con la espada»¹⁶. En consecuencia las tropas al mando de Tilly y Bocquoy, con la ayuda del duque de Baviera, avanzaron inexorablemente en Bohemia, buscando un encuentro decisivo con el principal ejército enemigo (bajo el mando conjunto de Anhalt, Mansfeld y Thurn). El 8 de noviembre de 1620 los rebeldes ofrecieron una resistencia desesperada en la Montaña Blanca, justo

¹⁶ El canciller Lobkovic a Angulema, citado por Pagès, *Thirty Years' War*, 71.

al otro lado de las murallas de Praga. Sólo necesitaron una hora los católicos para asegurarse una victorial total. La revuelta de Bohemia había acabado.

2. EUROPA Y LA GUERRA DEL PALATINADO

«La pérdida de soldados no fue muy desigual, pero está la victoria de los imperiales en la pérdida de cañones, de bagaje, de reputación; ellos, como se ve, tienen ahora Bohemia por derecho de conquista, y todas las inmunidades y privilegios han quedado ahora anulados. Y si quiere obtenerse mediante súplica un establecimiento nuevo, será únicamente la ley del conquistador la que finalmente convoque a los de la religión protestante para que den cuenta de lo que tienen y lo pondrá a buen recaudo; de forma que tiene ya asegurado que se cumplirán sus condiciones»¹⁷.

La profecía de sir Edward Conway sobre las consecuencias de la derrota de los bohemios en la Montaña Blanca se demostraría absolutamente certera: efectivamente, la ley del conquistador se impuso en Bohemia de modo implacable (cf. Capítulo III). Pero la campaña de 1620 puso en manos del vencedor algo más que sólo Bohemia. Lusacia, Silesia, Moravia y Austria fueron, todas, invadidas, como lo fue la mitad del Palatinado renano, y el alto Palatinado quedó indefenso. Pero tales éxitos no acabaron con la guerra; al contrario, la extendieron. Si la campaña hubiera llegado a un punto muerto militar, podía haberse llegado a un acuerdo de compromiso. Pero, dadas la magnitud de su derrota y la implacable naturaleza de su hostilidad hacia los Habsburgos, Federico del Palatinado nada tenía que perder continuando la resistencia.

El emperador se vio, por eso, enfrentado con el problema de acabar con cualquier apoyo a Federico proveniente del imperio, sin provocar, al hacerlo, una guerra europea general. En 1619 y 1620 su éxito militar se aseguró mediante una cuidadosa campaña diplomática que destruyó el

¹⁷ Conway, enviado inglés a Praga, citado por Reade, *Sidelights on the Thirty Years' War*, I, 388. Muchos en Inglaterra fueron incrédulos; otros quedaron abatidos. Cf. Mr Aylesbury a sir Henry Martin, el 28 de noviembre de 1620: «Las noticias sobre la invasión de Bohemia han sido confirmadas, pero es demasiado malo repetirlas» (O. Ogle y W. Bliss [comp.], *Calendar of the Clarendon State Papers preserved in the Bodleian Library*, I [Oxford, 1872], 19).

tipo de alianzas construido por el grupo palatino y aisló a Federico de sus potenciales apoyos más fuertes; pero que fuera posible continuar en el futuro esa proeza diplomática, era otra cuestión. Una propaganda habilidosa podía fácilmente suscitar temores respecto de la ambición sin límites de los Habsburgos. Había sucedido antes —en los cinco años siguientes a la gran victoria de Carlos V sobre los protestantes alemanes, en Mühlberg, en 1547, se perdió todo lo que el imperio había ganado—, y tras la Montaña Blanca no se consideraba imposible un cambio de fortuna similar¹⁸.

Las posibilidades de que así fuera, de todos modos, parecían al principio escasas. Los apoyos germanos activos de Federico nunca habían sido numerosos, y ahora algunos de ellos abandonaban su causa: abrieron brecha Anhalt y Ansbach al firmar su paz con el emperador en 1621¹⁹. Sólo un puñado de príncipes, de los que los más importantes eran los duques de Sajonia-Weimar y Cristian de Brunswick-Wolfenbüttel, administrador del secularizado obispado de Halberstadt, seguía todavía abrazando sin reserva la causa del Palatinado. El margrave Jorge de Graven se mantuvo neutral en 1621 por miedo a que la abierta desconfianza del emperador acabara en su deposición en beneficio de la rama rival de la familia, católica (y sólo entró en guerra en 1621 porque llegó a la convicción de que, fuera cual fuese el curso de la misma, tras la derrota de Federico vendría su deposición). Similares consideraciones alejaron a los gobernantes calvinistas de Hesse-Kassel y Brandenburgo de movilizarse en apoyo de la causa palatina: aquél temía ser depuesto en favor del príncipe claramente imperialista (y luterano) de Hesse-Darmstadt; y al último se lo impidieron sus propios estados, marcadamente luteranos y neutrales. Juan Jorge de Sajonia, con Lusacia y la garantía de Mühlhausen en el bolsillo, hizo cuanto pudo para impedir que cualquier otro príncipe luterano ayudara a la causa de Federico de una u otra forma.

Esta persistente incapacidad para ganarse un significativo cuerpo de opinión entre los protestantes germanos hizo a Federico extraordinaria-

¹⁸ Véanse las observaciones de Schubert, *Camerarius*, 96, 194-5. Fernando II también se valió de precedentes de la guerra de la liga de Esmalcalda para justificar tanto la publicación de la excomunión contra Federico en enero de 1621 sin convocar una dieta como el traspaso del título de elector del Palatinado a Baviera: Albrecht, *Auswärtige Politik*, 49.

¹⁹ Cuando Ansbach murió en 1625, Cristian de Dinamarca comentó cruelmente: «Tenía que haberse muerto siete años antes» (citado por Herold, *Ansbach*, 257-8).

mente dependiente de los mismos aliados extranjeros que le habían fallado en 1619-20. Su tío, Mauricio de Nassau, preparó un espléndido recibimiento al elector cuando éste visitó La Haya en 1621, y le permitió establecer aquí su corte en el exilio. Pero precisamente en este momento acabó la Tregua de los Doce Años, y diferentes intentos desgastados para renovarla acabaron en fracaso. Por ello, los estados generales sólo acordaron continuar con la ayuda mensual a Federico a condición de que éste se asegurara además el auxilio de Inglaterra. Con Espínola y sus veteranos volviendo victoriosos del Palatinado, los estados generales no tenían elección: podrían prestar oficiales de ejército y adelantar créditos para armas, pero no podían correr el peligro de convertirse en los mecenas de la causa protestante²⁰.

Cristian de Dinamarca también se mantuvo en una actitud prudente. Es verdad que en 1618-19 había permitido servir a los estados bohemios a un cierto número de oficiales suyos, mientras otros sirvieron más tarde con Mansfeld; y en 1620 había prestado dinero a Federico y a sus aliados. Pero se encontró con la radical oposición de su consejo a cualquier acción que fuera más allá (cfr. *infra*, pp. 93-4), y tenía considerables recelos respecto de las temerarias pretensiones de su sobrino de «derribar reyes y apoderarse de reinos». En la asamblea del círculo de la baja Sajonia celebrada en Segeberg en febrero de 1621 declaró que sólo intervendría si contaba con el apoyo de Inglaterra²¹.

Así pues, Inglaterra hizo de foco de la diplomacia del Palatinado (y, de hecho, de todos los protestantes). Hubo muchos, tanto en la corte como en el parlamento, que aceptaban el argumento palatino de que del éxito de la causa de Federico dependía la suerte del protestantismo. En junio de 1621 la Casa de los Comunes hizo pública una declaración en apoyo de

²⁰Ten Raa y de Bas, *Het Staatse Leger*, III, 227-30, 243-4. ARA, Eerste Afdeling, Staten-Generaal, Lias Duitsland 6065 (1622), s. f., Isabel, reina de Bohemia, a los estados generales, el 22 de marzo de 1622. Véanse también los comentarios de Schubert, *Camerarius*, 219-22, e Israel, *The Dutch Republic*, 99, 154-77, valorando las políticas de Mauricio de Nassau.

²¹Magen, *Reichsgräfliche Politik*, 228-9; Wertheim, *Braunschweig*, II, 210; Schubert, *Camerarius*, 146. Para la conferencia de Segeberg cf. Christiansen, *Christians IV*, 43-57, y PRO, S.P. 75/5/235-7, 243-4. Sir Robert Anstruther a sir George Calvert, 10/20 de marzo, 31 de marzo/10 de abril de 1621. James I dio la seguridad del préstamo de Cristian IV a Federico: en el momento de su muerte en 1625, estaban sin pagar tanto el principal como los intereses (18.000 táleros anuales).

cualquier acción militar que fuera necesaria para defender «a los verdaderos seguidores de la misma religión cristiana profesada por la iglesia de Inglaterra en sitios extranjeros... sintiéndose tocados por una auténtica sensibilidad y sentimiento de compasión por sus sufrimientos como miembros del mismo cuerpo»²². La Casa exigía la creación de una coalición, basada en una alianza entre Inglaterra y la república de Holanda, para salvar la causa. James I, de todos modos, no deseaba ver convertida la solución del Palatinado en una guerra general de religión, y había llegado al convencimiento de que la mejor manera de preservar la paz estaba en una estrecha alianza entre él mismo y España, basada en el matrimonio de su hijo y heredero, el príncipe Carlos, con la hermana de Felipe IV, María. Aunque James se había comprometido de hecho con la reinstauración de Federico en el Palatinado, a continuación de la invasión española en el otoño de 1620, esperaba cumplir dicho compromiso como parte de un acuerdo diplomático más amplio. Paradójicamente, por eso, Inglaterra insistió en que la cuestión del Palatinado se viera como un asunto puramente germano, a la vez que, sin embargo, intentó relacionarlo con toda suerte de temas con los que en realidad no tenía relación alguna.

Al comienzo de 1621 James I intentó negociar una suspensión general de armas en el imperio como primer paso para el pleno acuerdo deseado, por el que esperaba lograr la reposición de Federico en el Palatinado a cambio de abandonar éste sus pretensiones en Bohemia. En abril fue acordado en toda regla, en Maguncia, un breve alto el fuego entre los ejércitos que operaban en el Palatinado, que duró hasta julio; pero Federico, parece que animado por Mauricio de Nassau, no pudo ser convencido para que renunciara sin condiciones a sus pretensiones en Bohemia. También los Habsburgos se mostraron tercos. La muerte de Felipe III el 31 de marzo y la del archiduque Alberto el 15 de julio de 1621 creó un cierto vacío político que trasladó la iniciativa brevemente a la archiduquesa Isabel, la viuda de Alberto, y a su fiel general Ambrosio Espínola. Ambos deseaban acabar la conquista del Palatinado lo antes posible, y para ello con-

²² PRO, S.P. 14/164/11, el obispo Carleton a su hermano, el 2? de mayo de 1624; W. Notestein, F. H. Relf y H. Simpson (comp.), *The Commons Debates for 1621*, V (New Haven, 1935), 203-4. Véase también, en general, White, «Suspension of arms»; Straub, *Pax et imperium*, cap. 5; y M. S. Junkelmann, «Feldherr Maximilians: Johan Tserclaes, Graf von Tilly», en Glaser (comp.), *Um Glauben und Reich*, II/1, 379-80 (más abundantes notas).

taban con el pleno apoyo del emperador y del duque de Baviera. La guerra, no había duda, iba marchando: como parte del armisticio de Maguncia, la Unión consintió en disolver sus fuerzas a cambio de la promesa de que no serían atacados sus territorios; y en mayo se disolvió la Unión misma. Esto permitió a Espínola retirar hacia los Países Bajos a buena parte de su ejército, para hacer frente a cualquier ataque holandés, aunque dejando todavía unos 11.000 hombres al mando de D. Gonzalo Fernández de Córdoba para seguir la conquista del Palatinado. Tan pronto como expiró el armisticio de Maguncia, pusieron sitio a Frankentahl, una de las tres grandes fortalezas (las otras dos eran Mannheim y Heidelberg) de las que dependía la salvaguarda del Palatinado.

Todavía quedaban, en ese momento, algunas fuerzas leales al elector en el este, pero no duraron mucho tiempo. A finales del verano de 1621 Tilly condujo el ejército de la Liga hacia el alto Palatinado y lo ocupó sin apenas batalla. Algunas de las tropas de Federico decidieron trasladarse hacia el este y jugarse su propia suerte con Bethlen Gabor de Transilvania; pero en enero de 1622 este príncipe hizo la paz con el emperador en Nikolsburg. El resto de los soldados de Federico, al mando del conde Mansfeld, había marchado en auxilio de Frankentahl, y en esto tuvieron ventura. Pero Tilly les acuciaba por la espalda, y en la primavera de 1622 los católicos tenían una abrumadora superioridad en la Renania. Su ventaja se vio consolidada cuando Espínola obligó a rendirse a la guarnición holandesa de Jülich, bloqueando de ese modo la ruta por la que podían mandar ayuda al Palatinado la República de Holanda o Inglaterra. Aunque, de hecho, no hubo en el horizonte tal ayuda. James I rechazó la petición de su parlamento de hacer la guerra a España en diciembre de 1621 y, en lugar de ello, manejó una compleja cuadrilla diplomática concebida para reunir a todas las partes en disputa en una conferencia general de paz. Al principio, de todos modos, Federico rechazó las exigencias de James en el sentido de que o cesaba en la lucha o no contaría ya con ayuda inglesa alguna²¹. De hecho permitió a Masfeld, en Alsacia, formar un ejército de 43.000 hombres extendiendo la recluta a los protestantes suizos y los hugonotes franceses. En abril se les unieron otros 11.000 hombres reclutados por Jorge de Baden-Durlach. Pero los dos ejércitos no operaban conjuntamente, y el 6 de mayo, en el Neckar, Córdoba y Tilly juntos

²¹ PRO, S.P. 81/24/42, James a Federico, 22 de abril/2 de mayo de 1622

infligieron graves pérdidas al ejército de Baden. Las tornas podían haberse cambiado, porque Federico tuvo la posibilidad de llamar a un tercer ejército reclutado por Cristian de Brunswick en el norte de Alemania; pero, el 20 de junio, el temible Tilly interceptó a esta nueva fuerza en Höchst del Meno, y nuevamente ocasionó graves pérdidas.

Al final, Federico estaba dispuesto a negociar. El 13 de julio destituyó a Brunswick y Mansfeld, y se retiró en espera de los resultados de la conferencia general propuesta por Inglaterra, que se había reunido en Bruselas²⁴. Pero los victoriosos católicos habían perdido ahora interés por negociar. Tilly, siguiendo instrucciones de Maximiliano, continuó cobrando ventaja: Heidelberg fue tomada el 19 de septiembre; Mannheim se rindió el 2 de noviembre. La conferencia de Bruselas se suspendió. Frankentahl se salvó por lo tardío de la estación, pero en marzo de 1623 James I ordenó a su guarnición, predominantemente inglesa, que entregaran la ciudad a la archiduquesa Isabel, la cual la tendría hasta que se reanudara la conferencia de paz.

No advirtió James que los españoles no tenían intención de abandonar sus posiciones en la Renania, que representaban una vía de unión de valor incalculable entre los Países Bajos y los Alpes. Mientras durara la guerra con el holandés, los problemas logísticos de abastecer el ejército de Flandes con hombres, dinero y munición hacían indispensable conservar cualquier corredor militar fiable y seguro entre Lombardía, España y los Países Bajos (véase Mapa 2). Exactamente la misma consideración hizo el gobierno de Madrid, renuente también a entregar el control de Valtellina, que había sido ocupada por la fuerza en 1620 (*supra*, pp. 55-6). Pero la presión diplomática, esta vez por parte de Francia, iba en el sentido de su devolución. Desde el principio habían implorado a Luis XIII para que interviniera con los cantones protestantes suizos, Venecia y las Ligas Grises (los señores de Valtellina, a cuya protección estaba comprometida Francia por un tratado desde 1602). Pero el rey no podía prestar esa ayuda. Se vio obligado a centrarse en la rebelión de algunos católicos extremistas dirigidos por la reina madre (abril-agosto de 1620); más tarde, en parte para aplacar a estos disidentes, se embarcó en la catolización a la fuerza del principado de Béarn en los Pirineos (agosto de 1620-octubre de 1622). Cuando llegaron las noticias de la invasión de la Valtellina por parte de los

²⁴ Véase PRO, S.P. 81/26/179-80, Federico a Isabel, el 14 de agosto de 1622.

Habsburgos, Luis no disponía de recursos de reserva. Por eso, al final de 1621 las Ligas Grises decidieron actuar por su cuenta, con cierto apoyo de Berna, Zúrich y Venecia. La derrota fue total, y los vencedores ocuparon además algunos de los territorios de las Ligas Grises. Pero ahora corría peligro el prestigio francés, y la «cuestión Valtellina» llegó a tener en París, en buena medida, el mismo significado que la restitución del Palatinado había adquirido en Londres. En el otoño de 1622, a raíz de un acuerdo con los hugonotes, Luis XIII mantuvo una serie de encuentros, ampliamente publicados, con el duque de Saboya y con una embajada de Venecia, de los que salió una triple alianza, conocida como la Liga de los Leones, empeñada en un doble objetivo: echar a los Habsburgos de los territorios de las Ligas Grises e imponer las pretensiones de Saboya sobre Génova y Monferrato (7 de febrero de 1623). Casi antes de que se hubiera secado la tinta del tratado, España se retiró. Su poder sobre los valles se había visto ya sacudido por una nueva rebelión en el verano de 1622, y en octubre murió el experimentado D. Baltasar de Zúñiga. Su sobrino y sucesor como primer ministro, el conde de Olivares, no estaba dispuesto a ir a la guerra con Francia por causa de un lejano valle alpino. En consecuencia, el 15 de febrero de 1623 acordó que tropas papales se hicieran cargo de Valtellina por un período de transición de cuatro meses para que las tropas españolas pudieran retirarse²⁵.

Para entonces, la atención de Europa se había vuelto de los Alpes al Palatinado. En los negros días de octubre de 1619, con la perspectiva de la derrota ante sus ojos, el emperador había prometido grandes recompensas a Maximiliano de Baviera, sobre todo la concesión del alto Palatinado y del título de elector, a cambio de su ayuda militar en contra de Federico. La oferta había sido hecha a la ligera, desde la suposición de que Maximiliano nunca sería capaz de movilizar un ejército lo suficientemente potente como para vencer la rebelión por sí solo. Pero, tras lo de la Montaña Blanca, la deuda tenía que pagarse antes o después. En agosto de 1621

²⁵ Para la política francesa respecto del problema de Valtellina véanse los dos artículos de Pithon «*Les débuts difficiles du ministère de Richelieu*» y «*La Suisse, théâtre de la guerre froide*». La política española puede rastrearse en la correspondencia y las *consultas del consejo de estado* en AGS, Estado K 1492, ff. 20-80; véase especialmente f. 55 para lo referente a la situación militar en agosto de 1622; los ff. 67, 70, 72 y 73 para la decisión de aceptar las guarniciones papales, y los ff. 76 y 78 para la actitud de Olivares frente a la crisis.

Maximiliano ya estuvo importuno y, como observó una embajada inglesa a Alemania, con Mansfeld todavía luchando en el oeste y Bethlen a sus anchas en el este, «puede considerarse ciertamente que no es buen momento para que el emperador dé al duque de Baviera una negativa clara»²⁶. Y así Fernando prometió hacer efectivo el traspaso del título electoral en la siguiente dieta imperial, dependiendo su aprobación de Sajonia y de España. Pero uno de los correos con nuevas sobre esta decisión fue capturado por Mansfeld. Los papeles llegaron pronto a las manos del consejero principal de Federico, Luis Camerarius, que se apuntó uno de los golpes editoriales del siglo al publicarlos en marzo de 1622, acompañados de un comentario condenatorio, en un libro normalmente conocido por su título latino: *Cancellaria Hispanica*²⁷.

El clamor popular que siguió a la inaudita publicación de sus planes convenció a Fernando de que el dicho traspaso debía aplazarse y, entre tanto, el papado proporcionó un considerable grupo de vendedores diplomáticos, todos ellos capuchinos, para convencer al mundo católico de que dicho traspaso era lo que más favorecía sus intereses. Valeriano Magno fue enviado a París y Alejandro de Hales se dirigió a Bruselas, mientras Jacinto de Casale se entregó a una incesante diplomacia de idas y venidas entre Múnich, Viena, Madrid y Renania, cubriendo casi 16.000 kilómetros a lo largo de 1622. La importancia concedida al trabajo de Jacinto queda al descubierto por el constante flujo de cartas que el capuchino recibió de la cancillería bávara: nueve sólo entre el 25 de noviembre y el 22 de diciembre, más de dos por semana. Y al final sus esfuerzos resultaron felices. El padre Jacinto se encontró al gobierno español en actitud contraria al traspaso (a pesar de que originariamente la idea había sido sugerida por su embajador, el conde de Oñate); pero la muerte de don Baltasar de Zúñiga significó —como se apresuró a señalar un corresponsal bávaro de Madrid— que «nadie aquí tiene idea de los asuntos germanos»²⁸.

²⁶ Digby a Calvert, 12 de agosto de 1621, en *State Papers collected by Edward earl of Clarendon*, I (Oxford, 1767), apéndice p. xvii.

²⁷ La edición alemana, *Prodromus*, fue publicada en Endem el 22 de marzo de 1622; la latina apareció en Amsterdam. Ambas fueron obra del ministro del Palatinado, Luis Camerarius. Sus 173 páginas de documentación y comentarios resultaron sensacionales —no en último término porque los gobiernos del siglo XVII raramente publicaban documentos oficiales— y se reimprimieron varias veces. Véase Schubert, *Camerarius*, 108-43; y Nolden, *Reichspolitik Kaiser Ferdinands*, 91-7.

²⁸ Citado por Kessel, *Spanien und die geistlichen Kurstaaten*, 90.

Por ello el emperador se vio capaz de preterir la oposición española al acceso de Maximiliano al electorado del Palatinado, y en enero de 1623 se reunió en Regensburg una asamblea de príncipes (*Deputationstag*), con escasa asistencia, para sancionar el traspaso. Mas, en vista de la persistente oposición de Sajonia y Brandenburgo, tras seis semanas de acalorados debates lo más que Fernando se sintió capaz de dar a la publicidad fue garantizar a Maximiliano el título sólo mientras él viviera, dejando sin resolver el futuro a largo plazo del Palatinado²⁹.

Pero incluso esto era más de lo que estaban dispuestas a digerir la mayoría de las potencias europeas. Depuesto, Federico encontró ahora más apoyos de los que había tenido nunca. Y además podía utilizar un ejército, mandado todavía por Mansfeld y Brunswick. Tras haber sido desposeídos sumariamente del servicio en el Palatinado en julio de 1622, ambos mandos obtuvieron un empleo para Holanda e inmediatamente llevaron a cabo actuaciones provechosas, primero derrotando a los españoles de Córdoba que los perseguían, en la batalla de Fleurus (26 de agosto) y a continuación obligando a Espínola y al ejército de Flandes a levantar el asedio de Bergen-op-Zoom (4 de octubre). Estos éxitos convencieron a los estados generales para que siguiera existiendo el ejército aliado: las tropas de Mansfeld fueron enviadas a sus cuarteles de invierno justamente a través de la frontera holandesa en el Friesland oriental, cuyo gobernante había flirteado con los Habsburgos. La indeseada presencia de Mansfeld privó a Espínola de una potencial base en el nordeste desde la que invadir Holanda. Entretanto, Federico planeó un nuevo asalto al emperador con el fin recuperar sus territorios y títulos. Se convino que Brunswick, con apoyos de Mansfeld y los holandeses, accedería a Bohemia desde el norte, mientras Bethlen Gabor, ayudado por un grupo de exilados al mando del conde Thurn, atacaría desde el este. Pero en 1623 la nueva campaña apenas si

²⁹ Se argumentó que en 1329, por el tratado de Pavia, las ramas del Palatinado y de Baviera de la familia Wittelsbach acordaron que el electorado sería alterno entre ellas, aunque tal acuerdo de hecho nunca fue efectivo. Pero la defensa de Maximiliano hizo notar la debilidad de la argumentación católica, aduciendo que la razón del no cumplimiento del pacto de 1329 residía en las cláusulas de un documento posterior mucho más importante: la Bula de Oro de 1356, que concedía el electorado de Wittelsbach, para siempre, a la rama del Palatinado. El tratado de Pavia también separaba el alto Palatinado de Baviera. Véase K. F. Krieger, «Bayerische-Pfälzische Unionsbestrebungen vom Hausvertrag von Pavia (1329) bis zur Wittelbachischen Hausunion vom Jahre 1724», *Zeitschrift für historische Forschung*, IV (1977), 385-413.

despegó. En mayo de 1623, con todo el Palatinado bajo el control, finalmente, de los Habsburgos, Tilly dirigió su ejército al norte, a las fronteras de la baja Sajonia, con el fin de bloquear la ruta de Brunswick hacia Bohemia. El «loco de Halberstadt» (como lo llamaban los católicos) decidió, por eso, llevar a sus 21.000 hombres, la mayoría de ellos de nueva recluta y mal armados, a la república de Holanda (como había hecho, con éxito, el año anterior). Pero esta vez le ofrecieron batalla en Stadtholm el 6 de agosto, y todas sus tropas, excepto 6.000 hombres, fueron exterminadas. Menos inexpugnables eran, de todos modos, las finanzas de Mansfeld. Durante la mayor parte de 1623 basó su existencia en pequeñas pensiones que le pagaban los miembros de la Liga de los Leones como anticipo para el caso de que sus tropas fueran requeridas para la campaña de la Vallentina. Pero cuando tales pagos se acabaron, a comienzos de 1624, no tuvo otra alternativa que disolver su ejército. Como los de Brunswick el año anterior, la mayoría de sus hombres entraron inmediatamente en el servicio militar holandés.

Stadtholm fue la más decisiva de todas las victorias católicas. Bethlen Gabor, abandonado por sus aliados, se vio obligado a hacer la paz de nuevo con el emperador; Federico, al recibir noticias de la derrota de su ejército, abandonó toda ambición militar ulterior y sometió su causa sin reservas a la mediación de James I. Pero «el Salomón inglés» ya no estaba dispuesto a mediar. Llevaba seis años ambicionando un «match español», y cifraba en esa alianza con España sus esperanzas de acuerdo en la causa del Palatinado. Pero en 1623 James recibió un duro aviso. Le llegó a través del viaje romántico secreto a Madrid que realizó en primavera el joven príncipe, cansado de los interminables preludios diplomáticos para su matrimonio. Acompañado por el duque de Buckingham (primer ministro de su padre), Carlos llegó a la corte española sin anunciarse y exigiendo una rápida conclusión tanto del tratado matrimonial como de la restitución del Palatinado. El gobierno español se vio entonces obligado a plantear sus exigencias abiertamente: la conversión al catolicismo tanto del príncipe Carlos como del heredero de Federico. Los enviados ingleses se quedaron atónitos: tales condiciones no habían sido aceptables nunca. En 1624, por eso, James se plegó a las exigencias del parlamento (y de su hijo) de que se cancelaran todas las negociaciones con España, y, en cambio, inició conversaciones con el gobierno francés para crear una fuerza expedicionaria conjunta que sería mandada por el conde Mansfeld, con el fin de recuperar el Palatinado renano para el elector depues-

to³⁰. Federico y sus consejeros, de todos modos, no creían que eso fuera suficiente. De hecho, Luis Camerarius fue enviado en misión secreta a Estocolmo para ver si el gobierno sueco estaba dispuesto a luchar por la causa del Palatinado en Alemania. Ya se sabía que el rey Gustavo estaba a favor: nada menos que en 1618 había comenzado a utilizar al clero sueco, a través de una serie regular de días de plegarias, para advertir a la población sobre el creciente peligro que amenazaba a la causa protestante en la Europa continental. Además, el punto de vista palatino estaba representado forzosamente en la corte de Gustavo por Juan Casimiro, duque de Pfalz-Zweibrücken, hermano del anterior administrador del Palatinado y esposo de la hermana del rey. Pero ese deseo de intervenir no era compartido por el resto del consejo sueco, encabezado por Axel Oxenstierna. Para éstos, el peligro principal para Suecia no venía de Alemania sino de Polonia³¹.

Segismundo III de Polonia, el cuñado del emperador, se había convertido en rey de Suecia en 1592. Sólo unos pocos años después fue depuesto a raíz de una conspiración dirigida por su tío, el duque Carlos, que a continuación asumió el título de rey y lo pasó a su hijo Gustavo Adolfo. Pero Segismundo, que representaba la antigua y legítima línea Vasa, nunca desistió de sus pretensiones a la corona sueca y alentó en los espíritus de sus primos más jóvenes la misma clase de descontento que, un siglo más tarde, los pretendientes jacobitas al trono británico inculcarían en sus parientes hanoverianos. De todos modos, mientras Jorge I y su hijo esperaban ser atacados, Gustavo Adolfo inició la guerra en el campo del pretendiente. No acababa Suecia de hacer la paz con Rusia en 1617 cuando su ejército fue conducido al interior de la Livonia polaca. En otoño de 1618 se firmó una tregua, pero sólo por dos años, y así un nuevo ataque sueco

³⁰ Hay un fino relato del «match español» en R. Lockyer, *Buckingham. The life and political career of George Villiers, First Duke of Buckingham 1592-1628* (Londres, 1981), cap. 5; y sobre las consecuencias de su fracaso, cap. 6.

³¹ La campaña propagandística de Gustavo Adolfo es tratada en S. Arnoldson, *Krigspropaganda i Sverige före Trettoariga Kriget* (Gotenburgo, 1941). Estamos muy agradecidos al profesor E. L. Petersen por esta referencia. Para el predominio de Oxenstierna en el consejo sueco véase N. Agren, «Rise and decline of an aristocracy: the swedish social and political elite in the seventeenth century», *Scandinavian Journal of History*, I (1976), 55-80. De los sesenta y dos consejeros nombrados entre 1602 y 1647, no menos de cincuenta y cuatro pertenecían a un grupo relacionado con el canciller y sus más próximos aliados.

en la primavera de 1621 no pudo considerarse sorpresa. Pero lo sofisticado de la campaña atrajo la atención internacional. El rey cruzó el Báltico para dirigir el asedio de Riga en persona y ensayó diferentes técnicas militares nuevas: la cortina de fuego progresiva, las zonas de exclusión total y todas las técnicas últimas de cerco. La ciudad cayó. Parece que Gustavo esperaba que le sería posible cambiar Riga por las pretensiones de Segismundo al trono y, para facilitar las negociaciones, en julio de 1622 se acordó una tregua que se prolongó hasta entrado 1624³².

Fue en este intermedio cuando Camerarius llegó a Estocolmo (noviembre de 1623) y quedó impresionado, de golpe, por la personalidad del joven Gustavo: «Gedeón», le llamaba él. «No soy capaz de ensalzar en su justa medida las virtudes de este rey —escribió—: piedad, prudencia y resolución. No hay igual en Europa»³³. Antes de que Camerarius abandonara la presencia intoxicante del rey, creyó haber dejado puestas las bases de una alianza protestante general bajo la dirección de Suecia, que reinstauraría a Federico en Bohemia y situaría a Gustavo Adolfo como nuevo emperador sacro romano³⁴. Pero Suecia no podía triunfar sola, y por eso los nuevos destinos de los diplomáticos de Federico fueron Holanda y Francia. Poco cabía esperar de la primera, ya que en el verano de 1624 el ejército de Flandes comenzó el asedio de Breda, al norte de Brabante y, durante todo un año, todos los esfuerzos de la República se dedicaron a su liberación. Por eso la corte del Palatinado en el exilio fue centrando sus esperanzas cada vez más en Francia, donde en febrero de 1624 había sido nombrado ministro de asuntos exteriores el marqués de La Vieuville, anti-habsburgo. Casi de un golpe comenzaron negociaciones entre Francia e Inglaterra no sólo para una alianza en pro de la reinstauración de Federico sino también para un matrimonio entre el príncipe Carlos y la hermana de Luis XIII, Enriqueta María. Poco después se enviaron emisarios desde París a los príncipes de Alemania con ofertas de subsidios y prome-

³² Para la guerra de Polonia cf. Roberts, *Swedish Imperial Experience*, 33-5, que confía (y así lo hace el presente relato) en A. Norberg, *Polen i svensk politik 1617-1626* (Estocolmo, 1974), calificado, con toda razón, por Roberts (p. 33) como «tal vez la más importante contribución al debate sobre la política exterior del rey aparecida en cuarenta años».

³³ Camerarius al barón Rusdorf, el 24 de diciembre de 1623, citado por Schubert, «Die pfälzische Exilregierung», 672.

³⁴ Schubert, *Camerarius*, 252-4, 257.

sas de ayuda en caso de necesidad³⁵. En junio fue resucitada la alianza franco-holandesa, que dormía desde la ejecución de Oldenbarnevelt en 1619: por el tratado de Compiègne, a cambio de un préstamo inmediato de 480.000 táleros y con la promesa de nuevas entregas, los holandeses acordaron continuar su guerra contra España otros tres años³⁶. Finalmente, se volvió a dar vida a la Liga de los Leones con Venecia y Saboya.

A los católicos extremistas de la corte de Luis XIII no se les escapó el dato de que todos estos pactos se habían hecho con protestantes, y esta fue una de las razones por las que, en agosto de 1624, La Vieuville fue sustituido por el cardenal Richelieu. Pero hacía falta más que un cambio de ministro para superar los dilemas de la política exterior francesa. Mientras que el muy cristiano rey podía explotar los problemas causados a los Habsburgos por la alianza protestante de Camerarius y sus amigos, no le era posible ser miembro de la misma. Como comentó enfadado Richelieu a un confidente: «Nosotros ni podemos contribuir [a la reinstauración de Federico en el Palatinado], por nuestra fe católica, ni resistirnos a ella sin el reproche de nuestros aliados»³⁷. Del mismo modo, Luis se vio obligado a rechazar los intentos realizados por Maximiliano de Baviera (apoyado por el papado) para contar con la protección francesa y zafarse así de los Habsburgos, porque Francia no podía tampoco exponerse a reconocer el nuevo título electoral de Maximiliano. Fue en parte para eludir estas opciones antagónicas por lo que Richelieu decidió centrarse en Italia más que en Alemania. En otoño de 1624, con el pretexto de que las tropas papales no se habían retirado de Valtellina siguiendo lo acordado (cf. *supra*, p. 85), tropas francesas y suizas invadieron los territorios de las Ligas Grieses. Su éxito fue sorprendente: en la primavera de 1625, con los Alpes firmemente controlados por amigos, Richelieu prometió enviar un ejército para unirse al asedio de Génova por parte del duque de Saboya. Por desgracia, nada de eso representó una ayuda muy directa a los que se opo-

³⁵ Para las negociaciones que condujeron al «match français» véase Adams, «Foreing policy», 157-8. Detalles sobre la recuperación de la influencia de Francia en el Rin y más allá se encuentran en Kessel, *Spanien und die geistlichen Kurstaaten*, parte III; y Weber, *Frankreich, Kurtrier, passim*.

³⁶ Sobre los complicados términos del tratado véase Bonney, *King's debts*, 122.

³⁷ D. L. M. Avenel (comp.), *Lettres, instructions diplomatiques et papiers d'état du Cardinal Richelieu*, I (Paris, 1853), 85, Richelieu a sieur Eschieli [¿= padre José?], ¿? de mayo de 1625. Sobre los dilemas de la política exterior de Richelieu véanse también los comentarios de Python, «Débuts difficiles», 316-18, y Albrecht, *Auswärtige Politik*, 124, 127, 144.

nían a la supremacía de los Habsburgos en Alemania, y los políticos del Palatinado comenzaron a desesperarse. Pero, en esta crítica coyuntural, una nueva fuerza intervino para salvarla: el ambicioso y rico Cristian IV de Dinamarca.

3. EL INTERMEDIO DANÉS

Desde el tratado de Augsburgo de 1555 el objetivo principal de la política exterior danesa se había trasladado de Alemania a Suecia. Dos guerras mayores se habían llevado a cabo, en 1563-70 y 1611-13, para preservar la hegemonía danesa en Escandinavia y el *dominium maris Baltici*, pero en la segunda década del siglo XVII la expansión de Suecia parecía poner en peligro ambas cosas. Después de la década de 1590 los gobernantes de los dos países abandonaron los intentos de resolver sus disputas por la negociación o la mediación, e incluso en tiempos de paz el gobierno danés hizo grandes gastos en su defensa y su flota. Durante los primeros veinticinco años del gobierno personal de Cristian IV (a partir de 1596) se gastó aproximadamente un millón de táleros en la fortificación de Copenhague y Malmö y en las fortalezas a lo largo de la frontera sueca. Un conflicto abierto era una posibilidad inmediata siempre.

Pero, constitucionalmente, el rey compartía el poder con el consejo de estado (*rigsraad*), que representaba en teoría a todos los estados pero en la práctica salía exclusivamente de la elite aristocrática. Básicamente, el equilibrio de poderes y las posibilidades de restringir la libertad del monarca se basaban en el derecho del consejo a votar o rechazar impuestos extraordinarios y en su veto absoluto en cuanto a la guerra. El meollo del programa político del consejo, que en parte reflejaba los intereses de los terratenientes de importancia, era mantener la paz con Suecia y evitar cualquier implicación en los alineamientos europeos.

Naturalmente, también el consejo estaba preocupado por la expansión báltica de Suecia y por las victorias católicas en Alemania después de 1619, pero se negaba a entrar en guerra por eso. Aunque votó nuevos impuestos en 1624 para fortalecer las guarniciones a lo largo de la frontera sueca, también, prudentemente, obligó a Cristian a disolver el pequeño ejército mercenario reclutado para salvaguardar la neutralidad danesa frente a posibles ataques germanos; dadas las circunstancias, podía convertirse en un instrumento peligroso en manos del monarca. Pero para

entonces el control de la aristocracia sobre la política exterior se había convertido ya en una ilusión. Tras la muerte de Federico II en 1588 el gobierno de regencia había logrado equilibrar una vez más el presupuesto ordinario, y estas condiciones financieras favorables fueron la base para una notable formación de capital en la cámara real durante décadas. En 1608 el superávit del presupuesto ordinario de Cristian IV era de unos 250.000 táleros anuales (tras haber atendido todas las obligaciones); otra buena cantidad venía de los peajes cobrados en Elsinore a los barcos comerciales (200.000 táleros anuales en torno a 1620); pero el capítulo más importante era la indemnización de 1 millón de táleros impuesta a Suecia en 1613, que se pagó personalmente al rey en plazos hasta 1618³⁸.

En 1618 el propio Cristian estimaba sus activos en 1 millón de táleros, e invertía los réditos con prudencia. En particular, entre 1618 y 1624, período de crisis económica internacional, el rey prestó más de 400.000 táleros a nobles terratenientes, teniendo así más uncido políticamente a su persona al aristocrático consejo. Los formidables medios a disposición del rey oscurecían las perspectivas del consejo de controlar sus actividades exteriores y militares, porque, a menos que Cristian dependiera de impuestos que hubiera que aprobar, su poder había terminado. En 1625 sus activos totales, incluidas las inversiones continentales, se acercaban a los 1,5 millones de táleros: suficientes para iniciar una gran guerra. Aparte de las arcas inagotables de la reina viuda Sofía (accesibles también al hijo), su único par en Europa era, irónicamente, Maximiliano de Baviera, que en 1618 pudo ingresar en torno a los 4 millones. Resultaba igualmente irónico que las reparaciones de guerra suecas contribuyeran de forma importante a la formación de tal fortuna real (véase Lámina 2).

Cristian se vio conducido a la guerra de los treinta años por dos caminos distintos. En primer lugar, su fuerte posición interior lo convirtió en una figura internacional valorada e importante. En un principio esto pesó en su contra: Suecia, temerosa de una nueva agresión danesa, firmó en 1614 una alianza defensiva con la república de Holanda, cuyos barcos representaban más del 60 por ciento del tráfico total que pasaba por el Sound. Ciertos intereses mercantiles holandeses, hábilmente manejados por Johan van Oldenbarnevelt, deseaban, por ello, debilitar el completo dominio danés del comercio báltico (ampliamente demostrado durante la

³⁸ Cf., sobre estas cuestiones, Petersen, «Defence, war and finance».

guerra de 1611-13) aumentando el poder de Suecia. Pero en 1618 Oldenbarnevelt perdió el poder y comenzó el conflicto en el imperio; en 1621 expiró la tregua entre la república de Holanda y España. Ahora la república de Holanda ponía la política por encima del comercio, y optó por hacer un claro esfuerzo para enredar a Cristian en la causa protestante prestando un apoyo tácito a sus ambiciones dinásticas en Alemania. No necesitaba el rey muchos ánimos; estaba ya profundamente atrapado en un segundo proceso.

En su condición de duque de Holstein, Cristian ejercía una influencia considerable en el círculo de la baja Sajonia y tenía ganas de ampliarla. En particular miraba con ojos avariciosos los obispados secularizados de Bremen, Verden y Osnabrück (al suroeste de Holstein), no sólo porque éstos representarían una dote a mano para sus hijos más jóvenes, sino también como forma de ejercer un control político y fiscal sobre los estuarios del Weser y del Elba; además representarían un contrapeso frente a la expansión de Suecia en el Báltico oriental, intensificada a partir de la paz de Stolbova (1617). En 1616 Cristian se apuntó un primer éxito al construir el puerto-fortaleza de Glückstadt sobre Hamburgo; cinco años más tarde Hamburgo se vio forzada a reconocer la soberanía de la corona danesa. A continuación el rey gastó al menos 135.000 táleros de su fortuna privada «para ver cómo mi hijo Federico llegaba al mar de Verden». Así sucedió en 1623. El príncipe era ya coadjutor del arzobispado de Bremen¹⁹.

Parecería, pues, que la política exterior danesa había alcanzado todos sus objetivos inmediatos en 1624. La alianza holandesa-sueca se había roto; la posición del rey en el norte de Alemania era fuerte; y, aparentemente al menos, Dinamarca había evitado verse metida en el torbellino europeo. Pero a comienzos de 1625 Dinamarca se encontró en guerra con el emperador y sus aliados a pesar de que el consejo había rechazado de plano dar permiso para armas y hostilidades. ¿Por qué?

La explicación hay que buscarla principalmente en las políticas de los seguidores de Federico del Palatinado, hambrientos de alianzas, que procuraron aprovecharse de las rivalidades escandinavas, y en las ambiciones germanas de Cristian, hasta el punto de que el rey tuvo que unir su suerte

¹⁹ Sobre el gobierno de Bremen-Verden y las relaciones de Cristian con Hamburgo véase, respectivamente, Schleif, *Regierung und Verwaltung des Erzstifts Bremen am Beginn der Neuzeit*, y H.-D. Loose, *Hamburg und Cristian IX von Dänemark während des dreissigjährigen Krieges* (Hamburg, 1963), caps. I-III.

a ellas con el fin de salvaguardar la verdadera estructura de su sistema político en Escandinavia y el norte de Alemania. Al comienzo Cristian se negó, en una reunión mantenida en Segeberg (febrero de 1621), a intervenir solo en contra del emperador. Él quería, pero no logró aunar suficientes aliados con poder en el exterior. Y por eso se limitó a prestar dinero: 300.000 táleros a petición de James en apoyo de Federico en 1621-2, y 1 millón más de táleros a otros protestantes alemanes importantes (como el elector de Brandenburgo y sus sobrinos los duques de Brunswick)⁴⁰. Pero la mayoría de estos negocios se mantuvieron en secreto: el alcance pleno de los compromisos financieros y políticos del rey, que de esta manera ponía en peligro la política de no intervención deseada por su consejo, sólo se puso de manifiesto en 1623-4. Al principio el consejo se mantuvo resueltamente en su postura, trazando una clara línea divisoria entre los «compromisos del reino» y los del rey personalmente; pero la situación cambió por completo en 1624, cuando los dirigentes holandeses, ingleses, de Brandenburgo y del Palatinado decidieron invitar a Gustavo Adolfo de Suecia a que dirigiera un ejército de la coalición adentro de Alemania.

En noviembre de 1623 Gustavo Adolfo había acordado con Luis Camerarius (*supra*, p. 90) que Suecia, respaldada por una alianza protestante, debía bajar por el Vístula para invadir Bohemia, reponer a Federico y deponer a Fernando. Pero el elector de Brandenburgo (cuñado de Gustavo) advirtió que un reto directo al emperador podía espantar, más que ganar, apoyos. Propuso, en cambio, que Suecia interviniera en el oeste y recuperara el Palatinado. Gustavo estaba dispuesto a aceptar este cambio de estrategia siempre que se le proporcionara un ejército de 40.000 hombres (al que habrían de contribuir, cada uno con una tercera parte, los ejércitos inglés, sueco y alemán) y bases en el círculo de la Baja Sajonia. Pero el rey rechazó que se permitiera a Francia ser miembro de pleno derecho de la alianza protestante por él propuesta, a pesar de que James I ya había dado su consentimiento para enviar al Palatinado una fuerza expedicionaria conjunta anglo-francesa, dirigida por el conde Mansfeld; y también rehusó participar en ninguna campaña en la que no se le confiara el mando pleno de los ejércitos.

⁴⁰ Christiansen, *Die Stellung König Christians IV*, 33; E. Ladewig Petersen, *Cristian IV's pengeudlan til danske adelige. Kongelig foretagervirksomhed og adelig gældsstifelse 1596-1625* [Préstamos de Cristian IV a la nobleza danesa. Negocio real y endeudamiento de los nobles, 1596-1615] (Copenhague, 1974), 46-58, 102s, 116-18, 169-71.

Todas estas cosas crearon profunda alarma en Cristian, dado que las relaciones con Suecia se habían tensado por entonces a causa de unas violaciones suecas, supuestas o reales, del tratado de 1613 y temía que, si su rival contaba con un gran ejército, apoyado tal vez por la flota holandesa, el Báltico se convirtiera en un lago sueco. En consecuencia, en enero de 1625, el propio Cristian se ofreció a intervenir, a condición de que Inglaterra enviara a Dinamarca 7.000 hombres como fuerza de invasión e iniciara una campaña de diversión en los Países Bajos (si era necesario, dirigida por el «sospechoso y odioso» Mansfeld). James tenía ya la esperanza de asegurarse la participación de ambas, de Suecia y de Dinamarca, y fue para resolver sus diferencias —y también para garantizarse el apoyo continuado de Francia— para lo que propuso una gran conferencia de los aliados que habría de celebrarse en La Haya en abril de 1625. Pero se interpuso la muerte de Mauricio y de James en este mismo mes, y la conferencia quedó aplazada para noviembre⁴¹. Nada de esto asustó a Cristian: siguió adelante por su propia cuenta y temerariamente asumió el papel de defensor de la fe protestante. A comienzo de 1625 entró en la guerra en su condición de duque de Holstein, sin haberse asegurado promesas vinculantes de apoyo político y financiero de parte de nadie.

Tradicionalmente los historiadores daneses han calificado esta intervención como producto de los esquemas «temerarios» o «infantiles» del rey. Pero ni esa explicación ni recientes intentos de argumentar que la iniciativa real fue básicamente correcta y que sólo falló por el sistemático —y económicamente egoísta— sabotaje del consejo, pueden mantenerse sin serias reservas. La realidad fue, más bien, que la extraordinaria libertad de operar financieramente dejaba la vía abierta para extender las acciones más allá de los límites del control constitucional, y la mezcla de la rivalidad escandinava por la hegemonía en el Báltico con la tortuosa pero maligna diplomacia de Inglaterra, del elector del Palatinado y de los holandeses influyeron en las convicciones confesionales de Cristian y en sus ambiciones personales de un modo difícil de resistir.

En defensa de su decisión de invadir Alemania hay que decir que la situación militar en la primavera de 1625 parecía encantadoramente sim-

⁴¹ Véase BL, MS. Stowe 176 f. 258, Anstruther a sir Thomas Edmondes, 10 de agosto de 1624; PRO, S.P. 84/120/169. Anstruther a sir Dudley Carleton, 3 de noviembre de 1624; y S.P. 75/6/30, extractos de las negociaciones con Dinamarca y Suecia, enero-febrero de 1625. (Referencias amablemente comunicadas por el doctor Simon Adams).

ple. Las fuerzas de la Liga católica y del emperador se hallaban en las fronteras del círculo de la baja Sajonia; sólo el francés (en Valtellina), Mansfeld (en los Países Bajos), Bethlen Gabor de Transilvania y Carlos Manuel de Saboya parecían preparados para acudir al campo de batalla. Cristian se convenció a sí mismo de que tenía que actuar antes de que fuera demasiado tarde. A pesar de la oposición de su consejo, se aseguró la elección como *Kreisoberst* de la baja Sajonia en abril de 1625, obligado a defender el círculo en contra de cualquier agresión imperial o de la Liga. En junio condujo a unos 20.000 hombres, pagados entonces principalmente con la fortuna personal del rey, a través del Elba y marchó hacia el sur, a Hameln.

Pero, por una extraña coincidencia que frecuentemente se olvida, había elegido en realidad el peor momento posible para invadir. El principal enemigo de los protestantes había sido el ejército de Tilly, ampliamente financiado por la Liga católica y alojado en Westfalia y Hesse. Pero en la primavera de 1625, por sugerencia de los líderes de la Liga, el emperador decidió reclutar por su propia cuenta un ejército para una campaña importante, confiando su mando supremo a un noble checo que había sacado enormes beneficios de la venta de terrenos confiscados en Bohemia: Wallenstein. Valiéndose de recursos sacados de sus nuevos dominios, de préstamos negociados por el banquero de Amberes Hans de Witte y de contribuciones fruto de la extorsión de sus propias tropas, en verano Wallenstein había reclutado unos 30.000 hombres. Esta fuerza, de la que los daneses no tuvieron noticia alguna, se trasladó al norte, a los territorios de Magdeburgo y Halberstadt. De esta manera Cristian, alejado de su base natural, tenía que enfrentarse ahora a dos ejércitos, no a uno. Inevitablemente se vio obligado a retroceder, y pudo evitar el desastre sólo porque Tilly y Wallenstein discutieron sobre los límites de su respectiva autoridad.

Cristian tenía ahora desesperada necesidad de ayuda, pero sus aliados se esfumaron. En primer lugar se produjo el colapso de la alianza anglo-francesa. A finales de 1624, ya antes de la intervención de Cristian, Richelieu había retirado su apoyo a la expedición de Mansfeld. Cuando el conde pisó la tierra de los Países Bajos con una leva de 12.000 ingleses en enero de 1625, no traía consigo otros planes de campaña que las órdenes estrictas de James I de que no debía comprometerse en acción militar alguna fuera del Palatinado. La disputa en torno a Mansfeld coincidió con la rebelión del hugonote duque de Soubise en el oeste de Francia. Richelieu pidió ayuda naval a Inglaterra y a las Provincias Unidas en pago de su con-

tinuado apoyo a la causa anti-habsburga, pero la cooperación en la represión de unos protestantes provocó una gran reacción pública en ambos países. Atrapado en los dilemas de la política confesional, Richelieu tomó otro derrotero y abandonó la guerra: se negó a hacer honor a sus compromisos con el duque de Saboya, que había invadido temerariamente Génova (aliada de España y nudo crucial en sus comunicaciones con el imperio), y acordó entregar Valtellina a España, manteniendo solamente unos nebulosos derechos de paso a favor de las tropas francesas (paz de Monzón, 5 de mayo de 1626). Pocos meses más tarde el gobierno francés rechazó formalmente entrar en la alianza anti-habsburga y, todavía peor, en marzo de 1627 concluyó una alianza con España para hacer la guerra a Inglaterra (véase *infra*, pp. 136-7). En represalia Inglaterra ofreció su apoyo a Soubisse, el líder hugonote, y en julio envió una expedición al mando del duque de Buckingham para fomentar la rebelión en La Rochelle. Durante más de un año esta ciudad-puerto fue el centro de atención de Europa: Inglaterra apoyaba a los hugonotes; España (dicho brevemente) y los holandeses (aún con más brevedad) prestaban su ayuda a Luis XIII y Richelieu, el cual dirigía las operaciones en persona. Hasta que La Rochelle se rindió, en octubre de 1628, Francia estuvo incapacitada para intervenir en asuntos de otras partes.

En el verano de 1625 Gustavo Adolfo, pues, abandonó la coalición y se embarcó en una campaña aparte contra el rey de Polonia, primero invadiendo el resto de Livonia y luego atacando la Prusia polaca. A la vista de la decisión de Gustavo, Brandenburgo volvió a la neutralidad. Y, cosa más seria todavía, el nuevo rey de Inglaterra, Carlos I, también ofrecía menos a sus aliados. Aunque en abril, justo después de su acceso al trono, había acordado conceder a Cristian IV un subsidio mensual en lugar de un contingente inglés para su ejército, la disolución del parlamento en 1625 debilitó gravemente su posición financiera. De hecho, la mayoría de los fondos disponibles se utilizaron para equipar la flota enviada a tomar Cádiz en noviembre, e incluso esto fue un fracaso miserable. Noventa barcos holandeses e ingleses, que transportaban a unos 9.000 hombres, no pudieron capturar la flota con el tesoro procedente de América, fueron incapaces de destruir ningún barco español que mereciera la pena y no pudieron hacerse con ninguna ciudad enemiga. La vuelta de la expedición derrotada a Inglaterra en noviembre, tras haber perdido treinta barcos y muchos hombres, en nada contribuyó a elevar el nivel de entusiasmo del país para una nueva aventura en el extranjero.

Así, en el otoño de 1625 fue sólo un resto de la gran alianza —Inglaterra, Dinamarca y las Provincias Unidas— el que de hecho envió delegados a La Haya para discutir la próxima campaña contra los Habsburgos. De entrada la delegación inglesa, encabezada por el duque de Buckingham, se centró en el intento de desviar alguna parte de las cargas financieras sobre sus aliados⁴². Pero en octubre Jacob Ulfeld, el jefe negociador por parte de Dinamarca, dejó claro que la aparición del ejército de Wallenstein había cambiado por completo la naturaleza del problema, porque, si el escenario de la guerra se trasladaba al norte de Alemania, los daneses muy bien podrían negociar una paz por separado con el emperador. El 9 de diciembre de 1625 se llegó a un compromiso: la convención de La Haya. Inglaterra y la república de Holanda prometieron pagar cada una 144.000 táleros a Dinamarca cada mes, y el ejército de Mansfeld entraría a formar parte de las fuerzas de Cristian⁴³. Se esperaba que Bethlen Gabor —por ahora sin contacto con Cristian IV— atacaría de nuevo al emperador, y Francia prometió pagar un subsidio al príncipe si así lo hacía.

Aunque coordinar y llevar a cabo operaciones transcontinentales no era cosa fácil en el siglo XVII, los aliados tomaron la decisión de una campaña ambiciosa para 1626. Mansfeld descendería por el Elba hasta Silesia, invadiría los territorios de los Habsburgos y se reuniría con Bethlen Gabor; estas fuerzas unidas atraerían tras sí a Wallenstein y lo derrotarían. La victoria imperial en el puente Dessau en abril de 1626 retrasó la partida de Mansfeld, pero en junio éste recomenzó su campaña y, de acuerdo con la información llegada a los cuarteles generales de Cristian, logró atraer tras sí a Wallenstein. En julio el rey se sintió muy animado al conocer la extensión de la revuelta campesina en la alta Austria (*infra*, p. 121), que exigió la intervención de unidades regulares del imperio y de Baviera para poder ser contenida. Y así en agosto, confiando en que sólo dejaba entre él y Viena al ejército de Tilly —similar al suyo en calidad y fuerza—, Cristian abandonó Wolfenbüttel. Sus fuerzas deberían formar uno de los

⁴² BL, MS. Harley 1584, f. 29-30, instrucciones a Buckingham sobre Dinamarca, 17/27 octubre de 1625. Al final el duque maniobró para convencer a los aliados de que se integraran las fuerzas mercedadas de Mansfeld en el ejército danés. (Mis gracias de nuevo al Dr. Adams.)

⁴³ El texto de la «convención de La Haya» puede encontrarse en L. Laursen (comp.), *Danmak-Norges Traktater 1523-1750 (Traité du Danemark et de la Norvège, 1523-1750)*, III (Copenhague, 1916), no. 38; cf. la introducción, pp. 620-37.

brazos de un movimiento de pinza gigantesco contra los territorios molares de los Habsburgos; el otro lo formarían Mansfeld y Bethlen. Pero Cristian fue superado en número y en estrategia: de hecho, Wallenstein había dejado detrás considerables fuerzas en la baja Sajonia, y Tilly contaba con todas las ventajas de su reciente experiencia militar. Cuando el 26 de agosto de 1626, tras varios días de laboriosas escaramuzas bajo la lluvia, Cristian presentó batalla a Tilly en Lutter-am-Barenberg, el lacónico registro del diario del rey referido a este día dice: «Luchado con el enemigo y perdido. El mismo día parto para Wolfenbüttel». A su ejército, en caótica retirada bajo una presión constante del enemigo y abandonado por su comandante, tal comentario le habría parecido una suerte de subestimación⁴⁴.

Lo que sucediera exactamente en Lutter ha quedado oscurecido por la plétora de panfletos que inmediatamente después de la batalla produjo la cancillería de campo de Tilly, todos ellos dedicados a subrayar lo inevitable de la derrota para unos herejes que se enfrentaban al emperador legítimo y a su leal huésped. En cambio, la propaganda protestante parece haber echado las culpas —por razones políticas internas— a la defección de la caballería en el momento crucial y a las emboscadas tendidas tras las líneas de Cristian. Por lo que alcanzamos a ver, la victoria de Tilly se debió no tanto a la superior calidad de sus tropas cuanto a graves errores tácticos en el bando del rey. En todo caso, de lo que no hay duda es de la importancia que tuvo Lutter: la frágil unidad del círculo de la baja Sajonia se vino abajo y, con ello, no había ya nada que parara a las fuerzas católicas para invadir Dinamarca. Si la campaña decisiva se retrasó hasta 1627, fue sencillamente para permitir a Wallenstein y al nuevo ejército imperial tener su parte en el botín.

Mansfeld no había tenido mayor éxito que Cristian. Cuando el 3 de septiembre de 1626 se enteró de la derrota de su colega, él se hallaba en Silesia, en plena persecución por parte de Wallenstein. Privado de su vía de escape hacia el norte, tomó la decisión de reunir inmediatamente sus fuerzas con Bethlen Gabor. Así lo hizo en una semana. Muy poco después llegaron algunos contingentes enviados por el gobierno otomano, y el 30 de septiembre los extraños aliados se volvieron para hacer frente a los im-

⁴⁴ Véase, sobre la batalla, la interesante reconstrucción de K. J. V. Jespersen, «Slaget ved Lutter am Barenberg, 1626», *Krigshistorisk tidsskrift*, IX (1973), 80-9.

periales. Pero no hubo batalla porque Wallenstein (cuyas tropas habían sufrido severas privaciones en su rápida marcha hacia Hungría) no tenía hombres suficientes y Bethlen Gabor (que había llegado al campo de batalla tarde) carecía de armas bastantes. Fue la última oportunidad de una gran victoria para el transilvano: unas pocas semanas después le llegaron noticias de que los turcos habían sufrido una derrota masiva en el cercano oriente (a pesar de un asedio que duró casi un año, el ejército otomano no llegó a reconquistar Bagdad, que le habían arrebatado los persas en 1624). Bethlen comprendió de golpe lo importante que este revés era para sus planes. «Veo que tengo que hacer la paz», fue su comentario inmediato: desprovisto de ayudas de occidente por mor de Lutter, y ahora, por causa de Bagdad, sin apoyos de oriente, no podía arriesgarse a hacer frente solo a los Habsburgos. La paz de Bratislava fue firmada a comienzos de 1627, y Wallenstein se trasladó en dirección noroeste hasta Mecklenburg, Pomerania y, por último, Jutlandia.

Ahora el emperador exigía por la paz un precio impresionante. Los ducados de Mecklenburg, que habían apoyado a Cristian, fueron desposeídos de sus títulos sumariamente, y se dio a Wallenstein el ducado dejado por ellos. A Cristian se le requirió que cediera toda la Jutlandia, se le exigieron reparaciones desorbitadas y se le pidió que renunciara para siempre a sus territorios dentro del imperio. Demandas tan extremas iban demasiado lejos. Cristian no quería aceptarlas, y sus aliados no eran capaces de obligarlo. Inglaterra y la república de Holanda, que vieron en una paz por separado entre Dinamarca y el emperador el preludio del colapso de su causa, hicieron nuevos envíos (aunque limitados) de hombres y de dinero. Gustavo Adolfo firmó una alianza defensiva con su anterior rival e incluso mantuvo un incómodo encuentro personal con él en la frontera común en febrero de 1629, aparentemente con intención de asustar al enemigo. Pero para entonces estaba claro que la posición imperial, tan impresionante a finales de 1627, había empezado a agrietarse. Los esfuerzos de Wallenstein para crear una flota imperial en el Báltico, con ayuda española, se fueron a pique cuando no cooperaron ni Polonia ni los puertos hanseáticos. Su intento de abrir un canal entre el Báltico y el Mar del Norte, que permitiría navegar evitando los peajes del Sound, no pasó de ser un sueño imposible. Más importante: el ejército imperial no llegó a hacerse con las islas danesas, condición previa necesaria para su completa rendición, y fue incapaz, a pesar de un asedio prolongado (véase *infra*, p. 129), de conquistar el puerto de Stralsund, que abrigaba una flota ya dispuesta.

Mientras Wallenstein se esforzaba sin éxito en conseguir sus objetivos, el coste de su ejército se hizo intolerable para los estados germanos. Estaba claro que el imperio necesitaba la paz tanto como Dinamarca, y por eso comenzaron las negociaciones en serio en Lübeck. Ahora ya no hubo problemas con las reparaciones de guerra o la cesión de territorios. Con la paz, en mayo de 1629 Cristian recuperó todos los territorios que había perdido y vio confirmado su derecho a cobrar peajes en el río Elba. A cambio, el rey prometió no interferir nunca más en los asuntos internos del imperio: un compromiso puramente personal que no afectaba a los parámetros políticos con los que él podía operar —y de hecho operaba— en nombre de sus sucesores.

De esta manera acabó el intermedio danés. Cuánto costó exactamente, es difícil de calcular. Cristian IV, que ni siquiera intentó que sus fuerzas sacaran provecho del territorio, como los ejércitos de Wallenstein o Tilly, gastó en comparación más de su propio dinero y del de su reino: 2,6 millones de táleros pasaron por su tesorería sólo durante los dos años de la guerra continental. La mayor parte de dicha cantidad se recaudó en Dinamarca; los subsidios extranjeros no empezaron a llegar hasta la primavera de 1625, y sólo fueron satisfechos de mala gana y parcialmente (del subsidio inglés, sólo se pagaron 547.000 táleros). La cantidad no incluye las sumas pagadas por Cristian mismo o por las potencias occidentales a aliados como Mansfeld. En 1628 el consejo restableció la tutela financiera sobre el rey: los impuestos para fines bélicos sólo se votaban a condición de que fueran administrados por una comisión especial elegida por el consejo. Así se hizo con los 700.000 táleros (más o menos) recaudados para pagar los atrasos de las unidades en Dinamarca, o para disolverlas. Cuando se hubo pagado todas las facturas, el gobierno se encontró con considerables deudas tanto en el interior como fuera, de modo que la aventura de Cristian pudo costar a sus reinos entre 6 y 8 millones de táleros en total⁴⁵.

Era un golpe serio, pero no deben exagerarse sus consecuencias a largo plazo. Es cierto: Jutlandia (en particular, sus bosques) fue devastada, su población fue obligada a pagar 2 millones de táleros, sólo en cuatro meses, al ejército imperial de ocupación. Por eso la guerra dejó tras sí

⁴⁵ Petersen, «Defence, war and finance», basado en un estudio de los legajos reales de guerra del *Rigsarkivet*, Copenhague.

mucha pobreza y todo un legado de tensión social dirigida, no en último término, contra los nobles, que se «pusieron a salvo», ellos, escapando a las islas. Las escasas cosechas, las epidemias y unos fuertes impuestos empeoraron una situación ya mala. Pero la crisis posbélica no duró mucho. La continua guerra en Alemania supuso un mercado para los productos agrícolas daneses que enriqueció a ambos, a mercaderes y agricultores de cierta importancia, hasta que la diplomacia sueca de Cristian provocó el ataque relámpago de Lennart Torstensson a Dinamarca en 1643 (véase *infra*, 227).

Si la guerra no infligió a Dinamarca un daño permanente, ¿cuáles fueron sus efectos sobre el rey? Nuevamente la respuesta ha de ser negativa. En el plano internacional las derrotas de Cristian lo desacreditaron, mientras que la victoriosa intervención de Suecia después de 1630 (con el apoyo de franceses, rusos y holandeses) aseguró a ésta el *dominium maris Baltici* y le permitió rodear a Dinamarca: justo lo que Cristian había luchado por evitar. La guerra demostró, por primera vez, la vulnerabilidad de la frontera sur de Dinamarca. Más bien pronto que tarde otros aprovecharían esta debilidad. En el plano interior rey y consejo reconocieron que ahora habría que gastar más en defensa, «dado que... la amenaza está cada vez más cerca de nuestras fronteras»; pero no lograron ponerse de acuerdo sobre quién habría de dirigir la política exterior y controlar los impuestos⁴⁶. En 1629 Cristian chantajeaba al consejo para que aprobara unos impuestos por valor de 1 millón de táleros «para recompensar los gastos por él hechos en nombre del reino durante la guerra», amenazando con que, si no, él no ratificaría la paz de Lübeck. Aparentemente, con esta maniobra el rey intentaba recuperar su independencia económica de antes de la guerra; no lo logró, por la sistemática negativa del consejo. En 1637 sus «diez toneles de oro» —como decían sus contemporáneos— habían desaparecido, y la necesidad de establecer un ejército permanente permitió por primera vez a los estados, que se resistían al aumento explosivo de los impuestos, insistir con éxito en que ellos supervisarían la recogida de tasas para fines militares mediante una comisión de nobles elegidos⁴⁷. En 1645,

⁴⁶ S. Heiberg, «De ti tonder guld: Rigsrad, kongemagt og statsfinanser i 1630'erne» [Los diez toneles de oro; consejo de estado, monarquía y finanza pública en los 1630], *Historik tidsskrift [Dansk]*, LXXVI (1976), 39 ss.

⁴⁷ *Ibid.*, 49-57; sobre las consecuencias sociales y económicas del período postbélico véase E. Ladewig Petersen, *Fra rangssamfund til stanssamfund, 1550-1700: Dansk socialhistorie*, III (Copenhague, 1980), 317-413. Véase también *infra*, pp. 256-7.

tras una segunda y mucho peor guerra, estos comisionados lograron también el control del gasto militar. Tales sucesos —con la ayuda de la depresión económica de la década de 1640— fueron los que, más que las consecuencias inmediatas del intermedio danés, dieron inicio al período de declive del país.

¿Qué había conseguido, pues, el intermedio danés? Cristian fue desacreditado y derrotado; Carlos I, cuyas hambrientas tropas se rindieron en abril de 1628, se retiró, efectivamente, de la guerra; Mansfeld y Bethlen Gabor, aunque técnicamente no vencidos, fueron obligados a retirarse de la guerra y ambos murieron en 1629. Para entonces la causa protestante estaba en ruinas, pero al final sobrevivió. También se transformó. Quienes habían defendido que la causa del Palatinado coincidía con la protestante se salieron con la suya; los líderes de Europa, católicos y protestantes, estaban ahora convencidos de que los problemas de la década de 1620 se debieron a algo más que la ambición y la terquedad de Federico V. Y esta nueva visión no tuvo su origen, en su totalidad, en la propaganda de los exilados del Palatinado o de sus aliados. Debió mucho más a las acciones y manifestaciones de los victoriosos Habsburgos y sus seguidores, que no dejaron en Europa duda alguna de que tenían la intención de aprovechar sus éxitos al máximo. Después de un siglo a la defensiva, los católicos de Alemania tenían muchos puntos que dejar claros.

Capítulo III

Los Habsburgos victoriosos

Nunca desde la Reforma se habían puesto efectivamente de acuerdo los principales estados católicos de Europa para extirpar la herejía. Carlos V se había encontrado permanentemente con la oposición de Francia y, ocasionalmente, del papado; Felipe II había sido casi tan necio con sus seguidores católicos como con los protestantes. Después de 1619, en cambio, Fernando pudo contar por un tiempo con el apoyo activo de España, Francia, Polonia, los católicos germanos y los estados más importantes de Italia en sus guerras contra rebeldes y herejes. Gradualmente, es verdad, estos aliados fueron desgajándose: Polonia y Francia en 1621; el papado y la mayor parte de los estados de Italia en 1623; pero el eje Viena-Bruselas-Madrid, con la ayuda sólo de la Liga católica alemana, continuó derrotando a sus enemigos protestantes. De hecho incluso fueron capaces de montar impresionantes operaciones conjuntas en los Países Bajos y en Italia, aunque muchos de los consejeros de Fernando mantenían serias dudas sobre lo prudente de ayuda tan abierta a España.

Aunque en las historias de la guerra de los treinta años se ha hecho convencional ver los sucesos de los años 1620 principalmente con los ojos de los derrotados protestantes, semejante forma de ver las cosas es distorsionada y engañosa. No tiene en cuenta la paciente labor de los vencedores para convertir en algo permanente su triunfo temporal, primero en los territorios de los rebeldes reconquistados y luego en el imperio en general. Ni tampoco explica cómo tales actuaciones, continuadas durante toda una década, provocaron en realidad el aislamiento de los Habsburgos de modo que pudieron llegar a ser derrotados de forma decisiva. Por eso es esencial reexaminar la primera década de la guerra desde el punto de vista católico, aunque ello implique asomarse de nuevo a ciertos aconte-

cimientos, como los cruciales asedios de La Rochelle y Stralsund en 1628; porque tal coincidencia puede tener una importancia totalmente diferente de ser vista con ojos católicos y no con ojos protestantes.

1. LA VISIÓN IMPERIAL

El año 1620 representa un punto de inflexión en la historia de la Europa central. Pero no por el breve y confuso encuentro en el campo de batalla de la Montaña Blanca, sino por la apresurada y cobarde retirada de Federico del Palatinado. El emperador Fernando II tomó una serie de decisiones a raíz de su victoria que cambiaron notablemente la naturaleza de la soberanía de los Habsburgo en sus propios territorios, y también hizo mucho más aceptable una guerra prolongada en Alemania.

En Bohemia sus lugartenientes pusieron en marcha un programa que combinaba persecución y reorganización. Aunque caóticamente ejecutado en ocasiones, el plan tenía la marca de una consistencia de base. Primero quienes habían participado activamente en la rebelión fueron rebajados, luego la mayoría de los opositores ideológicos peligrosos, los ministros calvinistas, fueron expulsados, seguidos enseguida por los luteranos. Vino después el asalto a las ciudades protestantes y, finalmente, en 1627-8, toda la nobleza tuvo que elegir entre conversión y exilio. Mientras tanto, asesores imperiales de confianza sacaron una constitución revisada para Bohemia y Moravia con el fin de consagrar y perpetuar los nuevos poderes reales: un gobierno habsburgo hereditario, con mayores derechos legislativos y judiciales; la abolición de la tolerancia religiosa; los funcionarios eran responsables ante el soberano más que ante los estados; la exclusiva prerrogativa del rey de conceder título nobiliario y, en consecuencia, de traer extranjeros a la administración; igualdad entre el idioma alemán, que predominaba en la corte, y el checo, que predominaba entre el pueblo. Y aunque Bohemia, como foco principal de contumacia, recibió el tratamiento de mayor severidad, tramaron traslados por todos los territorios habsburgos para proscribir a los protestantes y forzar la adhesión a las nuevas líneas políticas. En la alta Austria una mezcla de ocupación bávara y de contrarreforma imperial desató en 1626 los más violentos disturbios de campesinos de la guerra de los treinta años.

El hombre que estuvo detrás de esta política siempre ha desconcertado a los historiadores. Y no es para sorprenderse, ya que sus propios con-

temporáneos tuvieron juicios muy diversos de Fernando. Algunos lo encontraban cordial y afable; no era, desde luego, insociable y podía encantar incluso a quienes desaprobaban sus acciones. Otros resaltaban más bien su dureza e inflexibilidad. Algunos lo veían independiente, mientras otros insistían en el papel (bueno o malo, según los gustos) de sus confidentes. Pero en una cosa podían todos estar de acuerdo: las convicciones católicas del emperador llegaban a pasión arrolladora. Oía misas a todas las horas del día y de la noche; reverenciaba a la Santa Virgen y las reliquias de los santos; concedía conspicuos favores a los sacerdotes y a las instituciones de la iglesia, especialmente a sus monasterios; participaba en peregrinaciones y en duros ejercicios de penitencia; su vida privada era un modelo de piedad y de virtud familiar. Pero su devoción no es que fuera algo simplemente conocido por el común de la gente; fue públicamente exaltada, sobre todo al final de su vida, en un célebre panegírico por boca de su confesor, el jesuita Lamormaini. De hecho, su fe ascética se halla en la raíz de toda la actividad política del emperador. No en vano restituyó al clero la primera plaza dentro de la jerarquía constitucional de Bohemia tras la Montaña Blanca. Si bien tenía la certeza de que la herejía siempre engendraría insubordinación en sus reinos, la resolución de extirparla era primero.

Para entender el drama de los años 1620 tenemos que volver a los orígenes políticos de Fernando. Porque sólo unos años antes este señor de la guerra internacional, el rey-emperador emparentado por matrimonios familiares con España y Polonia, Baviera, Mantua y Toscana, había sido simplemente un archiduque joven, que gobernaba en la provinciana Estiria bajo la égida general de la casa de Habsburgo. No puede haber duda alguna de que Fernando quedó moldeado por tal experiencia y que la capital de la Austria interior, Graz, siguió ocupando un lugar de honor entre sus afectos: él personalmente vigiló la construcción en ella de un mausoleo, donde sus restos serían enterrados en 1637. De joven fue testigo de la fiera lucha de sus padres, especialmente de su celosa, formidable, madre bávara, contra los despóticos, engreídos, líderes de los estados protestantes estirios. Había observado cómo, en tales circunstancias, la consolidación del príncipe tenía que ir codo con codo con la consolidación católica, rompiendo el mal trabado grupo opositor de nobles, burgueses y pastores, cuidando a los pusilánimes mediante formas diversas de persuasión material y espiritual, y con la ayuda sobre todo de una universidad de los jesuitas recién fundada. Al llegar a su mayoría de edad, fortalecido con

una visita al santuario de Loreto y un encuentro con el papa, Fernando se propuso perfeccionar los métodos de contrarreforma política. Entre 1599 y 1602 sus emisarios, laicos y clérigos, visitaron ciudades y pueblos, obligando a entrar en la iglesia romana. Los ciudadanos tenían que hacer profesión de fe católica, presentar pruebas de haber sido absueltos en confesión y deshacerse de libros y escuelas sectarios. Quienes se mostraban reacios se veían obligados a acompañar a sus ministros protestantes en el camino del exilio.

Mereció la pena arriesgarse. Como consecuencia, la provincia del sur de Austria se mantuvo obediente a la voluntad de los Habsburgos; la nobleza, aunque siempre predominantemente luterana, quedó aislada y pacífica. Ni los excitantes acontecimientos de 1608-9 ni la posterior insurrección la incitaron a la deslealtad. Fernando, por su parte, seguro ahora de cumplir una misión al servicio de la madre iglesia, aprovechaba el tiempo e intrigaba con la facción extrema, hispano-bávara, de la corte de sus primos imperiales, Rodolfo y Matías. Al hacerse con la sucesión, volvió a Viena ansioso de imponer semejante código de buena conducta en una patria más extensa. Curiosamente, muchos de sus socios más cercanos también habían accedido a la madurez política en Graz: el canciller Werdenberg, el confesor Lamormaini y, sobre todo, el astuto y hábil primer ministro Eggenberg. En muy pocos años se repitió exactamente el mismo modelo: comisarios, pases por confesión y juramentos, educación dominada por los jesuitas y censura, mezcla de halagos a los de nivel social más alto con inflexibles ataques a los disidentes. Ahora los últimos herejes de Estiria, también, por refinado que fuera su pedigrí, tenían que optar. Cientos de ellos siguieron su conciencia emigrando a Alemania.

La solución resultante ha sido llamada frecuentemente «absolutismo confesional». El término puede servir, pero debemos interpretarlo más bien en sentido negativo, es decir, en cuanto que muestra lo que no es. En primer lugar, no se trató de un ideal político abstracto. Las ideas de Fernando podían ser absolutamente legalistas, una especie de conservadurismo radical que defendía que los estados protestantes de Europa central jamás habían poseído derechos constitucionales y que por tanto podían ser desposeídos de los que aparentemente tenían según su voluntad soberana. Pero en vano buscaría uno entre las miles de páginas reunidas por el conde Khevenhüller, el leal diplomático y cronista del emperador, una formulación teórica de semejante principio, del mismo modo que en 1619 Viena no encontró a nadie que pudiera refutar debidamente la bien argumenta-

da *Apología* de los rebeldes bohemios. Aparte de las sobras que le cayeran de algunas autoridades jesuíticas durante su impecablemente ortodoxa formación en la universidad bávara de Ingolstadt, la mente de Fernando era inocente en filosofía. Por decisión estaba casado con la inventiva práctica.

En segundo lugar, el absolutismo confesional no era una teocracia. Por mucho que pudiera confiar en la intervención divina, a sus seguidores del clero terrenal los tuvo atados en corto. En particular eran muy exageradas las historias de sus enemigos sobre el dominio de los jesuitas, y el poder que Fernando depositara en ellos y su gente lo depositó consciente y voluntariamente. Toda su vida fue consciente de la inseparabilidad de iglesia y política cuando estaban en juego temas como la soberanía en territorios eclesiásticos. Sus primos bávaros gobernaban en una serie de sedes alemanas, y sus hermanos más pequeños, Leopoldo y Carlos, habían llegado a obispos ambos a temprana edad. La causa inmediata de la rebelión bohemia está precisamente en esa mezcla de las esferas clerical y laica: si los protestantes podían ahora (a raíz de la Carta de Majestad) construir iglesias en territorios pertenecientes a la corona, ¿tenían también derecho, por ello, a construirlas en estados monásticos? Cada vez que Fernando defendió que las posesiones católicas eran en ese sentido inviolables, no le cabían dudas sobre el corolario práctico (aunque sin consistencia teórica): que un soberano *católico* podía intervenir en ellas. Cuando Melchor Khlesl, consejero durante mucho tiempo al servicio de Matías y el brazo más potente de la contrarreforma austríaca hasta entonces, intentó, como hombre de estado con experiencia, negociar un acuerdo con los insurrectos, Fernando lo detuvo y lo encerró a la fuerza en una alejada abadía. Ni siquiera le arredró plantar cara a la misma Roma (adonde Khlesl se retiraría a la larga enojado). El distanciamiento entre Fernando y el papa Urbano VIII se convirtió en un factor internacional importante durante los años 1620 y 1630. El edicto de restitución tenía perfecto sentido, para Viena por lo menos, como expresión de la voluntad imperial soberana, aunque causara entre algunos católicos casi tanta irritación como entre los protestantes.

Finalmente, el absolutismo confesional no implicaba una verdadera concentración de poder ni una clara idea de un «imperio habsburgo» independiente. La década de 1620 asistió, de hecho, al nacimiento de un nuevo órgano administrativo, la cancillería de la corte austríaca, pero tal título no implicaba (en este estadio) una entidad política nueva —no era el

objetivo burlar la autoridad del archicanciller de Alemania, el elector católico de Maguncia— ni, menos, una forma radicalmente nueva de llevar los asuntos. En Tirol y Alsacia Fernando permitió, felizmente, a su hermano Leopoldo (dispensado ahora de sus votos clericales) gobernar casi con plenos poderes; y cuando Leopoldo murió en 1632, los asumió su viuda, una princesa italiana. En la misma Bohemia, una vez calmada la sed, se vio cómo las anteriores instituciones de gobierno permanecieron en gran medida intactas. En todas partes sobrevivieron e incluso prosperaron los estados locales, siempre que adoptaran una actitud católica y leal.

A pesar de todas las expulsiones y la ola de nuevos nobles durante la década de 1620, el sistema de gobierno habsburgo no creó una nueva élite social. Unos pocos aventureros militares y favoritos cortesanos lograron una posición consistente, mientras que con frecuencia los nuevos títulos vinieron a dar lustre a familias que tenían ya algún tipo de poder dentro de la monarquía. Las políticas habsburgas siguieron siendo ejecutadas sobre todo por los notables locales (precisamente algo más oligárquicos que antes), que las adaptaban para adecuarlas a sus circunstancias esencialmente provincianas. Fernando, al recordar las peligrosas confederaciones protestantes de los años anteriores a 1620, muy bien pudo pensar que un gobierno eficiente y centralizado de reinos tan diferentes fácilmente podría suscitar, como respuesta, una oposición internacional y también cohesionada. Aparte de lo dicho, faltaban en los territorios habsburgos otros dos elementos vitales para cualquier absolutismo real digno de tal nombre. No existía una red formada de financieros o empresarios. De hecho, el emperador había hecho ya lo mejor para paralizar la vida comercial al destruir la burguesía protestante (aunque mostró cierta complacencia hacia los judíos). Al final de su reinado Fernando incluso nombró a dos abades para presidentes de su tesorería: el estado contrarreformista todavía era concebido más bien como un gigantesco latifundio monástico. Y a la vez el ejército no ejercía una influencia pública excesiva. El propio Fernando apenas si contaba con credenciales de soldado mejores que sus inmediatos predecesores imperiales. El conjunto del episodio Wallenstein delata la falta de canales sólidos de control militar, y también que las tropas imperiales (como las de otros países) tendían a ganar batallas a pesar de —y no porque— se intentara imponer sobre ellas una autoridad religiosa o moral.

Así, la monarquía habsburga revivida sólo sufrió una moderada cantidad de cambios estructurales. En los 1630 las nuevas sanciones idelógicas

del poder civil, junto con sus triunfos fuera, tendieron a ocultar las ya poco profundas raíces del edificio. Pero un tendón de Aquiles cobró bastante evidencia: la Hungría real. En Hungría la amenaza turca había desaparecido por entonces, y había sido reemplazada por una rebelión contra Austria en ámbitos claramente protestantes. Los príncipes de Transilvania Bethlen Gabor y Jorge Rakoczi, calvinistas bien relacionados con los otomanos, tuvieron poca dificultad en asegurarse la lealtad de la clase gobernante sobre la mayor parte del área controlada por los Habsburgos, a pesar de la elección de Fernando como rey en 1618, justo unas semanas después de la defenestración de Praga. La contrarreforma en Hungría, que contribuyó mucho a que fraguara tal desafección, operó en favor de que se detuviera el curso de la rebelión durante la década de 1620, gracias al liderazgo del infatigable palatino Nicolás Esterházy y del brillante polemista arzobispo Pázmány. Pero la situación siguió siendo frágil: ni siquiera en la iglesia católica podía tenerse siempre confianza, y Esterházy y Pázmány tenían diferencias entre sí en cuestiones de principio. En ausencia de profundas reservas en cuanto a lealtad, la obediencia al régimen de Fernando estaba condicionada aún al buen comportamiento. Hungría, de todos modos, podía ser pacificada (había listos planes para ser ejecutados más tarde) sólo si los Habsburgos podían retirarse de Alemania. Pero esta antinomia era irreal para Fernando II. Su más grande acto de fe, fe en su propia vocación divina, implicaba exigir completo el patrimonio del emperador cristiano. Al lado del esplendor del legado de Carlomagno, las espinas en la santa corona de San Esteban parecían una simple molestia provincial.

Cualquier relato de la reconstrucción de la católica Austria tiene que centrarse en Fernando II. ¿Pero qué pasa con su bien dotado hijo Fernando III, al que la posteridad ha olvidado de forma tan continuada?

El joven Fernando fue criado en la lucha: nació el año en que Matías se levantó en armas contra Rodolfo; fue coronado rey de Hungría durante una pausa en las campañas contra Bethlen Gabor; fue rey de Bohemia el año de la nueva constitución; y luego fue el primer Habsburgo austríaco, durante generaciones, que dirigió personalmente, en Nördlingen, una victoria militar importante. A raíz de su ascenso al trono en 1637 tuvo que poner manos a la obra, a pesar de su dedicación en privado a ocupaciones intelectuales y artísticas (él fue, por ejemplo, el fundador de la tradición de la práctica musical en su familia). Pero en la gobernación Fernando III demostró ser aún menos genuinamente innovador que su padre. Los cam-

bios de acento fueron vacilantes y menores. Con su estilo poco espectacular el nuevo emperador simplemente confirmó la gradual tendencia hacia una monarquía más danubiana, ortodoxa, con base en Viena, autosuficiente en su conjunto e interdependiente en sus variadas partes.

Naturalmente, luchar por Alemania seguía mereciendo la pena. Pero ahora el objetivo más crucial era asegurarse los logros conseguidos por la contrarreforma despidiendo a los suecos, con sus propios planes respecto de Europa central y su continuado apoyo a los protestantes emigrados. Fernando, al final, se conformó con un mínimo de propósitos fuera, para tener con seguridad manos libres más cerca de casa. En 1648 a los Habsburgos les quedaban, de un lado, unas instituciones de estado semiconsolidadas frente a Alemania, en las que su esfera de influencia se había contraído, y, del otro, Bohemia y Hungría, donde aquélla se había ensanchado en la misma medida. Pero si a la casa de Austria le faltaba aún la sustancia del poder absoluto, ahora podía por lo menos perseguir su sombra sin estorbos.

2. LA PRÁCTICA DEL ABSOLUTISMO I: 1521-1526

La primera consecuencia de la victoria de Fernando II sobre sus rebeldes que notó la mayor parte de la gente ordinaria, fue el colapso de la moneda. Ya durante el gobierno de los estados, la moneda de Bohemia se había devaluado con el fin de que la misma cantidad de plata diera más de sí. Pero la escala de tal operación fue modesta en comparación con la del nuevo régimen, encabezado por el lugarteniente de Fernando, Carlos von Liechtenstein: en el año 1621 se llevó a cabo una devaluación del 25 por ciento. Mas también esto fue poca cosa comparado con 1622. En enero de este año se firmó un contrato entre la hacienda imperial y un consorcio de quince súbditos prominentes de Fernando en el que se acordó alquilar todas las cecas de Bohemia, Moravia y la baja Austria y controlar la acuñación de moneda durante un año. El consorcio, cuya composición se mantuvo tan en secreto que incluso hoy sólo es posible identificar con certeza a cinco de sus miembros, consiguió destruir totalmente la economía bohemia en su breve período de actuación. El mercado se vio inundado con 34 millones de táleros en moneda del consorcio, cuyo valor nominal era un 25 por ciento más alto pero con un contenido en plata drásticamente reducido. Se llevó a cabo una devaluación de entorno al 90 por ciento, que hizo casi imposible cambiar la moneda del consorcio (conoci-

da como «moneda larga») fuera de los territorios Habsburgo. Mientras que en 1618 un tálero imperial valía 90 cruceros bohemios, el índice de cambio comercial en 1623 era de 675 cruceros. Pero no paraba ahí la cosa: algunos miembros del consorcio eran a la vez miembros del «tribunal de confiscaciones», creado a finales de 1620 para enjuiciar a los acusados de haber apoyado la rebelión. Fueron procesados más de 1.500 terratenientes, y casi la mitad de ellos resultaron condenados a perder todas o parte de sus tierras. El tribunal, invariablemente, confiscó la propiedad entera de los sospechosos de implicación en la rebelión y, si sólo se declaraba prenda una parte —la mitad, una cuarta parte, etc.—, la tierra restante no se devolvía, sino que el valor calculado se pagaba en «monedas largas». Esto significó la ruina incluso de aquellos nobles cuya propiedad sólo había sido confiscada parcialmente (tal vez 600 en total), y la pérdida de casi todo el territorio de los pueblos. Para cuando quedaron disueltos el tribunal y el consorcio se había acabado en Bohemia el poder tanto de los nobles como de los pueblos, y la economía del reino se hallaba tan maltrecha por la falta de una moneda sólida que los estudiantes se vieron obligados a ausentarse de escuelas y universidades, quienes dependían de jornales en dinero o de pensiones se vieron sin nada y artesanos y comerciantes sólo podían hacer trueques con sus mercancías («No vamos a vender buena carne por una moneda que no sirve para nada», protestaban los carniceros). En su *República de Bohemia*, publicada en 1633, Pavel Stánsky escribió:

«Fue entonces cuando aprendimos por primera vez... que ni la peste ni la guerra ni incursiones hostiles llegadas de fuera al país, ni el pillaje ni el fuego podían hacer tanto daño a la buena gente como los frecuentes cambios del valor de la moneda»¹.

¹ El estudio más actualizado sobre la cuestión es A. Klima, «Inflation in Bohemia in the early stage of the seventeenth century», en M. Flinn (comp.), *Seventh International Economic History Conference* (Edimburgo, 1978), 374-386. Los datos sobre la composición de la nobleza bohemia están tomados de Poliseský y Snider, *War and society in Europe 1618-1648*, 202-16, y F. Snider, «The restructuring of the Bohemian nobility in the seventeenth century». Naturalmente, hubo excepciones a este negro cuadro, como los territorios propiedad de Wallenstein (la *terra felix*, como se los llamaba). De ahí que la exportación de cereales de Bohemia a Sajonia, con una media anual de 1.800 toneladas en 1597-1621, bajara ya a 1.300 toneladas en 1629-43 (cf. V. Sadova, «Eksport czeskiego zboża do Niemiec...w okresie przed Białą Górą», *Roczniki dziejów społecznych i Gospodarczych*, XXII [1960], 37-47).

La confusión monetaria creada por tales acontecimientos no fue posible confinarla a Bohemia. Por doquier se hicieron imitaciones de las «monedas largas» del consorcio por parte de gobernantes deseosos de aumentar sus ganancias con la acuñación. De 1621 a 1623 las monedas del imperio conocieron un absoluto desorden. En algunos sitios ni siquiera el gobierno pudo aguantar el temporal. Los funcionarios de la hacienda local de Nördlingen, en Suabia, por ejemplo, se consideran ya incapaces de calcular los totales de ingresos y gastos municipales: tan rápidamente cambiaba el valor de las monedas después de 1621 que se limitan simplemente a registrar las diferentes entradas e intentan almacenar en sus cofres todas las monedas de plata que les era posible². En muchos lugares, especialmente en Sajonia, hubo motines en contra de unas autoridades públicas que no lograban dar estabilidad a la moneda. Y, sobre todo en Alemania, canciones y poemas conservaron el recuerdo del *Kipper- und Wipperzeit* («época de sube y baja»), cuando, durante dos años, el imperio obligó a mantener una calderilla estándar³.

Mientras su posición económica sufría, como vemos, un serio ataque, en muchas partes del imperio la gente se hallaba sometida además a una presión de otro tipo: la recatolización. El ritmo de esta operación fue más lento que el de la remonetización, pero sus efectos, más duraderos. En el alto Palatinado, por ejemplo, conquistado por las tropas de Maximiliano de Baviera en 1621, el catolicismo no se practicaba desde los años 1540, de forma que los primeros sacerdotes que volvieron a celebrar misa —dos jesuitas capellanes del ejército— tuvieron dificultades para encontrar los accesorios necesarios, como algún cáliz. La recatolización fue lenta hasta 1625, no en último término porque la administración siguió en manos de funcionarios de Federico V, la mayoría de ellos calvinistas; pero al final

² Friedrichs, *Nördlingen*, 27 n. 45.

³ Sobre las fluctuaciones de la moneda al comienzos de los años 1620 cf. Kindleberger, «The economic crisis of 1619 to 1623»; W. A. Shaw, «The monetary movements of 1600-21 in Holland and Germany», *Transactions of the Royal Historical Society*, new series IX (1895), 189-213; Friedrich, *Nördlingen*, 27-8, y F. Redlich, «Die deutsche Inflation des frühen 17. Jahrhunderts in der zeitgenössischen Literatur: die Kipper und Wipper», en H. Kellenbenz (comp.), *Forschungen zur internationalen Sozial- und Wirtschaftsgeschichte VI* (Colonia y Viena, 1972). Es de notar que, de cuarenta publicaciones, más o menos, condenando la inflación, todas ellas hechas por luteranos, trece fueron tratados populares, once fueron escritas por clérigos y dieciséis se debieron a juristas (que condenaban la acuñación de moneda barata desde el punto de vista de la norma constitucional).

éstos fueron purgados, y en Amberg, la capital del territorio, se abrieron, iglesias y una escuela católicas y una misión de los jesuitas. Luego, en 1626, fueron expulsados los pastores calvinistas, y en 1628 incluso a los luteranos se les dieron seis meses para convertirse o irse, y el clero católico introdujo las clases de catecismo obligatorias para todos. Al año siguiente las autoridades bávaras adoptaron un plan para una jerarquía permanente, que se empezó a poner en práctica inmediatamente. La comunidad católica de Amberg pasó de 1.000 personas en 1625 a 5.000 en 1629 y (después de algunas mermas en los años 1630) a 10.000 y más en 1645⁴.

El progreso a través de las fronteras de los territorios habsburgos fue igualmente lento. Aunque los católicos, apoyados al máximo por Fernando, tuvieron bastante éxito en cuanto al cierre de las iglesias de sus rivales protestantes, durante un tiempo parecieron incapaces de sustituirlas. Todavía en los años 1640 aproximadamente la mitad de las parroquias de Bohemia carecían de cura, y hubo que traer para ayudar a sacerdotes polacos (cuya lengua no siempre entendían las comunidades checas). En Moravia, en 1635, había todavía sólo 257 clérigos residentes (la mayoría del clero regular) para atender a 636 parroquias, mientras en Hungría frecuentemente hubo que renunciar a los requisitos normales para ser ordenado con tal de asegurar un número respetable de sacerdotes⁵. En la Alta Austria, como veremos, el gobierno consideró necesario importar sacerdotes italianos para engrosar el pequeño número del clero católico local.

Lo mismo pasó más al oeste. La recatolización en Renania fue dirigida por Felipe Cristóbal von Sötern, obispo de Speyer y antiguo partidario de la Liga, que había sido llevado al exilio en 1621 por los ejércitos que defendían el Palatinado renano para Federico V. Aparte de desgracias e incomodidades, él calculaba que la guerra había causado pérdidas en sus territorios por valor de 8 millones de táleros. Ahora había decidido tomarse su revancha, y su elección como elector de Trier en 1623 aumentó su poder para hacerlo. El primer objetivo de Sötern y de los prelados que lo se-

⁴ W. Gegenfurtner, «Jesuiten in der Oberpfalz. Ihr Wirkung und ihr Beitrag zur Rekatholisierung in den oberpfälzischen Landen, 1621-50», *Beiträge zur Geschichte Bistums Regensburg*, XI (1977), 71-220, en la p. 170. Véase también P. Schertl, «Die Amberger Jesuiten im ersten Dezennium ihres Wirkens (1621-32)», *Verhandlungen des historischen Vereins für Oberpfalz und Regensburg*, CII (1962), 101-94, y CIII (1963), 257-350.

⁵ Detalles tomados de Evans, *Habsburg Monarchy*, 123 y 425-6.

cundaban fue reclamar todos los territorios eclesiásticos del Palatinado renano que habían sido secularizados; y el segundo, erradicar la religión protestante de allí y sustituirla por el catolicismo. Al principio todo marchó bien: en febrero de 1623 el gobernador bávaro de los territorios del Palatinado al este del Rin ordenó la expulsión de todos los pastores calvinistas; dos años más tarde hizo lo mismo el gobernador español de los territorios del mucho más extenso margen occidental. Al mismo tiempo, el elector de las autoridades de Maguncia preparó un programa para la recatolización del condado calvinista de Nassau. Fue llevado a efecto en otoño de 1626, y el ritmo de restablecimiento se vio acelerado al año siguiente, cuando las tropas de Tilly quedaron acuarteladas en la zona⁶. Pero, en los territorios habsburgos, una cosa fue destruir y otra muy distinta reconstruir. De nuevo, no había, sencillamente, suficientes sacerdotes para cubrir todas las parroquias recuperadas: a finales de 1630 apenas el 20 por ciento de los habitantes del Palatinado contaba con un sacerdote católico, y las comunidades eran siempre pequeñas. Ni tampoco se apremió con mucho entusiasmo a la devolución de los territorios eclesiásticos, dado que los 5.000 soldados españoles que tenían sus cuarteles en el área con frecuencia mantenían los antiguos territorios de la iglesia para su propia subsistencia⁷. De todos modos, quizá la mejor política en esta materia resultó ser el tratamiento progresivo. Por lo menos, la recatolización moderada del Palatinado en ese sentido provocó escasa o ninguna oposición popular; en la alta Austria, en cambio, hubo una rebelión importante.

En 1620 los estados de la alta Austria, dirigidos por Tschernembl, hicieron suya abiertamente la causa de Federico del Palatinado. En unas semanas Maximiliano de Baviera aplastó la insurrección, dejando atrás una guarnición de 5.000 hombres cuyos salarios intentó pagar con las exacciones locales. En 1621 Fernando acordó que los bávaros continuaran con la alta Austria y el alto Palatinado en prenda, hasta que quedaran pagados los considerables gastos bélicos de Maximiliano⁸. En lugar de intereses por

⁶ Cf. F. Menk, «Restitution vor dem Restitutionsedikt. Kurtrier, Nassau und das Reich, 1626-9», *Jahrbuch für westdeutsche Landesgeschichte*, V (1979), 103-30: el artículo más importante.

⁷ Cf. Egler, *Spanier in der linksrheinischen Pfalz*, 134 y mapa de la p. 149; y Kessel, *Spanien und die geistlichen Kurstaaten*, 269 ss.

⁸ Sobre las finanzas de la Liga, con pruebas de que sólo las contribuciones de Baviera se pagaban pronto y todas, cf. F. Stieve, «Das 'Contobuch' der deutschen Liga», *Deuts-*

esta deuda, a Maximiliano se le permitió la exacción de impuestos, por un total de 240.000 táleros anuales, de cada territorio ocupado. El sistema funcionó bien en el Palatinado, cuyo gobernante estaba declarado ilegítimo; pero en la alta Austria las fuerzas de ocupación bávaras se suponía que actuaban en nombre no sólo de Maximiliano, sino también de Fernando en cuanto archiduque. Hubo un importante conflicto de intereses entre los dos grandes señores. Para Maximiliano Austria representaba una importante fuente de ingresos con que pagar a su ejército, y por eso deseaba mantener la paz y la prosperidad en el ducado a toda costa, de forma que los impuestos se pagaran pronto y completamente. A Fernando, en cambio, lo que le interesaba no era el dinero, sino la lealtad: esperaba tener el ducado purgado de traidores y herejes y, como príncipe territorial, al amparo de la cláusula *cuius regio* de la paz de Augsburgo, se consideraba con todos los títulos para ello. Desafortunadamente, las autoridades bávaras de ocupación, dirigidas por el bien pensante Adam von Herberstorff, en octubre de 1624 ordenaron la expulsión de todos los pastores y maestros protestantes y permitieron a todos los acreedores católicos apremiar a los protestantes para forzarlos a vender sus propiedades. En octubre de 1625 el gobierno creó un comité para la reforma encargado de recuperar todos los territorios y fundaciones eclesiásticas secularizados, y se decretó que para la pascua de 1626 los residentes en el ducado tenían que asistir al culto católico o marcharse. Sólo los nobles quedaban exceptuados: ellos tenían hasta cinco años para convertirse.

El catalizador final de la rebelión lo ofreció la Congregación para la Propagación de la Fe, fundada en Roma por Gregorio XVI expresamente para sacar el máximo provecho para la iglesia católica de las victorias de Fernando y sus aliados allende los Alpes. En 1625 esta Congregación autorizó el envío de numerosos misioneros italianos al imperio para llevar a cabo la tarea de recatolización, en parte porque no había suficientes sacerdotes germanoparlantes de la calidad adecuada, en parte porque el

che Zeitschrift für Geschichtswissenschaft, primera serie X (1893), 97-106. El ejército de Tilly costaba alrededor de 5 millones de táleros al año, y entre 1619 y 1627 Baviera pagó a las arcas de guerra el triple que todos los miembros de la Liga juntos. Los obispos de Würzburg, por ejemplo, puede que fueran valientes guerreros del Señor, pero de los 1,4 millones de táleros con que tenían que haber contribuido a la Liga católica entre 1620 y 1631, pagaron menos de 500.000. (Cf. R. Weber, *Würzburg und Bamberg im dreissigjährigen Krieg: die Regierungszeit des Bischofs Franz von Hatzfeldt, 1631-42* [Würzburg, 1979].)

latín de los italianos era excelente y en parte (en palabras de la propia Congregación) «porque los italianos no eran aficionados al vino y a beber» como los nativos. Pero tales virtudes eran menos claras para el laicado austriaco, que mostró cierta oposición a los sacerdotes extranjeros instalados en las parroquias otrora protestantes. Por presión de Fernando, el gobernador Herberstorff decidió dar un ejemplo en una zona: se reunió a los hombres de varias parroquias en el castillo de Frankenfels y el 15 de mayo de 1626 fueron reprobados por su díscola y nada respetuosa conducta con los nuevos sacerdotes. Entonces Herberstorff acusó a las autoridades locales de haber causado el problema y ordenó la ejecución inmediata de diecisiete de ellos elegidos a suerte⁹.

Este comportamiento alarmantemente arbitrario, aunque impuesto a Herberstorff por el emperador, provocó que un grupo de autoridades laicas protestantes, dirigido por Esteban Fadinger (un modesto granjero y asistente del magistrado local), organizara una rebelión general que logró todo menos el éxito en echar a los grandes señores bávaro y austriaco. A diferencia de los anteriores levantamientos campesinos, que eran en contra de los señores, esta vez el objetivo de los rebeldes era Linz, la capital del gobierno. El apoyo a Fadinger se extendió, y tanto de parte de los protestantes como de los católicos: todos habían sido víctimas del aumento de los impuestos para pagar a las fuerzas bávaras de ocupación, cifrado en catorce veces, y del colapso de la moneda entre 1621 y 1623. En mayo de 1626 un pequeño ejército a las órdenes de Herberstorff fue derrotado por los rebeldes, y comenzó un asedio regular de Linz. Pero Fadinger fue muerto en las trincheras en julio y el asedio se abandonó. Tampoco habían logrado los campesinos asegurarse ayuda extranjera, aunque habían contactado con Scultetus, un pastor de la corte palatina que actuaba como embajador de Cristian IV, en armas también contra el emperador. El levantamiento se convirtió pronto más en una guerra de guerrillas que en una rebelión campesina. De todos modos, fueron necesarias tropas regulares de unos 12.000 hombres y una serie de batallas antes de que la situación quedara controlada (véase Mapa 2). Los únicos éxitos que los rebeldes pudieron adjudicarse fueron el final de la ocupación bávara y la remoción de los sacerdotes italianos. En mayo de 1628, tras prolongadas

⁹ *Der oberösterreichische Bauernkrieg*, 8-11; H. Tüchle (comp.), *Acta SC de Propaganda Fide Germaniam spectantia. Die Protokolle der Propagandakongregation zu deutschen Angelegenheiten 1622-1649* (Paderborn, 1962), 488.

negociaciones en las que el conde Max von Trauttmannsdorf se inició como diplomático del emperador, el alto Palatinado fue vendido a Maximiliano por 10 millones de táleros, el total exacto acordado como deuda de Fernando a Baviera y la Liga. Al mismo tiempo, en lugar de los populares italianos, el papado dio permiso para que 300 clérigos regulares sirvieran en la alta Austria en las antiguas parroquias protestantes (porque aún no había suficientes sacerdotes católicos para atender a todo)¹⁰.

Nada de esto, empero, hizo desistir al emperador y a sus aliados de la cruzada contra los herejes. «Dios está de nuestro lado, y no del suyo» fue el lema jubiloso del padre Jacinto de Casale (que tanto hizo para que se llevara a cabo el traspaso del título electoral) en la primavera de 1624¹¹.

Sin que él lo supiera, casi al mismo tiempo en Viena el emperador Fernando hacía, en presencia de su confesor, el voto solemne de «emprender cuanto permitieran las circunstancias» por el bien de la religión católica. El confesor, Guillermo Lamormaini, no tenía dudas de lo que tal declaración implicaba que «grandes cosas pueden realizarse por este emperador», informó él en tono triunfante al Vaticano. «Tal vez la Alemania entera [pueda] ser devuelta a la antigua fe, siempre que [el papa y el emperador juntos] afronten el asunto con vigor y lo persigan con insistencia»¹². Los hechos vendrían a demostrar qué bien conocía Lamormaini a su hombre.

3. LA PRÁCTICA DEL ABSOLUTISMO II: 1626-1629

Parece extraño que los logros de los Habsburgos y sus aliados católicos en los cinco años siguientes a la Montaña Blanca provocaran tan pocas protestas por parte de los luteranos. Hubo, naturalmente, algunas críticas al imperialismo, pero de poco peso¹³. Más típico, y más incluyente, fue el

¹⁰ Tüchle, *Acta*, 181 (resolución de 4 de febrero de 1628).

¹¹ El padre Jacinto al doctor Jocher en mayo de 1624, citado por W. Goetz, «Pater Hyazinth», *Historische Zeitschrift*, CIX (1912), 101-28, en p. 122.

¹² Lamormaini, citado por Bireley, *Religion and Politics*, 21.

¹³ Cf. Groos, *Empire and sovereignty*, passim; y el provechoso artículo compendio de H. Dreitzel, «Das deutsche Staatsdenken in der frühen Neuzeit», *Neue politische Literatur*, XVI (1971), 17-42. Pero lo más útil de todo es la tesis de Nolden, *Die Reichspolitik Kaisers Ferdinands II.*

elector de Sajonia, el cual en 1626 intentó convencer a sus vecinos del círculo de la baja Sajonia de que se equivocaban oponiéndose al emperador. En una extensa argumentación Juan Jorge acusó a su correligionario, el rey Cristian IV de Dinamarca, de agresión extranjera, y a sus colegas alemanes Cristian de Brunswicky, los duques de Sajonia-Weimar, que se habían unido al danés, de traición. Razonaba él que Fernando estaba haciendo una guerra justa contra unos rebeldes y no una guerra religiosa de conquista; que los miedos a una dominación de Alemania por parte de los Habsburgos españoles eran mera exageración; que la teoría conspiratoria de la reconversión jesuítica de gente luterana quedaba desautorizada por las actuaciones moderadas de Fernando (¡esto era en 1626!); y que el mandamiento de Lutero de «obedecer al poder que existe» se aplicaba todavía a Fernando, ya que éste no había dado motivos para la resistencia. Lo que el emperador había decidido hacer en Bohemia y en Austria, según Juan Jorge, estaba fundado en el principio *cuis regio*. Y, por si todo esto no fuera suficiente, el elector propugnaba además que Tilly era un general patriótico que defendía legalmente a los alemanes contra los daneses y los filibusteros de Mansfeld pagados por Holanda, y que el ejército de la Liga, por consiguiente, debía ser apoyado por todos los luteranos en una campaña conjunta en pro de la paz, la justicia y la obediencia dentro del imperio¹⁴.

La argumentación de Sajonia equivalía a una petición conservadora de paz y unidad, con lealtad a Fernando como emperador legítimamente elegido. Su fallo estaba en suponer que Fernando pensaba exactamente lo mismo que se recogía en sus líneas. De todos modos, es el más fiable documento que tenemos de pacifismo, quietismo, legalismo y xenofobia alemana y luterana justo antes de que las políticas erróneas y militaristas del emperador forzaran incluso a Sajonia a pensar en la oposición. Pero, aun en este largo documento político de 1626, Juan Jorge guardó un ominoso silencio sobre los dos nuevos ejércitos habsburgos —uno español y otro imperial— que habían comenzado a operar en el imperio.

¹⁴ Onno Klopp, «Das Restitutions-Edikt im nordwestlichen Deutschland», *Forschungen zur deutschen Geschichte*, I (1862), 75-132, especialmente pp. 86-90, que sigue siendo el mejor ensayo sobre el tema. La paciencia de Juan Jorge empezó a quebrarse cuando el emperador obligó a los canónigos protestantes de Brandenburgo a aceptar de administrador a su hijo adolescente Leopoldo Guillermo, a pesar de que ellos ya habían hecho manifestar su apoyo al hijo Augusto de Juan Jorge. (Cf. Ritter, *Deutsche Geschichte*, II, 422-3.)

Los miembros de la Liga católica se habían alarmado, en el invierno de 1624-5, por el persistente rumor de que Cristian de Dinamarca estaba preparándose para invadir Alemania. Temían por las fuerzas de la Liga, vulnerables en su campamento del noroeste germano. «Tilly no puede ser superior en solitario —habían advertido a Maximiliano de Baviera—. Los daneses tienen grandes ventajas: actuarán los primeros y nos superarán»¹⁵. El nuevo elector trató el tema con el emperador. Todo lo que él deseaba era algún refuerzo, pero para Fernando el asunto no era tan simple. En primer lugar, también había rumores de que Bethlen Gabor de Transilvania se estaba movilizandando para un nuevo ataque en el corazón de los territorios habsburgos. España, que había ofrecido su ayuda en el pasado, ahora no podía prescindir de tropas; al contrario, de los dieciséis regimientos imperiales entonces existentes, seis estaban en los Países Bajos ayudando a Espínola en el asedio de Breda y uno se hallaba en la Lombardía española. No habían quedado hombres suficientes para defender Viena, dejada sola para reforzar a Tilly. Y así, en abril de 1625, firmó el nombramiento de Alberto de Wallenstein (duque de Friedland, en Bohemia, desde 1623) como «jefe de todas las tropas ya en servicio en este momento, tanto en el Sacro Imperio Romano como en los Países Bajos», y le ordenaba crear «un ejército de combate, de nuestras unidades ya existentes o de regimientos recién reclutados, de forma que alcance en total a 24.000 hombres». En octubre de 1624 la «armada de Friedland», tras dejar una fuerza básica para defensa de Viena, se trasladó hacia el norte, desde Bohemia a las fronteras de la Baja Sajonia, para tomar posiciones a la derecha del ejército de Tilly.

A la izquierda de Tilly había destacamentos del ejército de Flandes. Tras la triunfante conquista de Breda, en junio de 1625, unos 11.000 hombres del sur de los Países Bajos fueron enviados en guarnición a lo largo de los ríos Rin, Ems y Lippe para reforzar el estricto bloqueo económico de la república de Holanda por tierra y mar. Se quedaron ahí hasta 1629. Al mismo tiempo se había creado en Sevilla un nuevo organismo —el almirantazgo— para impedir que entraran productos holandeses en España y (en menor medida) que no se embarcaran productos españoles hacia Holanda. Tales medidas no eran populares en Alemania. Los puertos hanseáticos se quejaron mucho y fuerte del riguroso registro a que eran so-

¹⁵ Citado de Mann, *Wallenstein* [ed. al.], 369.

metidos sus cargueros por los funcionarios del almirantazgo; y el bloqueo del río fue denunciado por los gobernantes territoriales del Rin, cuyos súbditos se veían privados de valiosos contactos comerciales al mismo tiempo que se les exigía dar acuartelamiento y aplacar a las mal pagadas tropas españolas. Los electores de los obispados de Colonia —de Münster, Osnabrück, Paderborn y Minden— estuvieron en primera línea de esta guerra económica, y se quejaban amargamente de que «los españoles no respetan la constitución imperial... pretenden siempre que debe prevalecer la ‘necesidad’ o ‘utilidad’ que ellos alegan»¹⁶.

En 1627 la ofensa de los españoles llegó más lejos al imponer un juicio del tribunal supremo imperial en el tema de la repartición de Hesse. En 1604, extinguida la línea Marburgo, Mauricio de Hesse-Kassel había ocupado toda la heredad (*infra*, p. 29); ahora, por decreto imperial, era obligado a traspasar la mayor parte de la misma a su primo, Jorge de Hesse-Darmstadt, y además a pagar más de 1 millón de táleros por los perjuicios causados al adueñarse indebidamente de Marburgo¹⁷. De todos

¹⁶ Kessel, *Spanien und die geistlichen Kurstaaten*, 197 n. Sobre el sistema de almirantazgo y el bloqueo, cf. Alcalá-Zamora, *España, Flandes y el Mar del Norte*, parte 2, e Israel, *The Dutch Republic and the Hispanic World*, 204-23. El elector de Colonia y los prelados que estaban con él sospechaban claramente que España estaba maniobrando para construir en el imperio una base desde la que subvertir las libertades germanas. Enviaron emisarios a Bruselas y alzaron una barrera de constante crítica a las cortes de Viena y Madrid, en un esfuerzo por convencer a España para que retirara sus fuerzas. Pero estos gobernantes espirituales no podían exponerse a protestar demasiado ruidosamente: si alguna vez volvían los ejércitos de Federico V o de sus aliados, como ya lo habían hecho en 1622 y 1623, un blanco principal sería el rico corredor de territorios eclesiásticos de la región del Rin y del Meno. Incluso cuando pedían el desalojo del Palatinado, se sintieron obligados a exigir garantías de que se volvería a enviar tropas desde los Países Bajos para defenderlos a ellos en caso de ataque protestante. A pesar de su profundo deseo de mantenerse neutrales en los problemas entre los Habsburgos y sus enemigos, los prelados de la Renania estaban presos en las redes de España mientras Francia careciera de poder para intervenir fuera con eficacia. Lo más que podían hacer era negarse a prestar ayuda a las campañas de España contra los holandeses, con la esperanza de que la guerra de allá impediría a los Habsburgos explotar su ventaja. Como escribió el exasperado elector de Colonia en junio de 1626: «Los Países Bajos tienen que seguir divididos, siguiendo una parte controlando un territorio tan pequeño como la otra» (Kessel, *op. cit.*, 190 n.).

¹⁷ Para más detalles, cf. K. Beck, *Der hessische Bruderzwist zwischen Hessen-Kassel und Hessen-Darmstadt in den Verhandlungen zum westfälischen Frieden vom 1644 bis 1648* (Frankfurt, 1978); Thies, *Territorialstaat*, *passim*; Gräf, *Konfession*; y Keim, «Landgraf Wilhelm V von Hessen-Kassel». Mauricio abdicó en 1627, y en vano intentó impedir la orden de se-

modos, el ultraje hecho en Alemania por este ejercicio de poder imperial fue superado por la simultánea deposición de los duques de Mecklenburg, también por decisión del tribunal supremo imperial, con el argumento de haber apoyado a Cristian de Dinamarca. Esta vez las propiedades confiscadas fueron traspasadas no a un familiar, sino a Wallenstein. Al principio (febrero de 1627) sólo fueron dadas en prenda del dinero prometido por el emperador a su general; pero un año después Wallenstein fue reconocido como duque y comenzó a residir, con una corte de más de 1.000 personas, en el gran palacio de Güstrow¹⁸.

Nunca se llegará a un acuerdo sobre la personalidad y el papel de Wallenstein, pero se alega que en 1634 la traición y el asesinato quisieron convertir el tema en avispero historiográfico, oscureciendo con ello su real importancia como empresario militar habsburgo escrupulosamente innovador y a la vez leal durante su primer generalato, de 1625 a 1630. Fueron éstos los años cruciales de su vida; el período de una muy importante influencia suya en los acontecimientos. Pero, aun así, en estos años Wallenstein no tomó decisiones políticas importantes; se limitó a ejecutar las de su señor. En temas de religión, por ejemplo, no pasó de ser tan calculador y pragmático como pueda serlo el moderno ejecutivo que dirige una multinacional¹⁹. Cuando en 1626 sus enemigos anti-daneses, Cris-

cuestro. Muchos objetos pertenecientes a él se exponen en la Landgräfliche Kunstkammer que se conserva en el museo municipal de Kassel.

¹⁸ El palacio ducal de Güstrow, ampliado por Wallenstein, todavía existe. Aparte de las cornamentas de innumerables ciervos gigantescos, ricamente montadas y acompañadas de útiles anotaciones sobre la cacería en que los duques dieron muerte a los animales, el palacio alberga una amplia colección de armas de caza y también un cenador decorado con ciervos en bajorrelieve con cornamentas naturales. Se trata de una fantasía barroca que pudo haber sido la envidia del Nimrod germano Juan Jorge de Sajonia.

¹⁹ El mejor relato parece que sigue siendo el de Gindely, *Wallenstein während seines ersten Generalats*, que muestra cómo las acciones de Wallenstein polarizaron las diferentes facciones católicas y luteranas de Alemania al reaccionar frente a sus métodos militares brutalmente destructivos. También merece la pena volver sobre el debate de los años 1880 entre Hallwich y Gindely en torno a los motivos y métodos económicos de Wallenstein, que sigue pareciendo hoy tan fresco como lo fue en su día, a pesar del trabajo biográfico y archivístico sobre Wallenstein llevado a cabo en años recientes por Golo Mann, H. Diwald, J. Kollmann, P. Suvanto, J. Polisenský y otros: compárese Anton Gindely, *Zur Beurteilung des kaiserlichen General dreissigjährigen Krieges, Albrechts von Waldstein* (Praga, 1887) con la *Zweite Antwort an Dr. Hallwich* (Viena, 1887), del mismo autor. A pesar del intento de M. Ritter, «Das Kontributionssystem Wallensteins», *Historische Zeits-*

tian de Brunswick y Juan Ernesto de Sajonia-Weimar, intentaron ganarse el apoyo de la luterana Magdeburgo, diciendo que el ejército imperial que quería ocupar la ciudad estaba dando el primer paso de una guerra religiosa de agresión para recatolizar Alemania, Wallenstein pedía al emperador²⁰

«que era bueno asegurar a la ciudad de Magdeburgo que esto no es, en modo alguno, una guerra de religión; sino que, como ciudad leal y fiel, sus privilegios de paz religiosa y secular no se verán dañados en lo más mínimo y, más bien, serán protegidos cortésmente e incluso defendidos de cualquier cosa contraria».

Pero los miedos de Magdeburgo estaban bien fundados. Tres años más tarde estaba sufriendo las atenciones de Francisco Guillermo de Wartenburg, obispo de Osnabrück, que actuaba como comisionado imperial especial e hizo el intento de infiltrarse en el cabildo catedralicio, tradicionalmente luterano, confiscando las prebendas clave con el fin de facilitar la elección, por primera vez en casi un siglo, de un obispo gobernante católico. En el intento de llevar las cosas más lejos, el plan en julio de 1630 era aplicar la *autonomía*, es decir, el derecho constitucional de un gobernante católico de imponer la uniformidad religiosa a sus súbditos territoriales²¹. Tampoco se trató de un caso aislado: los sucesos de Magdeburgo

chrift, LV (1903), 193-249, de demostrar que Wallenstein mantenía una buena disciplina militar, la realidad sigue siendo que el coste de su ejército era demasiado alto para ser mantenido por alguien a largo plazo. Por ahora la última palabra sigue siendo la de F. H. Schubert, «Wallenstein und der Staat des 17. Jahrhunderts», *Geschichte in Wissenschaft und Unterricht*, 16 (1965), 597-611 [recogido en Rudolf, comp. *Der dreissigjährige Krieg*, 185-207], que lo vio como un financiero y mercader militar, demasiado impaciente como para influir en una política exterior imperial de guante blanco con su burocracia y su profesionalismo íntimamente ligados.

²⁰ Has Schulz (comp.), *Der dreissigjährige Krieg*, I (Leipzig, 1917), documento 21: Wallenstein a Fernando, el 6 de julio de 1626. Una queja anterior, en líneas parecidas, se contiene en una carta de Wallenstein a Fernando, desde Stötterlingenburg, el 25 de octubre de 1625, en J. Kollmann (comp.), *Documenta Bohemica Bellum Tricennale illustrantia*, IV, 1625-30 (Praga, 1974), documento 88.

²¹ Sobre el obispo Francisco Guillermo, cf. Klopp, «Das Restitutionsedikt» (*supra*, nota 2); y también T. Tupetz, *Der Streit um die geistlichen Güter und das Restitutionsedikt 1629* (Viena, 1883). J. H. Gebauer, *Kurbrandenburg und das Restitutionsedikt vom 1629* (Halle, 1899), muestra cómo estaban dispuestos los católicos extremistas a ser políticamente inconscientes. Cf., sobre todo, H. Günter, *Das Restitutionsedikt vom 1629 und die katholische Restauration Altvirtembergs* (Stuttgart, 1901).

formaban parte de una gran campaña emprendida por todo el imperio para recuperar de una vez por todas para la causa católica territorios eclesiásticos (véase Lámina 5).

La operación fue planeada en Mühlhausen en 1627, cuando se reunieron los electores (y sus representantes) para discutir sobre las implicaciones de la derrota de Dinamarca. El enviado del emperador a la reunión llevaba instrucciones de decir que, tras nueve años de guerra, había llegado el momento de reconsiderar el estado religioso de Alemania y en particular la recuperación de los territorios eclesiásticos ilegalmente arrebatados a los católicos. Éste, según Fernando, era «el gran beneficio y fruto de la guerra», en el que él tenía puestos sus ojos, y en Mühlhausen, a la facción católica —que clamaba por una acción de ese tipo—, le aseguró que «hasta ahora nunca hemos pensado en dejar pasar oportunidad alguna para garantizar la restitución de los territorios eclesiásticos, ni pretendemos, ni ahora ni en el futuro, tener ante la posteridad la responsabilidad de haber despreciado o desaprovechado la más mínima oportunidad»²².

Pero durante meses no se dio paso alguno concreto, y en septiembre de 1628 cinco prelados de Alemania del sur escribieron una carta conjunta al emperador suplicándole que cumpliera lo prometido. Al mes siguiente se hizo llegar, para que hicieran observaciones, un primer borrador del documento conocido como «edicto de restitución» al consejo privado imperial y a los electores de Maguncia y Baviera. Fernando defendía, en el preámbulo, que no hacía sino restablecer el *status quo* de 1555, inmediatamente posterior a la paz de Augsburgo, y que el edicto no tenía otro objetivo que forzar el respeto de las leyes del imperio. Los artículos iniciales del borrador de edicto parecían confirmarlo así: todos los territorios eclesiásticos incautados desde 1552 («fecha normativa» señalada en la paz de Augsburgo) tenían que ser restituidos. Esto significaba ir más allá del acuerdo de 1555, ya que de hecho venía a derogar la *Declaratio Ferdinandei* (*supra*, p. 26). Pero incluso así no era bastante para los prelados católicos: pasaron a pedir que se incluyera en el edicto una nueva prohibición del calvinismo y que sus términos se aplicaran también en las ciudades imperiales libres. Tras cinco meses de discusión, el emperador y sus consejeros decidieron finalmente incluir la proscripción de toda secta

²² Bireley, *Religion and Politics*, 54, citando las instrucciones de Fernando a su representante (Stralendorf) en Mühlhausen, el 4 de octubre de 1627. Claramente el emperador llegó a este extremo sometido a alguna presión.

protestante menos el luteranismo, y dejar fuera lo de las ciudades. El resto del documento quedó más o menos como estaba.

Quinientas copias del edicto fueron impresas secretamente en Viena y distribuidas a los directores de los círculos imperiales y a los príncipes importantes, con instrucciones de hacer públicas copias del mismo simultáneamente el 28 de marzo de 1629. El aspecto del documento era extraordinariamente sencillo —una simple hoja de papel a cuatro columnas escritas en un cuerpo de letra pequeño y la firma del emperador—, pero las apariencias engañaban. En una versión impresa en Würzburg una mano contemporánea añadió a la página de título las palabras *Radix omnium malorum*, la raíz de todos los males²¹. Durante todo un año el edicto y su cumplimiento fueron el tema central de la política alemana. Los obispados y arzobispados de la baja Sajonia y de Westfalia se vieron afectados inmediatamente, así como las propiedades eclesiásticas de unos 500 monasterios, conventos y otros secularizadas por la hueste de algún gobernante protestante a partir de 1552. El duque de Württemberg, él sólo, fue desposeído de los territorios de catorce grandes monasterios y treinta y seis conventos; y los duques de Brunswick hicieron frente a demandas muy ligeramente inferiores (véase Mapa 2 y Láminas 6-7).

Aunque por el momento los territorios eclesiásticos de Brandenburgo y de la Sajonia electoral parecían quedar a salvo por haber sido secularizados antes de 1552, había razones para temer que un nuevo edicto pudiera un día amenazar su inmunidad. En primer lugar, algunas de las propiedades otrora eclesiásticas encausadas en otros lugares se habían convertido en luteranas antes de 1552; así, de las cuarenta y cinco ciudades imperiales afectadas por demandas de los comisarios entre 1627 y 1631, sólo ocho cumplían la condición de haber sido protestantizadas después de 1552 (una de ellas, de hecho, la ciudad imperial de Lindau, había sido protestante desde 1528). Y, en segundo lugar, la aparición del edicto fue seguida pronto por la publicación de un influyente tratado que parecía re-

²¹ El edicto está publicado en M. C. Lundorp (comp.), *Acta publica*, III (Francfort, 1668), 1048-54. De las diferentes ediciones quedan todavía más de 100 copias: un número sorprendentemente grande. Para detalles sobre cómo fue publicado, cf. H. Urban, «Druck und Drucke des Restitutionsedikts von 1629», *Archiv für Geschichte des Buchwesens*, XIV (1974), cols. 609-54: la copia de la *Radix omnium malorum* aparece reproducida en la col. 635. Más discusión sobre la preparación del edicto y su significado puede encontrarse en Bireley, *op. cit.*, 52-9 y 74-94.

velar en detalle la filosofía subyacente en el decreto de Fernando: el *Pacis compositio* de Paul Laymann. El autor —un jesuita— argumentaba que «todo lo que se halle que no esté explícitamente concedido, debe considerarse prohibido», y que, por tanto, los protestantes deberían restituir todo lo que tuvieran a no ser que mostraran título legítimo para retenerlo. El panfleto —no es sorpresa— causó sensación. Cuando Gustavo Adolfo llegó a Alemania al año siguiente, anunció que él tenía intención de ejecutar a tres hombres cuyos apellidos empezaban por «L»: uno era Laymann²⁴. La tercera razón de inquietud en Brandenburgo y Sajonia era por temas más prácticos: la cantidad de ejércitos católicos agolpados en sus fronteras y su papel en forzar la devolución de los territorios eclesiásticos. Tilly y sus tropas de la Liga apoyaban a los comisarios imperiales en las diócesis de Osnabrück, Bremen, Verden e Hildesheim, así como en ciudades clave como Augsburgo. Si las fuerzas de Wallenstein no habían llegado a tanto por ahora, se debía sólo a que estaban metidas en operaciones importantes en contra de los daneses y el puerto hanseático de Stralsund, uno de los lugares señalados para albergar una guarnición imperial en el tratado de sumisión firmado con Wallenstein, en 1627, por el duque Bogislav de Pomerania.

Stralsund, un pueblo de unos 15.000 habitantes, llevaba un tiempo sin llevarse bien con los duques de Pomerania. En 1612 un ejército ducal ocupó la ciudad desafiante para imponer un control más efectivo, pero casi inmediatamente se dieron disturbios en contra del nuevo orden, y las disputas entre el duque y los magistrados continuaron por unos años. En 1627, temiendo la llegada de Wallenstein, los magistrados de la ciudad emplearon un equipo de ingenieros suecos en construir una cadena de potentes fortificaciones, y la milicia se acrecentó hasta los casi 5.000 hombres. Rechazaron la orden ducal de acoger a los imperiales. Tal desafío contó con la bienvenida de Cristian IV, pero éste tenía pocas tropas de las que prescindir, y por eso firmó un acuerdo con los suecos para garantizar

²⁴ «Quicquid concessum non reperitur, prohibitum censi debet»: cf. *Pacis compositio inter principes et ordines catholicos atque Augustanae confessionis adhaerentes* (Dillingen, 1629), L. VI, cap. 37, arts. 4-7. Sobre Laymann y el «libro Dillingen», patrocinado por el obispo Knöringen de Augsburgo y distribuido con la bendición del consejo imperial privado, cf. Heckel, «Autonomía und Pacis compositio», y R. Bireley, «The origins of the 'Pacis Compositio' (1629): a text of Paul Laymann S. J.», *Archivum Historicum Societatis Iesu*, XLII (1973), 106-27.

que ambas potencias defenderían Stralsund en caso de ser atacada. Tan pronto como comenzó el asedio (mayo de 1628), llegaron siete compañías de veteranos escoceses del ejército danés y al mes siguiente les siguieron 600 suecos. Juntas, estas tropas extranjeras rechazaron los asaltos de los imperiales del 27 al 29 de junio, y llegaron nuevos refuerzos (escoceses, suecos, daneses y alemanes). Se levantó el sitio el 24 de julio²⁵.

El éxito en la defensa de Stralsund no creó una situación de guerra entre el emperador y Suecia, cuyo rey estaba ya en campaña en Polonia, aunque Fernando se animó a enviar a los polacos una ayuda sustancial en 1629 (*infra* p. 159). Ni tampoco el fracaso de los imperiales afectó seriamente a su posición militar en general; Dinamarca estaba perdiendo la guerra. Pero fue, de todos modos, un golpe político devastador. Ya en septiembre de 1628 Wallenstein advirtió a Fernando, desde su campamento de Breitenburg, en Holstein, que su presencia era tan impopular que sólo podría continuar actuando si contaba con tal número de hombres como para que le fuera posible obligar por la fuerza a los nativos a pagar unos tributos fijos cada semana. El consejo de Wallenstein al emperador era reclutar y armar cada vez más hombres, y ocupar tanta parte del imperio como fuera posible. Sólo de esa manera —argumentaba— se verían forzados príncipes territoriales como los de Sajonia y Baviera a seguir siendo leales y abandonar cualquier plan de solicitar ayuda extranjera u ofrecer asistencia a los exiliados del Palatinado²⁶. Pero, sencillamente, no era posible seguir con reclutamientos indefinidos: ya había demasiados hombres en armas que mantener en el imperio. Sólo los listados del ejército de Wallenstein dan una idea del volumen del problema por él creado (véase la Tabla 3). Y, para colmo de males, el imperio tenía que pagar también a las fuerzas de España y de la Liga católica en el noroeste.

El primer ataque político concertado a Wallenstein y su sistema se produjo en la misma reunión de electores de Mühlhausen, en noviembre de 1627, en que se planeó el edicto de restitución. Los electores católicos criticaron tanto el nivel de impuestos exigidos por el general de Fernando como la distribución de los mismos: «Sus impuestos de guerra garantizan

²⁵ Hay un espléndido relato del asedio en *Monro his expedition*, parte I, 62-80 («Trailesound» = Stralsund). Para un informe más amplio y moderno sobre la ciudad y su historia, cf. H. Langer, *Stralsund 1600-1630: eine Hansestadt in der Krise und im europäischen Konflikt* (Weimar, 1970).

²⁶ Schulz, *Der dreissigjährige Krieg*, documento 33.

TABLA 3. *Listas del ejército de Wallenstein, 1625-30*²⁷

Año	Comida	(% del total)	Caballos	Total	Incremento % sobre el año anterior	% de tropas alemanas
1625	45.300	(73)	16.600	61.900	—	61
1626	86.100	(77)	25.000	111.100	79	72
1627	83.100	(74)	29.600	112.700	1	79
1628	102.900	(79)	27.300	130.200	16	74
1629	111.000	(86)	17.900	128.900	—1	80
1630	129.900	(86)	21.000	150.900	17	87

a los oficiales de regimiento y compañía unos ingresos exorbitantes», afirmaban, asegurando que el teniente general Arnim sólo recibía 3.000 florines al mes. También censuraron la práctica de Wallenstein de vender servicios «hasta el equivalente de cuatro regimientos a la vez a cualquiera que se ofreciera, incluyendo delincuentes, extranjeros y gente ignorante de la administración militar», y la escasa disciplina que mantenía. Mencionaron el reciente motín de los regimientos del duque de Sajonia-Lauenburg en el Wetterau. Pero, lógicamente, sus principales cargos fueron la destrucción y el desplomamiento que causaba el ejército y la incapacidad que ellos tenían para controlar a las fuerzas imperiales establecidas en sus propios dominios. «Los gobernantes territoriales —se lamentaban— estamos a merced de coroneles y capitanes que son delincuentes y aprovechados de guerra indeseables, que no respetan las leyes del imperio»²⁸.

²⁷ Kollmann (comp.), *Documenta Bohemica*, IV, 414-46. Aunque los números sólo representan la fuerza sobre el papel, indican la escala del problema. El coste era, desde luego, asombroso. El arzobispado de Magdeburgo calculó sus gastos en contribuciones, a fecha 7 de septiembre de 1627, en 687.000 táleros; el ducado de Pomerania decía haber pagado, para julio de 1628, 1,7 millones de táleros, y así sucesivamente.

²⁸ Cf. Klopp, *op. cit.*, 815, 853. La *Kurfürstentag* en Mühlhausen, una ciudad libre de Turingia, fue utilizada por el elector Juan Jorge como escenario de autopromoción. Encargó al compositor de su corte Heinrich Schütz escribir para la ocasión la obra *Da pacem*. Incluía una antifona para dos coros: uno cantaba fuera del lugar de reunión conforme iban llegando los electores, y el otro dentro, entonando la colecta en latín por la paz. Cf. R. Petzoldt, *Heinrich Schütz and his times in pictures* (Kassel y Londres, 1972).

Podían los electores que Fernando debía parar cualquier nuevo reclutamiento y reducir, en cambio, la potencia del ejército de Wallenstein (especialmente en Renania, donde eran numerosas tanto las tropas habsburgas como las de los miembros de la Liga). También solicitaban que procurara un nuevo sistema de mando, capaz de inspirar la confianza de los gobernantes territoriales en el imperio, y que, con el fin de salvar «a las pobres viudas y huérfanos», se quitara al ejército imperial el derecho a recaudar sus propios impuestos mediante el llamado «sistema de contribuciones» y estuviera sometido, por el contrario, a control económico civil. Debía prohibirse a Wallenstein hacer más levás sin la aprobación de los comisarios imperiales, y no había que recaudar más impuestos de guerra sin el consentimiento, la administración y el control de los gobernantes de los territorios que lo albergaban.

En la medida en que hubo que hacer frente a una guerra, el emperador se inclinó a ignorar tales quejas. Pero en diciembre de 1629, con Dinamarca derrotada, el nuevo elector de Maguncia, Anselmo Casimiro von Wanbold, organizó una reunión de la Liga católica en Mergetheim, y por primera vez insistió en que Wallenstein debía ser destituido.

«dado que el duque de Friedland [Wallenstein], hasta hoy, ha disgustado y ofendido a casi todos y cada uno de los gobernantes territoriales del imperio; y aunque la situación presente lo ha llevado a tener más cuidado, no ha abandonado sus planes de retener Mecklenburg amparado en su autoridad imperial».

Según el elector, mientras Wallenstein siguiera en el cargo imperial y en posesión de Mecklenburg, nunca habría paz en el imperio²⁹. En marzo de 1630, actuando como archicanciller del imperio, Wanbold convocó a los siete electores a una reunión en Regensburg, el 3 de junio, para dar solución al problema.

Esta vez Fernando tuvo que escuchar las quejas de sus aliados alemanes, porque ahora tenía pocos más. Urbano VIII, que había sido elegido papa en agosto de 1623, no compartía la postura pro-habsburga de sus antecesores. Interrumpió los subsidios que Roma enviaba a Fernando y la Liga, y prefirió centrarse en los que él consideraba los intereses de los estados papales en Italia: tarea que, en su creencia, requería neutralizar la in-

²⁹ *Die Politik Maximilians I. von Bayern, 4.ii, 1628-juni 1629, 348.*

fluencia habsburga en la península. Segismundo de Polonia, otro que había apoyado al emperador por algún tiempo, tampoco respondía ahora a sus peticiones de auxilio. En el verano de 1629, con su reino exhausto, Segismundo había firmado agradecido una tregua de seis años con Suecia que dejó a Gustavo libre para intervenir en el imperio si lo decidía: ya contaba con una cabeza de puente en Stralsund. Francia, con la revuelta hugonote finalmente aplastada, también estaba libre para dar su apoyo una vez más a los opositores del emperador, y de hecho lo estaba haciendo ya en Italia. Peor aún: en este momento España se veía obligada a retirar su ayuda a la causa de Fernando por los serios reveses sufridos en las guerras de los Países Bajos. En 1628 una fuerza especial apresó a toda una flota del tesoro que navegaba desde el Caribe a España, proporcionando a la república de Holanda recursos para lanzar un ataque importante en los Países Bajos españoles y privando al mismo tiempo a Felipe IV de medios para montar una resistencia eficaz. A comienzos de 1629, confiando en el éxito y con un número, sin precedente, de 128.000 hombres el comandante en jefe holandés, Federico Enrique (hermano de Mauricio), puso sitio a la importante ciudad de 's Hertogenbosch. Los Habsburgos respondieron enviando dos columnas —una de 10.000 imperiales, y la otra del ejército de Flandes— hasta bien adentro del territorio holandés. En agosto tomaron Amersfoort, a sólo 40 kilómetros de Amsterdam. Por desgracia para los Habsburgos, en el mismo mes los holandeses tomaron por asalto Vesel y en septiembre forzaron la rendición de 's Hertogenbosch obligando con ello a las fuerzas habsburgas que había en Amersfoort, ahora en un incómodo aislamiento, a retirarse en desorden. Y tampoco fue eso todo. A lo largo del invierno de 1629-30 los holandeses echaron del noroeste de Alemania a casi todas las guarniciones españolas. El bloqueo del río desapareció, y en julio de 1630 España ponía en manos de las fuerzas de la Liga mandadas por Tilly los baluartes que quedaban¹⁰.

La verdad fue que Tilly se encontró ahora sobre sus hombros con la responsabilidad de defender la causa católica en Alemania casi solo, dado que el ejército de Flandes había pasado a ser demasiado débil para defender cualquier plaza fuera de los territorios patrimoniales de Felipe IV y las tropas de Fernando II estaban demasiado ocupadas en otros sitios para acudir a ayudar. La razón principal de ambas circunstancias era simple. A

¹⁰ Véase el excelente relato de esta campaña en Israel, *The Dutch Republic*, 162-81.

lo largo de 1629 las dos ramas de la casa de Habsburgo, gracias a la incansable diplomacia del conde-duque de Olivares, se vieron fatalmente envueltas, en Italia, en una guerra importante con Francia.

4. ESPAÑA Y LA GUERRA

«Dios es español y lucha por nuestra nación en estos días.» Debió haber momentos en 1625, este *annus mirabilis* para las armas españolas, en que es posible que incluso los enemigos de España tuvieran que admitir a su pesar que el conde-duque de Olivares no estaba del todo desencaminado en su confiada afirmación de la afiliación nacional de la divinidad³¹. A lo largo de este año Breda se rindió al ejército de Flandes al mando del incomparable Espínola; la república de Génova, aliada de España y cliente, fue rescatada del ataque de las fuerzas conjuntas de Francia y Saboya; una expedición naval conjunta hispano-portuguesa echó a los holandeses de Bahía, en Brasil; y una fuerza expedicionaria inglesa fue humillantemente derrotada cuando intentaba atacar Cádiz. Añádanse a ello las victorias de los Habsburgos en Europa central y parecerá, ciertamente, que Dios, si no era español, por lo menos tenía una fuerte predilección por la casa de Austria.

Pero para Olivares, al recorrer la cartografía de Europa en su sala de mapas de Madrid, las victorias de 1625, aunque inmensamente alentadoras, apenas si suponían algo más que un respiro. España necesitaba paz; la necesitaba para reponer las finanzas de la corona y la cuarteada economía castellana, y para emprender las grandes reformas que él consideraba esenciales para la supervivencia de su país. Pero la paz era dolorosamente huidiza. El rey de Francia, aunque temporalmente atado por el problema de los hugonotes, representaba una amenaza permanente para la *pax austriaca* que Madrid consideraba indispensable para la supervivencia del catolicismo y el mantenimiento de una situación estable en amplias partes de Europa. El ataque a Cádiz en noviembre de 1625 (*supra*, p. 99) había iniciado un estado de guerra entre Inglaterra y España. La condición de Italia era precaria, con Venecia enganchada para siempre en maquinaciones anti-habsburgas, Carlos Manuel de Saboya irremediablemente voluble y un papa Barberini, Urbano VIII, en el que no se podía confiar. Pero,

³¹ Olivares al conde de Gondomar, citado en Brown y Elliott, *A Palace for a King*, 190.

sobre todo, el problema holandés parecía rehuir permanentemente una solución. No era sólo que la guerra en los Países Bajos supusiera para los recursos humanos y monetarios de España un esfuerzo continuo y casi insostenible, aunque ya eso era bastante malo. Era, también, que la mano del holandés podía encontrarse en cualquier nueva coalición en contra de los Habsburgos; que las actividades de las compañías holandesas de las Indias orientales y occidentales ponían en peligro las posesiones de ultramar de la corona de Castilla y Portugal; y que la vida económica de la Península Ibérica estaba siendo minada claramente por el éxito de las actividades mercantiles y empresariales de los holandeses.

Olivares no se hacía ilusiones sobre la posibilidad de recuperar las Provincias Unidas de los Países Bajos para la lealtad al rey de España. Hacía mucho que los tiempos de eso habían pasado. Pero sí creía, y con cierta justificación, que los términos en que se había negociado la tregua de 1609 habían resultado desastrosos para la monarquía española, y esperaba que fuera posible convencer al holandés, mediante presión militar y económica, para negociar un nuevo y más estable tratado de paz que a España le permitiera vivir. Pero para conseguirlo España necesitaba ayuda; una ayuda que sólo podía venir del imperio.

El axioma central de la política exterior del conde-duque fue que «por nada deben dejarse dividir estas dos casas [las ramas austríaca y española de los Habsburgo]»¹². El fracaso de las negociaciones para un matrimonio inglés le posibilitaba fortalecer los lazos existentes entre ambas casas agenciando un matrimonio entre la hermana de Felipe IV, la infanta María, y Fernando, rey de Hungría, hijo del emperador. Pero también pensaba él que hacía falta un arreglo más formal, que garantizara a ambas partes la mutua ayuda en caso de problemas. Fue en 1625 cuando el consejo de estado de Madrid trató por primera vez la posibilidad de una alianza formal entre España, el emperador y los príncipes del imperio, tanto protestantes como católicos porque se consideraba esencial dividir a los luteranos de los calvinistas¹³. En los años siguientes Olivares siguió con tenacidad

¹² AGS, Estado 2331, f. 126, Olivares en el Consejo de Estado, 10 de noviembre de 1630.

¹³ Una junta del Consejo de Estado, celebrada el 2 de junio de 1625, recomendaba que la alianza propuesta no debía basarse en afiliaciones religiosas: argumento con el que estaba de acuerdo Olivares, sobre la base de que la participación de Sajonia era indispensable (AGS, Estado 2327, ff. 371 y 372).

este plan en busca de una alianza militar ofensiva y defensiva entre Madrid y Viena, que él consideraba la única clave eficaz para una estabilidad permanente en Europa central y para una solución del problema de los Países Bajos. Si lograba implicar al emperador en la guerra de España con los holandeses, tal vez convenciendo a Fernando de que una paz final en Alemania dependía de la pacificación de los Países Bajos, aquellos vasallos rebeldes podrían ya ser sometidos al orden.

Las victorias de los Habsburgos en Alemania suponían lo que parecía una oportunidad ideal para una actuación conjunta hispano-imperial. Desde 1625 Olivares estuvo negociando activamente con el emperador y con Maximiliano de Baviera en torno a las posibilidades de hacer realidad un gran «diseño báltico». El objetivo de tal diseño era dotar a España de una base naval en el norte. Ella serviría como sede portuaria de una nueva compañía comercial, bien situada para arrebatar al holandés el control del lucrativo comercio entre el Báltico y el Mediterráneo; comercio que, con toda razón, Olivares consideraba el fundamento de su prosperidad económica y su resistencia militar. Un modo de llevar a cabo ese ambicioso proyecto sería, para los ejércitos del emperador y de la Liga católica, echar a los holandeses de los territorios de Frislandia oriental, adyacentes a la república de Holanda, que disponían de buenos puertos. Pero Maximiliano de Baviera, que por naturaleza sospechaba de las ambiciones españolas, no mostró entusiasmo por implicar a la Liga en tal esquema y Madrid se vio obligado a buscar soluciones alternativas.

La espectacular salida de Wallenstein deparó a Olivares una nueva oportunidad. Las propuestas del conde-duque a Wallenstein en 1627 merecieron una respuesta alentadora: parecía que le satisfacía prestarle ayuda en contra de los holandeses. Había dos maneras, de ningún modo excluyentes entre sí, por las que tal ayuda podía prestarse. Él podía enviar a su ejército a ocupar uno de los puertos bálticos, y podía, también, ordenar a sus fuerzas entrar en la Frislandia oriental e invadir las provincias holandesas a lo largo del Ems, que a continuación podrían utilizarse para satisfacer sus ambiciones territoriales. Si al mismo tiempo el ejército de Flandes podía hacer presión para distraer a los holandeses desde el sur, entonces seguramente Holanda se vería forzada a acceder a un acuerdo que garantizaría la paz de un modo honorable para España.

Las perspectivas para España mejoraron en junio de 1627 con el comienzo de las hostilidades entre Francia e Inglaterra. Esperando sacar algún provecho de las dificultades de Richelieu, Olivares cambió el rumbo brus-

camente y puso a París el cebo de un acercamiento franco-español. El embajador español en París recibió instrucciones de ganarse el apoyo de Luis XIII para una alianza en contra de todos los enemigos mutuos: los franceses protestantes, los ingleses y, si era posible, los holandeses. Como gesto de buena fe, la flota atlántica española se trasladó de Cádiz al golfo de Morbihan para ayudar a Luis en el asedio de La Rochelle, cuya población hugonota, confiando en promesas de ayuda inglesa, se había rebelado en contra de su rey. Pero una alianza franco-española, aunque entusiastamente saludada por el papado, nunca era fácil. Había oposición en Madrid —donde uno de los consejeros de Felipe advirtió que «no hay nada en teología que obligue a su majestad a enviar sus fuerzas armadas contra los herejes de cualquier parte»— y había sospechas en París respecto de los motivos de España³⁴.

La situación se deterioró dramáticamente en 1628. El emperador dio su aprobación al «gran plan» del Báltico, pero casi al mismo tiempo el ejército de Wallenstein se vio obligado a levantar el asedio en que mantenía el puerto de Stralsund, y todas las esperanzas inmediatas del proyecto se vinieron abajo. Pero lo peor estaba por venir, porque casi simultáneamente una aventura mal concebida, en la que Olivares se había embarcado en Italia, empezó a poner en peligro, y finalmente hizo naufragar, sus planes para acabar la guerra con el holandés, provocando un cambio en el escenario internacional.

El renacimiento de la disputa (véase *supra*, p. 53) sobre la sucesión de Mantua y Monferrato a partir de la muerte del duque Vincent II en diciembre de 1627, hizo aparecer en Italia peligros que Olivares no podía ignorar y tentaciones a las que no fue capaz de resistir. Si el duque de Nevers, de origen francés, el pretendiente más fuerte, sucedía al duque Vincent, los franceses estarían en condiciones para rebasar Milán, la base desde la que España dominaba el norte de Italia. Milán era también el punto de arranque del sistema, estratégicamente vital, de corredores mi-

³⁴ Straub, *Pax et Imperium*, 285 n.: opinión de diciembre de 1627. El gobierno español intentaba evitar declarar la guerra a Dinamarca todavía incluso en junio de 1626: «Dado que nos encontramos con tantos enemigos inevitables, no parece acertado buscar más queriendo». Olivares pensaba que los Habsburgos debían aprender a vivir con los luteranos. (Günter, *Die Habsburger-Liga*, 14 n. 53: opinión de Olivares datada el 20 de junio de 1626.) Sobre las sospechas existentes en París cf. Lutz, *Kardinal Giovanni Francesco Guidi di Bagno*, libro II.

litares que iba de Valtellina (véase Mapa 2) a Europa central o hacia arriba, por el Rin, hasta los Países Bajos. Fue una desgracia para España: el duque de Nevers, advertido con antelación de la muerte que amenazaba a su pariente, se las arregló para llegar a Mantua en enero de 1628 y de un golpe se hizo con el gobierno. Inmediatamente envió un mensajero a Viena para convencer al emperador (cuya nueva esposa, la hija más joven del duque, estaba ya a favor) de sus derechos a la sucesión.

Alarmado por tales peligros y sometido a duras críticas en el interior por supuestos fallos de gobierno, Olivares autorizó a don Gonzalo Fernández de Córdoba, comandante del ejército de Milán, a poner sitio a la fortaleza de Casale, en Monferrato. La toma de esta fortaleza casi inexpugnable representaría un golpe brillante, que mejoraría la reputación de los ejércitos españoles y consolidaría la posición de España en la llanura lombarda. Pero el ejército de don Gonzalo, mal aprovisionado a pesar de los esfuerzos del conde-duque por enviarle dinero, se quedó fatalmente atascado ante las murallas de Casale, y lo que originalmente había sido planeado como un triunfo de la noche a la mañana se convirtió de hecho en una pesadilla interminable. Fue la única acción política de la que más tarde Felipe IV se lamentaría: «Si en algo erré y di a Dios motivo de disgusto —admitía él a una confidente en 1645—, fue en eso». El papa Urbano VIII, por su parte, se lamentaba en 1632 de que la guerra de Mantua había provocado la ruina de la causa católica, «porque todo el mundo sabe que, antes de la guerra, los Habsburgos, los franceses y todos los demás príncipes católicos estaban de acuerdo en asuntos de política exterior, y que la religión católica progresaba de forma muy favorable en Alemania, en Francia, en todas partes»³⁵.

El largo asedio de Casale impuso fuertes exigencias nuevas a las finanzas de la corona española e hizo necesario desviar recursos ya escasos del ejército de Flandes a las fuerzas de Italia. Y ello, a su vez, tuvo repercusiones desastrosas sobre la guerra en los Países Bajos en un momento en que estaban en marcha negociaciones de paz con el holandés. Como se ha se-

³⁵ C. Seco Serrano, *Cartas de Sor María Jesús de Ágreda y de Felipe IV*, I (Madrid, 1958: Biblioteca de Autores Españoles, CVIII), 28: carta de Felipe IV, Zaragoza, 20 de julio de 1645 (escrita, por tanto, dos años después de la caída de Olivares); Q. Aldea Vaquero, *España, el Papado y el Imperio durante la Guerra de los Treinta Años. II Instrucciones a los nuncios apostólicos en España (1624-32)* (Comillas, 1958), 32: instrucciones de Urbano VIII al nuncio el 1 de mayo de 1632.

ñalado antes, reforzados con la plata arrebatada a la flota del tesoro de España en 1628, los holandeses se sintieron capaces de pasar en 1629 a la ofensiva contra el ejército de Flandes, debilitado ahora por la marcha de Espínola, que se había ido a Madrid para defender la conveniencia de un acuerdo de paz con la república de Holanda. Una vez más, pues, Madrid se encontró frente a un viejo dilema: ¿Flandes o Italia? Tras un reñido debate el consejo de estado, por influencia de Espínola y en contra de los deseos del conde-duque, autorizó a la archiduquesa Isabel de Bruselas a llegar a un acuerdo con los holandeses, de forma que pudiera darse prioridad a la guerra de Italia. Las consecuencias de esta decisión fueron justamente las que Olivares temía. Holanda, al ver la nueva debilidad de España en el norte, dejó de tener interés inmediato en un acuerdo de paz, mientras que las provincias leales del sur de los Países Bajos, desesperadamente cansadas de guerra y desmoralizadas por una serie de derrotas, estuvieron a punto de ir a la rebelión.

De todos modos, éste no fue más que uno de los problemas que casi anonadaron a Olivares durante estos críticos años de la guerra de Mantua, entre 1628 y 1631. La situación económica de Castilla se deterioraba constantemente. El de 1627 fue un año especialmente malo: los precios subieron fuertemente por la combinación de unas malas cosechas y los efectos de la producción, por parte del gobierno, de una excesiva cantidad de devaluados vellones durante los primeros años del reinado, en un esfuerzo por hacer frente a sus necesidades financieras. Las fuerzas productivas de Castilla estaban paralizadas por un injusto sistema de impuestos; lo elevado de los precios amenazaba con provocar desórdenes en los pueblos, y el programa de reformas en que se había embarcado Olivares con tantas esperanzas en 1621, virtualmente había quedado interrumpido, paralizado por la resistencia de las cortes, las oligarquías urbanas y la propia maquinaria gubernamental. El régimen llegó a ser profundamente impopular, y sus variados intentos contradictorios de hacer frente a los problemas de la inflación no sirvieron más que para aumentar su impopularidad y hacer mayor la angustia general. La implicación de España en una guerra en Italia costosa y aparentemente sin éxito dio más armas a los enemigos de Olivares. En 1628 circularon por Madrid manifiestos y sátiras urgiendo a Felipe IV a desembarazarse de su favorito y a que se convirtiera en verdadero rey.

Felipe no se mostró proclive de inmediato a aceptar el consejo de los enemigos del conde-duque, pero en la primavera y el verano de 1629 se

dieron signos de tensión entre el rey y su ministro, cuando el rey se inclinó hacia la mayoría de su consejo de estado e incluso empezó a hablar de dirigir personalmente un ejército para Italia. Al dar preferencia a Italia y aprobar la idea de un acuerdo con los holandeses, el consejo de estado había cedido ante los argumentos de Espínola a favor de la paz en el norte. Pero una razón importante fue la conducta de Francia. Olivares siempre había apostado a que don Gonzalo de Córdoba tomaría Casale antes de que Luis XIII derrotara a los hugonotes de La Rochelle; pero una vez más erró en sus cálculos. En octubre de 1628 La Rochelle se rindió; en junio de 1629 Olivares advirtió al nuncio papal, con misteriosa presciencia, que, si el ejército francés cruzaba los Alpes, España y Francia se meterían en una guerra que duraría treinta años. Un mes después, sin conocer la premonición, Luis XIII dirigía su ejército por el paso de Montsenís entre fuertes nevadas, y don Gonzalo, inquieto por la llegada de los franceses, se vio obligado a levantar el largo y abortado sitio de Casale.

Como había previsto el conde-duque, la decisión de Luis XIII de seguir el consejo de Richelieu y atravesar los Alpes con su ejército puso a Francia y España en rumbo de colisión. Ninguna de las partes estaba preparada para una guerra total, y por eso la confrontación por Mantua se contuvo. Pero a partir de la primavera de 1629 comenzaron a tener prioridad, tanto en París como en Madrid, las exigencias de una política exterior agresiva, por encima de cualquier consideración de reformas interiores. Tanto Richelieu como Olivares luchaban ahora por movilizar recursos humanos y económicos con la vista puesta en el conflicto que se venía encima. Ambos se apresuraron a hacer la paz con Inglaterra —Francia en abril de 1629, y España en noviembre de 1630—, y cortejaban con asiduidad a sus posibles aliados, mientras se entregaban a un complicado juego de ajedrez político para controlar la parte del tablero que va desde el norte de Italia a la frontera de los Países Bajos.

En su búsqueda de aliados, Olivares se dirigió de nuevo a Viena pidiéndole ayuda, y esta vez con cierto éxito. Pero el precio de éste resultó alto. La presencia de Francia en Italia era para Fernando una fuente de más preocupación que el curso de la guerra en los Países Bajos, y en el verano de 1629 revocó el permiso que había dado a Wallenstein para desplegar parte de su ejército en contra de los holandeses en Frislandia. En su lugar, dio la orden a sus tropas de dirigirse a Italia. Esta desviación de fuerzas imperiales a través de los Alpes restableció el equilibrio en Mantua (con un coste terrible para este infeliz ducado), pero también acabó con la proba-

blemente irreplicable oportunidad de hacer realidad los planes de Olivares de llevar a cabo una operación conjunta hispano-imperial en contra de los holandeses. E, incluso en Italia, la presencia de unos 50.000 soldados imperiales no suponía el triunfo claro de los Habsburgos en el que Olivares estaba esperando.

Las relaciones entre Madrid y Viena se habían agriado peligrosamente en torno a la cuestión mantuvana, lo que venía a dejar una vez más dolorosamente claro que ambas cortes no tenían las mismas ideas y prioridades. Olivares desconfiaba profundamente de la influencia que ejercían sobre Fernando su esposa Gonzaga y el confesor Lamormaini, y pensaba que, de los consejeros imperiales, sólo Eggenberg era un verdadero amigo de España³⁶. El conde-duque consideró la paz de Regensburg de 1630 (*infra*, pp. 145-6) como una traición imperial a los intereses de España —«la paz más deshonorosa que hemos tenido»—, y no sintió que Francia la rechazara³⁷. Pero tampoco él lo hizo mejor. Cuando por fin la cuestión de Mantua quedó zanjada por los acuerdos de paz de Cherasco en la primavera de 1631, el duque de Nevers siguió manteniendo su herencia; los franceses maquinaron para quedarse ellos con la fortaleza de Pinerolo como base militar en la vertiente italiana de los Alpes, y los españoles no lograron hacerse con Casale³⁸.

³⁶ En esto pudo estar acertado. Véanse las ideas políticas de los más importantes consejeros de Fernando en Bireley, *Religion and Politics*, cap. 1. Ciertamente, Eggenberg viajó a España en 1598-9 y en 1605, y coleccionaba objetos de arte y libros españoles: su biblioteca incluía a *Don Quijote* y una edición completa del teatro de Lope (ampliamente anotado por Eggenberg). Y el espléndido castillo del príncipe, construido justo a las afueras de Graz a comienzos del siglo XVII, muy bien podía pasar casi por español.

³⁷ AGS, Estado 2331, f. 126, Olivares en el Consejo de Estado, el 10 de noviembre de 1630.

³⁸ De todos modos, al reafirmar su derecho a investir al nuevo duque de Mantua, el emperador sacaba por lo menos un beneficio de la guerra: dejaba sentados por siempre sus derechos de soberanía sobre los estados del norte de Italia. Nunca más volverían a verse retados. Pero esta evolución, que facilitaría el paso a un eventual gobierno directo de Austria entre los Alpes y el Po, quedaba en un futuro lejano. De momento la humillación de los Habsburgos fue tan visible en Viena como lo era en Madrid. Cf. K. O. von Aretin, «Die Lebensordnungen in Italien im 16. Und 17. Jahrhundert und ihre Auswirkungen auf die europäische Politik», en H. Weber (comp.), *Politische Ordnungen und soziale Kräfte im Alten Reich* (Wiesbaden, 1980: Veröffentlichungen des Instituts für europäischen Geschichte Mainz. Abteilung Universalgeschichte. Beiheft VIII), 53-84, especialmente pp. 57-9 y 77.

Las fases finales de la cuestión mantuana quedaron inevitablemente oscurecidas por el aparentemente irresistible avance de los suecos. Olivares, mirando con preocupación a Europa en 1631 y 1632, detectaba una gran conspiración internacional en contra de la casa de Austria; una conspiración en la que aquellos que profesaban lealtad a la causa católica, Francia, Baviera y el papa mismo, eran fuerzas desbocadas que iban a sumergir a amplias partes de la cristiandad bajo la marea de la herejía. Tocaba a España, como verdadera campeona de la fe, parar esa marea lo mejor que pudiera. Pero el conflicto de gigantes precipitado por la intervención de Olivares en Mantua sólo vino a demostrar de modo irrefutable que, después de todo, Dios no era español sino francés.

Capítulo IV

La guerra total

Aunque fue emperador casi dieciocho años, Fernando II nunca convocó una dieta imperial. Al contrario, eligió gobernar el imperio mediante decretos salidos o bien de su propia autoridad o bien de consultas con los electores y otros gobernantes de su simpatía. Esto podía haber resultado aceptable si el emperador se hubiera conformado con llevar a cabo políticas no controvertibles; pero no fue así. La deposición de gobernantes como el elector del Palatinado o los duques de Mecklenburg, el traspaso del título electoral, el mantenimiento del ejército de Wallenstein, el edicto de restitución: todas ellas fueron iniciativas que habrían alentado el debate y la oposición en cualquier circunstancia. Pero, dado que no hubo sesiones de la dieta entre 1613 y 1640, la legalidad de esas (y otras) medidas tomadas por el gobierno imperial se convirtieron en objeto de controversia en las cortes de todos y cada uno de los gobernantes: personas con opinión política y académicos hicieron circular innumerables panfletos o escritos de toma de posición conocidos como *Denkschriften*, para justificar o criticar una determinada decisión en términos de «derecho público» del imperio («público», porque implicaba relaciones entre estados corporativos).

La difusión de tales publicaciones era enorme. El derecho era, después de la teología, la ocupación intelectual más común en Alemania, y casi la mitad de los 8.000 jóvenes más o menos que entraban cada año en las universidades del imperio a comienzos del siglo XVII, lo estudiaba¹. Es más,

¹ Véase el interesante estudio de Gross, *Empire and Sovereignty*, para el debate sobre el «derecho público». Cf. también O. Brunner, «Souveränitätsproblem und Sozialstruktur in den deutschen Reichstädten der frühen Neuzeit», *Vierteljahrschrift für Sozial und Wirts-*

los argumentos de los *Denkschriften* y los panfletos ilustrados se filtraban a otras clases de la sociedad por medio de hojas sueltas y libros por entregas ilustrados, de los que durante la guerra se editaron miles. De hecho, esto creaba una «opinión pública» informada que, en determinados temas, llegó a ejercer considerable influencia. El grado de apoyo puesto de manifiesto a favor de la rebelión bohemia, por poner el ejemplo principal, se debió en gran medida a las opiniones expresadas en esa clase de literatura popular. De las 1.000 hojas sueltas sobre la guerra que sobreviven en la colección Gustav Freytag de Francfort, casi 400 se publicaron entre 1618 y 1621. Sólo hubo otra oleada similar de actividad literaria durante la guerra: entre 1629 y 1633, cuando por su importancia los participantes en el conflicto intentaron ganarse el apoyo de los descomprometidos. En la colección Freytag 229 ejemplares son de esos años².

Dado que todas las publicaciones a que nos referimos se editaron en Alemania y para ilustrar al pueblo del imperio, existe la tentación de decir que la guerra de los treinta años fue siempre, a pesar de ciertas apariencias contrarias, un asunto muy alemán. Incluso se ha sugerido que «la “guerra de los treinta años” debería llamarse en realidad “la guerra religiosa alemana”»³.

Pero tal punto de vista es altamente engañoso. La última fecha en que los dirigentes políticos de Alemania fueron libres para decidir su propio destino fue el período interlunar que va de julio de 1630 a marzo de 1631, los meses que separan la reunión de electores de Regensburg del coloquio protestante de Leipzig. Estas dos asambleas, y algunas reuniones más pequeñas entre medias, intentaron provocar un realineamiento de fuerzas

chaftsgeschichte, L (1963), 329-60, especialmente pp. 347-51. Se da aquí un claro paralelismo con el debate sobre la «antigua constitución» en la primera Inglaterra de los Estuardo: en ambos países el lenguaje jurídico predominaba en el vocabulario de la política.

² Datos tomados de P. Hohenemser (comp.), *Flugschriftensammlung Gustav Freytag* (Francfort, 1925), nos. 4771-5794. Admirables colecciones de literatura popular sobre la guerra pueden encontrarse en D. Alexander y W. L. Strauss, *The German Single-Leaf Woodcut 1600-1700. A pictorial catalogue* (Nueva York, 1978); E. A. Beller, *Caricatures of the «Winter King» of Bohemia* (Oxford, 1928); *Propaganda in Germany during the Thirty Years' War* (Princeton, 1940); M. Bohatcová, *Irrgarten des Chicksals: Einblattdrucke vom Anfang des dreissigjährigen Krieges* (Praga, 1966); W. A. Coupe, *The German Illustrated Broadsheet of the Seventeenth Century* (2 vols., Baden-Baden, 1966-7); y J. R. Paas, *The German Political Broadsheet, 1600-1700* (4 vols. hasta la fecha; vol. IV, 1622-9, Wiesbaden, 1994).

³ R. Rassow, *Die geschichtliche Einheit des Abendlandes* (Colonia y Graz, 1960), 306.

dentro del imperio que pudiera preservar la paz; porque, en la medida en que los príncipes alemanes siguieran siendo neutrales y no alineados, persistía una posibilidad de paz. Pero en la primavera de 1631 el matrimonio forzado de Suecia con Brandenburgo y el tratado franco-bávaro de Fontainebleau rompieron la unidad y condujeron a los hombres de estado de Europa de cabeza al borde del abismo. Se hizo inevitable una guerra europea general.

1. AL BORDE DEL ABISMO

Tanto el emperador como sus aliados de la Liga dieron la bienvenida a la asamblea de electores (*Kurfürstentag*) de Regensburgo en el verano de 1630, porque ella ofrecía la oportunidad de resolver las diferencias que recientemente habían surgido entre ellos. La importancia de la misma a los ojos de todos los participantes queda clara al ver la lista de los que asistieron en persona: el emperador, todos los electores católicos, el nuncio papal, junto con representantes diplomáticos de Francia, España, Venecia, Toscana e Inglaterra. Los electores de Sajonia y Brandenburgo rehusaron aparecer en persona por su oposición al edicto de restitución, pero sí enviaron delegados. En total había unos 2.000 entre participantes y observadores.

Fernando necesitaba conseguir la aprobación de los electores para su ayuda financiera y militar a España en la guerra contra la república de Holanda. También necesitaba su apoyo frente a la amenaza de agresión francesa y sueca y, de manera más inmediata, para la elección de su hijo el mayor como rey de los rumanos, heredero aparente de la corona imperial. El objetivo principal de los electores, por otra parte, era conseguir la destitución de Wallenstein, que pidieron formalmente el 16 de julio, sólo tras una semana de deliberaciones. En esto contaron con la ayuda de la postura de esfinge del propio interesado, que pasaba el verano en Memmingen, no lejos de Regensburgo. Él se encontraba cansado y deprimido por la profunda crisis financiera en la que se encontraba: de hecho el coste de su ejército superaba los ingresos recibidos del emperador hasta tal punto que Wallenstein, sencillamente, no podía permitirse seguir siendo comandante en jefe. Parece que casi se sintió aliviado cuando, el 13 de agosto, el emperador se plegó a las clamorosas peticiones de cese. El general se retiró a sus tierras de Bohemia; su jefe de finanzas, Hans de Witte,

se suicidó. Se encargó al conde Tilly, ya general del ejército de la Liga, que redujera las huestes imperiales en un 75 por ciento y fusionara las unidades restantes con las suyas. Pero a Tilly se le denegaron los medios incluso para mantener esas fuerzas tan reducidas, que exigían unos 5 millones de táleros para el sostenimiento anual; el pago tenía ahora que llegar de las asambleas de círculo, y los gobiernos territoriales en ellas representados no solían pagar su cuota a tiempo. Los problemas del ejército se acrecentaron cuando el grueso de sus fuerzas se concentró en el asedio de Magdeburgo, una ciudad que desafió abiertamente al emperador después de agosto de 1630. Los recursos locales se agotaron rápidamente; y sin el sistema de contribuciones de Wallenstein, las tropas se intranquilizaron.

No fue una completa reforma militar la única concesión que se arrancó al emperador en Regensburg. El encuentro electoral se convirtió, en realidad, en una comisión de investigación sobre las políticas exterior e interior de Fernando. Su veredicto fue devastador, y varias innovaciones de los años 1620 tuvieron que abandonarse: el tribunal supremo imperial de Speyer pasó a depender de la supervisión general de los gobernantes territoriales más que de Viena; y al emperador se le hizo prometer que en el futuro «no se declararía una guerra sin contar con el conocimiento de los electores». A cambio de todo ello, Fernando no ganó virtualmente nada: no fue elegido nadie como rey de los romanos ni se acordó el apoyo de la Liga a los ejércitos de los Habsburgos en los Países Bajos. Su única victoria fue mantener el edicto de restitución en su forma primera, aunque varios de sus aliados católicos (Baviera a la cabeza) consideraron que podía notarse cierta relajación. Según el relato de una entrevista de Maximiliano (partidario de concesiones menores a los protestantes) y el confesor del emperador, Lamormaini (que no lo era), el total cumplimiento del edicto se equiparaba a la salvación del imperio:

«[Lamormaini] cerró los ojos y respondió... el edicto tiene que mantenerse firme, sean cuales fueren los males que finalmente puedan venir de él. Poco importa que el emperador, por su causa, pierda no sólo Austria sino todos sus reinos... si salva su alma, lo que no alcanzará sin el cumplimiento del edicto»⁴.

⁴ Bireley, *Religions and Politics*, 125: el relato era de Kaspar Schoppe (Scioppius), un polemista católico anti-jesuita. Parecería que los protestantes no esperaban concesión ninguna sobre el edicto de restitución. Y, sin embargo, sorprendentemente, el empera-

Así, en lugar de resolver los problemas que enfrentaban al imperio y al emperador en 1630, el encuentro electoral de Regensburg no hizo más que empeorarlos. Al sacrificar a Wallenstein, Fernando perdió a un hombre cuya habilidad y poder puede pensarse que le habrían valido para consolidar sus recientes logros y unir bajo una monarquía habsburga fuerte a una Alemania débil y dividida. Al mantener el edicto de restitución, el emperador y los príncipes de la Liga se enajenaron la voluntad de los electores de Alemania del norte, exacerbando con ello las divisiones ya existentes entre protestantes y católicos. Los sucesos de Regensburg crearon de hecho un vacío de poder. Nadie tenía ahora el control del imperio.

Fue precisamente en este momento de debilidad y de crisis cuando Francia y Suecia, cada una a su modo, se vieron metidas en el problema. En el verano de 1630 había sido enviada al emperador una delegación francesa con instrucciones de encontrar soluciones para numerosos puntos: el control de Valtellina (aún en disputa, a pesar de la paz de Monzón de 1626); la soberanía en los tres obispados de Lorena (ocupados por Francia en 1552 y todavía reclamados por el imperio); y el título del duque de Nevers sobre Mantua y Monferrato. Las conversaciones duraron todo julio y agosto, mientras los diplomáticos franceses empleaban su tiempo libre en fomentar la oposición al emperador (por ejemplo, animando a los electores a negarse a reconocer al hijo de Fernando como heredero claro). Pero entonces llegaron a Regensburg noticias sensacionales: el 18 de julio los imperiales habían tomado la ciudad de Mantua, y al duque de Nevers con ella. Encontrar una rápida solución a la guerra en el norte de Italia era ahora, para los negociadores franceses, una necesidad urgente, antes de que la situación se deteriorara más. Pidieron a París inmediatos poderes para llegar a un acuerdo; pero no se los dieron. Al final, con considerables dudas, firmaron el 13 de octubre un tratado que no sólo estipulaba la evacuación conjunta del norte de Italia por parte de Francia y del imperio, sino que comprometía a Luis XIII a dejar de ofrecer apoyo a quien se opusiera al emperador.

No es difícil imaginar el impacto de tales concesiones en la corte francesa. El rey había enganchado su carro a la estrella de Mantua desde la

don sacaba poco beneficio del hecho de mantenerlo: aunque treinta y siete ciudades imperiales padecieron intentos estrictamente ilegales de cumplimiento del edicto, en sólo siete se llevó a cabo un cambio claro de régimen político.

toma de La Rochelle en octubre de 1628. Para posibilitar el rápido abandono del ducado, el gobierno francés había hecho amplias concesiones a los derrotados hugonotes (la «gracia de Alais», de junio de 1629); se había tragado su orgullo y hecho una paz con Inglaterra que no acarreaba beneficio directo alguno (el tratado de Susa, de abril de 1629); y había renovado su costosa alianza con la república de Holanda (junio de 1630). En todos estos compromisos con grupos protestantes Francia había contado con el aliento activo de Urbano VIII, porque estaban encaminados a liberar a Italia del «yugo español», empresa querida para el corazón del papa⁵. Y ahora, gracias a la iniciativa tomada sin autorización por los enviados a Regensburg, resultaba que todo eso queda borrado de un plumazo: se requería a Luis, en lugar de ello, para que se negara a apoyar a los enemigos de los Habsburgos. El prestigio y la credibilidad del rey quedaban gravemente comprometidos, y él se quedó lívido. El grado de su rabia se advierte en una carta escrita a sus embajadores una semana más tarde:

«Este tratado está en contradicción no sólo con sus poderes, con las instrucciones que ustedes llevaban y con las que les he hecho llegar varias veces después, sino que contiene además puntos en los que jamás yo he pensado, tan perjudiciales que no puedo escucharlos leer sino con extremo disgusto»⁶.

De hecho, el rey se negó a ratificar la paz de Regensburg, y unas semanas más tarde, cuando se vio que la autoridad de Richelieu había quedado comprometida con este episodio, se hizo un intento serio de apartarlo del poder. El «día de Dupes» (11 de noviembre de 1630), preparado por la facción católica extremista de la corte, estuvo a punto de triunfar. Mantua siguió, por el momento, en manos de los Habsburgos.

Y, sin embargo, a largo plazo, la diplomacia francesa difícilmente habría podido tener más éxito: al aparecer como estando de acuerdo con Regensburg, y luego no cumplir su palabra, Francia hizo mucho más daño a la causa imperial que el que habría causado una negativa suya desde

⁵ Sobre la diplomacia papal a finales de los años 1620, cf. Lutz, *Kardinal Giovanni Francesco Guidi di Bagno*, libro II; Aldea, *España, el Papado y el Imperio*; y «La neutralidad de Urbano VIII». Sobre las campañas francesas en Italia, cf. J. Humbert, *Les Français en Savoie sous Louis XIII* (Paris, 1960).

⁶ Citado por O'Connell, «A cause célèbre in the history of treaty making», 84.

el primer momento. Fortalecido temporalmente por la aparente retirada de Luis del problema, Fernando II no sólo eludió hacer más moderado el edicto, sino que decidió que le era posible enfrentarse al pequeño ejército sueco que el rey Gustavo Adolfo había desembarcado en Pomerania el 6 de julio de 1630, sin necesidad de intentar hacer sus políticas más aceptables para los protestantes alemanes. Fue un cálculo fatalmente equivocado, porque en el momento en que los imperiales advertían que sus tropas no podían retirarse de Italia los suecos no podían ya tampoco desalojar la Pomerania.

Los principados más inmediatamente afectados por la invasión sueca fueron los estados protestantes del norte de Alemania. La reacción de sus gobernantes, especialmente de los dos electores, era crucial para el curso futuro de la guerra. Juan Jorge de Sajonia y Jorge Guillermo de Brandeburgo, el uno luterano y el otro calvinista, rara vez habían tenido en el pasado relaciones cordiales. Como «el príncipe más luterano del imperio», Juan Jorge se veía a sí mismo como «el protector de la cuna de la Reforma» y, al igual que la mayoría de sus correligionarios, desconfiaba de los calvinistas más que de los católicos. Como político conservador, generalmente había apoyado al emperador. El papel del elector de Brandeburgo era más difícil. Aunque, tras la desgracia de Federico del Palatinado, Jorge Guillermo era el líder de los calvinistas alemanes tanto como Juan Jorge lo era de los luteranos, en realidad su posición era bastante más débil. El elector habría querido elegir el camino de una neutralidad armada durante los años 1620, pero los poderosos estados luteranos de Brandeburgo, temerosos de verse metidos en el conflicto, se negaron a garantizar a su gobernante reformador el apoyo necesario para tal política. Luego, en 1626, cuando tanto las tropas danesas como las imperiales estaban atravesando el territorio del electorado con total impunidad, era necesario optar por uno de los bandos. Aunque la mayoría de los consejeros de Jorge Guillermo eran (como él) calvinistas, su principal asesor, el conde Adam de Schwarzenberger, era católico, y jugó con el deseo que los estados luteranos tenían de economía y seguridad para llevar al elector a una alianza con el emperador (el tratado de Königsberg, de mayo de 1627). Pero la alianza imperial no fue muy feliz: pronto los brandenburgueses empezaron a quejarse del trato riguroso que sufrían a manos de las tropas imperiales que se precipitaron por el país en persecución de los daneses.

Los dos electores protestantes se reunieron durante una semana en abril de 1630 en Annaburg, en Sajonia, para tratar de los acontecimientos

toma de La Rochelle en octubre de 1628. Para posibilitar el rápido abandono del ducado, el gobierno francés había hecho amplias concesiones a los derrotados hugonotes (la «gracia de Alais», de junio de 1629); se había tragado su orgullo y hecho una paz con Inglaterra que no acarrecaba beneficio directo alguno (el tratado de Susa, de abril de 1629); y había renovado su costosa alianza con la república de Holanda (junio de 1630). En todos estos compromisos con grupos protestantes Francia había contado con el aliento activo de Urbano VIII, porque estaban encaminados a liberar a Italia del «yugo español», empresa querida para el corazón del papa⁵. Y ahora, gracias a la iniciativa tomada sin autorización por los enviados a Regensburg, resultaba que todo eso queda borrado de un plumazo: se requería a Luis, en lugar de ello, para que se negara a apoyar a los enemigos de los Habsburgos. El prestigio y la credibilidad del rey quedaban gravemente comprometidos, y él se quedó lívido. El grado de su rabia se advierte en una carta escrita a sus embajadores una semana más tarde:

«Este tratado está en contradicción no sólo con sus poderes, con las instrucciones que ustedes llevaban y con las que les he hecho llegar varias veces después, sino que contiene además puntos en los que jamás yo he pensado, tan perjudiciales que no puedo escucharlos leer sino con extremo disgusto»⁶.

De hecho, el rey se negó a ratificar la paz de Regensburg, y unas semanas más tarde, cuando se vio que la autoridad de Richelieu había quedado comprometida con este episodio, se hizo un intento serio de apartarlo del poder. El «día de Dupes» (11 de noviembre de 1630), preparado por la facción católica extremista de la corte, estuvo a punto de triunfar. Mantua siguió, por el momento, en manos de los Habsburgos.

Y, sin embargo, a largo plazo, la diplomacia francesa difícilmente habría podido tener más éxito: al aparecer como estando de acuerdo con Regensburg, y luego no cumplir su palabra, Francia hizo mucho más daño a la causa imperial que el que habría causado una negativa suya desde

⁵ Sobre la diplomacia papal a finales de los años 1620, cf. Lutz, *Kardinal Giovanni Francesco Guidi di Bagno*, libro II; Aldea, *España, el Papado y el Imperio*; y «La neutralidad de Urbano VIII». Sobre las campañas francesas en Italia, cf. J. Humbert, *Les Français en Savoie sous Louis XIII* (Paris, 1960).

⁶ Citado por O'Connell, «A cause célèbre in the history of treaty making», 84.

el primer momento. Fortalecido temporalmente por la aparente retirada de Luis del problema, Fernando II no sólo eludió hacer más moderado el edicto, sino que decidió que le era posible enfrentarse al pequeño ejército sueco que el rey Gustavo Adolfo había desembarcado en Pomerania el 6 de julio de 1630, sin necesidad de intentar hacer sus políticas más aceptables para los protestantes alemanes. Fue un cálculo fatalmente equivocado, porque en el momento en que los imperiales advertían que sus tropas no podían retirarse de Italia los suecos no podían ya tampoco desalojar la Pomerania.

Los principados más inmediatamente afectados por la invasión sueca fueron los estados protestantes del norte de Alemania. La reacción de sus gobernantes, especialmente de los dos electores, era crucial para el curso futuro de la guerra. Juan Jorge de Sajonia y Jorge Guillermo de Brandeburgo, el uno luterano y el otro calvinista, rara vez habían tenido en el pasado relaciones cordiales. Como «el príncipe más luterano del imperio», Juan Jorge se veía a sí mismo como «el protector de la cuna de la Reforma» y, al igual que la mayoría de sus correligionarios, desconfiaba de los calvinistas más que de los católicos. Como político conservador, generalmente había apoyado al emperador. El papel del elector de Brandeburgo era más difícil. Aunque, tras la desgracia de Federico del Palatinado, Jorge Guillermo era el líder de los calvinistas alemanes tanto como Juan Jorge lo era de los luteranos, en realidad su posición era bastante más débil. El elector habría querido elegir el camino de una neutralidad armada durante los años 1620, pero los poderosos estados luteranos de Brandeburgo, temerosos de verse metidos en el conflicto, se negaron a garantizar a su gobernante reformador el apoyo necesario para tal política. Luego, en 1626, cuando tanto las tropas danesas como las imperiales estaban atravesando el territorio del electorado con total impunidad, era necesario optar por uno de los bandos. Aunque la mayoría de los consejeros de Jorge Guillermo eran (como él) calvinistas, su principal asesor, el conde Adam de Schwarzenberger, era católico, y jugó con el deseo que los estados luteranos tenían de economía y seguridad para llevar al elector a una alianza con el emperador (el tratado de Königsberg, de mayo de 1627). Pero la alianza imperial no fue muy feliz: pronto los brandenburgueses empezaron a quejarse del trato riguroso que sufrían a manos de las tropas imperiales que se precipitaron por el país en persecución de los daneses.

Los dos electores protestantes se reunieron durante una semana en abril de 1630 en Annaburg, en Sajonia, para tratar de los acontecimientos

políticos recientes y de la próxima reunión de electores en Regensburg. Reafirmando una decisión anterior de no acudir a esta reunión personalmente, acordaron dar a sus delegaciones instrucciones iguales. Los asesores, reformistas, de Jorge Guillermo hubieran preferido que ambos electores adoptaran una actitud más definitiva en contra del emperador—incluso contemplaron la posibilidad de una alianza defensiva protestante—, pero los sajones no estaban todavía listos para esa clase de aventuras conjuntas. De todos modos, a comienzos de septiembre, cuando de nuevo se reunieron los dos electores y sus respectivos asesores, esta vez en el castillo de Zabeltitz (Sajonia), la actitud sajona había cambiado considerablemente. Juan Jorge estaba profundamente molesto con la invasión sueca y los acuerdos de Regensburg, especialmente con la descomprometida actitud católica respecto del edicto de restitución, y ello facilitó el que los brandeburgueses replantearan sus propuestas y recibieran una respuesta más favorable. Los consejeros privados de Jorge Guillermo, que pedían ya una más resuelta actitud frente al emperador, ahora abogaban por una estrategia similar respecto del rey sueco. De hecho, su política sueca tiene que verse como corolario directo de su política imperial: ambas tenían por objetivo preservar la integridad y la constitución del imperio en general, y los derechos y libertades de los estados protestantes en particular; ambas estaban designadas para crear una tercera fuerza neutral entre el rey y el emperador para evitar que la guerra se extendiera más. En Zabeltitz las propuestas brandenburguesas acapararon la agenda, y Juan Jorge anunció que en un futuro muy próximo iba a convocar una reunión de todos los gobernantes protestantes en Leipzig para poner sobre la mesa sus reivindicaciones y analizar las medidas que se consideraran oportunas.

Pero la resolución de Juan Jorge fue de corto aliento. Como luterano y firme creyente en la constitución imperial, él seguía oponiéndose a una confrontación directa con el emperador. No es sorprendente, por eso, que las presiones conjuntas de los electores católicos y de sus colegas luteranos (particularmente de su yerno, el archiconservador landgrave Jorge II de Hesse-Darmstadt) convencieran pronto a Juan Jorge de que unas negociaciones bilaterales con el emperador resultarían mucho más fructíferas que cualesquiera otros esfuerzos multilaterales hechos con otros gobernantes protestantes. Posteriormente, en noviembre, los católicos, alarmados por el rechazo francés de la paz de Regensburg, hicieron saber de pronto que serían todavía posibles ciertas concesiones en relación con

el edicto de restitución, y propusieron una reunión con los protestantes para comienzos de 1631, en Francfort, para tratar del cumplimiento del edicto imperial. «Tuvimos la sensación —explicaron más tarde los electores católicos— de que una negativa en redondo de cualquier gesto amable por nuestra parte pondría en peligro al sacro imperio romano, especialmente... la fe católica»⁷. En otras palabras: la reunión de Francfort fue convocada deliberadamente para mantener a los protestantes en calma (véase Lámina 8).

El que los protestantes se reunieran de hecho en Leipzig se debió principalmente a los consejeros calvinistas de Brandenburgo, que machaconamente insistieron al elector de Sajonia en que era necesario un encuentro de gobernantes protestantes aunque no fuera más que para pergeñar una estrategia conjunta de los evangélicos para Francfort. Juan Jorge, a pesar de los reparos de algunos de sus asesores, estaba de hecho persuadido, y en enero de 1631 llegaron noticias a unos 160 estados informando de que la largamente esperada conferencia comenzaría, finalmente, el 6 de febrero. La respuesta fue apabullante: excepto Jorge de Hesse-Darmstadt, asistieron todos los príncipes protestantes importantes, y también enviaron representantes varias ciudades imperiales.

Pero el principal problema seguía siendo la actitud de Juan Jorge: ¿seguiría insistiendo en que la conferencia de Leipzig no era más que un encuentro preparatorio de las posteriores conversaciones de Francfort? ¿O apoyaría también él medidas defensivas? Cinco días antes del comienzo de la conferencia, Fernando II había enviado una carta amenazadora al elector, prohibiendo armarse a los gobernantes protestantes. Pero otros le estaban urgiendo para que accediera a medidas defensivas conjuntas, entre ellos el influyente pastor de la corte sajona Matías Hoë von Hoënegg, quien en años anteriores se había distinguido por sus clamorosas polémicas anticalvinistas (cf. *supra*, pp. 29-30). Pero el edicto de restitución había cambiado el tono de sus palabras. Sólo unas semanas antes de la conferencia de Leipzig, Hoë había advertido a Juan Jorge que, si el edicto no era revocado, su obligación de elector como luterano era la de combatir al emperador. Igualmente, en un sermón hecho público el primer día de la conferencia, Hoë urgió a los gobernantes

⁷ «The Catholic Electors to the Bishop of Bamberg, Regensburg, 18 December 1630», en M. C. Lundorp, *Der Römischen Kayserlichen Majestät und des Heiligen Römischen Reichs... Acta Publica*, IV (Francfort del Meno, 1668), 103.

reunidos a unirse y defenderse frente al gobierno arbitrario de Fernando y sus aliados*.

Los pastores calvinistas de la corte de Berlín acogieron con agrado los sentimientos de Hoë. Durante años ellos habían insistido, sin mucho éxito, en una mayor colaboración con los luteranos, y sus políticas más militantes encontraban apoyo ideológico en el irenismo reformista, cuyo principal portavoz en los años 1620 y 1630 era Juan Pedro Bergius, el doble de Hoë en Berlín. Los estudios de Bergius en Heidelberg, Estrasburgo y Cambridge y sus visitas a Holanda y Francia lo habían puesto en contacto con el protestantismo internacional. Como teólogo moderado estaba convencido de que era posible superar la mayoría de los desacuerdos entre luteranos y calvinistas, dado que ambas iglesias protestantes coincidían en los «artículos fundamentales» de la fe cristiana. Sus ideas reflejaban la postura oficial, en temas confesionales, tanto de la iglesia calvinista de Brandenburgo como del elector y sus consejeros. Al igual que Hoë, urgió a los príncipes reunidos en Leipzig a que se unieran y se defendieran⁹.

Mientras se reunían los políticos, mantenían también su propio coloquio los teólogos. Hoë y dos de sus colegas luteranos de Sajonia se encontraron con Bergius de Brandenburgo y otros dos calvinistas de Hesse-Kassel. Utilizando la confesión de Augsburgo como base de sus deliberaciones, estos seis hombres mostraron una armonía casi sin precedentes. Por seguridad, no se solucionaron los temas mayores de división entre luteranos y calvinistas: las doctrinas sobre la cena del Señor y la predestinación; pero ambas partes acordaron abordar con más detenimiento tales diferencias en nuevas reuniones. También hicieron la promesa de «mostrarse unos a otros amor cristiano en el futuro». La reunión religio-

* Cf. Matthias Hoë von Hoënegg, *Homiliae über den 83 Psalm, so zu Leipzig in dem Convent der Evangelischen und Protestirenden Chur- Fürsten und Ständen, den 10. Februarij, anno 1631 erkläret, und außjnständiges anhalten und begehren in Truck gegeben* (s.p., 1631).

⁹ La influencia de Bergius en la política eclesiástica de Brandenburgo es tratada en Bodo Nischan, «John Bergius: Irenicism and the beginning of official religious toleration in Brandenburg-Prussia», *Church History*, LI (1982), 389-404; y «Calvinism, the Thirty Years' War, and the beginning of Absolutism in Brandenburg: the political thought of John Bergius», *Central European History*, XV (1982), 203-23. Sus sermones de Leipzig fueron publicados con el título *Brüderliche Eynträchtigkeit auss dem hundert drey und dreyssigsten Psalm bey der Protestirenden Evangelischen Chur-Fürsten und Stände Zusammenkunft zu Leipzig Anno 1631... in drey Predigten erkläret* (Francfort del Oder, 1635).

sa fue importante porque ayudó a crear una atmósfera de buena voluntad y proporcionó, así, base ideológica para la colaboración política y militar que los príncipes buscaban en su encuentro de Leipzig¹⁰.

Pero la sorprendente armonía que se dio en el frente teológico no prevaleció por completo en las deliberaciones políticas. Inicialmente, Juan Jorge y sus asesores más tímidamente laicos parecieron estar preparados para no hablar de otra cosa que no fuera el futuro encuentro de Francfort. Pero está claro que los brandenburgueses estaban poniendo de manifiesto un punto de interés común cuando el 15 de marzo suscitaron la cuestión de una resistencia militar¹¹. Era posible organizar una alianza defensiva protestante, sugerían ellos, sin violar la constitución imperial. El objetivo de tal alianza no sería ir en contra de nadie, sino salvaguardar los derechos de los príncipes frente a cualquiera que los pusiera en peligro, fuera el emperador o el rey de Suecia. La respuesta fue tan alentadora que los brandenburgueses decidieron poner en borrador la propuesta formal de crear una alianza defensiva. Sería la base del manifiesto de Leipzig: la resolución final adoptada por los príncipes el 12 de abril de 1631 por la que se creaba una asociación defensiva, el *Leipziger Bund*, con un ejército de 40.000 hombres que sólo se emplearía para fines defensivos. Su recluta y financiación se dejó en manos de cada círculo imperial, cuyos esfuerzos de defensa quedarían coordinados por un comité presidido por Juan Jorge de Sajonia. El fin de esta asociación armada quedaba claramente determinado: proteger y «defender las leyes básicas, la constitución imperial y las libertades alemanas de los estados protestantes»¹².

El manifiesto de Leipzig era un intento de última hora de proteger los intereses religiosos y políticos de los gobernantes protestantes. Daba clara cuenta a Fernando II y a sus aliados de que los príncipes protestantes estaban dispuestos a resistir a la opresión militar y a una nueva recatoliza-

¹⁰ Véase Johannes Bergius, *Abermaliger Abdruck der Relation der Privat-Konferenz, welche bey währendem Convent der Protestantierenden nEvangelischen Chur-Fürsten vnd den Ständen zu Leipzig in Jahr 1631. Monats Martii zwischen den anwesendenbeyderseits Evangelischen, so wol Lutherischen als Reformirten Theologen gehalten worden* (Berlín, 1644). El protocolo se encuentra también en Wolfgang Gericke, *Glaubenszeugnisse und Konfessionspolitik der brandenburgischen Herrscher bis zur preussischen Union, 1540 bis 1815* (Bielefeld, 1977), 143-56.

¹¹ ZSM, Rep. 21, 127, p. 1, pp. 27-9. Minutas de la conferencia de Leipzig. Cf. también Bodo Nischan, «Brandenburg's Reformed Räte and the Leipzig Manifesto».

¹² El manifiesto de Leipzig puede encontrarse en Lundorp, *Acta Publica*, IV, pp. 144-6; y J. P. Abelin, *Theatrum Europaeum*, II (Francfort del Meno, 1646), 309-11.

ción. También era una advertencia a Gustavo Adolfo de que los electores de Brandenburgo y Sajonia y la mayoría de los demás estados protestantes no serían aliados suyos de buena gana. En pocas palabras: el manifiesto pretendía defender la constitución del Sacro Imperio Romano creando una tercera fuerza neutral entre los ejércitos del imperio, de la Liga y del extranjero, que amenazaban con convertir la guerra en Europa central en un conflicto internacional importante.

También Maximiliano de Baviera se sintió profundamente inquieto con el curso de las cosas en el verano de 1630. A primera vista su inquietud podría parecer algo gratuita, porque más que ningún otro príncipe alemán él había salido ganando con la destitución de Wallenstein. Tilly, el general de la Liga, mandaba ahora también el ejército imperial, y Maximiliano parecía tener libre el camino para recuperar el predominio militar sobre Fernando que había tenido ya antes de 1625. Pero, aparte de salvaguardar sus derechos e intereses como príncipe alemán y católico romano, a Maximiliano le importaba proteger el título de elector y los territorios que recientemente había logrado. Y para ello necesitaba un período de paz. Las crecientes divisiones dentro del imperio y la ampliación del conflicto en 1630 parecían poner en peligro sus logros, viéndose por ello obligado a explorar nuevas vías de salvaguardar sus derechos e intereses. El predicamento de Maximiliano se veía reforzado por su apoyo al edicto de restitución (que le impedía hacer causa común con ningún protestante) y, todavía más, por su proximidad geográfica a Francia y su creciente hostilidad hacia los Habsburgos.

Franceses y bávaros ya habían tenido negociaciones para una posible alianza a mediados de los 1620. En un esfuerzo por debilitar el poder de los Habsburgos, Richelieu intentó persuadir a Maximiliano para que organizara y encabezara un grupo de príncipes confesionalmente mixto, pero el bávaro, celoso de preservar su independencia política, sólo esperaba de Francia proteger su título y territorio electorales. Como el gobierno francés no se ofreció a ello, se rompieron las negociaciones en 1627 (*supra*, p. 92). Pero la amenaza de un régimen Habsburgo absolutista en el imperio, apoyado principalmente en el ejército de Wallenstein, hizo otra vez a Maximiliano más receptivo a las propuestas de los franceses. La llegada de Hércules de Charnacé, agente de Richelieu, a Múnich el 16 de marzo de 1629 supone el comienzo de otra ronda de negociaciones.

Por un tiempo pareció que de nuevo iban a desembocar las conversaciones en ninguna parte, y Charnacé se fue. Pero en octubre de 1630

agentes de Francia presentes en Regensburg daban cuenta de que Baviera estaba ahora dispuesta a tratar de la alianza en serio. Había varias razones para ese cambio de ánimo. Una era el temor de Maximiliano de que España hubiera prometido en secreto a Carlos I de Inglaterra que tanto el título electoral como el Palatinado se devolverían efectivamente a Federico¹³. Otra, la profunda crisis política que había en el imperio: el temor de Wallenstein y de la oposición a una implicación en Mantua era reemplazado ahora por el miedo a Gustavo Adolfo. Aunque la amplitud de la implicación de Suecia en la guerra no fue evidente inmediatamente, la presencia de Gustavo en suelo alemán, percibida como una amenaza seria a la constitución imperial y a los intereses de Baviera, empujaba inexorablemente a Maximiliano en el sentido de una alianza con Francia. En el otoño de 1630 un acuerdo con Francia era deseable por la actitud todavía poco clara de Suecia y de los príncipes protestantes; pero se hizo urgente para Maximiliano después del tratado de Bärwalde (enero de 1631), que reunió a Francia y Suecia en la causa «de restablecer los estados del imperio suprimidos».

Ahora bien, como sucedía con los electores protestantes, también en los propósitos políticos de Maximiliano subyacía el aguijón de la religión. Su confidente y confesor, el jesuita Adán Contzen, venía insistiendo en un tratado con Francia desde la primavera de 1629, con la esperanza de que una alianza de esa clase beneficiaría a la causa católica en el imperio. Él soñaba con un frente católico de amplitud europea (esquema verdaderamente nada realista mientras duraran las rivalidades entre Habsburgos y Borbones), pero los argumentos profranceses de Contzen —respaldados por diplomáticos papales— influyeron claramente en Maximiliano y en sus asesores laicos, especialmente cuando se hizo evidente que el rey luterano de Suecia utilizaría su poder militar para hacer retroceder la posición católica dentro del imperio¹⁴.

¹³ Véase Aldea, *España, el Papado y el Imperio*, 34: instrucciones de Urbano a sus nuncios en España, el 1 de mayo de 1632. Los miedos de Maximiliano no carecían de fundamento: en virtud del llamado «tratado de Cottington» concluido tras la paz de Madrid (que puso fin al conflicto anglo-español en 1630), España adoptó el vago compromiso de «actuar bien» en el Palatinado. Cf. Simon Adams, «Spain or the Netherlands: the dilemmas of early Stuart foreign policy», 100.

¹⁴ Cf. Bireley, *Maximilian von Bayern, Adam Contzen*, 168 s. Sobre la promoción de una paz franco-bávara por parte del papado, cf. Aldea, «Neutralidad», 174 s. Algunos historiadores han olvidado el papel del papado en todo esto por el silencio de ciertas fuentes;

La principal piedra de tropiezo en las conversaciones franco-bávaras fue la negativa de Richelieu a comprometerse en dos puntos que Maximiliano consideraba básicos para la protección de sus propios derechos y de la constitución imperial. Baviera esperaba que Francia aceptara el derecho hereditario de su familia al título electoral adquirido; pero Richelieu sólo estaba dispuesto a reconocer las pretensiones personales de Maximiliano y se negaba a garantizarlas para sus descendientes. Además, el elector deseaba introducir una cláusula especial en el tratado reconociendo sus obligaciones constitucionales con el imperio y el emperador; Richelieu, que quería contar con el apoyo del bávaro en contra de los Habsburgos, se negó. Pero de hecho, con el fin de asegurarse un aliado alternativo a los suecos y tranquilizar a sus críticos católicos, Richelieu cedió: Maximiliano tuvo las garantías y el reconocimiento que buscaba. El tratado de Fontainebleau fue firmado en mayo de 1631. Su vigencia era de ocho años, y se mantendría totalmente en secreto. Las dos partes acordaron no atacarse la una a la otra ni ayudar una a los enemigos de la otra. Pero los príncipes de la Liga no estaban incluidos en el tratado: una omisión que acarrearía graves consecuencias al año siguiente¹⁵.

El tratado de Fontainebleau puede considerarse la réplica católica del manifiesto protestante de Leipzig, aparecido sólo unas semanas antes. Ambos eran respuestas directas al fracaso del encuentro electoral de Regensburg en el restablecimiento del orden. Ambos tendían a proteger la constitución del imperio y los derechos y las libertades de los príncipes. Ambos buscaban la creación de una tercera fuerza neutral que hiciera de amortiguador entre el emperador y sus enemigos extranjeros, con el fin de evitar que la guerra siguiera extendiéndose. Pero al final

pero la correspondencia de Bagno (ahora, entre los manuscritos Barberini del Archivo Vaticano) aporta amplias pruebas al respecto. De hecho, en sus despachos a Roma entre 1628 y 1631, Bagno dedicó a las negociaciones franco-bávaras más espacio que a cualquier otro tema. El intentó mantener en secreto su intervención —en una carta al consejero bávaro Jocher advertía: «Este asunto tiene que mantenerse muy en secreto, porque puede afectar seriamente a mis relaciones con España, si se sabe que estoy interviniendo en crear una estrecha unión entre Francia y Baviera»—, pero la verdad se conoció cuando un espía español registró el apartamento de Bagno en París (Bireley, *Religion and Politics*, 160).

¹⁵ El texto del tratado de Fontainebleau es recogido por Albrecht, *Auswärtige Politik*, 378-9.

ambos esfuerzos —y ésta fue la gran tragedia de Alemania— fracasaron, porque ninguno de los dos logró parar a los suecos, que se habían hecho su propia idea de lo que el imperio deseaba y tenían fuerza para mantener bajo sus botas a todos aquellos cuya opinión sobre el tema difiriera de la suya.

2. 1630-1632: LA INTERVENCIÓN DE SUECIA

Un panfleto anónimo inglés de 1638, titulado *The civil wars of Germany*, ofrecía a los lectores una útil guía de la guerra y de sus comandantes. Se recogían en él veintiún retratos de los jefes militares de cada bando, junto con un breve *curriculum vitae* de los mismos; y la guerra en sí se dividía en 167 «episodios» numerados, cada uno de ellos narrado con viveza y con abundancia de hechos. Pero resulta curioso que sólo treinta y dos de los episodios seleccionados ocurrieran durante los primeros doce años de la guerra: para los espectadores ingleses, como para la mayoría de los alemanes, la guerra no empezó en serio hasta el «episodio 33», cuando llegan al imperio el rey Gustavo Adolfo y su ejército en julio de 1630 (véase Lámina 9).

El rey no llegó a Peenemünde con la intención expresa de hundir a Europa aún más en una guerra. Su *Declaración* de 1630, que tuvo la circulación más amplia de todos los panfletos conocidos de la época (veintitrés ediciones en cinco lenguas), estaba redactada en términos modestos. Empezaba, de forma suficientemente inocente, con una lista de agravios personales menores: «Su Majestad el Rey de Suecia ha soportado muchos ultrajes y daños sin recibir satisfacción alguna por ellos, como haber sido sus cartas [a otros príncipes] interceptadas, abiertas, y falsamente descifradas e interpretadas», o no habersele permitido participar en la paz de Lübeck o enviar una legación al emperador. Luego venía la denuncia de la ayuda prestada por Wallenstein al rey de Polonia en 1629: «[El emperador] ha hecho marchar a ejércitos completos a Prusia en contra de Su Majestad y el rey de Suecia». A continuación Gustavo se quejaba del «plan báltico» de los Habsburgos, que, argumentaba, iba dirigido contra la supremacía de que gozaba por el momento Suecia. Sólo al final, y con cierta reticencia, señalaba la declaración la opresión de las libertades alemanas por parte del emperador como motivo de la invasión. No se decía nada de lo que Suecia esperaba conseguir con su intervención, ni tampoco del deseo de im-

pedir que la causa protestante pereciera a manos de las tropas imperiales¹⁶. En fecha tan tardía como agosto de 1630 el rey aún protestaba que su campaña «no iba, en absoluto, contra su Majestad Imperial, sino única y exclusivamente en defensa frente a los perturbadores de la paz pública, tanto eclesiástica como secular». Esta actitud constitucionalista estaba claramente concebida para atraer a la opinión pública alemana —sabía bien el rey el valor de una guerra que los contemporáneos consideraran «justa»—, pero probablemente el propio Gustavo creyó que su manifiesto era una verdadera declaración de su misión. En 1636, cuatro años después de la muerte del rey, su estrecho colaborador el canciller Axel Oxenstierna aún negaba que la invasión de 1630 hubiera sido principalmente una cruzada protestante. No se trataba «tanto de religión —recordaba él al consejo de estado, algo equivocado— cuanto de salvar el *status publicus* [la situación política general], del que también formaba parte la religión»¹⁷.

Y la verdad es que en el verano de 1630 el *status publicus* del norte de Europa ofrecía motivos de interés para los dirigentes de Suecia. Tres años antes, a raíz de la derrota de Cristian IV y sus aliados, los ejércitos de Tilly y Wallenstein habían avanzado hacia el norte, en dirección al Báltico. La península de Jutlandia había sido ocupada por completo; los duques de Mecklenburg habían sido depuestos, y Wallenstein se había instalado en su lugar; el duque de Pomerania había sido obligado a admitir guarniciones imperiales en su territorio. Aunque Stralsund aguantó el asedio frente a los imperiales, en septiembre de 1628 una nueva ofensiva de Cristian IV, reforzado por los escoceses de Stralsund, fue duramente derrotada en Wolgast. Eso dio libertad a Wallenstein para prestar 12.000 de sus hom-

¹⁶ Hay editada una versión inglesa del *Kriegsmanifest* en G. Symcox (comp.), *War, Diplomacy and Imperialism 1618-1763* (Londres, 1974), 102-13.

¹⁷ Citas tomas de D. Böttcher, «Propaganda und öffentliche Meinung im protestantischen Deutschland, 1628-36», *Archiv für Reformationsgeschichte*, XLIV (1952), 181-203, en pp. 191-4 (reeditado en Rudolf, *Dreissigjährige Krieg*, 325-67); y Roberts, *Essays in Swedish history*, 84. La naturaleza exacta de los objetivos bélicos de Suecia en 1630-1 sigue estando confusa, porque los datos disponibles son todos objetables. Así, puede decirse que el manifiesto fue moderado en su tono porque tal es la esencia de esta clase de documentos. Y es posible que en 1636 Oxenstierna se hubiera hecho más cauteloso, a raíz de la derrota de Suecia en Nördlingen; o también es posible que estuviera repitiendo, simplemente, las políticas de prudencia que él (más que su rey, más impulsivo) intentó hacer en 1630. Sobre los objetivos bélicos de Suecia véase una discusión más amplia en las páginas 203-11 y 237-41.

bres al cuñado del emperador, Segismundo de Polonia, quien había estado combatiendo la invasión sueca desde 1625 (cf. *supra*, p. 98). Al principio se impusieron las fuerzas de Gustavo; en 1626 fueron tomados varios puertos de Prusia. Pero ahora el avance sueco quedó frenado. Mientras que la alta burguesía que controlaba el estado polaco no estaba dispuesta a luchar por Letonia, una reciente conquista que ella consideraba que sólo reportaba beneficios a la corona, Prusia formaba parte del mundo por el que estaba dispuesta a luchar hasta el final. Por eso Gustavo y sus hombres estaban apegados a la costa báltica, explotando constantemente los territorios que controlaban y drenando la economía sueca¹⁸. No eran un problema para el ejército polaco-imperial que en el verano de 1629 avanzó por el Vístula. En la batalla de Honigfelde (o de Stuhm), el 27 de junio, los suecos sufrieron una fuerte derrota de la que Gustavo tuvo suerte de escapar con vida.

Fue, por tanto, cosa de fortuna el que, poco después de esta derrota, llegara al campamento sueco un enviado francés. Hércules de Charnacé, enviado especial de Richelieu a Alemania, tras no haber logrado convencer ni a Maximiliano de Baviera para que rompiera con el emperador ni a Cristian de Dinamarca para que continuara su guerra, traía ahora instrucciones de librar a Gustavo del conflicto polaco como paso previo para una intervención sueca en Alemania. Esta vez tuvo éxito. En Altmark, entre los dos campos hostiles, los diplomáticos franceses (ayudados por sir Thomas Roe, representante de Carlos I) convencieron a los primos Vasa para que firmaran una tregua de seis años el 25-6 de septiembre, en la cual se ratificaba el control de Letonia por parte de Suecia pero se acordaba la devolución de todas las demás conquistas excepto unos pocos puertos de Prusia. Suecia sólo aceptó estas duras condiciones a cambio de que se le garantizara, mientras durara la tregua, todo el peaje de cuantos barcos utilizaran los puertos de Polonia y Prusia. Era ésta una fuente de ingresos extraordinariamente lucrativa, ya que la mayoría de los aproximadamente 1.500 barcos que en aquella época entraban cada año en el Báltico tenían como destino los puertos de Danzig, Königsberg y Elbing. Los peajes sumaban, de hecho, una cantidad igual a un tercio de los ingresos totales de Suecia. Cuando en 1635 expiró la concesión, Oxenstierna afirmó a su

¹⁸ El coste para Suecia de la campaña prusiana de 1626-9 se ha estimado en 5 millones de táleros: Petersen, «Defence, war and finances», 35.

hermano con petulancia: «Te aseguro que Suecia ya no es más que la mitad del reino que era el año pasado»¹⁹.

Pero esto pertenece al futuro. En el otoño de 1629, con paz en Polonia, una fuente de riqueza asegurada y la promesa de la ayuda francesa futura, Gustavo Adolfo estaba dispuesto a intervenir en Alemania. Estaba bien pertrechado en muchos sentidos para hacerlo. Mandaba un ejército disciplinado y experimentado; gobernaba un país obediente y leal; poseía importantes reservas de material bélico (especialmente, hierro y cobre). En dos ocasiones distintas la dieta sueca declaró su apoyo a una campaña en Alemania, acordando dejar por completo a la discreción del rey el calendario de operaciones. Como hemos visto, Gustavo optó por utilizar la intervención imperial en Polonia como su principal *casus belli*, pero no dejó tiempo para buscarse aliados antes. Cuando aterrizó en Alemania en julio de 1630, el único aliado de Suecia en el imperio era la ciudad de Stralsund. Y en los escasos meses siguientes la situación apenas si mejoró: sólo los expropiados (los duques de Mecklenburg y Sajonia-Weimar), los que esperaban algo (uno de los aspirantes a Brunswick-Lüneberg) o quienes directamente se sentían amenazados o sufrían la ocupación de las tropas imperiales (Hesse-Kassel y el obispado secularizado de Magdeburgo) se declararon a favor de Gustavo. Entre las potencias extranjeras, sólo Rusia ofreció una ayuda práctica, y eso a cambio de una licencia para exportar grandes cantidades de cereal desde Narva a Amsterdam libres de impuestos, que pudiera así ser vendido con beneficio destinado a financiar la guerra de Suecia. A lo largo del año 1630 el tesoro sueco sólo recibió de esta fuente 78.000 táleros²⁰.

Este descoordinado concierto de aliados apenas si era enemigo para los victoriosos ejércitos católicos que se le enfrentaban, y al principio la causa de Gustavo avanzó poco. Sus diplomáticos no se aseguraron ni un

¹⁹ Citado en K. R. Böhme, «Das Amt Memel in swedischer Sequestratur (nov. 1629-jul. 1635)», *Zeitschrift für Ostforschung*, XVIII (1969), 655-703, en p. 657. Sobre los peajes véase E. Wendt, *Det Svenska Licentväsendet i Preussen, 1627-35* (Upsala, 1933), 89, 98, 107, 184-202. Hay un buen estudio sobre las conversaciones de paz en J. K. Fedorowicz, *England's Baltic trade in the early seventeenth century. A study in Anglo-Polish commercial diplomacy* (Cambridge, 1980), 189-206.

²⁰ Se ha exagerado mucho el subsidio ruso: en todo el período de 1629-33 Suecia sólo recibió de esa fuente 160.000 táleros. Véanse cifras y discusión en L. Ekholm, «Rysk spannmål och svenska krigsfinansiering, 1629-33», *Scandia*, XL (1974), 57-103, parcialmente reproducido en Ekholm, *Svensk krigfinansiering*.

acuerdo con los estados principales del norte de Alemania ni la firme promesa, por parte de Francia, de una ayuda financiera continuada, y sin tales apoyos vitales sus tropas fueron incapaces de salir de su cabeza de puente en el Báltico. La razón de la neutralidad de los luteranos alemanes no era secreta: los príncipes dejaban claro a todo el mundo que ellos querían evitar una traición abierta y que preferían utilizar la amenaza sueca para sacarle concesiones a Viena sin romper ellos mismos con el emperador. Sus esperanzas estaban en las discusiones de Leipzig y Francfort, no en los inquietos ejércitos de Pomerania y Mecklenburg. Pero la razón de la reticencia francesa era menos visible para los ansiosos vigías de la costa báltica. Francia, como Suecia, se había visto envuelta durante varios años en una guerra de gran escala, y sus dirigentes veían con bastante claridad las ventajas que traerían la paz y la desmovilización. Si el emperador hubiera flojeado y hecho concesiones —respecto del obispado de Lorena, de Valtellina o Mantua— en el verano de 1630, Richelieu muy bien podía haber abandonado a Suecia; pero después de la toma de Mantua por los imperiales parecía inevitable una alianza con Gustavo. El serio desafío sufrido por el poder personal de Richelieu en otoño de 1630 (*supra*, p. 149) retrasó un acuerdo inmediato, pero el 23 de enero de 1631, por el tratado de Bärwalde, Francia se encargó de poner 400.000 táleros anuales, durante cinco años, para apoyar la guerra de Suecia en pro de las libertades alemanas y el libre comercio en el Báltico. Se acordó que el culto católico sería permitido que continuara en los sitios donde ya existiera, y que el territorio de los miembros de la Liga católica sería considerado neutral a no ser que los propios interesados provocaran la agresión²¹.

El subsidio francés no era grande —sustancialmente menor que el rendimiento de los peajes portuarios de Prusia—, pero llegó en un momento crítico para las finanzas de guerra de Suecia. La hacienda de Gustavo tenía ahora que mantener a 50.000 hombres en Alemania y Livornia y a otros 20.000 en Suecia y Finlandia; y el coste era desorbitado: de hecho, en 1630, se gastaron del tesoro real 2,3 millones de táleros —muy por encima del total de los ingresos del año—, y con eso se hizo frente a menos de la mitad de las necesidades de las tropas. El rey había ido a la guerra con

²¹ Los hechos demostrarían que Richelieu no tuvo modo de obligar a sus aliados a ajustarse a términos tan restrictivos. El tratado está publicado en *Sveriges Traktater*, V, 438-40, y estudiado en detalle en Roberts, *Gustavus Adolphus*, II, 466-9. Una traducción inglesa de sus principales cláusulas se encuentra en Roberts, *Sweden as a great power*, 136-8.

la esperanza de que la mayoría de las necesidades del ejército serían cubiertas por los territorios ocupados; pero para agosto de 1631 tales territorios, sencillamente, no eran lo suficientemente extensos para sostener a semejante concentración de tropas (en la segunda mitad de 1630 sólo proporcionaron 35.000 táleros por mes, y en la primera mitad de 1631, sólo 75.000). Ni tampoco podían las provincias bálticas, limpiadas ya por la ocupación de sucesivos ejércitos, soportar la carga por mucho tiempo. Incluso una zona por el momento ilesa, el condado de Memel, que había sido temporalmente cedido a Suecia en 1629, fue devastada en el plazo de un año por diecisiete compañías de caballería alojadas en ella. Donde, antes de la ocupación había habido 154 caballos, 236 bueyes, 103 vacas, 190 cerdos y 810 ovejas, quedaban en 1631 justamente 26 bueyes y 1 vaca; el resto había desaparecido, o sacrificado o robado por los soldados. Las propias autoridades suecas describieron la zona como «estercolero». El oro de Richelieu difícilmente podía haber llegado en un momento más oportuno²².

Ahora bien, si los subsidios franceses aliviaron la inmediata crisis de liquidez, ellos por sí mismos no vencían a los aliados. En el oeste, las fuerzas de Tilly tenían ya sitiado Magdeburgo y ocupada Hesse-Kassel; el ejército de Gustavo había profundizado ya 250 kilómetros, hasta Stettin, y sus 30.000 hombres estaban rodeados por una fuerza superior de los imperiales. En el este el encuentro de los príncipes protestantes en Leipzig no había mostrado interés en una alianza con Gustavo. Estaba claro que Suecia tenía que emprender un «desagradable galanteo».

De acuerdo con lo anterior, en abril de 1631 el ejército sueco avanzó en dirección sur hacia Brandenburgo, tomando y saqueando las poblaciones de Küstrin y Francfort del Oder (defendidas por guarniciones imperiales). Pero era demasiado tarde para salvar al único aliado bélico de Gustavo, Magdeburgo, que fue tomado por los imperiales el 20 de mayo. La ciudad entera fue rápidamente saqueada por una soldadesca enfurecida, que había sufrido terribles privaciones en las trincheras del asedio. Gran parte de la población fue masacrada, y un número todavía mayor pereció en las llamas prendidas inmediatamente después de la toma. Sólo unos pocos, como el inventor Otto von Guericke, se las arreglaron para salvar-

²² Böhme, art. cit., 701; Ekholm, *Svensk krigsfinansiering*, en toda la obra. Cf. también el estudio más amplio y anterior de K. R. Böhme, *Die schwedische Besetzung des Weichseldeltas 1626-36* (Würzburg, 1963: Beihefte zum Jahrbuch der Albertus-Universität Königsberg, XXII).

se. Nada tenía de especial el nivel de brutalidad de Magdeburgo —saquear un pueblo que se resistía era práctica normal en la guerra—, pero la dimensión de la matanza fue inusual. El saqueo o el incendio de un pueblo o lugar de mercado era una cosa; pero la aniquilación de una ciudad de 20.000 habitantes y capital del protestantismo en el momento, otra muy distinta. Se publicaron no menos de 20 periódicos, 205 panfletos y 41 pasquines ilustrados que describían el horror y circularon por toda Europa, de modo que en Londres, París, Amsterdam, Estocolmo, Roma y Madrid, y en las cortes de los príncipes alemanes, los observadores pudieron ver cómo trataba el emperador a sus súbditos protestantes. No hay duda de que la suerte de Magdeburgo, dada a una amplia publicidad, justamente en las fronteras de Brandenburgo y administrada por un tío del elector (el margrave Cristian Guillermo), ayudó a convencer al poco dispuesto Jorge Guillermo para unir su destino con el de Gustavo (21 de junio de 1632)²¹.

El pacto con Brandenburgo fue muy oportuno para Suecia. La paz de Cherasco (ratificada por Fernando el 19 de junio) había liberado, al final, al gran ejército imperial del norte de Italia para el servicio dentro del imperio, animando a Tilly a trasladarse desde Magdeburgo en dirección nordeste para enfrentarse con Gustavo. La llave de la situación militar la tenía ahora Sajonia: situada en medio de los suecos y los imperiales, ambos bandos tenían que cruzar las ricas tierras del electorado, hasta el momento respetado por la guerra, si querían atacarse el uno al otro. En agosto Tilly pidió permiso para que su ejército, que andaba escaso de víveres, cruzara la frontera, pero Juan Jorge no accedió (véase Lámina 12). Dijo: «Veo que se van a comer las golosinas sajonas, tanto tiempo guardadas; pero tal vez alguien se encuentre con que las nueces duras que tienen dentro le rompen los dientes»²⁴. Cuando el 4 de septiembre Tilly conducía a su ejército

²¹ Periódicos, panfletos y hojas describiendo el saqueo, que iban desde la exoneración (publicado en Múnich) hasta las acusaciones de brutalidad criminal (según lo publicado en Leipzig) son descritos y analizados por W. Lahne, *Magdeburgs Zerstörung in der zeitgenössischen Publizistik* (Magdeburgo, 1931: publicación con motivo del tricentenario). Véase también N. Henningsen, *Die Zerstörung Magdeburgs 1631. Eine Darstellung der historischen Begebenheiten nach Otto von Guericke's Handschrift und nach urkundlichen Quellen* (Colonia, 1911). Wedgwood ofrece un excelente relato del saqueo: *The Thirty Years' War*, 286-91.

²⁴ La historia está bien contada en A. Wang, «Information und Deutung in illustrierten Flugblättern des Dreissigjährigen Krieges. Zum Gebrauchsscharakter einiger Blätter des Themas *Sächsisch Confect* aus den Jahren 1631 und 1632», *Euphorion: Zeitschrift für Literaturgeschichte*, LXX (1976), 97-116.

a hartarse de «golosinas sajonas», Juan Jorge unió de un golpe sus fuerzas con los suecos, sumando su ejército de 18.000 reclutas bisoños del «Leipziger Bund» a los 23.000 veteranos de Gustavo. Una semana más tarde se firmó una alianza entre ambos gobernantes y determinaron dar batalla a Tilly en Breitenfeld, un poco al norte de Leipzig. Los aliados tenían una clara superioridad numérica sobre los imperiales, que sólo contaban con 31.000 hombres, en los que se incluían los 7.000 hombres cansados recién llegados de Mantua (estaban en camino otros 5.000, pero aún se hallaban a 320 kilómetros al sur). Así pues, la fuerza de los protestantes era un 30 por ciento mayor que la de sus adversarios, y tenían una aplastante superioridad en artillería: mientras Tilly tenía veintisiete piezas normales, los suecos disponían de cincuenta y una, apoyadas por una batería de cuatro cañones de tres libras móviles (y extraordinariamente eficaces) por cada regimiento. También eran los suecos más flexibles: aunque en la batalla del 17 de septiembre la infantería sajona se abrió cuando cargaron los imperiales, las formaciones suecas, con sólo seis hombres de profundidad (en comparación con los treinta de las formaciones imperiales), se extendieron rápidamente para tapar los huecos. Bastaron sólo dos horas de cañonazos y continuado tiroteo de mosquetes y la superior táctica del ejército de Gustavo para obligar a las tropas de Tilly a huir precipitadamente. Murieron en el campo de batalla 7.600 imperiales, la mayoría de ellos por las armas de fuego suecas; otros 9.000 fueron hechos prisioneros o desertaron; y todavía cayeron más en la retirada. Se habían perdido dos terceras partes del ejército imperial, nunca derrotado hasta entonces, junto con toda su artillería y 120 estandartes de regimiento y compañía²⁵.

Breitenfeld fue la primera victoria protestante importante en el campo de batalla desde que comenzó la guerra. ¿Pero cómo había que aprovecharla? Gustavo había buscado asegurar el Báltico para Suecia desalojando a los imperiales de su costa sur, y eso lo había conseguido triunfalmente. Pero el rey no tenía planes para el caso de una victoria de esa magnitud; de hecho, ni siquiera poseía mapas que abarcaran los terri-

²⁵ Hay excelentes relatos de la batalla en *Sveriges Krig*, IV, y Roberts, *Gustavus Adolphus*, II, 535-8. Algunos de los estandartes de Banner, que un tiempo estuvieron colgados en la iglesia de Riddarholm, se encuentran hoy expuestos en la «colección de trofeos del Estado» del Museo Histórico del Ejército (Estocolmo). Las innovaciones tácticas del ejército sueco se analizan más adelante, en pp. 269-73.

torios al sur de Brandenburgo o al oeste de Magdeburgo²⁶. Por eso tal vez haya que perdonar a Gustavo que no eliminara a su principal enemigo, Tilly (que se retiró hasta el otro lado del Saale y el Weser), y prefiriera, en cambio, conducir a sus cansados veteranos hacia el sur, a cuarteles de lujo en medio de territorios católicos a lo largo del Rin y del Meno, mientras sus aliados sajones se trasladaban hacia el sureste, a través de Silesia, hasta Bohemia. Federico V y los duques de Sajonia-Weimar acompañaron a Gustavo a invernar en Maguncia, mientras que la mayoría de los exilados bohemios viajaron con los sajones y volvieron a entrar en Praga el 15 de noviembre de 1631.

Esta estrategia aseguraba, al menos, la destrucción de la «tercera fuerza», estuviera dirigida por la protestante Sajonia o por la católica Baviera. La conferencia de Francfort se había reunido efectivamente el 4 de agosto, pero sólo acudieron trece estados católicos (diez de ellos eclesiásticos) y un puñado de protestantes (con Sajonia a la cabeza). La delegación de Brandenburgo no apareció hasta septiembre, y apenas si se habían discutido algunos asuntos cuando, el 14 de octubre, los participantes católicos prefirieron huir antes que caer en manos de los suecos que avanzaban. El elector de Maguncia, que en vano había reforzado las guarniciones de su estado, huyó a Colonia, seguido de cerca por el obispo de Würzburg, que igualmente en vano había creado un ejército de 1.700 hombres. Sus súbditos huyeron adonde quiera que pudieron encontrar refugio: a Westfalia, a la Lorena francesa, a los cantones suizos²⁷.

Pero, cosa bastante extraña, la bandera sueca seguía atrayendo a pocos seguidores, a excepción de quienes tenían poco que perder. Y así, los primeros potentados —y durante un tiempo los únicos— que se declararon en Franconia a favor de Gustavo fueron los caballeros imperiales, señores de estados diminutos. Los gobernantes más importantes mostraron menos entusiasmo por la gran victoria del rey, ya que la llegada del huésped sueco

²⁶ El mapa de la «marca de Brandenburgo», de Oluf Hansson, que era el mejor al alcance de Gustavo Adolfo en 1631, sólo recogía Alemania hasta Francfort del Oder, Magdeburgo y Dessau. (KrA, Krigskadeplatserna, 1630-48, 4: Stortformat, 2:51).

²⁷ Stürmutter, *Der Stadt Basel während des dreissigjährigen Krieges*, 66, advierte que en 1633 Basilea sola tenía 5.256 refugiados junto con 1.776 cabezas de ganado. Sobre la reorganización sueca de la Franconia y la Renania, cf. Deinert, *Die swedische Epoche*; Müller, *Die swedische Staat*; y Weber, *Würzburg und Bamberg*. Para más detalles sobre la reunión de Francfort véase Bireley, *Religion and Politics*, cap. 8 (especialmente pp. 159 y 167-8).

invariablemente venía seguida de peticiones para que los príncipes abandonaran su neutralidad y declararan la guerra al emperador. El margrave Cristian de Brandenburgo-Kulmbach, por ejemplo, un luterano cabal, se las ingenió para mantenerse neutral durante las primeras fases de la guerra: a pesar de ser una figura importante de la Unión protestante (*supra*, p. 33), no hizo caso a las solicitudes de ayuda del elector del Palatinado; y aun siendo un súbdito leal del emperador, se negó igualmente a prestar asistencia a los ejércitos imperiales cuando iban hacia el norte, contra Dinamarca. Acudió al encuentro de Leipzig (una de sus muchas visitas a Sajonia para tratar asuntos de política), y luego reclutó una milicia de 1.200 hombres para proteger su frontera. Pero todo en vano. En el mes siguiente a Breitenfeld le llegó una carta de Gustavo preguntándole si era amigo o enemigo. Ante el avance del sueco, no había opción: el 31 de octubre el margrave Cristian tuvo una audiencia con el rey, le prometió ser su aliado frente al emperador y aceptó proporcionar acuartelamientos y contribuciones para el ejército. A consecuencia de ello, los súbditos del margrave se vieron sometidos a unas condiciones de dureza sin precedentes a manos de los soldados, los jefes de acuartelamientos y los recaudadores de contribuciones. Cuando los campesinos intentaron echar a los intrusos en noviembre de 1632, fueron masacrados: un cronista que visitó el lugar de la última revuelta de campesinos quedó horrorizado cuando vio los viñedos y los campos de labor rojos de sangre, con cuerpos desparramados en posturas extrañas en un radio de tres millas. Entre tanto el margrave se encerró en su único castillo con posibilidades de defensa, el de Plassenburg, y esperó a que pasara la tormenta para seguir ayudando. Así fueron las consecuencias para los otrora «neutrales» ante la victoria de Suecia en Breitenfeld²⁸.

Por todo el imperio los príncipes protestantes se vieron enfrentados a la misma agobiante necesidad de optar. Jorge de Hesse-Darmstadt se encontró en situación especialmente difícil, porque su título para heredar Marburgo dependía exclusivamente de la benevolencia del emperador. A comienzos de 1632, obligado a optar entre los luteranos suecos, que tenía a las puertas, y el católico emperador, lejos en Viena, el landgrave Jorge convocó una reunión de sus consejeros y teólogos de corte para plantear-

²⁸ E. Sticht, *Markgraf Cristian von Brandenburg-Kulmbach und der dreissigjährige Krieg ins Ostfranken 1618-35* (Kulmbach, 1968; cf. p. 154 para los detalles sobre la revuelta de los campesinos y su represión).

les esta cuestión candente: «Si la gracia del príncipe se ve obligada a elegir entre las dos partes en guerra en el imperio, ... ¿a qué lado debe unirse?». Increíblemente, los teólogos se inclinaron hacia el lado del emperador más que hacia una alianza que incluía calvinistas y —peor aún— a Guillermo de Hesse-Kassel. Pero al final el edicto de restitución y el ejemplo del cuñado del landgrave, Juan Jorge de Sajonia, puso las cosas en su sitio: también Jorge apostó su suerte con Suecia²⁹.

Gracias a los recursos de estos dubitativos nuevos aliados, las tropas de Gustavo se vieron al final debidamente suministradas. La eficacia del sistema de aprovisionamiento sueco quedó inconscientemente reflejada en el informe de su campamento de comienzos de abril de 1632, publicado en un semanario inglés. La carne era abundante, según el comienzo del relato: una caballo por 1 libra, un buey por la mitad, y los gansos y los pollos por casi nada; de hecho en toda Suabia, donde el ejército estaba acuartelado, las tropas encontraban comida abundante y barata. Claramente, la situación era debida a una masiva extorsión. Sólo el vino escaseaba, señala el reportero, y se aventura a especular que los católicos habían «alegrado sus desmayados corazones... también antes de su triste partida»³⁰.

De hecho, con o sin el bienestar del alcohol, el ejército católico se ajetreaba en rehacerse al otro lado del Weser. Las guarniciones del noroeste, al mando del conde Pappenheim, acosaban las comunicaciones de Suecia; el ejército principal, mandado por Tilly, se trasladó en noviembre a la segura Baviera y reclutaba refuerzos para la nueva campaña. En teoría, según los términos del tratado de Bärwalde, Gustavo estaba obligado a ver todos los territorios aliados con Francia como neutrales, pero Tilly parece que perdió los nervios. Cumplidos ya los sesenta y tres años, según el consejero bávaro del cuartel general, el comandante en jefe estaba «completamente desconcertado y aparentemente deprimido, irresoluto en las juntas, no sabe cómo ponerse a salvo él mismo, abandona una propuesta tras otra, no toma decisión alguna y sólo ve grandes dificultades y peligros, pero sin idea de cómo vencerlos». En marzo, de forma temeraria, perdió

²⁹ K. Beck, «Die Neutralitätspolitik Landgraf Georgs. II von Hessen-Darmstadt. Versuch und Möglichkeiten einer Politik aus christlichen Grundsätzen», *Hessisches Jahrbuch für Landesgeschichte*, XXII (1972), 162-228.

³⁰ *The continuation of our forraigne avisoes*, no. XX (28 abril 1632), 6. El reportaje bélico comenzó durante el conflicto alemán, y la guerra por sí misma fue un estímulo para el crecimiento del periódico.

el derecho de protección que le daba Bärwalde al echar a un destacamento sueco fuera de Bamberg. Durante tres semanas Gustavo avanzó hacia el sur con 37.000 hombres frente a 22.000 de Tilly. De forma implacable se abrió camino a lo largo del río Lech en Rain, a la vista del ejército bávaro principal: bajo una barrera sueca de setenta y dos armas pesadas se construyó un puente sobre el que Gustavo envió a sus hombres. En la batalla que siguió Tilly resultó mortalmente herido¹¹.

Con Tilly muerto y su ejército en desbandada, ahora no había nada para parar el saqueo del querido ducado de Maximiliano: muchas ciudades, alejadas incluso sesenta y setenta kilómetros, se dieron prisa en rendirse a los vencedores; muchas más fueron objeto de pillaje; sólo unos pocos sitios se salvaron. «Su Gracia —escribió Maximiliano a su hermano, Fernando de Colonia— no reconocería ya a la pobre Baviera; tanta crueldad nunca se había visto en esta guerra». Gustavo y Federico V hicieron una entrada triunfal en Múnich el 17 de mayo: pasaron revista a las tropas, jugaron al tenis juntos en las pistas ducales, recorrieron la colección de arte ducal y saquearon tanto como habían saqueado los bávaros Heidelberg diez años antes. También se apoderaron de 100 piezas de artillería, muchas de ellas pertenecientes antes a Federico y sus aliados. Maximiliano no pudo volver a su capital en tres años completos (véase Lámina 13)¹².

La causa católica parecía ahora estar en ruinas. El ejército de la Liga estaba destrozado, y su principal bastión, Baviera, en cenizas. Por un momento pareció que España podía acudir una vez más en ayuda, porque sus fuerzas retomaron Speyer y algunas otras plazas menores a lo largo del

¹¹ Opinión de un comisario de guerra o asesor bélico de Baviera, de diciembre de 1631, citada por S. Riezler, *Geschichte Bayerns*, V (Múnich, 1890), 395-6. La tumba de Tilly en una capilla especial del santuario de Atötting (cerca de la frontera bávara con Austria) es una pieza maestra del arte barroco postridentino. Su calavera mira de forma sombría a través de una ventana en la piedra del sarcófago, mientras su figura puede verse en la piedad que hay tras el altar: Tilly aparece arrodillado, de modo incongruente, en hábito de campaña a la izquierda de la cruz.

¹² Sobre el exilio de Maximiliano véase Heinisch, *Salzburg im dreissigjährigen Kriege*, 141 ss.; sobre Baviera durante la ocupación sueca, cf. G. Rystad, «Die Sweden in Bayern während des dreissigjährigen Krieges», en Glaser (comp.), *Wittelsbach und Bayern*, II/1, 424-35. Véanse también relatos de testigos oculares de la devastación en H. Höerger, «Die Kriegsjahre 1632 bis 1634 im Tagebuch des P. Maurus Friesenegger, nachmaligen Bates von Andechs (1640-55)», *Zeitschrift für bayerische Landesgeschichte*, XXXIV (1971), 866-76.

bajo Rin en la primavera de 1632; pero entonces Felipe IV perdió el control del sur de los Países Bajos. En junio el ejército holandés tomó, en rápida secuencia, Venlo, Roermond, Straelen y Sittard, obligando a volver a un ejército español de relevo que había sido enviado a defender el Palatinado frente a la embestida sueca. Pero no fue suficiente para evitar que los holandeses pusieran sitio a la gran fortaleza de Maastricht, decisiva en todas las comunicaciones entre Bruselas y la parte católica de Westfalia. En este punto un pequeño grupo de nobles de los Países Bajos, encabezados por el conde Enrique van den Bergh, huyó para unirse al ejército holandés en Limburg y convocó a sus compatriotas a sacudirse el «yugo español». Nadie se movió, excepto los holandeses que concluyeron con éxito el asedio de Maastricht el 23 de agosto, a pesar del desesperado asalto a las instalaciones de asedio de un ejército de relevo imperial al mando de Pappenheim menos de tres semanas antes. Conmocionado por estos sucesos, un segundo grupo de conspiradores, que (desconociendo la existencia del grupo antes citado) había intentado llamar a los franceses, decidió no actuar³³. De este modo, casi milagrosamente, se salvó el gobierno español del sur de los Países Bajos, pero fue un poco antes de que Bruselas acudiera de nuevo en ayuda de Viena.

Tampoco Italia pudo ofrecer ayuda al emperador en 1632. El final de la guerra de Mantua coincidió con una epidemia de peste que devastó la mitad norte de la península con una ferocidad sin precedentes. En abril de 1631 el gobernador de la española Milán se quejaba de que «la peste ha dejado [esta provincia] tan mermada de población que es imposible reclutar un soldado», así siguió siendo durante algún tiempo³⁴. El papado tam-

³³ Los nombres de los conspiradores fueron revelados al agente inglés en Bruselas, el pintor Baltasar Gerbier, y éste los comunicó al gobierno español en noviembre de 1633: todos fueron detenidos. Más detalles en A. Waddington, *La République des Provinces-Unies, la France et les Pays-Bas espagnols de 1630 à 1650*, I (París, 1895), 147-80; P. Jansens, «L'échec des tentatives de soulèvement dans les Pays-Bas méridionaux sous Philippe IV (1621-65)», *Revue d'histoire diplomatique*, XCII (1978), 110-29; e Israel, *The Dutch Republic*, 181-90. El asalto de Pappenheim al campamento holandés de Maastricht por orden del elector de Colonia supuso una seria ruptura de la neutralidad observada por el imperio durante la mayor parte de la rebelión holandesa: véase P. H. J. Ubachs, «Neutraliteit, theorie en praktijk tijdens de Tachtigjarige Oorlog», *Tijdschrift voor Geschiedenis*, XCVI (1983), 165-78.

³⁴ AGS, Estado 3336, f. 138, el duque de Feria a Felipe IV el 12 de abril de 1631. De hecho, más tarde, en el mismo año, un ejército de unos 12.000 hombres cruzó desde

bién alegó problemas cuando el emperador le pidió ayuda. Aunque los subsidios a los católicos alemanes se reanudaron en diciembre de 1631, el montante de los mismos fue simplemente de 5.000 táleros al mes: durante todo el cuatrienio 1631-4 sólo se enviaron 550.000, e incluso esta suma se remitía exclusivamente con la condición de «si se hace la paz con los protestantes... Su Santidad retirará su ayuda, y más dado que, a raíz de la erupción del monte Vesubio, la colecta de diezmos se ha puesto más difícil»¹⁵. La causa imperial atravesaba, en efecto, momentos difíciles. Como escribió un cortesano vienés en abril de 1631, justo después de apoderarse los suecos de Francfort del Oder: «Gritamos ¡socorro! ¡socorro!, pero no hay nadie»¹⁶.

Cuando la marea de éxito de Suecia hizo que Múnich y Viena se aproximaran, el propio Maximiliano tuvo que reconocer que la salvación sólo podía venir de la creación de un nuevo ejército imperial, y que sólo Wallenstein era capaz de formarlo, mantenerlo y dirigirlo. De acuerdo con eso, en abril de 1632, tras tres meses de reclutamiento, le fue devuelto al general el mando pleno. Durante la nueva campaña sus tácticas fueron extraordinariamente cautelosas: era consciente de que, con todos los aliados

Lombardía hasta los Países Bajos, pero fueron reclutados en España y Nápoles. El más famoso relato de la peste de 1631 aparece en la novela de Alessandro Manzoni *I promessi sposi*, publicada por primera vez en 1825-6. Para tratados más recientes véase Sella, *Crisis and continuity*, 52; y C. M. Cipolla, *Cristofano and the plague. A study in the history of public health in the age of Galileo* (Londres, 1973), cap. 1. También hay una serie de documentos útiles que pueden consultarse en: *La guerra e la peste nella Milano dei «Promessi sposi»*. *Documenti inediti tratti dagli archivi spagnoli* (Madrid, 1975: Istituto Italiano di Cultura, Madrid; Collana «Documenti e Ricerche», IV): sobre la peste, el cap. 7; sobre la guerra, los caps. 3-5.

¹⁵ Barberini, secretario de estado del Papa, a Rocci, nuncio en Alemania, el 27 de diciembre de 1631, citado por Repgen, *Die römische Kurie und der Westfälische Friede*, 290, n. 247. Era una excusa claramente pasada, porque, aunque la actividad volcánica del Vesubio en el invierno de 1631-2 mató a miles de personas y acabó con cuarenta municipios, pocos eran súbditos del Papa y el desastre, además, no interrumpió los prodigiosos gastos del Papa en sus tres sobrinos, que al final de su pontificado sumaron un total de 30 millones de táleros. Sobre el nepotismo de Barberini cf. J. Grisar, «Päpstliche Finanzen, Nepotismus und Kirchenrecht unter Urban VIII», *Xenia Piana: Miscellanea historiae pontificiae*, VII (Roma, 1943), 205-366; hay comparaciones con el dinero enviado a Alemania antes de 1630 en Albrecht, «Zur Finanzierung des dreissigjährigen Krieges».

¹⁶ Questenburg, asesor áulico, a Wallenstein, el 23 de abril de 1631, citado por Suwanto, *Wallenstein und seine Anhänger*, 72.

de Fernando fuera de acción y otro levantamiento campesino en Austria (fomentado por exilados en el servicio sueco), la causa imperial no podría sobrevivir a una nueva derrota. Y así, en julio se trasladó a un puesto bien fortificado en torno a un castillo medieval, llamado Alte Veste, justo a las afueras de Nuremberg, que los suecos estaban asediando. Gustavo y sus hombres cayeron allí, durante dos meses, en una inútil confrontación, mientras los lugartenientes de Wallenstein echaban a los sajones de Bohemia y Silesia. Los suecos lanzaron varios asaltos costosos pero infructuosos contra Alte Veste, pero el asedio continuó hasta octubre, hasta que el área alrededor de Nuremberg quedó totalmente devastada («Durante tres meses hemos estado sitiados por nuestros enemigos; y durante cuatro hemos sido devorados por nuestros amigos», fue el escueto veredicto del patricio de Nuremberg Lukas Behaim el año 1632¹⁷). De hecho Gustavo condujo a su ejército, desalentado y agotado, hacia el noroeste, mientras Wallenstein se trasladaba hacia el noreste e invadía los territorios del aliado principal de Suecia, el elector de Sajonia. Leipzig cayó el 1 de noviembre.

Pero entonces Wallenstein cometió el error más serio de su carrera profesional. Tras mantener a su ejército en posiciones de combate durante dos semanas, parece que llegó a la conclusión de que la campaña había terminado, y el 14 de noviembre dio instrucciones para que sus huestes se retiraran a los cuarteles de invierno. Justo al día siguiente le llegaron informaciones de que los suecos estaban avanzando contra su cuartel general en Lützen. A toda prisa hizo volver a todas las unidades. Pero el día 16, cuando comenzó la batalla, sólo tenía todavía 19.000 hombres, el mismo número exactamente que los suecos tras las pérdidas que habían sufrido durante el verano. Como suele suceder cuando los dos lados están equilibrados, la batalla se prolongó y las pérdidas fueron considerables. Cuando cayó la noche ambos bandos permanecieron en sus posiciones. Ya en la oscuridad, según el capitán inglés Sydnam Poyntz, que estaba en el ejército de Wallenstein, «apenas nos habíamos echado en el suelo a descansar y con un sueño de muerte, cuando llegó una orden del general a todos los coroneles y sargentos mayores de emplearnos lo más a fondo que cada regimiento pudiera». Las respuestas fueron descorazonadoras. Poyntz sólo dejó vivos tres oficiales de doce, y en otras unidades las bajas fueron igualmente numerosas, de forma que Wallenstein consideró prudente la reti-

¹⁷ Lukas Behaim, citado por Ernstberger, «Die Universität Nürnber-Altldorf», 10.

rada del campo de batalla, abandonando bagaje y artillería en manos del enemigo, renunciando a sus conquistas en Sajonia y replegándose a Bohemia. También dejó atrás a unos 6.000 muertos, entre ellos a su lugarteniente general, Pappenheim. Pero se fue con la convicción de que la victoria le había sido robada por la traición o la desertión de algunos de sus soldados luteranos reclutados a toda prisa. Después de la batalla ejecutó a diecisiete de ellos (incluidos doce oficiales) por cobardía, degradó a siete oficiales y puso precio a la cabeza de otros cuarenta: acciones todas que contribuyeron a distanciar al ejército de su veleidoso comandante e hicieron más fácil, en fechas posteriores, su eliminación¹⁸.

También en el lado protestante hubo represalias —el comandante de la ciudadela de Leipzig fue ejecutado por su precipitada rendición—, pero Gustavo Adolfo no intervino en ellas. Había muerto en batalla el 16 de noviembre, triplemente herido: en el brazo, en la espalda y en la cabeza. Durante algunas semanas no se creyeron las noticias de su muerte. El propio Wallenstein no se convenció hasta el 30 de noviembre; en Inglaterra, en la corte se apostaron en diciembre 200 libras a que Gustavo estaba todavía vivo. La intervención de Suecia se había adueñado de la imaginación popular hasta tal punto que incluso Federico del Palatinado, que también murió en el otoño de 1632, era luego recordado en Inglaterra como «el príncipe por el que cayó Gustavo»; y cuando, ese mismo año, al nieto de Axel Oxenstierna y al sobrino de Gustavo Horn les fueron concedidos grados honoríficos por la universidad de Oxford, en su discurso de presentación el vicescanciller comparó a sus ilustres familiares con «dos rayos de la guerra... [que] para terror de la casa de Austria fueron por mucho tiempo notables en la lucha por la familia y la patria, la religión y, en general, la libertad de Alemania entera»¹⁹ (véanse Láminas 14 y 15).

Es por haber puesto fin a la breve oleada de éxitos protestantes por lo que Lützen, aunque quedara en empate como batalla, fue tan importante. Otra victoria sueca como Breitenfeld o Rain habría dañado la causa imperial más allá de cualquier esperanza de recuperación. Ahora ambos bandos

¹⁸ Goodrik (comp.), *The Relation of Sydnam Poyntz*, 73; Elster, *Die Piccolomini-Regimenten*, 40.

¹⁹ Ejemplos sacados de M. E. Seaton, *Literary Relations of England and Scandinavia in the seventeenth century* (Oxford, 1935), 79, 83. Véase también M. A. Breslow, *A mirror for England: english puritan views of foreign nations, 1618-1648* (Harvard, 1970: Harvard Historical Studies, LXXXIV), 134-7.

estaban más o menos igualados, en busca cada uno de los combatientes, desesperadamente, de más apoyo extranjero que pudiera darle ventaja, estando las esperanzas suecas centradas cada vez más en Francia, y las del emperador, en medida creciente, en España.

3. 1633-1635: OXENSTIERNA FRENTE A WALLENSTEIN

La campaña sueca de 1631-2 fue desastrosa tanto para España como para los católicos alemanes. Las tropas de Felipe IV fueron desalojadas del Palatinado, y las de sus aliados, expulsadas de Alsacia: la «calzada española» quedó bloqueada. Al principio el conde-duque de Olivares había tenido la esperanza de poder restablecer con el ejército de Flandes la comunicación entre Lombardía y los Países Bajos; pero la crisis de 1632 en el sur de los Países Bajos (ver *supra*, p. 169) no lo permitió. Así, en el verano de 1633, al mando del duque de Feria, gobernador de la Lombardía española, una fuerza de unos 20.000 hombres marchó a través de Valtellina hacia el sur de Alemania y comenzó a restablecer la influencia de los Habsburgos: fueron asistidas Constance y Breisach, y Bregenz y Rheinfelden, reconquistadas. El camino a través de Alsacia volvió a ser seguro. Pero no por demasiado tiempo: ya que mientras Feria hacía su marcha, los franceses invadieron el ducado de Lorena, ocupando Nancy y otras plazas fuertes importantes y mandando al duque al exilio. Desesperado, el gobierno español autorizó a Feria a proceder a reconquistar Nancy desde Breisach, sancionando con ello, de hecho, una nueva guerra con Francia. Pero la estación de campaña había pasado y el duque se retiró a los aparentemente seguros montes alpinos, donde él y la mayor parte de su ejército murieron de peste a lo largo del invierno⁴⁰.

⁴⁰ AGRB, Secrétairerie d'État et de Guerre, 207, ff. 293-4, la infanta Isabel a Felipe IV, 24 de octubre de 1633; *ibid.*, ff. 330-2, de la misma al mismo, 12 de noviembre de 1633; y AGS, Estado 3341, f. 88, el cardenal-infante al rey, 23 de febrero de 1634. En el momento de escribirse ésta última carta, Feria había muerto y su ejército había sido diezmado. Se dan algunos detalles sobre su última campaña en Beyerle, *Konstanz im dreissigjährigen Kriege. Schicksale bis zur Aufhebung der Belagerung durch die Schweden, 1628-33* (Heidelberg, 1900: Neujahrsblätter der badischen historischen Kommission, N.F. III). Sobre Lorena durante la guerra, cf. J. Florange, «La guerre des trente ans en Lorraine», *Annuaire de la Société d'Histoire et d'Archéologie de Lorraine*, XLVI (1935), 15-123, y Gaber, *La Lorraine meurtrie*. La agresión francesa durante este período es tratada más ampliamente en el Cap. IV, 4.

Pero la guerra en el suroeste de Alemania en 1633 era, justamente, un fenómeno secundario: se libró entre pequeños ejércitos que hacían su campaña al margen de los principales protagonistas, más al este. Lo mismo vale para las operaciones en el noroeste, donde Guillermo de Hesse-Kassel había unido su ejército privado a una fuerza sueca al mando del duque Jorge de Brunswick-Lüneburg. Juntos, ocuparon los territorios eclesiásticos de Paderborn y Fulda, tomaron varias ciudades menores a orillas del Weser y derrotaron a un ejército imperial en Hessisch-Oldendorf⁴¹. Pero también esto era secundario; pareció importante porque los ejércitos principales apenas si luchaban. El problema central era el vacío creado por la muerte de Gustavo en Lützen. Su heredera, la reina Cristina, sólo tenía seis años, y por eso la dirección de la política exterior sueca había venido a parar a las manos del más estrecho colaborador del rey en sus últimos tiempos, Axel Oxenstierna. Este hombre notable, ahora con cincuenta años, gozaba de un prestigio en Europa que muy pocos simples súbditos habían tenido antes que él. Trataba a los príncipes como a iguales y hablaba libremente en presencia de los reyes; tenía a su cargo en solitario las operaciones y el suministro de unos 100.000 hombres, y también la pesada maquinaria administrativa montada en Alemania en la estela de las conquistas suecas. Y, por si eso no era bastante, como canciller de Suecia y jefe del gobierno de regencia, exigían también su atención numerosas cuestiones interiores (muchas veces nimias, como la selección y el envío de vinos del Rin para la corte de Estocolmo, las insignias precisas para el catafalco de Gustavo o la política correcta que debía seguir la fábrica de moneda). El volumen de información precisa que hay en su vasta correspondencia sobre una increíble variedad de asuntos públicos relacionados con Suecia y sus vecinos, es abrumador. Pero sus cualidades, por grandes que pudieran ser, no podían igualar a los retos a los que tuvo que hacer frente en 1633; de hecho, cabe dudar que ningún talento humano fuera capaz de superarlos⁴².

⁴¹ Véase Altmann, *Landgraf Wilhelm V*, parte I. La batalla de Hessisch-Oldendorf fue considerada por los suecos un gran éxito: tuvo un lugar de honor en el arco del triunfo levantado por el consejo de regencia para la coronación de la reina Cristina en 1650 (S. Karling, «L'arc de triomphe de la Reine Christine à Stockholm», en M. von Platen [comp.], *Queen Christina of Sweden. Documents and studies* [Estocolmo, 1966], 159-86, en pp. 170-1).

⁴² Detalles tomados de Roberts, «Oxenstierna in Germany, 1633-1636», 63-71.

Al principio el panorama no parecía tan desolador. El comienzo de la guerra entre Polonia y Rusia en 1632, la «guerra de Smolensko», ofrecía un respiro en el peligro proveniente de esa zona, que permitía concluir una liquidación duradera de la cuestión alemana que favorecía a Suecia⁴¹. A comienzo de 1633 Oxenstierna sometió a la consideración del consejo de regencia de Estocolmo un largo memorándum sobre la correcta política exterior que había que seguir, ahora que el rey había muerto. De un total de treinta y seis puntos, sólo seis se refieren a Alemania, pero éstos trazan una línea de actuación clara. El canciller abogaba por un comportamiento de doble seguridad: en primer lugar, hacer permanente la presencia sueca en Pomerania y Prusia con el fin de asegurarse el Báltico frente a Polonia y el emperador, pero manteniendo sólo unas pocas posiciones avanzadas más al sur; y, segundo, organizar una confederación de príncipes amigos en la Alemania central que hiciera de amortiguación en caso de nuevas agresiones del imperio. Por eso él proponía disolver el principal ejército de campaña y trasladar hacia el norte, a Pomerania, a la mayoría de las unidades nacionales suecas. Pero no debían retirarse todas las unidades; no debía abandonarse en modo alguno todo lo conquistado en el sur. En particular, Oxenstierna no tenía intención de entregar Maguncia, que había servido como cuartel general de Gustavo en el invierno de 1631-2. A su electorado, de situación estratégica, se le daba un gobierno aparte, servido en gran medida por los caballeros imperiales que habían sido los primeros apoyos de Suecia en la zona, y habría una importante redistribución de territorio católico entre los protestantes leales. Se proponía un programa de regeneración económica, se emitía una nueva moneda y se introducía una jerarquía y un orden eclesiástico luteranos. Pero la piedra angular de la «Maguncia sueca» era un vasto campamento fortificado, el «Gustavsborg», en la reunión del Meno y el Rin, con cabezas de puente en ambas orillas y espacio suficiente para 17.000 hombres en tiendas, si fuera necesario. La fortaleza, añadida a las murallas reconstruidas de Maguncia, estaba pensada para garantizar el control de la zona y también como lugar de refugio en caso de necesidad: un baluarte militar para apuntalar el poder sueco en la Alemania occidental. Era el fulcro del fino equilibrio de poder que Suecia intentaba conseguir «atomizando» a Ale-

⁴¹ Véase B. F. Porshnev, «Les rapports de l'Europe occidentale et l'Europe orientale à l'époque de la guerre des trente ans», *Rapports du XIe Congrès des Sciences Historiques*, IV (Estocolmo, 1960), 136-63.

mania en una hueste de unidades independientes bien organizadas pero con sospechas mutuas entre ellas. Desde Maguncia Oxenstierna podía asegurarse de que ningún otro le sacaría ventaja en el oeste⁴⁴.

¿Pero cómo pagar las guarniciones de estos destacamentos suecos, lejos de la base patria? ¿Y qué hacer con las otras tropas incluidas en el servicio sueco, que contaban ya con más de 100.000 soldados? Oxenstierna estaba decidido a que el coste para Suecia nunca volviera a aproximarse al nivel de 1630-1, cuando el gasto en la guerra alemana era diez veces superior a los ingresos ordinarios del país. Durante un tiempo, por lo menos, fueron los ingresos por peaje procedentes de Prusia, Pomerania y Mecklenburg, y los subsidios de Francia y de los holandeses, los que le permitieron reducir aún más la presión inmediata sobre Suecia. Pero los primeros habían de expirar en 1635, mientras que los últimos, a partir de 1632, llegaban tarde y, a veces, nunca. Otros expedientes de los primeros años de conquista —indemnizaciones procedentes de ciudades no sometidas a saqueo (por ejemplo, de Nuremberg, 100.000 táleros) y gratificaciones de príncipes repuestos en sus territorios por los ejércitos suecos (60.000 táleros del elector del Palatinado; 220.000, de Baden-Durlach)— tampoco podían aplicarse después de Lützen. Ahora bien, el ejército no podía ser mantenido sólo por Suecia y Pomerania. Gustavo había hecho que sus soldados juraran lealtad a la corona sueca a cambio de procurar sus soldadas; por eso, Oxenstierna resolvió trasladar ambas cosas, la lealtad y las obligaciones financieras, a otras espaldas.

Ya en fecha tan temprana como octubre de 1632 el rey había encargado a su canciller convocar una reunión de los círculos francones, suabos y renanos en Ulm, para tratar la formación de una liga defensiva en alianza con Suecia. La reunión tuvo lugar, de hecho, en el mes de enero siguiente. Los presentes discutieron la forma de crear tal asociación, de reclutar un ejército y de pagarlo. En marzo, una vez que los círculos habían discutido por separado los diferentes puntos, la asamblea volvió a reunirse en Heilbronn (una plaza más segura que Ulm) y el 23 de abril de 1633 firmaron la liga que Suecia deseaba. Acordaron luchar, y seguir luchando hasta que se consiguieran tres objetivos: primero, «hasta tanto las libertades de Alemania y el respeto a los principios y a la constitución del

⁴⁴ El Gustavsborg aparece ilustrado en Munthe, *Kongliga Fortifikations Historia*, I, láminas 31-2; y descrito en Müller, *Schwedische Staat*, 145 ss.

Sacro Imperio Romano queden de nuevo firmemente restablecidos»; segundo, hasta que «quede asegurado el restablecimiento de los estados protestantes y se logre y concluya una paz justa y cierta... en las cosas espirituales y en las temporales»; y, tercero, «hasta que se garantice a la corona de Suecia una satisfacción apropiada». Además, el logro de esos objetivos se dejaba claramente en manos del canciller Oxenstierna: en atención (afirmaban generosamente los aliados) a sus «excepcionales cualidades, dadas por Dios», él se convirtió en el único director de la Liga de Heilbronn⁴⁵.

Pero la organización política de la nueva alianza era mejor que su base económica. La Liga acordó mantener un ejército de 56 y medio regimientos de infantería y 216 compañías de caballería, con un coste anual de casi 10 millones de táleros; con tal fin, los subsidios de Francia y de los holandeses se desviaron hacia la tesorería de la Liga. Pero, más allá y por encima de sus compromisos —y aquí está un punto débil fatal—, los aliados acordaron también pagar los atrasos de las unidades todavía en servicio. Éstos eran tan monstruosos —en algunos casos llegaban hasta 1627—, que resultó imposible ponerse de acuerdo en una suma total. Además, ya antes de que se secara la tinta del tratado de confederación, el ejército del sur de Alemania se amotinó. En tal situación, Oxenstierna trasladó a los comandantes locales el derecho de cobrar directamente las contribuciones bajo la supervisión general de un empresario militar, el coronel Brandenstein. Así, a Bernardo de Sajonia-Weimar, en la Franconia, se le asignaron los obispados de Würzburg y Bamberg para satisfacer los atrasos de sus tropas: fue, más o menos, una licencia de saqueo. Por añadidura, a los comandantes se les permitió adquirir territorios bajo control sueco a precios nominales y a los oficiales del ejército suabo de Gustavo Horn se les dieron recompensas en dinero del tesoro sueco. Estas medidas solucionaron la crisis a corto plazo, aunque la estación de campaña hizo que en gran medida desaparecieran con el tiempo los subsidios de los amotinados en agosto; pero supuso un serio obstáculo a largo plazo para la Liga de Heilbronn, que ahora se vio privada de muchas zonas donde podía cobrar im-

⁴⁵ Citado por M. Roberts, *Sweden as a great power 1611-1697* (Londres, 1968), 146-7. Véase, en general, R. Nordlund, «Krig genom ombud. Det svenska krigsfinanserna och Heilbronn förbundet 1633», en Landberg *et al.*, *Der kontinentala krigets ekonomi*, 271-451. En mayor medida que la Unión protestante de 1608-21, la Liga de Heilbronn incluía demasiados estados pequeños como para mantener su estabilidad.

puestos para la remuneración corriente de las tropas. El problema fue a peor casi día a día porque, a medida que se fueron dedicando más áreas a saldar atrasos, menos quedaban para hacer frente a los pagos del momento. Muy pronto las tropas mismas se encargaron de cobrarse sus sueldos directamente, con la inevitable brutalidad y devastación que eso conllevaba. A finales de 1633 estaba claro que la Liga era incapaz de hacer frente a la carga del ejército; para sobrevivir, tenía que ampliarse.

Durante un tiempo Oxenstierna puso sus esperanzas en Brandenburgo, cuyo elector era tío de la reina Cristina, y sus asesores, calvinistas, todavía parecían estar a favor de una política activa anti-imperial. Pero Jorge Guillermo siguió bajo la influencia del conde Schwarzenberg, pro-imperial y católico, y además mantenía un particular motivo de queja contra Suecia que hacía pequeño cualquier otro motivo. En 1529 los estados de Pomerania, vecina del norte de Brandenburgo, habían reconocido al entonces elector, y a sus herederos, como sucesores en su ducado si la línea en el poder se extinguía. Ahora tal situación parecía acercarse: efectivamente, el duque Bogislav XIV, muerto en 1637, era el último de su línea. Pero en 1630 el duque había firmado un tratado que garantizaba a Suecia el total control del ducado mientras durara la guerra, de forma que ¿qué sucedería si Bogislav moría antes de que llegara la paz? Suecia dejó claro que ella no iba a entregar Pomerania, y la evacuación de sus unidades nacionales de Alemania central al ducado, después de Lützen, confirmó los peores temores de Jorge Guillermo: Suecia tenía la intención de anexionarse Pomerania haciendo caso omiso de los derechos de Brandenburgo. El elector envió a su hijo y heredero, Federico Guillermo, a residir en la corte de Bogislav, en Stettin, en 1633-4, pero fue inútil: los suecos se mostraron inmutables.

Jorge Guillermo estaba ya convencido de que la reconciliación con el emperador era la única manera de lograr la paz y liberar, con ello, sus tierras de la ocupación extranjera. En enero de 1633 envió unos legados a Dresden para convencer a Juan Jorge de que se le uniera en la iniciativa de paz. Pero la capital sajona era ya un hervidero de diplomáticos y dignatarios extranjeros que intentaban, todos, ganarse el apoyo del elector. Oxenstierna llegó primero, y empleó las navidades de 1632 en persuadir a su huésped para que participara en una nueva invasión del interior de los territorios habsburgos. Poco después se presentó el landgrave Jorge de Hesse-Darmstadt, que venía a invitar a Juan Jorge a que le acompañara en unas discusiones formales con una delegación imperial sobre los términos

de un posible acuerdo de paz. Al final, las condiciones de los Habsburgos resultaron demasiado duras, y Juan Jorge (como Brandenburgo) se puso del lado de Suecia para otra campaña. Pero exigió un elevado precio por su participación: sobre todo, se aseguró de que la principal ofensiva protestante se lanzaría en el este, contra Silesia, con mandos elegidos por él mismo.

La tensión entre Suecia y sus aliados alemanes no pudo mantenerse en secreto por mucho tiempo. Como observó perspicazmente Wallenstein: «Creo que Suecia desea la paz, que desea repatriar a sus fuerzas y dejar que los dos electores [Brandenburgo y Sajonia] encuentren su propia manera de salir del laberinto»⁴⁶. Por eso el general imperial se centró en sacar provecho de las desavenencias. En primer lugar intentó ganarse a los exilados checos de la corte de Sajonia, haciéndoles creer que él —también checo— podía asegurarles un acuerdo favorable con el emperador. Para frenar esta amenaza y mantener el contacto con el pulso de los exilados, Oxenstierna se vio obligado a dar el nada apetecible paso de aceptar el nombramiento de Juan Jorge, conde Thurn, fracasado general de la confederación bohemia en la década anterior, como comandante sueco en Silesia. Pero en junio de 1633 Wallenstein maniobró para dividir a las unidades sajona y sueca de Silesia al negociar un alto el fuego de un mes que permitiera negociaciones de paz con Arnim, antiguo subordinado suyo y ahora comandante sajón. Las conversaciones no llegaron a nada y, para alivio del canciller, las hostilidades se reemprendieron en julio. Pero en agosto Arnim aceptó una segunda tregua para hacer posibles nuevas negociaciones y, cuando el 27 de septiembre se volvió a la lucha, Wallenstein, de pronto, lanzó un masivo ataque contra la fuerza de Thurn en Steinau, la dejó aislada y en una semana obligó a rendirse a 8.000 hombres. El propio Thurn fue hecho prisionero y aceptó, a cambio de su libertad, entregar todas las poblaciones de Silesia en manos de sus colegas de exilio. Fueron golpes devastadores, y Wallenstein siguió explotando su éxito haciendo nuevas ofertas para un acuerdo de paz tanto a Sajonia como a Brandenburgo. Oxenstierna consideró necesario hacer una visita personal a Jorge Guillermo a comienzo de 1634 con el fin de asegurarse su negativa a tal acuerdo⁴⁷. Pero el 25 de febrero, sin es-

⁴⁶ Citado en Suvanto, *Wallenstein*, 181.

⁴⁷ Hay más detalles en Suvanto, *Oxenstierna*, 146-66.

perarlo, el canciller se vio libre de nuevas dificultades gracias al asesinato de su principal adversario.

Aunque enseguida después de su muerte comisarios imperiales pusieron en marcha una investigación a gran escala sobre los últimos días de Wallenstein y aunque a continuación se publicaron, literalmente, miles de poemas, piezas de teatro, panfletos y libros sobre el tema, el laberíntico proceso por el que el general fue quitado de en medio sigue estando oscuro. Pero ésa era la intención de los conspiradores, uno de los cuales explicaba a un colega próximo: «En pocas palabras: el disimulo es el alfa y el omega de este asunto»⁴⁸. De todos modos, pueden entreverse determinadas razones del asesinato. En primer lugar, el emperador estaba claramente indignado por haber puesto dinero a lo largo del año 1633 en la organización de un enorme ejército que, en términos militares, había conseguido bien poco: Baviera seguía estando parcialmente ocupada por los protestantes; Heidelberg y Regensburg se habían perdido, y Silesia no había sido liberada hasta octubre. Además, Wallenstein insistió en alojar una vez más sus huestes en las provincias habsburgas en el invierno de 1633-4, creando un serio riesgo de revueltas campesinas contra las exacciones de los soldados. Y luego estaba la dimensión española. Los gobiernos de Madrid y Viena habían decidido que en 1634 un gran ejército cruzara desde Lombardía hasta el imperio, al mando personal del hermano de Felipe IV, el cardenal infante Fernando, y se sumara al ejército imperial para limpiar el sur de Alemania de todos los enemigos. Según la propuesta de Wallenstein, el cardenal infante y sus hombres tenían que ponerse a las órdenes del comandante en jefe, y España había dejado claro que eso era inaceptable. De todos modos, es probable que ninguno de esos argumentos llevara al emperador a contemplar el asesinato. Más perjudiciales para la posición de Wallenstein a los ojos de su señor fueron sus maniobras diplomáticas casi independientes con Sajonia y Brandenburgo. Ahora bien, para ellas parece que tenía autorización plena. En abril de 1632, cuando se hizo cargo de los ejércitos de Fernando, se dieron a Wallenstein poderes inusualmente amplios. En una reunión secreta en Göllersdorf, a medio camino entre sus cuarteles generales y Viena, se acordó que el comandan-

⁴⁸ Piccolomini a Aldringen, citado por Mann, *Wallenstein*, 801. Sobre el papel de Piccolomini en la caída de Wallenstein y para tener un excelente relato de todo este asunto, cf. Barker, *Army, Aristocracy, Monarchy*, 79-97 (parte de un extenso ensayo sobre el comandante toscano).

te en jefe podría cuartelar sus tropas donde quisiera, incluso en los territorios hereditarios de los Habsburgo; que él se encargaba del control de todas las tropas católicas en lucha por la causa imperial (incluida, por tanto, cualquier unidad enviada desde España); y que ejercería su autoridad «in absolutissima forma». Dado que el texto original del acuerdo de Göllersdorf, de diez puntos, no ha sobrevivido (si es que en realidad llegó a plasmarse por escrito), es imposible determinar lo que quiere decir exactamente esta última cláusula. Sí es cierto que Wallenstein se comportaba como si tuviera poderes para negociar con sus enemigos un alto el fuego e incluso la paz, y estaba en constante contacto con Dresden, creyendo que Sajonia (con certeza) y Suecia (posiblemente) deseaban poner fin a la guerra; y lo hacía dando cuenta mínima a Viena⁴⁹.

Wallenstein siempre había tenido sus enemigos en la corte imperial y, aunque en 1632 se guardaron de impedir su vuelta, durante todo su segundo generalato mantuvieron una constante barrera de críticas dirigida tanto a los hábitos personales del general como a su política pública. Ambas cosas parecían más extravagantes que antes. Por ejemplo, Wallenstein no podía soportar ningún ruido. Al llegar a una población, se decía, mandaba matar todos los perros y gatos; prohibía llevar botas y espuelas en su presencia, y castigaba severa y arbitrariamente a quienes hablaban fuerte o gritaban. Su conducta con quienes lo rodeaban oscilaba entre la generosidad excesiva y una crueldad terrorífica (las penas se encargaban de hacerlas efectivas al instante sus ejecutores domésticos). Sus manifestaciones políticas iban desde profecías inescrutables hasta amenazas brutales. Como señalaba un panfleto escrito después de su muerte, era «un súbdito convertido en soberano». Fue elevado «a un cargo de una categoría como antes no se había dado a ningún otro»; y la experiencia del poder supremo alentó, sin duda, una conducta exagerada⁵⁰. Desde luego, sus enemigos no tuvieron dificultad para encontrar, entre sus jactancias y descuidadas palabras y sus acciones extravagantes, bastantes motivos para

⁴⁹ Suvanto, *Wallenstein*, 158-9, reconstruye el texto del acuerdo de Göllersdorf con gran ingeniosidad. Su línea se argumenta, aparte de otras fuentes, por Lutz, «Wallenstein, Ferdinand II. Und der wiener Hof».

⁵⁰ Véanse los interesantes detalles reproducidos de un panfleto contemporáneo por Hollaender, «Some English documents on the end of Wallenstein», *Bulletin of the John Rylands Library*, XL (1958), 358-90. Naturalmente, también Oxenstierna fue «un súbdito convertido en soberano», pero pocos parece que lo notaron.

poner en un brete su lealtad al emperador. Wallenstein había criticado permanentemente (y a veces dificultado) los esfuerzos de Viena por ayudar a España en sus ambiciones en Italia y los Países Bajos; también había mostrado una clara falta de entusiasmo por el edicto de restitución. Además, se había pronunciado con frecuencia a favor de un acuerdo negociado entre el emperador y, al menos, los luteranos. Ahora él dirigía su propia ofensiva diplomática para la consecución de tal fin, negándose a emprender las acciones militares ordenadas por Viena porque podían dificultar su iniciativa de paz. Por si todo eso no era suficiente para extender la alarma en la corte imperial, el 12 de enero de 1634, en Pilsen, Wallenstein exigió a sus coroneles el juramento de que le serían leales a él antes que a todos los demás. El emperador y su entorno vieron eso, lógicamente, como una clara traición, y obraron en consecuencia³¹.

Fue relativamente fácil desembarazarse del superpoderoso vasallo de Fernando. A finales de 1633 nadie confiaba en Wallenstein: no lo hacía Suecia, cuyas tropas él había hecho cautivas, con engaño, en Steinau; tampoco Sajonia o Brandenburgo, que no estaban seguras de hasta qué punto sus promesas contaban con el respaldo imperial; tampoco confiaba Baviera, cuyos territorios habían quedado desprotegidos; ni los exilados bohe-

³¹ ¿Hasta qué punto iba en serio Wallenstein con esta iniciativa de paz? El duque Franz-Albrecht de Sajonia-Lauenburg, uno de los colaboradores más cercanos del general, que fue hecho prisionero tres días después de la muerte de su jefe, no tenía dudas al respecto: «Sólo se utilizaba el pretexto de la paz», dijo a sus captores. Y la opinión moderna se inclina a pensar que la paz era de hecho sólo un «pretexto»: un acuerdo que Wallenstein estaba dispuesto a cambiar por una prenda en el imperio, como el ducado de Franconia de Bernardo de Sajonia-Weimar o su propio ducado de Mecklenburg. De otra parte, no habría sido del todo ridículo para Wallenstein soñar con ser rey de su Bohemia natal. Su pariente lejano Jorge de Podebrad había sido elegido para serlo en 1458; Federico del Palatinado lo había sido en 1619 (y, por suerte, había muerto en 1632); y, entre tanto, el reino había elegido príncipes de las dinastías Habsburgo y Jagiellon. El joven Wallenstein pasó cierto tiempo en el norte de Italia, sobre todo en Padua: no pudo ignorar del todo las actividades políticas, en orden a constituir sus propios estados, de *condottieri* como Francisco Sforza, Segismundo Malatesta o César Borgia. Y, sin duda, en la misma Padua tuvo ocasión de admirar la ampulosa estatua, obra de Donatello, del capitán Gattamelata, jefe de los mercenarios de la ciudad. En la época de Oliver Cromwell no se puede ignorar las carreras políticas que se abrían a los soldados de éxito. (Véase el análisis detallista de F. H. Schubert, «Wallenstein und der Staat des 17. Jahrhunderts», *Geschichte in Wissenschaft und Unterricht*, XVI [1965], 597-611; reeditado en Rudolf, *Dreissigjährige Krieg*, 185-207.)

mios, que se daban cuenta ahora de que Wallenstein no tenía interés en devolver los territorios que él (y sus colegas) había conquistado. El 24 de enero, inmediatamente después de enterarse del «juramento de Pilsen», Fernando declaró a Wallenstein «rebelde notorio» y lo cesó del cargo; pero el decreto permaneció en secreto hasta el 18 de febrero. Aun así, el riesgo de que las cosas no salieran bien parecía grande, y Fernando pidió a su confesor oraciones de los jesuitas de todo el mundo para que el asunto acabara felizmente. De hecho, la Orden se tomó muy en serio la petición. El superior general decidió «aplicar otras mil misas semanales por la seguridad del emperador y la felicidad del imperio», y más tarde anotó (con satisfacción) que justo en aquel momento «se habían realizado hechos maravillosos por el Altísimo». «Mientras más me fijo –se jactaba–, con más claridad veo que el Dios misericordioso escuchó nuestras oraciones»⁵². Se refería, naturalmente, al brutal asesinato de Wallenstein y su escolta cuando huían a Sajonia, tras haberse enterado de la orden del emperador, la noche del 25 de febrero de 1634. Y quizá fue, efectivamente, milagroso que no hubiera virtualmente desorden alguno entre las tropas imperiales tras el asesinato del general. El mando supremo fue asumido ahora por el hijo del emperador, Fernando, rey de Hungría, asistido por un triunvirato de oficiales veteranos: Piccolomini, Gallas y (por las fuerzas de la Liga católica) Aldringen.

De todos modos, el asesinato de Wallenstein proporcionó a los suecos la ocasión de arreglar algunas de las divisiones que habían aparecido en la Liga de Heilbronn. Oxenstierna convocó una reunión de todos los estados del imperio en Francfort, que, así esperaba, ampliaría la Liga para incluir a Sajonia, Brandenburgo y los demás territorios del nordeste y definiría también de forma precisa con qué territorios alemanes se quedaría Suecia después de la guerra. El encuentro se celebró sin problemas hasta que, en abril de 1634, Jorge Guillermo dio el paso importante de insistir en que él no se adheriría a la Liga si Suecia se renunciaba a sus pretensiones sobre Pomerania. En junio los miembros del círculo de la baja Sajonia acordaron darle su apoyo. A continuación el elector de Sajonia, simulando estar

⁵² Mutio Vitelleschi, General de la Orden de los Jesuitas, a Lamormaini, el 1 de abril de 1634, citado por Bireley, *Religion and Politics*, 203. Wedgwood, *Thirty Years' War*, 346-60, ofrece un buen puzzle, reconstruyendo el final de Wallenstein mediante un uso meticuloso de las fuentes impresas. Véase también el más reciente relato de C. Kapmann, *Reichs-rebellion*.

por encima de asuntos tan mundanos, intentó conseguir apoyos en favor de las conversaciones de paz comenzadas por representantes imperiales, en Leitmeritz, con Jorge de Hesse-Darmstadt.

Así, la causa protestante llegó a un punto muerto ya antes de que volvieran a comenzar las hostilidades en julio, una vez más, en dos escenarios de operaciones diferentes: los sajones, a las órdenes de Arnim, empujando hacia Silesia, y los suecos y sus aliados de Heilbronn, bajo el mando conjunto de Gustavo Horn y Bernardo de Sajonia-Weimar, intentando conquistar el sureste de Alemania. Al principio la campaña fue bien: Arnim invadió Bohemia y pronto se llegó, una vez más, ante las murallas de Praga, mientras que las fuerzas de Heilbronn tomaron por asalto Landshut, en Baviera, matando en la hazaña a Juan von Aldringen, el comandante en jefe de Maximiliano. Pero estos éxitos tuvieron su contrapunto en la reconquista de Regensburg y Donauwörth por los imperiales, al mando de Fernando de Hungría que de esta manera restableció el contacto entre Baviera y los territorios de los Habsburgos. Arnim consideró prudente retirarse de sus posiciones, ahora expuestas, ante Praga. A continuación Fernando puso sitio a la ciudad protestante de Nördlingen y esperó la llegada, desde España y la Italia española, de su primo, el cardinal infante Fernando, y sus 15.000 hombres. Llegaron el 2 de septiembre, justo por delante de las fuerzas de Bernardo de Horn. Ambos Fernandos se dieron cuenta de que una confrontación probablemente les sería ventajosa y prepararon un campamento fuertemente fortificado al sur de la ciudad. Su confianza no iba desencaminada. Cuando, el 6 de septiembre, los dos ejércitos entraron en batalla, el de Habsburgo contaba con 33.000 hombres, y el protestante, sólo con 25.000. Al final del día, después de «la más grande victoria de nuestros tiempos» (como la llamó con júbilo Olivares), yacían muertos en el campo de batalla unos 12.000 protestantes, y otros 4.000, entre ellos el propio Gustavo Horn, habían sido hechos prisioneros. También cayó Nördlingen, y lo que quedaba del ejército derrotado, a las órdenes de Bernardo de Sajonia-Weimar, se retiró a Alsacia, mientras Suecia, de mala gana, retiró todas las guarniciones que mantenía al sur del Meno³³.

³³ Cf. G. Rystad, *Kriegsnachrichten und Propaganda während des dreissigjährigen Krieges: die Schlacht bei Nördlingen in den gleichzeitigen gedruckten Kriegsberichten* (Lund, 1960). Pueden encontrarse ilustraciones de la batalla en Angela y Geoffrey Parker, *European Soldiers 1550-1650* (Cambridge, 1977), 46-55. En el propio campo de batalla pueden verse to-

Los ánimos de Oxenstierna, al final, comenzaron a flaquear. En noviembre de 1634 escribía a Juan Baner, el único general sueco capaz que quedaba en Alemania: «No quiero seguir luchando, sino dejarme llevar adonde la marea me lleve... somos odiados, envidiados y hostigados». En casa era abierta la crítica a sus políticas por parte del consejo de regencia, lo que le hizo lamentarse a su hermano de que «tales procedimientos hacen que me canse de mi vida»⁵⁴. Fuera, la situación diplomática estaba cambiando para peor, y no siempre por culpa de Nördlingen. Aunque en 1633, para delicia de Suecia, habían atacado Polonia los turcos y los rusos, al año siguiente, como los turcos concentraran una vez más sus fuerzas en contra de Persia, Polonia y Rusia hicieron la paz. Existía ahora un serio riesgo de que, cuando acabara en 1635 la tregua de Altmark, tan favorable para Suecia, no pudiera ser renovada (o, al menos, no se renovara en términos tan ventajosos). Así pues, la posición de Suecia dentro del imperio se hizo crítica. Los miembros de la Liga de Heilbronn, que ahora se encontraban expuestos a las atenciones indivisas de los imperiales, enviaron una misión a París en noviembre de 1634 sin el conocimiento de Oxenstierna. Allí ofrecieron amplias concesiones a cambio de una declaración de guerra contra España y el emperador (para detalles, véase *infra*, p. 193). Al mes siguiente Oxenstierna se retiró de la Liga, para no volver nunca más. Incluso el más antiguo aliado de Suecia, Guillermo de Hesse-Kassel, vio con claridad que sólo la católica Francia era ahora capaz de salvar la causa protestante. En noviembre de 1634 escribió:

«La casa de Austria desea someter a su yugo a toda Alemania, extirpando la libertad y la religión reformada. Así pues, en tal situación extrema, tenemos que mirar a Francia».

El landgrave incluso esperaba elegir al rey de Francia como emperador, porque pensaba que sólo así se garantizaría la continuidad de las «libertades alemanas»⁵⁵.

avía las huellas de los emplazamientos de los cañones sobre el Altbuch la noche antes de la batalla, y se encuentra allí una pequeña columna conmemorativa: el sitio merece la pena visitarse, como Lützen.

⁵⁴ Citas tomadas de Roberts, «Oxenstierna in Germany», 86, 98 n. 15.

⁵⁵ Guillermo V citado por Altmann, *Landgraf Wilhelm V*, 84.

Pero estas defecciones de la causa fueron nada en comparación con la pérdida de Sajonia. Sólo 10 semanas después de Nördlingen produjeron un acuerdo las negociaciones de Hese-Darmstadt y Sajonia con los imperiales (trasladadas desde Leitmeritz a Pirna a lo largo del verano). Los «preliminares de Pirna» ofrecían ventajas importantes a ambos bandos: Sajonia conseguía plenos derechos sobre Lusacia (cedida a Fernando en 1620, como garantía de la ayuda del elector, durante la revuelta bohemia) y sobre el territorio de Magdeburgo; se formaría un único ejército con tropas sajonas, bávaras e imperiales para ser utilizado en el imperio en contra de fuerzas extranjeras; y se aceptaba el traspaso del electorado del Palatinado a Baviera para siempre. Y sobre todo, la «fecha normativa» para la devolución de los territorios eclesiásticos y el ejercicio de las religiones permitidas se fijaba en noviembre de 1627: un compromiso crucial, que permitía a los católicos quedarse con sus conquistas en el sur y en el suroeste, mientras a la vez daba completa seguridad a los territorios secularizados de los príncipes del norte (el edicto de restitución mismo era declarado suspendido «por cuarenta años»)⁵⁶.

Los siguientes éxitos del ejército imperial a lo largo del invierno de 1634-5 debilitaron la posición negociadora de los sajones. Un autor de panfletos protestante se quejaba más tarde de haber registrado 371 cambios en detrimento de su fe entre el texto de los «preliminares de Pirna» y el del acuerdo final, firmado en Praga en mayo de 1635. Juan Jorge de hecho acordó retirar las amnistías prometidas a la familia palatina, a Hesse-Kassel y a varios otros, y reforzar el edicto en muchas otras áreas. Es posible que hubiera habido todavía más concesiones, si las tropas francesas no hubieran invadido el imperio en el invierno de 1634-5 para defender Heidelberg frente a las fuerzas del emperador. Aunque no hubo declaración de guerra, casi todo el mundo en la corte imperial se dio cuenta de que había que hacer la paz con Sajonia antes de que se hicieran realidad otros apoyos a la causa protestante. Incluso el nuncio papal en Alemania, que permanentemente se había opuesto a cualquier acuerdo que sacrificara el edicto de restitución, anotó que «si los franceses intervienen en Alemania, el emperador se verá obligado a concluir una paz con Sajonia en los términos que le sea posible». Tenía sentido, pues, adelantarse en tomar de-

⁵⁶ Véase el admirable resumen de las cláusulas en *Theologische Realenziklopädie*, IX (Berlín, 1981), 180 (por K. Reppen). Cuatro de los nueve «Nebenrezese» no han sido publicados nunca: cf. Bierther, «Zur Edition» (*infra*, p. 354).

cisiones con más ventaja. El pragmático primado de Hungría, cardenal Pázmány, se declaraba contento de aceptar cualquier acuerdo con Sajonia «siempre que la religión católica quede preservada en las provincias patrimoniales sin permitir ningún otro credo»⁵⁷.

En febrero de 1635 expuso Fernando sus propuestas de paz a un grupo de veinticuatro teólogos, entre los que estaba el confesor de su confianza. Lamormaini, fiel a la filosofía providencialista que siempre había profesado cuando se trataba de asuntos del emperador, argumentó que la gran victoria de Nördlingen era un signo más del continuado favor de Dios, y pidió que se rechazara cualquier acuerdo de paz con los protestantes. Pero esta vez sólo seis miembros del grupo votaron con él. El resto consideró Nördlingen como un breve respiro, y el emperador estuvo de acuerdo con la mayoría. Algo más tarde en el mismo mes, se acordó un alto el fuego no sólo con Sajonia, sino también con Brandenburgo, todavía resentida con Suecia a causa de Pomerania. La paz de Praga se hizo pública, en medio del general regocijo, el 30 de mayo de 1635. El ejército sajón, que ocupaba todavía partes de Silesia, entró a formar parte de las huestes imperiales (como lo hicieron las tropas de Baviera, muy a pesar de Maximiliano), y la mayoría de los estados luteranos se apresuraron a hacer la paz con el emperador en los mismos términos que los dos electores protestantes. El coronel Brandenstein, cuyo reparto de territorios católicos entre los ejércitos protestantes había causado tanta miseria, fue encarcelado, y murió, en 1640, como reo en una cárcel sajona. Quienes, como Guillermo de Hesse-Kassel, rechazaron la reconciliación y, en cambio, aceptaron las promesas de ayuda gratuitamente ofrecidas pero pobremente cumplidas por Francia y los holandeses, fueron atacados sin piedad y perseguidos por los nuevos, y más grandes, ejércitos imperiales. El landgrave calvinista fue echado de su territorio por una fuerza dirigida por su rival luterano, Jorge de Hesse-Darmstadt. Murió, en la miseria, en el exilio. Más entrado el año el gran campamento fortificado a las afueras de Maguncia, el Gustavsburg, fue sometido a sitio y en enero de 1636 su guarnición de 5.000 hombres se rindió. Ahora sólo Hanau se mantenía a favor de la causa protestante en la Renania, y en 1637 también ella cayó a pesar de sus formidables defensas y desesperada resistencia. Los suecos habían entregado ya Bremen y Verden, en el noroeste, a su antiguo rival Cristian IV de Dinamarca.

⁵⁷ Citado por Repgen, *Römische Kurie*, 337 n. 124, 333 n. 116 y 335-6.

La paz de Praga marcó un importante punto de inflexión en la guerra de los treinta años. Por un lado, provocó una notable reducción del aspecto religioso del enfrentamiento. Ya no eran los protestantes alineados frente a los católicos en bloques casi monolíticos; los ultracatólicos dejaron ya de monopolizar la política imperial. El rechazo del parecer tan explícita y tenazmente expuesto por Lamormaini tuvo, en este contexto, una importancia crucial: la conformación de la política imperial quedó ahora en manos de pragmáticos como Trattmannsdorf (director del consejo privado imperial desde 1637), que comprendieron que eran necesarios sacrificios si querían recuperarse los beneficios de los años 1620. Ahora bien, la paz con los luteranos alemanes no fue sólo un triunfo de los pragmáticos; significó también una reivindicación de las políticas de Olivares que, durante décadas, había urgido al emperador a llegar a un acuerdo con sus enemigos interiores con el fin de destruir a los enemigos que tenía fuera y emplear sus recursos en contra de los holandeses y, en caso necesario, de Francia. Pero el regocijo español por la paz de Praga duró poco. La destrucción del ejército sueco en Nördlingen, prontamente seguida por la defección de muchos de sus aliados, pareció poner en cuestión la capacidad de Oxenstierna para orquestar una feliz oposición a los imperiales, sobre todo si podían contar con más ayuda de España. Por eso, el mismo mes en que fue firmada la paz de Praga el rey de Francia declaró la guerra a Felipe IV.

4. LA «GUERRA DE DIVERSIÓN» DE FRANCIA

La declaración de guerra de Francia a España siguió, en mayo de 1635, a la detención, el 26 de marzo, del elector de Trier, un aliado de Francia, por una columna de soldados españoles. El consejo de estado de Luis XIII, al tratar del suceso, concluyó que: «El rey no puede dejar de tomar las armas para vengar la afrenta que ha recibido con el aprisionamiento de un príncipe puesto bajo su protección»⁵⁸. Los españoles respondieron que lo del elector de Trier no era más que un pretexto, y que los franceses tenían la intención de hacer la guerra en cualquier caso. Tenían razón en un

⁵⁸ A. Leman, *Urbain l'III et la rivalité de la France et de la maison d'Autriche de 1631 à 1635* (Lille y París, 1920), 492.

sentido: un memorándum secreto de Luis XIII al cardenal Richelieu, de fecha 4 de agosto de 1634, se entretenía largo y tendido sobre el argumento de una «firme guerra abierta a España para asegurarse una benéfica paz general»⁵⁹. Pero Luis XIII, por su parte, estaba sinceramente convencido de que los españoles querían invadir Francia en el momento en que les conviniera, y también estaba en lo cierto. El 13 de abril de 1634 el consejo de estado español había discutido si declarar la guerra a Francia, y aunque la decisión fue negativa, un mes más tarde se firmó una alianza con Gastón de Orleans, el presunto heredero francés que se hallaba en el exilio en los Países Bajos españoles⁶⁰. En esta situación de tensión había fuertes argumentos en pro de un golpe francés preventivo, para convertir en campo de batalla los territorios habsburgos mejor que hacer una guerra defensiva «en las entrañas de Francia»⁶¹ (véase Lámina 16).

Así, pues, ambas partes estaban más o menos dispuestas a iniciar las hostilidades. Entre 1630 y 1635 el gobierno francés había tomado compromisos con una serie de aliados muy diversos que, casi con toda certeza, habría de generar un conflicto internacional llegado un determinado momento. Las más famosas de tales alianzas fueron con la república de Holanda (existía un acuerdo de ayuda desde junio de 1624; fue renovado en junio de 1630 y se aumentó la cuantía de la ayuda en abril de 1634) y con Suecia (desde enero de 1631; venció temporalmente al morir Gustavo Adolfo, porque se trataba de un acuerdo entre dos reyes y quedó derogado al morir uno de ellos, pero se renovó en abril de 1633). El propósito de tales alianzas era combatir a los Habsburgos de cerca y evitar una abierta intervención de Francia en la guerra de los treinta años, porque se trataba de un tema agriamente contestado en la política interna. El «día de Dupes» los oponentes de Richelieu casi lograron echarlo del poder, y entre sus denuncias tuvo un lugar destacado la crítica a su política exterior (muy especialmente, la intervención en la guerra de Mantua). La amenaza representada por la conspiración y las divisiones interiores era un poderoso determinante del aplazamiento de una intervención directa de Francia en el conflicto alemán.

⁵⁹ *Acta Pacis Westfalicae*, I, 18-20: Luis XIII a Richelieu, el 4 de agosto de 1634. Las notas del rey estaban declaradas *top secret*: «àme qui vive les a vues», los documentos de estado.

⁶⁰ Leman, *Urbain VIII et la rivalité*, 382.

⁶¹ A. J. du Plessis, Cardinal Richelieu, *Mémoires*, ed. J. F. Michaud y J. J. F. Poujoulat, 2.^a ser., VIII (París, 1838), 437: «une longue guerre dans ses entrailles...».

Entre otras razones de orden estratégico estaban la vulnerabilidad de la frontera francesa ante una invasión y la proximidad de dos estados clientes de los Habsburgos (Saboya y Lorena), cuyos duques habían dado en alguna ocasión refugio, o ayudado de alguna otra manera, a aristócratas críticos con el gobierno francés. Luis XIII y Richelieu tomaron la decisión de golpear primero en Carlos Manuel de Saboya, que en 1628 había cometido el error fatal de intentar repartirse Monferrato con España a costa del candidato francés, el duque de Nevers. Con la connivencia del papado el ejército francés invadió Saboya en 1629-30 y se quedó, primero, con la fortaleza de Susa y, más tarde, con la más importante de Pinerolo. Víctor Amadeo I, que sucedió como duque a su padre en 1630, aceptó que Pinerolo pasara para siempre a Francia (en contra de lo previsto en la paz de Cherasco, que estipulaba que tanto Francia como España se retirarían de los lugares conquistados), y en 1635 Saboya fue uno de los pocos estados que se adhirieron a la liga en contra del poder de los Habsburgos en Italia inspirada por Francia.

La pendencia con Carlos IV de Lorena era más compleja. En parte se trataba de un problema de jurisdicción: el ducado de Bar era considerado un feudo de la corona francesa por el que el duque Carlos había dejado de pagar homenaje (no lo hizo hasta 1641); de otros territorios se decía que habían sido «usurpados» a la corona francesa. El emperador, en cambio, mantenía que el ducado de Lorena era pura y simplemente un feudo del imperio. Tales disputas no habrían adquirido tanta importancia si el duque Carlos no hubiera dado refugio en sus territorios a Gastón de Orleans en dos ocasiones en 1629-32 y no le hubiera permitido casarse con Margarita de Lorena, la hermana del duque, sin el plácet de Luis XIII. Además, en febrero de 1630 el duque había permitido a las tropas imperiales ocupar las dos fortalezas de Vic y Monyevic, que dominaban el camino de Estrasburgo a Nancy. En diciembre de 1631 Luis XIII dio un ultimátum para la retirada de esas tropas: como se lo ignoró, hubo tres invasiones francesas en los dos años siguientes. En las tres ocasiones el duque se sometió, aceptó no ayudar a los Habsburgos y ofreció garantías territoriales; pero las tres veces se volvió atrás de sus palabras. Finalmente, en 1634 se vino abajo la resistencia al ejército de ocupación de Luis XIII, quedó instalada una administración francesa y el duque marchó a un exilio permanente como general de los Habsburgos. Excepto un breve paréntesis en 1641, su exilio duraría veintiocho años.

En Saboya y Lorena el rey francés reforzó sus fronteras al neutralizar o dar por acabado un vecino poco fiable. Pero a partir de diciembre de

1631 se intentaron muchas más cosas: Luis XIII protegería a todos los príncipes católicos que necesitaran su ayuda frente a los soldados españoles o los suecos. De los tres electorados eclesiásticos de la Renania sólo Trier aceptó la oferta, pero el territorio era de la mayor importancia estratégica. Los puntos clave eran las grandes fortalezas de Coblenza y Ehrenbreitstein, junto con Philippsburg que pertenecía al elector en su condición de obispo de Speyer. En abril de 1632 Gustavo Adolfo reconocía la neutralidad del electorado y admitía que los baluartes clave fueran ocupados por los franceses (los primeros pasaron a éstos en mayo y junio de 1632; Philippsburg no se tuvo hasta agosto de 1634, y su reconquista por las fuerzas habsburgas en enero de 1635 fue uno de los factores que precipitaron la intervención de Francia en la guerra). Pero Trier no era más que un campo de ensayo del principio de protección francesa: una vez pasada la guerra, volvería a su anterior situación dentro del imperio. Lo mismo sucedería también con los siguientes tratados de protección, en 1633-6, con los gobernantes territoriales de Alsacia, la mayoría de ellos protestantes. Pero la complejidad de las jurisdicciones territoriales rivales en Alsacia, los intereses encontrados de Francia, los cantones suizos y los Habsburgos, y el vacío de poder derivado de una autoridad archiducal distante, facilitaron el gradual establecimiento de un control francés tanto político como militar. Hasta Nördlingen Francia sólo deseaba tener en Alsacia autoridad bastante como para garantizar el acceso al Rin; luego, necesitaba apremiantemente fuerza para mantener a los Habsburgos más allá del margen oriental del río. Por eso, entre 1634 y 1636, Richelieu insistió más enérgicamente en la protección francesa de los estados de Alsacia, y luego dio pasos para consolidar los derechos adquiridos formando un señorío compacto.

El calendario exacto de la declaración de guerra entre Francia y España obedeció a consideraciones tácticas: la feliz campaña del cardenal infante, que hizo que España tuviera paz en 1634, fue causa de que Francia la rompiera en 1635. La derrota y dispersión del ejército sueco en Nördlingen y el colapso de la liga de Heilbronn hacían necesaria una intervención decisiva de Francia para evitar la capitulación de Suecia. Pero al principio los franceses querían que su intervención fuera a la vez limitada e indirecta. Francia haría una intensa «guerra de diversión» pero reduciría al mínimo su implicación en Alemania. Tras esta estrategia latía la idea de que la más seria amenaza para la seguridad europea era el rey de España, no el emperador: si el poder de Felipe IV se debilitaba de forma

importante, los franceses pensaban que el emperador no haría ya la guerra «con el apetito y la pasión de los españoles»⁶². Naturalmente, los franceses se implicaban «por la libertad y la paz de Alemania», por una justa satisfacción para todas las partes intervinientes mediante una dieta imperial libre (en la que participarían con plenos derechos los franceses) y por una alianza interconfesional frente al intento de establecer en Alemania una monarquía Habsburgo; tampoco había perdido de vista Richelieu su objetivo de apartar a Maximiliano de la alianza con los Habsburgo a cambio de mantener su título de elector. Pero la declaración de guerra francesa iba dirigida contra España, no contra el emperador. En 1635, en Alemania, los franceses lucharon bajo el nombre («sous le nom») de Suecia, y las acciones de las tropas francesas en el imperio estaban sujetas a unas riendas bien tirantes⁶³.

Desde la muerte de Gustavo Adolfo, Richelieu siempre había pensado que el mando general en Alemania pasaría a Bernardo de Sajonia-Weimar, como el general más experimentado, con un ejército mercenario a su servicio; pero, por ser luterano con sus propias ambiciones territoriales y dinásticas, no se le pudo confiar el mando de las tropas francesas. Por eso, en 1635 las tropas francesas en Lorena y Alemania tenían sus propios comandantes (respectivamente, el duque de La Force y el cardenal de la Valette, con el vizconde de Turenne como comandante segundo), su propio sistema de suministro y una economía independiente controlada por intendentes del ejército francés. Por eso, un cambio de chaqueta del duque Bernardo sería un serio golpe para el esfuerzo de guerra francés, aunque no un desastre total. Se han hecho diferentes estimaciones sobre la magnitud de las fuerzas francesas presentes en todos los frentes en los años 1634-6. El número más bajo ha sido de 9.500 hombres de caballería y 115.000 de infantería; pero es difícil tener seguridad de que realmente se movilizara ni siquiera ese número, ya que no se han conservado series de listados. Dado que a la campaña de los Países Bajos de 1635 se mandaron 6.000 hombres de caballería y 20.000 de infantería, y se enviaron además otras fuerzas a Saboya y Valtellina, se deduce que los ejércitos franceses que operaron en Lorena y Alemania debieron ser relativamente pequeños. Para defender Lorena de una ofensiva imperial que la amenazaba en 1635 hubo que reclutar a 12.000 hombres, y para recuperar Corbie en 1636 se

⁶² *Acta Pacis Westfalicae*, I, 47.

⁶³ Richelieu, *Mémoires*, 620: «parce que Sa Majesté n'ayant point de guerre déclarée contre l'Empereur...».

esperaba reclutar 15.000 hombres de caballería y 35.000 de infantería. En los primeros años de la guerra la mayoría de las tropas francesas estaban luchando fuera de Alemania, y las pérdidas en algunos frentes fueron catastróficas: en la campaña de 1635 en los Países Bajos la fuerza francesa cayó de 26.000 hombres a 8.000⁶⁴.

A la vista de estos amplios compromisos en diferentes frentes, los franceses fueron, naturalmente, cautelosos en la propia Alemania; de hecho, la declaración de guerra al emperador se retrasó hasta que se renovó el pacto franco-sueco en Wismar en marzo de 1636. Nada de esto agradaba demasiado a Suecia. Los franceses seguían comprometiéndose a mantener la alianza sueca, para asegurar que Suecia se hiciera con la Pomerania con el fin de «ejercer un firme control sobre... la casa de Austria» e incluso reforzar la posición de Suecia después de la paz, si ello era necesario⁶⁵; pero no estaban dispuestos a dejar manos libres a Suecia en la conducción de una guerra que se hacía con tan masiva contribución francesa en hombres y en dinero. Es verdad que Feuquières, el embajador extraordinario de Francia en Alemania, ofreció en un momento dado un considerable aumento de la ayuda francesa; pero incluso después de Nördlingen, los enviados de la Liga de Heilbronn a París, en noviembre de 1634, se encontraron con que lo que se les estaba ofreciendo estaba muy cerca de ser una declaración de guerra contra el emperador. A cambio de una garantía de ayuda en caso de ataque con vigencia de veinte años después de la paz, Suecia tenía que entregar la dirección suprema del esfuerzo bélico y el subsidio francés. No sorprende que Oxenstierna se negara a ratificar el acuerdo, y Feuquières recibió instrucciones de interrumpir la ayuda francesa hasta que lo hiciera. Cuando también el enviado especial de Suecia, Hugo Grotius, falló en su intento de obtener concesiones de Francia, Oxenstierna se vio obligado a visitar personalmente a Luis XIII y a su primer ministro en la primavera de 1635. Richelieu encontró al canciller sueco «un poco gótico y muy taimado»⁶⁶ y el resultado fue el tratado de

⁶⁴ Montglat da cifras del tamaño y de las pérdidas, en ambos casos de forma relativa, de los ejércitos: Montglat, *Mémoires*, ed. J. F. Michaud y J. J. F. Poujoulat, 3.^a ser., V (París, 1838), 27, 30. Para las estimaciones del tamaño total del ejército francés hechas por el ministro de hacienda cf. Bonney, *The King's Debts*, 173 n. 3.

⁶⁵ *Acta Pacis Westfalicae*, i, 47.

⁶⁶ Richelieu empleaba el término «finés» (*finnois*), pero era para formar un juego de palabras con *finaud* («fino»). Véase Avenel (comp.), *Lettres, instructions diplomatiques*, IV, 735.

Compiègne del día 28 de abril, por el cual ambas partes se comprometían a prestar ayuda a los protestantes de Alemania con la fuerza de las armas, sin poder concluir ninguna de ellas una paz o un armisticio por separado. Pero, igualmente, la cuantía del ejército y del subsidio de Francia quedaban sin especificar, y así se mantuvo hasta el tratado de Wismar en marzo de 1636. Además, Richelieu quería atraer al servicio de Francia a los anteriores comandantes suecos, y en el verano de 1635 ya se había ganado a Bernardo de Sajonia-Weimar. El 27 de octubre se firmó un contrato formal en virtud del cual Bernardo recibiría 1,6 millones de táleros al año (aproximadamente cuatro veces el subsidio anual de Francia a Suecia) a cambio de mantener en campaña un ejército de 18.000 hombres. Desde ese momento en adelante las operaciones militares en el sur de Alemania estuvieron firmemente bajo control francés.

La relativa facilidad con que Bernardo pasó de la lealtad Vasa a la lealtad Borbón (en la primavera de 1636 ya estaba recibiendo órdenes de París) demuestra tanto la fortaleza como la debilidad de la posición francesa. La debilidad estaba en la falta de comandantes experimentados y de unas tropas curtidas en la batalla. Montglat, un comandante secundario que sirvió en la mayoría de las campañas y cuyas memorias proporcionan un buen relato de las batallas, deja escrito que en 1636 un francés que hubiera servido en los Países Bajos era escuchado como un oráculo. El francés, concluía él, había olvidado las artes de la guerra en un largo período de paz⁶⁷. Su comentario puede parecer sorprendente si se tienen en cuenta las guerras civiles francesas de los años 1620, la intervención francesa en Valtellina en 1624-6, la participación francesa en la guerra de Mantua de 1628-31 y la ocupación de Lorena en 1632-4; pero cada una de esas campañas había sido de corta duración, y pocas resultaron éxitos arrolladores. Los franceses tuvieron que esperar hasta 1643 para su primera gran victoria frente a los españoles en una franca batalla (en Rocroi).

De todos modos, la gran fuerza de la posición de Francia provenía, al menos en parte, de su papel relativamente pasivo en el conflicto alemán entre 1618 y 1635. Francia entró en el conflicto con frescura, y con la capacidad de financiar la guerra en varios frentes a la vez. De hecho, una de las razones por las que Richelieu había retrasado la intervención en la guerra de los treinta años todo lo que le fue posible fue (aparte de la necesi-

⁶⁷ Montglat, *Mémoires*, 38.

dad de sortear las críticas internas a su política y la rebelión aristocrática), precisamente, mejorar la situación financiera de la monarquía francesa y su capacidad de aguantar una guerra larga. Así, en 1635, en el momento más bajo de las causas sueca y protestante en Alemania, apareció un nuevo y potente filón para la guerra con el que ni el emperador ni el rey de España podían competir (véase Tabla 4). Calculado con el índice de cambio que prevalecía, el gasto bélico de Francia en todos los frentes (incluido el mediterráneo) fue, en 1635, el equivalente a 16,5 millones de táleros. El gasto medio en los años 1636-9 fue un poco menos de 13 millones al año, y en los años 1640-50 un poco menos de 16 millones anuales⁶⁸. Se trató, sin duda, de una intensa «guerra de diversión». No hay que suponer que el éxito militar haya de seguir necesariamente a la afluencia de fondos; pero en una larga guerra de desgaste, como demostró ser la guerra alemana, sí merecía la pena contar con una afluencia de fondos cuando ya el conflicto estaba avanzado. Era un nuevo factor en el equilibrio de poder.

De hecho, puede decirse que nada marchó bien en las dos primeras campañas francesas. En 1635 se tenía la esperanza de que un golpe repentino contra la posición española en los Países Bajos, Italia y Valtellina debilitaría de forma importante la situación de Felipe IV y animaría la rebelión de sus súbditos desafectos, especialmente en los Países Bajos españoles (como casi había ocurrido en 1632). Pero no se produjo ningún levantamiento comparable con el de los territorios borgoñones en 1477; si de hecho se produjo una rebelión, en 1640, tuvo lugar, inesperadamente, en la península ibérica. La campaña franco-holandesa de 1635 fue un fracaso total —no se logró ninguno de los objetivos, y menos que ninguno el de la partición de los Países Bajos españoles— y acabó con mutuas recriminaciones entre los aliados. El ejército español de Flandes se movió para reconquistar algunas ciudades y también para expulsar a los invasores franceses (que serían echados, por el mar, por los holandeses). En 1636, cuando el ejército de Flandes invadió Francia, el ejército holandés no hizo nada para distraerlo. Y tampoco en Italia se consiguió gran cosa, hasta que los franceses actuaron para reconquistar Turín en 1639 y hacer la guerra en las fronteras de Lombardía. La ocupación francesa de Valtellina a las órdenes de Rohan (el que antes fuera líder hugonote) empezó de forma bas-

⁶⁸ Bonney, *The King's Debts*, 306-7. Conversiones basadas en J. J. McCusker, *Money and Exchange in Europe and America, 1600-1715* (Chapel Hill, N. C., 1978).

TABLA 4. *El gasto militar de Francia, 1618-1648*

Año	Gasto militar en millones de táleros	Sucesos de política interior	Guerra en el exterior
1618	3,2		
1619	4,5	{ Revuelta de la Reina Madre Rebelión de los hugonotes	
1620	5,2		
1621	7,5		
1622	9,0		
1623	4,8		
1624	4,6		
1625	6,9	{ 2.ª rebelión de	{ Guerra de
1626	4,9	{ los hugonotes	{ Valtellina
1627	5,7	{ 3.ª rebelión	Invasión inglesa
1628	7,8	{ de los	{ Guerra de sucesión
1629	7,4	{ hugonotes	{ de Mantua
1630	9,2		
1631	6,0	{ Rebelión de Gastón de Orleans	
1632	7,4		Ocupación de Lorena
1633	6,7		
1634	9,9		
1635	16,5		Se declara guerra contra España
1636	13,5		{ Habsburgo invade
1637	11,0		{ Francia y
1638	12,8		Breisach
1639	12,8	Revuelta de campesinos (Normandía)	
1640	12,5		
1641	13,4	Rebelión del conde de Soissons	Ayuda francesa a los catalanes
1642	13,0	Conspiración de Cinq-Mars	
1643	19,4	Complot de los <i>Importants</i>	Rocroi; Tuttlingen
1644	19,0		Friburgo
1645	18,0		Allerheim
1646	15,4		
1647	15,8		
1648	13,0	Inicio de la Fronde	Zusmarshausen; Lens

Fuente: R. J. Bonney, *The King's Debts. Finance and Politics in France, 1589-1661* (Oxford, 1981), Apéndice 2, Tabla 2.

tante prometedora, hasta que en 1637 la falta de pago regular de los subsidios provocó un levantamiento general en los valles en contra de los forasteros. Bernardo de Sajonia-Weimar y el cardenal de la Valette llevaron a cabo una invasión coordinada francesa del sur de Alemania en septiembre de 1635, pero el comandante imperial Gallas casi logró cortar sus líneas de comunicación cerca de Francfort del Meno y los invasores tuvieron que resistir una marcha forzada de 13 días antes de ponerse de nuevo a salvo en Lorena.

Fue apenas sorprendente que Richelieu no disimulara su disgusto por la falta de éxito de la primera campaña francesa. Se dice que sintió «asombro» por la derrota militar a pesar de los «muchos millones» gastados en el esfuerzo bélico⁶⁹. En febrero de 1636 acusó a los ministros de hacienda de retrasos injustificados en el envío de fondos: «Digo esto... no buscando pelea, sino con gran sentimiento y disgusto: ... las cosas no marchan como requieren el servicio del rey y el bien del estado...»⁷⁰. Los ministros respondieron que ellos no podían hacer más y que tenían una bancarrota general que sacara a Francia de la guerra en condiciones de desventaja y exigiera poner fin a la «guerra de diversión»⁷¹. El rey tenía que optar entre sus ministros, dado que el superintendente de hacienda, Bullion, echó las culpas del fracaso a Abel Servien, que había servido como ministro de la guerra durante casi seis años: en marzo de 1636 Servien fue obligado a dimitir. Su sustituto, que permaneció en el cargo hasta abril de 1643, fue François Sublet de Noyers. Éste contaba ya con una notable experiencia en administración financiera y militar (como intendente del ejército, había ayudado a planear una nueva línea de defensa en el norte de Francia), que resultaría inestimable en la crisis de 1636.

La segunda campaña de Francia comenzó de manera muy diferente: Bernardo de Sajonia-Weimar intentó avanzar hasta Alsacia, donde los franceses tenían ya protectorados, y Condé asedió Dôle, en el Franco Condado. Entrado el otoño la lucha tomó un nuevo rumbo: Condé fue obligado a retirarse al final de octubre con el fin de salvar Dijon de ser tomada por una fuerza de invasión al mando de Gallas, y el avance imperial se encontró parado no tanto por la resistencia francesa cuanto por la victoria de

⁶⁹ Montglat, *Mémoires*, 38.

⁷⁰ Avenel, *Lettres... de Richelieu*, V, 965.

⁷¹ AMAE, *Mémoires et Documents: France*, vol. 820, f. 131: Bullion y Bouthillier a Richelieu, 22 de febrero de 1636.

Suecia en Wittstock y el desbordamiento del Saona. En el norte de Francia el avance de los Habsburgos fue igualmente espectacular, en parte como resultado de la capitulación precipitada de los comandantes de tres fortalezas que a continuación fueron condenados por cobardía (Le Bec de La Capelle, Saint-Léger de Le Câlelet y Soyecourt de Corbie). Esta fuerza invasora, mixta de unidades imperiales y españolas, bajó arrasando desde el sur de los Países Bajos y llegó a Corbie, un pueblo sobre el río Somme a unos 120 kilómetros de París, el 15 de agosto. No fue recuperado hasta el 9 de noviembre (véase Mapa 3). Si la invasión del Languedoc planeada por España hubiera tenido lugar en ese momento en lugar de aplazarse hasta 1637, el reino de Francia podía haberse visto forzado a una rendición ignominiosa. Pero la gran oportunidad para la causa habsburga en 1636 se perdió. En comparación con la *année de Corbie*, la siguientes invasiones de Francia fueron cosa menor.

Pero en los tres años siguientes el resultado de la guerra estuvo equilibrado. Los franceses combinaron una estrategia superambiciosa con un generalato pobre y una maquinaria militar poco preparada⁷². Los grandes jefes franceses —Harcourt, Condé el joven, Turenne— o todavía no destacaban por sus galones o no contaban con recursos para impresionar. Uno de los pocos éxitos franceses en los primeros cuatro años fue la toma de Breisach por Bernardo de Sajonia-Weimar en diciembre de 1638; pero incluso ella habría resultado una conquista ilusoria para los franceses si el vencedor no hubiera muerto el mes de julio siguiente sin un hijo, porque Francia se había comprometido a permitir a Bernardo establecer su propia dinastía en las partes de Alsacia que él conquistara sin la ayuda del dinero de Luis XIII. Su muerte sin heredero enfrentó a Francia con todos los beneficios y pocos de los peligros de tal política⁷³. El sucesor de Bernardo, Erlach, era también un luterano, y hubo miedos de que pudiera volverse a la alianza con Suecia⁷⁴; pero su lealtad nunca vaciló, porque los franceses pagaron sus subsidios con regularidad, y en ningún caso se le admitieron los derechos dinásticos reconocidos a Bernardo.

⁷² Véase, por ejemplo, el comentario de Montglat de que el mayor Condé, «quoi-que grand politique, n'entendoit point la guerre...» (Montglat, *Mémoires*, 41).

⁷³ Livet, *L'intendance d'Alsace sous Louis XIV*, 68, 78-9.

⁷⁴ AMAE, *Mémoires et Documents: France*, vol. 834, f. 11v, Bullion a Richelieu, 1639, después de la muerte de Bernardo de Sajonia-Weimar, el cual, según Bullion, tenía «dans l'esprit les fantazie[s]».

Aunque las grandes victorias francesas en la guerra contra los Habsburgos no llegaron hasta después de la revuelta de los catalanes en mayo de 1640, los años de «guerra de diversión» no fueron del todo estériles. Con seguridad, Francia se mostró incapaz de imponer su propia solución en la guerra por las libertades alemanas: ello habría exigido la resurrección del poder militar sueco y también la renuncia de los príncipes protestantes alemanes a la paz de Praga. Pero sí aportó Francia, con un imponente coste de impuestos en el interior y de destrucción de vidas y propiedades fuera, importante apoyo táctico a los protestantes creando «puertas de acceso» a Alemania, como Ehrenbreitstein, Philippsburg y, sobre todo, Breisach. El logro real de la «guerra de diversión» fue garantizar que no volvería a haber otro Nördlingen: una solución conjunta de los Habsburgos a la guerra de los treinta años.

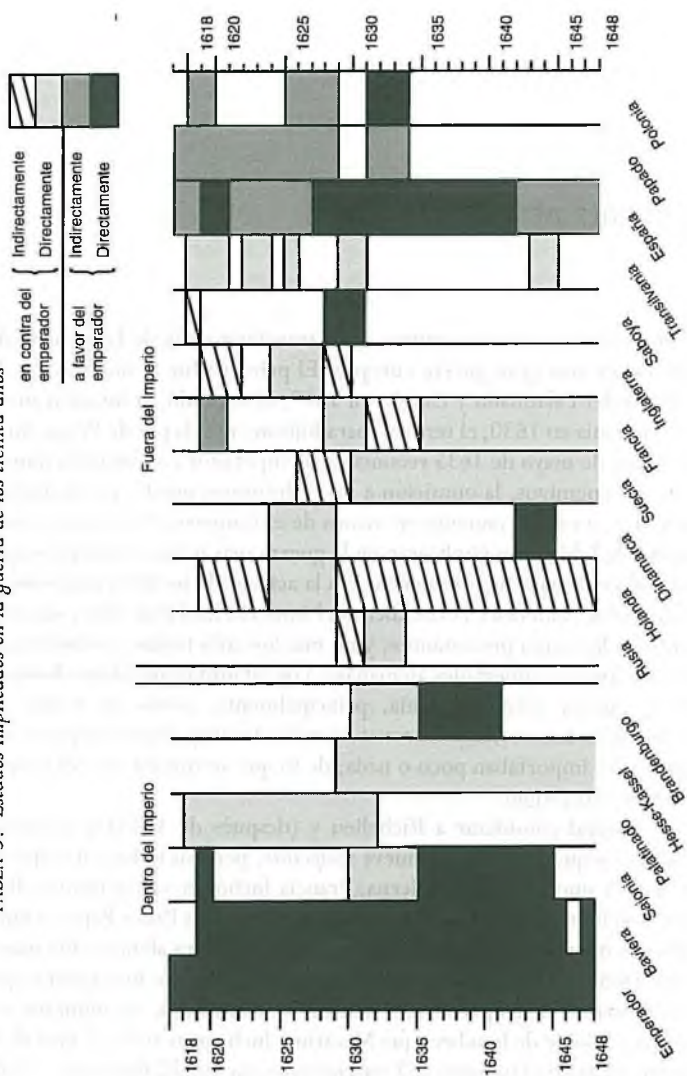
Capítulo V

La cuenta atrás hacia la paz

Hubo tres momentos críticos en la transformación de la revuelta de Bohemia en una gran guerra europea. El primero fue la implicación de Federico del Palatinado y España en 1619; el segundo, la invasión sueca de Pomerania en 1630; el tercero, paradójicamente, la paz de Praga. Aunque la paz de mayo de 1635 reconcilió al emperador con un buen número de sus enemigos, la oposición a los Habsburgos quedó, precisamente por eso, casi exclusivamente en manos de extranjeros. No es que, como muestra la Tabla 5, se implicaran en la guerra más países extranjeros que antes; al contrario, fueron menos. Era la actitud de los intervencionistas lo que había cambiado. Pocos fuera del imperio hablaban ahora sinceramente de la «causa protestante»; y no muchos más tenían verdadero entusiasmo por las «libertades alemanas». Los estadistas que ahora dominaban la guerra veían Alemania, principalmente, como un teatro de operaciones. Los costes y las consecuencias de sus políticas respecto del imperio les importaban poco o nada; de lo que se trataba era del propio beneficio y prestigio.

Es natural considerar a Richelieu y (después de 1643) a Mazarino como los arquetipos de esta nueva *realpolitik*, pero su influjo al respecto fue menor que el de Oxenstierna. Francia luchó en varios frentes dividiendo su fuerza casi por igual entre Italia, España, los Países Bajos y el imperio; su inferioridad respecto de Suecia en la guerra alemana fue manifiesta. Donde con más claridad se ve es en el tamaño de los ejércitos que se enfrentaban al emperador: Oxenstierna controlaba, en números redondos, el doble de hombres que Mazarino. Incluso en 1648, al final de la guerra, había en el imperio 127 guarniciones suecas, 52 francesas y 43 de Hesse, que representaban, sumándoles los ejércitos en el campo de bata-

TABLA 5. Estados implicados en la guerra de los treinta años



lla, un total de 915 compañías suecas, 432 francesas y 224 de Hesse¹. Suecia llevó la iniciativa en los últimos estadios de la guerra con la misma seguridad con que lo había hecho el emperador en los años 1620. Después de la paz de Praga, si no antes, sus objetivos y exigencias fueron centrales tanto para hacer la guerra como para la paz. Por eso para entender bien la segunda mitad de la guerra es crucial conocer el debate interno sobre política exterior producido, con cierta acritud, durante casi diez años en el seno del consejo de regencia sueco.

1. EL DILEMA SUECO*

Con la muerte de Gustavo Adolfo el carácter de la implicación de Suecia en la guerra alemana sufrió un cambio inmediato. Los planes que él podía haber tenido en mente para alterar la constitución del imperio quedaron abandonados de golpe. Ya antes de su muerte algunos miembros del consejo de Estocolmo habían venido diciendo que los objetivos bélicos de Suecia se habían conseguido y que no había razón para seguir luchando. No era ésa la opinión de Oxenstierna. Efectivamente, él compartía con sus colegas del interior la convicción de que Suecia debía ahora abandonar la guerra; pero no siempre coincidía con ellos en la forma en que eso podía hacerse de la mejor manera. Teniendo claro que el objetivo ahora era la paz, quedaban dos cuestiones importantes: paz por qué medios, y paz en qué condiciones. Él nunca dudó de que, si era

¹ KrA, *Historika planscher, 1648*, folio 24: «Amore pacis: geographische Carten von gantz Teutschland», reproducida aquí como Lámina 17. El manuscrito original está en la Kungliga Bibliotheket de Estocolmo, Kartavd.Y50. Una versión inferior del mapa, pero con el comentario completo, ha sido publicada en J. G. von Meiern, *Acta Pacis Westalicae publica*, VI (Hannover, 1736; reimp. Osnabrück, 1969), «Beylage». La ubicación de las guarniciones es reveladora. El ejército sueco tenía diecinueve guarniciones en Alsacia, Franconia y Suabia; veintinueve en los territorios bohemios; veinticuatro en Sajonia, Brandenburgo y Magdeburgo; diecinueve en Westfalia y el Palatinado; y no menos de veintisiete en Pomerania. Las francesas estaban todas en el suroeste; y las de Hesse, todas en el noroeste. Sólo los suecos estaban en todas partes. Las bases imperiales de 1648 aparecen en el mapa incluido en la tesis de Hoyos, «Ernest von Traun».

* Nota: todas las fechas de la correspondencia citada en las notas de este apartado se dan en el «estilo antiguo»; para trasladarlas al «estilo nuevo» hay que añadirles diez días.

posible, tenía que negociar desde una posición de fuerza, y aunque ciertas circunstancias le obligaron a ir en contra de ese principio, las aprovechó sólo provisionalmente y con profundo pesar. Suecia, pues, tenía que seguir luchando como la vía más segura para llegar a la paz; pero tenía que hacerlo con métodos que difirieran de los anteriores. A comienzo de 1633 Oxenstierna comenzó a retirar de Alemania central hacia la costa a todas las unidades puramente suecas, y dejó sentado como principio que desde ese momento la tarea de sacar adelante la pelea sería responsabilidad de los propios príncipes alemanes. Suecia, por tanto, «prestaria su nombre» a la guerra, pero, si era posible, nada más. Las hostilidades debían llevarse en la cercanía². Lo más importante para Suecia tiene que ser ahora asegurarse frente a posibles ataques de sus vecinos: de Dinamarca y, sobre todo, de Polonia. «La guerra de Polonia, escribía Oxenstierna algo más tarde, es *nuestra* guerra; la derrota o la victoria son nuestra derrota o nuestra victoria. Pero esta guerra alemana no sé muy bien qué es, sólo que estamos derramando sangre en ella por reputación, y nada podemos esperar sino ingratitud»³. Y concluía que «este asunto alemán tenemos que dejárselo a los alemanes, que son los únicos que sacarán de él algo bueno (si lo hay), y en consecuencia no gastar ahí más hombres ni dinero, sino, más bien, intentar por todos los medios zafarnos de esto»⁴.

Era una apreciación que fue calurosamente acogida por los colegas de Oxenstierna en casa. Pero si había que hacer la paz, estaban todos de acuerdo en que debía abarcar tres elementos: primero, la «recompensa y deuda de gratitud» que consideraban que les era debida por parte de los estados a los que habían liberado, y que ellos cifraban en vastos territorios dentro de Alemania; segundo, seguridad frente a invasiones, lo que significaba mando sueco de los puertos del Báltico; y, finalmente, un concepto más amplio de seguridad que implicaba acabar con las pretensiones de los Habsburgos de una real soberanía sobre Alemania. Es la idea que expresó Gustavo Adolfo cuando dijo: «Mientras un elector pueda estar seguro como elector en su territorio y un duque sea duque y tenga sus liberta-

² Oxenstierna al consejo de estado, 4 de febrero de 1633, *A[xel] O[xenstiernas] S[krif-ter och] B[revvexling]*, 1.^a serie, VIII, 162; cf. *ibid.*, XII, 324-5 (memorándum para Juan Oxenstierna, 28 de agosto de 1634).

³ Oxenstierna a Baner, 28 de octubre de 1634: *AOSB*, 1.^a serie, XII, 633.

⁴ Oxenstierna al consejo de estado, 7 de enero de 1635: *AOSB*, 1.^a serie, XIII, 27.

des, estamos seguros nosotros»⁵. Alemania, pues, tiene que ser respuesta en la situación «libre» de 1618: no sólo, o principalmente, por la causa protestante, sino por la causa de Suecia. Era un programa que, por conveniencia, olvidaba que en la Alemania de 1618 no había habido lugar para una recompensa territorial a Suecia.

La Liga de Heilbronn (véase Mapa 3) parecía tener en cuenta la mayoría de esos objetivos: su finalidad era luchar por las libertades alemanas, y seguir luchando hasta que Suecia hubiera obtenido la compensación debida; estaba sometida firmemente a la dirección de Oxenstierna, y representaba el fracaso del plan de Richelieu de lanzar a Juan Jorge como sucesor de Gustavo Adolfo; y, en teoría, ofrecía los medios para llevar a cabo una guerra por poderes. Pero para que la Liga estuviera en condiciones de hacer todo lo que Oxenstierna esperaba de ella, resultó esencial ampliarla: los cuatro círculos de la Alemania superior eran demasiado débiles militar, financiera y, sobre todo, políticamente para soportar la carga que se les asignaba. De ahí, el intento, en la convención de Francfort de 1634 (*supra*, pp. 183-5), de persuadir a los demás para que se adhirieran a los círculos de la alta y baja Sajonia. Ese intento puso de manifiesto una fatal grieta entre la necesidad de seguridad y el deseo de compensación. Porque la negativa de Suecia a abandonar sus pretensiones sobre Pomerania hacía cosa segura que Jorge Guillermo de Brandenburgo rechazara entrar en la Liga, y la negativa de éste, a su vez, condicionaba la de los dos círculos sajones. Desde ese momento la solución de Heilbronn estaba condenada al fracaso. Antes de que acabara la reunión de Francfort, la eficiencia militar de la Liga recibió un duro golpe en Nördlingen; antes de que acabara el año, los preliminares de Pirna dejaron abierto el camino para la desintegración. Oxenstierna no podía ya seguir salvándola.

Se hizo entonces urgentemente necesario encontrar un sustituto de Heilbronn. Alemania central parecía ni más ni menos que perdida; la tregua de Suecia con Polonia tenía que terminar al año siguiente; y el gobierno de Estocolmo, con pánico ante la perspectiva de una reanudación de la guerra en esa región, pedía la paz a cualquier precio, o incluso a ninguno. Para Oxenstierna estaba claro que, en el futuro inmediato, el único sustituto de Heilbronn era Francia. Su objetivo era ahora implicar a Ri-

⁵ *Svenska riksrådets protokoll* (Handlingar rörande Skandinaviens Historia, 3.^a serie), VII, 423, 427 (22 de enero de 1639); y VIII, 315 (14 de noviembre de 1640), donde se cita esta frase.

cheliu en Alemania y, para evitar compromisos que crearan complicaciones, utilizar a Francia como apoderado de Suecia, igual que en otro tiempo había utilizado a la Liga. Después de la paz de Praga la posición de Suecia parecía desesperada: a finales de 1635 casi todos sus aliados anteriores habían aceptado las condiciones del emperador y los recursos militares de Suecia en Alemania habían quedado reducidos al pequeño ejército de Baner en Pomerania. Se encontraba ahora con un resurgir del patriotismo alemán dirigido por el emperador, con un deseo universal de paz y con un feroz odio al extranjero: una situación mucho más peligrosa que la de 1629. No fue extraño que los regentes se mostraran dispuestos a pagar lo que Oxenstierna rechazaba agriamente como un precio desastroso por la renovación de la tregua con Polonia en Stuhmsdorf (20 de septiembre de 1635). La inmensa mayoría de las fuerzas «suecas» en Alemania (y sus oficiales) eran alemanas, amenazadas ahora con quedar proscritas si no obedecían las llamadas del emperador para que volvieran a su lealtad. ¿Adónde podrían ahora dirigirse para los masivos atrasos de sus pagas? En agosto de 1635 sus oficiales, amotinados, mantuvieron a Oxenstierna prisionero en su campamento cerca de Magdeburgo, como rehén y moneda de cambio en las negociaciones con Juan Jorge de Sajonia; y antes de dejarlo libre se le arrancó la promesa de que, si al llegar la paz no había obtenido dinero suficiente para pagar los atrasos, iría a Suecia a buscarlo. Era una perspectiva atroz, un empeño imposible de cumplir. A partir de ese momento, «la satisfacción de los soldados» se convirtió para Suecia en un punto esencial de cualquier acuerdo de paz.

El gobierno en casa era ahora del todo derrotista. Ya en 1634, bajo el impacto de Nördlingen, un miembro destacado del consejo había gritado: «¿Para qué sirve hacerse con muchos territorios y gastar para ello todo nuestro dinero?»; un año más tarde, otro dijo que la idea toda de la recompensa en territorios había sido un error desde el principio; y en abril de 1633 incluso el hermano de Oxenstierna declaraba: «Es intolerable seguir luchando en una guerra en la que no tenemos interés alguno»⁶. A la vista de tal actitud, en el otoño de 1635 Oxenstierna se vio obligado a explorar las posibilidades de paz por la intermediación de Sajonia. Esta exploración lo expuso a intolerables humillaciones y desaires: Juan Jorge

⁶ *Svenska riksstadets protokoll*, IV, 253 (4 de diciembre de 1634); VI, 185 (25 de abril de 1636).

exigió que Suecia saliera inmediatamente de Alemania y se adhiriera a la paz de Praga (lo que significaba sacrificar a su último aliado, Guillermo de Hesse-Kassel), y sólo entonces estaría él dispuesto a un pago en dinero contante bastante escaso, sin concesión alguna territorial; además dejó claro que no podían darse garantías de que el emperador fuera a ratificar cualquier paz que llegara a concluirse. Tales condiciones significaban el final de la búsqueda de seguridad por parte de Suecia, el final de su esperanza de una recompensa económica, el final de toda perspectiva de una base naval en el Báltico y la negación de futuro en cuanto a la satisfacción de los soldados.

Podía parecer, en este momento, que la única esperanza de salvar algo del naufragio era una alianza con Francia. Pero una alianza francesa le obstruiría a Suecia el camino para una paz por separado si la situación militar mejoraba lo suficiente como para que fuera posible salirse de la guerra en condiciones relativamente admisibles. Fue el dilema con el que tuvo que enfrentarse Oxenstierna hasta la decisión final en 1641. Por el momento, la solución fue intentar sortearlo por dos vías. Por un lado, en marzo de 1636 cerró el tratado de Wismar que le aseguraba, sujeta a ratificación, una alianza con Francia. Por otro, se cuidó de no ratificarla. Y al volver a Suecia en julio logró, por pura fuerza de carácter, fortalecer la moral de sus colegas y atraerlos a su política de equilibrio e inclinada a dejar siempre las cosas para un después. No iban ellos, dijeron, a sacrificar la libertad de acción de Suecia por «un chorro de dinero»; y tal vez se percataron de que, en el año de Corbie, Francia necesitaba a Suecia casi tanto como Suecia a Francia. Así, pues, dejarían abierta la opción francesa; meterían sus manos, si era posible, en el oro francés; pero intentarían de nuevo negociar la paz en Alemania. Hacía tiempo que habían abandonado las grandiosas ideas de conquistas territoriales que habían tenido en 1633; y algunos de ellos pensaban que, si no planteaban esa clase de exigencias, si renunciaban incluso a sus pretensiones en Pomerania y sólo exigían la satisfacción de los soldados, las posibilidades de paz serían razonablemente buenas. Aun así, la idea de seguridad no quedó sencillamente desahuciada, sino que tomó ahora una nueva forma, la de la exigencia de una amnistía para los príncipes y las poblaciones excluidos de la paz de Praga: a ser posible, Suecia tenía que mantener viva en Alemania una facción comprometida con la defensa de «las libertades alemanas». Pero en julio de 1636 la situación militar era tal que, en último término, incluso eso tuvo que ser sacrificado: como hizo notar Per Brahe en el consejo, «La amnistía es

cosa honorable; la compensación, útil; pero la satisfacción de los soldados es esencial»⁷. Así pues, para hacer realidad aun parcialmente su programa, una alianza con Francia parecía, decididamente, la segunda opción.

De todos modos, en relación con esta decisión política el límite estaba en la duda de si, en el caso de que Suecia siguiera luchando hasta obtener una paz negociada, había que hacer la guerra para prolongarla, como en los grandes días de después de Breitenfeld. Difícilmente podría ser así si Suecia quedaba encerrada en una estrecha y exhausta base en Pomerania y Mecklenburg. Para que las negociaciones en ese sentido tuvieran algún mordiente, la guerra tenía que ser planteada en plan ofensivo; había de darse un estallido desde dicha base; tenían que pasar a control sueco nuevas zonas de suministro (y reclutamiento) y la cuestión era si eso era posible sin dinero francés y, en consecuencia, sin una alianza con Francia. La gran victoria de Baner en Wittstock en octubre de 1636 y su intensa campaña ofensiva en los primeros meses de 1637 (*infra*, p. 212) parecían demostrar que podía jugarse esa baza. La decisión de luchar y negociar y, entretanto, tener a Francia en un puño —aquella con la que Oxenstierna comprometió a los regentes en agosto de 1636—, parecía haber sido la correcta. Pero fue rápidamente contradicha por los acontecimientos en la segunda mitad de 1637. A la ofensiva de Baner le siguió su retirada de Torgau, tácticamente brillante pero estratégicamente desastrosa; y al final del año los ejércitos suecos estaban luchando de espaldas al mar, agarrados con muchísima dificultad a los últimos jirones de Pomerania. Sólo quedaba entonces una salida. Se reemprendieron las negociaciones con Francia, y en marzo de 1638 el tratado de Wismar fue por fin ratificado mediante el tratado de Hamburgo, que obligaba a cada parte a no concluir por separado una paz en los tres años siguientes y proporcionaba a Suecia unos subsidios de los que tenía urgente necesidad⁸.

La opción preferida de Oxenstierna le quedaba ahora vedada, al menos por el momento. Fue una derrota diplomática. Pero los subsidios franceses transformaron inmediatamente la situación militar (aunque no antes de que Oxenstierna, violando el principio con el que había conducido la guerra desde 1633, enviara 14.000 hombres desde Suecia en ayuda de Baner). Se produjo, como estaba previsto, un resurgimiento militar; y

⁷ *Ibid.*, VI, 504 (30 de julio de 1636).

⁸ Véase en Lorenz, «Schweden und die französischen Hilfgelder» (*infra*, p. 359), el estudio sobre los subsidios dados por Francia a Suecia y cómo fueron empleados.

con las baterías así recargadas Baner pudo embarcarse en algunas campañas con tanto éxito que, por primera vez desde 1632, fue posible soñar con el fin de la guerra cuando fue tomada Viena.

En esta situación, mejor, surgió la tentación de violar lo acordado en la alianza con Francia mientras las cosas fueran bien: la idea se sondeó en el consejo más de una vez y encontró algún apoyo por la indignación sueca ante la «seducción» francesa del ejército de Bernardo de Weimar (reclutado por Gustavo Adolfo y ligado a Suecia por juramento) tras la muerte de Bernardo en 1632. Pero, aunque de hecho se evitó tan burdo abuso de confianza, siempre pareció una cuestión razonable si, en la situación militar del momento, relativamente favorable, sería en realidad prudente renovar la alianza con Francia cuando expirara en 1641. Lo que acabó con esta clase de ideas (al menos para Oxenstierna) fue la aparición de un nuevo motín formidable que paralizó a los ejércitos suecos inmediatamente después de la muerte de Baner en mayo de 1641. La razón básica del problema fue, una vez más, la cuestión de los atrasos; y el dinero francés resultaba ahora absolutamente esencial si el nuevo comandante, Lennart Torstensson, había de ser capaz de restablecer el ejército como una fuerza de lucha eficaz. Por eso, cuando en 1641 la alianza quedó renovada de hecho, Suecia se obligó, a cambio de un índice de subsidios más alto, a luchar al lado de Francia, y no por un tiempo limitado, sino mientras durara la guerra.

El intento de recuperar manos libres había fracasado. En 1641 Oxenstierna tomó esta decisión final, y el resultado vendría a demostrar que estaba justificado confiar en ella. Por aquel entonces había tomado otra decisión más. La compensación en territorios quedó ahora decididamente relegada a un lugar secundario entre los objetivos bélicos de Suecia. Algunas posiciones de la costa báltica tenían, efectivamente, que mantenerse; pero si Suecia lograba unas pocas bases navales, la obtención de territorio alemán merecía ahora una consideración menor: lo que importaba era la amnistía y la restauración. Oxenstierna estaba ahora dispuesto a olvidarse de Pomerania, sólo con que pudiera restaurarse la Alemania de 1618⁹. En

⁹ En el debate tenido en el consejo de estado del 21 de noviembre de 1640 Oxenstierna les dijo: «Ahora puedo decir lo que antes no he dicho aquí nunca abiertamente —y lo que quizá muchos piensen que yo no creo—, que puede perfectamente llegar un momento en que nos retiremos de la guerra de Alemania y la abandonemos a cualquier precio, sin quedarnos ni con un palmo de terreno. De hecho, yo debería estar dispuesto a

abril de 1641 él definía como sus principales objetivos evitar la esclavitud del imperio y la satisfacción de los soldados: «Estos puntos son *reales*; que nosotros seamos compensados, no puede considerarse así»¹⁰. El objetivo principal de la guerra era ahora acabar con la paz de Praga más que ampliar los territorios de Suecia. En Westfalia resultó que la consecución de lo esencial hizo posible también la consecución de lo deseable, y Suecia se garantizó unas condiciones que nunca habrían podido ser obtenidas con las tácticas de equilibrio de Oxenstierna entre 1635 y 1638: la paz de Praga liquidada, la «libertad» alemana restablecida, una restauración y amnistía totales, y Suecia misma como un estado del imperio. Era una seguridad total. Pero ello trajo también consigo, como «compensación», unas conquistas territoriales que parecían tener sentido estratégico y económico, una abundante indemnización en dinero líquido y la satisfacción de los soldados firmemente asentada sobre las espaldas alemanas —y de camino (aunque esto hacía tiempo que había dejado de ser preocupación importante), la causa protestante defendida—. Y todo esto sin que los suecos se hubieran visto trepanados (como había temido siempre Oxenstierna que pudiera suceder) para convertirse en instrumentos de los escurridizos franceses.

2. 1635-1642: FIN DEL PUNTO MUERTO

En el momento de la paz de Praga Fernando II tenía ya cincuenta y siete años. Había encontrado oposición en muchas zonas desde que comenzara a ejercer el poder en 1596, pero en general la había superado. A lo largo de su mandato como emperador había depuesto a un elector y a una serie de duques, margraves y condes. Había llevado el poder imperial a un nivel sin igual desde el reinado de Carlos I. Pero no había logrado convencer a los electores para que reconocieran a su hijo Fernando, el

convencerme de eso con facilidad y haberles avisado a ustedes bastante antes, si el desprecio de algunos de los de fuera hacia nosotros no hubiera sido tan grande y si ello hubiera podido hacerse con buen talante y con seguridad». Y poco después, en el mismo debate, añadió: «[Pomerania] no es tan importante como ganarse y mantener el afecto de los príncipes y devolverles a su situación anterior»: *Svenska riksstadets Protokoll*, VIII, 330, 333.

¹⁰ *Ibid.*, VIII, 571-3 (16 de abril de 1641). Debe advertirse que las opiniones de Oxenstierna reflejaban el sentir general de la reunión.

vencedor de Nördlingen, como emperador designado. Ahora la ocasión parecía mejor: el propio Fernando era elector de Bohemia; Sajonia y Brandenburgo, recién reconciliadas con el emperador por la paz de Praga, tenían ganas de agradar; el elector anti-habsburgo de Trier, Felipe von Sötern, se consumía en prisión (donde tenía que estar hasta 1645) por haberse puesto abiertamente bajo la protección de Francia. Sólo quedaban los hermanos Wittelsbach, electores de Baviera y Colonia, y el elector refugiado de Maguncia, Anselmo Casimiro von Wambold, que había estado en el exilio en Colonia desde 1631. Fernando confiaba en poder asegurarse de que estos hombres reconocieran el título de sucesor de su hijo, y convocó una reunión del colegio electoral en Regensburg para septiembre de 1636.

El poder de los electores, en todo caso, era formidable. A falta de diestros, ellos podían (según la cáustica expresión de Davis Chytræus, un constitucionalista protestante) «ponerse plumaje de águila» y usurpar ciertas funciones de la dieta y del emperador. Aunque en 1636 el joven Fernando era en realidad el único candidato serio —los esfuerzos de Francia por promover primero a Ladislao de Polonia y, luego, a Maximiliano de Baviera no habían llegado a nada—, los electores se las arreglaron para posponer su reconocimiento hasta diciembre, mientras intentaban obligar al emperador a hacer la paz con sus enemigos. Tuvieron un cierto éxito en el frente interno: Fernando aceptó, de mala gana, perdonar a todos los príncipes que estuvieran dispuestos a someterse a él. También prometió celebrar una conferencia de paz internacional para resolver las exigencias de las potencias extranjeras implicadas en la guerra, pero fue imposible avanzar más en este punto por las condiciones exageradas de los propios electores. Maximiliano de Baviera exigía que Francia evacuara la Lorena y repusiera a su despuerto primo el duque Carlos IV; Jorge Guillermo de Brandenburgo, obsesionado todavía con la cuestión de Pomerania, insistió en que Suecia «no debía quedarse ni con un pie de territorio en suelo imperial, y mucho menos con poblaciones o fortalezas»¹¹. Al final los electores habían tenido que contentarse con promesas imperiales de que las negociaciones empezarían pronto. Pero el 15 de febrero de 1637 Fernando murió. No se dieron conversaciones serias con potencias extranjeras.

¹¹ Haan, *Kurfürstentag*, 163-4: moción de Jorge Guillermo en la sesión decimoctava.

Por tanto, la guerra continuó. Mientras Francia intentaba sin éxito invadir el sur de los Países Bajos y la Renania (*supra*, pp. 194-8), el ejército principal sueco, a las órdenes de Juan Baner, se preparaba para unirse a las fuerzas del emperador, incómodamente combinadas, desde la paz de Praga, con las de Baviera, Sajonia y Brandenburgo. En el otoño de 1635 Baner lanzó una serie de ataques contra los sajones, como preparación de una ofensiva mayor, por debajo del Elba y el Saale, sobre Naumburg en la primavera de 1636. Como quería, esto provocó un ataque contra él de los imperiales, a los que Baner derrotó de forma decisiva en Wittstock el 4 de octubre de 1636. Los suecos se apoderaron del suministro, el equipamiento y más de 100 armas de campo de sus enemigos. Esta victoria, de hecho, dejó a Brandenburgo fuera de la guerra: el elector Jorge Guillermo se refugió amedrantado en Königsberg, en el este de Prusia, uno de los pocos sitios aún bajo su control, mientras los suecos extendieron su autoridad hasta el Elba.

Baner tenía entonces tres objetivos: mantener a sus enemigos lejos de las recién conquistadas posesiones bálticas de Suecia, prestar ayuda (si era necesario) a sus aliados Jorge de Brunswick-Lüneburg y Guillermo de Hesse-Kassel, e intimidar —si no invadir— la Sajonia electoral. Pero se vio superado. En enero de 1637 fracasó su asedio de Lepizig, y se retiró a Torgau, en el Elba. En junio también fue echado de aquí, y fuerzas imperiales y sajonas lo obligaron a replegarse a Pomerania. Aquí, escaso de dinero y munición, el ejército sueco estuvo confinado casi un año. Las únicas acciones de la campaña de 1638 que atrajeron la atención internacional fueron la victoria de Bernardo de Sajonia-Weimar en Rheinfelden y su toma de Breisach.

Pero a nivel local la guerra nunca pareció estar parada. Los ejércitos grandes morían de hambre y los pequeños eran derrotados, pero nada controlaba el merodeo de comandantes de guarnición y filibusteros. El relato de Guillermo Crowne y los grabados de Wenceslao Hollar, acompañantes ambos del embajador de Carlos I en la reunión electoral de Regensburg de 1636, ofrecen una imagen terrorífica de la Alemania desgarrada por la guerra. Aunque ellos sólo pasaron por una zona real de batalla (Ehrenbreitstein, a orillas del Rin, donde hubo que hacer una pausa en el asedio para permitir el paso de las barcasas del embajador), la devastación era evidente por doquier. Se encontraron desolado todo el territorio entre Maguncia y Francfort, con la gente de Maguncia tan debilitada por el hambre que ni siquiera eran capaces de arrastrarse para coger

las limosnas que los viajeros les echaban. En Nuremberg, el embajador (Tomás Howard, conde de Arundel) compró la fabulosa biblioteca Pirckheimer, con manuscritos ilustrados por Durero y otros maestros, por 350 táleros, porque su propietario andaba escaso de dinero «por causa de los malos tiempos y la dificultad de lograr comida»¹². Pasado Nuremberg, ya en el Danubio, de nuevo la devastación era total: el grupo inglés atravesó un pueblo que había sido sometido a pillaje 18 veces en dos años, e incluso dos veces en un día. En varias otras plazas no había quedado nadie para contar lo que había sucedido, y el grupo hubo de acampar entre ruinas abandonadas y vivir de suministros que prudentemente habían llevado consigo lavándolos con agua de lluvia. Donde quiera que llegaban, con dieciocho carros tirados por caballos y escolta a caballo, eran tomados por un enemigo que venía a atacar y provocaban medidas de defensa en medio del pánico. Finalmente, en Linz, en la alta Austria, fueron testigos de la ejecución de Martín Laimbauer, el dirigente de un nuevo levantamiento campesino en contra de los Habsburgos que había logrado un considerable apoyo local a comienzos de ese año¹³.

Tuvieron suerte los ingleses de ser sólo espectadores. Otros eran menos afortunados. «Los hombres perseguían a los hombres como animales de presa, en los bosques y en el camino», escribió un observador, y se dieron incluso casos bien documentados de canibalismo en Renania en 1635¹⁴.

Nadie estaba libre de ser atacado. En enero de 1638 una columna de comerciantes de Nuremberg, de siete carros, volvía de la feria de Leipzig cuando fue abordada por unos hombres de caballería. Los soldados les exi-

¹² Springer, *Connoisseur*, 105-10, ofrece un admirable relato de este extraño episodio. El comercio del libro en su conjunto había «caído» en 1637: ese año sólo se publicaron en Alemania, en comparación con los 1.757 títulos de 1618, 408 obras nuevas (cf. R. Engelsing, *Analphabetentum und Lektüre. Zur Sozialgeschichte des Lesens in Deutschland zwischen feudalen und industrieller Gesellschaft* [Stuttgart, 1973], 42).

¹³ La rebelión fue encabezada por Martín Aichinger (o Laimbauer), que proclamaba ser el mesías y estar hecho a prueba de balas. Fue hecho prisionero, tras ser derrotado su ejército de campesinos en Frankenburg, en mayo de 1636. Las banderas de sus tropas están aún en el museo de Linz. Cf. F. Willingseder, «Martin Laimbauer und die Unruhen im Machlandviertel, 1632-6», *Mitteilungen der oberösterreichischen Landesarchivs*, VI (1959), 136-208.

¹⁴ Sir Thomas Roe, en enero de 1639, citado por E. A. Beller, «The mission of Sir Thomas Roe to the conference of Hamburg, 1638-40», *English historical Review*, XLI (1926), 61-77, en p. 74; al canibalismo hace referencia Kuczynski, *Geschichte des Alltags des deutschen Volkes*, I, 87-8, y por Wedgwood, *Thirty Years' War*, 410-12.

gían 1.000 táleros; el jefe de la caravana les ofreció sólo 300, y los soldados atacaron y saquearon los carros. Mataron a varios de los mercaderes y se apoderaron de unos ochenta caballos que cargaron con el botín, destrozando el resto. La pérdida se calculó en 100.000 táleros, pero la identidad de los atacantes nunca llegó a determinarse (aunque muchos sospecharon del ejército bávaro). Era la séptima caravana que perdían los mercaderes de Nuremberg en menos de dos años, y entonces la ciudad envió una misión diplomática a todos los combatientes principales, y a las otras ciudades libres del imperio, pidiéndoles mejor protección para el comercio¹⁵. Fue, naturalmente, en vano.

La grave situación de Nuremberg era típica. Entre las batallas de Breitenfeld y Nördlingen los territorios de Alemania central sufrieron espantosamente, en la medida en que las tropas suecas demostraban que ellas podían hacerse con la satisfacción bélica por sí mismas. El obispado de Würzburg, entre 1631 y 1636, sufrió pérdidas estimadas en más de 1 millón de táleros. En ese mismo período la ciudad de Maguncia, sometida a continua ocupación sueca, perdió aproximadamente el 25 por ciento de sus viviendas, el 40 por ciento de la población y el 60 por ciento de su riqueza. La biblioteca del elector fue levantada, yendo a parar la mayoría de los libros a Västerås, en Suecia, y algunos de sus manuscritos (gracias a la intervención del arzobispo Laud, canciller de la universidad de Oxford), están en la Bodleian Library¹⁶. Después de Nördlingen les tocó sufrir a los protestantes. En los tres meses inmediatamente siguientes a la gran victoria de los Habsburgos, según los ministros de Jorge de Hesse-Darmstadt (escondido entonces en Dresden), se perdieron 30.000 caballos, 100.000 vacas y 600.000 ovejas y el daño sufrido por el territorio se estimó en 10 millones de táleros. En 1635 los condes de la vecina Nassau también abandonaron sus tierras, refugiándose en Metz de lo que más tarde las crónicas llamaron «el año de la gran destrucción del país»¹⁷. El ducado de

¹⁵ Detalles tomados de A. Ernstberger, «Plünderung des Leipziger Messgeleites Nürnberger und Ausburger Kaufleute am 26. Januar 1638 bei Neustadt an der Heide», *Jahrbuch für fränkische Landesforschung*, XXII (1962), 101-20. Nuremberg también sufrió grandes desórdenes y destrucción durante el asedio de 1631: cf. *supra*, p. 171.

¹⁶ Weber, *Würzburg und Bamberg im dreissigjährigen Krieg*, 171; Müller, *Der schwedische Staat in Mainz*, 140, 237-8.

¹⁷ F. Herrmann (comp.), *Aus tiefer Not: hessische Briefe und Berichte aus der Zeit des dreissigjährigen Krieges* (Friedberg, 1916), 115; *Denkschrift* del 19 de diciembre de 1634. H. Börst

Württemberg, ocupado por fuerzas imperiales y bávaras entre 1634 y 1638, sufrió daños estimados en 34 millones de táleros y su población cayó a menos de una cuarta parte (de 450.000 habitantes en 1620 a menos de 100.000 en 1639)¹⁸. Hay que admitir que Suabia fue arrasada con particular severidad durante los años 1630, pero las cosas apenas si fueron mejor más al norte. En Mecklenburg un estudio parcial del ducado en 1639-40 reveló que sólo había 360 granjas cultivadas donde, antes de la guerra, había habido casi 3.000. En Brandenburgo, Werben (que había sido en otro tiempo cuartel general de Gustavo Adolfo) bajó durante el mismo período de 267 casas ocupadas a 105; mientras la capital del elector, Berlín, con una población de 12.000 habitantes en 1618, sólo podía presumir de 7.500 veinte años más tarde, y el declive demográfico de muchas zonas rurales —por mor de la guerra, la hambruna o la peste— excedió del 40 por ciento¹⁹. En la capital del elector de Sajonia, Dresden, que nunca fue tomada, la ratio entre entierros y bautismos pasó de 100:121 durante la década anterior a 1630, a 100:39 en la década siguiente. Sólo la inmigración mantuvo la población de las ciudades²⁰. Y a todas estas desgracias había que añadir las tasas impuestas por todos los gobiernos para

et al., «Die evangelischen Geistlichen in und aus der Grafschat Nassau-Saarbrücken», *Zeitschrift für die Geschichte der Saargegend*, XXIII-XXIV (1975-6), 39-93, en pp. 39 s.

¹⁸ Cf. von Hippel, «Bevölkerung und Wirtschaft». De hecho, la economía del ducado era especialmente vulnerable, porque nunca produjo alimentos para ser autosuficiente: al contrario, se vendía fuera un buen vino de los viñedos de los alrededores de Stuttgart para comprar cereales. La guerra destruyó ambas cosas, la producción y el comercio. Muchos de los campesinos murieron, y muchos más buscaron refugio fuera, especialmente en Suiza. (Cf. Stritmatter, *Die Stadt Basel*, 75. Los 7.561 refugiados que había en Basilea en 1638 casi superaban en número a los residentes nativos).

¹⁹ Datos sacados de F. Mager, *Geschichte des Bauerntums und der Bodenkultur im Lande Mecklenburg* (Berlín, 1955), 137-40; W. Zahn, *Die Altmark im dreissigjährigen Krieg* (Halle, 1904; Schriften des Vereins für Reformationsgeschichte, XXI/3), 560; F. Schröer, *Das Havelland im dreissigjährigen Krieg. Ein Beitrag zur Geschichte der Mark Brandenburg* (Colonia y Graz, 1966; Mitteldeutsche Forschungen, XXXVII), 118-20, 127-31; y Faden, *Berlin im dreissigjährigen Krieg*, 232.

²⁰ Cf. E. Sparmann, *Dresden während des dreissigjährigen Krieges* (Dresden, 1914), 15-19; y G. Lammert, *Geschichte der Seuchen, Hungers- und Kriegstoth zur Zeit des dreissigjährigen Krieges* (1890; reimp. Wiesbaden, 1971), 87, 233. No todas las mermas demográficas se debieron a las tropas, naturalmente: entre 1631 y 1634 pocas partes de Alemania escaparon a los estragos de la peste. En Amberg, capital del Palatinado superior, por ejemplo, dieciocho padres jesuitas del colegio recién abierto murieron por la peste del año 1634. Cf. Gegenfurtner, «Jesuiten in Oberpfalz», 170).

pagar la defensa: rara vez suficiente para garantizar la seguridad, pero siempre bastante para crear miseria²¹.

Tales relatos de miseria y crueldad, por generalizados e impersonales que puedan parecer, afectaban de hecho a un sinnúmero de individuos, cuyo sufrimiento personal no resultaba menor por ser compartido con muchos. La autobiografía de Juan Valentín Andreä, escritor de trazos rosacruz y utópicos en su juventud y supervisor de las iglesias luteranas en Calw (Suabia) en los años 1630, nos recuerda la dura agonía incluso de los supervivientes. En 1639 escribía desanimado que de sus 1.046 comunicantes de 1630 sólo quedaban 338. «Justo en los últimos cinco años [es decir, desde Nördlingen] habían muerto por diferentes desgracias 518 de ellos». Entre los cuales contaba a treinta y ocho amigos, cinco de ellos íntimos, veinte parientes y cuarenta y un compañeros clérigos. «Los lloro —continuaba—, porque me he quedado tan solo e impotente. Por lo que me queda de vida apenas si siguen vivas unas quince personas con las que yo tenga algún lazo de amistad»²².

El doctor Guillermo Harvey, que acompañó en 1636 la embajada de Arundel a Regensburg, anotó los peligros que implicaban ese hartazgo de guerra y esa desesperación. «La guerra en Alemania —escribía a un colega— tiene el peligro de acabar en anarquía y confusión», y comentaba «la necesidad que aquí tienen de hacer la paz a cualquier condición, porque no hay ya medios de continuar la guerra, o se resiente la subsistencia»²³. Fue sólo poco tiempo después cuando el papa Urbano VIII dio los primeros pasos para organizar conversaciones de paz que pusieran fin a la guerra. Un legado papal llegó a Colonia en octubre de 1636 e invitó a todas las potencias interesadas a enviar representantes a una conferencia de paz general. Pero nadie asistió: ni Francia ni España confiaban en que el papa fuera imparcial; y los protestantes rechazaron, todos, la mediación papal, y en cambio convocaron por su propia cuenta una conferencia en Ham-

²¹ Para un índice de las cargas impositivas que había cf. Weber, *Zeit Adam von Gepeckh, Fürstbischof von Freising*, 129-32. Al círculo de Baviera se le impusieron 120 *Römermonate* en la paz de Praga de 1635, 120 en la reunión de electores de 1636, 75 en la asamblea del círculo de 1638, y 120 en la dieta imperial de 1641: en total, ¡435 *Römermonate* en seis años! Cf. el nivel de los impuestos antes de la guerra *supra*, en p. 22.

²² P. Antony y H. Christmann (comp.), *Johann Valentin Andreä: ein schwäbischer Pfarrer im dreissigjährigen Krieg* (Hildesheim, 1970: Schwäbische Lebenläufe, V), 128.

²³ Springell, *Connoisseur*, 113 n. 96. Cf. también los datos de las páginas 272-82, *supra*.

burgo. Esta reunión surgió de un acuerdo entre Francia e Inglaterra en marzo de 1637, por el que Carlos I prometió permitir a Francia hacer recluta en Inglaterra y prestarle treinta barcos para una nueva campaña contra el emperador. A cambio, Luis XIII se comprometía a no llegar a acuerdo alguno que no implicara la devolución a la familia del Palatinado de sus territorios y títulos, y a convocar una conferencia de paz o en Hamburgo o en La Haya para la que Suecia, Dinamarca, los Países Bajos y Francia pudieran preparar cláusulas de reparación que presentar al emperador. Aunque al final Francia se negó a ratificar el tratado, sí envió representantes a Hamburgo, donde ya había diplomáticos suecos en conversaciones con los imperiales. Pronto Francia lo paró todo (por el tratado de ayuda del que se ha dado cuenta *supra*, en p. 208), y al final el protocolo de Hamburgo sólo fue firmado, en abril de 1639²⁴, por Dinamarca e Inglaterra, estados que ya no estaban activamente implicados en la guerra.

Pero los gobernantes territoriales alemanes se veían obligados a tomarse más en serio las perspectivas de «anarquía y confusión» si no se encontraba una fórmula de paz. Como por el momento el horizonte de un acuerdo general no estaba claro, varios príncipes intentaron llegar a acuerdos por separado, locales. Wolfgang Guillermo, duque de Neuburgo y Jülich, afectado por la intranquilidad provocada en su ducado renano por la presencia de numerosas fuerzas imperiales en los inviernos de 1635-6 y 1636-7, propuso en una asamblea del círculo de la baja Renania que toda la zona se declarara neutral. En 1639 inició negociaciones directas con los comandantes locales –imperiales y protestantes– con tal fin, e incluso pidió a la república Holanda que garantizara su neutralidad. Pero esta iniciativa de paz, como muchas otras, no llegó a nada: el ducado de Jülich,

²⁴ Cf. A. Leman, «Urbain VIII et les origines du Congrès de Cologne de 1636», *Revue d'histoire ecclésiastique*, XIX (1923), 370-83; y Beller, «The mission of Sir Thomas Roe». El tratado anglo-danés de Hamburgo, que iba dirigido principalmente en contra de los holandeses, formó parte de la campaña orquestada por el gobierno danés (desde 1637) para determinar de forma más precisa y restrictiva sus derechos territoriales sobre los mares de su entorno. Se ha sugerido que las políticas de Dinamarca pudieron estar provocadas por la publicación de la obra *Mare clausum*, de Juan Selden, en 1635-6. (Cf. S. Dalgard, «Ostersø, Vestersø, Nordso. Dominium Maris Baltici et maris septentrionalis 1638», *Historisk Tidsskrift [Dansk]*, serie 11.ª, V [1956-9], 295-320. Tengo que agradecer al profesor E. L. Petersen la referencia). Carlos I también era hostil a Suecia en este momento porque el gobierno de Estocolmo estaba proporcionando armas a sus rebeldes de Escocia, muchos de ellos veteranos del ejército de Gustavo.

con sus pasos sobre el Rin, presentaba ventajas estratégicas que los ejércitos rivales no podían permitirse despreciar²⁵.

Todos estos acontecimientos —las victorias de sus enemigos, la expansión de la destrucción y la desmoralización en Alemania, los intentos de llegar a acuerdos de paz por separado— eran señales de alarma que el nuevo emperador, Fernando III, no podía ignorar. Por eso, en febrero de 1640, convocó otra reunión de electores en Nuremberg. Como ésta no hizo avances, propuso que se reuniera la dieta imperial, por primera vez desde 1613, con el fin de aclarar el camino de una paz general. La ceremonia de apertura tuvo lugar en Regensburg en septiembre de 1640, y durante más de un año los tres colegios de la asamblea discutieron intensamente sobre los problemas que mantenían al país en guerra. Los electores celebraron 185 sesiones formales, y los príncipes, 153; hubo además 26 asambleas conjuntas. Naturalmente, los gobernantes territoriales no pudieron asistir en persona todo un año —algunos ni osaron ir siquiera—, y por eso fueron innumerables los retrasos para dar lugar a la correspondencia entre las correspondientes cortes y sus delegados en Regensburg. Hay que tener en cuenta que las cartas de Múnich tardaban dos o tres días, las de Maguncia y Viena, entre cinco y ocho días, y las de Königsberg (donde residía ahora el elector de Brandenburgo), tres semanas en verano y seis en invierno. Algunos gobernantes ni enviaron delegaciones: Fernando excluyó a los administradores protestantes de diócesis afectadas por el edicto de restitución y a los príncipes en armas contra el emperador. De hecho, uno de los más graves problemas que hubo de solucionar la dieta fue el de la readmisión de estos gobernantes. Al final, sólo Brunswick, la familia del Palatinado y Hesse-Kassel se negaron a abandonar la guerra y aceptar de nuevo la autoridad imperial; los demás se reconciliaron. De todos modos, esta dificultad de esta solución fue pequeña frente al problema de los territorios eclesiásticos secularizados. De nuevo el empera-

²⁵ Más detalles en R. Leffers, *Die Neutralitätspolitik des Pfalzgrafen Wolfgang Wilhelm als Herzog von Jülich-Berg in der Zeit von 1636-1643* (Neustadt, 1971: Bergische Forschungen, VIII). Hubo un intento paralelo por parte de Federico Guillermo de Brandenburgo, el heredero del elector, para llegar a un pacto en Cléveris en 1637, pero también fracasó (cf. Opgenoorth, *Friedrich Wilhelm: der grosse Kurfürst*, cap. 3). En 1639, el círculo de la baja Sajonia también intentó asegurarse la neutralidad, con más éxito (cf. Magen, «Die Reichskreise», 451-2). En la p. 221 *infra*, se hace referencia a las conversaciones secretas de paz de Baviera con Francia llevadas a cabo en Einsiedeln en enero de 1640.

dor cedió. A pesar de las protestas papales, que fueron formalmente presentadas a la dieta por el nuncio en abril de 1641, el emperador abandonó el edicto de restitución: las propiedades eclesiásticas que hubieran estado en manos seculares el 1 de enero de 1627 seguirían así. Aunque el papado siguió condenando cualquier acuerdo futuro, incluida la paz final, que contemplara esa derogación del edicto de restitución, de hecho el problema quedó resuelto para siempre en Regensburg³⁶.

Fernando no tenía otra opción que hacer esas concesiones sustanciales, porque estaba perdiendo la guerra. A finales de 1638, tras un año de ofensiva en Pomerania a raíz de su retirada de Turgau, Baner —con las espaldas cubiertas por refuerzos suecos y subsidios franceses en los bolsillos— condujo de nuevo a los imperiales a Silesia. Al año siguiente, mientras Bernardo de Sajonia-Weimar invadía Alsacia y atacaba el Franco Condado español, Baner derrotó a los sajones en Chmenitz (abril de 1639) y amenazó Praga. Los suecos fueron obligados a retirarse de Bohemia en junio, pero al año siguiente, por primera vez, fueron capaces de montar una operación conjunta con sus aliados franceses. A Baner se le unieron en Sajonia las tropas antes mandadas por Bernardo de Sajonia-Weimar (que había muerto en julio de 1639) y otros contingentes proporcionados por Brunswick y Hesse-Kassel (este último regido ahora por la viuda de Guillermo V, Amalia, condesa de Hanau). Esta fuerza conjunta de 40.000 hombres hizo campaña en el Weser de forma bastante inútil, pero en enero de 1641, cuando la dieta se hallaba en cónclave, se plantó ante Regensburg e hizo fuego sobre la ciudad por un tiempo. Fue un temible recordatorio de la necesidad de un acuerdo. Poco después llegaría otro: Brandenburgo firmó una paz por separado con Suecia.

Siempre desde la paz de Praga, por la que Jorge Guillermo cambió una alianza sueca por otra con el imperio, Brandenburgo fue zona de guerra. Después de la batalla de Wittstock al año siguiente, sus territorios pasaron casi por completo a control sueco: Cléveris y la Mark fueron completamente ocupados; Brandenburgo fue regularmente campo de batalla; sólo Prusia permaneció libre, aunque también en ella Suecia cobraba impuestos. El ejército del elector era apenas de 6.000 hombres, todos en guarniciones. Cuando Jorge Guillermo murió en diciembre de 1640, tras más

³⁶ Así, pues, el acuerdo de Regensburg reemplazó a la paz de Praga, que sólo había dejado en suspenso el edicto; pero, a su vez, fue modificado por la paz de Westfalia, que fijó como «fecha normativa» el año de 1624 (mucho menos favorable para los católicos que 1627).

de un año de semi-inercia (eufemísticamente llamada «melancolía» por los contemporáneos) su hijo Federico Guillermo (de sólo veintiún años de edad) no perdió tiempo para proponer a los estados de Brandenburgo (o a lo que quedaba de los mismos) una paz por separado con Suecia. A raíz de la muerte del principal asesor de su padre, el conde Schwarzenberg, pro-imperial, en marzo de 1641, se enviaron mensajeros a Estocolmo para negociar un alto el fuego. En julio, casi exactamente diez años después de que Gustavo Adolfo llevara su ejército a Brandenburgo, se pararon aquí los combates. El «gran elector» no estaba dispuesto a ver destruidos por los suecos sus territorios patrimoniales sencillamente por ser aliado de un emperador que no podía ofrecerle protección alguna.

Otro feliz desenganche de la guerra lo llevaron a cabo poco después los vecinos occidentales de Brandenburgo, los duques de Brunswick (los diferentes miembros de la familia Welf que dominaban en conjunto los territorios situados entre el Elba medio y el Weser). Éstos habían sido en el pasado aliados no constantes de ambos lados. Dirigidos por el duque Jorge de Brunswick-Lüneburg, habían apoyado a Fernando II hasta 1630, cuando los comisarios imperiales exigieron la entrega del secularizado obispado de Hildesheim. En lugar de entregarlo, el duque Jorge y sus primos firmaron una alianza con los suecos y formaron un ejército que mantuvo acorralados a los imperiales. En 1635 el duque Jorge riñó con Oxenstierna y de hecho aceptó la paz de Praga, pero al seguir insistiendo el emperador en la devolución de Hildesheim firmó una nueva alianza con Hesse-Kassel y Suecia. Cuando conducía sus fuerzas hacia el sur para batallar otra vez con los imperiales, en abril de 1641, murió. Sus primos no tenían la misma habilidad diplomática y militar, y a lo largo del verano tropas del emperador invadieron amplias zonas de Brunswick. Luego, en el invierno, volvieron los suecos y hubo en el ducado duras batallas. Fue esto, más que cualquier otra cosa, lo que convenció a los duques de Welf a suscribir un acuerdo preliminar con el emperador en enero de 1642 (la paz de Goslar), aunque ello significara la devolución de los territorios secularizados de Hildesheim, que fueron un año más tarde entregados, como era debido, al obispo Fernando elector de Colonia. A cambio, a los protestantes se les garantizó tolerancia (incluso en Hildesheim, donde se reservaron para el culto luterano seis iglesias) y, a partir de ahí, todo Brunswick fue considerado neutral²⁷.

²⁷ Sobre la neutralidad de Brandenburgo y sus consecuencias cf. Opgenoorth, *op. cit.*, y Schröer, *Das Havelland*. Véase también Kretzschmar, *Gustavus Adolfs Pläne und Ziele*, para

Estos hechos trajeron una relativa paz a amplias áreas del nordeste y el noroeste de Alemania, pero en otros sitios la guerra continuó igual. La muerte de Baner en mayo de 1641, seguida del motín de algunas unidades de su ejército por su paga, supuso un breve respiro para los imperiales. Pero el 30 de junio enviados de Oxenstierna a Hamburgo cerraron una alianza final con Francia que duraría hasta la paz, y Lennart Torstensson, uno de los mejores comandantes de Suecia, fue enviado a Alemania para ganar la guerra. En la primavera de 1642 el nuevo comandante en jefe invadió Sajonia, derrotando una vez más a las fuerzas de Juan Jorge (en Schweidnitz), y avanzó a través de Silesia hasta Moravia. En junio tomó la capital, Olomouc, y amenazó a Viena antes de retirar su principal ejército hacia Sajonia, donde puso sitio a Leipzig. Aquí, el 2 de noviembre, el ejército imperial (al mando personal del hermano del emperador, el archiduque Leopoldo Guillermo) retó a batalla a los suecos. Torstensson se retiró un poco hacia el norte, a Breitenfeld, y ahí logró una victoria casi tan completa como la de Gustavo, en el mismo terreno, once años antes. Las bajas de los imperiales en el campo de batalla fueron de 5.000 hombres más otros 5.000 prisioneros, así como cuarenta y seis piezas de artillería, el tesoro y la cancillería del archiduque, y el tren de intendencia. Un mes más tarde cayó Leipzig, debiendo pagar una indemnización de 400.000 táleros. Estuvo en manos de los suecos hasta 1650²⁸.

Esta sucesión de desastres aterrizó a los aliados católicos del emperador del oeste de Alemania, especialmente Baviera. En enero de 1640, ya antes de la reunión de electores en Nuremberg, se mantuvieron en Einsiedeln conversaciones secretas con representantes franceses en las que Maximiliano ofreció hacer una paz por separado con Francia con tres condiciones: el reconocimiento del título electoral para él mismo y sus descendientes; la retirada de Francia de Alsacia; y la negativa de la alianza de Francia con la protestante Suecia. Tales condiciones altaneras fueron obviadas con enojo por Richelieu, que ya había tomado la decisión de re-

los primeros momentos de la alianza de Brunswick con Suecia; y M. Reimann, *Der Goslarer Frieden von 1642* (Hildesheim, 1979: Quellen und Darstellung zur Geschichte Niedersachsens, XC), para el final.

²⁸ Las campañas suecas de estos años, tan frecuentemente olvidadas, están admirablemente descritas (con la ayuda de útiles planos) en Tingsten, *Johan Baner och Lennart Torstensson*. Estoy agradecido al profesor Michael Roberts por ayudarme en comprobar la importancia de las operaciones de Baner.

novar el tratado con Suecia. Pero pronto el éxito del ejército aliado al mando de Baner y la solución de tantos temas en la dieta de Regensburg inclinaron a Maximiliano a emprender un rumbo distinto. Esta vez tenía la esperanza de contar con el apoyo del papa y de los demás electores católicos para convencer a los franceses de que aceptarían los compromisos adquiridos en Regensburg y firmar la paz incluso aunque Suecia no lo hiciera. En abril y mayo de 1642 mantuvo discusiones con los electores de Maguncia y Colonia con el fin de alcanzar una plataforma común para las pretendidas negociaciones, y a continuación se envió a París una legación para iniciar las discusiones²⁹. Tras casi un cuarto de siglo de guerra el emperador se veía abandonado por casi todos sus aliados alemanes. El punto muerto que había prevalecido desde Lützen quedaba por fin superado; ahora sólo faltaba obligar a los Habsburgos a aceptar lo inevitable.

3. 1643-1647: LA DERROTA DE LOS HABSBURGOS

Fernando III se animó a responder positivamente a las llamadas de paz por el repentino y aparentemente total colapso del poder español. Siempre desde Nördlingen Felipe IV había prestado amplia ayuda a su cuñado. Mantenía guarniciones en el Palatinado; mandaba un subsidio de unos 500.000 táleros al año; y al tener ejércitos en Lombardía, los Países Bajos y Cataluña, mantenía hipotecada a la mayor parte de la fuerza militar francesa³⁰. Su hermano el cardenal infante, que gobernó los Países Bajos españoles hasta su muerte en 1641, incluso intentó amenazar París (*supra*, p. 197). Pero los franceses no eran los únicos enemigos de España. Ya el cardenal infante se había visto obligado a emplear a la mayor parte de sus tropas en contra del ejército de la república de Holanda (que en 1637 re-

²⁹ Cf. K. Schweinesbein, *Die Frankreichpolitik Kurfürst Maximilian I. von Bayern, 1639-1645* (Múnich, 1967), caps. 3-4. El papado no pudo tener un papel activo en esta iniciativa de paz porque en 1642 Urbano VIII había iniciado hostilidades contra el duque de Parma. En dos años Urbano VIII dilapidó 6 millones de táleros en la «guerra de Castro» y en julio de 1644, con el espíritu destrozado, murió. (Véanse las cifras en Grisar, «Päpstliche Finanzen», 208.)

³⁰ AGS, *Contaduría Mayor de Cuentas*, 3.ª época, 949, nos ofrece el nivel de gasto de España en Alemania en 1635-43. Entre 1635 y 1640 la «Tesorería General de Alemania» recibió 2,3 millones de táleros, mientras que entre 1640 y 1643 fueron sólo 1,2 millones. Cf. también H. Ernst, *Madrid and Vienna*.

conquistó Breda, perdida a manos de Espínola doce años antes); y el propio Felipe dedicaba importantes recursos a la defensa de las posesiones de ultramar de sus coronas española y portuguesa (especialmente en Sudamérica, donde los holandeses se habían apoderado de la provincia norteña de Brasil, Pernambuco, desde 1630). En octubre de 1639 una gran flota de buques de guerra cargados con tropas y provisiones que iba de España a los Países Bajos fue interceptada por los holandeses en el Canal de la Mancha y destruida casi por completo (la batalla de Downs); y otra, enviada para recuperar Brasil, tuvo la misma suerte frente a las costas de Recife tres meses más tarde.

Por si eso no fuera bastante, el año 1640 fue testigo de derrotas aún peores. En mayo se rebeló la provincia de Cataluña y al mismo tiempo se atrajo ayuda francesa; en diciembre, el reino de Portugal hizo lo mismo, consiguiendo inmediato apoyo de franceses y holandeses. Felipe IV se vio obligado, muy a su pesar, a distraer su atención del norte de Europa hacia los problemas de la península. Algunos de sus asesores—incluido el otrora belicoso conde de Oñate—insistían en que España abandonara sus obligaciones de ultramar; pero fue inútil¹¹. Se dieron pérdidas en todos los frentes: Arras y la mayor parte de Artois en 1640; Salces y Perpiñán en 1642. El conde-duque de Olivares, que había sobrevivido a muchos fracasos, no pudo soportar ahora la campaña de críticas que se desencadenó contra él. En enero de 1643 dimitió. Pero el cambio de ministro no afectó a la política exterior española: no se autorizaron conversaciones de paz. Luego, en mayo, el ejército de Flandes fue decisivamente derrotado en Rocroi. Aunque probablemente la batalla tuvo menos influencia de la que a veces se ha pretendido—porque no tuvo un efecto inmediato en el control de España sobre el sur de los Países Bajos—, sí acabó de forma abrupta con cualquier posibilidad de lanzar una nueva invasión de Francia desde los Países Bajos. Con Trier, Alsacia y Lorena en manos francesas, y los holandeses mandando en Limburg, el Canal de la Mancha y el Mar del Norte, el gobierno de Felipe IV estaba ahora físicamente incapacitado para enviar refuerzos a los Países Bajos. El «camino español» estaba bloqueado; por eso los Países Bajos españoles fueron efectivamente incapaces de parar el avance de los ejércitos francés y holandés: Gravelines se perdió en 1644, Hulst en 1645 y Dunkerque en 1646.

¹¹ «Me parece que no tenemos otra opción que procurar una paz general o, al menos, un acuerdo en una o dos de las guerras en las que actualmente está la Casa de Austria metida.» Oñate a Olivares en 1640, citado por Stradling, *Europe and the decline of Spain*, 104.

Pero también Francia tenía ahora graves dificultades para mantener su esfuerzo bélico. Entre 1636 y 1643 se sucedieron una serie de rebeliones populares tanto en ciudades como en pueblos, y para reprimirlas hubo que retirar del frente destacamentos del ejército regular. También había oposición por parte de la burocracia real, que o se negó a recaudar impuestos o incluso se embolsó lo recaudado, mientras fraguaron una serie de complots contra el primer ministro, el cardenal Richelieu. En 1641 rápidamente atrajo a un considerable número de seguidores una conspiración encabezada por el primo del rey (el conde de Soissons), que defendía un programa de paz y de retirada en el exterior. Sólo la muerte accidental del conde salvó al gobierno. Al año siguiente vino el complot dirigido por el favorito del rey, el marqués de Cinq-Mars, que se apresuró a prometer a España que Francia firmaría la paz en cuanto faltara Richelieu. Pero, tres meses después de la ejecución de Cinq-Mars, murió Richelieu y, aunque no hubo cambios de política al principio, en mayo de 1643 —justo antes de la gran victoria de Rocroi—, también se cobró la muerte a Luis XIII. El poder quedó ahora en manos de Ana de Austria, la regente, de origen español, hermana de Felipe IV de España y del cardenal infante y cuñada de Fernando III. Ella, lógicamente, era algo menos opuesta a hacer la paz con sus parientes Habsburgos de lo que lo había sido Luis, pero en temas de política exterior aceptaba el parecer del primer ministro que había sucedido a Richelieu, el cardenal Julio Mazarino. Aunque nacido súbdito de Felipe III y educado en parte en España, la formación como diplomático de Mazarino primero a las órdenes de Urbano VIII y luego con Richelieu hizo de él un enemigo convencido del poder habsburgo. Su objetivo principal era debilitar y, si era posible, dividir las ramas austríaca y española de la familia; y en ello acabaría teniendo éxito. Pero en 1643, recién instalado, Mazarino se inclinó por la cautela. No podía ignorar que el riesgo de hacer eterna la costosa guerra podía provocar una revolución que acabara con la monarquía, como parecía haber sucedido al otro lado del Canal, en los estados gobernados por Carlos I y su reina francesa, Enriqueta María. La guerra civil inglesa, que se inició en agosto de 1642, era una advertencia terrible: animó a los príncipes a la prudencia.

También en Suecia fue el gobierno consciente de la intensa animadversión que había hacia la guerra y las exacciones y levass que conllevaba (padecidas por el pueblo hacía ya mucho tiempo). «La gente común desea morir —registraba el lúgubre hermano de Oxenstierna, cuyos largos y pesimistas informes sobre asuntos de estado eran una de las muchas cruces

que el canciller tuvo que soportar—. Efectivamente, podemos decir que para conquistar otras tierras, hemos acabado nosotros mismos en la ruina». «Mientras las ramas crecen —continuaba él sin empacho—, el árbol se seca en su raíz»³². Y, efectivamente, se estaba secando, porque las bajas militares de Suecia se habían hecho casi insoportables: pueblos enteros quedaron vacíos de juventud masculina, porque una orden de leva (como queda registrado *infra*, p. 253) equivalía virtualmente a una sentencia de muerte.

Si en Suecia la censura tendía a limitar la expresión pública del descontento, tal coerción no se daba en el imperio. En toda Alemania proliferaron manifestaciones en pro de la paz que se concretaban en gran variedad de medios: rogativas, panfletos, hojas sueltas ilustradas, canciones, medallas y representaciones teatrales. Estas últimas eran las que más influían, porque las mejores «piezas de paz» fueron escritas por hombres que participaban de la visión «pietista» que empezaba a rejuvenecer el luteranismo. El fervor emotivo y la seriedad moral de la palabra en obras como «la victoria de la paz» (*Friedens Sieg*, de Justus Schöttel, hijo de un pastor) o «el espejo de la paz» (*Friedens Spiegel*, de Juan Rist, un pastor de Hamburgo) eran, en efecto, vigorosos. Y alcanzaban una gran audiencia. Schöttel era consejero de los duques de Brunswick, y la primera representación de *Friedens Sieg* fue realizada por los hijos del duque, mientras estaba de espectador Federico Guillermo de Brandenburgo³³.

Así, a comienzos de 1643, la paz estaba inconfundiblemente en el aire que respiraban quienes participaban en la guerra, alemanes o no alemanes, y mucho antes de que iniciaran sus sesiones dos conferencias de paz. En Francfort se reunieron en enero de 1643 representantes de muchos príncipes alemanes, incluidos la mayoría de los electores, para resolver los temas pendientes puramente alemanes y decidir la mejor forma de negociar con las potencias extranjeras. A la vez, plenipotenciarios de éstas acudían a Münster y Osnabrück, las ciudades designadas para negociar en el tratado franco-sueco de 1641, convertidas ahora en «zona desmilitarizada» especial. Francia, España y otros estados católicos ponían su base en

³² Roberts, *The Swedish Imperial Experience*, 25.

³³ L. Stein, «Religion and patriotism in German peace dramas during the Thirty Years' War», *Central European History*, IV (1971), 131-48. Tal vez es exagerada la relación que establece el autor entre el pietismo luterano y el patriotismo alemán, pero el material que él presenta es tan importante como inusual.

Münster; Suecia y sus aliados negociaban a cuarenta kilómetros, en Osnabrück.

La intención de Fernando III era mantener separadas esas asambleas, porque esperaba que sus propios enviados podrían llevar a cabo conversaciones con las potencias extranjeras en nombre de todo el imperio. Los gobernantes católicos parecían estar de acuerdo en eso —«*vox caesaris est vox catholicorum*», como apuntó uno de ellos más tarde—, pero no los protestantes. En primer lugar, se hallaban en clara inferioridad numérica en los primeros días de Francfort: dos frente a cuatro en el colegio de electores, y cuatro frente a diez en el de los príncipes. En segundo lugar, varios protestantes relevantes estaban todavía técnicamente fuera de la ley, y por tanto no pudieron intervenir en las discusiones de Francfort. La oposición a la doble política de paz de Fernando estaba encabezada, dentro de la asamblea, por Federico Guillermo de Brandenburgo y, fuera de ella, por Amalia de Hesse-Kassel. Pero probablemente no hubieran tenido posibilidad alguna sin el apoyo de Francia y Suecia. Las ideas de estas dos potencias fueron claramente expuestas por el plenipotenciario sueco, Juan Adler Salvius, en una carta abierta a los príncipes protestantes en abril de 1643. «Durante treinta años —afirmaba él (sin razón)— no se ha reunido la dieta imperial, y en ese tiempo el emperador ha querido decidirlo todo amparado en el derecho de soberanía. Es la senda hacia el absolutismo y hacia la esclavitud de los territorios. Las coronas [de Suecia y Francia] están intentando, en la medida en que pueden, cortarla, porque su seguridad descansa sobre la libertad de los territorios germanos»¹⁴. Poco a poco las delegaciones protestantes trasladaron sus cuarteles generales a Osnabrück. Pero el emperador siguió todavía inflexible, negándose a reconocer el derecho de sus vasallos a ejercer el voto en sus reuniones formales. Hasta el 29 de agosto de 1645, fecha clave en el proceso de paz, no se concedería a todos los gobernantes territoriales independientes el *ius belli ac pacis*. A las deliberaciones de la conferencia de Westfalia se les reconoció entonces la condición de dieta, de modo que

¹⁴ «*Vox Caesaris*», una expresión empleada por el consejero del elector de Maguncia en 1646, citada por Wolf, *Corpus evangelicorum*, 179; la carta de Salvius, de abril de 1643, está citada por Dickmann, *Der Westfälische Frieden*, 115. Sobre el «*Deputationstag*» de Francfort, en general, cf. Dickmann, caps. 3 y 5, y R. Von Kietzell, «*Der frankfurter Deputationstag von 1642-1645. Eine Untersuchung der staatsrechtlichen Bedeutung dieser Reichsversammlung*», *Nassauische Annalen*, LXXXIII (1972), 99-119.

sus resoluciones tendrían fuerza de leyes imperiales. La reunión de Francfort se clausuró.

De hecho al emperador sólo le fue posible prolongar tanto tiempo las conversaciones de Francfort gracias a un breve golpe de buena suerte militar: en 1643 Suecia entró de pronto en guerra con Dinamarca. Fueron varias las razones de este hecho sorprendente. Cristian IV, cuyas ansias de gloria en el exterior no habían apagado ni lo avanzado de sus años ni los fracasos pasados, había dado a sus vecinos del norte desde hacía tiempo tantos motivos de disgusto como había podido: acogió a enemigos políticos del gobierno de Estocolmo, deseosos de venganza; bloqueó el puerto de Hamburgo, aliado de Suecia; molestó e incluso detuvo barcos suecos en el Báltico. Cuando llegaron noticias de que Cristian estaba negociando en secreto una alianza con el emperador, Suecia decidió golpear primero. Sus mejores generales, Torstensson y Königsmark, recibieron instrucciones para que marcharan desde las fronteras de Bohemia (donde estaban operando desde la victoria de Breitenfeld en noviembre de 1642) hacia Dinamarca. Königsmark invadió los obispados secularizados de Verden y Bremen, que habían disfrutado de neutralidad desde que Suecia los devolvió al control danés después de Nördlingen. Ahora fueron ocupados rápidamente y sometidos a un gobierno proconsular encabezado por Königsmark, que allanó el camino para su anexión a Suecia tras la paz de Westfalia. Mientras tanto, Torstensson ocupó Holstein y en 1644 comenzó la conquista de la península de Jutlandia con la misma facilidad que Tilly y Wallenstein dieciséis años antes¹⁵. En octubre una intervención naval importante en Femmern, en la que fueron derrotadas las fuerzas de Cristian, dejó abiertas las islas a la amenaza de una invasión sueca; al mes siguiente comenzaron las conversaciones de paz. Una conferencia formal, iniciada en febrero de 1645, preparó la paz de Brömsebro, favorable a Suecia, del 23 de agosto.

Era un resultado muy distinto del que el emperador había previsto. Apenas si Suecia había dejado clara su intención de invadir Dinamarca cuando Fernando prometió ayudar a Cristian y envió a su ejército de campo, al mando del conde Gallas, a perseguir a Torstensson hasta Holstein. Pero los suecos adivinaron lo que iba a suceder, y cerraron una alian-

¹⁵ Cf. Böhme, *Bremische-Verdische Staatsfinanzen*, 13-165, y H. Eichberg, *Militär und Technik. Schwedenfestungen des 17. Jahrhunderts in den Herzogtümern Bremen und Verden* (Düsseldorf, 1976: Geschichte und Gesellschaft. Bochumer historische Studien, VII).

za con Jorge Rákóczy, sucesor de Bethlen Gabor como gobernante de Transilvania: el príncipe, con las bendiciones del sultán otomano y con subsidios de Francia, prometió invadir la Hungría de los Habsburgos. Así lo hizo en febrero de 1644, comprometiendo seriamente a Fernando III, que se vio obligado a mandar volver al ejército que había enviado en ayuda de Dinamarca. Pero, astutamente, Torstensson obligó a los imperiales a hacer su retirada por zonas tan devastadas que la mayor parte de ellos murió de hambre. Según el cronista Chemnitz (que, como se sabe, es hostil), de los 18.000 que empezaron la retirada apenas 1.000 lograron ponerse a salvo en Bohemia, de forma que sería difícil encontrar un ejemplo parecido de ejército llevado a la ruina en tan poco tiempo sin mediar batalla importante¹⁶. Gallas, que también había dirigido la desastrosa retirada de Borgoña en 1636, fue cesado.

Pero se necesitaba algo más que el cambio de un general para parar a los suecos. A comienzos de 1645, con Dinamarca claramente fuera por completo de la guerra, el alto mando sueco decidió montar una operación que provocaría el inmediato colapso de la resistencia de los Habsburgos. Invadir Bohemia con toda energía y además conjuntamente con los transilvanos pareció ser la mejor alternativa, porque «heriría al emperador justo en el corazón». Además, el ejército francés del Rin iba a invadir Baviera, con lo que Fernando III no recibiría ayuda de aquella zona. Pero, de todos modos, era más fácil decirlo que hacerlo. Los franceses no habían acertado en Renania desde la muerte de Bernardo de Sajonia-Weimar. La necesidad de enviar ayuda a Cataluña y a Portugal y de continuar la guerra en la frontera de los Países Bajos (que Mazarino siempre consideró crítica) obligaba a reducir la provisión de hombres y dinero a las tropas francesas destacadas en Alemania. Al principio, las oportunidades militares que tal situación implicaba para Baviera se despreciaron, porque Maximiliano aún esperaba hacer la paz por separado con Francia (véase *supra*, p. 222). Pero, cuando los franceses invadieron Württemberg, el ejército bávaro, mandado por Francisco von Mercy, llevó a cabo un ataque magistral en Tuttlingen (noviembre de 1643) que obligó a los franceses a retirarse hasta el Rin, abandonando bagajes y equipos. La retirada, llevada a cabo en lo peor del invierno, provocó la pérdida de aproximadamente dos

¹⁶ B. P. von Chemnitz, *Königlichen schwedischer in Teutschland geführten Kriegs vierter Teil* (Estocolmo, 1859), 168. Chemnitz, que escribió sus relatos en los años 1650, era un destacado anti-imperial.

terceras partes de una fuerza francesa de 16.000 hombres (los «bernardinós», o «brigada alemana», formada con los regimientos anteriormente mandados por Bernardo de Sajonia-Weimar, fueron golpeados con especial dureza). Aunque en 1644 se enviaron refuerzos a Alsacia, los franceses se mostraron incapaces de salir del valle del Rin. En agosto de 1644, en Friburgo, Mercy volvió a infligir graves pérdidas a los franceses, mandados ahora por el agresivo vizconde Turenne, pero aguantaron en sus posiciones. Otra batalla en mayo de 1645, en Mergentheim, no llegó a establecer la superioridad de las fuerzas bávaras sobre las francesas en la zona¹⁷. Pero la llegada de refuerzos permitió a Turenne contraatacar y, en la batalla de Allerheim, el 3 de agosto, los franceses vencieron y mataron a Mercy, y destruyeron su ejército como fuerza capaz de luchar.

Entre tanto, el ejército sueco de Alemania se había apuntado otra gran victoria cinco meses antes. La *Hauptarmee* sueca había comenzado su marcha desde Sajonia a Bohemia antes de la primavera. Torstensson dirigía una fuerza de combate de sólo 15.000 hombres, y los imperiales —a pesar del avance transilvano hacia el Danubio— fueron capaces de juntar en el campo de batalla el mismo número. Pero los suecos tenían una apabullante ventaja en artillería: sesenta piezas de combate frente a sólo veintiséis. Después de algunas escaramuzas preliminares, ambos bandos se enfrentaron el 6 de marzo en un prolongado cuerpo a cuerpo en Jankov, al sureste de Praga. El resultado fue decisivo: los imperiales perdieron su artillería, a la mitad de sus hombres, su cancillería de campo e incluso a sus comandantes (véase Lámina 19). Inmediatamente el emperador y su familia huyeron a Graz¹⁸. Y no fue una medida de precaución vana, ya que al final del mes los hombres de Torstensson se apoderaron de Krems, donde establecieron una cabeza de puente al otro lado del Danubio (y restablecieron el culto luterano). Suecos y transilvanos se preparaban ahora para el asedio de

¹⁷ Sobre las campañas de 1643-5 en el suroeste cf. H. H. Schaufler, *Die Schlacht bei Freiburg-im-Bresgau 1644* (Friburgo, 1979). La batalla de Friburgo fue descrita por un comandante bávaro, Juan Werth, como la peor que él había visto: «En los veintidós años que llevo metidos en la carnicería de la guerra —afirmaba—, nunca hubo un encuentro tan sangriento». (Citado *ibid.*, 7.)

¹⁸ El emperador estaba en Praga y dejó la ciudad en 7 de marzo, el día después de la batalla: cf. P. Broucek, *Der schwedische Feldzug nach Niederösterreich 1645/46* (Viena, 1967: Militärhistorische Schriftenreihe, VII), 11. Sobre la campaña de 1645 en general cf. también Ruppert, *Kaiserliche Politik*, cap. 3, parte II, y Chesler, «Crown, lords and God», 209-10.

Viena, y los pocos luteranos que quedaban en la ciudad se regocijaban abiertamente y esperaban su liberación. El emperador fue salvado por los turcos.

En la primavera de 1645 el sultán otomano decidió ir a la guerra con la república de Venecia por la posesión de Creta. Comenzó la campaña en junio, y pronto concentró en la tarea todos sus recursos militares: se había acabado la ayuda a Rákóczy. Abandonado de esta manera y con dificultades económicas, el príncipe prestó oído favorable a las propuestas de paz de los Habsburgos y —a pesar de la nueva alianza con Francia, firmada en abril— el 16 de diciembre de 1645 concluía con Fernando el tratado de Linz. Se restablecía y garantizaba en Hungría la tolerancia religiosa, y extensos territorios se cedían nuevamente a Rákóczy. Para ser un estado que casi carecía por completo de recursos para aguantar hostilidades mantenidas, Transilvania supo aprovecharse sorprendentemente bien de la guerra de los treinta años.

Pero la defección de Transilvania no alteró la importancia crítica de la campaña de 1645. Es la razón de que se luchara con tanta dureza. La batalla de Jankov, por ejemplo, duró más que casi todos los demás enfrentamientos de la guerra precisamente porque todos se dieron cuenta de su carácter decisivo: el emperador arriesgaba todos sus recursos económicos y militares, el prestigio de su casa y su propia reputación de comandante con superior destreza. El perder todo eso con una derrota hacía casi inevitable que el acuerdo final de paz fuera desfavorable para los Habsburgos. Después de Jankov y Allerheim no hubo ya ejército de combate católico capaz de resistir a los suecos y sus aliados; y todos lo sabían. El 6 de septiembre Juan Jorge de Sajonia firmó de mala gana un alto el fuego con Suecia en Kötzschenbroda y abandonó la guerra. Entre tanto, en Westfalia, Oxenstierna advertía que «el enemigo comienza a hablar más educada y amigablemente y los representantes imperiales en la conferencia de paz proponen concesiones substanciales»³⁹. En agosto de 1645 se llegó al

³⁹ Cita tomada de C. T. Odhner, *Die Politik Schwedens im Westfälischen Friedenscongress und die Gründung der schwedischen Herrschaft in Deutschland* (Gotha, 1877; reimp., Hannover, 1973), 97 n. El acuerdo de Kötzschennbroda fue de hecho una tregua de seis meses, pero en abril de 1646, en Eilenburg, se prolongó hasta el final de la guerra. Sajonia se obligaba a pagar contribuciones al ejército sueco y a admitir guarniciones suecas en Leipzig y Torgau; pero a tres de los regimientos sajones del ejército imperial se les permitía quedarse, siempre que no lucharan contra Suecia.

acuerdo de que todos los príncipes y ciudades con asiento en la dieta imperial podrían tener representación efectiva en las conversaciones de paz; en septiembre el emperador, no de buen grado, accedió a no pretender, en el tratado de paz, ventajas para los católicos que vivieran en territorios protestantes dentro del imperio. Poco después, decretó una amnistía para todos sus vasallos rebeldes, con el fin de que pudieran asistir a la conferencia y defender personalmente sus exigencias; y el 29 de noviembre de 1645 el hombre de confianza del emperador y negociador jefe, el conde Maximiliano de Trauttmansdorf, llegó a Münster con amplias instrucciones de hacer cuantas concesiones fuera menester para asegurar la paz.

Fue este momento, justamente cuando comenzaban discusiones serias sobre un acuerdo en torno a la guerra alemana, el que eligieron los representantes de la república de Holanda para llegar a Münster a plantear sus desacuerdos con España. Ya en fecha tan temprana como enero de 1642 el capitán general de la república, Federico Enrique, príncipe de Orange, había invitado a los estados generales a nombrar plenipotenciarios y a formular instrucciones; pero el acuerdo sobre aquéllos y éstas no se alcanzó finalmente hasta octubre de 1645. La legación holandesa partió para la conferencia de paz en enero de 1646⁴⁰. Su presencia tuvo dos efectos: vino a completar el rompecabezas de los acuerdos políticos y complicó la tarea de lograr la paz en Alemania. Puede que fuera verdad que, como dijo Gustavo Adolfo, «todas las guerras en marcha en Europa se han fundido y convertido en una sola guerra»; pero las alianzas que ligaban a los diferentes combatientes no podían disimular serias divergencias en sus respectivos intereses. Aun un mismo estado (caso más notable, el de Francia) podía tener dos políticas distintas en la conferencia: una para Alemania y otra para los Países Bajos. A veces a los diferentes delegados se dieron instrucciones distintas e incluso contradictorias; y, a veces también, miembros diferentes de una misma delegación iban por vías distintas. La primera conferencia de paz de los tiempos modernos siguió sus propias leyes (véase Lámina 18).

Las negociaciones corrieron a cargo de 176 plenipotenciarios (casi la mitad de ellos juristas de profesión) que actuaron en representación de 194 gobernantes europeos, grandes y pequeños. No todos los estados re-

⁴⁰ Sobre las negociaciones hispano-holandesas véase el relato clásico de J. J. Poelhekke, *De vrede van Munster* (La Haya, 1948). Un buen estudio inglés es el que ofrece Israel, *The Dutch Republic and the Hispanic World*, 347-74.

presentados en la conferencia enviaron delegaciones propias —sólo lo hicieron 109—, pero, de todos modos, varios miles de diplomáticos atestaron las calles de Münster y Osnabrück entre 1643 y 1648. El tamaño de las diferentes legaciones varió desde las 200 personas —hombres, mujeres y niños— de la francesa hasta el enviado único de los pequeños principados alemanes.

La vida en la conferencia fue una curiosa mezcla de escasez y abundancia: por una parte, la norma en cuanto a hospedaje fue muchas veces de dos por cama (así, en la legación bávara las 29 personas que la componían tenían que repartirse sólo dieciocho camas); por otra, fueron abundantes la comida y la bebida (cada uno de esos mismos bávaros parece que consumió entre dos y tres litros de vino al día, con lo que quizá estaban demasiado confusos como para quejarse de las camas)⁴¹. Pero, bebidos o sobrios, la principal actividad de los delegados fue estar en comunicación y negociar, y el consumo de tinta de los diplomáticos fue realmente prodigioso. Se montó específicamente una compleja red postal para permitir el intercambio regular de prolijos *Denkschriften* y cartas interminables entre los enviados y sus jefes, de forma que nada se acordara sin el pleno y expreso consentimiento de cada gobierno⁴². Naturalmente, esto provocaba serios retrasos en las negociaciones, porque cada carta tardaba entre diez y doce días para ir de Münster a París o Viena, y entre veintitrés y treinta días para llegar a Madrid. Una carta de Osnabrück a Estocolmo podía necesitar veinte días o más (antes de la paz de Brömsebro con Dinamarca, mucho más); y la respuesta, lógicamente, necesitaba otro tanto. Pero tales retrasos no producían una reducción de cartas escritas. La correspondencia entre los delegados del duque de Württemberg en Osnabrück y su señor en Stuttgart fue típica: desde 1644 hasta 1649, en teoría, se escribieron unos y otros una vez a la semana, normalmente el viernes, pero al final cada una de las partes había escrito casi 400 cartas⁴³.

⁴¹ Detalles tomados de F. Bosbach, *Die Kosten des Westfälischen Friedenskongresses. Eine strukturgeschichtliche Untersuchung* (Münster, 1984: Schriftenreihe der Vereinigung zur Erforschung der neueren Geschichte, XIII), 14, 16, 33, 57, 110, 168, 196, 211 y 224 ss.

⁴² La atención prestada por los delegados al detalle procedimental ha sido ridiculizada con frecuencia por los historiadores, pero estaba fresca en sus mentes la experiencia de la paz abortada de Regensburg en 1630 y del tratado de Wismar de 1636 (*supra*, pp. 147-9 y 206-8), cuando un acuerdo firmado por los plenipotenciarios fue rechazado luego por sus gobiernos. Nadie deseaba que lo mismo se repitiera en Westfalia.

⁴³ Bosbach, *Kosten*, I, 167-8; Philippe, *Württemberg*, 1.

Con tantos participantes y tantos intereses en conflicto es difícil ver —y más, resumir— las tendencias principales; pero puede decirse que las negociaciones pasaron por tres fases. La primera, que fue en gran medida procedimental, comenzó con la reunión de Francfort en enero de 1643 y duró, con muchos parones y arranques, hasta noviembre de 1645, cuando llegó a Münster el conde de Trauttmannsdorf. La segunda fase de la conferencia duró desde ese momento hasta que el conde volvió a dejarla en junio de 1647: fue un período de intensa negociación durante el cual se plantearon casi todos los temas importantes de discusión entre los protagonistas tanto del conflicto holandés como del alemán. En la fase final, que duró hasta que se firmaron los tres tratados de paz en 1648, las negociaciones se centraron en garantizar la remuneración económica del ejército sueco y en persuadir al emperador para que no siguiera ofreciendo ayuda a España. A lo largo de los cinco años tanto el ritmo de las negociaciones como el carácter de las concesiones se vieron constantemente alterados por la fortuna de la guerra. Según la frase cínica del prior Adami de Murrhart, uno de los católicos de la línea dura de la conferencia, «en invierno negociamos, en verano luchamos»⁴⁴. El sendero de la paz era estrecho y todo menos recto.

4. 1647-1650: LA PACIFICACIÓN

«Dicen que la terrible guerra ha acabado. Pero aún no hay indicios de paz. Por doquier hay envidias, odios, avaricia; es la guerra que hemos aprendido... Vivimos como animales, comiendo forraje y grasas. Nadie habría imaginado que algo así fuera a pasarnos. Mucha gente dice que no hay Dios...»

Este pasaje desesperado de la familia Bible, del pueblo suebo de Gers-tetten, fue escrito el 17 de enero de 1647, tras la llegada de una nueva oleada de refugiados relatando que trupes depredadoras venían pisándoles los talones. «Pero nosotros seguimos pensando —continuaba el párrafo— que Dios no nos ha abandonado. Tenemos que aguantar juntos y ayudarnos unos a otros»⁴⁵. Desgraciadamente, hubo aún veinte meses de luchas

⁴⁴ Citado en Heckel, «Zur Historiographie des Westfälischen Friedens», 324.

⁴⁵ Citado en Kuczynski, *Geschichte des Alltags des deutschen Volkes*, 117. Para la campaña de 1646-7 véase P. Broucek, *Die Eroberung von Bregenz am 4. Jänner 1647* (Viena, 1971: Militärhistorische Schriftenreihe, XVIII).

antes de que finalmente llegara la paz: un período en el que Suabia (como Baviera, Austria y otras muchas zonas del imperio) fue arrasada una vez más. De hecho, en la mayor parte de Alemania la lucha continuó justo hasta el momento en que tuvieron lugar las últimas firmas de los tratados el 24 de octubre de 1648. Aunque para entonces habían desaparecido, por caer en desgracia o por muerte, varios de los personajes más intransigentes del conflicto —Richelieu y Olivares, Fernando II y Gustavo Adolfo, Bernardo de Sajonia-Weimar y Guillermo de Hesse-Kassel—, sus sucesores no mostraron menos decisión a la hora de sacar el mayor provecho posible de tan prolongado y abundante gasto en vidas y dineros. Negociaron con la misma dureza con la que lucharon.

Aunque la mayor parte de las cuestiones en discusión fueron tratadas al mismo tiempo en la conferencia de paz, los diplomáticos franceses y suecos se empeñaron en lograr que los problemas puramente germanos no se resolvieran los primeros. Como escribía desde Münster en 1644 el conde de Avaux, «parece que el honor y el provecho de Francia quedarían mejor servidos poniendo primero sobre la mesa los puntos referidos a la paz pública y las libertades del imperio... porque si ellos [los estados alemanes] no desean aún verdaderamente la paz, sería para nosotros dañino y perjudicial que fracasaran las conversaciones sobre nuestras particulares exigencias». Los franceses temían que, si los estados alemanes resolvían antes que nada sus problemas, podían unirse en contra de los extranjeros y rechazar sus planteamientos. Del lado sueco, en diciembre del mismo año, el voluntarioso Oxenstierna escribió a su hijo (que era negociador importante en Osnabrück): «En la medida en que 'el devolver los asuntos del imperio a su estado original' nos sirve de pretexto para esperar cambios a nuestro favor... todo lo que hagamos debemos justificarlo a la luz de ese principio»⁴⁶. Pero él tampoco tenía la intención de que Suecia se quedara aislada.

Muchos de los criterios de la «libertad de Alemania» habían quedado ya establecidos en la paz de Praga y en las decisiones de la dieta de Regensburg, pero los puntos más importantes fueron inevitablemente los más discutidos: la tolerancia oficial del calvinismo, la restitución de los te-

⁴⁶ Avaux citado por Philippe, *Württemberg und der westfälische Friede*, 54; Oxenstierna citado por G. Schmid, «Konfessionspolitik und Staatsräson bei den Verhandlungen des Westfälischen Friedenskongresses über die Gravamina Ecclesiastica», *Archiv für Reformationsgeschichte*, LIV (1953), 203-23, en p. 206.

territorios eclesiásticos secularizados, el restablecimiento del elector palatino, y la amnistía general. La última, como ya se señaló, quedó garantizada a raíz de Jankov. El tercer punto, aunque objeto de prolongadas disputas, ya se contemplaba en la instrucción secreta del emperador a Trauttmannsdorf en octubre de 1645: «en caso de extrema necesidad y si no hay otra vía» se crearía un octavo electorado, de forma que tanto Baviera como el Palatinado pudieran tener asiento en el colegio de electores⁴⁷. Pero eran temas que podían ser decididos, básicamente, por el emperador solo. Fueron los otros dos puntos —el de la tolerancia y el de la restitución— los que de verdad crearon división, porque tenían que ver con dos problemas fundamentales, el de quién tenía la competencia para decidir en cuestiones religiosas y el de si todos los gobernantes territoriales tenían derecho a ignorar decretos imperiales. La parte católica solía argumentar que el acuerdo de Augsburgo de 1555 no había sido más que una medida temporal, de emergencia; mientras todo el mundo sabía que el nuevo equilibrio entre confesiones establecido por la conferencia de paz sería permanente. Por eso era tan difícil el acuerdo.

La batalla llegó a lo más serio después de agosto de 1645, cuando tuvo lugar la primera reunión de todas las delegaciones de la conferencia. Justo un mes después mantuvieron los príncipes católicos del imperio su primera discusión aparte en Münster, y muy poco después los protestantes comenzaron a tener reuniones regulares aparte en Osnabrück. Aunque los miembros de ambos lados formaban dos mitades casi iguales (eran sesenta y dos del *Corpus Catholicorum* frente a sesenta y tres del *Corpus Evangelicorum*), inicialmente los católicos parecieron tener ventaja. En primer lugar, los representantes imperiales estaban claramente de su lado; en segundo lugar, la cohesión entre los católicos era mayor porque varios de sus miembros tenía más de un voto. El elector de Colonia era el primero de la lista con quince, que ejercía su asesor jefe (y primo), el obispo Wartenburg de Osnabrück (el cual, además, tenía otros cinco votos por delegación); el prior Adami de Murrhart representaba a varias abadías y a cuarenta y un prelados de Suabia. Lo mismo sucedía con las ciudades imperiales: el representante de Augsburgo, Juan Leuchselring, tenía poderes para ejercer el voto de otras quince ciudades⁴⁸. Pero esta apariencia

⁴⁷ Instrucciones imperiales citadas por Ruppert, *Kaiserliche Politik*, 134.

⁴⁸ Bosbach, *Kosten*, I, 15-16; Ruppert, *Kaiserliche Politik*, 251.

de fuerza era engañosa. Aunque el emperador estaba del lado de los católicos, no todos los católicos estaban del lado del emperador. Había un potente grupo de anti-imperiales encabezados por el elector de Trier (todavía dolorido por sus diez años de cautiverio imperial) que estaba a favor de hacer concesiones a los franceses y, si era necesario, incluso a los protestantes con tal de alcanzar la paz. Frente a ellos, dentro del campo católico, se hallaba un grupo de unos quince extremistas, encabezado por Warthenburg, Adami y Leuchselring —conocidos como «los triunviros»— y apoyados por España. Estos hombres estaban decididos a no hacer concesión alguna importante en cuestión religiosa. Y, por si tal división no era bastante para minar la causa católica, también había diferencias entre diferentes príncipes con derecho a voto. Así, tanto Maximiliano de Baviera como el duque de Neuburgo pretendían para sí el alto Palatinado, el primero como pago por sus gastos bélicos, y el segundo por ser el pariente católico más cercano de la familia Palatino deslegitimada. Los votos en bloque controlados por los participantes principales, lejos de ser causa de fuerza, hacían de hecho que la desunión fuera paralizante. A finales de 1646 el *Corpus Catholicorum* era ya incapaz de redactar declaraciones conjuntas para la conferencia; y a comienzos de 1648 los extremistas abandonaron Münster en protesta por la actitud gregaria de sus colegas para ellos hacer sus deliberaciones aparte.

El *Corpus Evangelicorum* no estaba, en la superficie, más unido que el de los católicos. Para empezar, a esta parte le faltaba un líder comparable en estatura a Maximiliano de Baviera: ni el joven elector palatino (Carlos Luis, hijo de Federico V) ni el viejo elector de Sajonia (todavía Juan Jorge) lo eran; y Federico Guillermo de Brandenburgo, el personaje más llamativo, con mucho, de entre los protestantes, ya había hecho su paz. Tal vez el miembro más activo de la parte fue una de las pocas mujeres presentes en la conferencia, Amalia de Hesse-Kassel, viuda de Guillermo V y regente de su pequeño hijo. Ella y un grupo de príncipes menores, en el que estaban los duques de Sajonia-Weimar y los príncipes calvinistas de la Renania, deseaban lograr garantías para el protestantismo en las áreas de predominio católico y pedían la total derogación del edicto de restitución. Frente a ellos se alienaban los estados luteranos mayores, que querían la paz casi a cualquier precio. Además, como sucedía entre los católicos, había también disputas de territorios entre algunos miembros: argumento eterno entre los landgraves de Hesse sobre Marburgo; entre Brandenburgo y Brunswick, para ver quién se quedaba con Halberstadt; entre Brandenburgo y Suecia,

para tener Pomerania. Pero, al final, el *Corpus Evangelicorum* tuvo ambas cosas, cohesión y voluntad, para dejar de lado esas «vanidades» (como fueron llamadas en una importante resolución de marzo de 1646) y votar como un bloque compacto siempre que se plantearon temas confesionales de importancia⁴⁹. Los protestantes, pues, hicieron lo posible por mantenerse firmes hasta que la fragmentación del *Corpus Catholicorum* les diera la victoria. La conferencia adoptó un acuerdo final sobre todos los temas religiosos —altamente favorable para los protestantes— el 24 de marzo de 1648. La «fecha normativa» para todas las cuestiones religiosas era ahora el 1 de enero de 1624. El culto privado de las minorías religiosas sería tolerado en todos los sitios donde el mismo existiera antes de la «fecha normativa»; los territorios eclesiásticos que en la «fecha normativa» estuvieran en manos seculares seguirían bajo control protestante. Así, el principio *cuius regio* y la *declaratio Ferdinande* de 1555 quedaban finalmente abandonados, y el *reservatum ecclesiasticum* sólo se aplicaría a las propiedades que estuvieran bajo control católico a comienzos de 1624. Además, cualquier cambio en estos acuerdos debería decidirse por «arreglo amistoso» en la dieta entre católicos y protestantes y no por simple mayoría de votos⁵⁰.

Acordados ya los «puntos que se refieren a la paz pública y las libertades del imperio», como habían deseado los gobiernos francés y sueco

⁴⁹ Schmid, «Konfessionspolitik», 209. El artículo más interesante está basado en documentos del archivo de la Sajonia ducal, cuyos delegados formaban parte de los protestantes de la línea dura.

⁵⁰ No siempre se ha estimado la originalidad de este compromiso, contenido en el artículo V, par. 52, del «Instrumentum Pacis Osnabrugense» y conocido como «Itio in Partes»: una época que normalmente reverenciaba el principio mayoritario adoptó un método alternativo para llegar a decisiones en ciertos temas clave. Es verdad que ya un siglo antes la Confederación Helvética había aceptado el principio de paridad entre dos grupos desiguales; pero el Sacro Imperio Romano era mucho mayor, y por tanto la fórmula «Itio in partes» era mucho más difícil de aplicar. Pero se hizo. Constitucionalistas del siglo XVIII vieron en esta solución la pieza maestra de la pacificación —«el principal baluarte de libertad e igualdad, construido con tanta sangre»—, porque el dualismo confesional fortaleció y protegió el equilibrio que se daba en Alemania entre el emperador y los príncipes (cf. C. G. Hoffman, *Gründliche Vorstellung deren in dem Heiliger Römische Reich... Religions-Beschwerden* [1722], citado por Heckel, «Itio in Partes»; cf. también todos los penetrantes análisis de Heckel en pp. 291-308 de su artículo titulado «Itio in Partes»). Para un interesante estudio de los precedentes del «arreglo amistoso» cf. K. J. Seidel, «Zentrale Ständevertretung». Los resultados de la conferencia se tratan más ampliamente *infra* en pp. 281-6.

(*supra*, p. 153-61), ahora la conferencia tenía que ocuparse de las propuestas de las potencias extranjeras. En cierta medida éstas variaron según el curso de la guerra, creando confusión en algunos observadores. Como señaló en 1638 el duro presbiteriano de Glasgow Robert Baillie, «en cuanto a los suecos, no sé lo que buscan ahora en Alemania, si no derramar sangre protestante»⁵¹. Pero en realidad sus objetivos fueron siempre notablemente firmes: buscaron siempre conseguir «satisfacción» (en la figura de ciertos territorios del norte de Alemania), «seguridad» (en la forma de una garantía de que ningún poder dentro del imperio volvería a suponer una amenaza para los intereses de Suecia) y una indemnización. La única variación estuvo en la escala de tales demandas. En lugar de sólo Pomerania, el gobierno sueco exigía ahora además algunas partes de Mecklenburg y de los obispados secularizados de Bremen y Verden. En lugar de la liga de Heilbronn, los suecos buscaban ahora «atomizar» el imperio para lograr un permanente equilibrio de poder entre las varias creencias y los diferentes príncipes. En lugar de una modesta indemnización en metálico intercambiable por Pomerania, el enviado del ejército sueco, coronel Erskine, planteó en el verano de 1647 la exigencia de 30 millones de táleros.

Naturalmente, en la conferencia de paz hubo una viva oposición a todas estas demandas, aunque los suecos las respaldaron con una arrolladora fuerza militar. La cuestión de Pomerania fue especialmente discutida. El gobierno de Estocolmo consideraba obligado mantener sus conquistas bálticas y especialmente Stralsund y Wismar, porque, como señalaba un consejero real en enero de 1647, «ambos puertos de mar no son sólo la vía de entrada a Alemania, sino también los verdaderos sitios donde pueden prepararse las flotas reales y, por tanto, los puntos desde donde pueden llegar los peligros para la corona de Suecia»⁵². Pero Suecia no tenía título legal sobre Pomerania: Federico Guillermo de Brandenburgo era, sin discusión, el legítimo sucesor del último duque natural, muerto en 1637 (*supra*, p. 178). Cuando en 1643, durante la guerra de

⁵¹ Citado por Seaton, *Literary relations of England and Scandinavia*, 81. Advuértanse también los sentimientos de Sir Edward Peyton, *The divine catastrophe, or the rise, reign and ruine of the house of Stuarts* (Londres, 1652): «Dios movió a Gustavo Adolfo para inclinar el fiel de la balanza del lado de los príncipes; pero, al final, los suecos han buscado más su propio interés que el de Dios».

⁵² Sten Bylke al consejo el 9 de febrero de 1647, citado por Odhner, *Die Politik Schwedens*, 4 n.

Suecia con Dinamarca, el elector se cuidó de no prestar ayuda alguna a Cristian IV, lo hizo con la esperanza de ganarse la benevolencia y concesiones de Suecia. Al año siguiente fue recompensado con la salida de los suecos de Francfort del Oder, pero no se retiraron de Pomerania. Y entonces Federico Guillermo inició una campaña diplomática para convencer a las cortes de Europa de la necesidad de restablecer la situación en Pomerania. En 1646 se trasladó a Cléveris con el fin de estar más cerca de las conversaciones de paz, y fue su tenaz labor diplomática en el seno y en los entornos de la conferencia, más que cualquier otra cosa, lo que alzó a Brandenburgo desde su natural oscuridad a la situación de potencia importante. Sobre todo, se ganó el apoyo del cardenal Mazarino, que temía que Suecia pudiera llegar a tener en el norte de Alemania el mismo predominio que había tenido el emperador en 1627-9. Por eso Francia se embarcó en la política, que seguiría durante un largo tiempo, de conformar Brandenburgo como un contrapoder de Suecia⁵¹. Al final, en febrero de 1647, alarmada por el grado de apoyo extranjero a Brandenburgo, Suecia procedió a la partición de Pomerania, quedándose sólo con la parte oeste y sus estratégicos puertos, y cediendo la parte oriental a Federico Guillermo (cuyos derechos sobre los obispados secularizados de Halberstadt y Magdeburgo y sobre los ducados de Mark y Cléveris habían sido también confirmados). Poco después se cerró un acuerdo con Dinamarca, que pasó a Suecia, Bremen y Verden.

Lograda la «satisfacción» en medida tan heroica, la «seguridad» era cosa algo menos importante. También era algo menos preciso. Los negociadores imperiales, dirigidos por el conde Trauttmannsdorf en 1645-7 y por el doctor Isaac Volmar después, se mostraron expertos en enfrentar a Francia con Suecia y en movilizar, en contra de ambas, un residual patriotismo germánico. Así, aunque Suecia presionaba para que se garantizara tolerancia a los protestantes que vivieran en las provincias habsburgas, los plenipotenciarios imperiales se aliaron con Francia para impedirlo. Y también conspiraron para evitar que ni Francia ni Suecia logran tener una voz preponderante en el imperio. Como informaba con exasperación el

⁵¹ Este importante aspecto de la política francesa en Alemania durante la década de 1640 es desarrollado por Dickmann, *Der Westfälische Frieden*. La mayoría de los demás estudios alemanes, menos monumentales, sobre esta fase de la guerra también tienden a empequeñecer el papel de Mazarino. Cf. los útiles comentarios de D. McKay y H. M. Scott, *The rise of the great powers, 1648-1815* (Londres, 1983), 4-5.

conde Salvius a sus superiores desde la conferencia a finales de 1646: «La gente está comenzando a ver el poder de Suecia como un peligro para el 'equilibrio de poder' [*Gleichgewicht*]. Su primera norma política es que la seguridad de todos depende del equilibrio entre los individuos. Cuando alguien empieza a ser poderoso, los otros, a través de alianzas o uniones, se sitúan en el lado opuesto con el fin de mantener el equilibrio». Pero la idea era poco novedosa. Ya en 1632 la curia papal había advertido a sus diplomáticos fuera que «el interés de la iglesia romana» quedaba mejor servido con un equilibrio de poder que con la victoria de un estado concreto. Y era éste un principio que la propia Suecia había invocado con bastante frecuencia en tiempos anteriores: en 1633 el canciller Oxenstierna decía a un dignatario extranjero que la razón principal de la intervención sueca en Alemania era «preservar el *aequilibrium* en toda Europa»³⁴. Ahora estaba siendo obligada a atenerse a sus propias normas. Era el comienzo de un nuevo orden en Europa —de un equilibrio de poder internacional con el fulcro en Alemania—, y al final Suecia estaba obligada a respetarlo.

Las demandas territoriales de Francia eran más modestas. Mazarino pretendía el reconocimiento de las conquistas hechas en la Renania —las cabezas de puente de Breisach y Philippsburg al otro lado del Rin; jurisdicción sobre la mayor parte de Alsacia— y la legalización del control francés sobre los tres obispados de Lorena alcanzado en 1552. Era grande la resistencia de los consejeros del emperador a dar su acuerdo incluso a eso, porque Alsacia era una de las provincias patrimoniales más antiguas poseídas por la familia Habsburgo (un dato del que constantemente hacía mención a Fernando su plenipotenciario en Münster, Isaac Volmar, que antes había sido canciller de Alsacia). Pero en septiembre de 1646, a cambio de un pago de 1,2 millones de táleros líquidos, Alsacia fue abandonada y se cerró un acuerdo preliminar de paz entre Francia y el emperador.

Pero, después de este acuerdo, la guerra continuó otros dos años. ¿Por qué? Una razón fue la política de Maximiliano de Baviera. En 1646 el alto mando sueco decidió, para su siguiente campaña, concentrar sus esfuerzos contra Baviera mejor que contra Austria. A comienzos de año su ejército principal se retiró hacia el oeste y en agosto se abandonó Krems y otros baluartes suecos de la baja Austria. Pero los Habsburgos consideraron im-

³⁴ Citas tomadas de Odhner, *op. cit.*, 163 n.; Aldea, *España, el Papado y el Imperio*, 78-80; y Müller, *Der schwedische Staat in Mainz*, 19, n. 66.

posible contraatacar. Aunque se las arreglaron para reunir un ejército de combate de 40.000 hombres, que llegó nada menos que a Hesse-Kassel, no estaban a la altura de la *Hauptarmee* enemiga formada por 34.000 veteranos bajo el mando conjunto de Turenne y Carlos Gustavo Wrangel. Aunque no se llegó al cuerpo a cuerpo, el ejército habsburgo se replegó hacia Bohemia dejando que Baviera y Renania fueran sistemáticamente saqueadas durante el invierno de 1646-7. Apenas si fue una sorpresa que el 14 de marzo de 1647 los desesperados electores de Colonia y Baviera, junto con algunos de sus aliados, firmaran un alto el fuego en Ulm con los representantes de Suecia, Francia y Hesse-Kassel. Lo mismo hizo Maguncia en mayo. Se acordó permitir a los anti-imperiales ocupar tres ciudades estratégicas del ducado de Maximiliano y que los electores católicos no seguirían luchando del lado imperial y discutirían, en cambio, las cláusulas para una paz aparte. Entre tanto, Wrangel retiró sus tropas hacia Austria, invadiendo esta vez el Voralberg, tomando Bregenz y saqueando la zona de alrededor.

En este momento muchos observadores (como los campesinos citados al comienzo de este apartado) creyeron que la guerra había terminado. Y así pudo haber sido si Mazarino no hubiera decidido aumentar sus exigencias. Sus negociadores en Münster querían ahora para Luis XIV la posición de un príncipe del imperio (con asiento en la dieta), una indemnización de guerra y una solución al problema del Palatinado que no era de recibo para Baviera. Maximiliano sacó la conclusión de que «la corona francesa no desea llegar a una paz que restablezca la libertad, sino más bien oprimir Alemania con una nueva forma de imperialismo», y en septiembre de 1647 renovó su anterior alianza con el emperador. Fue un movimiento imprudente: desde la pérdida de sus mejores hombres en Allerheim (*supra*, p. 229), el ejército de Maximiliano no estaba a la altura del francés. Llegaron precipitadamente a Baviera refuerzos imperiales (logrados gracias a los esfuerzos de Ernesto von Traun, el sólido intendente general de Fernando III), pero en vano. El 17 de mayo de 1648 fue vencido en la batalla de Zusmarshausen el último ejército de campo que luchaba por el emperador en la guerra. Maximiliano huyó a Salzburgo⁵⁵. Tal vez Mazarino podía haber aprovechado esta vic-

⁵⁵ Cf. Heinisch, *Salzburg im dreissigjährigen Krieg*, 195-6; sobre la última campaña imperial en la guerra véase Hoyos, «Ernst von Traun», parte II. Sobre la política de Colonia en esta época cf. J. F. Foerster, *Kurfürst Ferdinand von Köln. Die Politik seiner Stifter in den Jahren 1634-1650* (Münster, 1976: Schriftenreihe der Vereinigung zur Erforschung der neueren Geschichte, VI).

toria, también, para sacar otros beneficios, pero se lo impidió el estallido de una seria rebelión en Francia aquel mismo mes. Al principio la revuelta (conocida como «la Fronde») se limitó a París, donde se pusieron en huelga los funcionarios civiles; pero rápidamente este ejemplo de desobediencia se extendió a las provincias, privando al gobierno de los ingresos por impuestos. Desde enero el cardenal había tenido el convencimiento de «nuestra necesidad de hacer la paz a la primera oportunidad»; ahora, dio instrucciones a sus enviados de Münster para que alcanzaran un acuerdo tan pronto como fuera posible, ya que «es casi un milagro que, en medio de tantos obstáculos propios, podamos sacar adelante nuestras propuestas e incluso hacerlas prosperar; pero la prudencia manda que no debemos poner toda nuestra confianza durante mucho tiempo en ese milagro continuado»⁵⁶.

También Suecia estaba ahora ansiosa de un acuerdo. En el verano de 1648 realmente sólo había un punto importante en discusión —la cuantía de la indemnización debida al ejército sueco—, y en junio de 1648, después de una prolongada disputa, la delegación sueca acordó aceptar como solución final 5 millones de táleros (1,8 millones líquidos, 1,2 millones en asignaciones, y los 2 millones restantes en el plazo de dos años). Esto abrió la vía para una «paz preliminar» entre Suecia y el emperador, similar al acuerdo de 1646 con Francia, que fue firmada en Osnabrück el 6 de agosto. De todos modos, la lucha siguió, y una vez más los suecos invadieron Bohemia, poniendo sitio a Praga. Los luteranos de la zona corrían en tropel a escuchar a los capellanes del ejército, y los suecos hicieron un último esfuerzo para asegurar tolerancia a sus correligionarios de Bohemia. Pero, al no recibir el apoyo de Francia en este punto, no lo lograron; aunque los protestantes de Silesia recibieron garantías para su fe en la paz de Westfalia, Fernando III se mantuvo firme en cuanto a la situación en los demás sitios. No habría restitución de las tierras confiscadas ni tolerancia para los no católicos⁵⁷. Pero el

⁵⁶ A. Chérueil (com.), *Lettres du Cardinal de Mazarin*, III (París, 1883), 173-81: Mazarino a Servien, 14 de agosto de 1648.

⁵⁷ Chesler, «Crown, lords and God», 209-10; Evans, *Habsburg Monarchy*, 76. La incertidumbre en torno a la suerte del nuevo orden en Bohemia continuó hasta casi el final de la guerra. Todavía en 1646 la condesa Cernin (una de las arrivistas) podía escribir: «Los dados están todavía sobre el tapete, y ¿quién sabe quién sacará beneficio de lo que poseemos?» (citado por O. Odlozylik, «The nobility of Bohemia, 1620-1740», *East European Quarterly*, VII [1973], 15-30, en p. 19). Véase también la discusión en R. J. W. Evans, «The significance of the White Mountain for the culture of the Czech lands», *Bulletin of the Institute of Historical Research*, XLIV (1971), 34-54, en p. 44 (el artículo más importante).

emperador no pudo resistir la presión francesa en otro punto: a pesar de la Fronde, Mazarino estaba claramente decidido a seguir luchando hasta que los Habsburgos austríacos accedieran a abandonar a España.

No había duda de que Felipe IV tenía ahora más necesidad de ayuda imperial que en cualquier momento anterior. Las revueltas de Cataluña y Portugal continuaban todavía, gracias al apoyo francés; en 1647 hubo una rebelión importante en la ciudad de Nápoles que logró el respaldo de un segmento considerable de la aristocracia y la promesa de ayuda francesa; poco después se dieron levantamientos urbanos en Sicilia y en Andalucía, y toda España se veía azotada por una virulenta plaga de peste. Algunos dentro del consejo real estaban a favor de un acuerdo inmediato con Francia, pero se hallaban en minoría en comparación con los que preferían llegar a un acuerdo con los holandeses. Esta facción estaba encabezada por don Gaspar de Bracamonte, conde de Peñaranda, que era el jefe plenipotenciario de Felipe IV en Münster; tan pronto como la delegación holandesa llegó a esta ciudad, en enero de 1646, Peñaranda comenzó a ofrecerle concesiones. Empezó señalándoles la voluntad de España de reconocer la soberanía y la independencia holandesas. Luego, en mayo, mostró su conformidad en cerrar permanentemente al tráfico el río Escalda a no ser con licencia holandesa; en ceder extensos territorios en el norte de Brabante (el Meierij de's Hertogenbosch); y en imponer peajes holandeses en los puertos de Flandes. El único punto importante de disensión era el comercio de ultramar. Los delegados holandeses, presionados por las compañías de las Indias oriental y occidental, querían asegurar una total libertad de comercio en cualquier parte del mundo ibérico. Esto no podía admitirlo España, y las negociaciones se enfriaron por un tiempo. Pero en diciembre de 1646 Felipe IV admitió reconocer todas las conquistas hechas por los holandeses a la corona de Portugal, a cambio de garantizar que los barcos de la república de Holanda se mantuvieran lejos de la América española. En enero de 1647 se firmó un acuerdo provisional entre los negociadores, que fue ratificado en enero de 1648 a pesar de los intentos de sabotearlo por parte de Mazarino. Finalmente, la «rebelión holandesa» se había acabado³⁸.

³⁸ De todos modos, las luchas en ultramar, especialmente en Asia, continuaron durante más tiempo. Israel, *Dutch Republic*, 336, señala que «la batalla verdaderamente última de la guerra de los ochenta años tuvo lugar en Ternate el 18 de julio de 1649, más de un año después de la ratificación del tratado de Münster, pero antes de la publicación oficial de la noticia en algunas partes del Oriente».

España se encontraba ahora libre para desplegar el ejército de Flandes solamente en contra de Francia, y algunos pequeños beneficios se notaron en los primeros meses de 1648. Pero Mazarino aprovechó la derrota de Baviera en Zusmarshausen para trasladar al frente del norte un numeroso destacamento de tropas desde la Alemania del sur. Con su ayuda, el 20 de agosto, los franceses infligieron una aplastante derrota, en Lens, al ejército español mandado personalmente por el hermano del emperador, Leopoldo Guillermo, que perdió su bagaje junto con 8.000 hombres y 30 piezas de artillería de campo. Fue un momento patético para Fernando III. Por una parte deseaba ardientemente enviar ayuda a su cuñado; por otra tenía que tener en cuenta la precaria situación de Bohemia. Ya el 26 de julio la «ciudad nueva» de Praga, donde se hallaba el palacio Hradschin, había sido tomada por los suecos. El emperador corría el riesgo de perder todo el imperio si no firmaba la paz rápidamente. A finales de septiembre, bajo la despiadada presión militar de sus enemigos y la desesperada presión diplomática de sus amigos, Fernando se derrumbó: no podía permitirse guerrear simplemente por causa de España⁵⁹. Los lazos entre España y Austria, que tanto habían desestabilizado la política europea desde la llegada al trono de Carlos V, quedaron fatalmente debilitados. A partir de ese momento no había ya obstáculos para la paz, y los instrumentos finales para terminar la guerra —128 cláusulas, incluyendo los temas resueltos en los acuerdos preliminares— fueron firmados en Münster el 24 de octubre de 1648.

La atención se desplazó ahora hacia el cumplimiento de las numerosas previsiones del tratado, empezando por los temas eclesiásticos. En Württemberg, donde en 1630 se volvieron a hacer católicos 30 conventos a raíz del edicto de restitución, y lo fueron de nuevo después de Nördlingen, se permitió volver a los protestantes a lo largo del invierno de 1648-9. En abril de 1649 las ciudades imperiales a las que se había ordenado admitir la igualdad de religiones dieron cumplimiento al tratado: incluso Augsburgo, cuyo representante (Leuchselring) había sido un destacado católico extremista en Münster, fue obligada a admitir a catorce pastores que rápidamente restablecieron un orden eclesiástico completo al lado del ca-

⁵⁹ Odhner, *Die Politik Swedens*, 238, narra la queja de los plenipotenciarios suecos, en fecha tan dardía como enero de 1648, de que «la causa de España» era «la estrella que guiaba al emperador en las negociaciones alemanas». Ruppert, *Die kaiserliche Politik*, 350-8, describe la preocupación del emperador por tener que hacer la paz sin España.

tólico⁶¹. Al mismo tiempo aquellos cuyos territorios habían sido decomisados por haberse aliado con Suecia o con Francia (no por rebelión) vieron restablecidas sus propiedades. Se proclamó la amnistía general, y el elector del Palatinado volvió a tener su asiento en el colegio de electores. Mucho antes de que los diplomáticos hicieran sus equipajes, intercambiaban presentes de despedida (entre los plenipotenenciarios católicos el regalo favorito se demostró que eran los relicarios) y escribieran sus últimas cartas. El coste total de sus cinco años de actividad sumó 3,2 millones de táleros: aproximadamente, 500.000 para Francia y España, por cada una; unos 250.000 para el emperador, Suecia y los holandeses, por cada uno de ellos; y una media de 60.000 para cada elector, y así sucesivamente. Eran sumas importantes, y en parte fueron pagadas por los diferentes territorios soberanos del imperio. Pero resultaron minucia, en la mayoría de los casos, en comparación con el coste de la desmovilización⁶².

Muchos de los delegados de Westfalia volvieron a reunirse pronto en Nuremberg, donde empezó una nueva conferencia para supervisar el finiquito de los 200.000 soldados todavía movilizados. Se empezó por las formaciones más pequeñas. A finales de 1648, por ejemplo, se dio una paga de tres meses a las tropas reclutadas por los príncipes católicos (las unidades de la llamada *Mediatarmee*, como era el ejército de Westfalia sostenido por el elector Fernando de Colonia), mientras a los miembros del círculo bávaro se les responsabilizaba de pagar los atrasos del ejército de Baviera (al arzobispo de Salzburgo, por ejemplo, se le requirió el pago de 240.000 táleros)⁶³. A continuación, en enero de 1649, se retiraron de Baviera todas

⁶¹ Philippe, *Württemberg, passim*; y *Welt im Umbruch. Augsburg zwischen Renaissance und Barock*, I (Augsburgo, 1980), 409 ss. En 1645 Augsburgo, cuya población era antes de la guerra de 33.000 habitantes, sólo tenía 21.000 personas: 14.000 luteranos, 6.000 católicos y 1.000 soldados.

⁶² Véanse detalles en Bosbach, *Kosten des Friedenskongresses*, 224 ss. El autor subraya que, para algunos territorios, el coste de la conferencia fue igual, o incluso superior, al «pago de la soldada». Así, Brandenburgo tuvo que encontrar 134.522 táleros para los diplomáticos y 162.692 para el ejército sueco, mientras que la ciudad imperial de Bremen tuvo que pagar 88.413 para los primeros y sólo 28.480 para el segundo. Pero en la mayoría de los sitios las proporciones fueron al revés.

⁶³ Heinisch, *Salzburg im dreissigjährigen Krieg*, 196 ss. Todo lo que el arzobispado de Londres y sus vasallos obtuvieron a cambio de su dinero fue libertad de residencia. El resto del imperio se vio con cargas igualmente fuertes: cf. G. Buchstab, «Die freie Reichstadt Köln und die schwedische Armeesatisfaktion», en Repgen (comp.), *Forschungen und Quellen*, 149-62.

las guarniciones imperiales. Pero las mayores dificultades llegaron con los ejércitos de campo principales. En agosto de 1649, cuando se mandó salir a los 500 hombres del ejército imperial que estaban en Lindau, hubo un motín que duró dos meses. También el ejército francés estaba inquieto. El estallido de la Fronde interrumpió el flujo de fondos a las tropas de Alsacia, e incluso el experimentado Erlach fue incapaz de evitar que sus hombres se desbocaran.

Sólo los suecos, que ocupaban una buena parte de Alemania y habían recibido el primer plazo de sus 5 millones de táleros de indemnización, parecían relativamente indiferentes a los retrasos en la desmovilización. Pero sus tropas todavía seguían devengando paga —casi 1 millón de táleros al mes— y por tal causa se fueron sumando en sus guarniciones más atrasos de lo que ellos habían esperado. En otoño de 1649 los comandantes suecos amenazaron con reabrir hostilidades si no se acordaba un verdadero calendario de retirada. Pero el 26 de junio de 1650, en medio de fuegos artificiales y del regocijo general, los delegados suecos (encabezados por el príncipe Carlos Gustavo) y los imperiales (dirigidos por el infatigable Ernesto von Traun, uno de los héroes olvidados de la guerra) firmaron un acuerdo de retirada por fases, en fechas señaladas de antemano, de todas las tropas de las zonas de Alemania no cedidas a Francia, Suecia o el emperador (véase Láminas 20 y 21).

La operación fue larga. La conferencia de Nuremberg se mantuvo en sesión hasta julio de 1651; una guarnición española permaneció en Frankentahl, en el Palatinado, hasta 1653 (cuando el emperador ofreció a cambio a Felipe IV la ciudad imperial de Besançon); y las últimas tropas suecas no se retiraron del Báltico hasta 1654. Tampoco dejó de estar acompañada la movilización de infracciones contra la paz de Westfalia, especialmente por parte del emperador. Aunque sus tropas fueron retiradas pronto de Alsacia (cedida a Francia), de Lusacia alta y baja (entregadas a Sajonia) y de los dos ducados silesios (dados en garantía a la corona sueca por deudas contraídas por Fernando III), algunos regimientos, contravieniendo claramente las cláusulas III y IV del acuerdo de Westfalia, fueron enviados a luchar a favor de España en el sur de los Países Bajos y en el norte de Italia. En todo caso, la mayor parte de las huestes imperiales, unos 25.000 hombres, se quedaron al servicio de Fernando. Algunos engrosaron las guarniciones que estaban en las provincias patrimoniales, pero la mayoría fueron a la frontera húngara que en los últimos años de la guerra había quedado peligrosamente olvidada. Los veteranos constituían,

según observaba el gobierno, «el núcleo de un buen ejército permanente», mandados por experimentados generales como Octavio Piccolomini (que había luchado en la guerra desde 1618) y Raimundo Montecuccoli (comandante de campo desde Lützen) y que más tarde demostraron estar a la altura de franceses, polacos, turcos y otros enemigos de su señor. Los regimientos retenidos en 1648, algunos de ellos con una historia colectiva a sus espaldas de treinta años, continuarían luchando por los Habsburgos hasta el colapso final del ejército austro-húngaro en 1918⁶³. Como la «madre coraje» de Grimmelshausen, muchos de los que lucharon en la guerra no conocían otra vida y no querían dejar las filas: para ellos los acuerdos de Westfalia y Nuremberg no eran más que el cierre de un capítulo, pero no el fin del cuento. Pero para el resto de la humanidad esos acuerdos marcaron el final de la guerra. Como escribió el poeta de Nuremberg Juan Vogel:

«Algo que nunca creíste
Vino a suceder. ¿Qué?
¿Pasará el camello por el ojo de la aguja
ahora que la paz volvió a Alemania?»⁶⁴.

⁶³ Sobre la desmovilización sueca véase el admirable estudio recopilatorio de T. Lorentzen, *Die schwedische Armee im Dreissigjährigen Kriege und ihre Abdankung* (Leipzig, 1894), caps. 6 y 7. Datos más recientes se ofrecen en G. Buchstab, *Reichstädte, Städtekurie und westfälischer Friedenskongress* (Münster, 1976: Schriftenreihe der Vereinigung zur Erforschung der neueren Geschichte, V), 170-7. Sobre la desmovilización de los imperiales cf. la parte III de Hoyos, «Ernst von Traun» (que se ha publicado en *Der dreissigjährige Krieg*, 169-131); y Elster, *Die Piccolomini Regimenter*, 104 ss.

⁶⁴ Citado en Closer (comp.), *Wittelsbach un Bayern*, II/2, 483. Las páginas 483-90 de este magnífico catálogo describen e ilustran cosas hechas para celebrar la paz.

Capítulo VI

La guerra en el mito, la leyenda y la historia

El poeta escocés del siglo xv Gavin Douglas terminó su traducción de la *Eneida* con un perceptible suspiro de alivio: «Aquí acaba la larga obra desesperada». Pero la historia, a diferencia de la literatura, no tiene un final claro. El significado de la guerra de los treinta años ha sido siempre, desde que acabó, tema de discusión entre historiadores y políticos y el debate ha sido muy vivo en torno a tres puntos: uno militar, otro económico y un tercero político. En cuanto al primero ha habido, inevitablemente, las tradicionales historias militares, escritas desde puntos de vista nacionalistas, que ensalzan a los heroicos jefes y a las infatigables tropas de cada ejército; pero, en contra de eso, varios autores (empezando por testigos oculares como Grimmelshausen y Moscherosch) han dejado plasmado el retrato de unos soldados que hicieron la guerra como los guerreros más brutales y sin principios jamás conocidos en Europa, dirigidos por oficiales tan incompetentes como corruptos. También el impacto económico y social de la guerra ha sido valorado de formas radicalmente diferentes. Algunos han afirmado que la guerra debilitó una economía en rápido crecimiento y tuvo efectos devastadores sin igual; otros defienden que los treinta años de conflicto no tuvieron apenas consecuencias económicas adversas. Finalmente, los pronunciamientos sobre objetivos y logros de los políticos implicados en la guerra son poco uniformes. La mayoría de los analistas no alemanes conceden poderes de previsión y prudencia casi divinos a dirigentes políticos como Oxenstierna y Richelieu, y despa- chan a sus aliados alemanes como incompetentes, sin principios y egoístas. Los estudiosos alemanes, por lo general, invierten la imagen. Después de trescientos años de discusión todavía no es posible, por desgracia, ofrecer un veredicto bien establecido sobre ninguno de los tres puntos cen-

trales. Pero, en cualquier caso, los historiadores se enfrentan ahora a más datos que antes, y por tanto está justificada una visión nueva en cualquiera de las controversias.

1. EL SOLDADO UNIVERSAL

Cuando se firmó la paz de Westfalia, los adversarios de Fernando III —Francia, Hesse-Kassel y, sobre todo, Suecia— tenían en el imperio unos 130.000 hombres. Los imperiales y los pocos aliados que les quedaban eran mucho más débiles, aunque sin dejar de ser una fuerza respetable: unos 70.000 hombres en total. Hoy tales concentraciones de hombres armados en Europa serían insignificantes; pero en el siglo XVII no tenían precedente.

¿Quiénes eran estos hombres que se pasaban la vida matando a otros? Desgraciadamente, los datos son pocos y han sido estudiados de forma nada sistemática e insuficiente, como para permitir grandes generalizaciones¹. Para empezar, no sabemos cuál era el aspecto del soldado, porque incluso la vestimenta de las tropas que hicieron la guerra de los treinta años es objeto de debate. Es posible, a juzgar por el arte de la época y por los vestidos militares que se conservan en varios museos, que (al menos en las primeras fases de la guerra) a los soldados muchas veces se les permitiera vestir como quisieran². Pero en algunos cuarteles se hicie-

¹ Hay, sin duda, excepciones: la más notable, el Krigsarkiv de Estocolmo. Además, importantes archivos militares pueden estar ahora en sitios impensables. Por ejemplo, los registros detallados de la guardia personal de Wallenstein (el regimiento de infantería del conde Julius de Hardegg) se conservan hoy en el Niederösterreichische Landesarchiv, de Viena, Herrschaft Stetteldorf, cajas 1-6. Cf. el admirable artículo basado en ellos: F. Hausmann, «Das Regiment hochdeutscher Knechte des Grafen Julius von Hardegg, seine Geschichte, Fahnen und Uniform», en *Der Dreissigjährige Krieg*, 79-67. Véase también Dubois, «Die Teilnahme des Walliser Regiment de Preux». Son las únicas historias modernas que yo conozco de los regimientos que lucharon en la guerra. Los documentos de Piccolomini, conservados antes en el castillo de Náchov y que se hallan ahora en el archivo estatal, en Zámrsrk, permitieron a Otto Elster preparar en 1903 un breve pero interesante estudio de los regimientos reclutados por Octavio Piccolomini entre 1629 y 1650 (cf. Elster, *Die Piccolomini Regimenten*).

² Sobre los uniformes, cf. Hausmann, art. cit., 129-35. Vestimentas militares de la época, reconstruidas, se exhiben en diferentes museos de Europa, especialmente en la «sala de la guerra de los treinta años» del Heeresgeschichtliches Museum de Viena y del Armémuseum de Estocolmo.

ron esfuerzos por normalizar la vestimenta y crear «uniformes». Así, cuando el duque de Neuburgo fundó la milicia en 1605, todos los hombres debían equiparse con una «dote militar similar». La guardia de la ciudad de Nuremberg, reclutada en 1619, estaba vestida toda igual; y los dos nuevos regimientos del duque de Brunswick-Wolfenbüttel, del mismo año, tenían que vestir todos de azul. Un poco después, Mansfeld y Gustavo Adolfo mandaron regimientos que eran conocidos por sus colores («el rojo» y «el azul»), aunque esto parece que se refería sólo a las banderas de las unidades. Las banderas militares de la guerra de los treinta años, la mayoría de ellas de seis pies cuadrados (con final en punta para la caballería), eran lo que más emoción provocaba por ser el único símbolo colectivo común de una compañía o regimiento. De hecho, la mayoría de los relatos contemporáneos parecen haber considerado las victorias o derrotas por el número de banderas ganadas o perdidas, y los pendones capturados al enemigo rápidamente eran ondeados en alto por los vencedores¹.

En su «manual de guerra», publicado en 1651, Juan Conrado Lavater, de Zúrich, advertía de la conveniencia de que los soldados vistieran piezas *sensibles*: zapatos, pantalones y polainas recios, un par de camisas gruesas (si no más: Gustavo Adolfo llevaba tres en Lützen), chaquetón de vacuno con impermeable para la lluvia y un amplio sombrero de fieltro. Las ropas, advertía Lavater, debían ser de corte generoso, por el calor añadido, y no debían tener forro, y pocas costuras (para no proporcionar lugares de alimento a los parásitos). Pero, en la época en que él escribía, el nivel de individualismo casi estaba desapareciendo. En 1647 el secretario de estado de la guerra francés, Michel le Tellier, ordenó que los vestidos del ejército se hicieran en una de las tres tallas —media «normal», un cuarto «grande» y un cuarto «pequeña»—, pero nada decía sobre la calidad o los colores². De todos modos, el ejército imperial ya había empezado a preferir los uniformes gris perla que se

¹ Hay una bonita colección de banderas de la guerra de los treinta años capturadas a las fuerzas del imperio y de la Liga en el Statens Trofé (una sección del Armémuseum) de Estocolmo. La colección incluye unos 4.000 objetos, casi todos del período 1610-1720, de los cuales se exponen cuarenta y cinco, entre ellos los pendones de la guerra de los treinta años.

² H. C. Lavater, *Kriegsbüchlein. Das ist grundtliche Anleitung zum Kriegswesen* (Zúrich, 1651: 2.ª ed., 1667), 63; André, *Michel le Tellier*, 339.

adoptaron de forma general en el siglo XVIII. Así, en 1645, cuando el conde Gallas hizo un pedido a sastres austríacos de 600 uniformes para su regimiento, adjuntó una muestra con el material y el color (gris pálido) precisos a que había que atenerse. También envió muestras de los cuernos para la pólvora y las cananas que habían de fabricar masivamente los abastecedores locales⁵. Que tales piezas se fabricaban de hecho masivamente, puede verse por la colección de armas y armaduras del siglo XVII que hay en el arsenal de Graz: existen aquí, listas para un uso inmediato, miles de armas, con sus complementos, todas estandarizadas en gran medida aunque realizadas en talleres diferentes. Ocho mil hombres podían ser equipados en un solo día. En Suecia se creó una factoría en Vira para producir hojas de espada para todo el ejército sueco siguiendo un modelo oficial único.

Pero una mayor estandarización quedaba fuera del alcance de la mayoría de los estados de Europa en aquel momento. En primer lugar, no toda la tropa en un ejército pertenecía al mismo dueño. Durante la década de 1640, entre los imperiales hubo unidades sajonas, bávaras, españolas y de Westfalia, y también regimientos austríacos. En segundo lugar, incluso una misma formación podía tener en su seno hombres reclutados en una amplia variedad de tiempos y sitios. En 1644, un regimiento bávaro, del que han quedado datos detallados, podía presumir de hombres de no menos de dieciséis grupos nacionales, entre los cuales los más grandes eran el alemán (534 soldados) y el italiano (217), con cantidades menores de polacos, eslovenos, croatas, húngaros, griegos, dálmatas, lorenos, borgoñones, franceses, checos, españoles, escoceses e irlandeses. Había incluso catorce turcos⁶. Aunque a todos estos hombres se les diera el mismo uniforme al entrar en el regimiento, pronto la ropa se desgastaría y tendría que ser sustituida por piezas quitadas a la población civil, aprovechadas de los muertos o conseguidas en los raros momentos de recreo bullicioso. Al no haber uniformidad, las tropas de un mismo bando se veían, entonces, obligadas a adoptar alguna marca distintiva. Los soldados de Gustavo Adolfo llevaban normalmente en sus sombreros una cinta azul con borde amarillo, y cuando formaron fuerza conjunta con los sajones, que tenían distin-

⁵ Las órdenes y muestras de Gallas se exhiben actualmente en una caja en el Heeresgeschichtliches Museum de Viena. El gris perla se adoptó como color de todos los uniformes del ejército austríaco en 1708.

⁶ Redlich, *Military Enterpriser*, I, 456.

tivos distintos, justo antes de la batalla de Breitenfeld en 1631, ambos ejércitos se pusieron en los sombreros un emblema verde (con frecuencia, una ramita con hojas o un tallo arrancado en el bosque al paso). Igualmente, los soldados habsburgos —tanto los españoles como los austríacos— podían distinguirse en todas partes por su señal roja (normalmente una pluma o una cinta). En mayo de 1632 Wallenstein ordenó que no podían llevar distintivos de otro color. Así, aunque en el guardarropa de un terminado regimiento pudiera predominar durante un período la vestimenta de un estilo concreto, a no pasar mucho tiempo los hombres se convertían en veteranos de ropas ajadas y cubiertos de polvo, o incluso en esos arlequines vestidos con mezclas de los colores del arco iris retratados por los artistas militares de la época.

Cabe extrañarse de que un hombre quisiera entrar libremente en esta clase de ejército; y, de hecho, muchos soldados servían en filas en contra de su voluntad. Las tropas de Suecia y Finlandia, por ejemplo, se reclutaban por una forma de leva conocida como *indelningsverk*, que obligaba a una comunidad determinada a proporcionar un número concreto de soldados. Muchos de ellos eran campesinos: en los voluminosos (mas hasta ahora poco analizados) registros de las fuerzas suecas y finlandesas al servicio de Gustavo Adolfo y su hija, *bönde* (campesino granjero) es, con mucho, la entrada más frecuente en los listados de enrolamiento. Provenían de pueblos como Bygdea, en el norte de Suecia, que aportó entre 1621 y 1639, 230 jóvenes para servir en Polonia y Alemania, de los que murieron allá 215 y otros cinco volvieron a casa mutilados. El alistamiento era, pues, casi una sentencia de muerte y su impacto demográfico fue profundo. El número de varones adultos en la parroquia de Bygdea disminuyó de forma constante —de 468 en 1621 a 288 en 1639—, y la edad de los censados fue bajando conforme iban siendo llamados cada vez más adolescentes, para no volver más. El impacto social fue, por tanto, grande: primero, porque el «pobre de necesidad» era el que tendía a proporcionar la mayor parte de la recluta, pero tras un poco de tiempo le llegó el turno a los hijos jóvenes de familias más prósperas y, finalmente, incluso los hijos únicos de campesinos ricos fueron llamados para morir en Alemania. En algunas poblaciones pequeñas, al final de los años 1630, todo adulto varón útil o estaba ya en filas o estaba demasiado mutilado para servir. Las pérdidas totales del ejército sueco entre 1621 y 1632 han sido estimadas entre 50.000 y 55.000 hombres; y las habidas entre 1633 y el final de la guerra, probablemente el doble. Claramente, la guerra fue causando

despoblamiento en Suecia y en Finlandia en una medida sin precedente y —al final— insostenible⁷.

Algunos otros países, que no quisieron introducir la recluta, acabaron imponiendo al delincuente el servicio militar o conmutando períodos de prisión por el alistamiento, porque pocas veces había voluntarios suficientes. Los ejércitos de España eran engrosados regularmente con prisioneros liberados. Igualmente, de los 25.000 escoceses más o menos que lucharon a favor de la causa protestante en Alemania durante la guerra un buen número eran «hombres sin amo» (es decir, desempleados); otros eran agitadores locales que los magistrados permitían que fueran raptados; y no pocos eran delincuentes: en 1629 el coronel sir James Spens recibió a cuarenta y siete reos (incluida una mujer) de la prisión de Londres⁸.

De todos modos, la mayoría de los hombres que hicieron la guerra de los treinta años —aun del lado sueco— fueron voluntarios. En tiempos normales un número desproporcionado de ellos llegaba de tres grandes áreas: las montañas, las ciudades y la propia zona de guerra. Los territorios subalpinos de Alemania, Austria y los cantones suizos siempre fueron zonas de rica recluta, y parece que siguió siendo lo mismo durante todo el siglo XVII. La importancia de las otras dos áreas —las ciudades y la zona de guerra— queda reflejada en un estudio pionero de unos 1.500 veteranos reclutados para el ejército francés antes de 1648, que sobrevivieron y entraron en los Invalides de París en los años 1670 y 1680: de los nacidos en Francia, aproximadamente la mitad venía de ciudades (en las que se hallaba tal vez un 15 por ciento de la población francesa), y la otra mitad, sobre todo de los pueblos del norte y el nordeste, cerca de los principales escenarios de la guerra. La media de edad de estos hombres alistados era de veinticuatro años, y casi una cuarta parte se enrolaban antes de los veinte años⁹.

⁷ Información tomada de J. Lindgren, *Utskrivning och utsugning. Produktion och reproduktion i Bygded 1620-1640* (Uppsala, 1980: Studia Historica Upsaliensia, CXVII, 256-7) y de otros detalles que amablemente me proporcionó el doctor Lindegren en enero de 1980. Dinamarca también introdujo la leva obligatoria en 1627, pero sólo para fines defensivos; cf. Petersen, «Defence, war and finance», 33.

⁸ G. Parker, *The army of Flanders and the Spanish Road, 1657-1659* (Cambridge, 1972, 46-7), sobre el reclutamiento español de prisioneros; *Calendar of State Papers Domestic, 1628-9*, 568, sobre lo mismo en Inglaterra.

⁹ R. Chaboche, «Les soldats français de la Guerre de Trente Ans: une tentative d'approche», *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, XX (1973), 10-24.

¿Por qué optaban por luchar? Al principio, entre los motivos de muchos voluntarios se hallaba algún apuro de una u otra clase. Reclutar era siempre más fácil en años de precios altos o de disturbios políticos y religiosos. Así, en abril de 1633, a Wallenstein se le unieron muchos reclutas protestantes de Austria movidos a alistarse por la campaña de recatolización emprendida por el emperador Fernando¹⁰. Cuando no existía una amenaza expresa de recesión económica o persecución religiosa, un alistamiento bien pagado con dinero líquido y el vestir ropa nueva, más la promesa de las pagas y el pillaje que luego habrían de venir, podían también parecer alternativa atractiva para una existencia civil en la que a veces resultaba difícil tener trabajo y sueldo y era grande el riesgo de verse sometido a saqueo o arruinado por los impuestos. Aunque la paga de un soldado era baja, con frecuencia en Alemania durante la guerra ¡era *más seguro* estar dentro de un ejército!

Pero no debemos reducir a los soldados de la guerra de los treinta años en unos cobardes deterministas económicos. Algunos explicaron con cierto detalle sus razones para alistarse, y rara vez mencionan alguna clase de apuro. En cambio, sí insisten en lo excitante y peligroso de la conducta militar, en la ocasión de conseguir gloria y en la emoción de pertenecer a un «grupo exclusivo» (que aun tenía su propio vocabulario)¹¹. Sir James Turner, un escocés que luchó para Dinamarca y Suecia, escribió que «entró en mi ánimo un deseo insaciable de ser, si no actor, al menos observador de estas guerras». Otros voluntarios, que tal vez eran impermeables a la curiosidad, podían estar movidos por lazos de amistad o de simpatía con sus oficiales: muchos de los soldados escoceses llevados por James, marqués de Hamilton, al servicio de Gustavo Adolfo en 1631 tenían el mismo apellido que su coronel; varios miembros de la familia Leslie, de Aberdeenshire, fueron a luchar juntos; y así sucesivamente. Otros hombres es posible que se vieran inducidos por considerarse obligados a alistarse si su señor se lo pedía. Toda una serie de motivos quedaron registrados por otro escocés en el servicio sueco, Robert Monro, que escribió la primera historia de un regimiento en lengua inglesa: él admitía el

¹⁰ J. Jessen, *Der dreissigjährige Krieg in Augenzeugenberichten* (2.ª ed., Múnich, 1964), 335.

¹¹ Un «vocabulario» de nueve páginas de términos militares, muchos de ellos extraños e improbables, se incluía en H. M. Moscherosch, *Wunderliche und wahrhaftige Geschichte Philanders von Sittewald* (2 vols., Estrasburgo, 1640-2), «sechstens Geschichte: Soldaten Leben». Cf. también las fuentes señaladas en Langer, *The Thirty Years' War*, 100.

deseo de viajar y de aventuras, y de experiencia militar bajo el mando de un jefe ilustre, pero por encima de todos esos motivos ponía el deseo de defender la fe protestante y las exigencias y el honor de Isabel Estuardo, la hija de su rey y viuda del «rey de invierno» de Bohemia. En más de un punto de *Monro his expedition with the worthy Scots regiment called Mackays* el autor dejó afirmada su creencia de que la «causa de Bohemia» era su principal razón para luchar, y que altos motivos religiosos explicaban por qué «tan pocos de nuestros nacionales se inclinan a servir a los potentados católicos»¹².

Esta admirable ostentación de fidelidad era, de todos modos, una ligera exageración. Hubo, de hecho, varios escoceses (e ingleses) que lucharon en ejércitos católicos, especialmente para los franceses; también hubo algunos, como el capitán Sydnam Poyntz (otro oficial que dejó un interesante relato de su servicio), que cambiaron de bando más de una vez. El propio Sir James Turner confesó más tarde que «en Alemania, sin masticarla, se había tragado una máxima muy peligrosa que los militares siguen allí en exceso, y que era que, con tal de servir al amo lealmente, no importa a qué amo sirvamos»¹³. Esta conducta fue particularmente común entre soldados luteranos, porque sus dirigentes políticos, como Juan Jorge de Sajonia, insistían (durante la mayor parte de la guerra) en la necesidad de ser leales al emperador católico. A los comandantes se les dejaba tomar ellos mismos su opción entre lealtades religiosas y políticas contrapuestas. El general Juan Jorge von Arnim, que cambió de bando con más frecuencia que la mayoría durante la guerra, lo hacía por razón de conciencia y no en busca de beneficios. El número de quienes luchaban indiferentemente por cualquier señor fue, probablemente, no mayor que en otras guerras.

La firme lealtad de oficiales veteranos como Turner, Monro y Arnim tuvo, durante la guerra de los treinta años, una importancia mayor de la usual por el modo en que estaban organizados sus ejércitos. Desde el principio la debilidad económica de los gobiernos implicados en la gue-

¹² Monro, *Expedition*, II, 62-3, 75; Dukes, «The Leslie family»; H. L. Rubinstein, *Captain Luckless. James, first duke of Hamilton 1600-1649* (Edimburgo, 1973), 26-37; y también I. Grimble, *Chief of Mackay* (Londres, 1965), 81-105.

¹³ Turner, *Memoirs of his own live and times*, 14. Es curioso, por ejemplo, que cinco de los asesinos de Wallenstein fueron, como Turner, súbditos de Carlos I: Lesley, Devereux, Geraldine, Gordon y Butler.

rra era tal que no podían permitirse reclutar ninguna clase de ejército con sus recursos ordinarios. Por eso surgió una clase de «empresarios militares», que adelantaban dinero para reclutar a oficiales en nombre del gobierno. Aproximadamente 100 individuos estuvieron operando a la vez durante la mayoría de la guerra, que aumentaron tal vez hasta 300 en el período de hostilidades mayores, en 1631-4. A lo largo de todo el conflicto se sabe que actuaron de esa forma unos 1.500 empresarios, que financiaron la movilización de uno o más regimientos para alguno de los señores de la guerra. Se dieron también algunos intentos felices de reclutar ejércitos enteros por esa vía, con un «contratista general» que se encargaba de reclutar un cuerpo de varios regimientos para un príncipe empobrecido. Aunque Wallenstein, que reclutó un ejército imperial completo en dos ocasiones (en 1625 y en 1631-2), es el ejemplo más famoso de esta clase extrema de traspaso de competencias militares, hubo otros: el conde Mansfeld al servicio de Federico IV, el marqués de Hamilton al de Suecia, o el duque Bernardo de Sajonia-Weimar al de Francia.

Este sistema de reclutamiento creó varios conflictos de lealtad entre los jóvenes oficiales y también entre los soldados rasos, ya que los empresarios, y no los señores de la guerra, eran ahora las principales fuentes de pago y beneficio. Elegir entre seguir a un general (o a un coronel), que les daba alimento y paga, o a un soberano que no les daba ninguna de las dos cosas, no era fácil. En conjunto, es sorprendente que los casos de clara traición fueran tan raros y que no se sepa de empresarios militares que reclutaran tropa sin un mandato válido y la ofrecieran luego en alquiler (como había ocurrido frecuentemente durante la Guerra de los Cien Años). Pero algunos siguieron bastante los vientos favorables. El ejército reclutado para Francia en 1635 por Bernardo de Sajonia-Weimar casi cambió de bando a comienzos de 1639 e incluso después de la muerte de su creador a finales del mismo año los «bernardinos» o «brigada alemana» (como eran conocidos estos regimientos) continuaron, hasta la paz final, luchando como una unidad semiautónoma dentro del ejército francés, mandada por su oficial más veterano, el suizo de nacimiento Juan Luis von Erlach.

La conducta de Wallenstein durante su primer generalato, dando patentes de reclutamiento en su propio nombre, no era lo mismo. Su razón era puramente financiera: dado que la hacienda imperial no podía hacer frente a los sueldos o adquirir equipamiento, el comandante en jefe se veía

obligado a encontrar personas que pudieran hacerlo, y les hacía el encargo de que lo hicieran. De esta manera los coroneles y generales daban créditos al gobierno: el propio Wallenstein le adelantó al emperador, entre 1621 y 1628, 6 millones de táleros, y sus coroneles anticipaban sumas menores a los nuevos oficiales de los regimientos que reclutaban. Esto exigía enormes recursos financieros, y no es sorprendente comprobar que varios empresarios militares fueron ricos: Bernardo de Sajonia-Weimar, cuya herencia como hijo menor era magra, se estima que en 1637 tenía una fortuna personal de 450.000 táleros (en números redondos, una tercera parte de ella en líquido, otra tercera parte en letras de cambio y la otra en un banco de París); el comandante imperial Enrique Holck, que había sido una persona pobre, volvió en 1627 a su país natal, Dinamarca, lo bastante rico como para pagar al contado por una propiedad en Funen 50.000 táleros; y el general sueco Königsmarck, que en otro tiempo había servido como paje y como soldado raso, murió en 1663 con una fortuna de 2 millones de táleros (183.000 en dinero líquido, 1,14 millones en letras de cambio y 406.000 en tierras)¹⁴.

Pero, naturalmente, tampoco el crédito de estas personas era inagotable: no podían seguir pagando a gente indefinidamente. Y en realidad tampoco podían comprometerse a pagarles mucho a sus hombres: los propios soldados de Wallenstein admitían prestar el servicio por sueldos que eran apenas superiores a los del trabajo en el campo. Por eso, los diferentes comandantes de ejército desarrollaron un complicado esquema de sacar dinero, copiado del seguido por los ejércitos holandeses y español en guerra en los Países Bajos. El primer ingrediente esencial era un ingreso regular en dinero contante (por supuesto, insuficiente) proveniente de la hacienda estatal. En una famosa carta de enero de 1626, escrita al comienzo de su primer generalato, Wallenstein informaba al ministro de hacienda del imperio que él necesitaba «un par de millones de táleros al año para sacar adelante esta guerra». Ese dinero se necesitaba para mantener el crédito

¹⁴ Redlich, *Military Enterpriser*, I, 426; K. R. Böhme, *Bremische-Verdische Staatsfinanzen 1645-76* (Uppsala, 1976), 34. Los palacios de algunos generales, como el de Wrangel (en Skökloster, al norte de Estocolmo) o los de Wallenstein (en Praga, Mnichovo Hradiste y Jicin), son todavía hoy testigos de la riqueza que pudieron llegar a acumular. Los generales nuevos ricos trajeron consigo un estilo de vida que pocos habían visto antes en el norte de Europa: el mariscal de la Gardie se ufanaba, en 1650, de haber sido él el que había introducido el lujo en Suecia.

de los empresarios militares, incluido el propio general, que habían adelantado considerables sumas a los hombres bajo su mando; no se pagaba con él directamente a la tropa. Este sistema fue objeto de agria sátira en una famosa novela sobre la guerra: *Las aventuras de Simplicísimo el alemán*. El autor, Juan Jacobo Cristóbal von Grimmelshausen, dedicó al tema un rebuscado símil, que comparaba la jerarquía del ejército en días de paga con un bando de pájaros en un árbol¹⁵. Los de las ramas más altas, decía él

«se ponían tan felices y contentos cuando el pájaro-comisario volaba sobre sus cabezas y dejaba caer un puñado de oro sobre el árbol... porque cogían todo el que podían y dejaban poco o nada para las ramas de abajo, de modo que de los que estaban posados en ellas eran más los que morían de hambre que de los ataques del enemigo».

En realidad la visión de Grimmelshausen estaba un poco distorsionada, porque los pájaros de las ramas de abajo —los soldados rasos— recibían considerables medios de sostén de otros modos. El más importante era el de un alojamiento gratis: buena parte del tiempo los soldados vivían en alojamientos más o menos confortables, con cama, servicio y puede que comida a cargo del dueño de la casa. Era una suerte, porque los soldados no tenían que malvivir por mucho tiempo en barracones o campamentos, donde tenían que aviárselas ellos solos. Como escribió en 1642 Miguel le Tellier, entonces inspector del ejército francés en Italia, «dos meses de paga y alojamiento entre los campesinos [en Francia] merece mucho más la pena [para los soldados] que tres meses de paga y barracones en Turín»¹⁶. Pero, después de un tiempo, los recursos locales resultaban insuficientes y había que completarlos. Fue la razón de introducir «contribuciones»: impuestos recaudados directamente de cada una de las comunidades vecinas que se pagaban o en dinero o en bienes que los soldados necesitaran (comida, ropa, munición, transporte). La mecánica exacta de la transferencia de bienes y servicios la elaboraban entre los funcionarios de regimiento y compañía y las autoridades locales. En zonas frecuentemente visitadas por tropas, como Franconia, existía, entre las comunidades que se hallaban en la línea de marcha prevista de un ejército, un «sis-

¹⁵ Grimmelshausen, *Simplicissimus*, libro I, cap. XVI, citado por Redlich, *Military Entertainer*, I, 370-1.

¹⁶ André, *Michel le Tellier*, 64.

tema de pronta alarma» para poder tener listas con antelación las provisiones que dicho ejército necesitara¹⁷. Si esa relación entre los administradores militares y los civiles no parecía proporcionar las provisiones necesarias, se podía acudir a contratistas de zonas no afectadas por la guerra. Algunos generales buscaron ganado al por mayor en Suiza o ropa en Inglaterra; Wallenstein organizó el suministro regular, desde sus extensas posesiones en Bohemia, de cerveza, pan, ropas y otras cosas necesarias para su ejército. Como observaría más tarde Le Tellier, «para asegurar víveres a los soldados, hay que asegurar la victoria al rey». Al final de la guerra, la mayoría de los administradores militares calculaba pagar en especie a dos terceras partes de la tropa.

Los administradores tenían también que proporcionar provisiones en masa de las pesadas armas propias de los ejércitos de mediados del siglo XVII. La mitad de la infantería necesitaba lanzas de trece pies, yelmo y armadura; el resto llevaba mosquetones de martillo de cinco pies con sus horquillas de apoyo, su tarro de pólvora, su mixto y su mecha de ignición lenta; y todos los soldados, incluida la caballería, necesitaban pistolas y espadas¹⁸. Aunque estas armas no tenían que estar estandarizadas (se esperaba que cada soldado consiguiera munición por su propia cuenta), de todos modos la tarea de equipar a un ejército de combate de 30.000 personas no era despreciable. En el sitio de Stralsund de 1628, sólo el día del primer asalto se dispararon contra el Frankentor unas 760 balas de cañón (algunas de ellas de 50 kgs de mortero); en el sitio de Kronach (en Franconia), en mayo y junio de 1632, se dispararon contra las murallas 1.260 cañonazos¹⁹. Y luego, alimentar a la multitud no se hacía con cinco bollos y un par de peces. Una ración diaria de 1 kg de pan, 1/2 kg de carne y 2 litros de cerveza (que era la que teóricamente tenían cada soldado, jinete y

¹⁷ Los sistemas de «autoprotección» están descritos por I. Bog, *Die häuerliche Wirtschaft im Zeitalter des dreissigjährigen Kriege. Die Bewegungsvorgänge in der Kriegswirtschaft nach den Quellen des Klosterverwalteramtes Heilsbronn* (Coburgo, 1952), 142-54; y G. Benecke, «Labour relations and peasant society in North-West germany c. 1600», *History*, XVIII (1973), 350-9.

¹⁸ En la «sala de la guerra de los treinta años» del Heeresgeschichtliche Museum de Viena, un expositor contiene la corta, gruesa y ancha espada de Tilly, de alrededor de 1610, junto a la larga, fina y de doble filo de Fernando III, de alrededor de 1635. Ambas son típicas de los estilos frecuentes en el momento.

¹⁹ Monro, *Expedition*, I, 68-75; M. Pusch, *Der dreissigjährige Krieg 1618-1648* (Múnich, 1978), 112-13.

oficial) suponía hacer 30 quintales de pan, matar 225 bueyes (o equivalente) y la destilación de 90.000 litros de cerveza cada día²⁰. Y luego estaban los caballos: artillería, caballería, oficiales y carros del bagaje, todos, los necesitaban, de modo que en un ejército de campo importante el total podía llegar a las 20.000 bestias, que consumían unos 90 quintales de forraje o 400 acres de hierba cada día. Y los caballos necesitaban también recambios. En la primera batalla de Breitenfeld murieron 4.000 de los 9.000 caballos presentes; en la de Lützen, el general Piccolomini sólo dejó tras sí siete caballos. Y el corpulento caballo de batalla de Gustavo Adolfo, «Streiff», llevó a su dueño a la muerte en Lützen y poco después murió herido²¹. Organizar tales concentraciones de equipamiento militar planteaba serios problemas logísticos.

Además, ningún ejército de la temprana edad moderna lo formaban sólo los combatientes y sus caballos. Muchos soldados iban acompañados de sus esposas o amantes; y todavía más, tenían sus sirvientes o lacayos²². Cuando el ejército español de Flandes volvió a los Países Bajos en 1622, después de la conquista del Palatinado, marchó directo al asedio de Bergen-op-Zoom, y tres pastores calvinistas de la ciudad sitiada dejaron escrito de forma expresiva que «nunca se había visto tan larga cola en cuerpo tan pequeño: ... ejército tan pequeño con tantos carros, caballos de carga, jamelgos, vendedores, lacayos, mujeres, niños y una turba de gente que eran más que el ejército mismo». Es posible que fuera verdad, porque, aunque los archivos del ejército de Flandes sugieren que en las guerras de los Países Bajos los seguidores nunca superaban el 50 por ciento

²⁰ Cf. M. van Crevelt, *Supplying war: logistics from Wallenstein to Patton* (Cambridge, 1977), 34 ss., y Kroener, *Les routes et les étapes*, *passim*. Naturalmente, las raciones asignadas no siempre se suministraban. Véase la queja de un pobre soldado imperial en el asedio de Múnich en 1634, lamentándose a su mujer de que recibía sólo 1 libra de pan cada cuatro días: Kuckzynski, *Geschichte des Alltags des deutschen Volkes*, 100-2.

²¹ «Streiff» —llamado así por el coronel Johan Streiff von Lauenstein, que lo vendió al rey en 1631 por 1.000 táleros— fue herido en Lützen, y murió pocos meses más tarde, probablemente por las heridas. El animal fue despellejado rápidamente y su piel, enviada a Estocolmo, donde la instalaron en una estructura de madera, siendo luego colocada en el palacio real. Allí sigue, en la Livrustkammaren, con la silla y los arneses regalados a Gustavo por su esposa en el año nuevo de 1630.

²² Chaboche, «Les soldats français», señala que sólo el 46 por ciento de los veteranos de guerra de los treinta años que más tarde llegaron a los Invalides estaban, o había estado, casados.

del total de la tropa, en 1646 dos regimientos bávaros los formaban 480 infantes acompañados por 74 criados, 314 mujeres y niños, 3 vendedores y 160 caballos, junto con 481 soldados de caballería con 238 criados, 9 vendedores, 102 mujeres y niños y 912 caballos²³.

Esta inflación de números reales elevaba los problemas de logística militar por encima de los recursos de los gobiernos europeos. Sí era posible aún mantener —combinando la financiación directa, el crédito, los contratistas y las contribuciones— una adecuada provisión de cuerpos de ejército pequeños o fijos. Así, los 2.000 soldados ingleses y escoceses que pasaron el invierno de 1627-8 defendiendo el nuevo baluarte de Cristian IV en Glückstadt recibieron realmente (y firmaron los correspondientes recibís) 313.000 kgs de pan, 33.000 kgs de queso y 36 barriles de mantequilla, 8 barriles de cordero y 7 de vaca, 8 barriles de arenques y 9.000 kgs de bacon, 37 barriles de sal y 1.674 de cerveza (la mayoría de ésta de una cochura más ligera conocida como «fermentación de regimiento»). Era una dieta bastante razonable²⁴. Pero los sistemas normales de aprovisionamiento muchas veces fallaban cuando se entraba en acción o se estaba en marcha. Con tanto que trasladar, era obligado para los ejércitos tener facilidad de acceso a ríos navegables: sólo barcos y barcazas estaban en condiciones de abastecer la guerra en el siglo XVII. Ninguna localidad podía proporcionar suficientes carros y caballos (aunque un carro grande de cuatro ruedas era capaz de transportar hasta siete toneladas de mercancía). Por eso, cuando las tropas se trasladaban fuera del sistema fluvial de Alemania, surgían serias dificultades. La noche antes de la batalla de Breitenfeld, por ejemplo, el ejército sueco durmió en el propio campo en orden de batalla; luego luchó durante siete u ocho horas, al final en medio de una nube de polvo; y después incluso de vencer no tuvo ni comida ni bebida hasta que no llegó, al día siguiente, al campamento abandonado de los imperiales, en Leipzig.

Otras veces las tropas se trasladaban con mayor rapidez que sus provisiones, recorriendo en ocasiones veinticinco millas en un día. En 1631, para atacar por sorpresa Ochsenfurt (al norte de Würzburg), hicieron una marcha de veinte millas en siete horas de noche. Era en ocasiones como esas en que los soldados dejaban atrás su tren de aprovisionamiento, cuan-

²³ C. A. Campan (comp.), *Berges sur le Soom asiégée* (1622; 2.^a ed., Bruselas, 1867), 247; Redlich, *Military Enterpriser*, I, 521-2.

²⁴ Datos tomados de Fallon, «Scottish mercenaries».

do se convertían en problema importante el saqueo, el pillaje y el expolio. Naturalmente, siempre existía para el fuerte la tentación de explotar al débil. Había un dicho en la guerra según el cual «Cada soldado necesita tres campesinos: uno para el alojamiento, otro para que le deje su mujer y otro para que le haga sitio en el infierno». Del expolio se encargaban, normalmente, los mosqueteros del regimiento, que tenían más movilidad y estaban peor pagados que los lanceros, y a veces causaban desórdenes importantes. Así, cuando el ejército sueco entró en Baviera en el verano de 1632, según el coronel Monro:

«En la marcha, nuestros soldados [*cuando llegaban a robar*] se comportaban con los Boores (o sea, los campesinos) cruelmente, cortándoles narices y orejas, manos y pies, sacándoles los ojos, y haciendo otras muchas crueldades que solían; siendo respondidos justamente por otros soldados que prendían fuego a muchos Dorpes (o sea, pueblos) que encontraban en su marcha, dejando así a los campesinos muertos donde se los encontraban»²⁵.

Pero en la mayor parte de las ocasiones los soldados de Gustavo que maltrataron a civiles fueron severamente castigados (latigazos, guardias extraordinarias o represión pública). Al menos cinco hombres del regimiento de Monro fueron ejecutados por un pelotón, y varios más, condenados a muerte por el juez militar por maltrato de la población civil: el ejército no podía permitirse enajenar la voluntad de quienes podrían proporcionar al enemigo trabajo, guías e información, así como comida y cuartel.

Normalmente, las otras razones para la ejecución militar eran la cobardía, el amotinamiento y la desertión. Diecisiete oficiales y soldados fueron decapitados en 1632, por orden de Wallenstein, por conducta cobarde durante la batalla de Lützen (la sentencia fue ejecutada en Praga en la misma plaza donde habían encontrado el mismo final, once años antes, los jefes rebeldes bohemios: coincidencia que hacía aún mayor la desgracia de los soldados). También podían ser ejecutados, *pour encourager les autres*, los comandantes que entregaban las plazas a ellos confiadas antes de que sus superiores lo consideraran necesario; e igualmente los desertores (como le sucedió a varios hombres del ejército del cardenal infante en

²⁵ Monro, *Expedition*, II, 122.

1634, que fueron cogidos volviendo a Lombardía antes de que pudieran verse implicados en las guerras de Alemania)²⁶.

El motín fue menos común, aunque los soldados alemanes tenían la tradición, cuando no les pagaban o eran maltratados, de elegir unos dirigentes para negociar con sus jefes y de no prestar sus servicios hasta que los agravios quedaran reparados. En 1633 el ejército sueco —que (según la cuenta exacta de Monro) llevaba hecha una marcha de 4.200 kilómetros desde que pusiera pie en Peenemünde tres años antes— se negó a cumplir orden alguna hasta que no se le pagaran los atrasos. En 1635 repitieron la experiencia, reteniendo durante algunas semanas al canciller Oxenstierna para fortalecer su posición negociadora. En 1638 el ejército francés se negó a cruzar el Rin, para pasar a Alemania, hasta que no recibiera algunos sueldos. Pero fueron momentos excepcionales. La reacción más usual de la tropa ante la paga escasa o las malas condiciones de vida era desertar.

Los registros militares de la mayoría de los ejércitos no recogen, por desgracia, los índices de desertión²⁷. Pero la comparación de los índices de bajas totales de regimientos franceses que lucharon en casa, de un regimiento alemán (los guardias de cuerpo de Wallenstein: las tropas de la baja Austria del conde Julio de Hardegg) y de una selección de unidades extranjeras, revela mayor número de bajas entre las tropas de recluta local (véase la Tabla 6²⁸). Esta diferencia se explica, casi con toda certeza, por desertiones, ya que las bajas de soldados extranjeros por lesiones y muer-

²⁶ AGRB, *Sécritairerie d'État et de la Guerre*, 34, f. 5v: orden del cardenal infante de 8 de julio de 1634, para que se paguen 50 escudos de recompensa a los campesinos que cogieron a nueve desertores cuando huían por Valtellina. Ejemplos de ejecuciones por cobardía se citan en pp. 172 y 198, *supra*.

²⁷ Excepción, una vez más, es el «rullor» del ejército sueco conservado en el *Krigsarkiv* de Estocolmo, que detalla las desertiones y otros motivos de bajas. Pero, por lo que yo sé, no hay hasta ahora un estudio sistemático de esta fuente.

²⁸ Fuentes: *Sveriges Krig*, IV, 124, 287-8; 453; V, 138, 548-9; VI, 423, 483; Fallon, «Scottish mercenaries», 246 ss.; Hausmann, «Das Regiment», 166; Kroener, «Truppenstärken», 197. También existen datos de las bajas de las tropas inglesas al servicio de Dinamarca: 5.013 en noviembre de 1626, y sólo 2.472 en febrero de 1627. La fuerza aumentó a 4.913 hombres en junio, bajando a los 4.707 en agosto, 4.412 en septiembre y 3.764 en octubre. En mayo de 1628 sólo quedaban 1.400 ingleses y 230 escoceses. La media mensual de bajas fue del 4 por ciento. Véase E. A. Beller, «The military expedition of Sir Charles Morgan to Germany, 1627-9», *English Historical Review*, XLIII (1928), 528-39.

TABLE 6. *Índice de bajas en una serie de regimientos determinados*

Fecha	4 regimientos ingleses				4 regimientos escoceses				3 regimientos suecos		Regim. alemán de Hardegg		10 reg. franceses de infantería	
	N.º	% mens. bajas	Hamilton & Meldrum	Hepburn	Spens	Mackay	Total	% mens. bajas	N.º	% mens. bajas	N.º	% mens. bajas	N.º	% mens. bajas
1627 jun.	4,913	} 6 } 8 } 13				2,000		} 13						
oct.	3,764					900								
1628 abr.	1,882													
may.	1,630													
1629 ag.			2,219					} 7						
1630 en.							1,900							
jun.			600			1,000								
1631 mar.				1,402	830	638								
may.				837	608			} 2						
sep.				829										
1632 mar.				1,248		518	1,300		2,577	9	apr. 1,400	6		
oct.									1,212	4	866			
1634 dic.					416	300		} 3	828		1,156	11		
feb.				936	350						654			
jun.							200							
oct.														
1635 jun.								} 20					5,571	
jul.													4,470	
oct.											1,101	9		
1636 en.											796	4		
ag.											600			

te estando en activo tendían a ser muy numerosas. Así, el regimiento escocés de Mackay, que defendía una parte crucial de las murallas de Stralsund durante el asedio de 1628, estuvo forzosamente expuesto al fuego durante seis semanas continuamente. La comida se la llevaban a los soldados a sus puestos de combate, y «no se nos permitía salir de nuestros puestos para nuestro descanso ordinario, ni para dormir». Ni aun «la vestimenta del coronel se mudó, como no fuera para cambiar una pieza o un forro». Tras estar expuestos al peligro durante tanto tiempo, de los 900 hombres del regimiento 500 fueron muertos y 300 más (incluido el propio Monro) heridos. Pero los escoceses se consideraban con suerte, porque si Stralsund hubiera sido tomado por asalto todos ellos hubieran sido matados, como las guarniciones de Magdeburgo o de Francfort del Oder en 1631, que al ser derrotadas fueron masacradas en el mismo sitio donde estaban. Tras el saqueo de Francfort, donde los defensores imperiales perdieron a 3.000 hombres y el ejército sueco a 800, se necesitaron seis días para enterrar a todos los muertos y «al final fueron arrojados a montones en grandes fosas, más de cien en cada una»²⁹.

Naturalmente, había también otras muchas causas de baja militar no relacionadas con la lucha. Cuando los cuarteles generales de Cristian IV estaban en Tangermünde, en el Elba, en 1625, «la peste del campamento le daba a uno en la nariz» (en palabras de un cronista) y, en poco tiempo, la enfermedad mermó considerablemente las fuerzas danesas. Los imperiales acuartelados en Hesse-Darmstadt durante el invierno de 1634-5, tras su victoria en Nördlingen, se vieron forzados a dormir diez y veinte en una casa; no tardaron mucho en pasar factura las enfermedades por hacinamiento³⁰. En la brigada escocesa que sirvió en Alemania entre 1626 y 1633 aproximadamente el 10 por ciento de los regimientos estaba enfermo en todo momento, y de vez en cuando las epidemias venían a aumentar dramáticamente esos índices. Por ejemplo, los escoceses que estaban de guarnición en el bajo Oder en 1631 perdieron a 200 hombres en una

²⁹ Monro, *Expedition*, I, 62, 67, 79-80; II, 35.

³⁰ W. Zahn, *Die Altmark im Dreissigjährigen Krieg*, 16. Tangermünde, que es hoy una de las ciudades del siglo XVII mejor conservadas de Europa central, tuvo que ser reconstruida por completo después de la guerra. Cuartel general de generales en catorce ocasiones y saqueada siete veces, sus 623 casas ocupadas antes de la guerra se habían reducido a 228 en 1645, y su índice de natalidad se había quedado en la mitad. Sobre Darmstadt cf. Herrmann (comp.), *Aus tiefer Not*, 123.

semana por la peste, y mayor aún era el daño causado por la fiebre de campamento (el tifus) y otras enfermedades comunes en los ejércitos de la primera Edad Moderna.

Pero siempre, al menos para las unidades extranjeras, la causa mayor de merma en la tropa era la muerte en acción. Las pérdidas en batalla parece que eran, normalmente, grandes, fuera cual fuese la duración del enfrentamiento en sí, y las tropas extranjeras iban siempre en primera línea. Si ambos bandos estaban más o menos igualados —como en Lützen en 1632, en Rocroi en 1643, en Friburgo en 1644 o en Jankov en 1645—, la matanza en el campo de batalla era terrible. Pero, por otra parte, si las partes no estaban igualadas, la derrota de la fuerza más pequeña iba seguida de una rabiosa persecución y seguramente de una gran matanza: muchos soldados fugitivos y a veces unidades enteras podían encontrar la muerte a sangre fría a manos de sus adversarios o de los campesinos del lugar. Y si las huestes derrotadas se las arreglaban para mantenerse juntas, su retirada podía convertirse en una ruina. La retirada de Gallas de Borgoña (1636) y Holstein (1642), de Baner de Torgau (1637) y de Turenne después de Tuttlingen (1643), todas ellas mencionadas antes, fueron catástrofes considerables por el número de tropas que murió en la huida.

A veces, de todos modos, la carnicería quedaba limitada por la práctica del rescate de prisioneros de guerra. Después de Jankov (1645) los vencedores ofrecieron el conjunto completo de generales imperiales por un rescate de 120.000 táleros. Después de otras derrotas menos catastróficas se acordaron rescates según tarifas hechas públicas: 25.000 táleros por un general, 100 por un coronel y así sucesivamente bajando en el escalafón. A veces simplemente se hacían intercambios de prisioneros: Torstensson (el general sueco) fue entregado a cambio del conde Harrach (el responsable de hacienda imperial). Era raro que un comandante rechazara la oportunidad de quedar libre, pero sucedió a veces. Así, Gustavo Horn, yerno de Oxenstierna, fue mantenido en prisión ocho años tras haber sido hecho prisionero en Nördlingen en 1634 (a pesar de que, en un determinado momento, Maximiliano de Baviera contempló la idea de cambiar a Horn por todos los tesoros robados de Múnich durante la ocupación sueca; pero Estocolmo no estuvo interesado en el trato). Mas los soldados rasos, especialmente los reclutados en Alemania, normalmente ni eran rescatados ni cambiados: o eran puestos en libertad tras jurar que no empuñarían las armas en contra del vencedor durante un cierto período o eran alentados a entrar a formar parte del ejército que los había cogido

prisioneros: proceso muchas veces facilitado en las últimas fases de la guerra por la presencia, en cada ejército, por lo menos de unos pocos hombres que habían luchado en todos los bandos y que podían por eso conocer a los cautivos y salir al paso de sus escrúpulos en pasar de una lealtad a otra. En 1631, incluso los italianos hechos prisioneros por Gustavo Adolfo en la campaña de Renania fueron recibidos en el ejército sueco (aunque desertaron tan pronto como llegaron a las colinas de los pies de los Alpes al verano siguiente).

De todos modos, los soldados que eran hechos prisioneros eran afortunados. Parece que pocos comandantes tuvieron mucho tiempo para sus heridos, excepto en raras ocasiones (como en el cénit del ataque sueco en el Alte Veste en 1632, cuando Wallenstein llegó a sus defensores metiendo puñados de monedas en los pliegues de la ropa de los heridos para animar al resto. Rara vez parece que hubiera atención médica para el enfermo, ni hospitales médicos o residencias para los heridos, excepto entre las fuerzas expedicionarias españolas y suecas; e incluso en tales casos los servicios prestados estaban muy por debajo del nivel mantenido (por ejemplo) por el ejército español en los Países Bajos, con su hospital militar de 330 camas en Mechelen y su residencia para pensionistas del ejército en Hall. Los ejércitos de la guerra de los treinta años sólo igualaban al ejército de Flandes en su servicio de capellanes. Las tropas estaban atendidas normalmente por capellanes jesuitas, y toda una jerarquía de pastores luteranos estaba asignada al ejército sueco que llevó a cabo la invasión en 1630. Pero, en términos de administración militar, a pesar del carácter semi-permanente de la batalla, los ejércitos de la guerra de los treinta años introdujeron muy pocas innovaciones. Incluso el famoso sistema de contribuciones de Wallenstein estaba copiada con bastante fidelidad del del ejército español, impuesto por Espínola en el Palatinado en 1620, pero originalmente concebido en los años 1570¹¹.

La única área donde la guerra produjo cambios importantes fue la de la táctica y la estrategia: no por nada Napoleón Bonaparte, confinado en Egipto en 1678-9, pidió a su gobierno que se le enviaran para leer histo-

¹¹ Sobre los capellanes jesuitas durante la guerra de los treinta años véase Duhr, *Geschichte der Jesuiten*, II, 2, cap. 6 (basada en los diarios de campaña llevados por varios capellanes); cf. Parker, *Army of Flanders*, 170-2. Sobre las contribuciones cf. *ibid.*, 142-3; y F. Redlich, «Contributions in the Thirty Years' War», *Economic History Review*, XII (1959-60), 247-54.

rias de la guerra de los treinta años. El punto de partida de las nuevas artes bélicas fue la reforma introducida por Mauricio de Nassau en el ejército holandés en los años 1590. Inspirándose en la táctica romana descrita por Aelio y León VI, Mauricio diseñó nuevas formas de despliegue de las tropas en acción. En lugar de las falanges de lanceros, con catorce o quince de profundidad, que habían hecho las batallas del siglo XVI, él dispuso las filas sólo con diez hombres de profundidad. Sus formaciones eran más pequeñas, y su impacto lo lograban más por el fuego que por las cargas con lanzas. En el ejército de Mauricio no menos de la mitad de los soldados eran mosqueteros. Estos cambios parecen simples, pero hicieron necesarios profundos reajustes en la organización militar. En primer lugar, reducir la profundidad de la línea significaba inevitablemente hacerla más extensa, exponiendo así a más hombres a la prueba del cuerpo a cuerpo; en segundo lugar, al ser la línea más delgada, se exigía a cada hombre más disciplina y más coordinación. Por ejemplo, en 1594 el ejército holandés perfeccionó la técnica de la «salva», que implicaba que toda un fila abría fuego simultáneamente contra el enemigo y se retiraba para recargar, haciendo así a continuación las nueve filas siguientes, consiguiendo de esa forma una salva de fuego continuada. Pero llevar a cabo esa maniobra en la cara del enemigo exigía una considerable fortaleza, perfecta coordinación y gran familiaridad con todos los gestos necesarios. Por eso Mauricio recuperó la instrucción practicada en el ejército romano. El diario de uno de sus asesores políticos, presente en un asedio en 1595, muestra a las tropas entrenándose casi constantemente en ejercicios, formando y volviendo a formar filas, instruyéndose y haciendo uso de sus armas. Según una edición inglesa de la *Táctica* de Aelio publicada en 1616:

«La práctica de los preceptos aelianos ha quedado durante mucho tiempo envuelta en la oscuridad y (como si estuviera) enterrada en las ruinas del tiempo, hasta que fue resucitada y sacada a la luz no hace mucho desde las provincias unidas de los Países Bajos, los cuales son en este momento la escuela de la guerra, adonde acuden los espíritus más marciales de Europa para hacer el aprendizaje de su servicio armado»¹⁷.

¹⁷ L. Mulder (comp.), *Journal van Anthonis Duyck, advocaat-fiscaal van den Raad van State 1591-1602* (La Haya y Arnhem, 1862), 636; John Bingham citado, junto con otras muchas obras, por W. Hahlweg, *Die Heeresreform der Oranier und die Antike* (Berlín, 1941), 176. Esta obra no debe confundirse con la posterior edición que hizo Hahlweg del *Kriegs-*

Este tratado fue, sin duda, el primero que llamó la atención sobre los nuevos métodos de la guerra desarrollados en la república de Holanda. La insistencia de Mauricio en la precisión y la armonía en la guerra eran reflejo de la preocupación generalizada de la época por las formas geométricas: en la construcción, en la equitación, la danza, la pintura, la esgrima o la lucha. Ya en época tan temprana como 1603 una obra militar francesa dedicó un capítulo entero a «los ejercicios utilizados en el ejército holandés», y en 1607 el primer manual de instrucción ilustrado del occidente europeo, compuesto por el primo de Mauricio, Juan de Nassau, fue publicado en La Haya con el título de *El ejercicio de las armas* firmado por Jacob de Gheyn, un bien conocido grabador. Muchas otras obras imitaron la técnica de Gheyn basada en la secuencia numerada de pinturas para ilustrar las diferentes maniobras necesarias para el manejo de las armas militares y para organizar las tropas para la guerra. En 1616 el conde Juan de Nassau abrió una academia militar en su capital, Siegen, con la intención expresa de crear un cuerpo de oficiales para el calvinismo. El primer director de la *Schola Militaris*, Juan Jacobo von Wallhausen, publicó varios manuales de artes bélicas siguiendo el modelo holandés, que era la base de toda la enseñanza de Siegen (donde la formación duraba seis meses: armas, armaduras, mapas y modelos de instrucción eran proporcionados por la escuela). Al mismo tiempo, otros autores publicaron una serie de trabajos explicando las ventajas de las fortificaciones de estilo holandés, que (como cosa característica) combinaban el máximo de eficiencia con el mínimo de coste³¹.

Pero la difusión de las nuevas artes bélicas no se dio sólo en la imprenta: a Mauricio le llegaron también peticiones de instructores milita-

buch de Nassau y que tiene un título similar: Hahlweg, *Die Heeresreform der Oranier: das 'Kriegsbuch' des Grafen Johann von Nassau-Siegen* (Wiesbaden, 1973: Veröffentlichungen der historischen Kommission für Nassau, XX).

³¹ Sobre Mauricio de Nassau y su primo véase la introducción de E. Kist a la obra de Jacques Gheyn, *The exercise of arms* (Nueva York, 1971); sobre la «escuela de guerra» de Siegen cf. L. Plathner, *Graf Johann von Nassau und die erste Kriegsschule. Ein Beitrag zur Kenntnis des Kriegswesens um die Wende des 16. Jahrhunderts* (Berlín, 1913). Sin duda se trataba de una escuela exclusiva: cuando cerró sus puertas en 1623 ¡sólo habían estado en ella 20 estudiantes! En realidad Siegen no fue exactamente la primera: al final del siglo XVI se habían creado escuelas militares de base cortesana en Tubinga, Kassel y Sedan. Sobre la difusión de las técnicas holandesas cf. F. Walker, *Niederländische Einflüsse auf das Eidgenössische Staatsdenken im späten 16. und 17. Jahrhundert: Neue Aspekte der Zürcher und Berner Geschichte im Zeitalter des werdenden Absolutismus* (Zúrich, 1979), cap. 1.

res para estados extranjeros. Brandenburgo pidió, y recibió, dos en 1610; otros llegaron al Palatinado, Baden, Württemberg, Hesse, Brunswick, Sajonia y Holstein. Incluso los suizos, de mente tan tradicional, que fueron los primeros en demostrar las virtualidades de la lanza luchando contra la Borgoña del siglo XV, se vieron obligados a tomar nota. En 1628 la milicia de Berna fue reorganizada siguiendo líneas descaradamente holandesas, con compañías pequeñas y gran capacidad de fuego, por parte de Juan Luis von Erlach, el futuro comandante de los «bernardinós». De todos modos, el discípulo más influyente de Mauricio fue, sin lugar a dudas, Gustavo Adolfo de Suecia. El propio Juan de Nassau llegó a Suecia en 1601-2 y dio algunos consejos sobre cómo podría mejorarse el ejército sueco, pero el influjo principal de los conocimientos holandeses vinieron dos décadas más tarde. En una gira por Alemania en 1620 Gustavo Adolfo vio muchas formas diferentes de organización y fortificación militares, y leyó todos los libros importantes sobre el tema. Él llevó las reformas de Mauricio un poco más allá, reduciendo la profundidad de las líneas de diez a seis filas, y aumentando su capacidad de fuego al añadir cuatro piezas de artillería ligera por regimiento (los desafortunados prototipos, que se hicieron más famosos de lo que en realidad fueron, eran piezas de tres libras hechas de metal ligero reforzado con madera y cuero). Gustavo introdujo una nueva unidad táctica, la brigada, formada por cuatro escuadrones (o dos regimientos de combate) formados en flecha, con el cuarto escuadrón en reserva, apoyados por nueve o más piezas de artillería. A cada hombre se le daba una instrucción rigurosa sobre su trabajo por parte de los numerosos oficiales e instructores. Se procuraba mantener a la tropa ocupada todo el tiempo cavando zanjas, en misiones de reconocimiento o haciendo instrucción. El propio rey impartió instrucción personal a sus tropas en la nueva disciplina: quería él mismo enseñar a los nuevos reclutas cómo disparar un mosquetón de pie, de rodillas o tendido. A las unidades reclutadas fuera se les hacía asistir a las demostraciones del «orden disciplinar sueco» realizadas por veteranos, y luego ellas mismas tenían que practicar hasta hacer las cosas perfectamente¹⁴. Esto incluía la doble salva, con los mosqueteros dispuestos de tres en fondo, la primera fila de rodillas, la segunda encorvada y la tercera de pie, listos «para descargar en

¹⁴ De Frauenholz, *Heerwesen*, I, 41; *Sveriges Krig*, VIII, 99-100 (citando un panfleto francés de 1634).

el pecho de vuestros enemigos de un golpe tanto plomo [como sea posible]... y de esa manera les hacéis más daño... porque una salva de tiros larga y continuada es más terrible y espantoso para los mortales que diez distintas e interrumpidas»³⁵.

La más importante diferencia entre las «revoluciones militares» sueca y holandesa no reside en las innovaciones, sino en la aplicación y la escala de las mismas. Mauricio de Nassau raramente hizo una batalla (y, cuando la vivió, su ejército de combate era apenas de 10.000 hombres), porque el terreno sobre el que él operaba estaba dominado por una red de ciudades fortificadas que convertían las batallas en muy irrelevantes, ya que antes las ciudades tenían que haber sido sitiadas. En cambio, Gustavo Adolfo operó en zonas que no habían conocido la guerra y ni siquiera la amenaza de guerra, durante sesenta años y, en algunos casos (como el de Baviera), incluso más tiempo. Por eso en ellas existían pocas ciudades bien defendidas —aunque, cuando las había, tenían que ser sitiadas al «estilo holandés»—, y el control de muchas áreas dependía de la habilidad para ganar batallas. La mejor publicidad que el sistema holandés pudo encontrar fue la victoria de Gustavo en Breitenfeld. Fue la clásica confrontación entre el orden de batalla tradicional, utilizado desde las guerras italianas, y el nuevo: los hombres de Tilly ordenados de treinta en fondo por cincuenta a lo ancho se enfrentaron con un ejército sueco con seis mosqueteros de fondo y cinco lanceros, con el doble de piezas de artillería. La superioridad de la capacidad de fuego era arrolladora. La artillería sueca era capaz de lanzar una bala de nueve kilogramos de hierro aproximadamente a 1.700 metros cada seis minutos; los mosqueteros de Gustavo —que representaban algo más de la mitad del total— podían repetir salvas con balas de plomo, cada una de unos veinte milímetros de diámetro, alcanzando con considerable puntería a los cincuenta metros (y con una puntería del 50 por ciento hasta los 75 metros). Los tiradores de precisión, que iban armados con «armas largas» especiales parecidas a escopetas, eran capaces de hacer blanco en distancias mucho mayores (aunque aún no hasta los 400 metros de los rifles modernos). Y estos ingenios de muerte eran manipulados por concentraciones de hombres cada vez más grandes. Durante la década de 1625 a 1635, cuando la guerra estaba en su cénit, lucha-

³⁵ Turner, *Pallas Armata*, 237. La «doble salva» fue utilizada, con certeza, en Breitenfeld, en 1631: cf. *The Swedish Intelligencer*, I (Londres, 1632), 124. Sobre los cañones de cuero cf. Parker, *Military Revolution*, 33-5.

ban por el imperio más de un cuarto de millón de hombres: más que nunca antes; a lo largo de los treinta años de conflicto, prestó sus servicios en filas un millón largo de personas. Entre estos números sin precedentes hay pruebas para apoyar cualquier idea de la verdadera naturaleza del soldado de los comienzos de la edad moderna y del impacto sobre Alemania de la guerra que ese soldado hacía.

2. LA GUERRA Y LA SOCIEDAD ALEMANA

El 11 de agosto de 1650, cuando se había ido ya el último soldado sueco, en la ciudad imperial de Rothenburg ob der Tauer tuvo lugar una celebración de paz y acción de gracias. Acompañados por músicos, los escolares de Rothenburg, muchos de ellos con guirnaldas y ramos de flores, se reunieron en la amplia plaza del mercado. Diecinueve años antes sus padres y abuelos, en aquella misma plaza, se habían arrodillado ante el temido general Tilly suplicándole que ahorrara a su ciudad la suerte de Magdeburgo. Y así lo hizo. Pero durante dos décadas Rothenburg fue un foco de actividad militar; los niños y niñas que se reunían aquella mañana de 1650 sólo habían conocido guerra. Pero ahora había llegado la paz, y los niños iban en procesión solemne desde la plaza del mercado hasta la gran iglesia parroquial, en la que cantaron himnos de acción de gracias antes de que los adultos de la ciudad, reunidos en asamblea, escucharan un ferviente discurso del pastor Juan Dümmler y luego se dispersaran³⁶.

Escenas similares pudieron verse en pueblos y ciudades de toda Alemania. La propia Rothenburg mandaba en una región de 400 kilómetros cuadrados en el suroeste de la Franconia, y en las iglesias de pueblo de su territorio se oyeron sermones de acción de gracias. Pero no en todos; no, por ejemplo, en Linden.

Situada en una arbolada zona al nordeste de la ciudad, Linden era una aldea pequeña: en 1618 Linden había tenido un total de nueve familias campesinas susceptibles de impuestos. Como otros súbditos de Rothenburg, los habitantes de Linden habían soportado frecuentes exacciones económicas desde el comienzo de la guerra, especialmente desde que los ejércitos imperial y sueco empezaron a disputarse el control de la región

³⁶ K. Holstein, *Rothenburger Stadtgeschichte* (Rothenburg ob der Tauber, 1969), 96-7.

al principio de los años 1630. Pero, en realidad, los horrores de la guerra no llegaron a las casas de Linden hasta el comienzo de 1634, cuando la zona fue ocupada por los suecos. Una tarde de finales de enero irrumpieron en la aldea veinte soldados suecos pidiendo comida y vino, echando abajo puertas y buscando objetos de valor. Dos de ellos entraron en la casa de Jorge Rösch, violaron a su mujer y la persiguieron gritando por la aldea. Los habitantes de Linden despertaron a los de las comunidades vecinas, y de todas partes empezaron a acudir a Linden campesinos por los bosques; detuvieron en ellos a los soldados y les quitaron el botín y algunos de sus caballos. Al día siguiente los soldados se dirigieron a Rothenburg para denunciar por robo a aquellos campesinos, y cuando el alguacil de Rothenburg llegó a Linden arrestó a cuatro de ellos. Pero pronto tuvo una visión más exacta de la situación, sobre todo cuando la mujer de Rösch pudo identificar a uno de sus violadores, un soldado del este de Finlandia. El alguacil fue de aldea en aldea recuperando caballos, arreos y ropas. Pero el episodio le llegó también al comandante sueco, el general Horn, quien reprendió severamente a los oficiales responsables y les recordó que los soldados no debían molestar a los campesinos¹⁷.

En 1641 no había ya campesinos a los que molestar en Linden, porque la aldea estaba deshabitada; y así siguió el resto de la guerra. Pero Linden no se convirtió para siempre en una población fantasma. En las décadas siguientes a la guerra volvieron los habitantes, y en 1690 había allí once familias, recuperando, en pocas palabras, su tamaño de antes de la guerra¹⁸.

¿En qué medida era Linden un caso típico? En 1641 funcionarios de Rothenburg realizaron una encuesta casa a casa de las aldeas de su circunscripción y su informe describió un cuadro deprimente de las condiciones de la zona. Según sus datos, el territorio de Rothenburg, que comprendía unas 100 aldeas, tenía en 1618, susceptibles de impuestos, 1.503 familias; pero en 1641 sólo quedaban 447: una pérdida del 70 por ciento. Unos veinticinco núcleos de población —la mayoría de ellos pequeños, como Linden— estaban completamente deshabitados, y algunos más se añadieron a la lista antes de finalizar la guerra. Pero a otras comunidades les fue mejor: Oberstetten, una población importante de setenta y cinco

¹⁷ H. Schmidt, «Der dreissigjährige Krieg», IV (1956), 71-2; (1958), 23.

¹⁸ H. Woltering, *Die Reichstadt Rothenburg ob der Tauber und ihre Herrschaft über die Landwehr*, I (Rothenburg, 1965), 32 (mapa).

familias, sólo había perdido cinco de ellas en 1641; alejada, al oeste, de la principal ruta de marcha, se había visto poco afectada por el tumulto de la actividad militar. En 1700 los funcionarios de Rothenburg contaron un total de 1.558 familias campesinas susceptibles de impuestos en su territorio (un ligero aumento respecto de la situación de pre-guerra)³⁹.

Los alemanes del siglo XVII eran unos escrupulosos anotadores de datos y la guerra de los treinta años cambió poco sus hábitos de meticulosa documentación. La negligencia o actos de guerra destruyeron aquí o allá algunos documentos importantes, pero han perdurado los suficientes como para contar con un gran cúmulo de datos sobre las condiciones locales de la Europa central durante la guerra. Historias como la de Linden pueden reproducirse casi de cada sitio de Alemania: por doquier los documentos describen frecuentes brutalidades de los soldados, esporádica resistencia por parte de los campesinos, cauta complicidad entre la gente, y esfuerzos desesperados de responsables civiles y militares por mantener unos mínimos de justicia y evitar el colapso total del derecho y la disciplina. También en los registros de impuestos, en los parroquiales y en otros que los funcionarios y los clérigos alemanes llevaban con el cuidado apuntado, abunda la información sobre el impacto económico y demográfico de la guerra. El historiador puede especificar cientos de poblaciones despobladas y de ciudades mermadas, al lado de cientos de pueblos y ciudades que sobrevivieron a la guerra casi intactos.

Pero, a pesar de la abundancia de datos locales, ha resultado casi imposible llegar a un acuerdo sobre el impacto global de la guerra de los treinta años en Alemania y en los países vecinos. Mas no porque no se haya intentado, ya que a lo largo de cien años los historiadores han debatido los efectos económicos, sociales y demográficos de la guerra. Tales debates fueron estimulados, en primer lugar, a mediados del siglo XIX, por dos obras literarias. Una fue el *Simplicissimus* de Juan Jacobo Cristóbal von Grimmelshausen. Aunque escrita en los años 1660, esta novela picaresca estuvo mucho tiempo olvidada hasta el siglo XIX, cuando su espeluznante descripción de la vida durante la guerra de los treinta años comenzó a atraer una amplia atención. La otra obra influyente ha sido *Bilder aus der deutschen Vergangenheit* («Imágenes del pasado alemán») de Gustavo Freytag, cuyo tercer volumen, publicado originalmente en 1859, combinaba

³⁹ H. Schmidt, «Der dreissigjährige Krieg», VI (1958), 15-16, 22; Woltering, *Reichstadt Rothenburg*, 38.

cuidadosamente detalles documentados con excesivas generalizaciones sobre la devastación económica y moral provocada por la guerra. El impacto de ambas obras fue reforzado por meticulosos escritos de historiadores, cuyas consideraciones añadieron autoridad a lo que se ha llamado el «mito de la furia omnidestructiva de la guerra de los treinta años»⁴⁰.

Pero otros estudiosos han puesto gran cuidado en rebatir este mito, valiéndose de estudios locales meticulosos para demostrar que con frecuencia se ha exagerado la cantidad de muerte y destrucción atribuida a la guerra. Todos los datos disponibles son locales o, como mucho, regionales, ya que en el siglo XVII no se hicieron censos ni se llevaron registros económicos del conjunto de Alemania. Pero la gradual acumulación de datos locales ha posibilitado al final hacer, sobre el impacto de la guerra, propuestas más fiables de lo que era viable hace cien años.

Eso es así, especialmente, en lo que respecta a los efectos demográficos de la guerra. Las antiguas estimaciones de que la guerra había destruido la mitad o dos terceras partes de la población de Alemania ya no se aceptan. Los cálculos más recientes son mucho más conservadores, indicando que la población del Sacro Imperio Romano pudo decrecer entre un 15 y un 20 por ciento, es decir, de unos 20 millones antes de la guerra a 16 ó 17 millones después de la misma. Ni tampoco las pérdidas de población fueron siempre permanentes: las décadas de posguerra asistieron a un considerable aumento de población, y algunos expertos sugieren que las pérdidas estaban compensadas ya en 1700⁴¹.

De todos modos, las cosas fueron muy distintas en las diferentes regiones. El noroeste alemán, que asistió a pocas luchas después de los primeros años de guerra, casi no perdió población, mientras que las zonas bélicas de Pomerania, Mecklenburg y Württemberg perdieron casi la mitad de sus habitantes. La pérdida de población fue siempre mayor en los pueblos que en las ciudades, cuyas murallas, normalmente, las protegían de una destrucción sin freno. El saqueo de Magdeburgo en 1631 fue un golpe

⁴⁰ R. Ergang, *The Myth of the All-Destructive fury of the Thirty Years' War* (Pocono Pines, Pa., 1956).

⁴¹ Franz, *Der dreissigjährige Krieg und das deutsche Volk*, proporciona datos fundamentales. Franz evita ofrecer estimaciones de población global para Alemania o el imperio, y la mayoría de los autores lo siguen. Pero las cifras conservadoras dadas por C. McEvedy y R. Jones, *Atlas of World Population History* (Londres, 1978), 62-72, reflejan correctamente las tendencias más modernas de pensamiento sobre el tema.

para los contemporáneos, en parte, porque era una excepción frente a la regla general. Además, en muchos casos lo que parecía una pérdida de población era en realidad una mudanza de la misma: mientras los pueblos se vaciaban, por ejemplo, las ciudades cercanas crecían con refugiados en busca de protección. Así, en 1637, al extenderse por el campo sajón la hambruna y la enfermedad, se dijo que más de 4.500 personas buscaron refugio en Leipzig, aumentando temporalmente la población de la ciudad en más de un tercio⁴².

No hay duda, de todos modos, de que Europa central conoció una generación de declive demográfico sustancial. Las causas exactas de merma de la población no siempre pueden determinarse, pero una cosa está clara: en el cuadro general las muertes debidas a la acción militar no pasan de ser un elemento menor. Fueron mucho más asesinas las carestías y las epidemias relacionadas con la guerra. Los episodios de mortalidad más espectaculares se debieron a la peste bubónica, que durante la guerra apareció en muchas partes de Europa central. La ciudad de Nördlingen en el norte de Suabia ilustra vívidamente el impacto letal de la peste. Entre 1619 y 1633 hubo una media de 304 muertes al año entre los habitantes de la ciudad, mientras que en el año de peste de 1634 ese índice se sextuplicó: murieron un total de 1.549 habitantes aparte de 300 refugiados de la ciudad⁴³. Ahora bien, sería precipitado decir que todas las muertes por peste se debieron a la guerra. Muchas enfermedades epidémicas se extendían por el movimiento de soldados o civiles infectados, pero no era el caso de la peste. Porque la peste bubónica es, en realidad, una enfermedad de las ratas que transmiten a los seres humanos las pulgas, y el ciclo de infección de las ratas depende de factores ecológicos que tienen poco que ver con acontecimientos de la sociedad humana; la vieja idea de que las ratas y pulgas infectadas viajaban en el bagaje del ejército, está descartada hoy por los demógrafos. Además, en el sitio donde se daba, la epidemia de peste tenía una duración relativamente corta, y muchas veces seguían un año o dos de rápida recuperación demográfica. En realidad, las pérdidas de población a largo plazo relacionadas con la guerra se debieron, generalmente, a enfermedades menos espectaculares pero más persistentes que se extiende por contacto

⁴² Lammert, *Geschichte der Seuchen*, 233.

⁴³ Friedrichs, *Nördlingen*, 47-9, 306-22.

humano: tifus, gripe, disentería y otras que se daban año tras año, en poblaciones cuyos habitantes estaban ya débiles por la mala nutrición y la tensión provocadas por la guerra (véase Lámina 23).

Determinar el impacto demográfico de la guerra de los treinta años es bastante difícil, pero definir los efectos económicos de la misma lo es aún más. No hay escasez, tampoco en este caso, de datos locales, pero con frecuencia la información es difícil de interpretar: utilizar los ingresos que suponían los diezmos locales, las facturas de peajes y los registros de impuestos para definir las tendencias nacionales de gasto o el nivel global de actividad económica es, en el mejor de los casos, una cuestión de azar.

Pero, si se hacen comparaciones, por ejemplo, entre 1615 y 1650, casi todas las zonas de Alemania presentan un importante descenso de la actividad económica. Hubo algunas excepciones, notables ciudades portuarias como Hamburgo y Bremen, que mantuvieron un fuerte comercio marítimo durante toda la guerra. Pero la mayoría de las ciudades y de los territorios conocieron una reducción sustancial en producción agrícola y de manufacturas y en volumen de comercio. Además, muchas familias, instituciones y gobiernos otrora prósperos se endeudaron gravemente entre 1620 y 1650.

El endeudamiento creciente fue un problema particularmente serio para los gobiernos municipales de Alemania. Antes de la guerra muchas ciudades habían gozado de cómodos superávits procedentes de impuestos y de rentas rurales. Pero después de la guerra muchas de esas mismas ciudades se encontraron fuertemente endeudadas. La razón es fácil de averiguar. Para librarse de ser conquistada y sometida a pillaje, una ciudad tenía que comprometerse una y otra vez a pagar «contribuciones» económicas al ejército asentado ante sus puertas. Y entonces, normalmente, incluso una escalada de impuestos exagerada no alcanzaba para los pagos que había que hacer; como resultado, el gobierno municipal tenía que pedir prestado (a sus propios ciudadanos, a los nobles de la región, a soldados aprovechados). Cuando la guerra terminó, acabó la exigencia de «contribuciones», pero las ciudades quedaron con grandes deudas. La deuda municipal de Nuremberg, por ejemplo, se multiplicó por cuatro, pasando de 1,8 millones en 1618 a 7,4 millones al final de la guerra⁴⁴. Pagar esos préstamos

⁴⁴ W. Schwemmer, *Die Schulden der Reichstadt Nürnberg und ihre Übernahme durch den bayerischen Staat* (Nürnberg, 1967), 8.

exigió, normalmente, décadas y mientras, las ciudades tuvieron que pagar, año tras año, grandes intereses a sus diferentes acreedores.

Fenómenos como éste fueron provocados, obviamente, por la guerra. Pero, aun así, con frecuencia hay que interpretar prundentemente las muestras de declive económico. Después de la guerra, por ejemplo, muchos gobiernos municipales y territoriales reunieron datos detallados de las cantidades que ellos o sus súbditos estaban obligados a liquidar a los soldados, a la fuerza o en virtud de una negociación. Pero esas contabilidades, a pesar de detallar hasta el céntimo, a veces dan una impresión equivocada de las pérdidas de una región. Porque, en definitiva, algo del dinero dado a los soldados volvía a circular por la economía local en forma de pago de bienes y servicios. La ciudad de Schwäbisch Hall, por ejemplo, informó después de la guerra que ella y sus ciudadanos habían soltado a los soldados un total de 3.644.565 de gulden durante la guerra. Pero el valor total de todas las propiedades personales y reales de dichos ciudadanos antes de la guerra superaba ligeramente 1 millón de gulden, y en 1652 poseían propiedades equivalentes aproximadamente a 750.000 gulden⁴⁵. Si, efectivamente, los ciudadanos de Schwäbisch Hall habían pagado más de 3 millones y 1/2 de gulden en tributos durante la guerra, buena parte de este dinero tuvo que revertir a la economía de la ciudad cuando los soldados pagaban a sus ciudadanos por la comida, el alojamiento o sus servicios⁴⁶.

De hecho, lo que en los informes locales aparece como una pérdida de riqueza con frecuencia se descubre que fue un traspaso de propiedad. Tal fue el caso, especialmente, en las zonas rurales que sufrieron un masivo —aunque, muchas veces, temporal— colapso de la producción agrícola. Muchos campesinos fueron echados cuando aparecieron los soldados. A veces, como en Linden, lucharon y volvieron. Y muchas veces confiaban en un sofisticado sistema de alarma que les anunciaba la llegada de los soldados (porque, sabiéndolo de antemano, los campesinos podían poner a

⁴⁵ Buchstab, *Reichstädte, Städtekurie und Westfälischer Friedenskongress*, 210-11; G. Wunder, *Die Bürger von Hall: Sozialgeschichte einer Reichstadt, 1216-1802* (Sigmaringen, 1980), 188-9, 269-70.

⁴⁶ Para algunos datos paralelos del noroeste de Alemania cf. Benecke, «The problem of death and destruction in the thirty years' war», 239-53. Para una importante crítica del tratamiento que hace Benecke cf. Theibault, «The rhetoric of death and destruction». Véanse también los datos de las pp. 213-8, *supra*.

salvo la mayor parte de sus animales y enseres). Como escribió un funcionario de un pueblo francón a su príncipe en 1645: «Ni uno de sus súbditos está aquí; todos se han marchado a Nuremberg, Schwabach y Lichtenau con todo lo que tenían, incluso con cosas que apenas valen un crucero»⁴⁷. Cuando el peligro pasaba, los campesinos —o sus herederos— podían volver al terruño. Pero, aun si no lo hacían, sus campos no necesariamente se quedaban para siempre sin cultivar. Porque las tierras ociosas normalmente revertían al señor, el cual, después de la guerra, con frecuencia integró esas parcelas en fincas más grandes y más productivas. Esto fue habitual, sobre todo, en el este de Alemania, donde la guerra aceleró la desaparición del campesinado autónomo y contribuyó a la formación de latifundios.

Realidades como éstas explican por qué muchos historiadores han intentado enjuiciar el impacto económico de la guerra fijándose en el largo plazo en vez de comparar simplemente datos anteriores y posteriores a la guerra. Algunos han afirmado, por ejemplo, que Alemania estaba sufriendo ya un declive económico antes de 1618 por su incapacidad de competir con las economías en alza del Atlántico. Y así, argumentan, la visible decadencia de la economía alemana durante los años de la guerra no fue más que la continuación de una tendencia a largo plazo. Otros historiadores replican que la economía alemana se mantuvo fuerte justo hasta 1618: aunque el papel de Alemania en el comercio internacional pudo disminuir ya antes, ellos insisten en que su producción agrícola y manufacturera evolucionó bien hasta el inicio de la guerra. El debate entre las que se han llamado escuelas del «declive previo» y de la «guerra desastrosa» ha sido vivo durante muchos años⁴⁸. Pero la teoría del «declive previo» parece ganar terreno porque los sucesos de Alemania se ubican cada vez más en un contexto paneuropeo: ahora se reconoce que el siglo XVII fue un período de recesión generalizada de la economía europea después de los años de expansión del siglo XVI. De hecho, un historiador reciente ha afirmado que la propia guerra de los treinta años debe verse como un fenómeno económico, íntimamente relacionado con el ciclo de expansión y recesión económica: «Como fenómeno social —dice Heiner Haan—, la guerra de los treinta años fue el resultado del crecimiento económico a

⁴⁷ Bog, *Die bäuerliche Wirtschaft*, 126.

⁴⁸ Cf. Raab, «The effects of the Thirty Years' War», 40-51.

largo plazo del siglo XVI; estuvo originada por la riqueza producida durante esa expansión, y al final destruyó esa misma riqueza»⁴⁹.

Es igualmente importante, lógicamente, fijarse en los fenómenos económicos que siguieron a la guerra. También entonces son evidentes los peligros de sacar conclusiones de la situación de 1650, ya que muchas regiones de Europa central parecen haber experimentado una rápida recuperación económica en las décadas de la posguerra: se volvieron a trabajar los campos, se reconstruyeron edificios, se volvieron a alcanzar los niveles anteriores de producción y comercio. De todos modos, la evidencia de esta recuperación queda oscurecida a veces por su corta vida, dado que en menos de veinte años Alemania volvió a caer en una serie de guerras costosas: a mediados de los años 1660 el Sacro Imperio Romano se implicó en una larga serie de guerras contra los turcos y los franceses. Estas guerras tuvieron menor impacto físico y demográfico sobre Alemania que la guerra de los treinta años, porque la mayoría de las batallas tuvieron lugar en las fronteras del imperio; pero la carga económica que supusieron fue grande. De hecho, para algunas comunidades, especialmente en el bien organizado círculo suabo del imperio, las demandas económicas de las guerras francesa y turca resultaron incluso más onerosas que las de la guerra de los treinta años.

Lo que todo esto da a entender es que la catástrofe económica y demográfica a corto plazo que tanto impresionó a los contemporáneos resulta exagerada si se la sitúa en el contexto del desarrollo global de Alemania entre, aproximadamente, 1550 y 1700. Pero la perspectiva del historiador es siempre diferente de la de la gente que vive los acontecimientos en el momento. Los alemanes que vivieron la guerra de los treinta años poco sabían o les preocupaba que el medio siglo pacífico anterior a 1618 hubiera sido un período de gradual declive económico; ni podían saber ni preocuparse de si el período de posguerra ofrecería oportunidades de recuperación o reconstrucción económicas. Porque, entretanto, ellos tuvieron que vivir con las incertidumbres y los horrores de la guerra más larga, más cara y más brutal que se había hecho nunca en suelo alemán. Para la mujer de Jorge Rösch, violada por el «soldado gordo» del este de Finlandia y su amigo el «joven soldado albino», la guerra fue una catástrofe personal⁵⁰. Para el doctor Juan Morhard de Schwäbisch Hall,

⁴⁹ Haan, «Prosperität und Dreissigjähriger Krieg», 117.

⁵⁰ Schmidt, «Dreissigjähriger Krieg», IV, (1956), 72.

que en su sesenta y seis cumpleaños, en 1630, regaló un montón de plata de la familia para contribuir a la salvación de su ciudad de la ocupación imperial, la guerra supuso un fastidioso drenaje de su riqueza y su seguridad⁵¹. Para Juan Heberle, el zapatero de Neenstetten cuyo diario recogió treinta ocasiones distintas en que huyó con su familia para ponerse a salvo en la ciudad de Ulm, la guerra fue una fuente ininterrumpida de miedos y trastornos⁵². Los alemanes que vivieron la guerra hasta el final supieron que había sido una catástrofe sin precedentes para el pueblo alemán y conocieron, mejor que sus hijos y mejor incluso que algunos historiadores de hoy, por qué la paz y la marcha de los últimos soldados suecos eran motivo de himnos de alabanza y de sermones de acción de gracias por toda Alemania.

3. LA GUERRA Y LA POLÍTICA

Hasta 1939 la guerra de los treinta años ha sido, con mucha diferencia, el período más traumático de la historia de Alemania. La pérdida de población fue proporcionalmente mayor que en la Guerra Mundial; el desplazamiento de gente y la devastación material fueron casi tan grandes como en ésta; y el trastorno cultural y económico fue mucho más duradero. Estas consecuencias sociales atraieron la atención de hombres de letra del siglo XIX, como Gustavo Freytag, y también fueron utilizadas por diferentes grupos políticos nacionalistas, que quisieron presentar la paz de Westfalia, y de hecho la guerra toda, como un crimen monstruoso perpetrado en Alemania por potencias extranjeras, especialmente Francia. Después de 1919 incluso se establecieron paralelismos entre la paz de Westfalia y la de Versalles.

Pero no es ésa la visión que tuvieron los alemanes del siglo XVIII, ni tampoco los pueblos vecinos de Alemania de los siglos XVIII y XIX. Hasta 1806, los acuerdos de Westfalia fueron ampliamente considerados como la constitución fundamental del imperio, e incluso más tarde fueron aclamados como los principales garantes del orden en Europa central. En 1866 el dirigente francés Alfonso Thiers afirmaba con toda seriedad: «El

⁵¹ J. Morhard, *Haller Haus-Chronik* (Schwäbisch Hall, 1962), 136.

⁵² G. Zillhardt (comp.), *Der dreissigjährige Krieg in zeitgenössischer Darstellung: Hans Heberles «Zeytregister» (1618-1672)* (Ulm, 1975), *passim*.

más elevado principio de la política europea es que Alemania debe estar formada por estados independientes aunados sólo por un tenue tratado federativo. Tal fue el principio proclamado por toda Europa en la conferencia de Westfalia»; y en los años 1780 Catalina la Grande de Rusia criticaba al emperador José II porque su política iba en contra del «tratado de Westfalia, que es el verdadero fundamento y baluarte de la constitución del imperio»⁵¹. Pero tal vez el elogio mayor del benéfico legado de los acuerdos de Westfalia llegó, en 1761, de la pluma del incurable romántico Jean-Jacques Rousseau:

«Lo que realmente sostiene el consistente sistema estatal europeo es el constante juego de negociaciones, que mantiene casi siempre un equilibrio general. Pero este sistema descansa sobre una base aún más sólida, el imperio alemán, que desde su posición a la cabeza de Europa mantiene controlados todos los poderes y, con ello, garantiza la seguridad de otros incluso tal vez más que la suya propia. El imperio goza de respeto universal por su tamaño y por la cantidad y las virtudes de sus gentes; su constitución, que ha aprovechado en unos conquistadores los medios y la voluntad de conquistar, es beneficio para todos y serio baluarte contra el infractor. A pesar de sus imperfecciones, mientras dure, esta constitución imperial preservará, sin duda, el equilibrio en Europa; ningún príncipe tiene que temer que otro vaya a destronarlo. La paz de Westfalia puede seguir siendo para siempre, muy bien, la base de nuestro sistema político»⁵².

Esta retórica, especialmente cuando se encuentra también en escritos de autores alemanes tan influyentes como Leibniz o Schiller, es muy persuasiva. Pero el equilibrio de poder producido por la guerra de los treinta años y garantizado por la paz de Westfalia no siguió siendo, lógicamente, para siempre la base del sistema político europeo; ni, en la realidad, resolvió todas las dificultades de Europa. Aunque, de todos modos, sí fue un gran logro, en mayor medida de lo que ha estado dispuesta a admitir la mayoría de los historiadores modernos. C. V. Wedgwood, por ejemplo, en su obra clásica de 1938, afirmaba sin rodeos:

⁵¹ Citado en M. Walker, *German Home Towns, Community, state and general estate 1648-1871* (Ithaca y Londres, 1971), 14, 15.

⁵² J. J. Rousseau, «Extrait du projet de paix perpétuelle de Monsieur l'Abbé de St Pierre», en *Oeuvres complètes de Jean-Jacques Rousseau*, III (París, Éditions de la Pléiade, 1964), 572.

«La guerra no solucionó ningún problema. Sus efectos, tanto los inmediatos como los indirectos, fueron o negativos o desastrosos... Es el ejemplo más sobresaliente de la historia de Europa de un conflicto sin sentido»⁵⁵.

Esto no es ni verdad ni justo. De hecho, la guerra llevó los asuntos de Alemania por una vía tal que nunca más ni la religión ni el imperialismo de los Habsburgos volvieron a producir allí un conflicto importante. A los gobernantes territoriales del imperio se les garantizó en sus demarcaciones el poder supremo (la *Landeshoheit*, que no era tan extensa como la soberanía), y un poder colectivo en la Dieta y en los círculos, por el que regulaban, sin intervención imperial, los impuestos, la defensa, las leyes y los asuntos públicos de interés común⁵⁶. Los temas religiosos se deciden ahora no por voto mayoritario sino por «arreglo amistoso» entre los bloques protestante y católico. La guerra de los treinta años produjo también acuerdo permanente en los territorios habsburgos austríacos. Ahora en ellos el culto protestante es escaso y los estados (excepto en Hungría) se hallaban ampliamente domesticados. Además no se produjo una reinstalación de los exiliados, de forma que al final se salvaron los territorios garantizados a partir de 1619. La «monarquía Habsburgo», nacida de unidades distintas, unas conseguidas por derecho hereditario y otras por elección, era ahora una realidad mucho más potente. Purgados de disidentes en gran medida y separados de España, los compactos territorios privados de los Habsburgo austríacos eran todavía suficientemente grandes como para seguir garantizándoles un sitio entre los principales gobernantes de Europa y manteniéndoles el título imperial hasta que el imperio fue abolido en 1806.

Éstos fueron logros sólidos y duraderos, que de ningún modo quedan empequeñecidos por el hecho de que la guerra no acabara inmediatamente en 1648 en todos los sitios. En el este, la tensión entre el emperador y los turcos fue creciendo constantemente en intensidad, y sólo la guerra entre el sultán y Venecia por el control de Creta retrasó el estallido de un conflicto importante en Hungría hasta 1663. En el seno mismo de Alemania, ciertas provisiones de la paz de Wesfalia crearon el peligro de nuevas hostilidades o de hecho las causaron. Aunque Suecia y Brandenburgo

⁵⁵ Wedgwood, *Thirty Years' War*, 526.

⁵⁶ Véase, para más detalles, Vann, *The Swabian Kreis*.

se repartieron efectivamente Pomerania en 1653, estableciendo sus propias administraciones e incluso marcando la línea fronteriza común con mojones, Federico Guillermo, en 1651, casi llegó a pelearse con el duque de Neuburgo por la partición de Cléveris-Jülich. Hubo hostilidades de menor importancia —la apodada por los contemporáneos «guerra de intimidación de Düsseldorf»—, antes de determinar exactamente las posesiones de ambos pretendientes, con disputas que duraron casi medio siglo⁵⁷. Pero la posición de los franceses en Alsacia y Lorena no se acordó tan rápidamente. En Alsacia, aunque los territorios y los derechos de los Habsburgos habían sido cedidos a Francia, las diez mayores ciudades de la zona (que también pasaron a ser francesas) seguían siendo miembros del imperio con representación en la dieta. Las complicaciones de esta situación tenían tan perplejo al gobierno de París que en marzo de 1650 fue mandado a la zona, para investigar, un enviado especial. «Vuelva usted —fue la instrucción que le dio el desconcertado Mazarino—, y tráiganos más luz de la que tenemos ahora». Pero esa ambigüedad no era casual: Isaac Volmar, el plenipotenciario imperial de Wesfalia y anterior canciller de Alsacia, pretendió que tanto Francia como el imperio siguieran teniendo el control de la zona para que «prevaleciera» el más fuerte. Gracias a esta resolución, la infeliz provincia se convirtió en campo de batalla donde chocaban Habsburgos y Borbones⁵⁸.

Pero al final Alsacia tuvo un respiro, aunque breve, en el que pudo recuperarse de la guerra de los treinta años. Lorena fue menos afortunada. Aunque quedó ratificado el control francés sobre los «tres obispados», la situación del resto del ducado, conquistado por Luis XIII en 1632-3, quedó intencionadamente sin resolver hasta que también Francia y España hicieran la paz. Asegurar un acuerdo entre estas dos potencias católicas había sido uno de los deseos más queridos de Fernando III, pero, como ya quedó indicado, el emperador se vio obligado a abandonar a su aliado: España y Francia siguieron luchando hasta la paz de los Pirineos (noviembre de 1659). Incluso después de esta fecha hubo hostilidades generadas por la guerra de los treinta años que continuaron en el Báltico, donde Rusia, Dinamarca, Polonia y Brandenburgo, todas ellas, se quejaban de las conquistas logradas por Suecia —en buena medida, a su costa— en 1648. Sólo

⁵⁷ Detalles en Opgenoort, *Friedrich Wilhelm: der grosse Kurfürst*, cap. 4.

⁵⁸ Citas y análisis tomados de Livet, *L'intendance en Alsace*, 123 ss.

la muerte, en 1660, del temible Carlos X (el anterior príncipe Carlos Gustavo, que sucedió a la reina Cristina en 1654) dejó abierto el camino para los tratados de Oliva (1660, con Polonia), Copenhague (1661, con Dinamarca) y Kardish (1661, con Rusia), que, al final, trajeron la paz al norte de Europa.

De todos modos, estos acuerdos resultaron de corta vida. Europa no llegó a entrar en una época de paz en los últimos años del siglo XVII porque tanto Suecia como Francia –los vencedores indiscutidos de la guerra de los treinta años– siguieron luchando con sus vecinos otros sesenta años. Pero las peleas en contra del imperialismo sueco y francés después de 1648 fueron diferentes, al menos en un aspecto crucial, de las guerras del siglo anterior: ya no había estrechos lazos religiosos entre los diferentes aliados. Lógicamente, la religión siguió siendo políticamente importante: por ejemplo, en 1668 permitió a Guillermo III destronar con un esfuerzo mínimo al católico James II; igualmente, el miedo a las políticas anti-protestantes de Luis XIV después de 1685 ayudaron sin duda a la unión de sus enemigos del norte. Pero la religión dejó de dominar en las relaciones internacionales, como lo había hecho antes. El más importante aliado del calvinista Guillermo en las guerras contra Luis XIV fue el católico príncipe Eugenio de Saboya, que servía a los no menos católicos Habsburgos austríacos; y en las guerras del Báltico la luterana Suecia fue humillada de hecho por una coalición de la luterana Dinamarca, la calvinista Brandenburgo, la católica Polonia y la ortodoxa Rusia.

Es difícil datar con precisión cuándo se abandona la política confesional. Cuando un observador agudo, justamente después de la conferencia de paz de Westfalia, advertía que «la razón de estado es una cosa maravillosa, porque desplaza todas las demás razones», estaba reconociendo, efectivamente, la secularización que se había instalado no hacía mucho en la política europea⁵⁹. ¿Pero cuándo empezó este proceso? Tal vez la amplitud de la «intervención extranjera» en el conflicto sea una clave, porque, sin lugar a dudas, los príncipes alemanes que de hecho tomaron sus armas a favor o en contra del emperador estaban fuertemente influidos por consideraciones confesionales. La sinceridad religiosa de Felipe V de Anhalt, de Julio Echter y de Maximiliano, de Jorge de Baden-Durlach e incluso de Cristian de Brunswick está fuera de duda. Mientras predominaron estos

⁵⁹ Schmid, «Konfessionspolitik», 222-3: de Thumshirn, representante de Sajonia-Altenburg, el 28 de noviembre de 1648.

hombres y sus apoyos alemanes, perduró también el tema de la religión. Pero no llegaron a garantizar un acuerdo duradero. Cuando la tarea de defender la causa protestante cayó en manos de los luteranos, menos militantes y menos intransigentes que los calvinistas, y cuando fueron más numerosos los intervinientes no alemanes, la primacía pasó a la «razón de estado». Naturalmente, el equilibrio no dejó totalmente fuera a la religión: Maximiliano de Baviera siguió indefectiblemente empeñado en lograr una paz católica y, aunque Federico del Palatinado murió, desilusionado, en 1632, su primo Carlos Gustavo de Pfalz-Zweibrücken tuvo la satisfacción de dirigir en 1648 el saqueo sueco del palacio imperial de Praga. Pero, a pesar de estos datos de continuidad aparente, la posición de los temas religiosos fue retrocediendo sin parar.

La reducción de este importante influjo desestabilizador en la política europea fue uno de los mayores logros de la guerra de los treinta años. Desde los años 1520, el equilibrio diplomático de Europa estuvo constantemente en peligro por las conflictivas tensiones entre las lealtades políticas y confesionales. Hay dos aspectos diferentes de este problema. En primer lugar, el aumento de las divisiones religiosas destruyó, durante más de un siglo, la cohesión interna de la mayoría de los estados. Francia, por ejemplo, estuvo paralizada por una serie de guerras civiles motivadas, al menos en parte, por la religión, durante un buen tramo del período entre 1559 y 1629. En el siglo posterior a 1540 las sucesivas monarquías inglesas estuvieron seriamente debilitadas por la no coincidencia plena de sus súbditos con la política religiosa del soberano. Excepto en Italia y España, las divisiones confesionales crearon en todos los estados grupos de súbditos que se negaban a cualquier clase de compromiso o acomodación con sus gobernantes en toda una serie de temas vitales. Las exigencias que tales súbditos planteaban no eran negociables. Ellos estaban dispuestos a llegar adonde fuera —incluso a relaciones de traición con potencias extranjeras— con tal de salirse con la suya.

Es aquí donde intervenía la segunda consecuencia política de la Reforma y la Contrarreforma. El sistema diplomático creado durante el siglo siguiente a 1450, primero en la Italia del renacimiento y luego en todas partes, posibilitó la construcción de un sofisticado y bien pensado tejido de alianzas tendientes principalmente a preservar el status quo. Grandes estados basaban su seguridad en debilitar a sus vecinos más que en dominarlos; y la tendencia de los estados amenazados era la de distraer a sus enemigos más poderosos creándoles dificultades en otros sitios. Pero el éxito

de la reforma rompió esas alianzas políticas recién establecidas. La tradicional amistad entre Inglaterra y Castilla, por ejemplo, se vio fatalmente minada cuando la dinastía Tudor abrazó el protestantismo; y la «vieja alianza» entre Escocia y Francia naufragó, igualmente, por el progreso de la reforma en Escocia después de 1560⁶⁰. Pero estas nuevas orientaciones en los asuntos internacionales no mermaron las relaciones diplomáticas; al contrario, intensificaron la creación de alianzas, el intercambio de embajadores y la firma de pactos de defensa mutua. Los períodos de relativa paz, como la década anterior a 1618, conocieron intentos frenéticos de crear alineamientos internacionales que garantizaran apoyos en caso de ataque; en guerra, los gobiernos intentaron convertir en victoria política la derrota militar ganándose más aliados en contra de sus oponentes temporalmente victoriosos. Como advirtió a su gobierno en 1619, adelantándose a los acontecimientos, el experimentado diplomático español conde de Gondomar:

«Las guerras de la humanidad hoy en día no se limitan a un duelo de fuerza natural, como en las corridas de toros, ni siquiera a meras batallas. Dependen, más bien, de perder o ganar enemigos y aliados, y es a este fin al que los buenos estadistas tienen que dedicar toda su atención y energía»⁶¹.

¿Pero con qué criterios había que elegir a estos «amigos y aliados»? Fue en ese punto donde la polarización de Europa en campos religiosos distintos resultó tan inquietante entre los años 1520 y 1640, porque la ventaja confesional y la política rara vez coincidieron plenamente. La política exterior de Francia y de la monarquía Estuardo, por ejemplo, durante la guerra de los treinta años cambió con tanta frecuencia y claridad precisamente porque no había consenso entre la élite política respecto de los verdaderos principios sobre los que debía basarse la política exterior. Algunos veían conspiraciones internacionales dirigidas contra su estado o contra su iglesia; y otros, no. Algunos vieron en la guerra una lucha por la

⁶⁰ Cf. J. Vicens-Vives, «La politique européenne du royaume d'Aragon-Catalogne sous Jean II (1458-79)», *Annales du Midi*, LXV (1953), 405-15; y J. Wornald, *Court, Kirk and Community: Scotland 1470-1625* (Londres, 1998), 100-2.

⁶¹ *Documentos inéditos para la historia de España*, II (Madrid, 1943), 140: Gondomar al rey, el 28 de marzo de 1619.

libertad religiosa; otros se negaron a ver nada más allá de los temas específicamente políticos. Richelieu en contra de los *dévots*, Buckingham en contra de los defensores de la «causa protestante»: durante los años de 1620, en particular, la postura de los gobiernos francés y británico frente a Alemania fue siempre veleta de facciones.

Es evidente que esta tendencia a la inconstancia política —que puede observarse también en La Haya, Viena, Madrid y otros sitios— ayuda a responder la cuestión de «por qué la guerra de los treinta años duró tanto tiempo». Pero hay otras explicaciones. Algunos historiadores eminentes han encontrado la causa en factores sociales y económicos a largo plazo, como el desajuste económico provocado por unas excesivas producción y población en las primeras décadas del siglo o una crisis climática o la amplia destrucción y el gran despoblamiento causados por la propia guerra. Existen, efectivamente, bastantes pruebas en este sentido. Casi toda Europa se vio afectada por lo que se ha llamado «la crisis general del siglo XVII», una combinación de cambios económicos, sociales, climáticos, políticos e intelectuales que enfrentó a gobiernos con gobiernos y a gobiernos con gobernados, y así en otros terrenos⁶². Pero ninguna de esas fuerzas, por sí sola, pudo hacer que la guerra durara treinta años. Y, en cualquier caso, muchos de los argumentos que se aducen para apoyarlo no resisten un análisis más metódico. Como han demostrado con solvencia Gerhard Benecke y Christopher Friedrich, incluso los aparentemente inequívocos informes posbélicos de destrucción material no pueden considerarse del todo fiables: las precisas estimaciones de daños presentadas guardan silencio, extrañamente, sobre muertes y lesiones causadas por la guerra y, en cambio, se dedica espacio a un minucioso catálogo de los muebles, prendas o ladrillos destruidos o perdidos. En algunos casos los daños denunciados excedían con mucho a la riqueza total de la comunidad

⁶² Véase G. Parker y L. M. Smith (comp.), *The general crisis of the seventeenth century* (2.^a ed., Londres, 1997), caps. 1, 2 y 11. Para datos detallados sobre el clima en Alemania durante los años de la guerra cf.: W. Lenke, *Klimadaten von 1621-1650 nach Beobachtungen des Landgrafen Hermann von Hessen* (Offenbach, 1960: Berichte des Deutschen Wetterdienstes, n.º LXIII, vol. 9). El landgrave, aunque carecía tanto de barómetro como de termómetro, dejó el registro de observaciones continuadas, en Kassel y (después de 1640) en Fulda, cuatro veces al día desde 1635 hasta 1650 (excepto un año perdido: 1645). Sus datos son clara prueba de un clima más lluvioso y frío que el de hoy, especialmente en los años 1640. En 1648 hubo 157 días de lluvia, nieve u otra clase de precipitación; en 1649, 147 días, y en 1650, 179.

en cualquier momento del siglo. Como la «madre coraje» de Brecht, las autoridades de la Alemania de posguerra estaban dispuestas a vender a sus hijos para beneficiarse⁶³. Aún hoy quien visite los territorios del antiguo Sacro Imperio Romano se encontrará con numerosos edificios que perduran y que son de la época de la guerra o inmediatamente después, cuando supuestamente Alemania estaba por los suelos: las nuevas iglesias y el palacio de Neuburgo, en el Danubio, comenzaron en 1640; los bellos edificios y fortificaciones, de la época de la guerra, de Augsburgo, Münster, Ulm y Nördlingen, y de muchos más sitios. Y antes de los bombardeos de 1939-45 debía haber bastantes más. Los diarios que nos han dejado los viajeros que visitaron Alemania después de 1648 —como los ingleses Edward Brown y Philip Skippon, que viajaron por el imperio a comienzos de los años 1660— hacen continuas referencias a edificios construidos durante la guerra, y rara vez, si es que hay mención alguna, se refieren a huellas de devastación o desastre. De hecho, si sus relatos fueran la única fuente de información disponible, ¡nunca se adivinaría que allí había tenido lugar una guerra importante! Hasta las depredaciones de los ejércitos de Luis XIV Alemania tuvo una recuperación económica sorprendente (a pesar de que la «crisis general» continuó en otros sitios)⁶⁴.

Otras explicaciones de la larga duración de la guerra de los treinta años se han fijado menos en la incompetencia de los ejércitos y más en la ineficacia de los gobiernos que los reclutaban. Una vez formados, se dice, a los ejércitos no se les podía pagar, ni se los controlaba u organizaba para conseguir victorias rápidas y decisivas; y por eso la guerra se eternizó. Una vez más, existen datos para apoyar esta tesis. Richard Bonney, en su admirable estudio sobre el juego de relaciones entre economía y política en la primera Francia borbónica, ha puesto de manifiesto que el gobierno francés hubo de alterar o abandonar una y otra vez por culpa de su debilidad económica objetivos que se había propuesto. Toda la política de «guerra de diversión» entre 1629 y 1635 se hizo necesaria, principalmen-

⁶³ Cf. G. Benecke, *Society and Politics in Germany 1500-1700* (Londres, 1974), 234-9, y pp. 278-82 *supra*.

⁶⁴ P. Skippon, «An account of a journey through the Low Countries, Germany, Italy and France», en A. Churchill (comp.), *A collection of voyages and travels*, VI (Londres, 1732), 418-84. Véase también Friedrichs, *Nördlingen*, caps. 2, 4 y 5. Hay que admitir que el estándar de vida general no recuperó el nivel de preguerra en la mayoría de las zonas hasta después de 1700, pero ello se debió en gran medida a Luis XIV.

te, por la falta de fondos para poder implicarse de lleno; y en 1647-8 el tempo de las conversaciones de paz de Westfalia fue deudor en medida crítica de la situación de la hacienda francesa⁶⁵. El ritmo de las intervenciones española, danesa e inglesa, como se ha visto en los capítulos anteriores, también dependió en gran medida de consideraciones económicas. Está claro que todos esos estados se embarcaron en una guerra que estaba por encima de sus medios; y por eso hacían lo posible por lograr algún parón. Ahora bien, bastante sorprendentemente, no sucedía así en todos los casos. Suecia, el emperador, Baviera y Hesse-Kassel, todos ellos, se las arreglaron para mantener en el campo de batalla grandes ejércitos hasta el final de la guerra sin dar pie a una ruina interna. Es verdad que la posición financiera de Fernando II a comienzos de los años 1630 se hizo precaria; pero, aparte de ese breve temblor, desde 1625 hasta 1648 (y, lógicamente, más tarde también) la corte imperial llevó adelante constantemente las operaciones de hasta 50.000 hombres en combate. La carga impositiva de los súbditos de los Habsburgos creció inexorablemente: impuestos sobre la propiedad, sobre los productos (especialmente el vino), sobre los bienes de lujo, sobre la nobleza y sobre la salud; pero, después de la revuelta del Austria interior en 1635, no hubo resistencia organizada parecida a la de Normandía contra Richelieu o la de Cataluña o Nápoles contra Olivares. Igualmente, Suecia mantuvo desde 1630 hasta 1650 un ejército incluso mayor (aunque su pago se atendía en parte con subsidios extranjeros y las provisiones, en su mayoría, se tomaban a la fuerza de los territorios ocupados y no de la patria). Pero tal vez la fuerza más notable era el ejército de Hesse, que en 1648 tenía guarniciones en cuarenta y tres baluartes —casi tantos como Francia— y, sin embargo, carecía de base patria, porque Hesse-Kassel había sido ocupado por fuerzas enemigas en los 1630 y luego había sido devastado en gran medida⁶⁶. Ciertamente Hesse rara vez fue actor importante en el drama, pero, por encima de los demás, fue quien demostró que puede convertirse en realidad la máxima *bellum se ipse*

⁶⁵ Bonney, *The King's Debts*, 126-7, 200, 202-5.

⁶⁶ Cf. Beck, *Der hessische Bruderzwist*, para un relato sucinto y reciente de las últimas etapas de la guerra desde el punto de vista de los de Hesse. Como en los territorios habsburgos, la guerra tuvo aquí sus deletéreos efectos económicos, pero fueron menos graves de lo que se habría esperado. Véase, para una zona, R. Sandgruber, «Zur Wirtschaftsentwicklung Niederösterreichs im 16. und 17. Jahrhundert», *Unsere Heimat*, XLV (1974), 210-21.

alet. En la medida en que una gobernante como Amalia de Hesse, casi sin territorio, era capaz de mantener en armas a 10.000 hombres o más, a pesar de sufrir veinticinco años de continuas hostilidades de parte del Sacro Emperador Romano, la guerra en Alemania, efectivamente, podía durar para siempre.

De todos modos, Hesse, aunque podía ondear su propia bandera, carecía de fuerza para ganar la guerra. El ejército sueco, con todas sus grandes victorias, no llegó a imponer una rendición incondicional al emperador: ni Breitenfeld ni Wittstock ni Yankov produjeron la ruina total de los imperiales. Incluso la campaña de 1648, en la que el ejército sueco pareció casi conquistar Praga, es probable que tampoco hubiera resultado decisiva militarmente: Praga había caído antes dos veces (en 1618 y en 1631), y dos veces había sido recuperada; en 1645-6 Viena también parecía condenada, y sin embargo sobrevivió intacta. Hacía falta algo más que la conquista de una o dos ciudades para poner fin a la guerra de los treinta años.

Se había establecido, parece, una situación de parálisis militar y política. Era un dato de la máxima importancia, porque al quedar la capacidad militar de una victoria total fuera del alcance de cualquier potencia o grupo de potencias y al estar tan equilibradas las ideas en conflicto de orden político y religioso, los planes quijotescos y los temperamentos veleidosos de políticos incluso de rango menor llegaron a influir de forma desproporcionada en el curso de los acontecimientos. La prosopografía de los príncipes y prelados de comienzo del siglo XVII puede no ser ni edificante ni atractiva, pero es central para tener una comprensión realista de la naturaleza de la guerra. Su libertad de acción era impresionante, y se refleja en la casi divina posición que les reconocían sus súbditos. Merece la pena citar la oración fúnebre en honor del landgrave Jorge de Hesse-Darmstadt en 1661:

«Igual que el sol en los cielos está hecho y formado por Dios y es una obra realmente maravillosa del Altísimo, así los reyes, príncipes y señores están colocados y ordenados por Dios dentro del estado secular. Por esa razón pueden ser llamados también ellos dioses»⁶⁷.

⁶⁷ Citado por L. W. Forster, *The Temper of Seventeenth-Century German Literature* (Londres, 1952), 9. Cf. panegíricos similares de teóricos de la política y predicadores de Inglaterra citados por J. N. Figgis, *The Theory of the Divine Right of Kings* (Londres, 1894), caps. 7, 8 y 9.

El landgrave Jorge, el último de los participantes importantes en la guerra en morir, también parece haber sido uno de los menos atractivos. Físicamente cobarde, vengativo frente a su primo Mauricio más abierto y cultivado, sin embargo la fuerza de voluntad de Jorge tuvo un papel crucial en la guerra. Fue su incansable diplomacia entre 1630 y 1635 la que, más que cualquier otra cosa, convenció de hecho a su suegro, Juan Jorge de Sajonia, para hacer la paz con el emperador, creando así una fatal división entre los seguidores de la causa protestante. No acababa de aterrizar en Alemania Gustavo Adolfo cuando el landgrave Jorge presentó a la asamblea de Regensburg los «puntos de Hesse»; al no encontrar apoyo, intentó —a pesar de Breitenfeld— entablar negociaciones con el emperador. Casi al mismo tiempo, el irresistible avance sueco hacia el Rin lo obligó a mantenerse en el campo de Gustavo, pero Jorge procuró repetidamente zafarse mediante nuevos arreglos con los imperiales: en Colonia en 1632, en Leitmeritz en 1633, en Pirna en 1634 y, finalmente (y también felizmente), en Praga en 1635. ¿Y qué buscaba el landgrave con su permanente ofensiva de paz? Sin duda, deseaba restablecer la paz en el imperio creando un frente unido de príncipes alemanes en contra de todos los adversarios extranjeros. Pero para reforzar esa idea política estaba también el afán confesional: él creía profundamente que los efectos del calvinismo, que recientemente se le reconocían en Hesse-Kassel y en Brandenburgo, había que pararlos. Pero estos altos motivos públicos en manera alguna excluían ambiciones territoriales privadas: Jorge también deseaba salvaguardar las conquistas hechas a sus enemigos internos en los años 1620 y, sobre todo, asegurarse de que Hesse-Kassel (el más antiguo aliado alemán de Suecia) jamás volvería a recuperar su posición de preeminencia. Dada la situación territorial de Darmstadt —rodeada de vecinos católicos y calvinistas y con sólo el 25 por ciento de Hesse (frente al 50 por ciento para Kassel)—, la única garantía de futuro para el landgrave parecía estar en una absoluta lealtad al emperador y una inquebrantable alianza con la Sajonia electoral⁶⁸.

Este oportunismo constante y deliberado fue característico de la élite política alemana durante la guerra de los treinta años. Tal vez se haya prestado demasiada atención a la aparente irracionalidad de los dirigentes del

⁶⁸ La política de paz de Jorge es analizada con sensibilidad en Frohnweiler, «Die Friedenspolitik Landgraf Georgs II», especialmente pp. 163-70.

Palatinado después de 1618, con un Federico V abrazando el destino que le habían ofrecido los estados de Bohemia y Cristian de Anhalt. Subrayar los elementos mesiánicos en la política del elector es superficialmente atractivo, porque los mesías tradicionalmente vienen a traer no la paz sino la espada. Ahora bien, Federico estuvo asesorado no sólo por el impetuoso Anhalt, sino también por los experimentados Camerarius, Dohna y Rusdorf. La media de edad de sus principales asesores en 1619 era de cincuenta y siete años: difícilmente podían ser unos muchachos testarudos. Si estaban a favor de la intervención en Bohemia, es porque se trataba de una medida preventiva: se evitaba con ella que los Habsburgo compusieran su fuerza y la utilizaran un día en contra del Palatinado. John Donne, muy lejos de ser un hombre impresionable, visitó Heidelberg justo antes de que Federico partiera para su nuevo reino, y pronunció un sermón de despedida con el título «Ahora nuestra salvación está más cerca de lo que creíamos», con gran énfasis (y además alargándola) en la palabra «ahora»⁶⁹.

Pero hacían falta algo más que sermones para movilizar a otros príncipes protestantes. Las costumbres disolutas de Cristian IV de Dinamarca lo dejaban muchas veces en inferioridad y, en ocasiones, fuera de juego. Hacía fuertes apuestas (a lo largo de 1625, el primer año de su intervención en Alemania, ganó 1.007 táleros y perdió 1.510); era promiscuo y acababa regularmente borracho durante dos o tres días (en la década de 1600 se pasó entre dos y tres semanas cada año intoxicado, según los diarios de sus cortesanos. Véase la Lámina 24). Y la edad no debilitó su capacidad. «En esto consiste —se quejaba un enviado inglés a Copenhague en 1632— la vida de este rey: en beber todo el día y yacer con una puta cada noche»⁷⁰. Juan Jorge de Sajonia, por su parte, encontraba solaz en beber y en cazar cuando se enfrentaba con los problemas políticos y religiosos im-

⁶⁹ G. R. Potter y E. Simpson (comp.), *Sermons of John Donne*, II (Berkeley y Los Ángeles, 1955), 250-68. El doctor Donne comenzaba: «No hay palabra más comprensiva, que abarque más, en toda la religión, que la primera palabra de este texto: AHORA». La preocupación por el tiempo, y en particular por lo inmediato, era común a la mayoría de los escritores del momento. Eso se refleja en la popularidad de la poesía lírica, sonetos y epigramas (que tienden a captar una emoción, una idea o un hecho casi momentáneos, aislándolos de la corriente del tiempo), y en los poemas laudatorios escritos para subrayar el carácter único de casi todo acontecimiento, incluso trivial.

⁷⁰ Detalles en E. L. Petersen, «Conspicuous consumption: the danish nobility of the seventeenth century», *Kwartalnik historii Kultury materialnej*, I (a99982), 64-65."

portantes del día. Este Nemrod teutónico proclamaba haber abatido personalmente más de 150.000 animales; sus proezas de Baco están, tal vez afortunadamente, sin cuantificar. Pero las presiones sobre Juan Jorge fueron realmente grandes. Por una parte, a lo largo de los años de 1620 el emperador jugó con la obligación luterana de obedecer a los poderes establecidos y con el odio de Juan Jorge hacia el calvinismo. Por otra parte, el miedo de Sajonia y la incertidumbre sobre el futuro del luteranismo si los católicos derrotaban a todos sus enemigos fueron explotados por Gustavo Adolfo y por la corte en el exilio del Palatinado. No es de extrañar que el elector se diera a la bebida; no es de extrañar que en 1651 repartiera sus territorios entre sus cuatro hijos, asegurándose así de que ninguno de ellos tendría que afrontar las decisiones agónicas que a él abrumaban.

No todas las grandes cuestiones que tenían ante sí Juan Jorge y sus contemporáneos pudieron, de hecho, tener soluciones inmediatas. Aunque es posible haber esperado más resultados de un conflicto general como éste, mantenido además durante tanto tiempo, puede decirse que casi todos los problemas manejables del momento quedaron en realidad resueltos, y que quedaron sólo los que estaban por encima de las capacidades de hombres mejores que el bebedor elector de Sajonia. Parte de la dificultad para ver lo que hicieron los príncipes alemanes se debe a la inevitable tentación de comparar su fuerza política con la de los dirigentes extranjeros. No hubo, lógicamente, indecisiones, cabe Zúñiga y Olivares, Richelieu y Mazarino, Oxenstierna y Gustavo Adolfo. Pero la razón de la diferencia es evidente: la guerra alemana no se hacía en las puertas de su casas. «Ganemos o perdamos —como una vez observó Oxenstierna—, no es nuestra guerra». Él podía permitirse tener una visión más amplia, más alejada, de los acontecimientos, simplemente porque no sentía la amenaza directa de los mismos. Excepto tal vez en 1628-9, Suecia nunca estuvo en peligro de ser invadida desde Alemania; ni lo estuvo, excepto en 1636, Francia, y mucho menos España. Por eso los dirigentes extranjeros podían perseguir sus objetivos resueltamente por todos los medios a su alcance. Oxenstierna pudo trabajar durante catorce años en minar la paz de Praga; Richelieu y Mazarino pudieron continuar luchando, al menos en teoría, hasta que sus enemigos —o incluso el conjunto de Alemania— se vinieran abajo por agotamiento. Pero, al faltarles el poder de esos gobernantes extranjeros y al estar la guerra arrasando todo alrededor de ellos, los príncipes del imperio no podían hacer lo mismo.

Fuerte o débil, gracias a la parálisis de los mecanismos políticos normales, la determinación personal o los prejuicios de los individuos tuvieron por ello un efecto decisivo en el curso de la guerra de los treinta años. No todos eran hombres nacidos para gobernar: la actitud de Lorenzo de Brindisi frente a los problemas de Donauwörth condujo, de hecho, a la formación, primero, de la Unión y, más tarde, de la Liga; Oñate y Zúñiga, ambos, contribuyeron a hacer de la rebelión de Bohemia en una guerra importante; Lamormaini minó sin descanso las victorias de los Habsburgos con su insistencia en el edicto de restitución. En un análisis final, fueron estas figuras concretas, y un simple puñado de otros personajes como ellas, quienes mantuvieron a los ejércitos en lucha e hicieron de la guerra de los treinta años lo que fue.

Abreviaturas

AGRB	Archives Générales du Royaume, Bruselas, Bélgica
AGS	Archivo General, Simancas, España
AMAE	Archives du Ministère des Affaires Étrangères, París, Francia
ARA	Algemene Rijksarchief, La Haya, Holanda
BGSA	Bayerisches Geheimes Staatsarchiv, Múnich, Alemania
BL	British Library, Londres, Inglaterra
BNM	Biblioteca Nacional, Madrid, España
KrA	Krigsarkivet, Estocolmo, Suecia
NLS	National Library of Scotland, Edinburgo, Escocia
PRO, S.P.	Public Record Office, Londres, Inglaterra; State Papers Collection
RAC	Rigsarkivet, Copenhagen, Dinamarca
ZSM	Zentrales Staatsarchiv, Merseburg, Alemania

Láminas

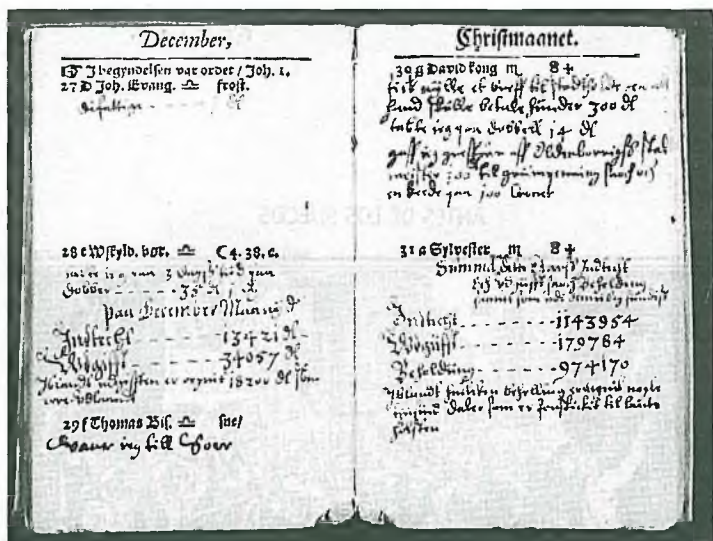
ANTES DE LOS SUECOS



Stürmung der Jüdingasse zu Frankfurt am Main.

LÁMINA 1: El motín de Fettmilch en Francfort (1612-1616). La revuelta de los ciudadanos de Francfort, que comenzó en 1612 durante la celebración de la elección de Matías para emperador, tuvo el doble carácter de antipatricia y antisemita. Al principio los habitantes, dirigidos por el panadero y dulcero Vicente Fettmilch, reclamaban un consejo de la ciudad más democrático y la expulsión de la numerosa población de judíos que había en la ciudad (los cuales, pensaban muchos, sacaban ventajas poco limpias de la protección que les dispensaba dicho consejo). En 1614, a la vista de que los miembros del consejo se negaban a seguir sus solicitudes, los ciudadanos los depusieron y asaltaron el gueto judío (como se ve en la estampa). Todos los judíos fueron expulsados de la ciudad. Pero estos nuevos desórdenes obligaron al emperador a intervenir, y de hecho Fettmilch fue abandonado por sus seguidores, y su movimiento se vino abajo. En 1616 fue ejecutado, y los patricios volvieron al poder. Los desórdenes no fueron sino el ejemplo más extremo de la tensión que se vivía entre los consejos y los ciudadanos, que desembocó en violencia en una serie de ciudades alemanas en los años anteriores a la guerra (véase Mapa 1).

J. L. Gottfried, *Historische Chronica* (Francfort, 1633), p. 1142. Cortesía del Historisches Museum de Francfort.



LAMINA 2: Las finanzas de Christian de Dinamarca (1618). El libro diario holografiado de Christian IV, al día de antes del Año Nuevo de 1618, con un resumen de su situación financiera (en *daler* daneses). Traducido, el texto dice:

«Totales de los ingresos y gastos de este año, así como del Remanente, registrados en este libro:

Ingresos.....	1.143.954
Gastos.....	179.784
Remanente.....	974.170

El remanente incluye algunos miles de *daler* que han sido enviados a Holsteins.

Esta situación financiera extraordinariamente boyante —de la que el único testimonio es el libro diario del rey— ayuda a explicar por qué el rey de Dinamarca fue tan constantemente cortejado por los seguidores de Federico del Palatinado.

Rigsarkivet de Copenhagen, Kongehuset arkiv: Christian IV.

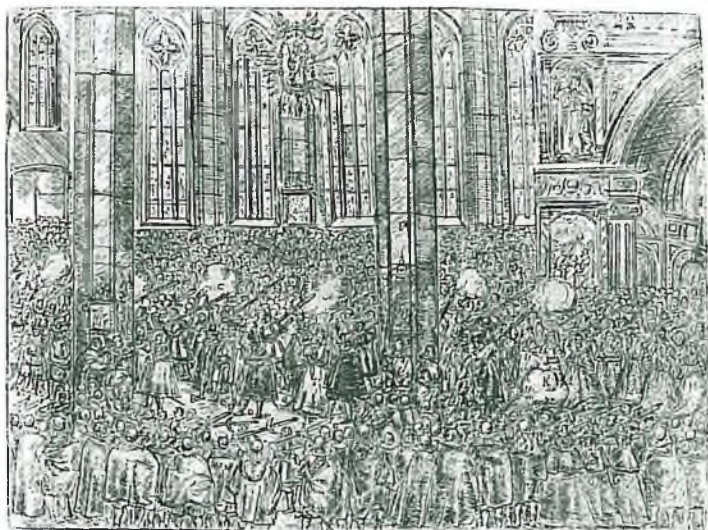


LÁMINA 3: Boda de Neuburg (12 de noviembre de 1614). Si en 1613 la «boda del año» protestante fue la de Federico del Palatinado con Isabel Estuardo en Londres, su equivalente católico fue, sin duda, la de Wolfgang Guillermo, heredero del ducado de Pfalz-Neuburg, con Ana Magdalena, hermana de Maximiliano de Baviera, en Múnich. La lámina, una de un conjunto de doce (debido a Wilhelm Peter Zimmermann, de Augsburgo) que conmemoran los festejos, muestra a los recién casados saliendo del templo entre salvas de mosquetones. La boda vino a consolidar la adhesión de Wolfgang Guillermo a la causa católica —había dejado la fe luterana sólo en el mes de julio anterior— y también sirvió de garantía del apoyo de Baviera a las pretensiones de Neuburg respecto de la sucesión en Cléveris-Jülich. Múnich, Staatliche Graphische Sammlung, 94.451.





LÁMINA 5: *El general Tilly con los jesuitas en la hilandería (1632).* Para los propagandistas protestantes la amenaza imperial y católica la representaba Tilly más que Wallenstein; y fue objeto de innumerables impresos y hojas satíricos, especialmente cuando empezaron sus infortunios con la batalla de Breitenfeld. Este salvaje sátira, por ejemplo, muestra al anciano general rodeado de jesuitas y monjes en una decrepita hilandería. No siendo ya capaces de hilar, han quedado ahora para hacer escobas, como las viejas del pueblo. Wolfenbüttel, Herzog-August-Bibliothek, *Sammlung Illustrierte Einblattdrucke*, JH 170.

◀ LÁMINA 4: *Entrega de Bautzen a Juan Jorge de Sajonia (1620).* Aunque lo que más suena es el apoyo de Baviera a la causa habsburga en 1620, también fue importante la campaña de Sajonia en ayuda de Fernando II. Aunque, en gran medida, fue incruenta. Mientras Maximiliano se abría camino hasta Praga a través de Austria superior y de Bohemia, Juan Jorge ocupaba, sin apenas sangre, Silesia y Lusacia. Sólo la capital lusaciana, Bautzen, opuso una seria resistencia y (como recoge la estampa) no duró tampoco mucho. Los defensores se vieron pronto obligados a rendirse formalmente al recio elector.

J. P. Abelinus, *Theatrum Europeum*, I (Frankfort, 1639), pp. 421-2.

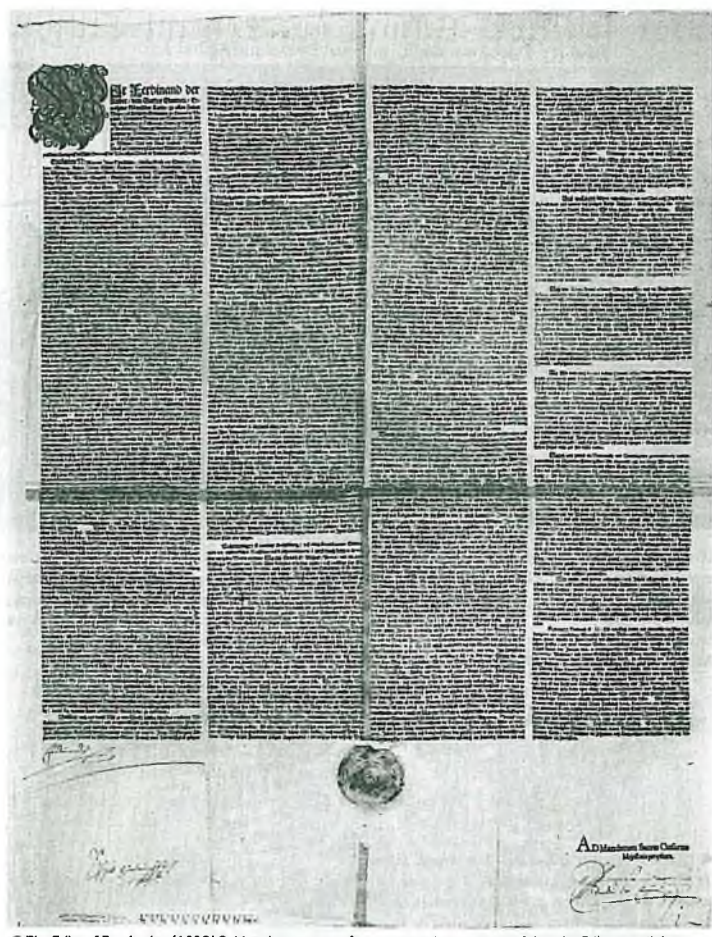


LÁMINA 6: El Edicto de Restitución (1629). Pocas veces un scrap de papel ha resultado tan controvertido como el edicto sobre promulgado por Fernando II el 6 de marzo de 1629. Constaba sólo de cuatro columnas de texto, pero significaría el derrumbamiento de todos sus planes ambiciosos. Esta copia, firmada por el propio Fernando, fue enviada con anterioridad a Maximiliano de Baviera, en su condición de director de un círculo imperial, con la orden de reproducirla y distribuirla ampliamente en el momento de la promulgación oficial, el 28 de marzo.

München, Bayerische Hauptstaatsarchiv, Kasten Schwarz 60, fo., 106.

Der Röm. Käys. auch zu
Hungarn vnd Böhemb Kön. Mayst.

FERDINANDI II.

Außspruch/Decision/vnd Käys. Edict/

Radix omnium vber *malorum*.

Etliche Puncten den Religion Frieden/sonderlich
die Restitution der Geistlichen Güter betreffend.

Auß dem Original mit fleiß nachgedruckt.



Gedruckt in der Fürstl. Hauptstatt Wirzburg/
bey Stephan Fleischmann.

Anno M. DC. XXIX.



LÁMINA 7: El Edicto, «raíz de todos los males». Esta edición del edicto se reimprimió en forma de panfleto utilizando la copia enviada al obispo de Würzburg. Fue una de las treinta y cinco versiones conocidas, y lleva escrito a mano el juicio de un contemporáneo anónimo (pero, con toda certeza, católico): *radix omnium malorum*.

Nuremberg, Stadtbibliothek, Hit. 494.4.º

Lutherisch: und Calvinisch: anseßigehaltener Rathschluß.
Darinnen ein jedweder sein Raimung fürbringt/ wie darge-
 gen dero erznen wahrheit andt außnach: Ihr Inten wider Kay. May. zurugg gehet/
 undt la: zu vote co: cithen vbel ergangen ist.



LÁMINA 8: El coloquio de Leipzig (1631): Visto por los católicos como un *complot protestante*, la reunión de los estados del imperio en la primavera de 1631 parecía presagiar una conspiración internacional con la intervención de Inglaterra, Francia, Suecia y los luteranos y calvinistas tanto holandeses como alemanes. Como secretario del encuentro aparece un «espíritu inquieto» —en realidad, el demonio en persona— y es acusado de urdir la oposición contra la autoridad legítima del emperador (a la derecha) y de la iglesia (a la izquierda). Es uno de los únicos tres panfletos conocidos hostiles a Gustavo Adolfo de Suecia. Hojas de tendencia católica fueron raras en los años siguientes a 1629: aunque metidos en guerra, los protestantes mantuvieron una aplastante mayoría en la guerra propagandística. Múnich, Bayerische Staatsbibliothek, Einblattdrucke V, 8.º, no. 37.

INTERVIENEN SUECIA Y FRANCIA

Guter Anfang zu der inslebenden Götlichen Hilffe/
und Exempel der rechten Bahn.



LAMINA 9: El *avance sueco* (1630-1632). La rica alegoría de este grabado de 1632 es típica de la época. El victorioso rey de Suecia aparece avanzando hacia el Sacro Imperio Romano en una carroza tirada por animales que simbolizan la magnanimidad, la velocidad, la franqueza y los ilustres ancestros del que va sobre ellos; los animales, a su vez, van guiados por la mano de Dios. Un grupo de príncipes protestantes depuestos ayudan empujando la carroza, mientras que las proposiciones de paz («Pacem») son rechazadas mientras «Religión» señala acusadoramente a la atada y amordazada verdadera iglesia.

British Library, llamada n.º 1750, b. 29/47.



LÁMINA 10: *El sitio de Smolensko (1632)*. Suecia había estado en guerra con Polonia en los años 1620, y Gustavo Adolfo estaba interesado en que su primo Segismundo III, a pesar de la tregua de seis años de Altmark (1629), pudiera lanzar un nuevo ataque para recuperar algunas de sus pérdidas mientras Suecia estaba totalmente ocupada en la guerra en Alemania. Con el fin de contener esta amenaza Gustavo animó a los rusos a declarar la guerra a Polonia, debilitada por la muerte de Segismundo en la primavera de 1632. El ejército ruso, con la ayuda de voluntarios ingleses y escoceses, puso sitio a Smolensko y lo mantuvo asediado todo el invierno de 1632-3 con las últimas técnicas militares (que aparecen en la lámina plasmadas por Hondius). Pero, en parte por quarrels entre los mercenarios británicos, el asedio fracasó y se firmó la paz a comienzo de 1634. Polonia quedaba ahora libre para hacer lo posible por echar a los suecos del Báltico cuando expirara la tregua de Altmark al año siguiente.

Cortesía del Dr. Paul Dukes.



LÁMINA 11: *El Hércules sueco (1631)*. Una alegoría más, casi obvia, del amazing rey de Suecia, cuya encarnación de la causa protestante fue un motivo de la mayor parte de la propaganda de estos años. Wolfenbüttel, Herzog-August Bibliothek, *Sammlung Illustrierte Einblatdrucke: «Der Schwedische Hercules»*.



LÁMINA 12: «Las golosinas sajonas» (1631). En una reunión entre el elector de Sajonia y representantes del general Tilly se dijo que el primero habían advertido a los imperiales que, si se comían las hasta entonces intactas golosinas de Sajonia, se encontrarían dentro con algunas nueces duras de roer (cf. p. 126). La conversación dio pie a toda una serie de hojas. En la imagen se ve a Tilly cogiendo unas ricas copas etiquetadas «regio» y «religio», mientras Juan Jorge le aparta las manos con la vara de la «conciencia limpia» y Gustavo Adolfo blande el cáliz de justicia. El sajón está subido sobre unos bloques sólidos llamados «justa causa» y «esperanza firme», mientras Tilly se balancea en precario equilibrio sobre las bolas de la «malicia» y la «falsedad».

British Library, Call no. 1750.b.29/32.



LÁMINA 13: *Continúa el avance sueco*. Algunas broadsheets están intimamente relacionadas con las nuevas noticias del día. Aquí vemos a Gustavo Adolfo obligando al papa, como símbolo de la causa católica, a devolver ciudades y fortalezas conquistadas a los protestantes durante los años 1620. La secuencia, casi igual que un strip-cartoon, incluye las plazas conquistadas o liberadas por los suecos en su marcha desde Stralsund en el Báltico hasta Kreuznach en la Renania. ¡Se deja espacio para incluir nuevas victorias en posteriores ediciones de la estampa!

British Library, Call no. 1750.b.29/67*.



LÁMINA 14: *Gustav Adolphiana*. Tras la gran victoria de Breitenfeld se desarrolló una verdadera «industria Gustavo». Algunos objetos eran piezas individuales, pero otros se manufacturaban en serie: relieves de marfil, estatuas de plata, anillos, pendientes y medallones de oro, con la imagen del rey de Suecia. La copa ceremonial representaba otra forma de conmemorar al héroe protestante. Londres, Victoria and Albert Museum, ítem 1885*-1898.



LÁMINA 15: *Gustavus redivivus* (1633). La muerte del rey no puso fin inmediatamente a la producción de hojas sobre sus acciones en Alemania. Esta estampa de 1633 presenta, en estilo maudlin, la apoteosis del rey: sobre las «tres coronas» (escudo nacional de Suecia), Gustavo emerge indestructible de entre las olas. El título reza: «El sueco sigue viviendo».

Múnich, Bayerische Staatsbibliothek, Einblattdrucke V, 8a, no. 89.

DESTRUCCIÓN Y RECONSTRUCCIÓN



LÁMINA 17: *Amore Pacis* (1648). Este enorme cartel incluye un mapa preparado por orden del general de quarter-master Cornelis van den Büsch y ofrece detalles de las principales batallas de la guerra de Suecia (1630-48), de la ubicación de diferentes guarniciones suecas y de sus aliados al final de la guerra, y otras informaciones útiles de carácter militar. Su utilidad era doble: anunciar los éxitos de Suecia y localizar sus guarniciones far-flung listas para la evacuación. Estocolmio, Krigsarkivet, *Hist. Plan. 1648*: 24 fol.



Groß Europäisch Kriegs-Tanz getanzt durch die Könige und Potentaten Fürsten und Republiken
auff dem Saal der kaiserlichen Kammer.

LAMINA 18: *El gran baile de la guerra europea (1647-1648)*. Esta simple sátira sobre la aparentemente infinita cuadrilla diplomática de Westfalia muestra a los diferentes gobernantes europeos intentando moverse al mismo ritmo, mientras los ángeles dejan caer delante de ellos ramos de olivo y manzanas de la discordia. A la derecha, ante la mirada del sultán turco y del príncipe de Transilvania, el infante Luis XIV va de la mano de Juan IV de Portugal, del príncipe de Orange y del general Tordensson (una opción interesante para representar a Suecia). Danzan delante del sarcófago de Federico del Palatinado mientras Gustavo tira los dados en el suelo. En un lado el emperador y sus aliados son observados por un grupo de príncipes italianos, mientras Sajonia y los cantones suizos buscan ventaja en primer plano (foreground).

München, Bayerische Staatsbibliothek.



LÁMINAS 20 Y 21: Nuremberg: el final de la guerra (1650). Aunque la paz de Westfalia puso fin a la contienda en octubre de 1648, pasaron casi dos años más hasta alcanzarse un acuerdo de todas las partes sobre la fórmula de desmovilización del ejército. El papel más importante fue el del príncipe Carlos Gustavo de Pfalz-Zweibrücken, comandante en jefe del ejército sueco y aspirante abierto al trono de Suecia (al que llegó como Carlos XI en 1654). En la imagen (arriba) aparece sentado a la izquierda del comandante imperial, Ottavio Piccolomini, a la cabecera de la mesa (en primer plano a la izquierda), esperando la fiesta de celebración del acuerdo final, mientras fuera tienen lugar unos espectaculares fuegos artificiales (página opuesta). Por fin, Alemania estaba en paz.

M. Merian, *Theatrum europaei oder Beschreibung... sechster und letzter Teil* (Frankfurt, 1652), pp. 939 y 1076.

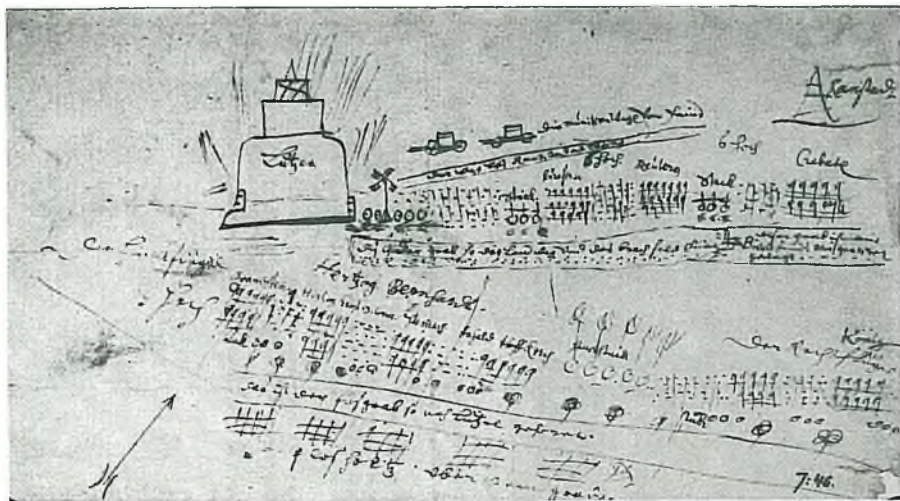


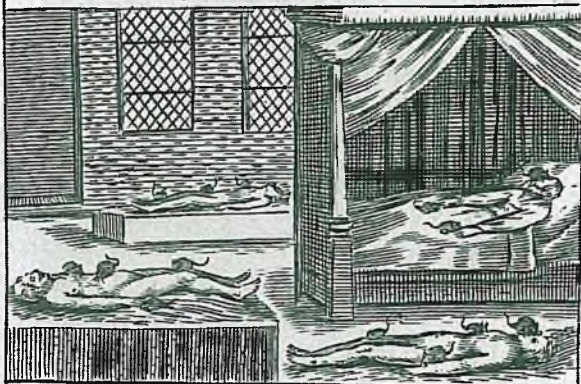
LÁMINA 22A Y B: Esquemas contemporáneos de la batalla de Lützen (1633). La derrota de los católicos en Breitenfeld fue una realidad porque el orden de batalla de los suecos —líneas de menos fondo y más largas, más artillería de campo y más mosqueteros— resultó ser superior que el método tradicional. Por eso los imperiales, derrotados, dirigidos por Wallenstein adoptaron ahora la técnica sueca. En Lützen ambos bandos estaban desplegados más o menos del mismo modo, el moderno, y el resultado fue un empate (draw). Por una feliz suerte, se han conservado dos esquemas contemporáneos de las líneas de batalla en Lützen: uno del lado protestante (arriba; aunque anónimo, el campo de munición de Wallenstein se designa como «del enemigo»), y el otro (abajo), dibujado tal vez por el propio

Wallenstein y entregado a Pappenheim (fue encontrado sobre el conde muerto, pegado con su sangre, después de la batalla). El flanco derecho de Wallenstein se ve pegado al pueblo y a los molinos de viento, mientras que la posición de Gustavo («König», en el mapa de arriba, abajo a la derecha) se hallaba en el lado opuesto, lo que explica que su monumento funerario esté actualmente ubicado a unas dos millas del pueblo. Dentro del «esquema protestante», más esquemático, la artillería pesada de los suecos, que causó tantas bajas entre los imperiales, aparece señalada en el centro de la línea con la palabra «Sampstücken».

Arriba: Estocolmo, Krigsarkivet, *Sveriges Krig*, 3:86.

Abajo: Viena, Heeresgeschichtliches Museum (Kat. Erben/John 1903), nr. 75/3.

*In Bauier men not left to bury the dead, but
Rattes and mice. deuoured there carcasses.*



*Haue pittey vpon me, haue pittey vpon me, o yee my
frends for the hand of the Lord hath touched me.*



LÁMINA 23A, B Y C: *Las lamentaciones de Alemania*. Librito (booklet) inglés publicado en 1638, que incluía cartas de algunos ministros protestantes del Palatinado a sus colegas exilados en Londres. De todos modos, el texto principal era un largo relato del «estado miserable de Alemania» llevado a cabo por el refugiado G. R. Weckerlin, con encabezamientos tales como «torturas y tormentos», «rape and ravishing», «bloodshed y killing»... Las imágenes muestran unas pocas ilustraciones, de las menos horripilantes, de este terrorífico relato de la falta de humanidad del hombre con el hombre.

Lamentations of Germany (Londres, 1638), láminas de las pp. opuestas a las 22, 26 y 61.



A diuines wife saw 6 of her Children lay starued before her eyes. Corne 2 pouds is shilling a bushell.



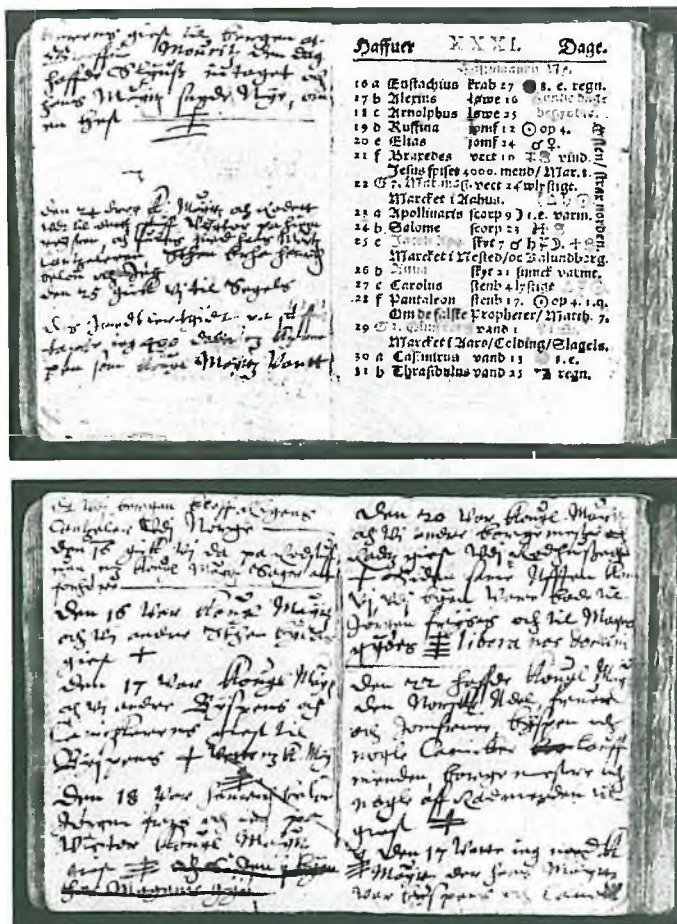


LÁMINA 24A Y B: En la corte de Christian II. Un extracto del diario del consejero de Christian, Esge Brock, durante la visita del rey a Noruega por mar en 1604. Las cruces al final de cada entrada señalan el grado de intoxicación al final de cada tarde. La entrada del 20 de julio, al final, a la derecha, de la página de abajo, dice: «Su majestad y nosotros fuimos huéspedes del alcalde y del consejo (de Bergen) en el ayuntamiento. Esa misma noche, más tarde, entramos en la ciudad y en los aposentos de Jorgen Friis y Mogen Goye. ¡Libera nos domine!». Las cuatro cruces y la plegaria parecen indicar una noche de excesos sin igual que dejaron incluso al resistente bebedor Brock con resaca. La corte real estableció el tono de bebidas alcohólicas que creó moda en tantos sitios de la Europa protestante. Copenhagen, Rigarkivet, Privatarkiver no. 5212: Esge Brock C: Dagbog 1604-1622.

Ensayo de bibliografía

A) OBRAS DE CARÁCTER GENERAL

Sobre el tema «guerra de los treinta años» se han escrito miles de artículos y libros, la mayoría de ellos con el mismo título que este volumen. Los mejores que hay de éstos son los siguientes, por orden alfabético:

J. Buckhardt, *Der dreissigjährige Krieg* (Francfort, 1992); H. Langer, *The Thirty Years' War* (Leipzig, 1978; ed. ingl., Poole, 1980); S. J. Lee, *The Thirty Years' War* (Londres, 1991); P. Limm, *The Thirty Years' War* (Londres, 1984); G. Livet, *La Guerre de Trente Ans* (París, 1963); G. Pagès, *The Thirty Years' War* (Londres, 1971); J. V. Polisenský, *The Thirty Years' War* (Londres, 1971); H. Sacchi, *La Guerre de Trente Ans*, (3 vols., París, 1991); G. Schmidt, *Der dreissigjährige Krieg* (Múnich, 1995); G. Schormann, *Der dreissigjährige Krieg* (Göttingen, 1985); V. L. Tapié, *La Guerre de Trente Ans* (París, 1989); y C. V. Wedgwood, *The Thirty Years' War* (Londres, 1938; reimpr. frecuentes). Algunas obras tienen títulos ligeramente diferentes: G. Barudio, *Der deutsche Krieg, 1618-1648* (Göttingen, 1985); G. Benecke, *Germany in the Thirty Years' War* (Londres, 1978); D. Maland, *Europe at War, 1600-1650* (Londres, 1980); T. K. Rabb (comp.), *Krieg und Politik, 1618-1648. Europäische Probleme und Perspektiven* (Múnich, 1988: Schriften des Historischen Kollegs, Kolloquien VIII); y S. H. Steinberg, *The «Thirty Years' War» and the Conflict for European Hegemony, 1600-1660* (Londres, 1967).

Todas estas obras tienen sus méritos, pero, como se ha dicho en el Prólogo, ninguna es completa del todo. El excelente libro de Langer es en realidad una historia cultural de Alemania durante la guerra; Pagès, Polisenský, Tapié y Wedgwood tratan cada uno de un aspecto del conflicto en perjuicio del resto. Benecke ofrece la traducción inglesa, meritoria, de muchos documentos, pero no una historia general de la guerra; la interpretación de Steinberg es exagerada y adolece de muchos errores de hecho; Malan bebe exclusivamente en trabajos de segunda mano y contiene también muchos errores; Rabb recoge la opinión de veintiún autores diferentes en menos de 100 páginas. De las obras más breves, Lee (73 páginas), Livet (125 páginas), Schmidt (115 páginas) y Schormann (150

páginas) dan visiones generales sucintas pero claras, mientras que Benecke y Limm proporcionan una útil colección de documentos traducidos al francés. De las obras más extensas, Tapié (450 páginas publicadas póstumamente) presenta el texto de un curso de lecturas, ciñéndose firmemente a fuentes alemanas y suecas, pero adolece de muchos errores de hecho; Barudio (700 páginas) ofrece la narración propia de un estudioso serio basándose en fuentes alemanas y escandinavas; mientras que Sacchi (más de 1.500 páginas) depara un relato detallado (incluyendo un volumen entero sobre el período 1635-48) que se basa exclusivamente en fuentes de segunda mano. Burkhardt (309 páginas), en cambio, analiza la guerra desde la perspectiva de la construcción del estado, destacando la evolución de los gobiernos territoriales dentro del imperio como resultado de la guerra. Su argumento principal está resumido en J. Burckhardt, «Der dreissigjährige Krieg als moderner Staatsbildungskrieg», *Geschichte in Wissenschaft und Unterricht*, XLV (1994), 487-99. Repgen reunió trece comunicaciones importantes presentadas en una conferencia sobre la guerra (celebrada en 1984), que tratan puntos importantes internos e internacionales.

Ninguno de esos estudios modernos, pues, puede compararse con el soberbio trabajo clásico de Moriz Ritter, *Deutsche Geschichte im Zeitalter der Gegenreformation und des dreissigjährigen Krieges, 1555-1648* (3 vols., Stuttgart, 1974; reimpr., Darmstadt, 1989). El volumen I abarca de 1555 a 1586; el volumen II trata del período 1586-1618, dividido en dos partes por el incidente de Donauwörth de 1607 y por el conflicto entre Rodolfo II y su hermano; y el volumen III trata en detalle los años 1618-35. En ninguna otra obra se estudian de forma tan completa y lúcida las repercusiones internacionales de los diferentes acontecimientos que se dieron en el imperio: tanto en lo referente a la guerra de 1635 como en lo que atañe a los hechos que llevaron a ella, Ritter sigue siendo fundamental e indispensable.

No es posible recomendar con la misma confianza ninguna otra de carácter general. J. Gagliardo, *Germany under the Old Regime, 1600-1790* (Londres, 1991); A. Kohler, *Das Reich im Kampf um die Hegemonie in Europa, 1521-1648* (Múnich, 1990), y V. Press, *Kriege und Krisen. Deutschland 1600-1715* (Múnich, 1991) tienen, todos ellos, algo que decir sobre la guerra de los treinta años, pero inevitablemente con poco detalle. Incluso los sólidos capítulos del volumen IV de la *Cambridge Modern History*, publicado por primera vez en 1906, son desiguales: aunque algunos (como el dedicado al problema de Valtellina) siguen valiendo, otros han quedado anticuados. Pero ¿con qué podemos sustituirlos? Depende, naturalmente, del tiempo que el lector tenga disponible. Por eso, el *apparatus criticus* que viene a continuación está pensado para dos cosas: para indicar y valorar todas las fuentes en que se basa el texto del presente libro; y para llamar la atención sobre la nota de calidad o los más útiles de los mismos (que marcamos con *). Más adelante en pp. 273-80 ofrecemos un índice de los estudiosos cuyas obras han sido citadas en las notas o en esta bibliografía.

B) ANTECEDENTES

Según un importante historiador alemán, que escribía en 1950, el interés por Alemania entre 1555 y 1618 había descendido hasta tal punto que casi no existía. Sigue siendo verdad. Para lectores de inglés que no puedan adentrarse en los dos primeros volúmenes de la *Deutsche Geschichte* de Ritter (*supra*), sólo existen cuatro breves sinopsis: una de G. D. Ramsay en la *New Cambridge Modern History* (en dos partes: vol. III, cap. 10, y vol. IV, cap. 10); la segunda, de *C. P. Clasen en H. Trevor-Rope (comp.), *The age of expansion, Europe and the World 1559-1660* (Londres, 1968), cap. 4; la tercera, con algo más de detalle, de Hajo Holborn, *A History of Modern Germany. The Reformation* (Londres, 1965), caps. 10 y 11; y la cuarta, M. P. Gutman, «The origins of the Thirty Years' War», *Journal of Interdisciplinary History*, XVIII (1998), 749-70 (reimp. En R. I. Rotberg y T. K. Rabb (comp.), *The Origins and Prevention of Major Wars* [Cambridge, 1989], 177-98). De todos modos, las pp. 253-351 de la excelente revista *Zeitschrift für historische Forschung*, X (1983) están dedicadas a la política alemana de los años entre 1555 y 1618, con el título «Möglichkeiten der Reichspolitik zwischen Ausburger Religionsfrieden und Ausbruch des dreissigjährigen Krieges». Son particularmente provechosos los artículos de K. Vögelke (sobre Matías y Rodolfo, 1606-12) y de K. Schlaich (sobre el principio mayoritario en la dieta entre 1495 y 1613). También merecen la pena los interesantísimos ensayos de *N. M. Sutherland, «The Origins of the Thirty Years' War», *English Historical Review*, CVII (1992), 587-625, que no considera la guerra más que como la fase tercera de la pugna en cuatro fases entre Francia y los Habsburgos que duró más de dos siglos (1494-1713); y de *S. C. Ogilvie, «Germany and the Seventeenth-Century Crisis», *The Historical Journal*, XXXV (1992), 417-41.

Una de las lagunas más importantes en casi todas las historias sobre la guerra —incluida la de Ritter— es la atención a los acontecimientos en los territorios austríacos. Por eso los estudiosos deben estar especialmente agradecidos al importante estudio de *R. J. W. Evans, *The Making of the Habsburg Monarchy 1550-1700: An Interpretation* (Oxford, 1979), que cuenta con una amplia bibliografía en muchas lenguas. También merecen atención los estudios siguientes: H. Sturmbberger, «Die Anfänge des Bruderzwistes in Hasburg», *Mitteilungen des Österreichischen LandesArchiv*, V (1957), 143-88, que ofrece un admirable relato de las relaciones de Rodolfo con sus hermanos; y el anterior trabajo del profesor Evans, *Rudolf II and his World. A Study in intellectual History 1576-1612* (Oxford, 1973); y el volumen de ensayos *Rudolf II and His Court* (Delft, 1982: Leids Kunsthistorisch Jaarboek, I).

Entre los estudios más recientes cf. los ensayos reunidos en R. J. W. Evans y T. V. Thomas (comp.), *Crown, Church and Estates. Central European Politics in the Sixteenth and Seventeenth Centuries* (Londres, 1991). Sobre los conflictos de los Habs-

burgos con sus vecinos véase el reciente estudio sobre la actividad diplomática de los principales (y algunos menos importantes) estados durante la guerra «larga» turca, de J. P. Niederkorn, *Die Europäische Mächte und der «Lange Türkenkrieg» Kaiser Rudolfs II, 1593-1606* (Viena, 1993), y sobre los orígenes de la «guerra de los uzkok» cf. C. W. Bracewell, *The Uskoks of Senj: Piracy, Banditry and Holy War in the Sixteenth-Century Adriatic* (Ithaca, N.Y., 1992). Dos estudios recientes se fijan en los antagonismos institucionales dentro de la propia Bohemia, que ayudaron a precipitar la crisis: J. Bahlcke, *Regionalismus und Staatsintegration im Widerstreit. Die Länder der Böhmisches Krone im ersten Jahrhundert der Habsburgerherrschaft (1526-1619)* (Múnich, 1993), aparte de ofrecer una excelente visión general del desarrollo institucional de Bohemia durante el siglo anterior a la Montaña Blanca, da buena cuenta de las influencias del modelo bohemio en las teorías políticas de la época; mientras que J. Pánek, «Das politische System des böhmischen Staates im ersten Jahrhundert der habsburgischen Herrschaft (1526-1620)», *Mitteilungen des Instituts für Österreichische Geschichtsforschung*, XCVII (1989), 53-82, intenta situar las instituciones políticas en el marco de la organización social siguiendo la tradición marxista checa. Sobre la deposición de Rodolfo II, cf. R. Schronbek, «Die böhmischen Landtagsverhandlungen des Jahres 1611», en F. Seibt (comp.), *Die böhmischen Länder zwischen Ost und West. Festschrift für Karl Bosl* (Múnich, 1983), 89-102. Véase también el provechoso artículo de P. S. Fichtner, «Habsburg State-Building in the Early Modern Era», *Austrian History Yearbook*, XXV (1994), 139-54.

Las últimas obras más importantes referidas a Bohemia. Véase especialmente J. Janáček, *Rudolf II a jeho deba* (Praga, 1987), y J. Pánek, *Posledni Rozmberkové, velmozi české renesance* (Praga, 1989), sobre la crisis de los últimos años del reinado de Rodolfo; y N. Rejchtová, *Václav Budovec z Budova* (Praga, 1984), sobre uno de los líderes de la revuelta bohemia. En cuanto a Austria, K. MacHardy, *Obedience and Rebellion: The Rise of Absolutism and the Nobility of Early Modern Habsburg Austria* (Londres, 1994) ofrece una notable comprobación de las relaciones entre religión y política.

Mucho menos se ha escrito sobre el emperador Fernando II. La más completa visión de sus políticas sigue ofreciéndola la crónica contemporánea de uno de sus consejeros privados, publicada por primera vez en 1640 y que recibió su formato final en doce imponentes volúmenes folio (más dos suplementos) del impresor del elector de Sajonia en los años 1720: *Frantz Christoph Khevenhüllers Annales Ferdinandeorum*. Otro trabajo similar del mismo autor, *Conterfet Kupfferstich* (2 vols., Leipzig, 1721-2) presenta momentos biográficos ilustrados. F. Hurter, *Geschichte Kaiser Ferdinands II. Und seiner Eltern* (11 vol., Schaffhausen, 1850-67), es tendencioso pero sigue siendo esencial. En una escala menor se puede consultar: J. Franzl, *Ferdinand II. Kaiser im Zweispalt der Zeit* (Graz, 1978); H. Sturmbeger, *Kaiser Ferdinand II und das Problem des Absolutismus* (Múnich, 1957); y G.

Franz, «Glaube und Recht im politischen Denken Kaiser Ferdinands II.», *Archiv für Reformationsgeschichte*, XLIX (1958), 258-69. Véase también F. Stieve, en *Allgemeine deutsche Biographie*, VI (1877), 644-64; y A. Schindling, y W. Ziegler (comp.), *Die Kaiser der Neuzeit, 1519-1918* (Múnich, 1990), 125-41 (D. Albrecht sobre Fernando II).

Para ver la habilidosa manipulación de la opinión pública por parte del emperador, especialmente en la Alemania luterana, véase K. Nolden, *Die Reichspolitik Kaiser Ferdinands II. in der Publizistik bis zum Lübecker Frieden 1629* (Colonia, 1958). También hay muchos datos valiosos sobre la forma en que se tomaban las decisiones en la corte del emperador en el importante estudio de *R. Bireley, *Religion and Politics in the Age of the Counter-Reformation. Emperor Ferdinand II.*, William Lamormaini, S. J., and the Formation of Imperial Policy (Chapel Hill, N.-C., 1981). Sobre la patria de Fernando II cf. F. M. Dolinar et al. (comp.), *Katholische Reform und Gegenreformation in Innerösterreich 1564-1628* (Graz, 1967); y W. Schulze, *Landesdefension und Staatsbildung: Studien zum Kriegeswesen des innerösterreichischen Territorialstaates (1564-1619)* (Viena, 1973).

Los únicos problemas del imperio que han merecido amplios estudios, cubriendo todo el período, han sido la religión, la economía y (quizá sorpresivamente) las instituciones representativas. Sobre la situación general del protestantismo en esta época en Alemania, cf. B. Neveux, *Vie spirituelle et vie sociale entre Rhin et Baltique au XVII^e siècle* (París, 1967); H. Schilling, *Konfessionskonflikt und Staatsbildung. Eine Fallstudie über das Verhältnis vom religiösen und sozialen Wandel in der Frühneuzeit am Beispiel der Grafschaft Lippe* (Güttersloh, 1981: Quellen und Forschungen zur Reformationsgeschichte, XLVIII); B. Vogler, «La politique scolaire entre Rhin et Moselle, l'exemple du duché de Deuz-Ponts 1555-1619», *Francia*, III (1975), 236-320, y IV (1976), 287-364; y *Le monde germanique et helvétique à l'époque des Réformes, 1517-1618*, II (París, 1981). Sobre la Fórmula de Concordia, véanse los artículos con motivo del IV centenario editados por W. L. Spitz, en *Sixteenth Century Journal*, VIII, n.º 4 (1977). Entre los trabajos más recientes sobre el tema están R. P. Hsia, *Society and Religion in Münster, 1535-1618* (Ithaca, N. Y., 1984); M. Forster, *The counter-Reformation in the Villages. Religion and Reform in the Bishopric of Speyer* (Ithaca, N. Y., 1992); B. Nischan, *Prince, People and Confession: the Second Reformation in Brandenburg* (Filadelfia, 1994); y H. Schilling, «Die Konfessionalisierung im Reich. Religiöser und Gesellschaftlicher Wandel in Deutschland zwischen 1555 und 1620», *Historische Zeitschrift*, CCXLVI (1988), 1-45.

Sobre la economía, aparte del artículo de S. Ogilvie (*supra*), los mejores artículos son el de H. Kellenbenz en H. Aubin y W. Zorn (comp.), *Handbuch der deutschen Wirtschafts- und Sozialgeschichte*, I (Stuttgart, 1971), 386-494; y, desde un punto de vista «socialista», el de J. Kuczynski, *Geschichte des Alltags des deutschen Volkes, I: 1600-50* (Berlín Este, 1981). Cf. también I. Bog, «Wachstumsprobleme

der oberdeutschen Wirtschaft 1540-1618», en F. Lütge (comp.), *Wirtschaftliche und Soziale Probleme der gewerblichen Entwicklung im 15. -16. Jahrhundert* (Stuttgart, 1968), 44-89; y R. Endres, «Zur wirtschaftlichen und sozialen Lage in Franken vor dem dreissigjährigen Krieg», *Jahrbuch für frankische Landesforschung*, XXVIII (1968), 5-52.

Entre los estudios sobre las asambleas representativas, el más célebre (al menos entre los lectores ingleses) es F. L. Carsten, *Princes and Parliaments in Germany from the Fifteenth to the Eighteenth Century* (Oxford, 1959). Pero, aunque contiene un montón de datos interesantes y gran cantidad de generalizaciones aventuradas y claras, el trabajo de Carsten ha sido criticado por algunos historiadores alemanes como excesivamente anglocéntrico: el autor, argumentan, exagera la semejanza entre las asambleas alemanas y el parlamento inglés. Véase, por ejemplo, P. Herde, «Deutsche Landstände und englisches Parliament», *Historisches Jahrbuch*, LXXX (1966), 286-97. Una visión realmente distinta de las asambleas representativas del sur de Alemania, subrayando su estructura verdaderamente democrática (a diferencia del modelo inglés), la ofrece P. Blickle, *Landschaften im alten Reich. Die statthlichen Funktionen des gemeinen Mannes in Oberdeutschland* (Múnich, 1973). Para más literatura sobre la dieta imperial cf. la nota 28 de p. 22 (*supra*). Sobre los estados de los territorios austríacos son esenciales dos largos artículos: sobre sus orígenes, cf. M. Mitterauer, «Ständegliederung und Ländertypen», en E. Bruckmüller *et al.* (comp.), *Herrschaftsstruktur und Ständebildung II. Beiträge zur Typologie der österreichischen Länder aus ihren mittelalterlichen Grundlagen* (Múnich, 1973), 115-203; sobre las escuelas protestantes fundadas por los estados y su carácter de símbolo de la independencia de los mismos, cf. G. Heiss, «Konfession, Politik und Erziehung. Die Landschaftsschulen in der nieder- und innerösterreichischen Ländern vor dem dreissigjährigen Krieg», en G. Kilingerstein *et al.* (comp.), *Bildung, Politik und Gesellschaft* (Viena, 1978), 13-63.

También han merecido su parte de atención de los estudiosos los grupos políticos de fuera de los territorios habsburgos que tuvieron un interés en los sucesos de Bohemia anteriores a 1618. Los archivos tanto de la Liga como de la Unión se hallan actualmente en diferentes secciones del Bayerisches Hauptstaatsarchiv de Múnich, que alberga los archivos de antes de la guerra del Palatinado renano y también del ducado de Baviera. Para el período 1599-1613, la mayor parte de lo que se contiene en esos archivos, junto a más documentación secundaria procedente de otras fuentes, ha sido editada en la serie *Briefe und Akten zur Geschichte des Dreissigjährigen Krieges*, comp. por Moriz Ritter *et al.*, vol. 1-XII (Múnich, 1870-1978).

El mejor estudio de la política del Palatinado en inglés es la breve sinopsis de C. P. Clasen, *The Palatinate in European History 1559-1660* (Londres, 1963). Hay mucho más en alemán: sobre todo, V. Press, *Calvinismus und Territorialstaat: Regierung und Zentralbehörden der Kurpfalz 1559-1619* (Stuttgart, 1970; Kieler historis-

che Studien, VII); id., «Die Grundlagen der kurpfälzischen Herrschaft in der Oberpfalz 1499-1621», *Verhandlungen des historischen Vereins für Oberpfalz und Regensburg*, CXVII (1967), 31-67; y F. H. Schubert, *Ludwig Camerarius, 1573-1651: Eine Biographie* (Kallmünz, 1955). De Anhalt no hay una biografía moderna, pero sus conexiones con los protestantes de Europa central están bien descritas en A. A. van Schelven, «Der Generalstab des politischen Calvinismus in Zentraleuropa zu Beginn des dreissigjährigen Krieges», *Archiv für Reformationsgeschichte*, XXXVI (1939), 117-41. No existe un estudio reciente sobre la Unión, pero varios de sus miembros han sido objeto de meritorias monografías. Véanse, en particular, H. G. Herold, *Markgraf Joachim-Ernst von Brandenburg-Ansbach als Reichsfürst* (Göttingen, 1973: Schriftenreihe der Historischen Kommission bei der bayerischen Akademie der Wissenschaften, X); E. Kossol, *Die Reichspolitik des Pfalzgrafen Philipp Ludwig von Neuburg (1547-1614)* (Göttingen, 1976: Schriftenreihe etc., XIV); A. Gotthard, *Konfession und Staatsräson. Die Aussenpolitik Württembergs unter Herzog Johan Friedrich, 1608-28* (Stuttgart, 1992); y E. L. Sticht, *Markgraf Christian von Brandenburg-Kulmbach und das Oberlan der Markgrafschaft im dreissigjährigen Krieg (1618-1635)* (Neuhaus-an-der-Eger, 1964).

En los años recientes ha aparecido una serie de buenos estudios sobre las numerosas instituciones peculiares del imperio. Sobre la estructura institucional de estados pequeños, dispersos, cf. R. Asch, *Verwaltung und Beamtentum. Die Gräfllich Fürstenbergischen Territorien vom Ausgang des Mittelalters bis zum Schwedischen Krieg 1490-1632* (Stuttgart, 1986); y J. A. Vann, *The Making of a State: Württemberg 1593-1793* (Ithaca, N. Y., 1984). Sobre Brandenburgo cf. W. W. Hagen, «Seventeenth-Century Crisis in Brandenburg: The Thirty Years' War, the Destabilization of Serfdom. And the Rise of Absolutism», *American Historical Review*, XCIV (1989), 302-305; sobre la Sajonia electoral, A. Gotthard, «'Politice seint wir bäptisch'. Kur-sachsen und der deutschen Protestantismus im frühen 17. Jahrhundert», *Zeitschrift für Historische Forschung*, XX (1993), 275-320, está plagado de detalles importantes, pero en definitiva, aparte de señalar la fuerza de la costumbre, no explica por qué Sajonia se ciñó de forma tan persistente a su posición de neutralidad.

Una buena lección sobre la laberíntica estructura política del imperio puede sacarse de las maniobras políticas de la ciudad de Colonia en relación con el príncipe-obispo, la Hansa y las ciudades libres del imperio, tal como se describen en H.-W. Bergerhausen, *Die Stadt Köln und Die Reichsversammlungen im konfessionellen Zeitalter: Ein Beitrag zur korporativen reichständischen Politik 1555-1616* (Colonia, 1990); R. Boeck, *Eine Stadt in Krieg und Frieden. Studien zur Geschichte der Reichstadt Asburg zwischen Kalenderstreit und Parität* (2 partes, Göttingen, 1989), y su popular y condensado complemento, *Als wollt die Welt schier brechen: Eine Stadt im Zeitalter des dreissigjährigen Krieges* (Múnich, 1991), permite adentrarse en la actitud confesional y política de una importante ciudad libre imperial, así como en su vida social y económica. Los esfuerzos de los condes imperiales en organizarse para un

papel político mayor dentro del imperio son el tema de dos libros recientes: E. Böhme, *Das fränkische Reichsgrafenkollegium im 16. und 17. Jahrhundert. Untersuchungen zu den Möglichkeiten und Grenzen der korporativen Politik mindermächtigen Reichstände* (Stuttgart, 1989); y G. Schmidt, *Die wetterauer Grafenverein: Organisation und Politik einer Reichskorporation zwischen Reformation und westfälischen Frieden* (Marburgo, 1989). K. E. Demandt, «Das Siegerland im Wettstreit von Glauben, Recht und Politik 1607-1651», *Hessisches Jahrbuch für Landesgeschichte*, XXXII (1982), 175-206, estudia los problemas religiosos con los que se enfrentaron los condes de Nassau-Siegen; mientras que W. Dotzauer, *Die deutschen Reichskreisen in der Verfassung des Alten Reiches und ihr Eigenleben (1500-1806)* (Darmstadt, 1989), es una guía útil para seguir la evolución de los círculos imperiales.

*H. T. Gräf, *Konfession und internationales System. Die Aussenpolitik Hessen-Kassels im konfessionellen Zeitalter* (Darmstadt, 1993), ha escrito tal vez el estudio más provechoso de todos sobre la estructura política de la Alemania anterior a la guerra, intentando explicar las mutuas conexiones entre religión, principio dinástico, hábitos legales y razón de estado en la política de los landgraves de Hesse-Kassel. Se ocupa de la política alemana y de los lazos internacionales (revelando, por ejemplo, acercamientos a Suecia ya en fecha tan temprana como los 1570) con el fin de demostrar el deseo de Hesse de seguir un camino intermedio entre el calvinismo militante del Palatinado y la neutralidad pro-imperio de Sajonia, frustrada, según Gräf, por la fuerza de los hechos después de 1609, que arrolló al landgrave Mauricio junto a muchos otros políticos alemanes.

Hay dos excelentes estudios sobre Baviera y la Liga: F. Neuer-Landfried, *Die katholische Liga: Gründung, Neugründung und Organisation eines Sonderbundes, 1608-1620* (Kallmünz, 1968: Münchener historische Studien, Abteilung bayerische Geschichte, IX), y H. Altmann, *Die Reichspolitik Maximilians von Bayern, 1613-1618* (Múnich, 1978: Briefe und Akten zur Geschichte des dreissigjährigen Krieges, neue Folge, XII). Otros volúmenes de esta misma serie llevan el título de *Die Politik Maximilians I. von Bayern und seiner Verbündeten 1618-1651* y publican todos los documentos relevantes. El volumen I (en dos tomos, publicados en Múnich, 1966-70) abarca el período 1618-22. El II cubre los años 1623-35 en diez tomos, no todos ellos disponibles aún: los tomos 1-3 (publicados en Leipzig en 1907, 1918 y 1942) y 4-5 (Múnich, 1948 y 1964) siguen la historia hasta 1630. El tomo 8 (período 1633-4) apareció en 1981, y el 9 (1634-5) en 1986. Ahora contamos con una admirable biografía del director de la Liga: A. Kraus, *Maximilian I., Bayerns grosser Kurfürst* (Colonia-Graz, 1990). Véase también A. Kraus, «Kurfürst Maximilian I von Bayern. Das neue Bild eines grossen Fürsten», *Historisches Jahrbuch*, XCVII/XCVIII (1978), 505-26, que da un repaso a toda la literatura desde 1963. Aparte, sobre Maximiliano antes de la guerra cf. el trabajo en toda su extensión de H. Dollinger *Studien zur Finanzreform Maximilians I. von Bayern in den Jahren 1598-1618. Ein Beitrag zur Geschichte des Frühabsolutismus*, Göttingen, 1968:

Schriftenreihe der historischen Kommission bei der bayerischen Akademie der Wissenschaften, VIII). También son recomendables H. Dotterweich, *Der junge Maximilian. Jugend und Erziehung des bayerischen Herzogs und späteren Kurfürsten Maximilian I. von 1573 bis 1593* (Múnich, 1972: un entretenido estudio basado en los documentos de la casa ducal y de los libros de ejercicio del joven duque) y K. Pfister, *Kurfürst Maximilian von Bayern und sein Jahrhundert* (Múnich, 1948: no bastante riguroso, pero lleno de interesantes anécdotas). Muy valioso material había en el catálogo de una gran exposición celebrada en Múnich, en 1980, en la *Residenz*: H. Glaser (comp.), *Wittelbach und Bayern. II. Um Glauben und Reich: Kurfürst Maximilian I. 1. Beiträge zur bayerischen Geschichte und Kunst 1573-1657*, y 2. *Katalog der Ausstellung* (Múnich y Zúrich, 1980). Más estudios sobre Maximiliano y las artes aparecieron en H. Glaser (comp.), *Quellen und Studien zur Kunstpolitik der Wittelsbacher vom 16. bis zum 18. Jahrhundert* (Múnich y Zúrich, 1980).

En cuanto a la política seguida por otras potencias europeas en esta época frente a los acontecimientos del imperio, véase, para Inglaterra: S. L. Adams, «The protestant cause: relations with the west European calvinist communities as a political issue in England, 1585-1630» (Tesis doct. en Fil. de la universidad de Oxford, 1973), y J. V. Polisenský, *Anglie a Bílá Hora* (Praga, 1949). Para Francia: R. Mousnier, *The assassination of Henry IV* (ed. ingl., Londres, 1973), y J. M. Hayden, «Continuity in the France of Henry IV and Louis XIII. French Foreign Policy, 1598-1615», *Journal of Modern History*, XLV (1973), 1-23. Para las Provincias Unidas: J. Den Tex, Oldenbarnevelt (ed. ingl., 2 vols., Cambridge, 1973) y A. Th. van Deursen, *Honni soit qui mal y pense? De Republiek tussen de Mogendheden (1610-1612)* (Amsterdam, 1965: Mededelingen der Koninklijke Nederlandse Akademie van Wetenschappen, Afdeling Letterkunde, N. S., XXVIII/i). Para España cf.: P. Brightwell, «Spain and Bohemia: The decision to intervene, 1619», *European Studies Review*, XII (1982), 117-41; «Spain, Bohemia and Europa, 1619-21», *ibid.*, 371-99; M. S. Sánchez, «A House divided: Spain, Austria and the Bohemian and Hungarian successions», *Sixteenth-Century Journal*, XXV (1994), 887-903; y E. Straub, *Pax et Imperium* (*infra*, p. 341). Finalmente, sobre la compleja y a la vez crucial sucesión de Cléveris-Jülich, véase el importante y erudito estudio de A. Anderson, «The Jülich-Kleve succession crisis (1609-1620): A study in international relations» (Tesis doct. de Fil., Universidad de Illinois en Urbana-Champaign, 1992).

C) LOS AÑOS 1620

Hay un excelente estudio breve de la rebelión bohemia en H. Sturmberger, *Aufstand in Böhmen. Der Beginn des dreissigjährigen Krieges* (Múnich y Viena, 1959); pero A. Gindely, *Geschichte des dreissigjährigen Krieges* (4 vols., Praga, 1869-80) todavía sigue siendo indispensable para la «fase bohemia de la guerra». Sobre la

reacción de Fernando ante la crisis, aparte de las obras de Franzl y Bireley (*supra*), puede encontrarse mucha más información en P. Broucek, «Feldmarschall Bucquoy als Armeekommandant, 1618 bis 1620», en *Der dreissigjährige Krieg: Beiträge zu seiner Geschichte* (Viena, 1976: Schriften des Heerengeschichtlichen Museums, VII), 25-57; y H. Kretschmer, *Sturmpetition und Blockade Wiens im Jahre 1619* (Viena, 1978: Militärhistorische Schriftenreihe, XXXVIII). Dieter Albrecht ha tratado de manera magistral la política papal y la de Baviera en relación con la rebelión bohemia. Véanse estos tres estudios: «Zur Finanzierung des dreissigjährigen Krieges», *Zeitschrift für bayerische Landesgeschichte*, XIX (1956), 534-67; *Die deutsche Politik Papst Gregor XV* (Múnich, 1956: Schriftenreihe für bayerischen Landesgeschichte, LIII); y **Die auswärtige Politik Maximilians von Bayern, 1618-1635* (Göttingen, 1962: Schriftenreihe der historischen Kommission bei der bayerischen Akademie der Wissenschaften, VI). Sobre la política papal véase también la colección de documentos publicada por Q. Aldea Vaquero, *España, el Papado y el Imperio durante la Guerra de los Treinta Años. II. Instrucciones a los Nuncios Apostólicos en España 1624-32* (Comillas, 1958). Véanse también los recientes estudios de C. P. Kindleberger, «The economic crisis of 1619 to 1623», *Journal of Economic History*, LI (1991), 149-75; F. Gui, *I Gesuiti e la rivoluzione boema. Alle origini della Guerra dei Trent'Anni* (Milán, 1989), basado en la literatura apologética que rodeó la expulsión de los jesuitas de Bohemia por los rebeldes en 1618; y J. V. Polisenský, *Tragic Triangle: The Netherlands, Spain, and Bohemia, 1617-1621* (Praga, 1991), que reafirma sus anteriores conclusiones sobre las estrechas afinidades entre holandeses y bohemios en el tiempo de la rebelión, y cita a varios comentaristas contemporáneos que dan cuenta de esas conexiones.

Sobre la política española cf. Brightwell, «The Spanish origins of the Thirty Years' War», *European Studies Review*, IX (1979), 409-31 (y otros dos artículos citados *supra*, p. 341); y el importante estudio de E. Straub, *Pax et Imperium. Spaniens Kampf um sine Friedensordnung in Europa zwischen 1617 und 1635* (Paderborn, 19980: Rechts- und Staatswissenschaftliche Veröffentlichungen des Görres-Gesellschaft, Neue Folge XXXI). Advuértase, de todos modos, que hay algunas lagunas curiosas en la lista de autores de Straub y que toda su interpretación ha sido acusada de olvidar el papel de Baviera y Austria (véase la reseña de H. Altmann en *Zeitschrift für bayerische Landesgeschichte*, XLV [1982], 723-7). Uno de los trabajos no citados por Straub es el estudio de J. Alcalá-Zamora y Queipo de Llano, *España, Flandes y el Mar del Norte (1618-1639). La última ofensiva europea de los Austrias madrileños* (Barcelona, 1975), que desplaza en gran medida los relevantes capítulos de B. Chudoba, *Spain and the Empire 1519-1643* (Chicago, 1952) (trad. esp. *España y el imperio (1519-1643)*, Axel Springer, S.L.) y partes considerables de R. Ródenas Vilar, *La política europea de España durante la Guerra de Treinta Años, 1624-1630* (Madrid, 1967). De todos modos, Alcalá-Zamora ha sido criticado, junto con el que esto escribe y la gran mayoría de los demás especialistas en la

época, por *J. I. Israel, *The Dutch Republic and the Hispanic World 1606-1661* (Oxford, 1982), por la falta de tratamiento de la guerra en los Países Bajos. Israel, por otra parte, a veces no integra los acontecimientos de los Países Bajos con los de Alemania. Nadie, parece, es perfecto.

Hay mucho y valioso sobre el «plan báltico» en A. E. Sokol, *Das habsburgische Admirallitätswerk des 16. Und 17. Jahrhunderts* (Viena, 1976: Biblos-Schritte, LXXXIX); y H. Günter, *Die Habsburger-Liga 1625-1635. Briefe und Akten aus dem General-Archiv zu Simancas* (Berlín, 1908; reimp., 1965) ofrece una útil colección de documentos españoles, acompañados de una larga introducción, referentes a las negociaciones entre las dos ramas de la Casa de Austria en este periodo. La sinopsis más reciente de todas la proporciona el equilibrado e impresionantemente documentado artículo de M. E. H. N. Mout, «'Holendische Propositionen'. Een Habsburgs plan tot vernietiging van handel, visserij en scheepvaart der Republiek (ca 1625)», *Tijdschrift voor Geschiedenis*, XCV (1982), 345-62.

La obra definitiva sobre la política española en este periodo, *J. H. Elliot, *The Count-Duke of Olivares: The Statesman in an age of decline* (Londres y New Haven, Conn., 1986), contiene brillantes ideas sobre la intervención de España en Alemania; véanse también *Richelieu and Olivares* (Cambridge, 1984) de Elliot, y su «Self-perception and decline in seventeenth century Spain», *Past and Present*, LXXIV (1977), 41-61 (recogido en Elliot, *Spain and its world 1500-1700. Selected Essays* [Londres y New Haven, Conn., 1989], 241-61). Sobre la corte de España en la que se tomaron tantas decisiones cruciales, cf. Jonathan Brown y J. H. Elliott, *A palace for a king. The Buen Retiro and the court of Philip IV* (Londres y New Haven, Conn., 1980) (trad. esp. «Un palacio para el rey», *Revista de Occidente*, 12, 1988). La política alemana del gobierno de Bruselas, que no siempre veía por los ojos de Madrid, es examinada por J. Kessel, *Spanien und die geistlichen Kurstaaten am Rhein während der Regierungszeit der Infantin Isabella (1621-1633)*, (Frankfurt, 1979).

No existe un estudio adecuado sobre el principal oponente de Fernando, el elector del Palatinado Federico V, aunque mucho puede sacarse de la obra de Schubert *Camerarius and Press. Calvinismus und Territorialstaat* (*supra*, p. 252). Cf. también J. G. Weiss, «Die Vorgehichte des böhmischen Abenteuers Friedrichs V. von der Pfalz», *Zeitschrift für die Geschichte des Oberrheins*, N. F. LIII (1940), 383-492; F. H. Schubert, «Die pfälzische Exilregierung im dreissigjährigen Krieg: ein Beitrag zur Geschichte des politischen Protestantismus», *Zeitschrift für die Geschichte des Oberrheins*, CII (1954), 575-680; J. Steiner, *Die pfälzische Kurwürde während des dreissigjährigen Krieges (1618-1648)* (Speyer, 1975: Veröffentlichungen der Pfälzischen Gesellschaft zur Förderung der Wissenschaften in Speyer, LXXVI); y M. E. H. N. Mout, «Der Winterkönig im Exil: Friedrich von der Pfalz und die Niederländischen Generalstaaten, 1621-32», *Zeitschrift für historische Forschung*, XX (1988), 257-72.

El mejor relato de las campañas de 1621 y 1622 en el oeste se encuentra en H. Wertheim, *Der Tolle Halberstädter: Herzog Christian von Braunschweig im pfälzischen Krieg, 1621-22* (Berlín, 1929). Para la campaña de 1623 cf. W. Brünick, *Der Graf von Mansfeld in Ostfriesland (1621-1624)* (Aurich, 1957: Abhandlungen und Vorträge zur Geschichte Ostfrieslands, XXXIV), que también contiene el mejor retrato que hay de Mansfeld. Sobre las políticas de Maximiliano de Baviera en estos años cf. R. Bireley, *Maximilian von Bayern, Adam Contzen, S. J., und die Gegenreformation in Deutschland, 1624-35* (Göttingen, 1975: Schriftenreihe der Historischen Kommission bei der Bayerische Akademie der Wissenschaften, XIII), que resalta la piedad religiosa del elector; y G. Immler, «Kurfürst Maximilian I. und die Kirche. Aspekte seiner Finanzpolitik während des Dreissigjährigen Krieges», *Zeitschrift für bayerische Landesgeschichte*, LI (1988), 387-409, que afirma que Maximiliano se guió más por la «razón de estado» y las necesidades de Baviera que por el sentimiento religioso. Sobre la ocupación del Palatinado renano por fuerzas bávaras y españolas cf. F. Maier, *Die bayerische Unterpfalz im dreissigjährigen Krieg: Besetzung, Verwaltung und Rekatholisierung der rechtsrheinischen Pfalz durch Bayern 1621 bis 1649* (Nueva York, 1990); A. Egler, *Die Spanier in der linkrheinischen Pfalz, 1620-32. Invasion, Verwaltung, Rekatholisierung* (Maguncia, 1971: Quellen und Abhandlungen zur mittelhheinischen Kirchengeschichte, XIII); y W. Dautermann, *Alzey im dreissigjährigen Krieg. Eine Studie über die Wirkung des dreissigjährigen Krieges in einer pfälzischen Stadt* (Berlín, 1937: Historische Studien, CCCXVIII). Finalmente, sobre el alto Palatinado, véase K. -O. Ambronn y A. Fuchs (comp.), *Die Oberpfalz wird bayerisch: die Jahre 1621 bis 1628 im Amberg und der Oberpfalz* (Ausstellungskatalog: Amberg, 1978); y J. Staber, «Die Eroberung der Oberpfalz im Jahre 1621 nach dem Tagebuch des Johann Christoph von Preysing », *Verhandlungen des historischen Vereins für Oberpfalz und Regensburg*, CIV (1964), 165-221.

Por lo que se refiere a la intervención danesa, H. Gamrath y E. Ladewig Petersen, *Gyldendal's danmarkshistorie*, II, 2: 1559-1648 (Copenhague, 1980), ofrecen un relato y una bibliografía crítica, incluyendo toda la literatura en danés, a los que remitimos al lector. El prelude de esta intervención —y sus relaciones con el contexto danés-sueco— ha sido descrito por L. Tandrup, *Mod triumf eller tragedie. En politisk-diplomatisk studie i forlobet af den dansk-svenske magtkamp fra Kamarkrigen til Kejserkigen* (2 vols. Arhus, 1979). Cf. las reseñas de S. Heiberg y K. J. V. Jespersen en *Fortid og Nutid*, XXVIII (1980), 636-43, e *Historisk Tidsskrift* [en danés], LXXXI (1937). El cuarto centenario del acceso al trono de Cristian IV dio lugar a una buena cantidad de nuevos estudios sobre el monarca más famoso de Dinamarca, de entre los cuales los mejores son: S. Heiberg, *Christian IV. Monarken, mennesket og myten* (Copenhague, 1988) y S. Ellehoj, *Christian IV's Verden* (Copenhague, 1988). Sobre estas y otras obras véanse los importantes artículos de O. Ryan y H. Gamrath en, respectivamente, *Historisk Tidsskrift* [danés], LXXXIX (1989), 283-99, y XCI (1991), 133-53. El frío encuentro entre los

reyes de Suecia y Dinamarca en 1629 (*supra*, p. 103) es tratado por K. J. V. Jespersen, «Kongemodet i Ulfsbäck praestegard februar 1629», *Historie N. S.*, XIV (1982), 420-39. Los logros militares del rey han sido analizados (y reivindicados con largueza) por J. C. Kirchmeier-Andersen, «Christian IV som taktiker», *Vaabenhistoriske Aarbøger*, XXXIII (1987), 63-157, y XXXIV (1988), 5-107; y G. Lind, *Hoeren og magten i Danmark 1614-62* (Odense, 1994). Finalmente, en inglés, ofrece un admirable relato *P. D. Lockhart, *Denmark in the Thirty Years' War 1618-1648: King Christian IV and the decline of the Oldenburg State* (Cranbury, N. J., 1996). Sobre la hacienda pública cf. E. Ladewig Petersen, «From domain state to tax state», *Scandinavian Economic History Review*, XXIII (1975), 116-48, y *«Defence, war and finance: Christian IV and the Council of the Realm 1596-1629», *Scandinavian Journal of History*, VII (1982), 277-313.

Con frecuencia se olvida el papel de Transilvania y, más allá, de los turcos, durante las primeras fases de la guerra de los treinta años; pero no falta material para su estudio. Véase D. Angyal, «Gabriel Bethlen», *Revue historique*, LIII (1928), 19-80; J. V. Polisenský, «Bohemia, the Turks and the Christian Commonwealth, 1642-1620», *Byzantinoslavica*, XIV (1953), 82-108; R. R. Heinisch, «Habsburg, die Pforte und der böhmische Aufstand (1618-20)», *Südostforschung*, XXXIII (1974), 125-65, y XXXIV (1975), 79-124; y H. Valentinitich, «Die Steiermark, Ungarn und die Osmanen, 1606-1662», *Zeitschrift des Historischen Vereines für Steiermark*, LXV (1974), 93-128.

Para la política inglesa de los años 1620 véase S. L. Adams, «The Protestant Cause» (p. 341, *supra*), y sus artículos «Foreign Policy and the Parliaments of 1621 and 1624», en K. Sharpe (comp.), *Faction and parliament: Essays on early Stuart history* (Oxford, 1978), 139-71, y «Spain or the Netherlands? The dilemma of early Stuart foreign policy», en H. Tommlison (comp.), *Before the civil war* (Londres, 1984), 79-101. Más recientemente cf. Cogswell, «Forcing policy and parliament: the case of La Rochelle, 1625-6», *English Historical Review*, XCIX (1984), 241-67; y «Prelude to Ré: the Anglo-French struggle over La Rochelle, 1624-7», *History*, LXXI (1986), 1-21. Sobre Inglaterra y la cuestión del Palatinado cf. J. Reeve, «Quiroga's paper of 1631: a missing link in Anglo-Spanish diplomacy during the Thirty Years' War», *English Historical Review*, C (1986), 913-26; E. Weiss, *Die Unterstützung Friedrichs V. von der Pfalz durch Jakob I. und Karl I. von England im dreissigjährigen Krieg (1618-32)* (Suttgart, 1966: Veröffentlichungen der Kommission für geschichtliche Landeskunde in Baden-Württemberg, Series B, XXXVII); y R. Zaller, «'Interest of state': James I and the Palatinate», *Albion*, VI (1974), 144-75. Los intentos de mediación en el Palatinado de James I son tratados con detalle en A. H. White, «Suspension of Arms: Anglo-Spanish mediation in the Thirty Years' War, 1621-1625» (Tesis doct. en Fil., Tulane University, 1978). Falta un estudio moderno sobre la política exterior de Holanda durante la guerra de los treinta años, pero pueden encontrarse detalles sobre su ayuda

militar a los protestantes alemanes en: F. J. G. ten Raay y F. de Bas, *Het Staatse Leger, 1573-1795. III* (1609-1625) (Breda, 1915); J. V. Polisenký, *Nizozemska politika a Bílá Hora* (Praga, 1958); J. H. Hora Siccama, *Schets van de diplomatieke betrekkingen tusschen Nederland en Brandenburg 1596-1678* (Utrecht, 1867), caps. 1-2; y J. G. Smit y J. Roelievink (comp.), *Resolutiën der Staten-Generaal, nieuwe reeks IV-V* (La Haya, 1981-3).

De los demás estados intervencionistas, las más tratadas son las políticas de Francia. Véase V. L. Tapié, *La politique de la France et le début de la guerre de trente ans* (París, 1934); R. Pithon, «Les débuts difficiles du Ministère de Richelieu et la crise de la Valtelline (1621-1627)», *Revue d'Histoire Diplomatique*, LXXIV (1960), 298-322; y «La Suisse, théâtre de la guerre froide entre la France et l'Espagne pendant la crise de la Valtelline (1621-1627)», *Schweizerische Zeitschrift für Geschichte*, XIII (1963), 33-53. No parece que haya un estudio enteramente satisfactorio sobre la política exterior de Richelieu: el mejor trabajo sobre el personaje en inglés —W. F. Church, *Richelieu and Reason of State* (Pinceton, N. J., 1972)— poco tiene que decir sobre temas extranjeros después de 1627. Tal vez el análisis introductorio más iluminador sea la parte segunda de J. Wollenberg, *Richelieu: Staatsräson und Kircheninteresse. Zur Legitimation der Politik des Kardinalpremier* (Bielefeld, 1977). Penetrantes ideas sobre la política exterior francesa a lo largo de toda la guerra pueden encontrarse en *R. J. Bonney, *The King's Debts. Politics and Finance in France 1589-1661* (Oxford, 1981). Recientemente se han publicado las principales series de estadísticas económicas de la corona francesa: R. J. Bonney, «Jean-Roland Malet: Historian of the Finances of the French Monarchy», *French History*, V (1991), 180-233; y M. M. y R. J. Bonney, *Jean-Roland Malet: premier historien des finances de la monarchie française* (París, 1993). Véase también H. Weber, «'Une bonne paix': Richelieu's foreign policy in the Peace of Christendom», en J. Bergin y L. W. Brockliss (comp.), *Richelieu and his Age* (Oxford, 1992), 45-69; «Chrétienté et équilibre européen dans la politique du Cardinal de Richelieu», *XVIIe siècle*, XLII (1990), 7-16; y R. Mousnier, «Les crises intérieures françaises de 1610 à 1659 et leur influence sur la politique extérieure française, surtout de 1618 à 1648», en Repgen, *Krieg und Politik*, 169-83.

Para algunas otras potencias intervinientes en la guerra en los años 1620 cf. B. Köpeczi y otros (comp.), *Erdély története*, II (Budapest, 1986: existente también en una traducción abreviada inglesa, Londres, 1994), sobre la Transilvania de Bethlen Gabor; R. Kleinman, «Charles Emmanuel of Savoy and the Bohemian election of 1619», *European Studies Review*, V (1975), 3-29; J. Krebs, *Die Politik der evangelischen Union im Jahre 1618* (Breslau, 1890-1); y M. Roberts, *Gustavus Adolphus. A History of Sweden 1611-32*, I (Londres, 1953), caps. 4-5.

Ahora bien, el hecho es que el vencedor de los años 1620 fue no un príncipe extranjero sino el emperador, gracias a las duras derrotas infligidas por los generales católicos a un adversario tras otro. De Tilly, extrañamente, no hay una

biografía adecuada, aunque B. Rill, *Tilly: Feldherr für Kaiser und Reich*: (Winterthur, 1991), y el apartado pertinente (con ilustraciones) de Glaser (comp.), *Witelsbach und Bayer*, II/1, 377-99, cubren la laguna de alguna forma. Por eso, el estudioso serio está obligado a fiarse de la obra del gran apologeta de Tilly O. Klopp, *Tilly im dreissigjährigen Krieg* (2 vols. Stuttgart, 1861; ed. rev., Paderborn, 1891-6). La otra figura central del momento, Albrecht von Waldstein, o Wallenstein, no ha padecido el mismo olvido: hay sobre él probablemente 4.000 obras en varios idiomas. Para el lector inglés la mejor biografía disponible es Golo Mann, *Wallenstein. His life narrated* (Londres, 1976; la edición alemana original —Francfort, 1971— incluye notas y una detallada bibliografía). También es útil H. Diwald, *Wallenstein: eine Biographie* (Múnich, 1969), aunque su visión es más germánica que la de Mann y no ha merecido la misma controversia (véanse por ejemplo los artículos «en pro y en contra» de la biografía de Mann en las revistas *Merkur*, XXVI [1972], 282-96 y *Neue Rundschau*, LXXXIII [1972], 343-9). La mayoría de los autores no alemanes parecen estar de acuerdo, de todos modos, en que ninguno de estos estudios modernos difiere mucho de interpretaciones anteriores. De hecho, en muchos casos aportan menos información que obras clásicas como A. Gindely, *Waldstein während seines ersten Generalats* (2 vol., Praga, 1886) o, más reciente, A. Ernstberger, *Wallenstein als Volkswirt im Herzogtum Friedland* (Wiesbaden, 1954: Vierteljahrschrift für Sozial- und Wirtschaftsgeschichte, Beiheft XXXVIII). El estudioso diligente de Wallenstein no se librará de la necesidad de consultar la voluminosa documentación citada en p. 125 nota 18, y p. 351 *infra*. Nada hay suficiente sobre Eggenberg, pero dan alguna información H. von Zwiedineck-Südenhorst, *Hans Ulrich Fürst von Eggenberg* (Viena, 1880), y W. E. Heydendorff, *Die Fürsten und Freiherren zu Eggenberg und ihre Vorfahren* (Graz, 1965).

Se ha publicado una buena cantidad de material sobre la historia interna de la monarquía de los Habsburgos después de la Montaña Blanca. Ahí está, por supuesto, el inestimable estudio de Evans, *The Habsburg Monarchy* (p. 335 *supra*), tras el cual probablemente el mejor punto de partida sea A. Coreth, *Pietas Austriaca. Ursprung und Entwicklung barocker Frömmigkeit in Österreich* (Múnich, 1959). Para las instituciones centrales de la monarquía cf. T. Fellner y H. Kretschmayr, *Die österreichische Zentralverwaltung*, I (2 vol., Viena, 1907); L. Gross, *Die Geschichte der deutschen Reichshofkanzlei von 1559 bis 1806* (Viena, 1933); y H. F. Schwarz, *The Imperial Privy Council in the Seventeenth Century* (Cambridge, Mass., 1943). Los acontecimientos políticos y militares en los diferentes territorios habsburgos, por separado, hay que afrontarlos todavía en buena parte en fuentes u obras narrativas del viejo estilo. Para Bohemia, T. B. Bílek, *Dejiny konfiskací v Čechách po r. 1618* (2 vols., Praga, 1882-3), ofrece todos los detalles de los cambios producidos en la posesión del territorio, pero sus datos han sido revisados por F. L. Snider, «The restructuring of the Bohemian nobility in the seventeenth century»

(Tesis doct. en Fil. en la University of California de Berkeley, 1972). A. Gindely, *Geschichte der Gegenreformation in Böhmen* (ed. T. Tupetz, Leipzig, 1894), tiene autoridad pero es incompleto; E. Denis, *La Bohême depuis la Montagne Blanche* (París, 1903), cuya traducción checa (por J. Vancura) tiene muchas adiciones y correcciones, es el clásico liberal melancólico.

Los territorios bohemios han sido analizados más recientemente por J. Válka, *Ceská společnost v. 15. -18. Století. II. Belohorská doba* (Praga, 1983); un buen relato sobre Moravia durante la guerra puede encontrarse en F. Matejek, *Morava za třicetileté války* (Praga, 1992); y, para Hungría, cf. Zs. P. Pach y otros (comp.), *Magyarország története. III. 1526-1686* (2 vols., Budapest, 1986). La nueva constitución está recogida en H. Jirecek (comp.), *Constitutiones regni Bohemiae anno 1627 reformatae* (Praga, 1988). I. Kollmann, *Acta Sacrae Congregationis de Propaganda Fides res gestas Bohemicas illustrantia* (2 vols., Praga, 1923-54), cubre los primeros días del plan de contrarreforma; J. V. Polišenský, M. Toegel y otros (comp.), *Documenta Bohemica Bellum Tricennale illustrantia* (7 vols., Praga, 1971-7) contiene mucho material antes desconocido. Para Hungría son fundamentales los escritos de Pázmány y están editados completos en 13 volúmenes (Budapest, 1894-1905), a los que ha seguido su correspondencia, comp. por J. Hanuy (2 vols., Budapest, 1910-11). El último estudio del cardenal primado es F. Bitskey, *Pázmány Péter* (Budapest, 1986). László Nagy repasa los acontecimientos militares en *Bethlen Gábor a Független Magyarorszáért* (Budapest, 1969), y *Magyar handsereg és hadművészet a harmincéves háborúban* (Budapest, 1972). Nada satisfactorio se encuentra en Esterházy. J. Loserth (comp.), *Akten und Korrespondenzen zur Geschichte der Gegenreformation in Innerösterreich unter Karl II und Ferdinand II* (2 vols. en 3 t., Viena, 1898-1907), documenta la suerte de los protestantes estirios. La de sus correligionarios de otros sitios del imperio está tratada, desde una perspectiva católica, en B. Dühr, *Geschichte der Jesuiten in den Länder deutscher Zunge*: los vols. II. 1 y II. 2 (Friburgo, 1913) abarcan la primera mitad del siglo XVII.

Para la implantación del absolutismo habsburgo en el Austria superior cf., sobre todo, H. Sturmberger, *Adam Graf Herberstorff. Herrschaft und Freiheit im Konfessionellen Zeitalter* (Múnich, 1976). Dos volúmenes conmemorativos del 350 aniversario de la rebelión de 1626 abarcan mucho más de lo que sus títulos sugieren: *Der österreichische Bauernkrieg 1626: Ausstellung des Landes Oberösterreich im Linzer Schloss und im Schloss zu Scharnstein* (Linz, 1976); y G. Heilingsetzer, *Der österreichische Bauernkrieg 1626* (Viena, 1976: *Militärhistorische Schriftenreihe*, vol. XXXII). El impacto del absolutismo habsburgo sobre la sociedad campesina del Austria superior es tratado por H. Rebel, *Peasant Classes. The Bureaucratization of property and family relations under early Habsburg absolutism, 1511-1636* (Princeton, N. J., 1983), cap. 8. Sobre la revuelta y sumisión de la baja Austria, véase la excelente tesis doctoral de R. D. Chesler, «Crown, Lords and God: The establishment of secular authority and the pacification of

Lower Austria, 1618-48» (Princeton University, 1979). Cf. también MacHardy, *Obedience and Rebellion*.

Finalmente, Fernando III sigue siendo una Cenicienta de los estudiosos. Con-súltese M. Koch, *Geschichte des deutschen Reiches unter der Regierung Ferdinands III* (2 vols., Viena, 1865-6), para sus políticas alemanas; F. Stieve, en *Allgemeine deutsche Biographie*, VI (1877), 664-72; y K. Repgen, en Schindling y Ziegler, *Die Kaiser der neuzeit*, 142-67.

D) 1630-1635

La desastrosa guerra de Mantua, que resultó un punto de inflexión en la fortuna de los Habsburgos, ha merecido una atención reciente considerable: R. A. Stradling, *Spain's struggle for Europe 1598-1668* (Londres, 1994) incluye tres artículos sustanciales sobre el tema (pp. 51-120); y Elliott, *Oliveres*, 323-408, ofrece una visión de conjunto magistral. También se encuentra una provechosa colección de material español en *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, LIV, y en M. Fernández Álvarez, *Don Fernando González de Córdoba y la guerra de sucesión de Mantua y del Monferrato 1627-9* (Madrid, 1959, con una larga introducción). Las actitudes papales respecto de Mantua son examinadas (con talante independiente) por Q. Aldea, «La neutralidad de Urbano VIII en los años decisivos de la Guerra de los Treinta Años (1628-32)», *Hispania Sacra*, XXI (1968), 155-78, y por G. Lutz, *Kardinal Giovanni Francesco Guidi di Bagno. Politik und Religion im Zeitalter Richelieu und Urbans VIII* (Tubinga, 1971: Bibliothek des deutschen historischen Instituts in Roma, XXXIV). Para un estudio sobre las consecuencias económicas de la guerra, cf. D. Sella, *Crisis and continuity. The economy of Spanish Lombardy in the seventeenth century* (Cambridge, Mass., 1979).

Los sucesos de Regensburg en el verano de 1630 donde mejor pueden seguirse es en las obras escritas o editadas por Dieter Albrecht: *Die auswärtige Politik Maximilians* (p. 342, *supra*); *Briefe und Akten zur Geschichte des dreissigjährigen Krieges, neue Folge: Die Politik Maximilians I von Bayern und seiner Verbündeten 1618-61*, II, parte 5.^a (Múnich, 1964), documento 170 (315 páginas de fuentes relacionadas con el encuentro de electores); *Richelieu, Gustav Adolf und das Reich*, (Múnich y Viena, 1959); y «Der regensburger Kurfürstentag 1630 und die Entlassung Wallensteins», en D. Albrecht (comp.), *Regensburg. Stadt der Reichstage* (Regensburg, 1980), 51-71. Véase también el excelente estudio de O. Heyne, *Der Kurfürstentag zu Regensburg von 1630* (Berlín, 1866). Para una perspectiva más moderna cf. Bireley, *Maximilian von Bayern, Adam Contzen, S.J., und die Gegenreformation in Deutschland y también Religions and politics in the age of the Counterreformation*, cap. 6. D. P. O'Connell, «A cause célèbre in the History of Treaty Making. The Refusal to ratify the Peace Treaty of Regensburg in 1630», *British Yearbook of In-*

ternational Law, XLII (1967), 71-90, es un análisis importante de un incidente decisivo en el curso del enfrentamiento francés con el emperador. Sobre la política de los electores protestantes después de Regensburg cf. B. Nischan, «Reformed Irenicism and the Peipzig Colloquy of 1631», *Central European History*, IX (1976), 3-26, y «Brandenburg's Reformed Räte and the Leipzig Manifesto of 1631», *Journal of Religious History*, X (1979), 365-80.

Los escritos de Michael Roberts son el indispensable punto de partida —y, para los lectores ingleses, frecuentemente, el de llegada también— de cualquier estudio sobre la intervención sueca en la guerra. En primer lugar está su importante biografía sobre el rey de Suecia, cuyo segundo volumen se ocupa de la guerra en Alemania: *M. Roberts, *Gustavus Adolphus. A History of Sweden 1611-1632* (dos vol., Londres, 1953-8; en un solo volumen abreviado: *Gustavus Adolphus and the Rise of Sweden* (Londres, 1973). Otros temas se desarrollan en M. Roberts, *Essays in Swedish History* (Londres, 1967), especialmente el cap. 6 («The political objectives of Gustavus Adolphus in Germany, 1630-32»); y hay muchos documentos traducidos con valiosos comentarios en id., *Sweden as a Great Power 1611-1697: Government, Society, Foreign Policy* (Londres, 1968). Muchos puntos son revisados o tratados de nuevo en el estudio más reciente de Roberts: *The Swedish Imperial Experience 1560-1718* (Cambridge, 1979). Véanse también las fuentes señaladas en p. 164 *infra*, y en W. Buchholz, «Der Eintritt Schwedens in den dreissigjährigen Krieg in dre schwedischen und deutschen Historiographie des 19. Und 20. Jahrhunderts», *Historische Zeitschrift*, CCXLV (1987), 291-314; y el interesante estudio de literatura polémica llevado a cabo por S. S. Tschop, *Heilsgeschichte und Deutungsmuster in der Publizistik der dreissigjährigen Kriege: pro- und anti-schwedische Popaganda in Deutschland 1628 bis 1635* (Franckfurt, 1991).

Muy poco más hay sobre el tema en inglés, pero, naturalmente, quien lea sueco tiene mucho más para elegir. Sobre la guerra en sí hay que reservar un puesto de honor para el definitivo estudio editado por la Försvarstaben del ejército sueco: *Sveriges Krig 1611-1632* (8 vols., Estocolmo, 1836-9, de los que los volúmenes 3-6 tratan de la guerra en Alemania entre 1629 y 1632). Con sus mapas, tablas y diagramas y un texto basado en fuentes sacadas de los archivos de toda Europa, no es probable que esta obra sea superada alguna vez. Para un útil estudio de las fortificaciones suecas cf. L. W. Munthe, *Kungliga Fortifikations Historia*, I (Estocolmo, 1902, que llega hasta 1641) y II (Estocolmo, 1904, que abarca de 1641 a 1676). En los años recientes la atención de los historiadores militares suecos se ha centrado en la economía del imperio en guerra. Véase, por ejemplo, H. Landberg, L. Ekholm, R. Nordlund y S. A. Nilsson, *Det koninentala krigets ekonomi. Stider i krigsfinansiering under Svensk Stormaktstid* (Estocolmo, 1971); S. A. Lundkvist, «Svensk Krigsfinansiering 1630-5», *Historisk Tidskrift*, LXXXVI (1966), 377-421; L. Ekholm, *Svensk Krigsfinansiering*, Uppsala, 1974: *Studia historia Upsaliensia*, LVI); R. Nordlund, «Kontribution eller sa-

tisfaktion. Pommern och de Svenska krigsfinanserna, 1633», *Historisk Tidsskrift*, XCIV (1974), 321-402; y *Krig pa arvekleng, Sverige och tyska kriget 1633* (Uppsala, 1974).

Sobre las políticas de Suecia en el imperio siguen siendo fundamentales los dos excelentes estudios de Johannes Kretzschmar: «Die Allianz-Verhandlungen Gustav Adolfs mit Kurbrandenburg in Mai und Juni 1631», *Forschungen zur brandenburgischen und preussischen Geschichte*, XVII (1904), 341-82; y *Gustav Adolfs Pläne und Ziele in Deutschland und die Herzöge zue Braunschweig und Lüneburg* (Hannover y Leipzig, 1904). Sobre las relaciones de Suecia con Hesse cf. W. Keim, «Landgraf Wilhelm V von Hessen-Kassel vom Regierungsantritt 1627 bis zum Abschluss des Bündnisses mit Gustav Adolf 1631», *Hessisches Jahrbuch für Landesgeschichte*, XII (1962), 130-210, y XIII (1963), 141-222. No hay nada similar sobre el matrimonio a la fuerza impuesto por Suecia a la Sajonia electoral, aunque las razones por las que Juan Jorge fue convencido para que invadiera Bohemia en 1631 son analizadas en M. Toegel, «Přiciny sakého vpádu do Čech v roce 1631», *Ceskoslovenský časopis historický*, XXI (1973), 553-81 (con un resumen en alemán). A estos temas presta cierta atención una biografía alemana del rey: G. Barudio, *Gustav Adolf der Grosse. Eine politische Biographie* (Frankfurt, 1982). La política sueca en Alemania después de la muerte del rey está espléndidamente estudiada por *M. Roberts, «Oxenstierna in Germany, 1633-1636», *Scandia*, XLVIII (1982), 61-105; mientras que *S. Goetze, *Die Politik des schwedischen Reichskanzlers Axel Oxenstierna gegenüber Kaiser und Reich* (Kiel, 1971), representa un significativo avance sobre el punto de vista tradicional, del que son ejemplo J. Kretzschmar, *Der Heilbronner Bund 1632-5* (3 vols., Lübeck, 1922), o A. Kiesel, *Der Heilbronner Convent. Ein Beitrag zur Geschichte des dreissigjährigen Krieges* (Halle, 1978), aunque las dos obras, antiguas, contienen bastante material que no puede encontrarse en otra parte. Finalmente, para la administración sueca de las conquistas cf.: C. Deinert, *Die schwedische Epoche in Franken von 1631-5* (Würzburg, 1966); y H. D. Müller, *Der schwedische Staat in Mainz 1631-1636. Einnahme, Verwaltung, Absichten, Restitution* (Maguncia, 1979: Beiträge zur Geschichte der Stadt Mainz, XXIV). Véanse también las fuentes señaladas en p. 354, *infra*.

Lo que omiten todas estas obras, admirables y meticulosamente detallistas, es el carisma de los actores principales: ni Gustavo ni Oxenstierna aparecen, por lo que hay en las páginas impresas, como los personajes extraordinarios que percibieron en ellos sus contemporáneos. En cuanto al rey, por lo menos, su atractivo popular puede vislumbrarse por los reportajes encomiásticos de sus hazañas en cada periódico o panfleto protestante del período 1630-2, y aún más en los «gustavianas», los innumerables objetos hechos con la imagen del rey. Estatuillas, copas de ceremonia, medallones, estampas e incluso vidrieras se emplearon como propaganda. Hay muestras en la mayoría de los museos de la Europa protestante.

Respecto del principal antagonista de Suecia en estos años, Wallenstein, la situación es mucho menos satisfactoria. Las recientes biografías de Mann y Diwald (p. 347, *supra*) se quedan cortas en el tratamiento de su segundo generalato: desde luego, no sustituyen las voluminosas colecciones documentales y los estudios producidos dos o tres generaciones antes. Los principales, por orden alfabético, son los siguientes: A. Gaedeke, *Wallensteins Verhandlungen mit den Schweden und Sachsen 1631-4. Mit Akten und Urkunden aus dem königlich Sächsischen Hauptstaatsarchiv zu Dresden* (Frankfurt, 1885); H. Hallwich, *Wallensteins Ende, ungedruckte Briefe und Akten* (2 vols., Leipzig, 1879); *Fünf Bücher Geschichte Wallensteins* (3 vols., Leipzig, 1910); *Briefe und Akten zur Geschichte Wallensteins 1630-34* (4 vols., Viena, 1912: *Fontes Rerum Austriacarum*, sección II, vols. LXIII-LXVI); K. G. Helbig, *Der Kaiser Ferdinand und der Herzog von Friedland während des Winter 1633-4* (Dresden, 1852); G. Irmer, *Die Verhandlungen Schwedens und seiner Verbündeten mit Wallenstein und dem Kaiser 1631-4* (3 vols., Leipzig, 1888-9); J. Pekar, *Wallenstein 1630-1634. Tragödie einer Verschwörung* (2 vols., Berlin, 1937; ed. original en checo, 1895. Sobre el libro de Pekar cf. la reseña informativa de W. Goetz, «Wallenstein und Kurfürst Maximilian von Bayern», *Zeitschrift für bayerische Landesgeschichte*, XI [1938], 106-20); y Heinrich Ritter von Srbik, *Wallensteins Ende* (2ª ed., Salzburgo, 1952). Estas amplias compilaciones de documentos y comentarios iluminan, mejor que cualquier otro trabajo posterior, las extraordinariamente complicadas negociaciones en que se embarcó el general; y desentrañan, por ello, gran parte del «misterio» de Wallenstein y mucho del «problema Wallenstein». Son también recomendables otros tres estudios de H. Hallwich —*Heinrich Matthias Thurn als Zeuge im Prozess Wallenstein* (Leipzig, 1883); *Gestalten am Wallensteins Lager. I. Johann Merode, y II. Johann Aldringer* (Leipzig, 1884-5)— y una colección de cartas importantes procedentes de los archivos de Moravia: P. von Chlumecky (comp.), *Die Regesten der Archiven im Markgrathume Mähren. I... Briefen Kaiser Ferdinands des Zweiten, Albrecht von Wallenstein und Romboalds Grafen Collalto* (dos partes con paginación separada, encuadradas en un único volumen, Brünn, 1856).

En los años recientes se han producido dos incursiones de avanzada importante: una, por parte del estudioso finlandés *P. Suvanto: *Wallenstein und seine Anhänger am Wiener Hof zur Zeit des zweiten Generalats 1631-4* (Helsinki, 1963), y **Die deutsche Politik Oxenstiernas und Wallensteins*, (Helsinki, 1979: *Studia historica*, IX). Algunas de las deducciones más controvertidas del primer estudio han quedado confirmadas (aunque en medio de críticas) por otras fuentes documentales, en G. Lutz, «Wallenstein, Ferdinand II. und der Wiener Hof. Bemerkungen zu einem erneuten Beitrag zur alten Wallensteinfrage», *Quellen und Forschungen aus italienischen Archiven und Bibliotheken*, XLVIII (1968), 207-43. C. Kampmann, *Reichsrebellion und kaiserliche Acht. Politische Strafjustiz im dreissigjährigen Krieg und das Verfahren gegen Wallenstein 1634* (Münster, 1992: *Schriftenreihe der Vereinigung*

zur Erforschung der Neueren Geschichte, XXI) ha llevado a cabo la segunda «incursión de avanzada» al demostrar que Fernando procedió contra su general en 1634 siguiendo una interpretación legítima y ampliamente aceptada del derecho imperial, sin apelar ni a una ley moral superior ni a la «razón de estado». Con eso Kampmann dibuja al emperador como un personaje mucho más decidido y astuto de lo que habitualmente se ha representado. Más fuentes sobre Wallenstein se tratan en la p. 347 y en la nota 19 de la p. 125, *supra*. Sobre su principal lugarteniente, la biografía de B. Stadler, *Pappenheim und die Zeit des dreissigjährigen Krieges* (Winterthur, 1991), aunque de tintes apologéticos hacia el sujeto, se apoya en una investigación archivística exhaustiva.

Otras dos potencias estuvieron profundamente implicadas en esta fase de la guerra: España y Hesse-Kassel. Sobre la primera cf. A. van der Essen, *Le Cardinal-Infant et la politique européenne de l'Espagne, 16009-1641* (Lovaina, 1944); «Le rôle du Cardinal-Infant dans la politique espagnole du XVII^e siècle», *Revista de la Universidad de Madrid*, III (1954), 357-83; y R. A. Stradling, *Europe and the decline of Spain. A study of the Spanish system 1580-1720* (Londres, 1981) (trad. esp. *Europa y el declive del sistema imperial español, 1580-1720*, Ediciones Cátedra, S.A., 1983), caps. 2 y 3. Sobre las relaciones de esta época —tanto económicas como políticas— entre España y el emperador cf. el excelente estudio de H. Ernst, *Madrid und Wien, 1632-37. Politik und Finanzen in den Beziehungen zwischen Philipp IV. und Ferdinand II.* (Münster, 1991: Schriftenreihe der Vereinigung zur Erforschung der Neueren Geschichte, XVIII). Sobre las relaciones entre España y el Papado cf. Q. Aldea Vaquero (comp.), *España, el Papado y el Imperio durante la Guerra de los Treinta Años. I. Instrucciones a los embajadores de España en Roma, 1631-43* (Comillas, 1958). Sobre la diplomacia de España en el seno del imperio cf. Q. Aldea Vaquero (comp.), *España y Europa en el siglo XVII. Correspondencia de Saavedra Fajardo. I. 1631-33* (Madrid, 1986). Véanse también los trabajos de Stradling y Elliott señalados en la p. 349, *supra*; J. Brown y J. H. Elliott, *A Palace for a King. The Buen Retiro and the Court of Philip IV* (New Haven, Conn., 1980); y J. Israel, «Oliveres, the Cardinal-Infante and Spain's strategy in the Low Countries, 1635-1643: the road to Rocroi», en R. L. Kagan y G. Parker (comp.), *Spain, Europe and the Atlantic World. Essays in honour of John H. Elliott* (Cambridge, 1995), 267-95 (trad. esp. *España, Europa y el mundo Atlántico: homenaje a John H. Elliott*, Marcial Pons, Ediciones de Historia, S.A., 2001). La guerra en Hesse es tratada por R. Altmann, *Landgraf Wilhelm V von Hessen-Kassel im Kampf gegen Kaiser und Katholizismus* (Marburgo, 1938), y L. van Tongerloo, «Beziehungen zwischen Hessen-Kassel und den Vereinigten Niederlanden während des dreissigjährigen Krieges», *Hessisches Jahrbuch für Landesgeschichte*, XIV (1964), 199-270.

El crucial papel de Hesse-Darmstadt en propiciar la paz de Praga entre el emperador y la mayoría de sus vasallos protestantes es objeto de un penetrante análisis en K. H. Frohnweiler, «Die Friedenspolitik Landgraf Georgs II. von Hes-

sen-Darmstadt in den Jahren 1630-5», *Archiv für hessische Geschichte und Altertumskunde*, N. F. XXIX (1964), 1-185. Sobre las negociaciones que llevaron a la paz de Praga cf. Bireley, *Religion and Politics*, cap. 11; *K. Repgen, *Die römische Kurie und der westfälische Friede. I. i. Papst, Kaiser und Reich 1521-1644* (Tubinga, 1962); y los primeros apartados de *F. Dickmann, *Der westfälische Frieden* (nueva ed., Münster, 1992). El texto de la paz es tratado largamente por K. Bierther, «Zur Edition von Quellenzum prager Frieden vom 30. Mai 1635», en K. Repgen (comp.), *Forschungen und Quellen zur Geschichte des dreissigjährigen Krieges* (Münster, 1981: Schriftenreihe der Vereinigung zur Erforschung der Neueren Geschichte, XII), 1-31. Sus consecuencias militares están bien tratadas en H. Haan, «Kaiser Ferdinand II. und das Problem des Reichsabsolutismus. Die prager Heeresreform von 1635», en H. U. Rudolf (comp.), *Die Dreissigjährige Krieg. Perspektiven und Strukturen* (Darmstadt, 1977), 208-64.

E) 1635-1641

Las dos reuniones importantes celebradas durante este período para dar solución a las divisiones en Alemania han sido objeto de estudios meticulosos: H. Haan, *Der Regensburger Fürstentag von 1636/1637* (Münster, 1967: Schriftenreihe der Vereinigung zur Erforschung der Neueren Geschichte, III), y K. Bierther, *Der Regensburger Reichstag von 1640/1641* (Kallmünz, 1971). En relación con la reunión de electores de 1636 hay un fino estudio de la embajada inglesa encabezada por Thomas, conde de Arundel, que reproduce la «verdadera relación» de William Crowne y muchos de los grabados de Wenceslas Hollar: F. C. Springell, *Connoisseur and Diplomat: The Earl of Arundel's Embassy to Gemany in 1636* (Londres, 1963).

La correspondencia de Oxenstierna sigue siendo la más importante fuente individual para este período y, desde 1888, buena parte de la misma ha sido publicada en dos series por la Real Academia Sueca de Letras, Historia y Antigüedad: *Axel Oxenstiernas skrifter och brevvexling*, serie 1.^a (que contiene la correspondencia escrita por el canciller hasta 1636), 15 volúmenes; y la serie 2.^a (que contiene la correspondencia recibida por el mismo, ordenada por autores más que por fechas), 12 volúmenes. Ambas series están aún publicándose. La actitud de los regentes y del consejo de estado hacia la guerra está documentada en *Svenska riksrådets protokoll (Handlingar rörande Skandinaviens Historia)*, 3.^a serie, III-VIII (Estocolmo, 1885-8), que publica las minutas del consejo; y en *Handlingar rörande Skandinaviens Historia*, 1.^a serie, XXIV-XXX y XXXII-XXXVIII (Estocolmo, 1842-57), que recoge cartas e instrucciones de los regentes y del consejo a Oxenstierna. Los tratados de Suecia con potencias extranjeras y documentos importantes relacionados con los mismos se encuentran editados en Carl Hallen-

dorf (comp.), *Sverges Traktater med främmande magter jemte andra hit hörande handlingar*, V. 2 (1632-1645) (Estocolmo, 1909). Para las relaciones franco-suecas cf. Erik Falk, *Sverige och Frankrike 1632-4* (Estocolmo, 1911); Sverker Arnoldsson, *Svensk-fransk krigs- och freds politik i Tyskland 1634-6* (Göteborg, 1937); Sune Lundgren, *Johan Adler Salvius. Problem kring freden, krigsekonomien och maktkampen* (Lund, 1945); L. Tingsten, *Huvuddragen av Sveriges Politik och Krigsföring i Tyskland efter Gustav II Adolfs död till och Lennart Torstensson sasom härförare* (Estocolmo, 1932); y B. Steckzén, *Johan Baner* (Estocolmo, 1939); y S. M. Schröder, «Hamburg und Schweden im dreissigjährigen Krieg: vom potentiellen Bündnispartner zum Zentrum der Kriegsfinanzierung», *Vierteljahrschrift für Sozial- und Wirtschaftsgeschichte*, LXXVI (1989), 305-31.

El estudio general de Pagès, *The Thirty Years' War*, es especialmente fuerte en temas franceses, y algunos aspectos de importancia son tratados por el mismo autor en su «Aoutour du 'grand orage'. Richelieu et Marillac. Deux politiques», *Revue Historique*, CLXXIX (1937), 63-97. Aunque principalmente es un análisis de las relaciones de Richelieu con sus críticos de casa, este estudio contiene observaciones fundamentales sobre la importancia de la toma de Pinerolo. Véanse también los dos trabajos de carácter general sobre este período de R. J. Bonney: *Political change in France under Richelieu and Mazarin 1624-1661* (Oxford, 1978), y *The King's debts* (p. 346, *supra*). De todos modos, el que se pusieran impuestos en forma alguna significa que se pagaran: cf. J. B. Collins, *Fiscal limits of absolutism: direct taxation on early seventeenth-century France* (Berkeley, 1988). Sobre la política francesa en Alsacia el lector deberá buscar, antes que nada, a G. Livet, *L'intendance d'Alsace sous Louis XIV, 1648-1715* (Estrasburgo y París, 1956): difícil de leer y centrado fuera del período que nos ocupa, el libro I, de todos modos, contiene un excelente relato de las contradicciones de la «protección» francesa. No queda del todo desplazado por dos estudios más recientes: W. H. Stein, *Protection royale. Eine Untersuchung zu den Protektionsverhältnissen im Elsass zur Zeit Richelieus. 1622-1643* (Münster, 1978: Schriftenreihe der Vereinigung zur Erforschung der Neueren Geschichte, IX); y R. Oberlé, *La République de Mulhouse pendant la guerre de trente ans* (París, 1965). La implicación de Suiza en la zona es resaltado por R. Strimatter, *Die Stadt Basel während des dreissigjährigen Krieges. Politik, Wirtschaft, Finanzen* (Berna, Francfort y Las Vegas, 1977). Sobre la política habsburga en Alsacia cf. el completo trabajo de investigación de W. E. Heydendorff, «Vorderösterreich im dreissigjährigen Krieg. Der Verlust der Vorlande am Rhein und die Versuche zu deren Rückgewinnung», *Mitteilungen des österreichischen Staatsarchivs*, XII (1959), 74-142 y XIII (1960), 107-94.

También ha sido ampliamente estudiada la política francesa en el bajo Rin. Véase, sobre todo, H. Weber, *Frankreich, Kurtrier, der Rhein und das Reich, 1623-35* (Bonn, 1969), que está bien resumido en el artículo del mismo autor *«Richelieu et le Rhin», *Revue Historique*, CCXXXIX (1968), 265-80. El provechoso ar-

título de R. Pillorget «Louis XIV and the Electorate of Trier, 1652-76», en R. M. Hatton (comp.), *Luis XIV and Europe* (Londres, 1976), 115-32, también contiene comentarios sobre la década de 1640. Para la devastación vivida en Borgoña por causa de la guerra después de 1635 cf. el clásico estudio de G. Roupnel, *La ville et la campagne au XVII^e siècle. Études sur les populations du pays dijonnais* (2.^a ed., París, 1955); para la Lorena, cf. S. Gaber, *La Lorraine meurtrie: les malheurs de la Guerre de Trente Ans* (Nancy, 1979); W. Mohr, *Geschichte des Herzogtums Lothringen. Teil IV: Das Herzogtum Lothringen zwischen Frankreich und Deutschland (14-17 Jahrhundert)* (Trier, 1986); y P. Braun, «La Lorraine pendant le gouvernement de La Ferté-Sénctère (1643-1661)», *Mémoires de la Société d'Archéologie lorraine et du Musée Historique lorrain*, LVI (4.^a ser., VI) (1906), 109-266. Para las políticas seguidas por el desafortunado duque de Lorena en esta época cf. R. Babel, *Zwischen Hasburg und Bourbon. Aussenpolitik und europäische Stellung Herzog Karls IV. von Lothringen und Bar Regierungsantritt bis zum Exil (1624-34)*, vom Sigmaringen, 1989: Beihefte de Francia, XVIII.

Varios trabajos recientes han profundizado o apreciado las intervenciones de Francia en la guerra y sus consecuencias. Lugar de honor merecen los estudios de David Parrott: «The causes of the Spanish-Franco war of 1635-59», en J. M. Black (comp.), *The origins of war in early modern Europe* (Londres, 1987), y «Richelieu, the Grands and the French army», en Bergin y Brockliss, *Richelieu and his age*, 135-73; y su afinada tesis doctoral «The administration of the French army during the ministry of Cardinal Richelieu» (Universidad de Oxford, 1985), bien resumida en Parrott, «French military organisation in the 1630s: the failure of Richelieu's ministry», *Seventeenth-Century French Studies*, IX (1987), 151-67. Luz importante han arrojado también R. A. Stradling, «Olivares and the origins of the Franco-Spanish war», en *Spain's struggle*, 95-120; Elliott, *Olivares*, 457-95; y H. Weber, «Zur Legitimation der französischen Kriegserklärung von 1635», *Historisches Jahrbuch*, CVIII (1988), 90-113; y «Vom verdeckten zum offenen Krieg. Richelieus Kriegsgründe und Kriegsziele 1634-35», en Repgen, *Krieg und Politik*, 203-17. Estos estudios ponen de manifiesto que tanto Felipe IV como Luis XIV, junto con muchos de sus cortesanos, consideraban la guerra como inevitable desde el verano de 1634, y sólo los frenó para no declararla antes la prudencia de sus primeros ministros. Véanse también los diferentes artículos que hay sobre el tema en H. Duchhart y E. Schmitt (comp.), *Deutschland und Frankreich in der frühen Neuzeit* (Múnich, 1987), especialmente los de V. Press (sobre la historia de las relaciones franco-bávaras); K. Malettke (sobre las formas francesas de ver la constitución alemana); y W. H. Stein (sobre las reacciones alemanas ante la entrada de Francia en la guerra en 1635-6).

El trabajo más sobresaliente sobre la paz que puso fin a la guerra es Dickmann, *Die Westfälische Frieden*. Una valoración provechosa de este libro, en la que se hace justicia a su carácter definitivo a la vez que se lo somete a ciertas críticas, es la de M. Heckel, «Zur Historiographie des Westfälischen Friedens. Die Bedeutung des Werkes von Fritz Dickmann für die deutsche Verfassungs- und Kirchenrechtsgeschichte», *Zeitschrift der Savigny-Stiftung für Rechtsgeschichte. Kanonistische Abteilung*, LVII (1971), 322-35. Las negociaciones simultáneas en Münster para la paz entre España y la república de Holanda están bien analizadas en J. Pohlhekke, *De vrede van Munster* (La Haya, 1948), e Israel, *The Dutch Republic and the Spanish World*, cap. 6.

Las obras de Konrad Repgen, de Bonn, y sus alumnos están constantemente ampliando nuestro conocimiento de la laberíntica actividad diplomática que hubo en los últimos años de la guerra. Particularmente provechoso es el estudio de Repgen sobre la política papal en relación con el acuerdo (aun cuando ella se acabó en 1644) —véanse la página 354, *supra*—, y su artículo «Über den Zusammenhang von Verhandlungstechnik und Vertragsbegriffen. Die kaiserlichen Elsass-Angebote vom 28. März und 14. April 1646 an Frankreich», en A. Besch (comp.), *Die Stadt in der europäischen Geschichte, Festschrift Edith Ennen* (Bonn, 1972), 638-66, recogido en Repgen, *Historische Klopfsignale für die Gegenwart* (Münster, 1974), 64-96. También son excelentes los trabajos de los alumnos de Repgen publicados en la serie *Schriftenreihe der Vereinigung zur Erforschung der neueren Geschichte*. Hay que hacer mención especial de *F. Wolf, *Corpus Evangelicorum und corpus Catholicorum af den Westfälischen Friedenskongress. Die Einführung der konfessionellen Ständeverbindungen in die Reichsverfassung* (Münster, 1966: vol. II de la serie); W. Becker, *Der Kurfürstenrat. Grundzüge seiner Entwicklung in der Reichsverfassung und seiner Stellung auf dem Westfälischen Friedenskongress* (Münster, 1973: vol. V); R. Philippe, *Württemberg und der Westfälischen Frieden* (Münster, 1976: vol. VIII); y *K. Ruppert, *Die kaiserliche Politik auf dem Westfälischen Friedenskongress (1643-8)* (Münster, 1979: vol. X). Repgen es también el editor general de la serie *Acta PacisWestphalicae*, en proceso de publicación. Son tres series: «Instrucciones» (1 volumen publicado, y 2 más en el futuro); «Correspondencia» (8 volúmenes publicados, y 16 más previstos); y «Protocolos, negociaciones, diarios y varios» (9 volúmenes publicados y 6 o más en proyecto).

A algunos podrá parecerles que ya hay bastante sobre el tema; pero la conferencia, que duró cinco años y contó con representantes de 194 estados diferentes, ha dejado atrás más volumen de documentos que cualquier otro fenómeno comparable. En consonancia con ello, ha atraído a los historiadores como moscas. Para una buena visión panorámica reciente cf. K. Malletke, «Diplomatie

et guerre: les Traités de Westphalie, Münster et Osnabrück, 1643-8», *XVIIe Siècle*, XLVI (1994), 153-70.

Las ambiguas relaciones de Baviera tanto con el emperador como con Francia han centrado un trabajo de estudio considerable, sobre todo de parte de Andreas Kraus y su alumno Gerhard Immler. Cf. Kraus, «Die *Acta Pacis Westphalicae*. Rang und Geisteswissenschaftliche Bedeutung eines Editionsunternehmens unserer Zeit, untersucht an Hand der Elsassfrage (1640-46)», *Rheinisch-Westfälische Akademie der Wissenschaften. Geisteswissenschaften. Vorträge G.*, CCLXIX (Opladen, 1984); «Kurfürst Maximilian I. von Bayern und die französische Satisfaktion (1644-1646). Neue Quellen zu einem alten Problem», en *Land und Reich – Stamm und Nation II* (München, 1984: Schriftenreihe zur bayerischen Landesgeschichte, LXXIX), 21-50; «Frankreich und die Pfalzfrage auf dem westfälischen Friedenskongress», en *Études d'histoire européenne. Mélanges offerts à René et Suzanne Pillorget* (Angers, 1990), 97-112. Todos estos estudios intentan exonerar a Maximiliano del cargo de haber presionado al emperador para entregar Alsacia a cambio del apoyo francés a sus pretensiones sobre el alto Palatinado y el título de elector. G. Immler, «Bayerisch-Spanische Beziehungen während des dreissigjährigen Krieges, insbesondere in den Jahren 1643-1645», en Johannes Greipl, Alois Schmid y Walter Ziegler (comp.), *Aus Bayerns Geschichte: Forschungen als Festgabe zum 70. Geburtstag von Andreas Kraus* (St. Ottilien, 1992), 311-302, demuestra que Maximiliano no era intrínsecamente anti-español, sino que la diferencia de sus objetivos le llevó a una divergencia de intereses que arruinaron la relación en 1645. Cf. también dos sólidas monografías de Immler sobre las aberrantes políticas de Maximiliano durante los años 1640: *Die Bewertung der Friedenspolitik des Kurfürsten Maximilian I. von Bayern 1639-1648 in der Historiographie* (Kallmünz, 1989: Münchener Historische Studien, Abteilung Bayerische Geschichte, XIII); y *Kurfürst Maximilian I. und der Westfälische Friedenskongress: die bayerische auswärtige Politik von 1644 bis zum Ulmer Waffenstillstand* (Münster, 1991: Schriftenreihe der Vereinigung zur Erforschung der Neueren Geschichte, XX).

La participación de Francia en las etapas finales de la guerra y en Westafilia ha sido objeto de un cierto olvido. G. Dethan, *Mazarin. Un homme de paix à l'âge baroque 1602-1661* (Paris, 1991) es endeble en cuestión de acontecimientos políticos; M. Laurain-Portemer, «Questions européennes et diplomatie mazarine», *XVIIe Siècle*, XLII (1990), 17-56, examina simplemente el papel de Mazarino en los tres tratados de paz: Cherasco, Westfalia y los Pirineos. Pero Derek Croxton, *Peacemaking in early modern Europe: Cardinal Mazarin and the Congress of Westphalia, 1643-1648* (Selinsgrove, PA, 1997) cambia todo el panorama: expone cuidadosamente los propósitos y logros de Mazarino sobre la base de una amplia investigación en archivos franceses y alemanes, y los sitúa en el cambiante contexto internacional diplomático y militar.

También otros intervinientes en la conferencia menos importantes han merecido tratados aparte. Sobre Trier cf. K. Abmeier, *Der trierer Kurfürst Philipp Christoph von Sötern und der Westfälische Friede* (Münster, 1985; Schriftenreihe der Vereinigung zur Erforschung der Neueren Geschichte XV). Sobre Polonia y la paz cf. J. Leszczynski, *Wladislaw IV a Slask w latach 1644-8* (Wroclav, 1969); sobre Brandenburg cf. E. Opgenoorth, *Friedrich Wilhelm: der grosse Kurfürst von Brandenburg. Eine politische Biographie, I* (Göttingen, 1971), caps. 3-4; y sobre el acuerdo religioso a que se llegó en Westfalia cf. M. Heckel, «Itio in partes. Zur Religionsverfassung des Heiligen Römischen Reiches deutscher Nation», *Zeitschrift der Savigny-Stiftung für Rechtsgeschichte. Kanonistische Abteilung*, LXIV (1978), 180-308. Existe un útil texto abreviado de las cláusulas del acuerdo de paz en G. Symcox (comp.), *War, diplomacy and imperialism, 1618-1673* (Londres, 1974), 39-62. Sobre las consecuencias del tratado cf. R. G. Asch, «Estates and princes after 1648: the consequences of the Thirty Years' War», *German History*, VI (1988), 113-32; K. Repgen, «Der Westfälische Frieden und die Ursprünge des europäischen Gleichgewichts», en *Jahres- und Tagesberichte der Görres-Gesellschaft 1985* (Colonia, 1986), 50-66; y H. Duchhardt, «Westfälischer Friede und internationales System in Ancien Régime», *Historische Zeitschrift*, CCXLIX (1989), 529-43, que defiende que, a pesar de que muchos observadores han saludado la paz de Westfalia como base del sistema diplomático europeo hasta 1789, de hecho era ya letra muerta en 1670, porque la desnuda agresión de Francia cambió el sistema, que estaba basado en el derecho, en otro basado en la fuerza. Finalmente, para un interesante análisis del principio de «arreglo amistoso» cf. K. J. Seidel, «Zentrale Ständevertretung und Religionsfrieden in Deutschland und Frankreich (1555-1614)», en Duchhardt y Schmitt, *Deutschland und Frankreich in der frühen Neuzeit*, pp. 186-220.

Notablemente poco se ha escrito sobre las campañas finales de la guerra: unos pocos comandantes han sido objeto de biografías; pero no hay más tratado general de la guerra en sí que el estudio de Ruppert citado antes. J. Béranger, *Turenne* (París, 1987), ofrece una amena biografía del principal general de Francia en la guerra de Alemania, pero contiene una cantidad de errores alarmantes; [Försvarsstabens krighistoriska avdelning], *Slaget vid Jankow 1645-1945* (Estocolmo, 1948) es exhaustivo; mientras que K. Scheible, «Die Schlacht von Alerheim, 3 August 16645» *Rieser Kulturtag, IV 1982* (1983), 229-72, recoge prácticamente (pero no exactamente) todos los testimonios oculares de la batalla, por no hablar de impresos coetáneos y de un exhaustivo análisis. Para las últimas campañas de franceses y bávaros cf. Croxton, «Peacemaking»; para Suecia cf. [Försvarsstabens krighistoriska avdelning], *Fran Fernern och Kankow till Westfaliska Freden. En minneskrift ar 1948* (Estocolmo, 1948); K. R. Böhme, «Geld für die sewedische Armee nach 1640», *Scandia*, XXXIII (1967), 54-95; y G. Lorenz, «Schweden und die französischen Hilfgelder von 1638 bis 1649», en K. Repgen (comp.), *Forschungen und Quellen zur Geschichte des Dreissigjährigen Krieges* (Münster, 1981; Schriftenrei-

he der Vereinigung zur Erforschung der Neueren Geschichte, XII), 98-148. Sobre la desmovilización del ejército imperial cf. la admirable (durante mucho tiempo inédita) tesis doctoral de P. Hoyos, *Ernst von Traun, Generalkriegskommissär, und die Abdankung der kaiselichen Armee nach dem 30-jährigen Krieg* (Viena, 1970). La parte III, sobre la desmovilización propiamente dicha, ha sido publicada en *Der dreissig-jährige Krieg* (p. 364, *infra*). Para el proceso de desmovilización en su conjunto véase el estudio definitivo de A. Oschmann, *Der Nürnberger Executionstag 1649-50. Das Ende des dreissigjährigen Krieges in Deutschland* (Münster, 1991: Schriftenreihe der Vereinigung zur Erforschung der Neueren Geschichte, XVII).

G) EJÉRCITOS Y DESTRUCCIÓN

Los estudiosos interesados en la historia militar encontrarán material pertinente en el arte de la época, particularmente en la obra de pintores como Vranckx y Snaeyers, y de grabadores como Callot, Richter y Franck. Hay una buena selección reproducida en Langer, *The Thirty Years' War*. Véase también la lista de volúmenes publicados de impresos de la época en la nota 2 de p. 144, *supra*. También hay una serie de «juegos de la guerra», como el de J. Miranda, «The Thirty Years' War», *Strategy and Tactics Magazine*, CLXXIII (1995); o Mark MacGlaughlin, «Holy Roman Empire», *The Wargamer Magazine*, XXXIV (1984); y «The Thirty Years' War: four Battles [Lützen, Nördlingen, Rocroi y Friburgo]», *SPI*, 1976. Sólo el primero está editado actualmente (aunque el último va a ser reeditado por Decision Games); de ellos, sólo el último parece incorporar cierta investigación histórica para garantizar alguna verosimilitud. La película titulada *The last Valley*, con guión de John Prebble, describe con viveza la vida de cada día de los ejércitos que hicieron la guerra; y un curioso libro de ilustraciones —E. Wagner, *European Weapons and Warfare 1618-1648* (Londres, 1979) reconstruye con estilo vivo escenas militares.

Todas estas fuentes visuales nos ayudan a comprender este período, porque procuran una inmediatez de la que carecen las meras palabras. De todos modos, algunas obras impresas excelentes describen la vida diaria durante la guerra, empezando por la literatura misma de la época. En Alemania, escritores importantes como Opitz, Moscherosch y Grimmelshausen reflejaron en poesía y en prosa la vida en tiempo de guerra. ¿Pero hasta qué punto podemos reconocer a estas obras literarias el valor que anunciarían sus títulos? Hans (o Johann) Jakob Christoph von Grimmelshausen, por ejemplo, había nacido en 1621, y antes de caer cautivo había tenido unos pocos años de educación luterana en la escuela local. Los cinco años siguientes los pasó con los imperiales, luego con los de Hesse y, después, otra vez con los imperiales. En 1640 se convirtió en oficinista de regimiento y después de la guerra siguió sirviendo a su coronel como secretario

hasta 1660, cuando se estableció como tabernero. Desde entonces hasta su muerte en 1676 completó los ingresos que le dejaba la venta de bebidas escribiendo libros sobre sus experiencias en la guerra. El primero, publicado en 1666, se titulaba *Las aventuras de Simplicissimus el alemán*, y en 1672 iba ya por la quinta edición. En 1700 había ya treinta obras más impresas basadas o en su libro o en uno de sus personajes, de las que dos habían sido escritas por el propio Grimmelshausen: *El vagabundo Coraje* y *Springisfeld* (ambas publicadas en 1670). Los libros de Grimmelshausen han influido de modo decisivo en todos los estudios históricos sobre los soldados que hicieron la guerra y su mundo.

Es mala suerte, porque está demostrado que Grimmelshausen buscaba mucho más el efecto literario que el realismo. Así, el animado relato que se hace en *Simplicissimus* de la batalla de Wisttstock en 1636, que el autor afirma haber visto por sus propios ojos, está plagada —en algunas partes, palabra por palabra— de la edición alemana, de 1629, de la *Arcadia* de Sir Philipp Sidney. Y en las primeras páginas de *El vagabundo Coraje*, que describen los acontecimientos de 1620-1, Grimmelshausen repite al pie de la letra el erróneo relato de los hechos que se da en otra obra popular de la época, el *Teutscher Florus* de Wassenberg. Por tanto, no puede uno fiarse de estas historias. Y seguramente no hay que sorprenderse por tal cosa: después de todo, Grimmelshausen era un novelista y no un historiador. Pero las consecuencias para el rigor histórico son importantes. Los escritores creativos muchas veces se interesan, necesariamente, más por los elementos dinámicos de la guerra que por los estáticos: su centro de atención está en las batallas, las marchas y las masacres; y pueden permitirse mostrarse indiferentes hacia las estructuras financieras, logísticas y de mando que hay detrás de todo eso. Pero Grimmelshausen no es indiferente; él es hostil: mandos y simples intendentes son dibujados como verdaderos enemigos. Incluso el promiscuo Coraje no se junta con nadie por encima del grado de capitán, y sus principales adversarios son el mayor y el coronel. Y así los personajes de Grimmelshausen huelen inconfundiblemente a fuego de batalla y no a cuarteles generales, cuando aparecen armando bulla, haciendo apuestas o arreglando sus polainas mientras esperan para entrar en acción; y aunque los sucesos de guerra descritos en *Simplicissimus* pueden ser inventados, los actores no lo son. Nada casa entre el cuadro que Grimmelshausen dibuja de aquella vida en las filas y los diarios de la guerra peninsular escritos por particulares británicos. Cf. C. Hohoff (comp.), *Johann Jakob Christoph von Grimmelshausen in Selbstzeugnissen und Bilddokumenten* (Reinbeck-bei-Hamburg, 1978); H. Geulen, «'Arkadische' Simpliciana. Zu einer Quelle Grimmelshausen und ihrer strukturellen Bedeutung für seinen Roman», *Euphorion: Zeitschrift für Literaturgeschichte*, LXIII (1969), 426-37; y F. van Ingen, «Krieg und Frieden bei Grimmelshausen», *Études Germaniques*, XLVI (1991), 35-53. El notable relato de otro participante —anónimo— en la guerra, un soldado raso que sirvió en regimientos católicos (excepto cuando fue hecho prisionero

por los suecos en 1632, tras lo que sirvió para ellos durante dos años) ha sido publicado por J. Peters (comp.), *Ein Söldnerleben im dreissigjährigen Krieg. Eine Quelle zur Sozialgeschichte* (Berlín, 1993). Entre 1625 y 1649 el autor hizo en marcha ¡más de 22.000 kilómetros! Aunque pocos combatientes más, si acaso alguno, pudieron vivir semejante odisea, varios han dejado testimonio de sus carreras militares: véase el útil listado que hay en P. Burschel, «Krieg als Lebensform. Über ein Tagebuch», *Göttingischen Gelehrten Anzeiger*, CCXLVI (1994), 263-72.

También en Gran Bretaña diversos contemporáneos —la mayoría, participantes directos— dejaron escritos sobre sus experiencias. Tiene especial valor cuatro relatos: Sydnam Poyntz, «Relation [1624-36]», ed. por A. T. S. Goodrick en *Camden Society Publications*, 3.ª serie, XIV (1908); Sir James Turner, *Pallas Armata. Military Essays of the Ancient Graecian, Roman and Modern Art of War* (Londres, 1683), 157-372; *Memoirs of His Own Life and Times* (Edimburgo, 1829); y R. Monro, *Monro his expedition with the worthy Scots regiment call'd Mackays* (Londres, 1637). Muy poco se sabe sobre los tres autores de estos cuatro relatos (aunque Monro reapareció, finamente disfrazado, en *Memorias de un caballero* de Daniel Defoe y como el «Dugald Dalgetty» de Walter Scott). La carrera de Poyntz aparece relatada en la edición que Goodrick hizo de su obra; las últimas acciones militares de Turner y Monro se enumeran y describen en D. Stevenson, *Scottish Covenanters and Irish Confederates. Scottish-Irish Relations in the Mid-Seventeenth Century* (Belfast, 1981), 80-3 y 312-13. Entre las obras más recientes sobre soldados que combatieron en la guerra, Langer, *The Thirty Years' War*, 61-102, representa un excelente punto de partida que debe seguirse con los importantes y más detallados estudios de *F. Redlich, *The German military enterpriser and his workforce, 13th to 17th Centuries* (2 vols., Wiesbaden, 1864-5: *Vierteljahrschrift für Sozial- und Wirtschaftsgeschichte*, Beihefte XLVII-XLVIII), y H. Salm, *Armeefinanzierung im dreissigjährigen Krieg. Die niederrheinisch-Westfälisch Reichskreis 1635-1650* (Münster, 1990: *Schriftenreihe der Vereinigung zur Erforschung der Neueren Geschichte*, XVI) que demuestra que, en los años 1640, el ejército imperial dependía, para dos terceras partes de su sustento, de los recursos de las zonas que ocupaba, provocando una seria competencia entre el calendario militar del emperador (que deseaba que sus tropas estuvieran en campaña) y los soldados que luchaban para él (que querían mantenerse lo más cerca posible de la única fuente de suministros segura).

Un conjunto de obras generales sobre el tema de la guerra durante este período debe incluir: M. S. Anderson, *War and society in Europa, 1620-1789* (Londres, 1989); J. R. Hale, *War and society in Renaissance Europa, 1450-1620* (Londres, 1985) (trad. esp. *Guerra y sociedad en la Europa del renacimiento: 1450-1620*, Centro de Publicaciones. Ministerio de Defensa, Madrid, 1990), G. Parker, *The military revolution. Military innovation and the rise of the West, 1500-1800* (2.ª ed., Cambridge, 1996) (trad. esp. *La revolución militar: innovación militar y apogeo de oc-*

cidente, 500-1800, Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2002); y F. Tallett, *War and society in Early-Modern Europa, 1495-1715* (Londres, 1992). Varios estudios importantes se centran en aspectos militares concretos de la guerra de los treinta años: P. Burschel, *Söldner im Nordwestdeutschland des 16. und 17. Jahrhunderts. Sozialgeschichtliche Studien* (Göttingen, 1994: Veröffentlichungen des Max-Planck-Instituts für Geschichte, CXIII); D. A. Parrott, «Strategy and tactics in the Thirty Years' War: The 'military revolution'», *Militär-geschichtliche Mitteilungen*, XXXVIII (1985), 7-25; R. Pillorget, «Populations civiles et troupes dans le Saint-Empire au cours de la Guerre de Trente Ans», en V. Barrie-Curien (comp.), *Guerre et pouvoir en Europe au XVIIe siècle* (Paris, 1991), 151-74; B. Kroener, «Soldat oder Soldateska? Programmatischer Aufriss einer sozialgeschichtliche militärischen Unterschichten in der ersten Hälfte des 17. Jahrhunderts», en M. Messerschmidt y otros (comp.), *Militär-geschichte. Probleme, Thesen, Wege* (Frankfurt, 1982), 100-23; y H. Eichberg, «Geometrie als barocke Verhaltensnorm. Fortifikation und Exerziten», *Zeitschrift für historische Forschung*, IV (1977), 17-50. Pero ninguno de estos trabajos reemplaza del todo el más antiguo estudio general de E. von Frauenholz, *Das Heerwesen in der Zeit des Dreissigjährigen Krieges* (2 vols., Múnich, 1938-9; y las partes 1-2 del vol. III de la obra del mismo autor *Entwicklungsgeschichte des deutschen Heerwesens*) o el trabajo de P. Sörensson, «Das Kriegswesen während der letzten Periode des Dreissigjährigen Krieges», reeditado en H. U. Rudolf (comp.), *Der Dreissigjährige Krieg: Perspektiven und Strukturen* (Darmstadt, 1977: Wege der Forschung, CDLI).

Finalmente, hay numerosas historias de tropas que luchaban para un determinado señor de la guerra. Para los imperiales cf.: J. C. Allmayer-Beck y E. Lessing, *Die kaiserliche Kriegsvölker von Maximilian I. bis Eugen 1479-1718* (Múnich, 1978; con bellas ilustraciones); O. Elster, *Die Piccolomini-Regimenter während des dreissigjährigen Krieges, besonders das Küassier-Regiment Alt-Piccolomini* (Viena, 1903: Schriften des Heeresgeschichtlichen Museums in Wien, VII); T. M. Barker, *The military intellectual and battle: Raimondo Montecuccoli and the Thirty Years' War* (Albany, N. Y., 1975); y los cuatro reveladores ensayos del mismo autor: *Army, aristocracy, monarchy: essays on war, society and government in Austria 1618-1780* (Nueva York, 1982). No hay un buen estudio moderno del ejército bávaro durante la guerra, pero pueden verse los sólidos volúmenes de J. Heilmann, *Kriegsgeschichte von Bayern, Franken, Pfalz und Schwaben von 1506 bis 1651* (Múnich, 1868); *Die Feldzüge der Bayern in den Jahren 1643, 1644 und 1645* (Múnich, 1851); y R. Baumann, *Das Söldnerwesen im 16. Jahrhundert im bayerischen und süddeutschen Beispiel. Eine gesellschaftsgeschichtliche Untersuchung* (Múnich, 1978). Para los anti-imperiales cf.: J. W. Wijn, *Het krijgswesen in den tijd van Prins Maurits* (Utrecht, 1934); J. A. Fallon, «Scottish mercenaries in the service of Denmark and Sweden, 1626-32» (Tesis doctoral, Universidad de Glasgow, 1972); P. Dukes, «The Leslie family in the Swedish period (1630-5) of the Thirty Years' War», *European Studies Review*, XII

(1982), 401-24; L. André, *Michel le Tellier et l'organisation de l'armée monarchique* (Paris, 1906); B. Kroener, *Les routes et les étapes. Die Versorgung der französischen Armeen in Nordostfrankreich (1635-61). Ein Beitrag zur Verwaltungsgeschichte des Ancien Régime* (2 vols., Münster, 1980: Schriftenreihe der Vereinigung zur Erforschung der Neueren Geschichte, XI); «Die Entwicklung der Truppenstärken in den französischen Armeen zwischen 1635 und 1661», en K. Repgen (comp.), *Forschungen und Quellen zur Geschichte des Dreissigjährigen Krieges* (Münster, 1981: Schriftenreihe der Vereinigung zur Erforschung der Neueren Geschichte, XII), 149-220; A. Dubois, «Die Teilnahme des Walliser Regiments de Preux am Veltliner Feldzug von 1624-27», en N. Bernard y Q. Reichen (comp.), *Gesellschaft und Gesellschaften. Festschrift zum 65. Geburtstag von Prof. Dr. Ulrich Im Hof* (Bern, 1982), 185-209; B. Masson, «Un aspect de la discipline dans les armées de Louis XIII: la lutte contre la désertion du soldat, 1635-1643», *Revue historique des armées*, CLXII (1986), 12-23. Para Suecia, véase J. Lindegren, *Utskrivning och ut-sugning* (nota 7, p. 254 *supra*); N. E. Villstrand, *Anpassing eller protest: Lokalsamhället inför utskrivningarna av folck till den svensk krigsmakten (1620-1629)* (Åbo, 1992); y [Förssvarstaben krigshistoriska avdelning] *Sveriges Krig, 1611-1632* (p. 350, *supra*). Sobre un aspecto naval del conflicto, olvidado, cf. R. C. Anderson, «The Thirty Years' War in the Mediterranean», *Mariner's Mirror*, LV (1969), 435-51, y LVI (1970), 41-57.

Respecto de la destrucción causada por las tropas y el impacto económico general de la guerra hay un excelente resumen del voluminoso pero a veces contradictorio material publicado antes de más o menos 1960 en T. K. Rabb, «The effects of the Thirty Years' War on the German economy», *Journal of Modern History*, XXXIV (1962), 40-51. Un importante estudio del tiempo inmediatamente anterior a la guerra lo ha llevado a cabo F. Lütge, «Die wirtschaftliche Lage Deutschlands vor Ausbruch des dreissigjährigen Krieges», *Jahrbücher für Nationalökonomie und Statistik*, CLXX (1958), 43-99. Entre los estudios más recientes los lectores más interesados podrán sacar provecho de los siguientes: G. Benecke, «The problem of death and destruction during the Thirty Years' War: new evidence from the middle Weser Front», *European Studies Review*, II (1972), 239-53; *G. Kranz, *Der dreissigjährige Krieg und das deutsche Volk* (4.ª ed., Stuttgart, 1979); C. R. Friedrichs, *Urban society in an age of war: Nördlingen, 1580-1720* (Princeton, N. J., 1979); H. Haan, «Prosperität und dreissigjähriger Krieg», *Geschichte und Gesellschaft*, VII (1981), 91-118; H. Kamen, «The economic and social consequences of the Thirty Years' War», *Past and Present*, XXXIX (1968), 44-61; H. Fritzsche, *Eschwege 1637. Die Zerstörung der Stadt im dreissigjährigen Krieg* (Eschwege, 19987): una interesante investigación de la dimensión, en términos exactos, de la destrucción que tuvo lugar cuando el pueblo fue asaltado y saqueado; W. von Hippel, «Zum Problem der wirtschaftlichen Auswirkungen des dreissigjährigen Krieges im deutschen Reich», en W. Bruckner y otros (comp.), *Literatur*

und Volk im 17. Jahrhundert. Probleme populäre Kultur in Deutschland (Wiesbaden, 1985), 111-26; M. Vasold, «Die deutschen Bevölkerungsverluste während des dreissigjährigen Krieges», *Zeitschrift für bayerische Landesgeschichte*, LVI (1993), 147-60; B. Roeck, «Bayern und der dreissigjährige Krieg: demographische, wirtschaftliche und soziale Auswirkungen am Beispiel Münchens», *Geschichte und Gesellschaft*, XVII (1991), 434-58; *Eine Stadt in Krieg und Frieden: Studien zur Geschichte der Reichsstadt Augsburg zwischen Kalenderstreit und Parität*, 2 vols. (Göttingen, Schriftenreihe der Historischen Kommission bei der Bayerischen Akademie der Wissenschaften, XXXVII), especialmente II; J. Theibault, *German villages in crisis: rural life in Hesse-Kassel and the Thirty Years' War, 1580-1720* (Atlantic Highlands, N. J., 1995); cf. también del mismo, «The rethoric of death and destruction in the Thirty Years' War», *Journal of Social History*, XXVII (1993), 271-90. Para el impacto de la guerra sobre la sociedad alemana a largo plazo, resaltando las oportunidades de movilidad social que se abrieron para determinados grupos, cf. V. Press, «Soziale Folgen des dreissigjährigen Krieges», en W. Schulze (comp.), *Ständische Gesellschaft und Mobilität*, (Münich, 1988: Schriften des Historischen Kollegs, Kolloquien, XII), 239-68.

Sobre la destrucción causada por la guerra hay un fondo inagotable de estudios locales, de los cuales algunos son verdaderamente buenos y otros dan pena. Amplias referencias pueden encontrarse en el volumen antes citado de Franz. Una cantidad de datos extraordinariamente rica sobre una región alemana concreta proporciona H. Schmidt, «Der dreissigjährige Krieg: wie er sich auf das Rothenburger Land und seine Leute auswirkte», *Fränkischer Feierabend*, vols. I-IX, publicados como suplementos mensuales del *Fränkischer Anzeiger* (Rothenburg ob der Tauber, 1953-61). Para otras fuentes sobre la destrucción hasta 1635, cf. notas 12-22 de las pp. 213-6 *supra*.

Índice de autores

Este índice señala las páginas donde el lector puede encontrar lo que se dice y la referencia completa de cada obra citada en las *Notas* y en el *Ensayo de bibliografía*.

- Abelin, J. P., 153.
 Abmeier, K., 359.
Acta Pacis Westphalicae, 203.
 Acton, Lord, XVIII.
 Adams, S. L.: «Foreign Policy», 92; «Protestant Cause», 341; «Spain or Netherlands», 345.
 Agren, N., 90.
 Albrecht, D.: *Auswärtige Politik*, 342; *Briefe und Akten*, 349; «Finanzierung», 341; *Gregor XV*, 341; «Konfessionelle Zeitalter», 26; *Regensburg*, 349; *Richelieu*, 349.
 Alcalá-Zamora, J., 342.
 Aldea Vaquero, Q.: *España, el Papado y el Imperio*, vol. 1, 138; vol. 2, 342; *España y Europa*, 353; «Neutralidad», 349.
 Alexander, D. y Strauss, W. L., 144.
Allgemeine Deutsche Biographie, 337.
 Allmayer-Beck, J. C. y Lessing, E., 363.
 Altmann, H., 340.
 Altmann, R., 353.
 Ambronn, K.-O. y Fuchs, A., 344.
 Anderson, A., 355.
 Anderson, M. S., 362.
 Anderson, R. C., 364.
 André, L., 364.
 Andreã, J. V., 216.
 Angyal, D., 345.
 Antony, P. y Christmann, H., 216.
 Arnoldsson, S. A.: *Kriegspropaganda*, 90; *Tyskland*, 355.
 Asch, R. G.: «Estates and Princes», 359; *Verwaltung*, 339.
 Aubin, H. y Zorn, W. L., 337.
 Avenel, D. L. M., 92.
Axel Oxenstiernas Skrifter och Brevväxling, 354.
 Babel, R., 356.
 Bahlcke, J., 336.
 Ballesteros y Beretta, A., 49.
 Barker, T. M.: *Army*, 363; *Military Intellectual*, 363.
 Barrie-Curien, V., 363.
 Barudio, G.: *Teutsche Krieg*, 333; *Gustav Adolf*, 351.
 Baumann, R., 363.
 Beck, K.: *Hessische Bruderzwist*, 124; «Neutralitätspolitik», 167.
 Becker, W., 357.
 Beller, E. A.: *Caricatures*, 144; «Expedition of Morgan», 264; «Mission of Roe», 213.
 Benda, K., 10.
 Benecke, G.: «Death and destruction», 364; *Germany*, 333; «Labour relations», 260, *Society and politics*, 290.
 Béranger, J., 359.
 Bergerhausen, H.-W., 339.
 Bergin, J. y Brockliss, L., 346.
 Bergius, Juan: *Abdruck*, 153; *Eynträchtigkeit*, 153.
 Besch, A., 357.
 Beyerle, K., 173.
 Bierther, K.: «Prager Frieden», 354; *Regensburger Reichstag*, 354.

- Bilek, T. B., 347.
 Bircher, M. y van Ingen, F., 61.
 Birley, R.: *Maximilian und Contzen*, 344; «Pacis Compositio», 129; *Religion and Politics*, 337.
 Bitskey, F., 348.
 Blaschke, K., 21.
 Blickle, P., 338.
 Bliss, W., 80.
 Boelcke, W. A., XVII.
 Boersma, F., 19.
 Bog, I.: *Bäuerliche Wirtschaft*, 260; «Wachstumsprobleme», 337-338.
 Bohatcová, M., 144.
 Böhme, E., 340.
 Böhme, K. R.: «Amt Memel», 160; *Besetzung*, 162; «Geld», 359; *Staatsfinanzen*, 258.
 Bombin-Pérez, A.: «La política», 54; *Monferrato*, 54.
 Bonney M. M. y Bonney, R. J., 346.
 Bonney, R. J.: «Jean-Roland Malet», 346; *King's debts*, 346; *Political Change*, 355.
 Börst, H., 214-215.
 Bosbach, F., 232.
 Bosl, K., 24.
 Böttcher, D., 158.
 Bracewell, C. W., 336.
 Braun, P., 356.
 Breitling, R., 32.
 Breslow, M. A., 172.
Briefe und Akten zur Geschichte des Dreissigjährigen Krieges, 338.
 Brightwell, P.: «Origins», 342; «Spain and Bohemia», 341; «Spain, Bohemia and Europe», 341; «Spanish system», 57.
 Broucek, P.: «Bucquoy», 342; *Eroberung von Bregenz*, 233; *Feldzug 1645*, 229.
 Brown, E., 4.
 Brown J. y Elliott, J. H., 343, 353.
 Bruckmüller, E., 338.
 Brünick, W., 344.
 Brunner, O., 143.
 Buchda, G., 22.
 Buchholz, W., 350.
 Buchstab, G., 245-246.
 Burckhardt, J.: *Der dreissigjährige Krieg*, 333; «Der dreissigjährige Krieg», 334.
 Burschel, P.: «Krieg als Lebensform», 362; *Söldner im Nordwestdeutschland*, 362-363.
Cambridge Modern History, XVI.
 Camerarius, L., 339.
 Campan, C. A., 262.
 Carsten, F., 338.
 Chaboche, R., 254.
 Chadwick, O., 29.
 Chambers, D. y Martineau, J., 54.
 Charpentrat, P., 16.
 Chéruel, A., 242.
 Chesler, R. D., 348.
 Chrisman, M. U., 30.
 Christmann, H., 216.
 Chudoba, B., 342.
 Church, W. F., 346.
 Churchill, A., 290.
 Cipolla, C. M., 170.
Clarendon State Papers, 80.
 Clark, P., 23.
 Clasen, C. P.: *Age of expansion*, 335; *Palatinate*, 338.
 Cogswell, T.: «Foreign Policy», 345; «Prelude to Ré», 345.
 Cohn, H. J., 26.
 Collins, J. B., 355.
 Coreth, A., 347.
 Coryat, T., 18.
 Coupe, W. A., 144.
 Crowne, W., 354.
 Croxton, D., 358.
 Dalgard, S., 217.
 Dautermann, W., 344.
 De Bas, F. y ten Raa, F. J. G., 346.
 De Carmignano, A., 32.
 Defoe, D., 362.
 De Gheyn, J., 270.
 Deinert, C., 351.
 Deloffre, F. y van den Heuvel, J., 2.
 Demandt, K. E., 340.
 Den Tex, J., 341.
 Denis, E., 348.
 Dethan, G., 358.
 Dickmann, F., 354.
 Dillon, K. J., 5.
 Diwald, H., 347.
Documentos inéditos para la historia de España, 288.
 Dolinar, F. M., 337.
 Dollinger, H.: «Maximilian I», 24; *Studien*, 340; *Weltpolitik*, XV.

- Donne, John, 294.
Dotterweich, H., 341.
Dotzauer, W., 340.
Dreissigjährige Krieg, 341.
Dreitzel, H., 121.
Dubois, A., 364.
Duchhardt, H.: «Westfälischer Friede», 359;
Deutschland und Frankreich, 356.
Duhr, B., 348.
Dukes, P.: «Leslie Family», 363.
Egler, A., 344.
Eichberg, H.: «Geometrie», 363; *Militär*, 227.
Ekholm, L.: «Rysk spanmal», 160; *Studier i krigsfinansiering*, 350; *Svensk krigsfinansiering*, 350.
Ellehoj, S., 344.
Elliott, J. H.: *Oliveros*, 343; «Self-perception», 343; *Richelieu*, 343.
Elster, O., 363.
Endres, R.: «Franken», 338; «Fränkische Reichkreise», 20.
Engelsing, R., 213.
Ergang, R., 276.
Ernst, H., 353.
Ernstberger, A.: *Hans de Witte*, 347; «Plünderung», 214; *Universität*, 60; *Wallenstein*, 347.
Evans, R. J. W.: *Crown, Church and Estates*, 335; *Court*, 335; *Habsburg Monarchy*, 335; «Learned Societies», 61; *Rudolf II*, 335; «White Mountain», 242.
Evans, R. J. W. y Thomas, T. V., 335.
Faden, E., 30.
Falk, E., 355.
Fallon, J. A., 363.
Fedorowicz, J. K., 160.
Fellner, T. y Kretschmayer, H., 347.
Fernández Álvarez, M., 349.
Fichtner, P. S.: «Dinastic Marriage», 4; «Habsburg State-building», 336.
Figgis, J. N., 292.
Flinn, M., 115.
Florange, J., 173.
Foerster, J. F., 241.
Forster, L. W., 292.
Forster, M., 337.
Försvorstabens krigshistoriska avdelning: *Slaget vid Jankov*, 359; *Fran Femern*, 359; *Sveriges Krig*, 364.
Francastel, P., 16.
Franz, G.: «Glaube und Recht», 337; *Dreissigjährige Krieg*, 364.
Franzl, J., 336.
Friedrichs, C. R.: «Revolts», 30; «Subjects», 30; *Urban Society*, 364.
Fritsche, H., 364.
Frohnweiler, K.H., 353.
Gaber, S., 356.
Gaedeke, A., 352.
Gagliardo, J., 334.
Gamrath, H., 344.
Gardiner, S. R.: *Letters and documents* I, 49; II, 77.
Gebauer, J. H., 126.
Gegenfurtner, W., 117.
Gericke, W., 153.
Geulen, H., 361.
Geyl, P., 53.
Gigante, S., 53.
Gilbert, F., 30.
Gindely, A.: *Antwort*, 125; *Beurtheilung*, 125; *Gegenreformation*, 348; *Geschichte*, 341; *Waldstein*, 347.
Giussani, A., 56.
Glas-Hochstettler, T. J., 20.
Glaser, H.: *Quellen*, 341; *Wittelsbach*, 341.
Goetz, W.: «Pater Hyazinth», 121; *Wallenstein*, 352.
Goetze, S., 351.
Goodrick, A. T. S., 362.
Gotthard, A.: *Konfession*, 339; «Politice», 339.
Gräf, H. T., 340.
Grimble, I., 256.
Grimmelshausen, H. J. C.: *Coraje*, 361; *Simplificsimus*, 361; *Springinsfeld*, 361.
Grisar, J., 170.
Gross, H., 29.
Gross, L., 347.
Grundler, O., 29.
Gui, F., 342.
Günter, H.: *Habsburger Liga*, 343; *Restitutionsdikt*, 126.
Gutman, M. P., 335.

- Haan, H.: «Ferdinand II», 354; «Prosperität», 364; *Regensburger Kurfürstentag*, 354.
- Hagen, W. W., 339.
- Hahlweg, W.: *Heeresreform*, 269; *Kriegsbuch*, 269-270.
- Hale, J. R., 362.
- Hallendorff, C., 354.
- Hallwich, H.: Aldringer, 352; *Briefe und Akten*, 352; *Fünf Bücher*, 352; *Merode*, 352; *Thurn*, 352; *Wallensteins Ende*, 352.
- Handlingar rörande Skandinaviens Historia*, 354.
- Hanuy, J., 348.
- Hatton, R. M., 356.
- Haushofer, H. y Boelcke, W. A., XVII.
- Hausmann, F., 250.
- Hayden, J. M., 341.
- Heckel, M.: «*Autonomia*», 27; «*Historiographie*», 357; «*tio in partes*», 359.
- Heiberg, S.: *Ti tonder*, 104; *Christian IV*, 344.
- Heilingsetzer, G., 348.
- Heilmann, J.: *Kriegsgeschichte von Bayern*, 363; *Die Feldzüge von Bayern*, 363.
- Heinisch, R. R.: «*Habsburg*», 345; *Salzburg*, 67.
- Heiss, G., 338.
- Helbig, K. G., 352.
- Henningsen, N., 163.
- Hepburn, A. C., 26.
- Herde, P., 338.
- Herrmann, F., 214.
- Heydendorff, W. E.: *Eggenberg*, 347; «*Vorderösterreich*», 355.
- Heyne, O., 349.
- Hiegel, H., 21.
- Hintze, O., 30.
- Hippel, W. von, 18.
- Historical Manuscripts Commission, 43.
- Hoë von Hoënegg, M., 152.
- Hoffmann, C. G., 237.
- Hohenemser, P., 144.
- Hohoff, C., 361.
- Holborn, H., 335.
- Hollaender, A., 181.
- Holstein, K., 273.
- Hora Siccama, J. H., 346.
- Hörger, H., 168.
- Hoyos, J., 360.
- Hsia, R. P., 337.
- Humbert, J., 148.
- Hurter, F., 336.
- Immler, G.: «*Bayerisch-Spanische Beziehungen*», 358; *Die Bewertung der Friedenspolitik*, 358; *Kurfürst Maximilian I.*, 344; «*Kurfürst Maximilian I. und die Kirche*», 344.
- Irmer, G., 352.
- Israel, J. I.: *Dutch Republic*, 343.
- Israel, J.: «*Olivares*», 353.
- Jäger, H., XVII.
- Jansens, P., 169.
- Jespersen, K. J. V.: «*Lutter*», 101; «*Ullsback*», 344-345.
- Jessen, H., 255.
- Jirecek, H., 348.
- Jones, R. y McEvedy, C., 276.
- Junkelmann, M. S., 83.
- Kamen, H., 364.
- Kampmann, C., 352.
- Karling, S., 174.
- Keim, W., 351.
- Kellenbenz, H.: «*Economic History*», 23; *Forschungen*, 116; *Handbuch*, 337.
- Kessel, J., 343.
- Khevenhiller, F. C.: *Annales*, 336; *Conterfet*, 336.
- Kindleberger, C. P., 342.
- Kirchmeier-Andersen, J. C., 345.
- Kist, E., 270.
- Klein, E., 23.
- Klein, T.: *Kampf*, 30; «*Minorities*», 26.
- Kleinmann, R., 346.
- Klima, A., 115.
- Klingenstein, G., 338.
- Klopp, O.: «*Restitutions Edikt*», 122; *Tilly*, 347.
- Knight, W., 56.
- Knox, R. B., 29.
- Koch, M., 349.
- Koenigsberger, H. G., XX.
- Kohler, A., 334.
- Köhler, J.: «*Dietrichstein*», 52; *Ringens*, 28.
- Kollmann, J., 348.
- Kollmann, J., 126.
- Köpeczi, B., 346.
- Kossol, E., 339.
- Kraus, A.: «*Die Acta Pacis Westphalicae*», 358; «*Kurfürst Maximilian I.*», 358; «*Frankreich und die Pfalzfrage*», 358; *Maximilian I.*, 340.

- Krebs, J., 346.
- Kretschmar, J.: «Allianz-Verhandlungen», 351;
Gustav Adolfs Pläne, 351; *Heilbronner Bund*, 351.
- Kretschmayer, H. y Fellner, T., 347.
- Kretschmer, H., 342.
- Krieger, K. F., 88.
- Kroener, B.: «Soldat oder Soldateska?», 363;
 «Entwicklung», 364; *Routes*, 352.
- Kuczynski, J., 337.
- Kuesel, A., 351.
- La guerra e la peste*, 170.
- Lahne, W., 163.
- Lammert, G., 215.
- Landberg, H., 350.
- Langer, H.: *Stralsund*, 130; *Thirty Years' War*, 333.
- Laurain-Portemer, M., 358.
- Laursen, L., 100.
- Lavater, H. C., 251.
- Le Gates, M. J., 20.
- Lee, M., 72.
- Lee, S. J., 333.
- Leffers, R., 218.
- Leman, A.: «Congrès de Cologne», 217; *Urbain VIII*, 188.
- Lenke, W., 289.
- Lesczynski, J., 359.
- Limm, P., 333.
- Lind, G., 345.
- Lindgren, J., 254.
- Livet, G.: *Guerre*, 333; *L'intendance d'Alsace*, 355.
- Lockhart, P. D., 345.
- Lockyer, R., 90.
- Loose, H.-D., 95.
- Lorentzen, T., 247.
- Lorenz, G., 359.
- Loserth, J., 348.
- Lossen, M., 26.
- Lublinskaya, A. D., 15.
- Lundgren, S., 355.
- Lundkvist, S. A., 350.
- Lundorp, M. C., 128.
- Lütge, F.: *Probleme*, 338; «Wirtschaftliche Lage», 364.
- Lutz, G.: *Guidi di Bagno*, 349; «Wallenstein», 352.
- MacHardy, K., 336, 349.
- Maczak, A., 18.
- Magen, F.: *Politik*, 42; «Reichskreise», 20.
- Mager, F., 215.
- Maier, F., 344.
- Maland, D., 333.
- Malettke, K., 356.
- Mann, G., 347.
- Masson, B., 364.
- Matejek, F., 348.
- McCusker, J. J., 195.
- McKay, D. y Scott, H. M., 239.
- Mecenseffy, G., 6.
- Meier, J., 28.
- Menk, F., 118.
- Merzbacher, F., 28.
- Michaud, J. F. y Poujoulat, J. J. F., 193.
- Mitterauer, M., 338.
- Mohr, W., 356.
- Monro, R., 362.
- Montgat, Barón de, 193.
- Morhard, J., 282.
- Moryson, F., 18.
- Moscherosch, H. M., 255.
- Mousnier, R.: *The assassination of Henry IV*, 341;
 «Les crises intérieures», 346.
- Mout, M. E. H. N.: «Der Winterkönig», 343;
 «Holendische propositiones», 343.
- Mulder, L., 269.
- Müller, H. D., 351.
- Müller, J., 48.
- Munthe, L. W., 350.
- Nagy, L., 348.
- Naumann, R., 16.
- Neuer-Landfried, F., 340.
- Neveux, J. B., 337.
- New Cambridge Modern History*, 58.
- Niederkorn, J. P., 336.
- Nilsson, S. A., 350.
- Nischan, B.: «Bergius», 152; «Calvinism», 152; «Irenicism», 350; *Prince*, 337; «Reformed Räte», 350.
- Nolden, K., 337.
- Norberg, A., 91.
- Nordlund, R.: «Kontribution», 350; *Krig*, 177;
Studier i krigfinansiering, 350.
- Notestein, W., Relf, F. H. y Simpson, H., 83.
- Novotny, A. y Sutter, B., 7.

- O'Connell, D. P., 349.
 Oberlé, R., 365.
 Odhner, C. T., 230.
 Odložilik, O., 242.
 Oestreich, G., 16.
 Ogilvie, S. C., 335.
 Ogle, O. y Bliss, W., 80.
 Oppenorth, E., 359.
 Oschmann, A., 360.
- Paas, J. R., 144.
 Pach, Zs. P. *Magyarország*, 348.
Pacis compositio, 129.
 Pagès, G.: «Autour», 355; *Thirty Years' War*, 333.
 Panek, J.: *Posledni*, 336; «Politische System», 336.
 Parker, A. y Parker, G., 353.
 Parker, G.: *Crisis*, 75; *The Military Revolution*, 362; *Spanish Road*, 254.
 Parker, G. y Smith, L. M., 289.
 Parrott, D.: «The causes», 356; «Richelieu», 356; «The Administration», 356; «French military organization», 356; «Strategy and Tactics», 363.
 Pekar, J., 352.
 Peters, J., 362.
 Petersen, E. Ladwig: «Consumption», 294; «Defence», 345; «Domain state», 345; *Gyldendal's Historie*, 344; *Pengeudlan*, 90; *Rangssamfund*, 104.
 Petersohn, J., 16.
 Petzoldt, R., 131.
 Peyton, Sir Edward, 238.
 Pfister, C., 341.
 Philippe, R.: *Augsburg*, 245; *Württemberg*, 357.
 Pillorget, R.: «Louis XIV», 355; «Populations civiles», 363.
 Pithon, R.: «La Suisse», 346; «Richelieu», 346.
 Plathner, L., 270.
 Poelhekke, J. J., 231.
 Polišenský, J. V.: *Anglie*, 341; «Bohemia», 345; *Documenta Bohemica*, 348; *Nizozemská Politika*, 346; *Thirty Years' War*, 333; *Tragic Triangle*, 342; «Universität Jena», 60; *War and Society*, 59.
 Porshnev, B. F.: *France*, XIX; «Les Rapports», 175; *Thirty Years' War*, 333.
 Posch, A., 7.
 Potter, G. R. y Simpson, E., 294.
- Poyntz, Sydnam, 362.
 Pres, V.: *Calvinismus*, 338; «Grundlagen», 338; *Kriege und Krisen*, 334; «Soziale Folgen», 365.
 Pusch, M., 260.
- Rabb, T. K.: «Effects», 364; *Thirty Years' War*, 333.
 Ramsay, G. D., 335.
 Rassow, P., 144.
 Reade, H. G. R., 17.
 Rebel, H., 348.
 Redlich, F.: «Contributions», 268; *Enterpriser*, 362; «Inflation», 116.
 Reeve, J., 345.
 Reimann, M., 221.
 Reingrabner, G.: *Adel und Reformation*, 6; *Protestantismus*, 6.
 Repgen, K.: *Acta*, 357; *Forschungen*, 354; «Noch einmal», XV; *Römische Kurie*, 354; «Seit wann gibt», XV; *Theologische Realenzyklopädie*, 186.
 Richelieu, Cardinal, 92.
 Riezler, S., 168.
 Rill, B., 347.
 Ritter, M.: *Briefe und Akten*, 338; *Deutsche Geschichte*, 334; «Kontributionssystem», 125.
 Roberts, M.: *Essays*, 350; *Great Power*, 177; *Gustavus Adolphus*, 346; *Imperial Experience*, 350; «Oxenstierna», 351; *Rise of Sweden*, 350.
 Ródenas Vilar, R., 342.
 Roeck, B.: «Bayern», 339; *Eine Stadt*, 339.
 Rotondo, A., 56.
 Roupnel, G., 356.
 Rousseau, J.-J., 283.
 Rubinstein, H. L., 256.
 Rudolf, H. U., 354.
 Ruppert, K., 357.
 Ryan, O., 344.
 Rystad, G., 184.
- Sacchi, H., 333.
 Sadova, V., 115.
 Salm, H., 362.
 Sánchez, M. S., 341.
 Sandgruber, R., 291.
 Sawyer, E., 40.
 Schafler, H. H., 229.

- Scheible, K., 359.
 Schertl, P., 117.
 Schilling, H.: «Aachen», 26; «Crisis», 23; «Konfessionalisierung», 337; *Konfessionskonflikt*, 337.
 Schindling, A. y Ziegles, W., 337.
 Schleif, K. H., XVII.
 Schmid, G., 234.
 Schmidt, G., 340.
 Schmidt, H., 365.
 Schmitt, E. y Duchhardt, H., 356.
 Schormann, G., 333.
 Schreiber, R., 59.
 Schröder, S. M., 355.
 Schröer, F., 215.
 Schronbek, R., 336.
 Schubert, E., 28.
 Schubert, F. H.: *Camerarius*, 359; «Exilregierung», 343; «Wallenstein», 126.
 Schulz, H., 126.
 Schulze, W.: «Erträge», 22; *Landesdefension*, 7; «Reichstage», 22.
 Schwarz, H. F., 347.
 Schweinesbein, K., 222.
 Schwemmer, W., 278.
 Scott, H. M., 239.
 Scott, Walter, 362.
 Seaton, M. E., 172.
 Seco Serrano, C., 138.
 Seibt, F., 336.
 Seidel, K. J., 359.
 Sella, D., 349.
 Sharpe, K., 345.
 Shaw, W. A., 116.
 Sidney, Sir Philip, 361.
 Skippon, P., 290.
 Skovgaard, J., 44.
 Smit, J. G. y Rolevink, J., 346.
 Snider, F. L.: «Bohemian Nobility», 347; *War and Society*, 59.
 Sokol, A. E., 343.
 Sörensson, P., 363.
 Sparmann, E., 215.
 Spindler, M., 26.
 Spitz, L. W., 337.
 Springell, F. C., 354.
 Staber, J., 344.
 Stadler, B., 353.
 Steckzén, B., 355.
 Stein, L., 225.
 Stein, W. H.: *Protection Royale*, 355, 356.
 Steinberg, S. H., 333.
 Steiner, J., 343.
 Stevenson, D., 362.
 Sticht, E. L.: *Brandenburg-Kulmbach*, 166; *Christian*, 339.
 Stieve, F.: «Contobuch», 118; «Ferdinand II», 337; «Ferdinand III», 349; *Ursprung*, 32.
 Stradling, R.: *Europe*, 353; «Olivares», 356; *Spain's Struggle*, 349.
 Straub, E., 341.
 Stritmatter, R., 355.
 Sturmberger, H.: «Anfänge», 335; *Aufstand*, 341; *Bauernkrieg*, 348; *Herberstorff*, 348; *Kaiser*, 336; *Tschernembl*, 11.
 Sutherland, N. M., 335.
 Sutter, B.: *Innerösterreich*, 337; *Kepler*, 53.
 Suvanto, P.: *Deutsche Politik*, 352; *Wallenstein*, 352.
 Svenska riksrådet's protokoll, 354.
 Sveriges Krig 1611-1632, 350.
 Swedish Intelligencer, 272.
 Symcox, G., 158.
 Tallett, F., 363.
 Tandrup, L., 344.
 Tapié, V. L.: *Guerre*, 333; *Politique*, 346.
 Taylor, J., 17.
 Ten Raa, F. J. G. y De Bas, F., 346.
 Tenenti, A., 53.
 Tepley, K., 12.
 Theibault, J.: *German Villages*, 365; «The Retic of Death», 365.
 Thies, G., 15.
 Tingsten, L.: *Bauer*, 355; *Sveriges Politik*, 355.
 Toegel, M.: *Documenta Bohemica*, 348; «Pricing saského», 351.
 Tomlinson, H., 345.
 Trevor-Roper, H. R., XX.
 Tschop, S. S., 350.
 Tüchle, H.: *Acta*, 120-121; «Augsburg», 26.
 Tupetz, T., 126.
 Turner, Sir James; *Memoirs*, 362; *Pallas Armata*, 362.
 Ubachs, P. H. J., 169.
 Urban, H., 128.
 Urban, P. y Sutter, B., 53.

- Valentinitsch, H.: «Ferdinand II», 53; «Steiermark», 345.
- Válka, J., 348.
- Van Creveld, M., 261.
- Van den Boogaart, E., 15.
- Van der Essen, A.: «Alliance», 73; *Cardinal-Infant*, 353; «Rôle du Cardinal-Infant», 353.
- Van Deursen, A. Th.: *Honni*, 341; *Wozel*, 47.
- Van Ingern, F., 361.
- Van Schelven, A. A., 339.
- Van Tongerlo, L., 353.
- Vancura, J., 348.
- Vann, J. A.: *The Swabian Kreis*, 20; *The Making of a State*, 339.
- Vasold, M., 365.
- Vicens-Vives, J., 288.
- Villstrand, N. E., 364.
- Vocelka, K.: «Bruderzwist», 11; *Propaganda*, 11.
- Vogler, B.: «Clergé Protestant», 29; *Monde Germanique*, 337; «Politique Scolaire», 337.
- Voltaire, F. M. A. de, 2.
- Von Aretin, K. O.: «Lebensordnungen», 141; *Römisches Reich*, 22.
- Von Chemnitz, B. P., 228.
- Von Chumicky, P., 352.
- Von Frauenholz, E., 363.
- Von Greyerz, K., 26.
- Von Hippel, W., 18, 364.
- Von Kietzell, R., 226.
- Von Lojewski, G., 26.
- Von Meiern, J. G., 203.
- Von Platen, M., 174.
- Von Srbik, Heinrich, Ritter, 352.
- Von Zwiedineck-Sudenhorst, H., 347.
- Waddington, A., 169.
- Wagner, E., 360.
- Walker, F., 270.
- Walker, M., 283.
- Wang, A., 163.
- Wassenberg, E., 361.
- Weber, H.: «Une bonne paix», 346; «Chrétienté», 346; «Vom verdeckten zum offenen Krieg», 356; «Empereur», 22; *Frankreich*, 355; «Legitimation», 356; *Ordnungen*, 141; «Richelieu», 355.
- Weber, L., XVII.
- Weber, R., 119.
- Wedgwood, C. V., 333.
- Weiss, E., 345.
- Weiss, J. G., 343.
- Wendt, E., 160.
- Wertheim, H., 344.
- White, A. W., 345.
- Wijn, J. W., 363.
- Willingseder, F., 213.
- Wilson, C. H. y Parker, G., 23.
- Wolf, K., 16.
- Wolff, F., 357.
- Wollenberg, J., 346.
- Woltering, H., 274.
- Wormald, J., 288.
- Wunder, G., 279.
- Zahn, W., 215.
- Zaller, R., 345.
- Zeman, J. K., 60.
- Zillhardt, G., 282.

Índice general

Este índice señala las páginas donde el lector puede encontrar lo que se dice y la referencia completa de cada obra citada en las *Notas* y en el *Ensayo de bibliografía*.

- Absolutismo confesional, 110-111, 286; v. también Religión.
- Absolutismo en la Europa de la Edad Moderna temprana, 109, 286.
- Acton, Lord, historiador del s. XIX: sus ideas, XVIII.
- Adami von Murrhart, Adán: n. en 1610, en Renania; educado en los jesuitas; ingresa en los benedictinos en 1628; prior de Murrhart (Württemberg) desde 1639; en la conferencia de paz de Westfalia representa a las abadías suebas secularizadas; m. 1633;
en la conferencia de paz de Westfalia, 235 s. sus ideas, 234.
- Adler Salvius v. Salvius.
- Aelio, autor griego de temas militares del s. II d. C.
sus escritos, 269.
- «Alais, la gracia de» (28 de junio de 1629), concedida por Luis XIII de Francia al final de las revueltas de los hugonotes, 148.
- Alberto de Austria, n. en 1559, hijo del emperador Maximiliano II; archiduque; cardenal en 1577; primer virrey de Portugal con Felipe II (1583-93); consejero principal de Felipe II (1593-6); gobernador de los Países Bajos con Felipe II (1596-8); archiduque, con Isabel, de los Países Bajos del sur (1598-1621):
Gobierno de los Países Bajos, 2.
Muerte (15 de julio de 1621), 83.
- Sus pretensiones a suceder al emperador, 45.
v. también Archiduques.
- Aldringen, Juan de, n. en 1558 en Thionville (Luxemburgo); entra en el ejército imperial (1618) y en bávaro (a partir de 1623); luchó en Mantua (1630-1); comandante del ejército bávaro tras la muerte de Tilly (1632-4):
Dirige el ejército bávaro, 181.
Muerte, 184.
- Alemania:
Antes de la guerra, 1-2, 14-50.
Clima, 289.
Cultura, 50-60.
Economía, 22-23, 213-214, 275-281, 289-290, 315.
Gobierno, 18-24.
- Allerheim (o Alerheim, pueblo suabo), batalla de: derrota de bávaros e imperiales por Francia y Hesse (3 de agosto de 1645), 229, 232.
- Alsacia (territorio alemán, parte del Austria restante):
Bibliografía sobre, 265.
La guerra en, 84, 198, 219, 229.
Su gobierno, 112, 240.
Y España, 53-58.
Y Francia, 191, 197, 221, 240, 284.
- Alte Veste (fortaleza cerca de Nuremberg): Wallenstein fortifica y resiste el asedio sueco de (1632), 171, 268.

- Altmark (ciudad de Prusia): tregua sueco-polaca de (1629), 132, 159, 185.
- Amalia de Solms, n. 1620 en Hanau; casada con Guillermo V de Hesse-Kassel en 1619; regenta tras la muerte de éste, 1637-50; m. 1651:
Durante la guerra de los treinta años, 219, 241, 292.
Ejército de; v. ejército de Hesse Kassel.
En la conferencia de paz de Westallia, 226, 236.
Relaciones familiares, 70.
- Amberg (capital del alto Palatinado):
La cultura en, 60.
Los católicos en, 117, 215.
- América, colonias europeas en, 57, 223, 243.
- Amersfoort (ciudad holandesa): tomada por los españoles (1629), 133.
- Amsterdam (ciudad holandesa): poder económico de, 160.
- Ana de Austria: n. 1601; hermana de Felipe IV de España; casada con Luis XIII de Francia, 1615; regenta tras la muerte de éste, 1643-51; excluida del gobierno en 1661; m. 1666.
Regencia de, 224.
- Ana Magdalena de Baviera: n. 1587, hermana menor de Maximiliano I de Baviera; casada con Wolfgang Guillermo de Neuburgo, 1613; m. 1628.
Matrimonio, Lám. 3, 43.
- Andalucía: revuelta contra Felipe IV (1648), 243.
- Andreä, Juan Valentín, n. 1586: escritor utópico y pastor luterano; a partir de 1620, superintendente en Calw; predicador de corte del duque de Württemberg desde 1639; m. 1654:
Durante la guerra de los treinta años, 216.
- Angulema, Carlos de Valois, duque de: n. 1573, hijo ilegítimo del rey Carlos IX de Francia; jefe militar en la última guerra religiosa francesa y conspirador contra Enrique IV; prisionero, 1604-6; comandante militar y diplomático con Luis XIII; m. 1650:
Misión diplomática en Alemania (1620-1), 79.
- Anhalt, Cristian de; v. Cristian, príncipe de Anhalt-Bernburg.
- Annaburg (ciudad sajona): encuentro de los electores de Sajonia y Brandenburgo en 1630, 149.
- Ansbach, margrave de; v. Joaquín Ernesto de Hohenzollern.
- Antoñeta, hija de Carlos III, duque de Lorena: casada con Juan Guillermo, duque de Cléveris-Jülich, 1599; regente de Cléveris-Jülich, 1599, 35, 38-39.
- Aprovisionamiento en Alemania antes de la guerra, 18.
- Aprovisionamiento militar durante la guerra de los treinta años, 167, 219, 260-261.
- Aquisgrán, magistratura católica de:
Comisión imperial para su restauración, 49.
Invasión de (1612), 45.
- Archiduques, los (título de los gobernantes de los Países Bajos del sur, 1598-1621):
Gobierno de, 2, 5.
Política exterior de, 67, 73, 78, 56.
v. también Alberto, Isabel.
- Argel (estado del norte de África):
Política exterior, 2.
Proyectado ataque español en su contra (1618), 66-67.
- Aristocracia europea:
Alemana, 19.
De los territorios habsburgos, 6-8, 59, 110, 111, 115.
Polaca, 160.
- Arnim, Hans Gregor von, n. 1581 en Brandenburgo; estudia teología; oficial en el ejército sueco, 1613; misiones diplomáticas; traspasado al ejército imperial (1625: coronel en 1627, mariscal de campo en 1628); pasa al ejército sajón en 1631 en protesta por el saqueo de Magdeburgo; deja el ejército con la paz de Praga para convertirse en ciudadano privado; hecho prisionero por los suecos en 1637-8, escapa; m. 1641.
A las órdenes de Wallenstein, 131, 256.
Comandante sajón, 179, 184, 256.
- Artois (provincia del sur de los Países Bajos): ampliamente ocupada por los franceses en 1640, 223.
- Arundel, Thomas Howard, conde de, n. 1585; consejero privado de James I en

- 1631; viaja mucho para coleccionar obras de arte y en servicio diplomático para el gobierno; exilado en 1642; m. 1646.
- Dirige la embajada inglesa a Alemania (1636), 213-214.
- Asambleas representativas:
Bibliografía, 338.
En Alemania, 24.
En los territorios habsburgos, 7-13, 49, 111.
- Asistencia médica de heridos y enfermos, 268.
- Augsburgo, acuerdo de (1555): pone fin temporalmente al conflicto religioso en Alemania, XIII, 25, 31, 45, 119, 126, 238.
- Augsburgo, confesión de (Confesión de fe luterana, 1530), 152.
- Augsburgo, obispo de; v. Knöringen.
- Auhausen (cerca de Nördlingen, monasterio secularizado perteneciente a los margraves de Ansbach: formación de la Unión protestante), 34, 38.
v. también Unión protestante.
- Austria adicional, ducado de:
Bibliografía sobre, 355.
La guerra de los treinta años en, 241.
v. también Alsacia; Tirol.
- Austria alta, ducado de:
Bibliografía, 348.
Gobierno, 5, 108, 291.
Ocupación bávara, 118.
Oposición a Rodolfo II, 13.
Población, 5.
Rebelión (1626), XIII, 100, 108, 118.
Religión, 6-10, 108, 117, 118, 255.
- Austria baja, ducado de:
Bibliografía, 348.
Durante la guerra de los treinta años, 229-30, 240.
Economía, 291.
Gobierno, 5, 291.
Población, 5.
Revolución de los campesinos, 8, 213.
Y la rebelión bohemía, 69.
- Austria interior, ducado de:
Bibliografía sobre, 337.
Gobierno, 5, 291.
Población, 5.
- Religión, 7-11, 52, 109.
Y el imperio otomano, 5, 6.
- «Autonomía» (doctrina según la cual los príncipes eclesiásticos católicos pueden imponer la uniformidad religiosa a sus súbditos), 27, 126.
- Avaux, Claude de Mesmes, conde de: n. 1595; abogado en los tribunales reales a partir de 1617; encargado de misiones diplomáticas desde 1627 (embajador extraordinario en Alemania, 1637-42; y plenipotenciario en la conferencia de paz de Westfalia, 1643-8); m. 1650:
En Westfalia, 234.
- Baden-Durlach, margravado de:
Defensa, 271.
Y la Unión protestante, 38.
Y Suecia, 176.
v. también Jorge Federico de Baden-Durlach.
- Bagdad (destacamento del imperio otomano en Mesopotamia).
Sitiada por los turcos (1625-6), 102.
Tomada por los persas (1624-38), 102.
- Bagno, Francesco Guidi di: n. 1578; ordenado y al servicio del papa como Administrador (1603-21); nuncio en Bruselas (1621-7) y París (1627-31); cardenal 1629; m. 1641.
Actividad diplomática, 155.
- Bahía, capital del Brasil portugués: tomada por los holandeses (1624-5), 134.
- Baillie, Robert, n. 1599, Escocia; ordenado en 1622; profesor en Glasgow (1626); enviado de la iglesia escocesa a Inglaterra en 1643-6 y en los 1650. Opinión sobre la guerra de los treinta años, 238.
- Báltico, mar:
Barcos en, 15, 102.
Comercio, 159.
Control sobre el, 94, 102, 136, 157, 175, 204, 209, 227, 238.
Peajes, 94, 102, 159.
- Bamberg (principado eclesiástico de):
Durante la guerra de los treinta años, 167, 178.
En la conferencia de paz de Westfalia, XV.
Entra en la Liga bávara (1614), 46.

- Entra en la Liga católica (1609), 42.
Religión en, 27.
- Barner, Juan: n. 1596, Suecia: entra en el ejército sueco, 1615; coronel, 1622; comandante de Riga, 1625-6; consejero de estado y general de infantería, 1630; mariscal de campo de 1634 y gobernador-general de Pomerania desde 1638; m. 1641.
Dirige el ejército sueco, 185, 205, 208, 212, 219, 220, 222, 267.
- Barberino, Maffeo; v. Urbano VIII.
- Bärwalde (ciudad de Pomerania): tratado de (1631), 155, 161, 167.
- Bautzen (capital de Lusacia): tomada por los sajones en 1620: lám. 4, 79.
- Baviera, ducado y (a partir de 1623) electorado de:
Defensas, 17, 167, 242.
Estados de, 24, 90.
Finanzas, 17, 24, 121.
Invasión (1645-8), 229, 240.
Ocupada por Suecia (1632-5), 167, 259, 262.
Población, 21.
Relaciones con el emperador, 21, 86, 116 ss., 122, 146, 153.
Religión, 24.
Trasceso del título de elector, 86, 143, 153, 185, 196.
v. también Maximiliano I; Guillermo V.
- Béarn (principado de, unido a la corona francesa por unión personal después de 1589): campaña de recatolización (1620-2), 85.
- Behaim, Lucas, n. 1587, Nuremberg; consejero de la ciudad desde 1622; m. 1648: ideas de, 171.
- Benecke, Gerhard (historiador británico): ideas de, 289.
- Benfeld (ciudad de Alsacia): fortificación de, 16.
- Bergen-op-Zoom (ciudad de Brabante): sitio de (1622), 88, 261.
- Bergh, Enrique, conde de, n. 1573, Bremen; sobrino de Guillermo de Orange; comandante del ejército de Flandes en Alemania (1624-8) y Países Bajos (1629); m. en 1638: dirigió la revuelta contra el gobierno español en los Países Bajos (1632), 169.
- Bergius, Juan Pedro, n. 1587, Pomerania; profesor de teología en Francfort del Oder (1614-24) y predicador de corte de los electores de Brandenburgo (desde 1628); m. 1658:
En el coloquio de Leipzig, 152.
Opiniones de, 152.
- Berlín (capital de Brandenburgo):
Población, 215.
Revueltas (1614), 29.
- Berna (cantón suizo), defensa de, 271.
- Bernardinas (tropas reclutadas al principio por Bernardo de Sajonia-Weimar): campañas de, 198, 209, 219, 229, 257.
- Bernardo, duque de Sajonia-Weimar, n. en 1604, en Weimar; sirve con los ejércitos protestantes en Alemania (1621-3 y 1625-7), y con el ejército holandés (1623-5 y 1627-30); en el servicio sueco (1630-5), como comandante adjunto desde 1632; pasa al servicio francés en 1635 con su ejército; m. 1639:
En el servicio francés, 192 s., 195, 197 s., 209, 212, 257.
En el servicio sueco, 160, 166, 178, 209.
Finanzas, 258.
Y la «causa protestante», 82, 84.
- Besançon (ciudad libre imperial en el Franco-Condado): cedida a España (1654), 246.
- Bethlen Gabor de Iktar, n. 1580, Hungría; procedente de familia pobre Calvinista, llega a príncipe de Transilvania en 1613 gracias al apoyo turco; hace la guerra a los Habsburgos en 1619-21, 1623-4 y 1626; m. 5 de noviembre de 1629:
Administración de, XIV.
Carrera inicial, II.
Conexiones familiares, 71.
Elegido príncipe de Hungría (15 de enero de 1620), 76.
Muerte, 105.
Política exterior, 68-73, 84, 88.
Y la guerra danesa, 100, 101, 123.
Y la guerra del Palatinado, 84, 88.
Y la rebelión bohemia, 68-73, 76.
Y los Habsburgos, 68-73, 76, 84, 100, 113.
- Beza, Teodoro, n. 1519: ministro calvinista y teólogo; presidente del presbiterio de Ginebra desde 1564; m. en 1605, 60.

- «Biblioteca Pirczheimer» (Nuremberg), vendida al conde de Arundel (1636), 213.
- Bocskay, Esteban, n. en 1557, en Kluj; dirigente de los calvinistas transilvanos en la rebelión contra los Habsburgos de 1604-5; m. en 1606.
- Elegido príncipe de Transilvania, 11.
- Bohemia, reino de:
- Aristocracia, 58, 114.
 - Bibliografía, 341 s., 347.
 - Economía, 58, 115.
 - Elige rey a Federico V (1619), 68.
 - Elige rey a Fernando II, 55, 58.
 - Gobierno, 5-14, 58, 68 ss., 108.
 - Reconquistada por los protestantes (1631-2), 165-170.
 - Relaciones exteriores, 58 s., 68 ss.
 - Religión, 6-14, 52, 58, 242.
 - Reorganización de Fernando II (1620-8), 108.
 - Revueltas: (1418), 35; (1547), 5; (1609), 14; (1611), 14; (1618-21), XII, 64-80, 143.
 - Terratenientes, 58, 114.
 - Y Suecia, 179, 227, 242.
 - Y Wallenstein, 179, 180.
- Bonaparte, Napoleón, n. 1769, Córcega; general (1795-1815); primer cónsul (1799-1804) y emperador (1804-1815) de Francia; m. 1821: lecturas sobre la guerra de los treinta años, 268.
- Bonney, Richard (historiador británico): ideas, 290.
- Borgoña (provincia francesa): invadida por los imperiales (1636), 197.
- Bouillon, Henri de la Tour d'Auvergne, vizconde de Turenne y duque de, n. 1555: general francés calvinista que accedió al ducado soberano de Bouillon por matrimonio, 1591; conspiró contra Enrique IV (1602) y huyó; volvió en 1610 y fue dirigente hugonote hasta su muerte (1623): 37.
- Bracamonte, don Gaspar de v. Peñaranda, conde de.
- Brahe, Per, n. 1602, Suecia: soldado y abogado de formación; consejero sueco.
- Desde 1626: gobernador-general de Prusia (1634-7) y Finlandia (1637-41 y 1648-51); comandante militar contra Dinamarca (1643-4 y 1657-9); m. 1680: ideas de rrotistas, 207.
- Brandenburgo, electorado de.
- Ascenso (a potencia importante), 239.
 - Defensa, 15, 219, 271.
 - Devastación, 215, 220.
 - Finanzas, 23.
 - Población, 20, 215.
 - Política exterior, 3, 35, 39, 47, 81, 96, 149-153, 163.
 - Relaciones con el emperador, 20, 129, 149 s., 163, 166, 179, 219.
 - Situación religiosa, 30, 128, 129, 149.
 - Y Cléveris-Jülich, 35, 37, 239, 285.
 - Y el traspaso del título electoral de Baviera, 88.
 - Y Pomerania, 163, 183, 205, 211, 238, 285.
 - Y Sajonia, 149-153, 178.
 - Y Suecia, 149-153, 178, 211, 219.
- Brandenburgo-Kulmbach, margravado de: durante la guerra de los treinta años, 166.
- v. también Cristian, margrave de Brandenburgo-Kulmbach.
- Brandenstein, Cristóbal de, n. 1593, Sajonia; pasado a la Liga de Heilbronn como coronel, 1633; hecho prisionero en Sajonia, 1637: m. 1640: recoge «contribuciones» en Alemania central (1633-5), 176, 187.
- Brasil (colonia portuguesa): los holandeses en, 133, 223, 243.
- Bratislava (ciudad húngara).
- Dieta húngara de 1617, 55.
 - Dieta húngara de 1620, 76.
 - Reunión de (1608), 12.
 - Tomada por los rebeldes (1619), 73.
 - Tratado de (1627), 102.
- Braunau (ciudad bohemia); v. Broumov.
- Breda (ciudad de Brabante):
- Asedio español (1624-5), 92, 123.
 - Reconquistada por los holandeses (1637), 223.
 - Rendición al ejército de Flandes, 134.
- Bregenz (ciudad del Austria restante).
- Reconquistada por los Habsburgos (1633), 173.
 - Tomada por los suecos (1647-8), 241.

- Breisach, cabeza de puente de los franceses sobre el Rin, 240.
- Breisach (ciudad fortificada de Alsacia).
Conquista francesa de (1638), 198, 212.
Fortificación, 16.
Liberación (1633), 173.
- Breitenfeld (pueblo de Sajonia).
Los suecos derrotan a los imperiales en la segunda batalla de (2 de noviembre de 1642), 221, 227.
Suecos y sajones derrotan a los imperiales en la primera batalla de (17 de septiembre de 1631), 164, 214, 252, 261, 262, 272, 292.
- Bremen (ciudad imperial libre): durante la guerra de los treinta años, 278.
- Bremen, estado eclesiástico de.
Archivos, XVII.
Bajo control danés, 95, 187.
Bajo control sueco, 227, 239.
Y el edicto de restitución (1629), 129.
- Brindisi, Lorenzo de: n. 1559, Brindisi; capuchino en 1575; vicario general de la orden (1602-5); en Praga (1599-1602 y 1606-13); m. 1616; canonizado.
Y los problemas de Donauwörth, 31, 296.
- Brömsebro (ciudad danesa): conversaciones de paz (1645), 227, 232.
- Broumov (ciudad bohemia): problemas religiosos (1617-18), 58.
- Brunswick (ducados en el noroeste alemán).
Defensa, 251, 270.
Duques de; v. Cristian; Jorge.
Y Dinamarca, 96.
Y el edicto de restitución, 128, 220.
Y la paz, 220, 225.
Y Suecia, 160, 218.
- Bruselas (capital de los Países Bajos del sur): conferencia de paz (1622), 85.
- Buckingham, George Williers, conde (1617), marqués (1618) y duque (1623) de, n. 1592; favorito (a partir de 1616) de James I y Charles I, palafrenero mayor (1616), consejero privado (1617), y lord del alto almirantazgo (1619) de Inglaterra; asesinado en 1628.
Política exterior de, 99, 100, 289.
- Bucquoy, Charles Bonaventure de Longueval, conde de, n. 1571, Arras; oficial del ejército de Flandes desde 1596, ascendiendo hasta general de artillería (1602); promocionado a comandante imperial frente a Bohemia en 1618; m. 1621: 69-80.
- Bula de oro de Hungría (1222), 9.
- Bullion, Claude, lord de Bonnelles, n. 1571, París; abogado en los tribunales de París desde 1595; sirve en los comités de hacienda del gobierno francés, en el ejército y en misiones diplomáticas; ministro adjunto de hacienda 1632-40; m. 1640: 54.
- Bygdea (parroquia de Suecia): impacto en ella de la guerra de los treinta años, 253.
- Caballería militar, 261.
- Caballeros imperiales (*Reichsritter*).
Apoyo a Suecia (1631-3), 165, 175.
Poderes, 19.
- Cádiz (ciudad española): ataque anglo-holandés (1625), 99, 134.
- Calvinismo:
En Alemania, 19, 27, 29, 34, 116, 128, 149-153, 235, 236, 286, 295; v. también Protestantismo.
En los territorios austríacos, 6-13, 116.
- Calv (ciudad suaba): durante la guerra de los treinta años, 216.
- Camerarius, Luis, n. 1573, Nuremberg; entra en el consejo del Palatinado (1598) y desde 1603 dirige su política exterior; sigue a Federico V al exilio en 1620; en el servicio diplomático sueco (1626-41); m. 1651.
Misión a Suecia (1623), 90, 92, 96.
Publica *Cancellaria Hispanica* (1622), 87.
Y la política palatina, 34, 49, 294.
- «Camino español» (corredor militar entre Lombardía y los Países Bajos), Mapa 2, 56, 85, 137, 223, 291.
- Campeños, revueltas de, en la primera mitad del siglo XVII:
(1632), 166.
(1635-6), 213.
En Brandenburgo-Kulmbach (1632), 166, 170.

- En Estiria (1635), 291.
 En Francia (1636-43), 224.
 En la alta Austria (1626), XIII, 121.
 En la baja Austria (1595-6), 8.
 Canal del Mar del Norte (proyecto de, 1627-9), 102.
Cancillería Hispanica (tratado político de 1622), 87.
 Capellanes durante la guerra de los treinta años, 268.
 Capuchinos (orden de los).
 Actividades diplomáticas, 80.
 v. también Brindisi, Lorenzo de; Casale, Jacinto de; Joseph, padre.
 Cardenal-infante, v. Fernando de Austria, Cardenal-infante.
 Carintia (provincia del Austria interior): religión, 8; v. también Austria Interior.
 Carleton, Dudley, n. 1573; diplomático de carrera desde 1598; embajador inglés en Venecia (1611-15) y La Haya (1616-28); título de conde de Dorchester en 1628; secretario de estado jefe, 1628-32; m. 1632: opiniones de, 72.
 Carlos I, rey de Inglaterra, Escocia e Irlanda, n. 1600; sucedió a su padre (James VI y I) en 1625; ejecutado en 1649.
 Conexiones familiares, 71.
 Príncipe de Gales, 83, 89.
 Y Dinamarca, 99, 105, 217.
 Y el traspaso del título electoral, 86, 155.
 Y España, 83, 89, 99, 133, 135, 140, 288.
 Y la guerra alemana, 99, 212, 217, 262, 288.
 Y Suecia, 217.
 Carlos IV, duque de Lorena, n. 1604; accede al ducado en 1624, y es exilado en 1633; comandante militar de los Habsburgos 1633-54; repuesto en Lorena 1661-70 y vuelto a exilar; m. 1675.
 y Francia, 190, 211.
 y los Habsburgos, 190.
 Carlos V, n. 1500; príncipe de los Países Bajos (1506-55), de España y de la Italia española (1516-56) y Sacro Emperador Romano (1519-58); m. 1558: 3, 22, 73, 81, 118.
 Carlos IX, duque de Södermanland, n. 1550; regente (desde 1599) y rey de Suecia (desde 1604); m. 1611:
 Conexiones familiares, 70.
 Reinado, 91.
 Carlos X de Suecia; v. Carlos Gustavo.
 Carlos de Austria, n. 1540, hijo menor del emperador Fernando I; archiduque del Austria interior desde 1564; m. en 1590.
 Conexiones familiares, 3.
 Gobierno, 7, 8.
 Carlos Gusavo, duque de Pfalz-Zweibrücken-Kleeburg, n. 1622; en el ejército sueco desde 1642; comandante en jefe desde 1648; más tarde, Carlos X de Suecia (1654-60); m. 1660.
 Conexiones familiares, 70.
 Dirige el ejército sueco, 287.
 En la conversaciones de Nuremberg (1648-50), Lám. 20, Lám. 21, 246.
 Rey, 286.
 Carlos Luis, elector del Palatinado, n. 1617 en Heidelberg, hijo de Federico V; en el exilio (la mayor parte del tiempo en La Haya) desde 1621; repuesto sólo en el Palatinado renano en 1648; m. 1680.
 Y la paz de Westfalia, 236.
 Carlos Manuel I, n. 1562; duque de Saboya 1580-1630; m. 1630.
 Relaciones con la Unión protestante, 50, 67.
 Sitio de Génova (1625), 92, 99.
 Su carrera inicial, 50.
 Y España, 134.
 Y Francia, 92, 99, 189.
 Y la rebelión bohemia, 67.
 Y la sucesión en Mantua, 50, 189.
 Carniola (provincia del Austria interior): Religión, 8; v. también Austria interior.
 Carta de Majestad (1609), 13, 59, 64, 111.
 Carta magna de Inglaterra (1215), 14.
 Casale (ciudad de Monferrato): sitio de (1628-9), 138, 140, 141.
 Casale, Jacinto de, n. 1575 en una familia italiana aristocrática; entra en la orden de los capuchinos en 1600; en el imperio, en 1607-8 y 1613; nuncio extraordinario en Alemania en 1621-4; m. 1627; actividades diplomáticas de, 87, 121.

- «Castro, guerra de» (entre Urbano VIII y el duque de Parma), 222.
- Catalina la Grande, n. 1729, princesa de Anhalt; zarina consorte 1744; emperatriz de Rusia (1762-96); m. 1796: Paz de Westfalia, 283.
- Cataluña (provincia española): revuelta de (1640-52), 199, 223, 243.
- Catolicismo romano; v. Contrarreforma, Papado.
- Catolización; v. Contrarreforma.
- «Causa protestante» en la Europa del s. xvii: 34, 43, 82, 97, 105, 149-153, 188, 201, 225, 236, 255, 288, 294.
- Cecil, Robert, n. 1563, hijo de William Cecil, Lord Burghley: secretario de estado inglés desde 1596 y también Lord del Tesoro desde 1608; conde de Salisbury (desde 1605); m. 1612: política alemana de, 42.
- Charnacé, Hércules de, n. 1588; servicio militar 1615-32; enviado a La Haya 1633-5; de nuevo en servicio militar 1635-7; muerto en 1637.
A Baviera (1629), 154.
A Dinamarca (1629), 160.
A Suecia (1630-1), 160, 161.
- Checo (lengua) en el s. xvii, 108.
- Chemnitz (ciudad sajona), batalla de: los suecos derrotan a los sajones (14 de abril de 1639), 219, 228.
- Cherasco (ciudad italiana), paz de: España, el emperador y Francia firman la paz (1631), 141, 163, 190.
- Chytraeus, David, constitucionalista protestante: opinión, 211.
- Cinq-Mars, Henri d'Effiat, marqués de, n. 1620; favorito de Luis XIII; ejecutado en 1642: su oposición a Richelieu (1642), 224.
- Círculos (*Kreise*; unidades administrativas del Sacro Imperio Romano).
Su debilidad antes de la guerra, 19.
v. Ciudades libres imperiales.
- Ciudades alemanas:
Impacto de la guerra, 277.
Presencia en la dieta imperial, 21.
Revueltas antes de la guerra, Mapa 1, Lám. 1, 29, 31.
- Ciudades libres imperiales (*Reichsfreistädte*).
Número, 19.
Religión, 25, 30, 128, 244.
- Clero católico.
en Alemania, 27.
en los territorios habsburgos, 6-11, 117, 119.
- Cléveris-Jülich, guerra de: primera (1609-10), 35; bibliografía, 341; segunda (1614), 46, 48; disputas posteriores, 239, 285.
- Cléveris (Renania), ducado de:
Durante la guerra de los treinta años, 219, 239.
Sucesión; v. Cléveris-Jülich, guerra de.
- Clima de Alemania durante la guerra, 289.
- Coblenza (fortaleza en Renania), 191.
- Collegium Germanicum* (fundado en Roma en 1552), 28.
- Colli, Hipólito von, n. 1561, Zúrich; canciller de Cristian de Anhalt (1591); presidente del tribunal supremo del Palatinado (1593); m. 1612: 34.
- Coloma, don Carlos, n. 1566: sirve en el ejército de Flandes a partir de 1588 (coronel en 1597); enviado a Londres 1622-5 y 1629-30; en el consejo de estado español 1634-7; m. 1637: opinión, 57.
- Colonia (ciudad libre imperial): conferencia de paz de (1636), 216.
- Colonia, electorado de:
Antes de la guerra, 30.
Y España, 124.
Y la Liga católica, 35, 41, 74.
- Colonia, elector de; v. Fernando de Baviera.
- Colonia, guerra de (1583-8), 27.
- Colores militares durante la guerra de los treinta años, 251.
- Comercio europeo durante el siglo xvii, 159.
- Compañía de Jesús; v. Jesuitas.
- Compiègne (ciudad francesa): tratado de ayuda franco-holandés (1624) firmado en, 92; tratado franco-sueco (1635) firmado en, 194.
- Comunes, Casa de los (Inglaterra): reunión (1621), 82, 85; (1624), 89; (1625), 100.
- Condé el viejo, Enrique de Borbón, príncipe de, n. 1588; conspira contra el gobierno francés 1615; metido en prisión 1616-19;

- comandante militar desde 1620; m. 1646: dirige ejércitos franceses, 198.
- Condé el joven, Luis de Borbón, príncipe de, n. 1621, hijo del anterior; dirige ejércitos franceses hasta la victoria de Rocroi, Friburgo y Lens; principal oponente de Mazarino durante la Fronde; en el servicio español 1653-8; reconciliado 1659; m. 1686: 198.
- Condes imperiales (*Reichsgrafen*): poderes, 19; dentro de la Unión protestante, 42.
- Confessio Bohemica* (1575), 10.
- Congregación para la Propagación de la Fe (fundada en Roma, 1622), 119.
- Congregatio Germanica* (fundada en Roma, 1568), 28.
- Constanza (estado eclesiástico de).
Liberación (1633), 173.
Y la Liga católica, 41.
- Contrarreforma.
En Alemania, 8 s., 24-35, 104 s., 107-112, 114-121, 121-129, 137, 150, 235-238, 245.
En Francia, 85, 137.
En Hungría, 10.
En los territorios austríacos, 6-14, 51, 104, 108-112, 114-121, 234, 241.
- «Contribuciones» en la guerra de los treinta años, 132, 258, 268.
- Contzen, Adán, SJ, n. 1571, Jülich; autor polemista y (desde 1624) confesor de Maximiliano de Baviera; m. 1630: 155.
- Conway, Sir Edward, n. 1570; servicio militar en los Países Bajos 1590-1623; emisario a Praga 1623-5; secretario de estado inglés 1625-31; m. 1631: 80.
- Copenhague (capital danesa), defensa de, 93.
- Corbie (ciudad fortificada francesa), tomada por los españoles en 1636: 192, 198.
- Corpus Catholicorum* en la conferencia de paz de Westfalia, 235 ss.
- Corpus Evangelicorum* en la conferencia de paz de Westfalia, 235 ss.
- «Corredor de los curas, el» (*Pfaffengasse*, área de Alemania entre el Rin y el Meno), 27.
- Correos, servicio de, en Europa, 219, 232.
- Coryat, Thomas, n. 1577, Somerset: bufón y funcionario de Enrique, Príncipe de Gales (m. 1612); viaja a pie por Europa (1608) y Asia (1612-17); muere en Surat 1617: sus viajes, 17, 18.
- Cottington, tratado de (entre Inglaterra y España, 12 de enero de 1631), 155.
- Creta (isla mediterránea): ataques de los turcos (1645-69), 230, 284.
- «Crisis general» del siglo XVII: pruebas, 289.
- Cristian I, elector de Sajonia, n. 1560, Dresden; sucede a su padre (Augusto) como elector en 1586; m. 1591: política religiosa de, 29.
- Cristian II, elector de Sajonia, n. 1583, Dresden; sucede a su padre (Cristian) como elector en 1591; gobierno personal a partir de 1601; m. 1611.
Conexiones familiares, 71.
Y la sucesión en Cléveris-Jülich, 44.
Y la Unión protestante, 37, 39.
- Cristian IV, rey de Dinamarca y Noruega, n. 1577, Frederiksborg; sucedió a su padre (Federico) en 1588; gobierno personal a partir de 1596; m. 1648.
Comienzos de reinado, 93.
Conexiones familiares, 71, 95.
En la guerra de los treinta años, 93-106, 120, 122, 129, 158; Bibliografía, 347.
Gobierno, 93 s., 294.
Gustos personales, Lám. 24, 294.
Recursos, Lám. 2, 43, 93 s., 103.
Y el control de los mares, 93 s., 217.
Y la rebelión de los campesinos austríacos (1626), 100, 120.
Y los protestantes alemanes, 43, 82, 93-105, 120, 122, 125, 129.
Y Stralsund (1629), 129.
Y Suecia, 91, 96, 103, 187, 227.
- Cristian, duque de Brunswick-Wolfenbüttel, n. 1599; administrador protestante de la diócesis de Haberstadt desde 1616; en el servicio militar de la república de Holanda (1620 y 1622) y de Federico V (1621-2 y 1623-5); entra en el servicio danés en 1625.
Conexiones familiares, 70.
En la guerra de los treinta años, 81, 85, 88, 122, 126, 286.
- Cristian Guillermo de Brandenburgo, n. 1587, hermano menor del elector Juan Segis-

- mundo; en 1608 sucede a su padre como administrador protestante del arzobispado de Magdeburgo; depuesto en 1628 y hecho prisionero en 1631; convertido al catolicismo abandona la vida pública; m. 1665.
Relaciones familiares, 70, 163; v. también Magdeburgo.
- Cristian, margrave de Brandeburgo-Kulmbach, n. 1581, hermano del elector Joaquín Federico de Brandeburgo; margrave desde 1603; jefe militar del círculo francón desde 1606; neutral en 1618-31; luchó con Suecia en 1631-5; m. 1655: y Dinamarca, 166.
y el emperador, 166.
y la Unión protestante, 36, 44, 45.
y Suecia, 166.
- Cristian, príncipe de Anhalt-Bernburg, n. 1568, Bernburg; niño prodigio luterano que se convierte al calvinismo en 1592; en el servicio sajón en 1586-92 (dirige la ayuda protestante a Enrique IV en 1591; gobernador del alto Palatinado en 1595 bajo los electores Federico IV y Federico V; derrotado en la Montaña Blanca (1620) y mandado al exilio; perdonado (1624), vuelve al gobierno de sus territorios; m. 1630:
Opiniones religiosas, 287.
Relaciones exteriores, 36-51, 60, 68-74, 81, 293.
Y la rebelión bohemía, 68-74, 79.
Y las sociedades literarias, 35.
- Cristina, reina de Suecia, n. 1626; sucede a su padre (Gustavo Adolfo) en 1632; gobierno personal a partir de 1644; en 1654 abdica a favor de su primo Carlos Gustavo; m. 1689.
Gobierno, 174, 203-210, 286.
- Croacia (parte de la Hungría habsburga): religión en, 10.
- Crowne, William; relata la embajada de Arundel a Regensburg, 1636: 212.
- Cuius regio eius religio* (principio consagrado en el acuerdo de Augsburgo, 1555), 25, 32, 119, 237.
- Danzig (ciudad polaca): comercio, 159.
- Darmstadt; v. Hesse-Darmstadt.
- De autonomia* (tratado de 1580), 27.
- Declaratio Ferdinandi* (parte del acuerdo de Augsburgo de 1555), 26, 27, 127, 237.
- Defenestración de Praga (23 de mayo de 1618), 65.
- Defensores (los guardianes de la constitución bohemía, 1609-18), 14, 64.
- Demografía en Europa durante la guerra de los treinta años, 212-215, 253, 274-277, 281, 290.
- Deputationstag*; v. Francfort del Meno; Regensburg.
- Derecho público en el Imperio, 116, 143.
- Derecho y orden:
En la Alemania de preguerra, 17.
Estudio, 60, 143; v. también «Derecho público».
- Descartes, René, n. 1596: filósofo y científico educado en los jesuitas; sirvió en el ejército holandés; vivió en Holanda (1628-49) y Suecia (1649-50); m. 1650: en la invasión de la alta Austria (1620), 79.
- Deserciones durante la guerra de los treinta años, 263, 264.
- Deslegitimaciones en la Alemania de preguerra, 17, 18.
- Dessau, puente de (sobre el Elba entre Rosslau y Dessau), batalla de (25 de abril de 1626): Mansfeld derrotado por Wallenstein, 10.
- Dévôts* de Borbón, Francia, 64, 92, 148, 289.
- «Día de Dupes» (11 —o tal vez 10— de noviembre de 1630), 148, 190.
- Dieta imperial (*Reichstag*).
(1613), 22, 46.
(1640-1), 216, 218, 221, 225, 234.
(1645-8); v. Westfalia, conferencia de paz de.
Composición, 20 s., 285.
Reuniones (1608), 20, 32.
- Dietrichstein, Franz von, n. 1570, Madrid, hijo de un diplomático austríaco; recibe las órdenes sagradas en 1591; cardenal obispo de Olomouc (Moravia) desde 1599; gobernador de Moravia desde 1624; director del consejo privado del emperador desde 1634; m. 1636: 59.
- Dinamarca, reino de:
Bibliografía, 344 ss.

- Durante la guerra de los treinta años, 93-105.
Economía, 103 ss.
Finanzas públicas, 43, 93, 103.
Gobierno, 93, 103.
Política exterior general, 93 ss. 217.
Relaciones con Suecia, 93, 103, 204, 227, 239.
- Diplomacia europea en el s. XVII, 34, 55, 63 s., 61, 87, 92, 201, 230-247, 250, 285-8.
- Dohna, Acacio, burgrave de, n. 1583; funcionario y agente de Cristian de Anhalt, oficial de corte de Federico del Palatinado 1606-10; comisionado de Federico a Inglaterra 1619-21; m. 1647: 35, 50, 294.
- Dohna, Cristóbal, burgrave de, n. 1583: funcionario y agente de Cristian de Anhalt; comisionado de Federico V a Inglaterra 1618; gobernador del principado de Orange 1629; m. 1637: 35.
- Dôle (capital del Franco Condado español): sitio francés de (1636), 197.
- Dominium maris Baltici*; v. Báltico, mar.
- Donauwörth (ciudad imperial libre):
Ocupada por Baviera (1607), 31, 32, 184.
Recuperada por los imperiales (1634), 184.
Situación religiosa, 31, 296.
- Donne, John, n. 1572; poeta inglés y funcionario público; ordenado en 1615, se hizo predicador de corte famoso; m. 1631: 294.
- Dorpat (capital de Letonia): tomada por los suecos (1625), 159.
- Downs, the (zona de ataque en Deal, Inglaterra), batalla donde la flota holandesa destruyó a otra española (21 de octubre de 1639), 223.
- Dresden (capital del electorado de Sajonia).
Arsenales, 16.
Defensa, 15.
Población, 215.
- Dunkerque (puerto del sur de los Países Bajos): conquistado por los franceses (1646), 223.
- Dupes, día de; v. «Día de Dupes».
- «Düsseldorf, guerra de intimidación de» (1651) entre Brandenburgo y Neuburgo, 285.
- Echter von Mespelbrunn, Julius, n. 1545, en Mespelbrunn; recibe las sagradas órdenes en 1569 (efectivamente, en 1575); príncipe obispo de Würzburg desde 1573; m. 1617:
Gobierno de, 27.
Y la guerra de los treinta años, 287.
Y la iglesia católica, 27.
Y la Liga católica, 41, 46.
- Educación militar en Alemania, 15, 269 s.
- Eggenberg, Johan Ulrich, príncipe de, n. 1568, Graz; educado como luterano pero lucha en el ejército de Flandes (en torno a 1597) y visita España; gobernador de Carintia 1602; convertido al catolicismo 1605; gobernador del Austria interior a partir de 1615, director del consejo privado imperial desde 1619; m. 1635:
Bibliografía, 347.
Carrera inicial, 9, 110.
Posición política, 141.
- Ehrenbreitstein (fortaleza de Renania), 191; fortificada, 16; ocupación francesa, 198, 212; ubicación de, 16.
- Eichstätt, principado eclesiástico de:
Religión, 27.
Y la Liga católica, 46.
- Eilenburg (ciudad sajona): tregua sueco-sajona firmada en abril de 1646, 230.
- Einsiedeln: conversaciones de paz entre Francia y Baviera (enero 1640), 221.
- Ejecuciones militares durante la guerra de los treinta años, 263.
- Ejército bávaro:
Composición, 252.
Contra Suecia, 153, 167 s., 184, 241.
Dentro del ejército imperial (1635-47), 187, 214.
Desmovilización del, 245.
Frente a Francia, 228, 242.
Y guerra del Palatinado, 116.
Y la guerra danesa, 97-102, 118, 122, 133.
Y rebelión bohemia, 78 s., 116.
- Ejército danés, 97, 100-101, 129, 260 s., 264.

- Ejército de Brandenburgo, 187, 220.
- Ejército de Flandes:
- Contra Francia, 192, 224, 244.
 - En Alemania, (1599), 18.
 - En Alemania, (1614), 46.
 - En Alemania (1619-21), 67, 73, 76, 78, 81, 87, 117.
 - En Alemania (1632), 168.
 - En Alemania (después de 1632), 221.
 - En los Países Bajos, 57, 87, 90, 133, 136, 169, 195, 223, 243, 261, 268.
- Ejército de Hesse-Kassel:
- Campañas, 150, 157, 165, 199.
 - Tamaño del, 201, 203.
- Ejército (el) durante la guerra de los treinta años:
- Bajas, 264-267.
 - Capellanes, 268.
 - Destrucción causada por; v. Guerra de los treinta años, costes de Financiación; v. Financiación militar.
 - Equipamiento militar, 15, 252, 259.
 - Investigación general sobre, 250-273.
 - Motines; v. Motines.
 - Servicios auxiliares, 268.
 - Servicio médico, 268.
 - Sistema de rescate, 264.
 - Táctica; v. Arte de la guerra.
 - v. también, *infra*, las entradas de los diferentes ejércitos.
- Ejército español.
- En Italia, 137-142.
 - Invade Alemania desde Italia (1633), 173.
 - Invade Alemania desde Italia (1634), 184, 264.
 - v. también Ejército de Flandes.
- Ejército francés.
- Bajas, 265.
 - Campañas del, 194-199, 219, 223, 228, 240, 242, 244.
 - Desmovilización, 245.
 - Dirección, 194.
 - Fuerza del, 192, 201, 204, 290.
 - Recluta, 254.
 - Vestimenta y provisiones, 253, 259.
- Ejército holandés:
- Operaciones del, 133, 168, 268-272.
 - Recluta para el, 87, 89.
- Ejército imperial.
- Contra Suecia (1631-5), 162, 167, 170, 180-2, 184, 212, 221, 228, 267, 272, 292.
 - Desmovilización, 246.
 - En Italia (1629-31), 140.
 - En la guerra danesa, 97-101, 123, 125, 129.
 - En la guerra de Bohemia, 68, 78.
 - En los Países Bajos (1629), 130.
 - En los Países Bajos (1632), 169.
 - En Polonia (1629), 130, 157 s.
 - Pérdidas, 265.
 - Reclutamiento, 250, 255.
 - Reorganización tras la paz de Praga (1635-45), 186.
 - Servicios auxiliares, 261, 268.
 - Tamaño, 131, 291.
 - Uniformes, 251.
 - Últimas campañas, 229, 241.
- Ejército sajón.
- Con Suecia (1631-5), 153, 164, 170, 184.
 - Dentro del ejército imperial, 187.
 - Equipamiento, 16.
- Ejército sueco.
- Campañas, 90, 159, 164, 167, 170, 175-8, 184, 208-10, 212, 228, 240, 242, 274, 292.
 - Equipamiento, 252.
 - Factura, 238, 245.
 - Instrucción y técnicas, 91, 272.
 - Marcas distintivas, 250.
 - Reclutamiento, 254.
 - Retirada de Alemania, 246, 273.
- Elba, río: peajes, 21, 104; desarrollo de la guerra en, 100, 205.
- Elbing (ciudad prusiana): comercio, 159.
- Electores del Palatinado; v. Carlos Luis; Federico III; Federico IV; Federico V; Palatinado bajo.
- Electores, encuentros de:
- Francfort (1619), 73.
 - Mühlhausen (1627), 127, 131.
 - Nuremberg (1640), 218, 222.
 - Regensburg (1630), 133, 144-8, 150.
 - Regensburg (1636), 211, 216.
- Electores imperiales: poderes de, 21, 144, 211.
- Ellwangen, priorato de (estado eclesiástico suabo): y la Liga católica, 41, 46.

- Elsinore (fortaleza danesa), 94.
- Empresarios militares durante la guerra de los treinta años, 256 s.
- Ems, río: bloqueo (1625-9), 123.
- Enrique IV de Francia, n. 1554, hijo de Antonio, rey de Navarra; dirigente del partido hugonote en Francia desde 1569; heredero aparente del trono de Francia en 1584; sucede en el trono en 1589; m. 1620:
- Y la crisis de Cleveris-Jülich (1609-10), 40.
- Relaciones con Alemania, 29, 36, 38, 39, 40, 42.
- Enriqueta María de Francia, n. 1609, hija de Enrique IV; casado con Carlos I de Inglaterra en 1625; m. 1669: matrimonio, 91.
- Equilibrio de poder, idea del (en la Europa del s. XVII), 175, 204, 238 s., 282 s.
- Equilibrio religioso en el imperio:
- En torno a 1600: 8 s., 28-33.
- Cambios en los años 1620: 114-134.
- Cambios en los años 1630: 187, 188.
- Cambios en los años 1640: 234-8.
- Equipamiento militar de los ejércitos durante la guerra de los treinta años, 15, 252, 260.
- Erbverein (alianza entre Sajonia y Hesse), 36; se termina (1609), 39.
- Erlach, Hans Ludwig von, n. 1595: paje de Cristian de Anhalt; en los ejércitos de Federico V (1618-23) y de Suecia (1623-7); director militar de Berna (1627-37); se une a Bernardo de Sajonia-Weimar a partir de 1639; m. 1650:
- Y la milicia de Berna, 271.
- Y las «bernardinas», 198, 245, 257.
- Erskine (o Erskein), Alejandro: n. 1598, Greifswald; en el servicio militar y diplomático de Suecia desde 1628; representa al ejército en las conversaciones de Westfalia y Nuremberg (1647-50); m. 1656: y la factura del ejército sueco, 238.
- Escalda, río: se confirma su cierre para cualquier clase de navegación (1648), 243.
- Escarmentado (personaje de ficción de Voltaire), 1.
- Escocia:
- v. también Carlos I; James VI y I.
- Y la guerra de los treinta años, 130, 217, 238, 254, 255, 262, 265, 267, 362, 363.
- España, reinos de:
- Bibliografía, 342 s., 353.
- Economía, 134, 139, 243.
- E Inglaterra, 82, 89, 99, 143, 155.
- E Italia, 54, 55, 86, 134-142, 168.
- Gobierno, 139, 242.
- Y Francia, 99, 136, 138-142, 173, 188-192, 195, 222 s., 242 s., 286.
- Y la guerra alemana, 78, 85, 87, 118, 122, 123 s., 133, 137, 145, 180.
- Y la revuelta bohemía, 65, 73.
- Y los Habsburgos austríacos, 51-5, 65, 73-5, 134-142, 169, 181, 192, 221 s., 242, 246.
- Y los Países Bajos, 2, 50, 56, 134-142, 168, 222, 243.
- Y Portugal, 223, 228, 242.
- Y Valtellina, 56, 85, 89, 92, 99.
- Espinola, Ambrosio, marqués de los Balbases, n. 1567, Génova; comandante del ejército de Flandes y ministro principal de los archiduques (1605-28); se traslada a España 1628-9; en la guerra de Mantua 1629; m. 1630:
- Conquista el Palatinado (1620-1), 79.
- Contribuciones, 268.
- Vuelta (1621), 82, 83.
- Y Alemania, 48, 76, 77, 79, 84.
- Y la guerra de los Países Bajos, 83, 88, 139.
- Estados eclesiásticos en Alemania, 26, 41, 46; v. también *reservatum Ecclesiasticum*.
- Estados; v. asambleas representativas.
- Esterházy, Nicolás: n. 1582; palatino de Hungría y consejero húngaro de Fernando II; m. 1645: 113.
- Estiria (provincia del Austria interior): religión, 7; v. también Austria (interior).
- Fadinger, Esteban: agricultor y miembro del gobierno local de St Agatha (Austria alta), encabeza la revuelta de los campesinos austríacos; m. 1624: 120.
- Federico II, rey de Dinamarca y Noruega, n. 1534; sucede a su padre como rey 1559; m. 1588: 94.

- Federico III, elector del Palatinado, n. 1515, Simmern, de la rama más joven de la familia llegó a elector en 1559; m. 1576: convertido al calvinismo, 29, 34.
- Federico III, rey de Dinamarca y Noruega, n. 1609; hijo menor de Cristian IV; príncipe del obispado secularizado de Bremen (desde 1621), Verdem (desde 1622) y Halberstadt (1624), todos territorios perdidos para Suecia en 1644; sucedió al padre en 1648; m. 1670: carrera inicial, 94.
- Federico IV, elector palatino, n. 1574, nieto de Federico III; sucede como elector en 1583; gobierno personal a partir de 1592; director de la Unión protestante desde 1608; m. 1610: Gobierno, 21, 35. Sucesión, 36, 43.
- Federico V, elector palatino, n. 1596, hijo de Federico IV; sucede 1610 (gobierno personal a partir de 1614); casado con Isabel Estuardo 1613; director de la Unión protestante; se acepta su elección como rey de Bohemia 1619; mandado al exilio 1621, dirige la oposición a los Habsburgos hasta su muerte en 1632: Bibliografía, 343. Carrera inicial, 37. Conexiones familiares, 70, 71. Exilio en los Países Bajos, 81, 87. Matrimonio, 38, 43. Muerte, 172. Opiniones religiosas, 287. Relaciones exteriores, 49, 37, 44, 48, 49, 63, 80-93. Se les quitan territorios y títulos (1623), 86. Y Bohemia, 60, 68-73, 77-80, 165, 293. Y guerra del Palatinado, 88-91. Y la guerra de Dinamarca, 96-103, 105. Y sucesión imperial, 48 s. Y Suecia, 165, 169, 172, 177.
- Federico Enrique de Nassau, n. 1583, hijo menor de Guillermo de Orange; sucede a su hermano Mauricio como príncipe de Orange y capitán-general de la república de Holanda (1634-8); m. 1647. Éxitos militares, 133, 223.
- Y la paz de Munster, 231.
- Federico Guillermo de Hohenzollern, «gran elector» de Brandenburgo, n. 1620; en la república de Holanda 1634-8; sucede a su padre (Jorge Guillermo) como elector 1640; m. 1688. Conexiones familiares, 70, 218. Primeros años, 178. Y Francia, 234. Y la paz, 220, 225, 236, 239, 284. Y Suecia, 145, 239.
- Felipe II, rey de España (1556-98), gobernante de los Países Bajos y de la Italia española (1554/5-1598), 2, 3, 35, 107.
- Felipe III, rey de España (1598-1621), n. 1578; sucede a su padre (Felipe II) 1598; m. 1621: Conexiones familiares, 3. Gobierno, 2. Matrimonio, 2. Muerte (31 de marzo de 1621), 83. Y Alemania, 42, 47, 52, 57, 73-6. Y los Países Bajos, 2, 57, 83.
- Felipe IV de España, n. 1605, hijo de Felipe III; sucede en el trono en 1621; m. 1665: Conexiones familiares, 3, 4. Política exterior, 134-142, 168, 191, 222, 242. Revueltas en la década de 1640: 222, 242. Y la guerra de Mantua, 137 s.
- Felipe Luis, duque de Neuburgo, n. 1547; sucede en el ducado en 1570; m. 1614: Políticas y opiniones, 32. Y la sucesión de Cléveris-Jülich, 35 s., 40, 44, 47. Y otros estados protestantes, 35, 36, 38.
- Femmern (Dinamarca), batalla de: la flota sueca derrota a los daneses (1644), 227.
- Feria, Gómez Suárez de Figueroa, duque de: virrey de Cataluña 1629-30; gobernador de Lombardía 1630-3: dirige la fuerza expedicionaria española a Alemania en 1633: 173.
- Fernández de Córdoba, Don Gonzalo: n. 1585; sirve en el ejército de Flandes; comandante español en el Palatinado (1621-3); en los Países Bajos (1623-6); en la guerra de

- Mantua (1626-30); cae en desgracia; m. 1635.
 En Alemania, 83 s., 87.
 En Italia, 137-140.
- Fernando I de Austria: n. 1503, Alcalá de Henares, hermano del emperador Carlos V; gobernador de Austria desde 1521; rey de Bohemia y Hungría desde 1526; emperador del Sacro Imperio Romano desde 1558; m. 1564: gobierno de, 5 s., 108-114.
- Fernando II de Austria: n. 1578, Graz; archiduque del Austria interior 1590 (gobierno personal desde 1595); rey de Bohemia y de Hungría desde 1617; príncipe de Austria y emperador del Sacro Imperio desde 1619; m. 1637:
 Bibliografía, 336 s.
 Inicios de su carrera, 51.
 Familia, 3, 110, 141.
 Gobierno, 7-14, 122, 141, 211.
 Ideas políticas, XVI, 51, 59, 118, 122, 127 s.
 Muerte, 211.
 Relaciones con el Imperio:
 Con Baviera, 49, 86, 119, 153.
 Con Bohemia, 67-80.
 Con Brandeburgo, 144, 149-153, 166, 179.
 Con el catolicismo alemán, 32, 67, 122, 127.
 Con Sajonia, 73, 79, 122, 150, 151, 153, 164, 178, 186-9.
 Con Wallenstein, 98, 102, 144.
 Relaciones con potencias extranjeras:
 Con Dinamarca, 102, 159.
 Con el papado, 8, 76, 111, 132.
 Con España, 53, 73 s., 102, 107, 135-142, 144.
 Con Francia, 78 s., 147.
 Con Italia, 51-56, 141, 147.
 Con los Países Bajos, 134.
 Con los turcos otomanos, 73, 76.
 Con Suecia, 146, 148, 157-164.
 Sentimientos religiosos, 52, 108 s., 182-7.
 Y sucesión imperial, 49, 51, 53, 58, 67, 73, 144, 210.
- Fernando III de Austria: n. 1608, Graz; rey de Hungría desde 1625 y de Bohemia desde 1627; dirige el ejército imperial 1634-5; elegido rey de los romanos 1636 y del Sacro Imperio 1637; m. 1657:
 Bibliografía, 349.
 Carrera, 113, 184.
 Emperador, 218, 222, 226.
 Familia, 3, 135.
 Y conversaciones de paz, 226, 234, 242.
 Y España, 222, 242, 246, 285.
 Y Polonia, 246.
 Y sucesión imperial, 145, 211.
 Y Transilvania, 227.
- Fernando de Austria, n. 1529, hijo de Fernando I; archiduque del Austria adicional desde 1563; m. 1595: 3, 5.
- Fernando de Austria, cardenal-infante de España, n. 1609, hijo de Felipe III; gobernador de los Países Bajos desde 1632; conduce al ejército por Italia y Alemania hacia Bruselas (1633-4), donde m. 1641:
 Conexiones familiares, 3.
 Dirige el ejército de Flandes, 222.
 Expedición a los Países Bajos (1634), 181, 184.
 Invade Francia (1636), 198.
- Fernando de Baviera: n. 1577, hermano de Maximiliano; coadjutor de la diócesis de Colonia (1595), Lieja (1601), Hildesheim (1611) y Münster (1612); es sucesor en todas ellas (1612) y también de Paderborn (1618); elector de Colonia (1612-50); m. 1650.
 Ejército, 245.
 Opiniones, 124.
 Y conversaciones de paz, 222, 235, 241.
 Y España, 123, 124, 169.
 Y recatolización, 220.
- Fettmilch, motin de (Francfort 1612-14), Lám. 1.
- Feuquières, Manasses de Pas, marqués de: n. 1590, Saumur; servicio militar en Francia 1603-32; embajada ante los protestantes de Alemania (por sugerencia del padre José, su primo) 1633-4; dirige la embajada Francesa a Alemania 1635-40; asesinado en 1640: diplomacia en Alemania, 193.
- Fiebre de campamento (tifus), 267; v. también Peste en la primera mitad del s. XVII.

- Finanzas militares durante la guerra de los treinta años:
De los anti-habsburgos, 76, 89, 103, 161, 175 s., 193, 257, 291.
De los Habsburgos y sus aliados, 67, 76, 118, 131, 144, 216, 257, 291; v. también Subsidios durante la guerra de los treinta años.
- Finlandia (provincia del imperio sueco): tropas, 254, 275, 281.
- Fleurus (ciudad del sur de los Países Bajos): batalla donde Mansfeld y Brunswick derrotan a los españoles (26 de agosto de 1622), 88.
- Fontainebleau (palacio real francés): tratado franco-bávaro firmado en (1631), 156.
- «Fórmula de concordia» entre luteranos (1580), 28.
- Fortificaciones en la Europa de comienzos del siglo XVII:
En Dinamarca, 93.
En Alemania, 155.
- Francfort del Meno (ciudad imperial libre):
Deputationstag (1643-5), 225.
Elección imperial (1619), 74.
Encuentro de príncipes protestantes (1634), 184, 205.
Revueles (1614), Lám. 1.
- Francfort del Oder (ciudad de Brandenburgo): tomada por los suecos (1631), 162, 170, 239, 264.
- Francia, reino de:
Bibliografía, 346, 355.
E Inglaterra, 91, 99, 136, 138, 140, 217, 224.
E Italia, 54, 86, 140, 147, 194.
Finanzas, 45, 193, 196, 197 s.
Política exterior general, 4, 54, 92, 99, 147, 188-192, 201, 224, 229, 240, 288.
Problemas internos, 86, 98, 147, 224, 242, 287.
v. también Luis XIV, Luis XIII, Mazarino, Richelieu.
Y Alemania, 15, 30, 36-41, 49, 78, 84 s., 92, 99, 133, 153-157, 161, 185, 190-9, 217, 221, 228, 234, 241.
Y el papado, 156, 187, 189.
Y España, 99, 136, 139-142, 173, 188-192, 194, 243, 286.
Y la paz, 241.
Y Lorena, 147, 173, 189 s., 210, 240, 285.
Y los Países Bajos, 91, 99, 168, 189, 194, 224, 243.
Y Suecia, 154, 159-162, 176, 189, 193, 205-211, 217, 239.
Y Transilvania, 100.
Y Valtellina, 85, 92, 97, 99, 147, 195.
- Franco-Condado (posesión española hasta 1678): y la guerra de los treinta años, 197, 218.
- Franconia (círculo imperial):
Avance sueco (1631-4), 165, 167, 273.
Durante la guerra de los treinta años, 259, 273, 278.
Y la Liga de Heilbronn (1633-4), 176.
- Frankenfeld (ciudad en la alta Austria): revueltas (1626), 120.
- Frankenthal (ciudad fortificada del Palatinado renano):
Defensas, 16, 84.
Entregada a los católicos (marzo 1623), 85.
Ocupación española (hasta 1653), 246.
- Fransburg (ciudad de Pomerania): tratado entre el ducado y el emperador firmado el 10 de noviembre de 1627: 129.
- Franz Albrecht, duque de Sajonia-Lauenburg, n. 1498; sirve a Federico hasta ser hecho prisionero (1620); en el ejército imperial 1620-32; breve tiempo de servicio para Suecia y Sajonia antes de unirse a Wallenstein (1634); aprisionado por el emperador 1634-5; de nuevo comandante imperial 1641-2; muerto en 1642; y Wallenstein, 131, 182.
- Freising, obispo de; v. Gepeckh.
- Freytag, Gustavo, n. 1816; historiador y político alemán; m. 1895:
Escritos de historia, 275.
Colección de panfletos, 144.
- Friburgo (ciudad de Alsacia): batalla entre los ejércitos de Francia y Baviera (3-5 agosto 1644), 229, 267.
- Friedland, duque de v. Wallenstein.
- Friedrichs, Christopher R. (historiador norteamericano): opiniones de, 289.
- Friesland oriental (territorio de Alemania): la guerra de los treinta años en, 88, 136, 140.

- Fronde, revuelta francesa (1648-53), 242.
- Fronteras en Alemania, 21.
- Fruchtbringende Gesellschaft* (sociedad literaria alemana fundada en 1617), 60.
- Fuentes, don Pedro Enriquez de Acevedo, conde de, nace en torno a 1540; sirve en el ejército español en Italia y Portugal; gobierna los Países Bajos españoles 1592-6; gobernador de la Lombardía desde 1600; m. 1610: 56.
- «Fuerte Fuentes» (en Montecchio, junto al lago Como), 56.
- Fulda, principado eclesiástico de: tomada por los protestantes (1633), 174; religión, 28.
- Gabor, Bethlen; v. Bethlen Gabor.
- Gallas, Matías, conde de, n. 1584, Trento; servicio en los ejércitos español y bávaro hasta 1629; entra en el ejército imperial como general; comandante adjunto a partir de 1634; m. 1645:
- Dirige el ejército imperial, 182, 197, 267.
- Equipamiento del ejército, 255.
- Génova, república de.
- Sitio (1625), 92, 134.
- Y guerra de los treinta años, 77.
- Y Saboya, 86, 92, 99.
- Gepeckh, Adam Veit von n. 1584; educado en los jesuitas; elegido obispo de Freising 1618; m. 1651:
- Bibliografía, XVII.
- Durante la guerra de los treinta años, XVII.
- Gerbier, Baltasar, n. 1591, Middelburg; artista y diplomático; llega a Inglaterra 1616, y entra en la casa de Buckingham; agente de Carlos I en Bruselas 1631-41; m. 1667: actividad de, 169.
- Gheyn, Jacques de, n. 1565, Amberes; dibujante y grabador holandés: autor de libro de texto militar, 270.
- Giessen (ciudad de Hesse): academia y universidad de, 29.
- Glückstadt (ciudad fortificada de Dinamarca): construcción (1616), 95; defensa de, 262.
- Gnesio-luteranos: y la división del credo luterano, 28.
- «Göllersdorf», acuerdo de» entre Fernando II y Wallenstein (abril 1632), 181.
- «Golosinas sajonas» (1631), Lám. 12, 163.
- Gondomar, don Diego Sarmiento de Acuña, conde de, n. 1567; embajador de España en Inglaterra 1613-18 y 1620-22; m. 1626: diplomacia de, 47, 288.
- Gonzaga, duques de Mantua; v. Fernando; Francisco; Vicente II.
- Gonzaga, Fernando: n. 1587, hijo de Vicente I, duque de Mantua; sucede a su hermano mayor Francisco como duque en 1612; m. 1626:
- Conexiones familiares, 3.
- Y los Habsburgos, 54.
- Gonzaga, Francisco: n. 1586, hijo de Vicente I, duque de Mantua; sucede a su padre en 1612 y muere en el mismo año, 54.
- Goslar (ciudad de la baja Sajonia): se firma la paz entre el emperador y Brunswick (16 de enero de 1642), 220.
- Gradisca (ciudad del Austria interior): sitio de (1615-17), 53, 54, 55.
- Gran Bretaña; v. Inglaterra; Escocia.
- Gravelines (puerto en el sur de los Países Bajos): tomado por los franceses (1644), 223.
- Graz (capital del Austria interior): arsenal, 252; gobierno, 5; situación religiosa, 8.
- Gregorio XV (Alessandro Ludovisi), n. 1554; se le encomiendan misiones diplomáticas por los papas a partir de 1590; cardenal 1616; elegido papa en mayo de 1621; m. 1623; y el sacro imperio romano, 119.
- Grimmelshausen, Juan Jacobo Cristóbal, n. 1621: autor, soldado y recaudador de impuestos y dueño de un bar; m. 1676:
- Obras citadas, 16 s., 247, 259, 275.
- Opiniones sobre la guerra de los treinta años, 250, 361.
- Grotius, Hugo, n. 1583: Holanda; estudia derecho y sirve al partido de los estados; prisionero 1619-21; después, la mayor parte del tiempo en Francia; a partir de 1635, comisionado sueco; m. 1645: 193.
- Guericke, Otto von, inventor, 162.
- Guerra de los treinta años, consecuencia de, 281-296.
- Guerra de los treinta años, costes de: Lám. 23, 103, 161, 169, 197, 212-5, 241, 245, 253, 273-282, 290, 364 s.

- Guerra de los treinta años, desarrollo de:
- Antecedentes (1555-1618), 1-62.
 - «Fase bohemia» (1618-20), 64-80, 114-121.
 - «Fase danesa» (1624-9), 93-105.
 - «Fase francesa» (1635-48), 188-248.
 - «Fase holandesa» (1621-4), 80-93.
 - «Fase sueca» (1629-35), 145-188.
- Guerra de los treinta años, otros temas:
- Archivos, XIII.
 - Longevidad, 288-296.
 - Motivos, 63 s., 143-5, 254.
 - Participación, 202.
 - Periodización, XV, 201.
- Guerra, el arte de (en el s. XVII en Europa):
- Bibliografía, 363-5.
 - Técnicas aplicadas en el campo de batalla, 101, 164, 168, 170 s., 184, 229, 267, 268-271, 292.
 - Técnicas de asedio, 91, 129, 162, 270 s.
 - Uso de caballos, 260.
- Guerras navales en el s. XVII:
- En el Atlántico, 99, 138, 223.
 - En el Báltico, 15, 102, 137.
 - En el Mar del Norte, 223.
 - En el Mediterráneo, 53.
- Guerras turcas (1593-1606):
- Coste, 22.
 - Desarrollo, 9, 11.
 - En los 1600: 281, 284.
 - Fin, 11.
- Guillermo V, duque de Baviera, n. 1548; sucede a su padre Alberto V como duque 1579; abdica 1597; m. 1626:
- Conexiones familiares, 3, 70.
 - Relaciones con Maximiliano, 27.
 - Y la guerra de Colonia, 27.
- Guillermo V, landgrave de Hesse-Kassel, n. 1602; sucede como landgrave a su padre (Mauricio) 1627; se alía con Suecia a partir de 1631; m. 1637:
- Apoyo a Suecia (a partir de 1631), 161, 167, 174, 207, 212.
 - Conexiones familiares, 70.
 - Mandado al exilio (1635), 186.
 - Se pasa a la lealtad francesa (1634), 185.
 - Y los Habsburgos, 186.
- Gustavo Adolfo, n. 1594, hijo de Carlos IX de Suecia; sucede en la corona 1611 (gobierno personal a partir de 1614); campañas en el continente desde 1621; m. 1632:
- Guerras con Polonia (1630-2), 90, 96, 99, 129 s., 132, 157, 159, 160.
 - Política exterior general, 90, 157, 295.
 - Y Alemania: mapa 3; en la «fase danesa» de la guerra, 90, 96, 102; invasión de (1630-2), 148-153, 157, 160, 169 ss., 175; motivos para invadir Alemania, 157, 158, 163, 203 s., 238; en la «fase del Palatinado», 90.
 - Y Francia, 154, 159-162, 167.
 - Y Rusia, 161.
 - Y Suecia: muerte, 172, 190, 192, 203, 261.
 - Bibliografía, Lám. 9, Lám. 10, 349-352.
 - Conexiones familiares, 70, 71.
 - Gobierno, 91, 161, 175.
 - Métodos militares, 271.
 - Opiniones citadas, XVI, 129, 231.
 - Sucesión, 174.
- Gustavsburg (fortaleza sueca sobre el Meno), 175, 187.
- Güstrow (ciudad de Mecklenburg): presencia de Wallenstein, 125.
- Haan, Heiner (historiador alemán moderno): opiniones de, 280.
- Habsburgos (austriacos):
- Administración, XVIII.
 - Bibliografía, 336, 347.
 - Después de la guerra, 141, 284.
 - Dinastía, 2, 3, 52, 135, 244.
 - Finanzas públicas, 22 ss., 67, 76 s.
 - Poderes, 20, 112 s., 292.
 - Territorios, 2-14.
 - Y la guerra de los treinta años; v. Fernando II.
- Habsburgos (españoles):
- Dinastía, 3, 4, 135; v. también España.
- Hagenau (ciudad de Alsacia): fortificación, 16.
- Halberstadt (estado eclesiástico secularizado): administradores v. Cristian de Brunswick-Wolfenbüttel; asignado a Brandenburgo, 239.
- Hales, Alejandro de, capuchino: actividad diplomática, 87.
- Hamburgo (ciudad libre imperial):
- Conversaciones de paz (1637-9), 216 s.

- Conversaciones de paz (1641), 217, 220.
- Durante la guerra de los treinta años, 278.
- Fortificación, 17.
- Y Dinamarca, 95, 227.
- Hamilton, James, marqués y (desde 1643) duque de, n. 1606; del consejo privado de Escocia desde 1628; comandante militar en Alemania (1630-3) y durante las guerras de Carlos I (1638 y 1648); ejecutado en 1649:
- Campañas en Alemania, 255, 265.
- Hanau (ciudad de Renancia):
- Defensa, 16, 187.
- Ubicación, 16.
- Hanau (condado de): fronteras, 21.
- Hardegg, Julius, conde de, coronel del regimiento de guardia personal de Wallenstein: tropas, 264, 265.
- Harvey, doctor William, n. 1578; médico; m. 1657: en la embajada de Arundel a Alemania (1636), 216.
- Hatzfeld, Franz von, n. 1595; elegido obispo de Würzburg (1631) y Bamberg (1633); m. 1642:
- Bibliografía, 118 s.
- Huye ante los suecos, 165.
- Y la Liga católica, 118 s.
- Heidelberg (capital del Palatinado electoral):
- Defensa, 16, 84.
- En manos de los católicos (1622), 85.
- En manos de los protestantes (1633), 180.
- Lucha por su conquista (1633-4), 186.
- Heilbronn (ciudad libre imperial):
- Reunión protestante (1617), 48.
- Reunión protestante (1633), 176.
- Heilbronn, Liga de (1633-5):
- Colapso, 185, 192, 205.
- Creación Mapa, 4, 176.
- Y Francia, 185, 192.
- Se enfrenta a problemas, 176 s., 183 s.
- Herberstorff, Adam von, conde de, n. 1585, luterano; al servicio de los duques de Neuburgo; convertido al catolicismo y gobernador de Neuburgo 1616; en el ejército bávaro 1619-23; gobernador de la alta Austria al servicio del emperador y Baviera 1623-9; m. 1629: y la alta Austria, 120.
- Hesse-Darmstadt, landgravado de:
- Academia de Giessen, 29.
- Bibliografía, 353 s.
- Conquista Hesse-Marburg, 124.
- Y la guerra de los treinta años, 214, 266, 293; v. también Jorge II.
- Y Sajonia, 36, 39.
- Y Suecia, 167.
- Hesse-Kassel, landgravado de:
- Bibliografía, 353.
- Defensa, 15, 162, 186, 270.
- Organización política, 15, 293.
- Pierde Hesse-Marburg, 124.
- Población, 20.
- Política exterior, 81, 218, 291.
- Religión, 29.
- Se anexiona Hesse-Marburg, 15, 29.
- v. también Amalia; Mauricio; Guillermo V de Hesse-Kassel.
- Hesse-Marburg, landgravado de: anexionado por su vecinos (1604), 15, 29, 124.
- Hessisch-Oldendorf, batalla de (8 de julio de 1633): los suecos derrotan a los imperiales, 174.
- Hildesheim, obispado de: y el edicto de restitución, 129, 220.
- Höchst, batalla de (20 de junio de 1622): Tilly derrota a las fuerzas de Federico V, 85.
- Hoë von Hoënegg, Matías, n. 1580, Viena; se traslada a Sajonia como predicador de corte 1602; Predicador de corte principal desde 1612 a 1645: 30.
- En el coloquio de Leipzig, 151 s.
- Holanda, república de:
- Economía, 124, 243.
- E Inglaterra, 100.
- Gobierno, 77.
- Política exterior general, 2, 5, 231, 243.
- Problemas internos, 77.
- rebelión holandesa: evolución (hasta 1609), 2, 51; fin, 243; influencia, 8; véase también Tregua de los doce años.
- Y Dinamarca, 94, 99, 103.
- Y España, 2, 5, 53, 57, 92, 99, 124, 134, 138, 223, 243.
- Y Francia, 92, 99, 189, 223, 243.
- Y la guerra de los treinta años, 35, 43, 46, 73, 77, 88, 92, 124, 169, 177, 217, 223, 231, 243.

- Y la Unión protestante, 42.
Y Saboya, 57.
y Venecia, 54, 57.
- Holek (u Holk), Enrique, n. 1599, Dinamarca; comandante del ejército danés hasta 1629; se hace imperial tras la paz de Lübeck y sirve con Wallenstein hasta 1633: Fortuna, 258.
- Hollar, Wenceslao, n. 1607, Bohemia; artista y grabador; m. 1677: Registra la embajada de Arundel en Regensburg (1636), 212.
- Holstein, ducado de: Poder danés, 95, 227. Defensa, 271.
- Honigfelde (o Stuhm), pueblo de Prusia, batalla de (27 de junio de 1629): el ejército polaco-imperial derrota a los suecos, 159.
- Horn, Gustavo, n. 1592, Suecia; en el ejército sueco 1612-14 y después de 1621; miembro del consejo privado 1625; comandante del ejército a partir de 1628; cogido en Nördlingen y en prisión 1634-42; vuelve a puestos administrativos; m. 1657: Campañas, 178, 184, 274. Rechazado rescate, 267.
- Hospitales militares, 268.
- Howard, Thomas, conde de Arundel; v. Arundel.
- Hroby (ciudad de Bohemia): problemas religiosos (1617-18), 58.
- Hugonotes (protestantes franceses): Apoyo a Federico V (1621), 84. Apoyo a Saboya y Venecia (1615-17), 54. Rebeliones, 86, 98, 134, 137, 140, 147.
- Hulst (ciudad del sur de los Países Bajos): tomada por los holandeses (1645), 223.
- Hungría, reino de: Bibliografía, 348. Defensa, 246. Fernando II preelegido rey, 55, 113. Gobierno, 6-13, 113. Religión, 9-13, 113, 284. Y la rebelión bohemia, 68.
- Husitas (grupo religioso bohemio), 5, 10.
- Imperio otomano: Guerras, 10 s., 76, 101, 186, 230, 281, 284.
- Política exterior, 2, 73, 76, 101.
Y los protestantes, 5, 7.
- Impuestos durante la guerra de los treinta años: En Dinamarca, 103. En el imperio, 7, 22, 216, 278, 291. En Francia, 223.
- Indelningsverk* (sistema de leva sueco y finlandés), 253.
- Indias orientales, compañía de: (holandesa, fundada en 1602), 57, 243.
- Inglatera, reino de: Bibliografía, 345, 362. Guerra civil (1642-9), 217, 224. Problemas internos, 287. Y Dinamarca, 98, 103, 217, 264. Y España, 82 s., 85, 89, 98 s., 133, 140, 155. Y Francia, 92, 98, 136, 137, 140, 217. Y la guerra de los treinta años, XII, 36, 50, 64, 78, 82, 85, 89, 96, 98, 103, 145, 158, 172, 212 s., 217, 256, 259 s.
- Ingolstadt (ciudad universitaria bávara): fortificación, 16.
- Isabel de Austria, n. 1566, hija de Felipe II de España; casada con el archiduque Alberto 1599; co-gobierna con su marido en los Países Bajos del sur 1621-33; m. 1633. Asume el gobierno de los Países Bajos del sur (1621), 82. Matrimonio, 2, 3; v. también Países Bajos del sur. Y Alemania, 85, 122, 124, 133. Y los holandeses, 138 s.
- Isabel del Palatinado, electora de Brandenburgo: matrimonio (1616), 45.
- Isabel Estuardo, n. 1596, Falkland, hija de James VI de Escocia y Ana de Dinamarca; reina de Bohemia desde 1613; en el exilio desde 1621; m. 1662: matrimonio, 38, 43; y la «causa protestante», 255 s.
- Italia durante la guerra de los treinta años: Cede a España la Liguria final (1619), 55. Cede a España Piombino (1617), 55. Presencia del ejército imperial (1629-31), 140. v. también Nápoles; Mantua. Y Austria, 52-6, 119, 147.

- Y España, 53, 55, 86, 135-142, 168-170.
Y Francia, 53, 86, 140, 147, 194.
Y la Unión protestante, 53, 55.
Y los Habsburgos; v. Papado.
- «Itio in partes» (principio consagrado en la conferencia de paz de Westfalia), 237, 284.
- Jägerndorf, Juan Jorge, margrave de v. Juan Jorge de Jägerndorf.
- James VI y I, n. 1566; rey de Escocia (desde 1567), Inglaterra e Irlanda (desde 1603); m. 1625;
Bibliografía, 345.
Conexiones familiares, 71.
Muerte (7 de abril de 1625), 97.
Y Alemania, 36, 38, 39, 47, 49, 60, 78, 82, 85, 89, 96, 99, 103, 288.
Y Dinamarca, 96, 99, 103.
Y España, 82, 85, 103.
Y Federico V, 38, 39, 48, 49, 78, 82, 85, 89, 96, 288.
- Jena (ciudad de Sajonia Weimar), universidad de: y su relación con la revuelta bohemia, 60.
- Jesuitas (Compañía de Jesús):
Capellanes del ejército, 268.
v. también Contzen; Lamormaini; Laymann.
Y Austria, 9, 12, 51, 111.
Y Fernando II, 52, 182.
Y Alemania, 9, 116, 123, 215.
Y Maximiliano de Baviera, 52, 156.
- Joaquín Ernesto de Hohenzollern, margrave de Ansbach-Bayreuth, n. 1583, hijo del elector Juan Jorge de Brandenburgo y hermano de Cristian de Brandenburgo-Kulmbach; entra en la Unión protestante en 1608 y manda su ejército 1609-21; m. 1625: 37, 38, 40, 45, 48, 50, 79, 81.
- Jorge II, landgrave de Hesse-Darmstadt, n. 1605; sucede a su padre (Luis V) 1626; en el exilio 1634-5; m. 1661:
Acuerdo con los Habsburgos, 150, 178, 184, 186, 292.
Bibliografía, 353.
Carrera, 292.
Conquista Hesse-Marburgo (1627), 124.
Y Hesse-Kassel, 124, 187, 292.
- Y Sajonia, 178, 184, 186, 292.
Y Suecia, 166, 178.
- Jorge, duque de Brunswick-Lüneburg, n. 1583; en las guerras de los Países Bajos 1604-9; en los ejércitos danés (1614-26) e imperial (1626-30); luchó a favor de Suecia (1630-5 y 1639-41), m. 1641.
Muerte, 219.
Y la paz, 218 s.
Y Suecia, 160, 174, 212.
- Jorge Federico, margrave de Baden Durlach, n. 1573; sucede como margrave a su hermano mayor; abdica en 1622 durante la guerra del Palatinado; se une a los ejércitos danés y sueco, 1627-34; se retira de la vida pública después de Nördlingen; m. 1638.
Y la guerra de los treinta años, 81, 84, 286.
Y la Unión protestante, 37, 40, 47, 79.
- Jorge Guillermo de Hohenzollern, n. 1595, hijo de Juan Segismundo, elector de Brandenburgo; gobierna territorios de Renania 1614-17; sucede como elector 1620; m. 1640:
Conexiones familiares, 70, 71.
Consejeros, 149, 150, 178.
Matrimonio (1616), 45.
Muerte, 219.
Y los Habsburgos, 145, 149-153, 166, 179, 187, 219.
Y Pomerania, 178, 184, 205, 211.
Y revuelta bohemia, 5, 81.
Y Sajonia, 149-153, 178.
Y Suecia, 149-153, 165, 179, 184, 211, 212, 218.
- José (padre; François Leclerc du Tremblay), n. 1577; entra en la orden capuchina 1599; antiguo mentor del cardenal Richelieu y luego estrecho colaborador del mismo, responsable de numerosas misiones de confianza ante gobernantes extranjeros; m. 1638:
en Regensburg (1630), 147, 154.
- Juan II, duque de Pfalz-Zweibrücken; sucede como duque a su padre en 1604; en el exilio 1621; m. en Metz en 1635.
Conexiones familiares, 70.
Y el Palatinado, 42.

- Juan VI, conde de Nassau-Dilleburg, n. 1536, hermano menor de Guillermo de Orange; sucede como conde en 1559; m. 1606: Convertido al calvinismo, 29.
Y el Palatinado, 35.
- Juan VII, conde de Nassau, n. 1561, hijo de Juan VI; sucede a su padre cuando Siegen se divide de Nassau 1606; m. 1623: Funda la academia militar de Siegen, 270.
Y las reformas militares, 270 s.
- Juan Alberto, conde de Solm-Braunfels desde 1592; funcionario principal del Palatinado desde 1602; huye a Holanda en 1623 y aquí muere:
Y el Palatinado, 35.
- Juan Casimiro del Palatinado, n. 1543, hijo menor del elector Federico III; administrador del Palatinado durante la minoría de edad de Federico IV desde 1583 hasta su muerte en 1592: política exterior, 33.
- Juan Casimiro, duque de Pfalz-Zweibrücken-Kleeberg, hermano de Juan II de Zweibrücken; reside la mayor parte del tiempo en Suecia; m. 1652:
Conexiones familiares, 70.
Y la política exterior sueca, 90.
- Juan Ernesto, conde de Nassau-Siegen, hijo menor de Juan VI de Nassau: en la guerra de los *uzkoks* (1615-17), 54.
- Juan Ernesto, duque de Sajonia-Weimar, n. 1584; comandante militar para Federico V (1620-5) y Cristian IV (a partir de 1625); m. 1626: en la guerra de los treinta años: 81, 122, 126, 160.
- Juan Guillermo de Cleveris, n. 1562, segundo hijo de Guillermo, duque de Cleveris-Jülich y Berg, conde de Ravensburg y Mark, al que sucede en 1592; m. 1609:
Muerte, 35, 38.
Sucesión, 38.
- Juan Jorge, elector de Sajonia, n. 1585, hijo menor del elector Cristian I; sucedió como elector a su hermano Cristian II en 1611; m. 1656:
Gustos personales, 16, 131, 295.
Opiniones religiosas, 295.
- Se anexiona Lusacia, 78.
Y Bohemia, 60, 69, 78, 208.
Y Brandeburgo, 149-153, 178.
Y conversaciones de paz, 230, 236, 293.
Y Federico V, 81, 122.
Y Francia, 205.
Y la «causa protestante», 45, 78, 122.
Y los Habsburgos, 55, 73, 78, 122, 144, 149-153, 164, 178, 184, 186, 230, 294.
Y Suecia, 149-153, 164, 165, 178, 184, 186, 206, 220, 230.
- Juan Jorge, margrave de Jägerndorf, n. 1577, hijo del elector Joaquín Federico de Brandeburgo; administrador de la diócesis de Estrasburgo 1592; margrave 1607; comandante militar al servicio de los estados Bohemios 1618; se une a Bethlen Gabor 1621; m. 1624:
Conexiones familiares, 71.
Ejército, 85.
- Juan Segismundo de Hohenzollern, elector de Brandeburgo, n. 1572; regente de Prusia (1594-1608); sucede a su padre (Joaquín Federico) como elector 1608; m. 1619:
Conexiones familiares, 71, 78.
Conversión al calvinismo, 44.
Política religiosa, 29.
Y Bohemia, 60, 78.
Y la crisis de Cleveris-Jülich, 36, 38, 40, 42, 45, 47, 48.
Y la Unión protestante, 36, 38, 39, 47, 48.
- Jubileo luterano (1617), 30.
- Jülich (ciudad de Renania):
Crisis (1614), 46.
Sitio (1609-10), 38.
Tomada por Espinola (1621), 84.
- Jülich, ducado de:
Durante la guerra de los treinta años, 84, 217.
Religión, 35.
Problema sucesorio; v. Cleveris-Jülich, guerra de.
- Jutlandia (centro del reino danés):
Ocupada por los imperiales (1627-9), 102.
Ocupada por los suecos (1644-5), 227.

- Kardis, tratado de, firmado por rusos y suecos (1661), 286.
- Kempten, abadía de (Baviera): su abad entra en la Liga católica (1609), 41.
- Kepler, Juan, n. 1571; matemático y astrónomo; profesor en Graz 1593-8; astrónomo en Praga (1600-12) y en Linz (1612-26); m. 1630: 8.
- Khevenhüller, Franz Christoph, conde, n. 1588; diplomático austríaco (especialmente activo en España) a partir de 1616 y consejero de Fernando II; biógrafo del emperador; m. 1650: 110.
- Khlesl, Melchor, n. 1553; prelado católico; funcionario del obispo de Passau 1581; obispo de Viena 1602; cardenal 1615; m. 1630:
Carrera inicial, 8, 51.
Carrera posterior, 111.
Y la Liga católica, 45, 46.
Y Matias, 51.
- Klostergraba (ciudad de Bohemia) v. Hroby.
- Knöringen, Heinrich von, n. 1570; obispo de Augsburgo a partir de 1599; m. 1646: y el edicto de restitución, 129.
- Königsberg (capital de Prusia):
Capital electoral (1636-44), 212, 219.
Comercio, 159.
Tratado de (1627), 149.
- Königsmarek, Hans Christoff, conde de, n. 1605, Brandenburgo; sirve en el ejército imperial 1620-30; comandante del ejército sueco después de 1631; gobernador de Bremen-Verden 1645-53; m. 1663.
Dirige el ejército sueco, 227.
Fortuna personal, 258.
- Kötzensbroda (ciudad de Sajonia): suecos y sajones firman en ella un alto el fuego en 1645: 230.
- Kreise; v. Círculos.
- Krems (ciudad de la alta Austria): durante la guerra de los treinta años, 229, 241.
- Kronach (ciudad de Franconia), sitio de (1632), 260.
- Kronberg, Johan Schweikart von, n. 1533; clérigo en Maguncia desde 1576; elector de Maguncia (1604-26); pensionado de Francia a partir de 1590 y de España desde 1611; m. 1626:
Y la contrarreforma, 118.
Y la Liga católica, 42, 46.
- Kulmbach; v. Brandenburgo-Kulmbach; Cristian, margrave de Brandenburgo-Kulmbach.
- Kurfürstentage; v. Reuniones de electores.
- Ladislao IV Vasa, nacido 1595; sucede como rey de Polonia a su padre Segismundo III 1632; m. 1648: y la sucesión imperial (1636), 211.
- La Force, Jacques Nompar, duque de, n. 1558; noble hugonote (escapado de la masacre de San Bartolomé) y compañero de Enrique IV; dirige a los rebeldes hugonotes en contra de Luis XIII 1619-21; perdonado, manda los ejércitos franceses en Italia y Alemania 1630-38; m. 1652: 192.
- La Haya (capital administrativa de la república de Holanda): convención (9 de diciembre de 1625), 97, 100.
- Laimbauer, Martin, dirigente de la revuelta de los campesinos austríaca (1635-6); ejecutado en 1636: 213.
- Lamormaini, Guillermo, SJ, n. 1570, Luxemburgo; entra en la orden de los jesuitas 1590; profesor y (desde 1614) rector de la universidad de Graz (1600-21); rector de la universidad de Viena (desde 1623); confesor de Fernando II (1624-37); m. 1648:
Carrera inicial, 110.
Opiniones citadas, 9, 121, 146.
Y Fernando II, 52, 110, 121, 141, 183, 187, 188, 296.
- Landsberg, Liga de, 41.
- Langer, Herbert (historiador moderno de la Alemania del Este): ideas, XIX.
- Languedoc (provincia francesa): invasión española (1637), 198.
- La Rochelle (puerto marítimo francés): sitio (1627-8), 99, 108, 137, 140.
- Laud, Williams, n. 1573; prelado inglés, obispo de Londres (1628-33); arzobispo de Canterbury (1633-45); canciller de la universidad de Oxford desde 1629; m. 1645: y la Bodleian Library, 214.
- La Valette, Louis de Nogaret, cardenal de, n. 1593, hijo del duque de Épernon; cardenal (1621); abandona la iglesia para dirigir

- el ejército francés en 1628; comandante principal a partir de 1635; m. 1639: En Alemania, 192, 197.
- Lavater, Hans Conrad, escritor militar de Zúrich, 251.
- La Vieuville, Charles, marqués y duque de; capitán de la guardia de corps real de Francia a partir de 1616; ministro de finanzas 1623-4; primer ministro 1624; arrestado y exiliado durante el mandato de Richelieu; de nuevo ministro de finanzas 1651-3; m. 1653: su mandato como primer ministro, 92.
- Laymann, Paul, SJ, n. 1574; entra en la Compañía de Jesús (1594); profesor en la universidad de Dillingen (1625-32); autor de *Pacis Compositio* (1629); m. 1635: 129.
- Leipzig Bund (Unión de Leipzig) 1631: 153, 164.
- Leipzig (ciudad de Sajonia) durante la guerra de los treinta años, 164, 171, 172, 212, 214, 221, 277.
- Leipzig, coloquio de (1631), Lám. 8, 153, 163, 165.
- Leipzig, manifiesto de (12 de abril de 1631), 153.
- Leitmeritz (ciudad de Bohemia) donde los sajones y los imperiales mantienen conversaciones (1634), 184, 186.
- Lengua y literatura alemanas en el siglo XVII: XVII, 61, 255, 294.
- Lens (ciudad de los Países Bajos del sur), batalla de (20 de agosto de 1648): 244.
- Leopoldo de Austria, n. 1586, hermano menor de Fernando II; obispo de Passau (1605) y Estrasburgo (1607); archiduque del Austria adicional a partir de 1629; dispensado de los votos clericales (1626); m. 1632: Carrera inicial, 14, 73, 112.
Y el Austria adicional, 112.
Y la sucesión en Cleveris-Jülich, 39, 40, 41.
- Leopoldo Guillermo de Austria, n. 1614, hijo menor de Fernando II; obispo de Passau y Estrasburgo a partir de 1516; arzobispo de Magdeburgo 1629-35; comandante en jefe del ejército imperial 1639-42; capitán general de los Países Bajos del sur 1647-56; m. 1662: 221, 244.
- Lerma, Francisco Gómez de Sandoval y Rojas, duque de, n. 1553; favorito de Felipe III de España y primer ministro (1598-1618); cardenal en 1618 y cae del poder; m. 1625:
Gobierno, 66.
Política exterior, 66.
- Leslie, familia (escoceses de Aberdeenshire) en la guerra de los treinta años, 255.
- Le Tellier, Michel, n. 1603; ministro de la guerra de Francia 1643-77; canceller de Francia; m. 1685: opiniones citadas, 251, 259.
- Letonia (provincia báltica): arrebatada por los suecos a Polonia, 159.
- Leuchselring, Johann, magistrado de Augsburgo y representante en la conferencia de paz de Wesfalia, 236, 245.
- Leva militar durante la guerra de los treinta años, 253.
- Libros, venta de, en Alemania, 213.
- Liderazgo político durante la guerra de los treinta años, 290-6.
- Liechtenstein, Carlos, príncipe de, n. 1569, Austria; servicio militar y en la corte del emperador Matías; gobernador de Bohemia (1621-7); m. 1627:
Convertido al catolicismo, 8.
Gobierna Bohemia, 114.
- Liga católica.
Archivos, 340.
Ejército; v. Ejército bávaro.
Evolución, 40, 45, 67, 150, 153-6.
Frente a Suecia, 167 s.
Y la guerra danesa, 122, 130-2.
Y la guerra del Palatinado, 122, 117.
Y la rebelión bohemía, 74, 80, 116-9.
- Liga hanseática de ciudades del norte de Alemania:
Y los Habsburgos, 103, 124.
Y Suecia, 103, 129.
- Ligas Grises (gobernantes de la Suiza sur-oriental), 56, 86, 92.
- Liguria final (territorio imperial en Italia): cedida a España en 1619: 55.
- Lindau (ciudad libre imperial) y el edicto de restitución (1629), 128.
- Linden (pueblo de Franconia) durante la guerra de los treinta años, 273 s.

- Linz (capital de la alta Austria):
 Durante la guerra de los treinta años, 120, 213.
 Encuentro de los archiduques (1605), 11. Matías en, 51.
- Lippe (río), bloqueo de (1625-9), 123.
- Lobkovic, Polixena, heredera de la familia Pernstein y esposa del canciller de Bohemia: citada, 58.
- Lobkovic, Zdenek Bojtech, n. 1568; funcionario de Rodolfo II; canciller de Bohemia desde 1599; m. 1628: 58.
- Lodron, Paris, conde de, n. 1586; canónigo de Salzburgo desde 1606 y arzobispo desde 1619; m. 1653; y la Liga católica, 46.
- Loefenius, Michael, n. 1546, Trier; consejero palatino 1576-1612; m. 1620: 39.
- Lombardía, estado español de:
 Devastación, 169.
 Y la segunda guerra de Mantua (1616-17), 55.
 Y la tercera guerra de Mantua (1628-31), 137-142.
- Lorena, ducado de:
 Y Francia, 147, 173, 190, 211, 240, 281.
 Fronteras, 21; v. también Carlos IV.
- Lübeck (ciudad hanseática), tratado de (1629), 103, 104.
- Luçon, obispo de; v. Richelieu, cardenal.
- Luis XIII, rey de Francia, nace 1601, hijo de Enrique IV; sucede a su padre en la corona en 1610; gobierno personal a partir de 1617; m. 1643:
 E Inglaterra, 217.
 E Italia, 54, 85, 140, 147, 190, 195.
 Gobierno, 147, 221, 224.
 Muerte, 224.
 Problemas internos, 85, 99, 147, 224.
 Relaciones con Richelieu, 149, 189.
 Y Alemania, Lám. 16, 49, 78, 85, 91, 147, 155, 161, 185, 190-9, 288.
 Y Baviera, 153-6, 222.
 Y España, Lám. 16, 136 s., 140, 147, 188-192.
 Y Lorena, 147, 189, 211.
 Y los Países Bajos, 91, 99, 169, 193 s.
 Y Suecia, 155, 159-162, 176, 193, 205-210, 217.
 Y Valtellina, 85, 147.
- Luis XIV, rey de Francia, n. 1638, hijo de Luis XIII; sucede a su padre en 1643; gobierno personal a partir de 1661; m. 1715:
 Gobierno durante su minoría de edad, 225, 241.
 Guerras, 281, 286, 290.
- Luisa-Juliana de Nassau, hija de Guillermo de Orange, electora del Palatinado, casada con Federico IV (1593), 35.
- Lusacia (ducados habsburgos de):
 Conquistado por los sajones, 68, 79, 186.
 Gobierno, 5, 13.
 Y la revuelta bohemia, 68, 79.
- Luteranismo:
 En Austria, 7, 8, 13, 229 s., 242.
 Divisiones, 28, 34.
 En Alemania, 24-33, 116, 122, 149-152, 161, 167, 188, 225, 236, 255, 294; v. también Protestantismo.
- Lutter-am-Baremburg (pueblo de Brunswick), batalla de, donde los imperiales derrotan a los daneses (26 de agosto de 1626), 100.
- Lützen (ciudad de Sajonia), batalla de (17 de noviembre de 1632), donde los imperiales son derrotados por los suecos: Lám. 22, 171, 172, 261, 263, 267.
- Lyon (segunda ciudad de Francia): lugar donde firman su Liga Francia, Saboya y Venecia el 7 de febrero de 1623: 86, 89, 92.
- Maastricht (ciudad de los Países Bajos): sitio (1632), 169.
- Mackay, regimiento escocés de la guerra de los treinta años (1627-32), 255, 264, 265.
- Madrid (capital de España): se firma la paz anglo-española (15 de noviembre de 1630), 140, 155.
- Magdeburgo (territorio eclesiástico alemán):
 Causa de problemas (1626-30), 122, 126, 131, 146.
 Saqueo (1631), 163, 264.
 Sitio (1630-1), 162, 163.
 Y Brandenburgo, 239.
 Y Sajonia, 186.
- Magno, Valeriano, capuchino: actividad diplomática, 87.
- Maguncia, electorado de:
 Bibliografía, 351.

- Biblioteca, 214.
 Devastación, 213, 214.
 «Estado sueco» (1632-6), 175, 214.
 Lugar de negociación de alto el fuego (1621), 84; (1647), 239.
 Ocupación sueca, 165.
- Maguncia, electores de: archicancilleres imperiales, 112; v. también Kronberg, Johan Schweikart von; Wambold, Anselm Casimir von.
- Majestätsbrief*; v. Carta de majestad.
- Malmö (ciudad de Dinamarca): defensas, 93.
- Mannheim («ciudad nueva» fortificada del Palatinado renano):
 Conquistada por los católicos, 85.
 Defensa, 16, 84.
- Mansfeld, Ernesto, conde de: n. 1580, Luxemburgo; en los ejércitos de los Habsburgos (1594-1610), la Unión protestante (1610-17), Saboya (1617-18) y Federico V (1618-22); empresario militar de la causa protestante (1622-6); m. 1626:
 Bibliografía, 344.
 Métodos militares, 257.
 Y la guerra danesa, 89, 97, 99, 100, 104, 120.
 Y la guerra del Palatinado, 84, 88.
 Y la rebelión bohemía, 67, 80.
 Y Saboya, 54, 67.
- Mantua, duques de: y los Habsburgos, 3, 54, 137-142; v. también Fernando; Francisco; Nevers; Vicente.
- Mantua, guerras de:
 Bibliografía, 349.
 Primera (1613-15), 54, 66, 67.
 Segunda (1616-17), 54, 66, 67.
 Tercera (1628-31), 137-142, 147, 161, 164, 169, 189.
- Mapas: su uso en la Europa de la primera edad moderna, 12, 134, 165.
- Marburg; v. Hesse-Marburg.
- María de Austria, n. 1607, hija de Felipe III de España; m. 1646:
 Matrimonio con Fernando III (1631), 135.
 Pretendida por Carlos Estuardo (1621-3), 83.
- Matías de Austria, n. 1557, hijo menor del emperador Maximiliano II; archiduque; gobernador de la alta Austria a partir de 1593; rey de Hungría (desde 1608) y de Bohemia (desde 1611); emperador sacro-romano (1612-19); m. marzo 1619:
 Carrera inicial, 51.
 Conexiones familiares, 3.
 Finanzas públicas, 23.
 Gobierno, 45, 46.
 Se opone a Rodolfo II, 11-14, 45.
 Sucesión, 45, 49, 55.
 Y la Liga católica, 46.
 Y la revuelta de Bohemia (1618-19), 65.
- Mauricio, conde de Nassau, n. 1567, hijo menor de Guillermo de Orange; capitán general de la república de Holanda a partir de 1588; príncipe de Orange desde 1618; m. 1625:
 Apoya a Federico V, 82, 83.
 Muerte (23 abril 1625), 97.
 Reformas militares, 268-272.
 Y la Unión protestante, 35, 46, 77.
- Mauricio, landgrave de Hesse-Kassel, n. 1572; sucede como landgrave a su padre en 1592; se anexiona Hesse-Marburg 1604-23; abdica 1627; m. 1632:
 Conexiones familiares, 70.
 Cultura, 15, 124.
 Invade Hesse-Marburg, 15, 29, 124.
 Milicia, 15.
 Opiniones, 15.
 Pierde Hesse-Marburg y abdica, 124.
 Se convierte al calvinismo, 29.
 Y Federico V, 81.
 Y la crisis de Cléveris-Jülich, 39, 40, 42.
- Maximiliano I, duque y más tarde elector de Baviera, n. 1573, hijo del duque Guillermo V; sucede como duque a su padre 1597; elector en 1623; m. 1651.
 Política alemana:
 Ocupa Donauwörth (1607), 31.
 Ocupa el alto Palatinado, 84, 118.
 Y conversaciones de paz, 222, 236, 241.
 Y el edicto de restitución (1629), 127, 146.
 Y el traspaso del título electoral, 86, 88, 92, 153-6, 234.
 Y la Liga católica, 41, 46, 67, 73.
 Y los emperadores, 49, 86, 116-9, 122, 146, 153-6, 210.

- Política exterior:
- E Inglaterra, 155.
 - Y España, 67, 73, 136.
 - Y Francia, 92, 153-5, 192, 210, 221.
 - Y la guerra danesa, 97, 100, 122.
 - Y la revuelta bohemia, 73, 78.
 - Y Suecia, 168, 171, 241.
- Política interior:
- Bibliografía, 340.
 - Colecciones de arte, 168, 267.
 - Conexiones familiares, Lám. 3, 3.
 - Finanzas, 15, 24, 95, 118 s.
 - Medidas defensivas, 16, 31.
- Maximiliano II de Austria, n. 1527, hijo mayor del emperador Fernando I; regente de España 1548-51; rey de Bohemia (a partir de 1548) y de Hungría (desde 1563); emperador del Sacro Imperio desde 1564; m. 1576:
- Política religiosa, 6.
 - Territorios, 5.
- Maximiliano de Austria, n. 1558, hijo menor del emperador Maximiliano II; archiduque de Tirol desde 1602; gran maestro de la orden alemana; m. 1618:
- Conexiones familiares, 3.
 - Y la Liga católica, 46.
- Mazarin, Jules (Giulio Mazarini), n. 1602; cardenal desde 1642; nuncio en la corte de Francia 1634-6 y luego consejero y (desde 1642) primer ministro de la corona francesa; exilado durante el Fronde; m. 1661:
- Carrera inicial, 224.
 - Política exterior, 201, 224, 232, 235, 241, 244, 285, 295.
 - Política interior, 241.
- Mecklenburg, ducado de:
- Apoyo a Suecia (después de 1630), 160, 176.
 - Concedido a Wallenstein (1627-8), 102, 125, 122, 143, 158.
 - Devastación, 215, 277.
 - Ocupación sueca, 208.
- Medici, María de, n. 1573, hija del Gran duque Francisco de Toscana; casada con Enrique IV de Francia 1600; regente de Francia 1610-17; se opone a su hijo Luis XIII (1619-22; 1630-1); en el exilio a partir de 1631; m. 1642:
- Rebelión (1620), 86.
 - Y Alemania, 47.
- Melanchtonianos (seguidores luteranos de las doctrinas de Philip Melancthon, 1497-1560): su relación con la división de los luteranos en el siglo XVII: 28.
- Memel (ciudad de Prusia):
- Defensa, 15.
 - Devastación (1630-1), 162.
- Mercy, Franz von, n. 1590, Longwy; entra en el ejército bávaro en los 1620; comandante desde 1640; muerto en 1645: dirige el ejército bávaro, 228.
- Mergentheim (ciudad de Suabia):
- Batalla donde los bávaros derrotan a los franceses (también conocida como de Herbsthause, 15 de mayo de 1645), 229.
 - Reunión de la Liga católica (1629), 132.
- Mespelbrunn; v. Echter von Mespelbrunn, Julius.
- Milán, Estado de; v. Lombardía.
- Moneda, fluctuaciones en el s. XVII, 115, 120, 139.
- Monro, Robert, n. en torno a 1590; sirve con tropas escocesas en Alemania 1627-33; comandante de las fuerzas aliadas en Escocia (1637-40), Ulster (1641-4) y de nuevo Escocia (1644-7); m. 1680:
- Bibliografía, 362.
 - Historia militar, 255, 263, 264, 267.
- Montaña blanca (a las afueras de Praga), batalla de (8 de noviembre de 1620): el ejército imperial derrotó a los bohemios, 80, 108.
- Montecuccoli, Raimondo, n. 1609, Módena; lucha en el ejército imperial a partir de 1625; hecho prisionero por los suecos 1639-42; en el servicio diplomático imperial 1648-57; comandante del ejército imperial a partir de 1657; m. 1680: 247.
- Monferrato, marquesado de:
- Guerras, 54, 137-142, 190.
 - Y Saboya, 54, 86.
- Montmorency, Charlotte-Margaritte de, n. 1594; casada con Enrique II, príncipe de Condé (1609); huye a Bruselas para librarse de Enrique IV; m. 1651: 40.

- Monzón (ciudad de Aragón), paz de, firmada entre españoles y franceses el 5 de mayo de 1626: 99, 148.
- Moravia, margravado de:
 Durante la guerra de los treinta años, 108, 221.
 Gobierno, 5, 108.
 Invasión (1605), 11.
 Relaciones exteriores, 60.
 Y la revuelta bohemia, 68, 80, 108.
- Morgan, Sir Charles, coronel de la fuerza expedicionaria inglesa en Alemania (1627-9), 261, 264.
- Morison, Fynes, n. 1566; viaja por Europa y el Próximo Oriente 1591-8; muere 1629: viajes, 18.
- Moscherosch, Hans Michael, n. 1601; autor alemán, miembro de la *Fruchtbringende Gesellschaft* desde 1645; m. 1669: visión de la guerra 249, 255.
- Moscú; v. Rusia.
- Motines en los ejércitos durante la guerra de los treinta años:
 En 1648-9: 245.
 En el ejército francés (1638), 264; (1648), 245.
 En el ejército imperial, 130.
 En el ejército sueco (1633), 176; (1635), 205 s.; (1641), 209, 263.
- Moyenvic (fortaleza de Lorena) ocupada por los imperiales en 1630: 191.
- Mühleberg (ciudad de Sajonia), batalla de (24 de abril de 1547): Carlos V derrota a los protestantes alemanes, 80.
- Mühlhausen (ciudad libre imperial de Turingia), reunión electoral de (1627), 78, 127, 131.
- Mühlhausen, garantía de, concedida por el emperador a los príncipes luteranos alemanes (20 de marzo de 1620), 78.
- Múnich (capital de Baviera):
 Fortificación, 16.
 Tomada por los suecos, 168.
- Múnich, tratado de (8 de octubre de 1619) entre el emperador y Baviera, 73.
- Múnich, tratado de (1609), 41.
- Münster (ciudad imperial libre):
 Conversaciones de paz (1643-8), 225, 230-3, 234, 240, 243.
- Durante la guerra de los treinta años, 261, 290.
- Murrhart; v. Adami von Murrhart.
- Nancy (capital de Lorena): ocupación francesa (1633), 173, 190.
- Nápoles (reino español en Italia):
 Revueltas contra Felipe IV (1647-8), 242.
 Y la guerra de los uzkoks, 53.
- Nassau, condado de:
 Durante la guerra de los treinta años, 214.
 Gobierno, 19.
 Religión, 118.
 v. también Juan VII; Juan VI; Juan Ernesto; Mauricio, condes de Nassau.
- Neuburgo (Pfalz-Neuburg), ducado de:
 Defensa, 251.
 Dimensión, 20; v. también Felipe Luis; Wolfgang Guillermo.
 Durante la guerra de los treinta años, 290.
- Neutralidad en Alemania durante la guerra de los treinta años:
 En la década de 1620: 81.
 En la década de 1630: 160, 167, 218.
 En la década de 1640; v. Paz.
- Nevers, Carlos de Gonzaga, duque de, n. 1580; educado por los jesuitas; sucede como duque en 1595; comandante del ejército en Francia (1595-1600), Hungría (1602) y Alemania (1621-2); misiones diplomáticas especiales para Francia; organiza una cruzada a Tierra Santa cuando queda vacante la herencia de Mantua (1627); funda una nueva línea ducal en Mantua; m. 1637: Pretensiones sobre Mantua, 137, 190.
 Reconocimiento de sus pretensiones (1631), 141, 147.
- Nikolsburg (ciudad de Hungría), paz de, entre Austria y Transilvania (enero de 1622), 84.
- Nördlingen (ciudad libre imperial):
 Economía, 116, 290.
 Sitiada (1634), 184.
 Suecia y los protestantes derrotados por los Habsburgos en la batalla de (6 de septiembre de 1634), 184 ss., 191, 205, 206, 214, 222.

- Nuevos relatos sobre la guerra: XV, 143, 156, 162, 167; v. también Propaganda.
- Nuremberg (ciudad libre imperial):
 Acuerdo de desmovilización (1648-50), Lám. 20, Lám. 21, 246.
 Durante la guerra de los treinta años, 171, 176, 214, 251, 278.
 Reunión de electores (1640), 217, 221.
 Y la revuelta bohemia, 60.
 Y la Unión protestante, 44.
- Oder, río: la guerra en: 162, 170, 266.
- Oettingen (Suabia), condes de: entran en la Unión protestante (1608), 38, 44.
- Oldenbarnevelt, Johan van, n. 1547; abogado de los estados de Holanda a partir de 1586 y, en cuanto tal, líder virtual de los estados generales; arrestado en 1618; ejecutado en 1619: 1, 77, 94.
- Oliva (monasterio cercano a Danzig), paz de (entre Suecia y Polonia, 3 de mayo de 1660), 286.
- Olivares, Don Gaspar de Guzmán, conde de, y (a partir de 1625) duque de Sanlúcar; n. 1585; entra al servicio de Felipe IV en 1614; primer ministro (1621 y 1622 hasta enero de 1643); m. 1645:
 Caída, 223.
 Política alemana, 86, 134, 135, 137, 140, 189, 223, 295.
 Política con los Países Bajos, 135, 223.
 Política francesa, 136, 140-2, 223.
 Política interior, 140.
 Política italiana, 134, 139-142.
 Primer ministro, 86.
 Opiniones citadas, 184.
 Oposición, 139, 223.
- Olomouc (Olmütz: capital de Moravia) durante la guerra de los treinta años, 221.
- Oñate, Don Íñigo Vélez de Guevara, conde de; embajador español en Viena (1617-25); consejero de Felipe IV (hasta la década de 1640):
 Y la Liga católica, 73-76.
 Y la revuelta de Bohemia, 65, 73-76, 296.
 Y la sucesión de Fernando II, 56.
 Su parecer de última hora, 223.
- «Oñate, tratado de», entre España y el archiduque Fernando (marzo 1617), 56, 73 s., 87.
- Orange, príncipes de; v. Federico Enrique; Mauricio de Nassau.
- Ordre de la Palme d'Or* (sociedad literaria alemana fundada en 1617), 61.
- Orleans, Gastón, duque de, n. 1608, hermano de Luis XIII y (hasta 1638) presunto heredero suyo al trono francés; casado con Margarita de Lorena; constante conspirador contra el gobierno; m. 1660: se opone a Luis XIII, 188, 190.
- Osman II, sultán otomano (1618-22), y la revuelta bohemia, 73.
- Osnabrück (ciudad de Westfalia):
 Control danés, 95.
 Conversaciones de paz (1643-8), 225, 232, 234, 235, 242.
 Y el edicto de restitución (1629), 129.
- Oxenstierna, Axel, n. 1583; canciller sueco desde 1612; director de la Liga de Heilbronn 1633-6; m. 1654.
 Gobierno de la Alemania sueca (1632-6), 174-177, 203-210, 264.
 Opiniones, 160, 185, 203, 206, 210, 230, 234, 240, 295.
 Política exterior (1632-48), 225, 238, 294, 295.
 Política exterior con Gustavo, 90, 158, 193, 201, 203-210, 220.
 Y el gobierno sueco, 90, 173-177, 182-188.
 Y Francia, 193, 207, 217.
 Y los príncipes alemanes, 177, 220.
- Oxenstierna, Gustav Gustafson, hermano menor de Axel; consejero de estado sueco; opiniones pesimistas citadas, 206, 224.
- Oxenstierna, Johan, hijo de Axel, plenipotenciario principal de Suecia en Westfalia, 234.
- Oxford, universidad de:
 Adquiere la biblioteca electoral de Maguncia, 214.
 Honra a gobernantes suecos (1632), 172.
- Pacificación durante la guerra de los treinta años; v. Neutralidad; Paz.
- Pacis Compositio* (tratado de 1629), 129.

- Paderborn, territorio eclesiástico tomado por los protestantes (1633), 174.
- Pagès, G. (historiador francés): opiniones, XVIII.
- Países Bajos del norte; v. Holanda, república de.
- Países Bajos del sur:
- Gobierno, 2, 7, 138.
 - Relaciones con Alemania, 19, 67, 73, 76, 84, 122, 123, 133.
 - Revolta (1629), 138, 140.
 - Revolta de 1576; v. revolta holandesa.
 - Revolta de 1632: 169.
 - Y Francia, 168, 192, 194.
- Palatinado (alto):
- Bibliografía, 345.
 - Disputado en Westfalia, 236.
 - Gobierno, 20, 23, 135.
 - Impuestos, 20, 120.
 - Religión, 20, 116.
 - Tomado por fuerzas católicas (1621), 83, 116.
 - Y Baviera, 86, 88, 121.
- Palatinado (bajo o renano):
- Bibliografía, 338.
 - Defensa, 16, 83, 85, 89.
 - Finanzas públicas, 24.
 - Fronteras, 21.
 - Gobierno, 21, 293.
 - Ocupado por fuerzas católicas, 83 ss., 118, 168, 221 s.
 - Población, 21.
 - Política exterior, 2, 29, 33-45, 48-51, 64, 80-92, 96, 97, 104, 293.
 - Religión, 21, 33, 118.
- Panfletos durante la guerra de los treinta años, 29, 32, 163, 176 s., 181, 186, 224.
- Papado:
- Finanzas, 77, 170, 222.
 - Y el Sacro Imperio Romano, 8, 28, 77, 111, 119, 132, 156, 170, 187, 216, 219, 255.
 - Y Francia, 156, 187, 190.
 - Y Valtellina, 86., 92.
- Pappenheim, Gottfried Heinrich, conde de, n. 1594; luterano converti al catolicismo 1614; sirven en los ejércitos polaco, bávaro e imperial; m. 1632: campaña, 167, 168, 172.
- Parlamento anglès; v. Comunes, casa de los.
- Pavía, tratado de (1629), 88.
- Pázmány, Peter, n. 1570; jesuita en 1587; lector en la universidad de Graz 1597-1607; cardenal desde 1619; m. 1637: Opiniones, 113, 187. Bibliografía, 348.
- Paz, movimientos hacia ella durante la guerra de los treinta años:
- (1622-3), 84.
 - (1628-9), 102, 139.
 - (1633-5), 179, 186 s., 205, 206.
 - (1636-41), 219 ss., 225.
 - (1644-6), 226-232.
 - (1647-8); v. Westfalia, conferencia de paz de.
- Paz religiosa de Augsburgo (1555); v. Augsburgo, acuerdo de.
- Peajes:
- En Alemania, 20.
 - En el Báltico, 94, 103, 159.
 - En los Países Bajos, 243.
- Pensamiento político en el s. xvii, 60, 143 s., 292.
- Peñaranda, Don Gaspar de Bracamonte, conde de; plenipotenciario principal de España en la conferencia de paz de Westfalia (1643-8), m. 1676: 243.
- Pernambuco (nordeste de Brasil): presencia de los holandeses, 223.
- Perpiñán (ciudad de España), tomada por los franceses (1642), 223.
- Persia durante la guerra de los treinta años, 102.
- Peste en la primera mitad del s. xvii: 31, 169, 215, 243, 267, 277.
- Pfalz-Neuburgo, ducado de; v. Neuburgo.
- Pfalz-Zweibrücken, ducado de; v. Zweibrücken.
- Philippsburg (fortaleza sobre el Rin):
- Conquista francesa, 240.
 - Fortificada (1615-23), 16, 43.
 - Problemas por (1634-5), 191, 199.
- Piccolomini, Ottavio, n. 1599, Pisa; en Alemania con una fuerza expedicionaria toscana 1618; sirve en los ejércitos imperial y español desde 1629; comandante en jefe del ejército imperial desde 1649; m. 1656: Dirige el ejército imperial, 183, 247, 261. Regimientos, 250.
- Y la caída de Wallenstein, 180.

- Pirna (ciudad de Sajonia), negociaciones de (1634), 186.
- Pillau (puerto de Prusia): defensas de, 15.
- Pilsen (ciudad de Bohemia):
«Juramento de Pilsen», 182.
Tomada por los rebeldes (1619), 69.
- Pinerolo (fortaleza italiana ocupada por Francia desde 1631), 141, 190.
- Piombino (feudo imperial en Italia): cedido a España en 1619, 56.
- Piratería:
Argelina, 66.
Contra Venecia, 54 s.
- «Pirna, Preliminares de» (1634), 186, 205.
- Pithan, Frederick, oficial alemán en el servicio holandés; mayor sargento y teniente coronel en el regimiento de Ernesto Casimiro de Nassau 1601-26; gobernador de Jülich desde 1610 hasta su capitulación en 1622: 47.
- Plassenburg (fortaleza de Kulmbach), 167.
- Plessen, Vollrad von, n. 1560, Mecklenburg; consejero del Palatinado desde 1591: 35.
- Polisensky, J. V. (historiador checo): opiniones, XVIII.
- Polonia-Livonia, reino de:
Defensa, 159.
Guerra con los turcos (1633), 185.
Guerra con Rusia (1632-4), 175, 185.
Relaciones con los Habsburgos, 76, 129, 130, 247.
Relaciones con Suecia, 91, 99, 129, 132, 157, 159, 203-207.
v. también Segismundo III; Ladislao.
Y la paz de Westfalia, 247.
- Pomerania:
Devastación, 131, 277.
Ocupada por los imperiales (1627-31), 129, 131, 158, 159.
Partición, 239, 284.
Y Brandenburgo, 178, 184, 206, 211, 239.
Y Suecia, 149, 175, 176, 178, 184, 187, 193, 205, 208, 209, 219, 238.
- Porshnev, B. F. (historiador ruso): opiniones, XVIII s.
- Portugal, reino de: revueltas contra Felipe IV (1640), 223, 229, 242.
- Poyntz, Sydnham, capitán inglés en el servicio imperial: memorias, 171, 256, 362.
- Praga (capital de Bohemia):
Capital de Rodolfo II, 11, 13, 14, 15, 31.
culto religioso, 58, 60, 64.
defenestración (1618), 64.
en poder de los protestantes (1631-2), 165.
presencia de Fernando I (1617), 55.
revueltas; v. Bohemia, revueltas.
sitio (1648), 243, 292.
- Praga, paz de (30 de mayo de 1635):
Bibliografía, 354.
Cláusulas y significado, 186-188, 205, 210, 212, 216, 220, 234, 295.
Renuncia, 199.
- Prisioneros de guerra, 268; v. también Rescate, sistema de.
- Propaganda durante la guerra de los treinta años:
Durante la fase bohemia, 81, 143 s.
Durante la fase danesa, Láms. 5 y 8, 101.
Durante la fase del Palatinado, 88.
Durante la fase francesa, Láms. 16-23.
Durante la fase sueca, Láms. 9-15, 143 s., 162.
- Protestantismo:
Bibliografía, 337.
En Alemania, 24-51, 82, 108-112, 114-121, 121-129, 152, 225, 236, 245.
En Austria, 6, 7, 59, 108-112, 114-121, 242.
En Francia; v. Hugonotes.
En Hungría, 9-13.
En Transilvania, 9-13.
v. también Calvinismo; Luteranismo.
Y los turcos; v. Imperio otomano.
- Provincias Unidas; v. Holanda, república de.
- Prusia:
Defensa, 15.
Invasión Sueca, 159, 161, 175.
- Pufendorf, Samuel, n. 1632; jurista e historiador; m. 1694: XV.
- Pirineos, paz de, entre Francia y España (noviembre 1659), 285.
- Rain (pueblo de Baviera), batalla de (15 de abril 1632), 168; fortificación, 17.
- Rákóczi, Jorge, n. 1593, noble húngaro; sucede a Bethlen Gabor como príncipe de Transilvania 1630; en la guerra con los Habsburgos 1643-5; m. 1648.

- Durante la guerra de los treinta años, 227-231.
- Y los Habsburgos, 113.
- Ratisbona; v. Regensburg.
- Recatolización; v. Contrarreforma.
- Reforma; v. Protestantismo; Luteranismo.
- Regensburg (ciudad imperial libre):
- Bombardeada (1641), 219.
 - Deputationstag* (1623), 88.
 - Reconquistada (1634), 184.
 - Reuniones de la Dieta (1608, 1613, 1640), 44, 45, 46, 218, 222, 235.
 - Tomada por los protestantes (1633), 181.
- Regensburg, encuentro de electores de julio-noviembre de 1630: 132, 145-148, 150, 349.
- Regensburg, encuentro de electores de septiembre 1636-enero 1637: 211, 216, 356.
- Regensburg, obispado de: y la Liga católica, 22, 41.
- Regensburg, paz de (entre el emperador, España, Francia y los pretendientes de Mantua, 13 de octubre de 1630): 141, 147, 232.
- Reichsfreistädte*; v. Ciudades imperiales libres.
- Reichskammergericht*; v. Tribunal supremo imperial.
- Reichsritter*; v. Caballeros imperiales.
- Reichstag*; v. Dieta imperial.
- Religión, como motivo de guerras en Europa, 34, 73, 105, 188, 201, 234-238, 285-288.
- Renania:
- Economía antes de la guerra, 16.
 - Guerra de los treinta años, 117, 124, 133, 164, 176, 217, 240.
 - Religión, 27.
- Rescate, sistema de durante la guerra de los treinta años, 264.
- Reservatum ecclesiasticum* (parte del acuerdo de Augsburgo), 25, 45, 237.
- Restitución, edicto de (1629):
- Cumplimiento y reacciones, Mapa 2, 128, 146, 150, 151, 167, 296.
 - Derogación (1644), 219, 233.
 - Preparación y promulgación, Lám. 6, Lám. 7, 112, 128.
 - Suspensión (1635), 186, 219.
- Rheinfelden (ciudad de Suabia):
- Batallas donde los protestantes alemanes y el ejército francés derrotan a los imperiales (febrero y marzo 1638), 212.
 - Reconquistada por los Habsburgos (1633), 173.
- Richelieu, Armand Jean du Plessis, Cardenal-duque de, n. 1585; obispo de Luçon 1607; secretario de estado francés 1616-7; primer ministro de Francia desde 1624; m. 1642: Bibliografía, 346, 355.
- Muerte, 224.
- Oposición, 148, 161, 189, 224, 288, 291.
- Política exterior, 92, 99, 136, 140, 149, 155, 161, 188-199, 201, 205-210, 217, 222, 291, 294, 295.
- Política interior, 99, 140, 149, 189, 224.
- Secretario de estado (1616-17), 54.
- Segundo mandato, (1624) 92.
- Riga (ciudad de Livonia) tomada por los suecos (1621), 90.
- Rin, río:
- Bloqueo (1625-9), 123.
 - Guerra, 212.
 - Peajes, 20.
 - Viaje, 16.
- Rist, Johan, pastor luterano y dramaturgo de Hamburgo, 225.
- Rocroi (ciudad de Francia), batalla de, en la que los franceses derrotan a los españoles (19 de mayo de 1643), 223, 224, 267.
- Rodolfo II de Austria, n. 1552, hijo mayor del emperador Maximiliano II; rey de Hungría (1572-1608) y de Bohemia (1575-1611); emperador del Sacro Imperio Romano 1576-1612; m. 1612: Bibliografía, 336.
- Depuesto, 14.
- Finanzas, 22.
- Gobierno, 8-14, 22, 31, 45.
- Muerte, 45, 51.
- Política religiosa, 8-14, 31.
- Y Austria, 8.
- Y la cultura, 15.
- Y la sucesión de Cléveris-Jülich, 38.
- Roermond (ciudad de los Países Bajos): tomada por los holandeses (1632), 169.
- Roe, Sir Thomas, n. 1581; explora el Amazonas 1610-13; embajador francés en India

- (1614-19), Turquía (1621-8) y en potencias protestantes (1629-30 y 1638); m. 1644: 159.
- Rohan, Henry, duque de, n. 1579; líder militar hoganote francés 1621-9; retirado en Venecia 1629-35; comandante de Luis XIII desde 1635; muerto en 1638: dirige el ejército francés, 195.
- Römermonate; v. impuestos.
- Rothenburg ob der Tauber (ciudad libre imperial de Franconia): durante la guerra de los treinta años, 273.
- Rousseau, Jean-Jacques, n. 1712; autor suizo-francés, filósofo y teórico político; m. 1778: acuerdo de paz de Westfalia, 283.
- Rusia:
- Apoyo a Suecia (1630-2), XIX, 161.
 - Guerra con Polonia (1632-4), XIX, 175, 186.
 - Guerra con Suecia (1612-17), 90, 160.
- Saboya, ducado de:
- v. también Carlos Manuel; Víctor Amadeo.
 - Y la guerra de los treinta años, 50, 54, 68, 86, 92, 98, 134, 190.
- Sacro Imperio Romano:
- Finanzas públicas, 21, 145.
 - Gobierno, 19-24, 145.
 - Población, 21.
 - Religión, 25-51; v. también Alemania.
- Salces (fortaleza de España) tomada por los franceses en 1642: 223.
- Salisbury, conde de; v. Cecil, Robert.
- Salvius, Johan Adler, conde de, plenipotenciario sueco en la conferencia de paz de Westfalia, 226, 239.
- Salzburg, arzobispado de:
- Y Baviera, 67, 241.
 - Y la paz, 241, 245; v. también Lodron, París, conde de.
 - Y los Habsburgos, 67.
- Sajonia (baja): durante la guerra de los treinta años, 97-102, 128, 184, 218.
- Sajonia electoral:
- Archivos, XVII.
 - Defensa, 15, 171, 219, 221, 270.
 - Economía, 116.
 - Finanzas, 24, 78, 116.
 - Población, 21, 215, 277.
 - Relaciones con el emperador, 21, 60, 78, 122, 129, 149-153, 158, 164, 178, 184, 186.
 - Religión, 29, 30, 128.
 - Y Bohemia, 60, 69, 78, 165, 170.
 - Y el traspaso del título electoral bávaro, 87.
 - Y Hesse, 36, 39, 167.
 - Y Suecia, 149-153, 164, 178, 184, 212, 219, 221, 230.
- Sajonia, electores de; v. Cristian I; Cristian II; Juan Jorge.
- Sajonia-Lauenburg, duque; v. Franz Albrecht.
- Sajonia-Weimar, ducado de:
- v. también Bernardo; Juan Ernesto.
 - Y la «causa protestante», 122, 160.
 - Y la paz, 236.
 - Y la revuelta bohemía, 60, 78, 82.
 - Y los Habsburgos, 60.
- Schawarzenberg, Adam, conde de, n. 1583; consejero en Jülich 1609-10; consejero privado en Brandeburgo desde 1610; presidente del consejo 1620-40; m. 1641: políticas, 150, 178, 220.
- Schöttel, Justus, consejero de Brunswick y dramaturgo, 225.
- Schottwein (ciudad de Austria): encuentro de los archiduques (1600), 11.
- Schütz, Heinrich, n. 1585; compositor alemán; m. 1672:
- Carrera inicial, 15.
 - Composiciones, 126, 131.
- Schwäbisch Hall (ciudad libre imperial de Suabia):
- Durante la guerra de los treinta años, 279, 281.
 - Reunión de la Unión protestante (1610), 40.
- Scioptius (o Schoppe), Caspar, n. 1576, alto Palatinado; convertido del luteranismo al catolicismo 1596; polemista antiprottestante 1607-35; su relación con los católicos alemanes, 41.
- Sculptetus, predicador de corte palatino, 120.
- Secularización de los territorios eclesiásticos alemanes, 27.
- Segeberg (ciudad de Dinamarca) entra en el círculo de la baja Sajonia (en febrero 1621), 82, 96.

- Segismundo III Vasa, n. 1566; rey de Suecia (1587-99) y Polonia (1587-1632); m. 1632: Conexiones familiares, 3.
 Rey de Polonia, 75, 90, 129, 132, 159.
 Rey de Suecia, 90.
- Segna (puerto adriático); v. Zengg.
- Selden, John, n. 1584; abogado de la casa de los comunes inglesa (1623-8 y 1640-9); m. 1654: influencia, 217.
- Servien, Abel, n. 1593; ministro de la guerra francés (1630-6) plenipotenciario de Francia en Westfalia 1643-8; m. 1659: 197.
- 's Hertogenbosch (ciudad de Brabante) tomada por los holandeses (1629), 133, 243.
- Sicilia, reino de: revueltas en contra de Felipe IV (1648), 247.
- Siegen (ciudad de Nassau): academia militar, 270.
- Silesia (ducado habsburgo):
 Gobierno, 5, 13.
 Guerra de los treinta años, 179, 181, 187, 222.
 Religión, 241.
 Y la paz de Westfalia, 241, 246.
 Y la revuelta bohemia, 68, 80.
- Sitio, técnicas de (en el siglo XVII), 90, 129, 162, 270, 271; v. también Guerra, arte de la.
- Sittard (ciudad de los Países Bajos) tomada por los holandeses (1632), 169.
- Slavata, Vilém, n. 1572; en la corte imperial a partir de 1600; presidente del consejo de regencia de Bohemia 1617-18; defenestrado; canciller de Bohemia desde 1628; m. 1652.
 Carrera, 5.
 Y la revuelta de Bohemia, 59, 65.
- Smolensko, guerra de (1632-4), Lám. 10, XIX, 175.
- Sociedades literarias en la Alemania del s. XVII: 60.
- Socinianos (grupo religioso contrario a la Trinidad): en Hungría, 10.
- Sofía de Mecklenburg, n. 1557; casada con el rey Federico de Dinamarca 1572; reina y (a partir de 1588) reina viuda de Dinamarca; m. 1631: 94.
- Soissons, Luis de Borbón, conde de, n. 1612; conspirador contra Richelieu; m. 1641: 224.
- Solms, condes de; v. Amalia de Solms; Juan Alberto de Solms-Brauenfels.
- Sötern, Felipe Cristóbal de, n. 1567; obispo de Speyer (a partir de 1610) y (desde 1623) elector de Trier; en prisión 1635-45; m. 1652:
 Catolización, 117.
 Preparativos defensivos, 15-16.
 Y Francia, 191, 221.
 Y la Liga católica, 41, 117.
 Y las conversaciones de paz, 221, 236.
 Y los Habsburgos, 188, 211.
- Soubise, Benjamin de Rohan, duque de, n. 1583, hermano del duque de Rohan; jefe militar hugonote 1621-8; después, exilado en Londres; muere en 1642: 99.
- Sound (peajes), 94, 103.
- Spens, Sir James, coronel de un regimiento de escoceses en Alemania (1627-30), 254, 265.
- Speyer (estado eclesiástico de):
 Saqueado por fuerzas del Palatinado (1620-1), 117.
 Tomado por los españoles (1632), 168.
 v. también Sötern, Felipe Cristóbal de.
 Y la Liga Católica, 41.
- Stadtholm (pueblo de Westfalia), batalla de (6 de agosto de 1623): Tilly derrota a los protestantes, 89.
- Steinau (ciudad de Silesia), batalla de (octubre de 1633): Wallenstein derrota a los suecos, 179.
- Stolbova, paz de, 95.
- Straelen (ciudad de los Países Bajos) tomada por los holandeses (1632), 169.
- Stralsund (ciudad hanseática):
 Historia, 129.
 Sitio (1628), 103, 107, 131, 137, 158, 260, 264.
 Y Suecia, 160, 238.
- Stránský, Pavel, escritor político bohemio del s. XVII: 115.
- «Streif», caballo de Gustavo Adolfo, 261.
- Stuhm (Prusia); v. Honigfelde.
- Stuhmsdorf (ciudad de Prusia), tregua de (20 de septiembre de 1635), 206.
- Suabia (*Kreis* del sur de Alemania).

- Durante la guerra de los treinta años, 216, 279, 281.
 Organización como círculo, 19.
 Y Suecia, 176.
- «Sube y baja», época de, en el Sacro Imperio Romano (1621-3), 116.
- Sublet de Noyers, François, n. 1588; secretario real 1613; ministro de la guerra de Francia (1636-43); m. 1645: 197.
- Subsidios durante la guerra de los treinta años:
 A los aliados de los Habsburgos, 76, 170, 291.
 A los enemigos de los Habsburgos, 82, 89, 92, 96, 99, 103, 160, 176, 190, 193, 194, 209, 291.
 A los Habsburgos, 67, 76 s., 221, 291.
- Suecia, reino:
 Bibliografía, 349-352.
 Gobierno, 91, 160, 203-210, 224.
 Intervención después de 1630: Láms. 9 y 11-13, 157-188, 203-210, 221, 224, 227-231, 237-241.
 Intervención en la guerra de los treinta años antes de 1630: XVI, 90, 96, 129, 149, 156, 184, 203.
 Motivos para invadir Alemania, 157 ss., 183, 238.
 Recursos, 161, 176, 190, 224, 253, 291.
 Y acuerdo de paz, 205, 207, 208-210, 217, 224, 226, 234, 237-239, 242, 246.
 Y Bohemia, 179, 227, 242.
 Y Dinamarca, 94, 102, 104, 203, 227, 242.
 Y Francia, 155, 159-162, 176, 189, 193, 205-211, 217, 239.
 Y la república de Holanda, 94.
 Y Letonia, 159.
 Y los Habsburgos, 129, 149, 217.
 Y Polonia, 90, 99, 130, 132, 158, 159, 203-207.
 Y Pomerania, 149, 175, 176 s., 183, 187, 193, 205, 208, 209, 219, 238, 284.
 Y Rusia, 101, 160.
 Y Sajonia, 164, 179, 184, 206, 218, 221, 230.
 Y Suabia, 176.
- Suiza (federación de cantones suizos):
 Defensa, 270.
 Y Alsacia, 191.
 Y la guerra de los treinta años, 85 s.
- Tangermünde (ciudad de Brandenburgo) durante la guerra de los treinta años, 264.
- Taylor, John, n. 1580; poeta inglés y viajero; m. 1653: viajes, 17, 18.
- Técnicas militares de batalla en el siglo xvii, 164, 168, 171, 184, 229, 267, 268-273; v. también Arte de la guerra.
- Técnicas militares; v. Arte de la guerra.
- Territorios patrimoniales; v. Austria interior, alta y baja.
- Thiers, Alphonse: acuerdo de paz de Westfalia, 282.
- Thurn, Heinrich Matthias, conde de, n. 1567, Bohemia; sirve en el ejército imperial con Rodolfo II; dirige a los oponentes de los Habsburgos en Bohemia desde 1609: en exilio desde 1621; comandante del ejército sueco desde 1633; m. 1640:
 Carrera inicial, 11.
 Y la guerra del Palatinado, 89.
 Y la guerra sueca, 179.
 Y la revuelta bohemia, 67-70, 80.
- Tifus, 31, 169, 173, 243, 266.
 v. también Peste en la primera mitad del s. xvii.
- Tilly, Jean 't Serclaes, conde de, n. 1559; lucha en los ejércitos de Flandes (1585-1600) y de los Habsburgos austriacos (1600-8); comandante del ejército de la Liga católica desde 1610; m. 1632.
 Aplasta la revuelta bohemia (1620), 79.
 Bibliografía, Láms. 5, 346 s.
 Campaña victoriosa de 1622: 84, 89.
 Contra Suecia, 153, 162, 163-166, 167-169, 272.
 En la guerra danesa, 97, 100 s., 118, 121-124, 129, 133, 158.
 Muerte y sepultura, 168.
 Ocupa el alto Palatinado (1621), 84.
 Ocupa la alta Austria (1629), 80.
- Tirol (provincia habsburga):
 Gobierno, 7, 112.
 Y España, 52-57.

- Título electoral, traspaso de (del Palatinado a Baviera, 1623), 86 s., 88, 144, 153-157, 185, 234.
- Torgau (ciudad de Sajonia): presencia del ejército sueco (1637-8), 208, 212, 219, 267.
- Torstensson, Lennart, n. 1603, Suecia; comandante de artillería en el ejército sueco; comandante en jefe 1641-6; m. 1651: Ataque a Dinamarca (1643), 104. Dirige el ejército sueco, 209, 220, 221, 227, 229. Rescatado tras ser hecho prisionero (1632-3), 267.
- Toscana, gran ducado de, y la guerra de los treinta años, 77, 145.
- Transilvania: Administración, XVIII. Beneficios sacados de la guerra de los treinta años, 76, 229 s. Bibliografía, 345. Religión, 10-13. v. también Bethlen Gabor; Bocskay; Rákóczy, George. Y los Habsburgos, 69-73, 76, 84, 100 s., 113, 227-230. Y los turcos, 10, 76, 101, 113, 230.
- Traun, Ernest von, n. 1608; general comisario de la guerra del ejército imperial desde 1647; m. 1668: En las últimas campañas de guerra, 242. Y la desmovilización, 246.
- Trattmannsdorf, Maximilian, conde de, n. 1584, Graz; entra en el servicio imperial 1612; encargado de numerosas misiones diplomáticas en los años 1620; director del consejo privado imperial desde 1637; jefe plenipotenciario imperial en la conferencia de paz de Westfalia 1643-5; m. 1650: Actividad diplomática, 121. Carrera inicial, 8. En el gobierno, 188. Negociador jefe del imperio en Westfalia, 231, 233, 235, 239.
- Tregua de los doce años (1609-21), 42: Acuerdo (1607-9), 2. Expira (1618-21), 51, 57, 74, 81, 94.
- Tribunal de confiscaciones (en Bohemia, después de 1620), 115.
- Tribunal Supremo Imperial (*Reichskammergericht*): actividad y poderes, 21, 32, 124, 146.
- Trier, electorado de: Defensa, 15, 188, 191. Bajo protección francesa, 191. Población, 20.
- Trier, elector de; v. Sötern, Felipe Cristóbal de.
- Tschernembl, George Erasmus, n. 1567; miembro de los estados de la alta Austria desde 1598 (presidente desde 1608); en el exilio desde 1621; m. 1626: 12, 38, 59, 117.
- Turcos; v. Imperio otomano.
- Turenne, Henri de la Tour d'Auvergne, vizconde de, n. 1611, Sedan, hijo del duque de Bouillon; en los ejércitos holandeses (1625-9) y francés (desde 1630); comandante desde 1643; m. 1675: dirige el ejército francés en Alemania, 192, 198, 229, 241.
- Turín (capital de Saboya): liberación (1639), 195.
- Turner, Sir James, n. 1614, Escocia; sirve en el ejército sueco en Alemania 1632-9; lucha con el ejército sueco en Inglaterra e Irlanda (1640-8); en prisión o en exilio en los años 1650; m. 1686: Bibliografía, 362. Ideas sobre la guerra, 255, 256, 271.
- Tutlingen (ciudad de Suabia), batalla de (24-5 de noviembre de 1643): el ejército bávaro derrota a los franceses, 228, 267.
- Udenheim (ciudad de Renania); v. Philippsburg.
- Ulfeld, Jacob, n. 1567; consejero (desde 1607) y canceller de Dinamarca (desde 1609); m. 1630: en la convención de La Haya (1625), 100.
- Ulm (ciudad libre imperial): Alto el fuego acordado en ella (1647), 95. Durante la guerra de los treinta años, 282, 290. Encuentro protestante (1633), 176. Tratado (3 de julio de 1620), 79.
- Uniformes militares durante la guerra de los treinta años, 250, 251.
- Unión protestante (alemana): Archivos, 338. Bibliografía, 338.

- Disolución (mayo 1621), 84.
 E Italia, 54, 55.
 Organización, 38, 42 s., 47-51, 78.
 Política exterior, 2, 33-51, 54, 55, 77-80.
 Y la revuelta bohemia, 67-73, 77-80, 82.
 Universidades en la Europa del s. XVII: 60, 143.
 Urbano VIII (Maffeo Barberini), n. 1567, Florencia; elegido papa 1623; m. 1644:
 Finanzas, 170, 222.
 Movimiento de paz, 215-219.
 Política alemana, 111, 132, 139, 156, 170, 216, 232, 239.
 Política italiana, 132, 222.
 Y Francia, 147, 155.
 Y la guerra de Mantua, 138.
 Uzkoks, guerra de los (1615-17), 52-57, 66, 67.
- Valtellina (valle alpino):
 Corredor militar, 56, 173.
 Luchas por su causa, 56, 85, 89, 92, 97, 99, 147, 195 s.
 Situación religiosa, 56.
 Y el papado, 85, 92.
- Vasa, dinastía de los (de Suecia y Polonia), 70, 90, 159.
 v. también Carlos IX, Gustavo Adolfo; Segismundo III; Ladislao.
- Venecia, república de:
 Economía, 54.
 Y Fernando II, 54, 144.
 Y Francia, 86.
 Y la guerra de los uzokoks, 52-57.
 Y los turcos, 230, 284.
- Venlo (ciudad de los Países Bajos): conquista de los holandeses (1632), 169.
- Verden, obispado de:
 Control danés, 95, 187.
 Ocupación sueca, 227, 239.
 Y el edicto de restitución, 129.
- Vesel (ciudad de Renania): reconquistada por los holandeses (1629), 133; tomada por los españoles (1614), 47; se firma tratado (1612), 43.
- Vesubio, erupción (1631-2), 170.
- Viajeros en el siglo XVII por Alemania, 17, 18, 20, 210.
- Vicente II Gonzaga, n. 1594; hijo de Vicente I, duque de Mantua; cardenal; sucede a su hermano mayor Fernando en el ducado 1626; último de su línea; m. 1627;
 Conexiones familiares, 3.
 Muerte, 137.
- Vic (fortaleza de Lorena): ocupada por los imperiales (1630), 190.
- Víctor Amadeo I, n. 1586; sucede a su padre Carlos Manuel como duque de Saboya 1630; m. 1637; y Francia, 190.
- Viena:
 Paz de (entre los Habsburgos y Transilvania): (1606), 11; (1645), 230.
 Primer sitio (1619), 68.
 Protestantes de, 8.
 Segundo sitio (1645), 229 s.
- Visión católica de la guerra, XVII, 107 s., 136, 137, 155.
- Visión protestante de la guerra, XV, 107.
- Vístula, río: campañas, 159.
- Vogel, Johann, poeta de Nuremberg de mitad del s. XVII: citado, 247.
- Volmar, Isaac, n. 1583, Suabia; luterano convertido al catolicismo 1606; canciller de Alsacia desde 1620; negociador principal imperial en la conferencia de paz de Westfalia (1647-8): 239, 240, 286.
- Voltaire (F.-M. Arouet), n. 1694; filósofo y escritor francés; m. 1778: escritos y opiniones, 2.
- Voralberg (Austria adicional): invasión sueca (1645-6), 241.
- Wake, Sir Isaac, n. 1580; emisario inglés a la corte de Saboya (1615-30) y Francia (1630-2); m. 1632: ideas, 17.
- Wallenstein, Alberto de, duque de Friedland (1625) y Mecklenbur (1628); comandante del ejército imperial 1625-30 y 1632-4; m. 1634:
 Bibliografía, 347, 352.
 Carrera inicial, 8, 11, 98.
 Cesado (1630), 145.
 Métodos militares, 125, 131, 171, 257, 258, 260, 264, 268.
 Muerte (1634), 179-183, 256.
 Primer generalato (1625-30), 98, 99-101, 124 s., 129-133, 140, 145, 154, 158.

- Sistema de contribuciones, 268.
Territorios y títulos, 101 s., 121, 124 s., 132, 158, 182, 258.
Personalidad, 180.
Segundo generalato (1632-4), 170 s., 179-182, 252, 256, 264, 268.
Y Bohemia, 181.
Y España, 136, 140.
Y la «cuestión Wallenstein», 125, 182.
Wallhausen, Johan Jacob von, escritor militar y director de la academia de Siegen (1617-23), 270.
Wambold, Anselmo Casimiro de, elector de Maguncia (1629-47); m. 1647:
Mandado al exilio (1631-6), 165, 211.
Se opone a Wallenstein (1629-30), 132.
Y el edicto de restitución, 128.
Wartenburg, Franz Wikhelm von, n. 1593; obispo de Osnabrück (desde 1625), Verden (desde 1630), Minden (1631) y Regensburg (1649); cardenal 1661; m. 1661:
En la conferencia de paz de Westfalia, 235.
En Magdeburgo (1629-30), 126.
Wassenberg, Eberhard, historiador alemán del s. XVII:
Obra, XVI.
Opiniones, 361.
Wedgwood, C. V. (historiador británico): opiniones, XVIII, 283.
Weimar (capital de Sajonia): cultura, 60.
Werben (ciudad de Brandeburgo) durante la guerra de los treinta años, 215.
Werdenberg, Johan Baptista Verda von, n. 1582, Gorizia; canceller de la corte austriaca 1619-37; miembro del consejo privado 1620-37; m. 1648: carrera inicial, 110.
Werth, Johann, n. 1594; servicio en el ejército de Flandes 1622-30; transferido al ejército bávaro 1630; comandante en el alto Palatinado 1633; comandante principal del ejército bávaro; hecho prisionero por los suecos (1638-42); m. 1652: 229.
Weser, río: guerra en sus orillas, 123, 164, 174, 219.
Westfalia, conferencia de paz de:
Bibliografía, Lám. 18, 357.
Costes, 245.
Deliberaciones, 230-247.
Documentos, XVII.
Orígenes, 225.
Westfalia, paz de:
Cláusulas, 226-232, 237, 284.
Interpretaciones posteriores, 237, 283.
Westfalia (círculo imperial):
Invasión (1599), 19.
La guerra de los treinta años en, 18, 128.
Wetterau:
Durante la guerra de los treinta años, 130.
Liga de los condes, 19, 42.
Wimpfen (ciudad de Suabia), batalla de (6 de mayo de 1622), donde los imperiales derrotan a las fuerzas de Federico V: 85.
Winwood, Ralph, n. 1563 (?); agente/embajador inglés en La Haya (1603-13); secretario de Estado desde 1613; m. 1617: 40, 42.
Wismar (ciudad de Pomerania):
Tratado de (30 de marzo 1636) entre Suecia y Francia, 194, 207, 232.
Y Suecia, 238.
Witte, Hans de, n. 1583; banquero de Amberes y financiero de Wallenstein 1622-30; se suicida 1630: 98, 146.
Wittelsbach, familia, 88; v. también Federico V; Maximiliano de Baviera.
Witttemberg (Sajonia), universidad de, 60.
Wittstock (ciudad de Brandeburgo), batalla de (4 de octubre de 1636): los suecos derrotan a los imperiales, 197, 208, 212, 219, 292, 361.
Wolfenbüttel (ciudad de Brunswick) durante la guerra de los treinta años, 100, 101.
Wolfgang Guillermo, duque de Neuburgo, n. 1578; luterano convertido al catolicismo 1613; logra Jülich y Berg y sucede a su padre (Felipe Luis) en Neuburgo; m. 1653:
Y las conversaciones de paz, 217, 236.
Y la sucesión de Cleveris-Jülich, Lám. III, 35, 44, 47, 48, 285.
Wolgast, batalla de (septiembre 1628), 159.
Worms, obispos de, 41.

- Wotton, Henry, n. 1568; embajador inglés en Venecia 1604-12, 1616-19, 1621-4; preboste del Eton College hasta su muerte en 1639: 43.
- Wrangel, Karl Gustav, n. 1613, Suecia; manda el ejército sueco frente a Dinamarca (1643-5 y 1657-8), el emperador (1645-8) y Polonia (1655-60); m. 1676: En Alemania, 241. Riqueza, 258.
- Württemberg, ducado de:
Defensa, 40, 166.
Devastación, 277.
Durante la guerra de los treinta años, 166, 215.
Economía, 215.
Invasión francesa, 228.
Población, 19.
Tamaño, 19.
Y el edicto de restitución, 127, 245.
Y la paz, 232, 245.
Y la Unión protestante, 38, 40, 48.
- Würzburg, obispos de; v. Echter von Mespelbrunn, Julius; Hatzfeld, Franz von.
- Würzburg, principado eclesiástico de:
Archivos, XVII.
Defensa, 46.
Durante la guerra de los treinta años, 118 s., 178, 213.
Gobierno, 27.
Religión, 27.
- Yankov (pueblo de Bohemia), batalla de (6 de marzo de 1646): los ejércitos de Suecia y Hesse derrotan a los imperiales: Lám. 19, 229, 230, 267, 292.
- Zabeltitz (fortaleza sajona): encuentro de los electores de Brandenburgo y Sajonia (1630), 150.
- Záblatí (Bohemia), batalla de (10 de junio de 1619): el ejército imperial derrota a los bohemios, 69.
- Zengg (puerto adriático), 53, 55.
- Zsitva Torok (Hungria), paz de (1606), entre los Habsburgos y los turcos, 11.
- Zúñiga, Don Baltasar de, n. 1561; servicio militar en los años 1580; embajador español en Bruselas (1599-1603), París (1607-8) y Viena (1608-17); consejero y (desde 1618) primer ministro de España; m. 1622: Muerte, 86 s.
Carrera inicial, 66.
Política exterior (1618-22), 66, 74, 295.
- Zusmarshausen (pueblo de Suabia), batalla de (17 de mayo de 1648): el ejército francés derrota a los imperiales, 241, 243.
- Zweibrücken (Pfalz-Zweibrücken), ducado de, 21; v. también Juan II; Juan Casimiro; Carlos Gustavo, duques de.